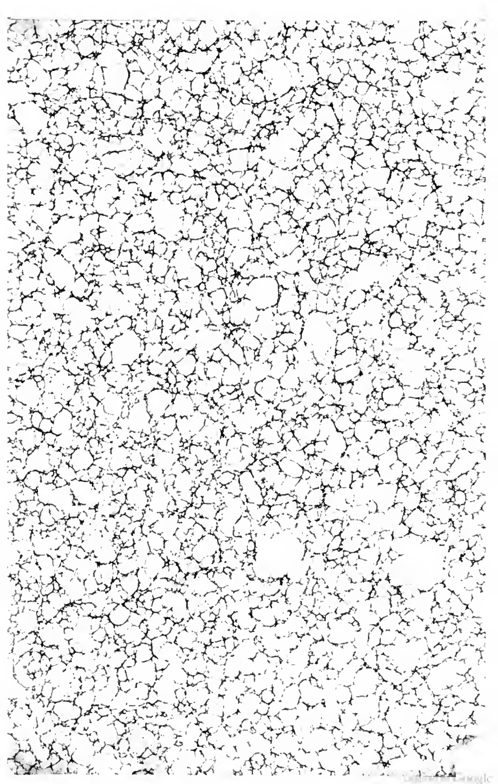
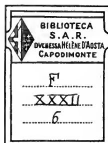



HELENÆ · AVGV
STÆ · DVCISSÆ
EX · LIBRIS




BIBLIOTECA
S.A.R.
DVCHESSA HÉLÈNE D'AOSTA
CAPODIMONTE
F
XXXII
6

DUQUE DE RIVAS.



OBRAS COMPLETAS

DE

D. ÁNGEL DE SAAVEDRA,

DUQUE DE RIVAS,

DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

CORREGIDAS POR EL MISMO.

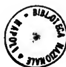
TOMO V.

PROSAS.

MADRID,
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA NUEVA,
calle de las Infantas, núm. 17.

1855.




BIBLIOTECA NAZIONALE NAPOLI

PROSAS.


BIBLIOTECA NAZIONALE NAPOLI

PRÓLOGO.

El dia 2 de Junio de 1854, recibí con una fina carta del excelentísimo señor Duque de Rivas casi todas las obras que componen este volúmen, para que, examinándolas despacio, escribiera un prólogo en que expusiese mi opinion acerca de ellas: áun no habia podido principiar su lectura, cuando sobrevinieron los memorables acontecimientos de Julio. Tenia entónces, como ahora, ocupacion para todo el dia; y de noche, mi vista no resiste la luz artificial sino corto rato, escribiendo ó leyendo.

En la tarde del 18 de Julio, dia en que el nombre del señor Duque de Rivas resonaba en todos los ángulos de la Corte, emprendí el exámen del escrito más importante que comprende este tomo, la Historia de la sublevacion de Nápoles, capitaneada por Masanielo. Frente al balcon del gabinete donde leia, desemboca una calle, en medio de la cual, pocas horas ántes, habian ardido, casi juntas, dos inmensas hogueras. Cenizas y carbones embarazaban el tránsito; menudos restos de telas y muebles, pedazos de papel, fragmentos de vidrios y loza se extendian por la calle á mucha distancia del sitio donde las llamas habian consumido el rico pábulo con que fueron desastrosamente cebadas des-

de la media noche anterior hasta las ocho de la mañana. Ruidosas descargas, no distantes algunas, me hicieron soltar de las manos el libro... Una obra del Duque de Rivas, la historia de una revolucion, leida en semejantes momentos, muchas, muy varias y duraderas impresiones habia de producir en el ánimo de quien se honra con la amistad del autor. No era entónces ocasion de juzgar la obra, sino de sentirla; hoy, con haber transcurrido mas de once meses, no acierto aún á formar juicio desapasionado y completo.

Tampoco el lector lo necesita. Mi buen amigo el señor don Mannel Cañete, juez más competente que yo á todas luces, incluyó en el prólogo general antepuesto al primer tomo de estas obras, un exámen de la Historia de la sublevacion mencionada, el cual, en solas tres páginas, encierra cuanto sobre ella puede en mi concepto decirse con justicia y acierto. Además, en el año 1849 habia publicado el mismo señor don Manuel Cañete un artículo en *El Heraldo* acerca de esta notable obra, que el autor llama *estudio*: artículo extenso, que hubiera servido perfectamente para prólogo de *La sublevacion*, si con el resúmen de él, incluso en el citado prólogo general, no resultara innecesario. Tambien hizo allí mencion el señor Cañete de los opúscnlos insertos en este volúmen, titulados *El Ventero, El Hospedador de provincia*, *El Viaje á Pesto* y *El Viaje al Vesubio;* tambien dejó ya becha la siega en este campo el señor Cañete, quedándome pocas espigas que recoger. Habrá pues mi tarea de reducirse á indicar una ú otra especie respecto de la historia de Masanielo, y á tratar de algun opúsculo no recorrido por el señor Cañete: de los discursos parlamentarios, nada me propongo decir; no me faltan razones para excusar, á lo menos en este prólogo, las cuestiones políticas.

Entre las dos maneras que hay de escribir la historia, una para contar, y para probar la otra, una reducida al *cómo* y *cuándo* de los sucesos, y otra que acompaña el cómo y cuándo con el *á qué* y *por qué* de todos; nuestro bien aconsejado autor eligió para su *Estudio histórico* un sistema participante de aquellos dos, reuniendo lo bueno, lo útil y agradable del uno y el otro: cuando la simple narracion de los lances basta para que la causa se entienda, el señor Duque se limita á referir lo que sucedió; cuando los hechos necesitan explicacion para ser apreciados debidamente, el señor Duque se la da, por lo general clara y segura; cuando ménos, probable. Como ha residido mucho tiempo en

Nápoles, donde una sublevacion contra España no se ha de considerar como grave pecado; el señor Duque, atendiendo al pro y al contra de la cuestion, oyendo por un lado á su corazon español, y escuchando las razones de los extranjeros por otro; deponiendo la parcialidad española, y no convirtiéndose en padrino de intereses ajenos, ha escrito una historia como pocas hay en castellano ni en ningun otro idioma, con verdad en los acontecimientos, con tino en la investigacion de sus causas, con recto juicio de los hombres y de sus acciones, de los impulsos y fin de aquellos, de las circunstancias de éstas y su resultado. Repartida la obra en libros, y los libros en capítulos de corta extension, en el primero queda instruido el lector del giro de la opinion pública en Nápoles, relativamente á los españoles, desde el tiempo de la conquista: ve á los napolitanos dispuestos á sublevarse ya con más ya con ménos motivo, y adivina desde luégo que debe allí sobrevenir un sacudimiento espantoso en cuanto se presente ocasion favorable á los genios díscolos, en cuanto haya quien la prepare y quien la aproveche. El decaimiento de las fuerzas de España bajo el cetro de Felipe IV, menoscabo debido á las guerras de Flándes, Portugal y Cataluña, ofrece la coyuntura á propósito; un virey de Nápoles temerario y terco promueve el tumulto con la imposicion de una gabela sobre los artículos más necesarios á la subsistencia del menesteroso; un pobre ofendido, un triste vendedor de pescado, hombre de arrojo y capacidad superior á su clase, Tomás Anielo en fin, utiliza la irritacion de los descontentos, y constituyéndose cabeza de motin al principio y caudillo de un pueblo en seguida, combate con la guarnicion española, consigue triunfos, trata de igual á igual con el lugarteniente del Rey de España, y si el mismo lugarteniente no le hubiera asesinado viéndole loco, quizá el pescadero se hubiese ceñido la corona de Nápoles. La plebe sublevada nombra otro jefe de sus armas que le hace traicion y paga la infidelidad con la vida: en tanto la sangre ha corrido á torrentes; la miseria pública es espantosa; los jefes del pueblo, inhábiles y poco fieles, le conducen derecho á su ruina; va de España á Nápoles un hijo del Rey, el infante don Juan de Austria, va otro virey, y con muy pocas fuerzas postran la rebelion y restablecen el dominio castellano casi sin lucha. Nueve meses de agitacion violenta y continua en una populosa ciudad, en un reino importante; nueve meses de atropellos y estragos, de lides y treguas, de capitulaciones y rompimientos; dos poderes dentro de la poblacion, hoy

contrarios, mañana en paz, y luégo otra vez enemigos; ahora procesiones devotas, ahora profanacion horrible de los templos y cosas sagradas; un Virey que asesina, un loco que manda con un gesto ciento cincuenta mil hombres, que es muerto sin defensa de nadie, y recibe sepultura despues con los honores guardados para el héroe y el santo, ofrecian á la bien cortada pluma de nuestro autor copiosa materia para señalarse rasgueando singulares retratos y maravillosas escenas. Masanielo, el Virey, el cardenal Filomarino, don Francisco Toraldo, Julio Genovino, Genaro Annese, el Duque de Guisa y otros personajes de ménos cuenta se presentan en este escrito con fisonomía propia, varia, vivísima: la descripcion del motin ocurrido en el domingo 7 de Julio, dia perpetuamente aciago en Italia, si creemos al doctor en teología don Pablo de Tarsia que dió á luz una historia de este levantamiento, sobresale por el gran acierto y vigor con que está planteada y escrita; más notable me parece aún el nombramiento de Masanielo para adalid de los sublevados; la locura de éste produce en el ánimo del lector aquella inquietud, aquel extraño interes, aquella fascinacion molesta, pero irresistible, con que un delirante domina en los momentos de grande exaltacion á cuantos le cercan; la muerte del pescadero, llena de rasgos melancólicos y terribles, mueve profundamente el corazon á terror y piedad como el desenlace de una pavorosa tragedia. De allí adelante, las tintas del pintor se ennegrecen; asoma en los cuadros multitud de figuras, entre las cuales ninguna descuella bastante, porque ninguna vale lo que el pescadero generalísimo, loco y beatificado. Muchas veces con lástima, con indignacion á cada paso, con admiracion generosa nunca, seguimos la prolongada serie de extravíos de la rebelion de Nápoles, hasta que saciada, embriagada de sangre y excesos, ella misma se postra y muere, y el lector deja el libro sin saber casi por quién decidirse: natural y preciso efecto de las contiendas donde por ambas partes ha abundado la culpa. Agrada el triunfo de los españoles, justa recompensa de las terribles penalidades por ellos sufridas; pero como que se siente que el virey don Rodrigo Ponce de Leon, causa fatal y primera de tanto infortunio, haya librado mejor que merecia. Porque, en efecto, él solicitó con tenaz empeño la imposicion de la gabela sobre la fruta, que tan costosa y amarga fué para él y para el pueblo de Nápoles; él, por su mala fe y peores artes, se hizo tan odioso á los napolitanos, que por vencerle, por derribarle, por vivir

sin él, prolongaron, más que por otra razon, desastradamente la lucha, viniendo la sublevacion á parar en rebelion declarada: de manera que miéntras don Rodrigo Ponce de Leon subsistió virey, Nápoles combatió con furor contra España; desde que el mando le fué quitado, menguó y faltó casi la aversion á los españoles. Y por cierto que no he de pasar de aquí sin apuntar una observacion, de la cual así el autor como los lectores harán el caso quo mereciere. A los cuatro dias de motin, Masanielo que no habia tenido un momento de reposo en los cuatro dias con sus noches, que apénas habia comido, bebido ni dormido en ellos, maltrata soezmente la cabeza del infeliz Caraffa; dos dias despues ya no podia dudarse que el juicio do aquel hombre flaqueaba: quizá la alteracion mental habia principiado ya cuando tan fuera de propósito se ensañó Masanielo en el sangriento busto del degollado. Otros dos dias despues, Masanielo asiste á un banquete, donde varios escritores entienden quo fué envenenado por disposicion del Virey, no habiendo producido la ponzoña otro efecto que el de enloquecer más al revolucionario. Con razon observa el señor Duque de Rivas que el pescadero estaba ya loco, por cuya razon era bien excusado semejante delito. El moderno escritor Baldachini cree que Masanielo, colocado de pronto al frente de un ejército, de un pueblo, adulado por grandes y chicos, respetado por el mismo Virey de Nápoles, enloqueció de pura vanidad y flaqueza de espíritu; don Pablo Tarsia, contemporáneo de Masanielo, asegura que éste perdió la razon por milagro de Nuestra Señora, en castigo de haber entrado con irreverencia y codicia en un templo suyo, y haber amenazado prenderle fuego. Ninguna de ambas explicaciones me satisface, pareciéndome que cuatro dias de continuo y violentísimo afan de ánimo y cuerpo, en un clima como el de Nápoles, y en el mes de Julio, pueden mejor desordenar el cerebro de un hombre en ayunas, que unas cuantas falaces lisonjas y forzadas zalamerías. Por lo demas, el Virey que, segun la opinion de los historiadores más adictos á su persona, mandó matar á Masanielo demente, capacísimo era de recetarle un tósigo que le privase de la vida ó del seso; y si no se lo dieron en el convite de que va hecha mencion, quizá se lo administrarian cuatro dias ántes. La política de aquellos tiempos no blasonaba de caritativa; y de seguro el buen don Rodrigo Ponce de Leon, duque de Arcos, entendia obrar con arreglo á la más rigorosa justicia corrompiendo á los jefes de la sublevacion cuando se dejaban ganar, ó

matándolos de cualquier manera si no se vendian: la santidad indisputable de la causa (pensaria él) disculpaba cualesquiera medios que se empleasen á fin de obtener el debido triunfo. Como los gobiernos y los pueblos aprendieran algo leyendo historias, muy útil doctrina pudieran sacar de la de Masanielo, segun el señor Duque de Rivas la refiere y comenta: verian aquellos el miserable paradero señalado al poder que, en vez de gobernar, tiraniza; y advertirian estos otros que la causa más justa se malogra y se pierde con mengua cuando sus desalumbrados defensores la deshonran con el delito. Escrita la historia de *La sublevacion* en estilo fácil, claro, familiar, pero á veces elevado, enérgico y pintoresco segun conviene, sin empeño en remedar á Tácito ni á Salustrio, á Mendoza ni á Thiers, ni á ningun otro autor español ni extranjero, el señor Duque de Rivas nos ha dado un libro de los mejores que en su línea tenemos en el idioma de Mariana y Solís.

El párrafo último de este libro, en qne se anuncia para otros dias la independencia definitiva de Nápoles, conduce naturalmente la imaginacion á contemplar aqnel pais libre de la dominacion española. Curioso es para el lector, tras aquellas bárbaras escenas de 1647, acompañar á un magnate español, dos siglos despues, en dos pacíficas excursiones desde Nápoles á la derruida Possidonia y á la cumbrê del ardiente Vesubio. Un opúscnlo y otro dejan leerse con placer, así por el asunto como por la manera de referirlo; mas al coucluir el primer viaje con estos versos,

Me iba siempre acordando en sombra vana
De la dulce Sevilla y de Triana,

El lector español, simpatizando con el viajero, huye de las abrasadoras cenizas del volcan, formidable vecino de Nápoles, y se pára complacido en Sevilla á la sombra de los seculares árboles de sn vieja Alameda. Con notable desenfado y gracia se expresa el autor en el artículo titulado *Los Hércules* y en *El Hospedador de provincia*; en el que se titula *El Ventero*, hay cerca de la mitad un párrafo de carácter político, donde yo desearia que el desenfado no fuese tanto: como el resentimiento guie la pluma, fácil es que vacilando el pulso, atropelle los rasgos. La descripcion de la noche que pasa en una venta infame un amigo del señor Duque, precisado á caminar por sendas extraviadas, es una de las páginas en prosa mejor escritas por el autor.

Generosas miras inspiraron el discurso del señor Duque leido á la sociedad patriótica de Córdoba en el año 1819; generoso y noble impulso animó sin duda el que pronunció en el Senado sobre los bienes de las religiosas el año de 1838, aunque tambien se percibe en él un tanto de enemistad política, la cual rebaja valor á las razones en que el Duque se funda; trozos elocuentes abundan en el que leyó á la Real Academia de la Historia el dia 24 de Abril de 1853 al tomar asiento en aquella Corporacion ilustrísima; del que dirigió á la Real Academia Española veinte años hace, conviene decir en particular cuatro palabras.

En este discurso, no el mejor de los que van juntos aquí, pero estimable por más de un concepto, el señor Duque, sin pensar en ello quizá, se retrató como escritor y como español con habilidad peregrina. Manifestando desde el principio su viva aficion al estudio de nuestra lengua, dice ó escribe estas expresiones, cuya elocuencia hija del corazon no necesita encarecimientos.

«A fines del infausto año de 1823, salí prófugo y proscripto de esta patria, por cuya independencia derramé mi sangre, á cuya libertad he sacrificado de todos modos mi existencia: y el no oir la dulce habla de mis mayores, fué acaso la privacion más grande y una de las más dolorosas qne he padecido durante mi prolongado destierro. Aunque para suplir la falta de la voz viva de mi idioma patrio, un Quijote, y la Coleccion de poesías castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros dias, maestramente escogidas y diestramente coordinadas por un literato insigne, que me escucha, y con cuya amistad me honro, me acompañaron como amigos inseparables en mis peregrinaciones. ¡Cuántas veces bajo los gigantes árboles de los bosques de Kensington, en medio del borrascoso mar Cantábrico, en las verdes aguas del Mediterráneo, entre los risueños riscos de Piombino y de Montenero, sobre los dorados escollos de Malta, al traves de las deliciosas islas del mar Egeo, en las apacibles márgenes del Loira y en los simétricos jardines de Versalles, he hecho resonar el ambiente (el ambiente que no habia nutrido mi infancia, y que estaba lleno con el susurro de idiomas, para mí desapacibles, porque al cabo no eran el que mamé en la cuna) con una estancia de Garcilaso, con un soneto de Lope, con una quintilla de Gil Polo, con un sabroso párrafo de Cervantes!... Sí, muchas veces. Y la estancia, el soneto, la quintilla y el párrafo, pronunciado por mí con voz doliente y pecho palpitante; y repetidos con sorpresa por los ecos extranjeros, ó me exaltaban deliciosamente con engañosas ilusiones de lo pasado y de lo venidero, ó me sumergian en aquel recogimiento profundo, que inspiran la desgracia y la persecucion no merecidas, y de que nacen la resignacion á los decre-

tos del cielo, y el desprecio amargo á la injusticia de los hombres. Sí, señores: así como Mr. de Chateaubriand se vanagloria de haber bebido siempre en los rios célebres que atravesó durante sus peregrinaciones y varias fortunas; yo me glorío, y creo que con mas razon, de haber hecho siempre resonar en alta voz mi idioma patrio, por cuantos mares y por cuantas tierras me ha arrastrado mi adversa suerte.»

Recorriendo el autor los períodos de crecimiento, auge y decadencia de nuestro idioma, se promete (es decir, se prometia en Octubre de 1834) que á favor de la regeneracion política del pais, las letras habian de alzarse con nuevo brillo, y los futuros escritores de España pulir la lengua por medio del acertado estudio de los libros antiguos buenos y por el caudal de luces que les habia de prestar el cultivo de las ciencias físicas, políticas y morales; designando además el autor como principales talleres de la perfeccion del idioma, la sociedad culta, el teatro y la tribuna parlamentaria. Parte del vaticinio literario del señor Duque se ha realizado; parte ha sido hasta hoy desmentido por el tiempo: ójala más adelante la veamos cumplirse! En efecto, desde 1834 el teatro español tomó un ensanche que no habia tenido en más de cien años: en aquel mismo, cuando hacia el señor Duque en el seno de la Academia el feliz anuncio, iban ya estrenados en los coliseos de Madrid los tres notables dramas *La Conjuracion de Venecia*, escrito por don Francisco Martinez de la Rosa, *Macías*, obra de don Mariano José de Larra, y *Elena*, de don Manuel Breton de los Herreros, y las dos comedias *Un novio para la niña*, obra del mismo don Manuel Breton, y *Tanto vales cuanto tienes*, del mismo señor duque de Rivas, que preparaba ya la representacion de su célebre *Don Alvaro*. El *Alfredo* de don Joaquin Francisco Pacheco, la *Blanca de Borbon* de don Antonio Gil y Zárate, y el *Trovador* de don Antonio García Gutierrez se entraban ya por las puertas de la escena española, escena que ocuparon gloriosamente muchas veces despues esos y otros ingenios en cuyas obras la lengua castellana se ostenta con no menor gala y belleza que en las fábulas inmortales de Lope, Alarcon y Moreto. En la tribuna legislativa han descollado oradores de eminente mérito, que si no han guardado escrupuloso respeto á nuestro idioma, lo han hablado con brio, novedad y pompa, comunicándole en sus elocuentes improvisaciones flexibilidad y presteza. La sociedad, que ni tiene gusto ni obligacion de estudiar como los poetas, ni empeño en lucir la elocuencia de los oradores, ha leido lo que más á mano ha tenido, y ha trasladado á la con-

versacion el lenguaje que veia impreso; y como la lectura más comun del público es la de los periódicos, y el lenguaje de estos, particularmente en los folletines, ha sido por lo general desaliñado, vicioso y nada español; la sociedad, sin gran culpa suya, se ha formado un dialecto especial, chapucero y exótico. Al enumerar el señor Duque los elementos capaces de influir en la purificacion del idioma, parece que olvidó, no sé si de intento, el que más eficazmente podia contribuir á su corrupcion inmediata.

Tales son las ideas que me ha sugerido la lectura de las principales obras que van comprendidas en este postrer tomo de las del excelentísimo señor Duque de Rivas. Más á gusto me hubiera hallado si hubiese tenido que discurrir acerca de sus composiciones dramáticas, entre las cuales el *Don Alvaro* y *El Desengaño en un sueño* me parecen iguales á las mejores que en todo el orbe literario se han publicado en lo que llevamos del siglo presente. No se crea por eso que el Duque de Rivas, como historiador, desmerece de lo que vale como poeta: he dicho ya que la Historia de la sublevacion de Nápoles compite con los mejores libros que de su género han producido en nuestro siglo de oro literario los ingenios de España. Difícil juzgaba Moratin el hijo ceñirse dos coronas en el Parnaso: muy glorioso es para el Duque de Rivas adornar su ilustre frente con cuatro, dignamente adquiridas. Francisco de Borja y Villamediana, Marcolán y don Álvaro le proclaman poeta lírico y dramático insigne; Florinda, Mudarra y Masanielo le declaran poeta épico notable y á la par historiador distinguido.

Madrid, 9 de Junio de 1855.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

SUBLEVACION DE NAPOLES

CAPITANEADA

POR MASANIELO,

CON SUS ANTECEDENTES Y CONSECUENCIAS
HASTA EL RESTABLECIMIENTO DEL GOBIERNO ESPAÑOL.

ESTUDIO HISTÓRICO.

Ad extremum ruunt populi excitium,
cùm extrema onera eis imponuntur.
TACITO.

AL EXCELENTISIMO SEÑOR

DON FRANCISCO JAVIER DE ISTURIZ,

SENADOR DEL REINO, ETC., ETC., ETC.

Como testimonio de fina y constante amistad en prósperas y adversas fortunas.

Su compañero.

ANGEL DE SAAVEDRA, DUQUE DE RIVAS.

PRÓLOGO DEL AUTOR.

El nombre de *Masanielo,* tan célebre en la historia y popularizado en estos últimos tiempos por la poesía, y mucho mas aun por la música de Auber, fné uno de los primeros que ocurrieron á mi imaginacion al poner el pié en la hermosisima ciudad de Nápoles, teatro del, aunque pasajero, formidable poder de aquel ente extraordinario; y me propuse desde luego tomarlo para asunto de un artículo de revista. Pero cuando recorrí las calles y plazas que presenciaron su arrojo, su próspera, aunque fugitiva fortuna, sus horribles crueldades y su lastimosa muerte, y empecé á reunir noticias y documentos sobre su persona y hechos, conocí que necesitaba de mas ancho campo, y me decidí á escribir la historia de su dominacion. Mas como esta no podia ser comprendida, sin tener idea del estado á que llegó el reino de Nápoles bajo el gobierno de los vireyes españoles, y particularmente bajo el del Duque de Arcos; y como fué de tan pocos dias, y á la muerte de Masanielo no concluyó la sublevacion, antes bien se hizo mas grave y peligrosa; advertí que para presentar una idea exacta de aquella revuelta, y dejar satisfecho al lector, era indispensable dar mas ensanche á mi trabajo, y trazar un cuadro completo de tan memorable acaecimiento.

Resuelto á emprender esta obra, aunque desconfiado de mis fuerzas para llevarla á cabo, hice nuevas investigaciones, reuní mayor copia de documentos, examiné curiosos manuscritos, leí cuantos autores de aquellos sucesos tratan, y conferencié largamente con los eruditos del pais; eligiendo para servirme de guia en mi trabajo á los escritores que merecen mayor crédito entre los mejor informados de las ocurrencias de aquel memorable período. Siendo estos: Tomás de Santis, contemporáneo y colocado entónces en posicion á propósito para escribir con buenos datos, pues era secretario de uno de los sediles ó barrios de la ciudad de Nápoles, y desempeñaba además otro empleo en la administracion; y aunque pesado y falto de color, sin aventurar ningun juicio, escribió con prolijidad lo que presenció, indagando con solicitud lo que ocurrió fuera del alcance de su vista. — Alejandro Giraffi, tambien contemporáneo, que publicó en Venecia, con nombre supuesto, un diario muy prolijo de la dominacion de Masanielo. No se sabe quien fué, pero se colige por su obra que era hombre del pueblo, y de instruccion pedantesca; se entusiasma y extasía con las acciones de su héroe, aunque no aprueba sus crueldades; dá acogida á las vulgaridades mas absurdas, y nunca pierde el respeto al duque de Arcos. Su estilo es humilde, pero á veces se remonta ridículamente, citando textos de la Escritura. Se conoce que escribia de noche lo que pasaba de dia, y que se halló presente á todos los acontecimientos. — Rafael de Torres, tambien contemporáneo, que escribió y publicó en Génova la historia de aquella sublevacion, en latin crespo é hinchado, poniendo pomposos discursos en boca de los personajes, y empedrando la narracion con sentencias y apotegmas políticos; pero expone los sucesos con buen órden y claridad, y se conoce que escribió con muy buenas noticias. — El conde de Módena, secretario y director del Duque de Guisa, escritor culto y entendido, enemigo acérrimo de los españoles, que le tuvieron largo tiempo prisionero; y dándose en su obra exagerada importancia, refiere con bastante exactitud, aunque de oidas, las ocurrencias de Masanielo, y con mayor seguridad las del corto tiempo que el Duque francés dominó á Nápoles, como cosa que él mismo preparó, de que fué testigo y en que tuvo una parte tan principal. — Parrino, panegirista de los vireyes, y que escribió medio siglo despues. — Giannone, autor mas moderno, que escribió con un método particular y raro la historia general de

Nápoles.—Y el moderno Dr. Baldacchini, quien últimamente ha publicado un excelente compendio de la historia de aquella revolucion, escrito con muy buen gusto, con calor sumo, con buenos estudios y con elegante pluma.

Tambien entre el cúmulo de manuscritos, que he registrado, elegí los que á juicio de los eruditos merecen mas crédito, y que aparecen ser efectivamente de mucho valor; como el del maestre de campo Capacelatro, que es el mas precioso de todos y muy raro; el de Agnello de la Porta, mas conocido, y que da muy buenas noticias y desciende á curiosas minuciosidades; una relacion anónima, no muy extensa y que pocos han visto, de aquellos sucesos, que posee con otras obras muy raras el príncipe de San Georgio; varias cartas de aquel tiempo, y entre ellas algunas muy importantes, de un proveedor general que padeció grandes pérdidas en aquel desórden, y otras del ayuda de cámara del duque de Arcos; y otros documentos de la época, que existen en los archivos públicos y en los particulares, y de los que insertamos algunos en el apéndice de esta obra.

Con estos datos y con el consejo de personas doctas la he escrito. No sé si he trabajado con acierto, y si he conseguido trazar una historia clara é interesante de aquellos dramáticos sucesos, que turbaron el año 1647 un reino importantísimo, dependiente entónces de nuestra inmensa monarquía. Si no he acertado á desempeñar dignamente mi propósito, no será por falta de estudio, sino de capacidad. Y puede que á lo menos haya logrado recordar un episodio digno de atencion de nuestra historia del siglo XVII, que tratado por escritor mas idóneo podrá formar una obra digna del tiempo en que vivimos.

Nada mas tengo que manifestar á mis lectores; pero no puedo concluir este prólogo sin pagar el tributo de gratitud á las distinguidas personas que me han ayudado eficazmente en este trabajo. Entre los cuales es una obligacion de mi reconocimiento nombrar al señor comendador Spinelli, archivero general del reino de Nápoles, que puso á mi disposicion los escasos documentos de aquella época que tiene en custodia. Al señor duque de Lavello, que me escribió una sencilla memoria para enterarme de la antigua organizacion municipal de Nápoles. Al caballero Scipione Volpiccella, eruditísimo en la historia de su patria, y distinguido literato, que me instruyó, en largas conferencias, de muchas particularidades, y ue me informó sobre el grado de cré-

dito de los autores que manejaba. Al señor Luis Blanch, escritor eminentísimo, con quien he consultado varios trozos de esta historia, rectificando con los suyos mis juicios. Al señor Cuomo, á los príncipes del Cásaro y de Montemileto, y al marqués de Striano-Tito, que me proporcionaron libros de sus bibliotecas; y por último, al señor príncipe de la Rocca, que me facilitó con particular empeño registrar libros raros y preciosos manuscritos. A todos les doy las mas expresivas gracias, y á su cooperacion y auxilio me reconoceré deudor si alguna gloria y aplauso mereciese esta obra.

INTRODUCCION.

La desacertada administracion de los sucesores de Cárlos V y de Felipe II desmoronó pronto la gran monarquía, fundada con tanta gloria y sobre tan sólidos cimientos por los Reyes Católicos, acrecentada con tanta fortuna por aquel intrépido guerrero, y mantenida con tanto teson y prudencia por este eminente político. No parece sino que Felipe III, Felipe IV y Cárlos II subieron ex-profeso al trono de las Españas para arruinarlas, y destruir la obra de sus antepasados. Su política vacilante y mezquina; su ciego abandono en brazos de sus favoritos; su empeño en sostener á toda costa la desastrosa guerra de Flándes; la indiferencia y descuido, ó por mejor decir, equivocado sistema administrativo con que trataron las nacientes colonias americanas, ó hablando con mas exactitud, los vastos é importantísimos imperios, que en el Nuevo-Mundo les habian adquirido el arrojo y el heroismo de Hernan Cortés y de Francisco Pizarro; y la injusticia y rapacidad con que dejaban gobernar los ricos estados que poseian en lo mejor de Europa, hacian no solo inútil, sino embarazoso en sus débiles é impotentes manos aquel inmenso poderío.

Las otras potencias europeas regidas entónces con mas acierto, y sobre todas Francia, constante émula y antigua rival, gobernada por el célebre cardenel Mazzarino, veian gozosas acercarse la ruina del temido coloso español, y no se descuidaban en aprovechar todos los medios de apresurarla. En cuantos paises dominaba fuera de la Península, no perdian ocasion alguna de acalorar el descontento; y en la Penín-

sula misma agitaban sin cesar á las provincias mas activas y bulliciosas. En todas partes pues se veian de tiempo en tiempo los resultados de sus instigaciones, que nada hubieran podido, si la poca capacidad de las autoridades que las gobernaban, lo absurdo de las leyes que se les imponian, y lo errado de la administracion á que se las sujetaba, no hubieran presentado siempre ancho campo en que se dilatasen.

Pero donde se vieron mas claramente los efectos de tan descabellado sistema de gobierno, y el partido que de ellos podian sacar los extranjeros, fué en la rebelion del reino de Nápoles, acaecida el año de 1647. Pues tras de varios desastrosos sucesos, puso aquel importantísimo estado en manos de la Francia; y no lo separó totalmente de la monarquía española, porque la falta de costumbre de independencia, los desórdenes y desconciertos de la anarquía, y los desaciertos, rivalidades y lijerezas de los franceses, hicieron preferibles á aquellos naturales, cansados y desfallecidos de su propio esfuerzo, el yugo á que estaban acostumbrados.

Corto fué ciertamente el período de aquella memorable revuelta, pero importantísimo en la historia, y digno de la atencion del filósofo y del repúblico, porque pueden estudiar en él la enerjía que da la desesperacion á los pueblos oprimidos; lo terribles que son los momentos de la desenfrenada dominacion popular, que mancha, ennegrece é imposibilita la mejor causa; y lo que se engañan los ambiciosos, ora naturales ora extranjeros, que creen fundar en los pasajeros favores y en el efímero entusiasmo del populacho una dominacion duradera.

Aun no habia sujetado del todo Felipe IV la tenaz rebelion de Cataluña, acalorada y sostenida por los franceses; aun hacia vanos esfuerzos para recuperar la corona de Portugal, incorporada á la de España en tiempo de su abuelo cuando la derrota y muerte del rey don Sebastian en Marruecos, y perdida por su incapacidad ó indolencia; la guerra de Flándes era cada dia mas ruinosa, aunque no deslucida para las armas españolas; el Milanesado no estaba tranquilo, y continuaba la guerra con Francia, que comenzó sobre el estado de Mantua, y que seguia encarnizada en los Paises-Bajos, en el Rosellon y en el norte y costas occidentales de Italia; cuando estalló en Nápoles aquella famosa rebelion llamada de *Masanielo*, que nos proponemos referir con sus *antecedentes* y *consecuencias*, hasta el total restablecimiento del dominio español en aquel reino. Emprendemos este trabajo histórico despues de haber recorrido los sitios que sirvieron de escena á aquellos trágicos acontecimientos; de haber leido y estudiado con atencion los autores contemporáneos y posteriores, que de aquellos sucesos tratan; de haber examinado curiosísimos manuscritos de aquel tiempo y los escasos documentos que de él existen en los archivos públicos; y de haber oido la tradicion, que de padres á hijos ha llegado hasta nuestros dias. Sintiendo haber hallado en todas partes acriminaciones acerbas y mas ó ménos apasionadas contra los españoles, que no eran ciertamente

entónces mas dichosos y ricos en su propio país, que los habitadores de los otros estados que dominaban; y que fueron los primeros, y de una manera harto mas dolorosa, víctimas del desgobierno de los últimos reyes austriacos, como lo demuestra el lastimoso estado en que el imbécil Cárlos II dejó al morir la poderosa y opulenta monarquía española.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Desde que las armas españolas mandadas con tanta gloria por el Gran Capitan aseguraron á la corona de Aragon, ya reunida con la de Castilla, la posesion del reino de Nápoles, se empezaron á notar en él síntomas de descontento y de resistencia á la dominacion española, bien que fuese mucho mas grata á los napolitanos que la francesa. En el tiempo mismo de don Fernando el Católico, y poco despnes de la visita que hizo á aquel estado, su capital se alteró por la escasez de víveres, y por lo penoso de los impuestos, siendo virey el conde de Ribagorza. El año 1510, que lo era don Raymundo de Cardona, se levantó todo el reino para impedir, como lo consiguió, el establecimiento de la inquisicion. Reinando ya Cárlos I, annque fué rechazada y rota la expedicion francesa de Lautrech, dejó en pos de sí grandes disgustos y peligros, y una tranquilidad dudosa. En el brillante vireinato del célebre don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, el disgusto de los nobles por la restriccion de sus privilegios, y el del pueblo por carestía de vitnallas fuéron tan graves, que obligaron al Emperador á pasar á Nápoles, de vuelta de su expedicion á Africa. Su presencia fné muy grata y consoladora para aquellos súbditos, porque concedió al reino, y en particular á la ciudad de Nápoles, varios privilegios y esenciones. Pero de allí á poco, en el año 1547, como se intentase de nuevo introducir la inquisicion en aquel estado, se sublevó todo con gran fu-

ria, viniendo á las manos con los españoles y pasando, en solo la ciudad, de trescientas las personas que fueron víctimas, por una y otra parte, de aquel conflicto. El inflexible virey acreditó entonces la entereza de su carácter, pero tuvo que desistir de su propósito, renunciando al establecimiento del odioso tribunal.

En tiempo del duque de Osuna, el año 1581, los nobles reclamaron con descomedimiento sus abolidos derechos, y el pueblo se amotinó por lo crecido de los impuestos y por la falta de subsistencias. Con los mismos pretextos volvieron á alterarse los ánimos en el vireinato del conde de Miranda. Y en el del conde de Lémus, el año 1600, hubo grandes disturbios, promovidos por ciertas nuevas doctrinas predicadas por el díscolo fraile Campanela; quien de acuerdo con muchos de sus secuaces llegó á entablar trato con los turcos, ofreciéndoles, si venian á sostenerle, facilitarles la ocupacion de algunas fortalezas de la costa. Siendo virey el conde de Benavente, en 1603, fué grande la miseria pública, y hubo estrepitosas asonadas por la alteracion de la moneda. En los tiempos del otro famoso duque de Osuna, aunque demasiadamente popular en Nápoles, no faltaron trastornos y disgustos. Y cuando llamado precipitadamente á España, dejó el mando al cardenal Borja, retardó este algunos dias el tomar posesion del vireinato, porque la ciudad andaba revuelta y amotinada.—Reinando Felipe IV, tuvieron graves disgustos los vireyes cardenal Zapata y duque de Alba, con las frecuentes sublevaciones contra los impuestos, que eran por demas exorbitantes, y con los continuos tumultos por falta de pan y por la baja de la moneda. El conde de Monterey luego, y mas adelante el duque de Medina de las Torres, descubrieron y cortaron oportunamente y castigaron con gran rigor, conspiraciones muy serias y tratos muy adelantados con los franceses, para entregarles el reino.

Ocurrencias tan repetidas podian haber advertido al gobierno español que debia, ó tener siempre en aquel reino bullicioso y tan dócil á las instigaciones extranjeras, fuerza suficiente para sujetarlo; ó regirlo con tanta justicia y blandura, que encontrara su conveniencia en formar parte de la monarquía española. Y esto hubiera sido lo mas fácil y tambien lo mas útil para la metrópoli, y lo mas justo ademas; pues en Nápoles no habia antipatía contra España, y la ayudaba lealmente con sangre y con tesoros en sus descabelladas empresas. Pero los mo-

narcas españoles, ó por mejor decir sus favoritos y los delegados que á Nápoles enviaban, en lugar de uno ú otro método de dominacion, eligieron el de dividir los ánimos, y el de sembrar la desconfianza primero, y luego el odio entre el pueblo y la nobleza de aquel reino; para que faltando el acuerdo no pudiera ser consistente la resistencia, y lograr á mansalva esquilmarlo y oprimirlo. Y así lo ejecutaron; pues el gobierno de los vireyes fué últimamente tan funesto para aquel hermoso y abundantísimo pais, que aun hoy se recuerdan en él su arbitrariedad y sed insaciable de oro con estremecimiento.

De tiempo inmemorial gozaba el reino de Nápoles la intervencion en sus propios intereses de un parlamento compuesto de los barones, señores de las tierra, y de diputados de algunas ciudades, y de corporaciones eclesiásticas. El cual aunque no con una forma constante, ni en período fijo, se reunia á convocacion del Soberano ó de sus lugartenientes. Pero esta corporacion respetable, sin cuyo beneplácito no se podian imponer al pais contribuciones nuevas, habia perdido con el curso de los tiempos y con las diversas dominaciones, su valor é influencia. Pues *corrompida ó forzada* (1) se prestaba dócil á las exigencias del poder, siendo acaso el mas fuerte apoyo de la tiranía, porque legalizaba sus actos. ¡Suerte terrible de las mas saludables instituciones, cuando bastardeadas por el tiempo ó por las circunstancias, pierden su propia dignidad y olvidan los intereses que representan!

Las ciudades principales del reino estaban ademas regidas por una especie de municipalidad electiva, como la de la capital. Componíase la de esta de los diputados de los seis *sediles*, plazas ó distritos en que estaba dividida la ciudad; de los *electos* de las mismas, y de los capitanes de las *utinas* ó barrios en que cada *sedil* se dividia. De los seis *sediles* ó distritos, en cinco pertenecian la eleccion y la votacion á la nobleza exclusivamente, y en uno solo al pueblo; pues aunque en tiempo antiguo la representacion de este no era tan diminuta, cuando empezó á falsearse la institucion, extendieron en ella los nobles su poderío con tanta ventaja. El *sedil* del pueblo tenia, es verdad, el nombramiento de los cincuenta y ocho capitanes de *utina* (especie de alcaldes de barrio), pero mientras que los cinco de la nobleza nombraban libre y directamente su *electo*, aquel solo lo proponia en terna á la

(1) Palabra del *manifiesto del pueblo*, del que hablaremos mas adelante.

eleccion del gobierno; dándose sin embargo, al elegido y nombrado de esta manera, el pomposo y mentido nombre de *electo del pueblo*, y concediéndosele cierta preponderancia algo parecida á la que tenian nuestros síndicos. De los diputados de los seis *sediles* y de los capitanes de las *utinas*, presididos por los seis *electos*, se formaba la corporacion municipal de Nápoles, sin cuya aquiescencia no se podian imponer cargas á la ciudad, ni establecer nuevas gabelas, ni exigir arbitrios de ninguna especie. Eran sus funciones administrar los fondos del comun, los hospitales, colegios y establecimientos públicos, y cuidar de la policía y mantenimientos de la poblacion. Pero aunque se componia de tantos individuos, no tenia nada mas que seis votos, uno por cada *sedil*, verificándose luego separadamente en cada uno de ellos las votaciones generales.

Tambien esta corporacion que, aunque monstruosa en su forma y embarazosísima en su accion, habia llenado dignamente en lo antiguo el círculo de sus atribuciones, carecia ya de vida propia. Y si bien salian aun alguna vez de su seno enérjicas protestas contra la opresion de la ciudad, y aun del reino todo, y contra la exorbitancia de las exacciones, era ya un instrumento dócil en manos de los vireyes para llevar á cabo con cierta legalidad aparente sus exigencias.

Nada pues tenian que esperar los napolitanos de las protectoras instituciones que les habian dejado sus mayores: el tiempo las habia desvirtuado, el poder de la dominacion extranjera corrompido. Ni podian con propio esfuerzo devolverles su vigor, ó establecer otras análogas á las circunstancias, abrumados bajo el peso de un yugo extraño. Y cuando los Barones y nobles, unos por el duro trato que daban á sus colonos y dependientes, para aumentar sus riquezas, se habian granjeado el odio del pueblo; otros, porque especulaban sin pudor con la miseria general, arrendando las rentas públicas y los nuevos arbitrarios impuestos, se habian atraido la animadversion del pais; y algunos, porque presentándose sumisos en la capital para obtener, á costa de bajezas, mercedes y distinciones, habian incurrido en el desprecio universal. Y el pueblo aislado y solo, oprimido por la fuerza extranjera, y esquilmado y empobrecido, se perdia en vanas, aisladas é impotentes tentativas, sin apoyo y sin direccion.

Caminaba el hermoso reino de Nápoles á su total exterminio. No se notaba en él la mano del gobierno sino para extraer, oprimir y es-

terilizar. La seguridad pública estaba completamente perdida. Las costas de continuo expuestas á las repentinas incursiones de los piratas berberiscos. En los montes campeaban numerosas tropas de bandidos, que la pobreza general y el comun despecho engrosaban continuamente, y que llevaban sus devastadoras correrías hasta las villas mas considerables, cuando podian sorprenderlas desapercibidas. La poblacion se disminuia visiblemente por la miseria, por las continuas levas de gente para Flándes, Lombardía y Cataluña, y con la emigracion continua de los infelices napolitanos, que iban hasta las playas turcas á bnscar su remedio, como asegura un autor contemporáneo. La agricultnra decaia notablemente por la falta de brazos, por la inseguridad de los campos, por lo crecido de las contribuciones. La industria reducida y escasa, se veia ahogada en su cuna; y el comercio asustado de las continuas guerras y trastornos, y de los descabellados derechos y tarifas, huia de un pais de que se habian sacado, en los últimos veinte años, mas de cincuenta mil hombres para la guerra, y del que se habian llevado á España ochenta millones de ducados, producto de gabelas, arbitrios y extraordinarios impuestos.

En tan abatido y lastimoso estado se encontraba el reino de Nápoles, cuando en el año 1644 entró á ejercer su vireinato el almirante de Castilla don Juan Alfonso Enriquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco. Este excelente caballero y previsor hombre de estado conoció muy luego el aburrimiento del pais y la imposibilidad y el peligro de apretarlo con nuevas exigencias. Y al mismo tiempo que dedicó todo su conato á regularizar la administracion y á poner coto á las rapiñas autorizadas de los oficiales públicos, escribió á la corte manifestando la necesidad de mirar con compasion á aquellos estenuados pueblos, y de reforzar las guarniciones españolas, sumamente disminuidas. Pero en Madrid, ocupados con la guerra de Cataluña, y cercados por todas partes de desastrosas circunstancias y de necesidades urgentísimas, despreciaron las sensatas reflexiones del sesudo virey, y lé contestaron pidiéndole terminantemente hombres y dinero. Obedeciendo el Almirante á su pesar las nuevas exigencias, y teniendo además que prevenirse contra una armada turca que se dejó ver en el golfo de Taranto, que socorrer luego á Malta amenazada por aquella fuerza, y que acudir á Roma por la muerte del papa Urbano VIII, se vió en la dura precision de imponer una contri-

bucion nueva, que causó gran disgusto, sobre el consumo de harinas, y que levantar algunos batallones para enviarlos á las costas de Cataluña. Mas al mismo tiempo representó de nuevo y reiteró sus clamores contra las vejaciones que afligian á los napolitanos, y sobre la absoluta falta de recursos en el pais. Su celo, rectitud y prevision fuéron tratados en España de apocamiento y de debilidad, y le pidieron terminantemente que enviara nuevos socorros. Con lo que desconcertado el Almirante, escribió al rey haciendo renuncia de su cargo, y rogando le nombrase sucesor: *porque no queria que en sus manos se rompiese aquel hermoso cristal, que se le habia confiado.* Notables palabras, que trasladan todos los historiadores contemporáneos, y que son una fuerte pincelada, que caracteriza el retrato de aquel prudente, leal y entendido caballero.

CAPÍTULO II.

Don Rodrigo Ponce de Leon, duque de Arcos, cuyo carácter duro y tenaz estaba ya acreditado en otros mandos de importancia, fué nombrado por la corte de España para suceder al Almirante, y reemplazar dignamente la llamada blandura y hasta incapacidad del antecesor. Y despues de una larga y peligrosa navegacion, contrariada constantemente por deshechas borrascas, presagio de las que iba á correr en su nuevo gobierno, llegó con buenos aceros y terminantes instrucciones á Nápoles; y tomó posesion del vireinato el dia 11 de febrero de 1646. Al siguiente partió el Almirante con las demostraciones mas claras del amor que, en el corto tiempo de su gobierno, se habia granjeado de los napolitanos; pues aunque los dejaba recargados con la nueva y pesada contribucion sobre el consumo de harinas, sabian todos la repugnancia con que lo habia hecho, el interes grande que habia tenido en mejorar su suerte, y que dejaba tan importante y codiciado puesto por no querer servir de instrumento para oprimirlos.

El nuevo Virey conoció luego, no solo que su venida no habia sido muy grata al pais, sino que el estado de miseria y de descontento en que lo hallaba no le permitia cumplir con las ofertas, acaso exajeradas é imprudentes, que habia hecho al gobierno. Mas para no desacreditarse con él dejando de enviarle socorros, y para acreditarse con sus gobernados, discurrió apretar á los contribuyentes morosos y á los arrendadores de impuestos y arbitrios anteriores, que estaban en descubierto de no despreciables sumas: con lo que se lisonjeaba de reunir lo bastante para responder á las exigencias de Madrid, sin recar-

gar al pueblo, y ganarse la buena voluntad de este, que siempre mira de mal ojo á los que especulan con su miseria.

Era costumbre antigua, introducida por los vireyes, el arrendar, no solo la mayor parte de las rentas permanentes y contribuciones ordinarias, sino tambien los impuestos provisorios y los arbitrios con que se cubrian los servicios y donativos extraordinarios: método con que los hacia el gobierno mas pronto efectivos, y se libertaba de los inconvenientes, atrasos y odiosidades de la recaudacion. Y muchas veces que no encontraba licitadores para estos arriendos, obligaba por fuerza á los pudientes á que los tomasen; y si bien los que de un modo ó de otro arrendaban los impuestos, los exigian sin piedad de los contribuyentes, se acomodaban con los comisarios y con las autoridades, desembolsando de pronto y como anticipo una parte de la suma, para procurarse rebajas ó dilaciones en la totalidad (1). Sobre los que adeudaban algo, que no era poco, por esta razon, fué pues sobre los que cayó inexorable, y no sin aplauso, porque tenia de su parte la justicia el nuevo Virey. Tambien se esmeró contra el contrabando, que era ciertamente escandaloso. Pero no se ensañó tanto con los contribuyentes atrasados, porque conoció que en el estado de miseria y de aburrimiento en que estaban la propiedad y la industria en todo el reino, era el apretarlos enteramente inútil y arriesgado. Para proceder con ménos nota de arbitrariedad, creó dos comisiones de magistrados y de oficiales de cuenta y razon, que reuniéndose en casa y bajo la presidencia del visitador general del reino, entendiesen, una en proponer las medidas mas oportunas para impedir el fraude de los contrabandistas, otra para ajustar cuentas y apremiar á los arrendadores morosos (2).

Cuando entendia el duque de Arcos en estos negocios, un inesperado acontecimiento vino á turbar su ánimo, manifestándole la facilidad con que los napolitanos se alteraban, si bien le dió á conocer al mismo tiempo la desunion que reinaba entre ellos, y que por lo tanto no eran muy temibles sus conmociones.

Sabido es el culto que de tiempo remotísimo tribnta la ciudad de Nápoles á su patron S. Genaro, y el milagro anual de la licuacion de

(1) Capecelatro, *Tumulti di Napoli de 1647*. MS.
(2) Parrino, *Teatro eroico e politico de' goberni de' vicere, etc.*—Tomás de Santis, *Istoria del tumulto di Napoli*.

la sangre de este mártir. Desde muy antiguo era costumbre, que aun hoy dura, trasladar la imágen de plata del santo, y la ampolla que contiene aquella preciosa reliquia, desde el tesoro de la catedral, donde se conserva, á la iglesia en que debe celebrarse la fiesta el primer domingo de mayo. Esta traslacion se verifica siempre el sábado anterior por la tarde, con gran pompa y concurrencia. En la época de que hablamos, costeaba y dirigia por turno la procesion cada uno de los *sediles* ó distritos de la ciudad, erigiendo en su plaza un altar donde se depositaba al paso la imágen y reliquia, y se hacia un largo descanso. Tocábale aquel año (1646) hacer la funcion al *sedil* de Capuana, donde los nobles habian preparado una magnífica estacion. Mas al presentarse los diputados de él con su *electo* en la catedral, para recoger del tesoro la efigie de plata del santo y la milagrosa ampolla, les manifestó secamente el canónigo tesorero que no podia entregarles ni uno ni otro, sin una órden por escrito del Arzobispo. Alterados con tan inesperada contrariedad y con tan nueva exigencia, quisieron hacer valer el derecho de la costumbre, negándose á ir á pedir al prelado un permiso que jamás habia sido necesario. Y las contestaciones acaloradas de unos y otros, y el retardo de la procesion empezaron á hacer su efecto en la multitud. Personas prudentes y bien intencionadas avisaron del conflicto al Virey; y este por el intermedio del regente de la vicaría, recurrió al Arzobispo para que desistiese de su inusitada pretension, y dejase correr las cosas segun la costumbre constantemente admitida y respetada. Mantúvose inflexible el prelado; pero como tambien la Vireina le mostrase su deseo de que se aviniese, rogándole por medio de personas de cuenta que lo hiciese así en su obsequio, se convino en ir inmediatamente á hacer por sí mismo la traslacion, aunque por distinta carrera de la que estaba preparada. No agradó mucho al Duque este espediente, que no podia menos de ofender á la nobleza toda, y en particular á la del sedil de Capuana; pero pensando en la urgencia y en que lo peor de todo era que no se verificase aquella tarde la procesion, no opuso inconveniente.

Era el cardenal Ascanio de Filomarino arzobispo de Nápoles, y de quien hablaremos muy á menudo en esta historia, personaje sagaz y entendido sobremanera, pero tenaz y orgulloso; y si bien hijo de padre ilustrísimo, por serlo de madre plebeya estaba mirado con desden por algunos nobles, demasiado rígidos en materia de alcurnia, lo que

lo tenia muy desabrido. Y por indisposicion personal con los principales señores del sedil que hacia la fiesta aquel año, discurrió aquel nuevo y poco prudente modo de mortificarlos. Fué pues á la catedral, ordenó la procesion, púsose al frente de ella con sus hábitos pontificales, y rodeado de numerosa y lucida comitiva, dirigió la carrera por distintas calles de las preparadas. Indignados los nobles del desaire, trataron de atropellar por todo y de procurarse por sí mismos cumplida reparacion; pero cediendo á los ruegos y reflexiones de personas sensatas, que temian un escándalo, se contentaron con salir al paso y protestar en debida forma á nombre de la ciudad. Verificáronlo reunidos en gran número y llevando consigo al notario Pablo Milano, secretro del sedil. El Cardenal arzobispo no consintió en detenerse, irritado hasta lo sumo y reprendiendo con durísimas palabras el intento, que llamó desacato atroz de los nobles. Llegó en esto el duque de Maddalone con su hermano don José Caraffa, con el caballero Tomás Caracciolo, con el electo del pueblo, y seguido de una respetable y numerosa comitiva de gente granada; y con corteses razones persuadió al prelado á que se templase y se detuviese un momento, para no dar ocasion á mas serios disgustos. Detúvose por fin la procesion; pero como inmediatamente empezase á leerle en alta voz el notorio la protesta que llevaba escrita, el Cardenal arzobispo ciego de cólera le arrancó violentamente de las manos el papel, hízolo pedazos, y gritó muy descompuesto: que la imágen y la reliquia eran suyas y de su iglesia, y que solo á Roma tenia que responder de ellas. Los nobles irritadísimos contestáronle tambien sin mesura: que la imágen y la reliquia eran de la ciudad. Y repetidas en torno estas distintas voces con no escaso calor, causaron gran rumor y tumulto. Los clérigos y la comitiva del Cardenal, conociendo que iban á llevar lo peor de la contienda, huyeron despavoridos. La imágen y la reliquia se depositaron, para evitar algun desacato, en el palacio de Montecorvino, que estaba allí cerca. Pero seguia el altercado, y crecia la confusion, insistiendo el Arzobispo en llevar adelante la procesion, ó en quedarse allí á custodiar aquellos sagrados objetos. Mas un momento de desórden que sobrevino, el haber visto en él ultrajada su persona, y la advertencia de varios sugetos de importancia de que peligraba su vida, le obligaron á refugiarse ronco y despechado en la casa inmediata de un noble llamado César de Bolonia. Allí se desnudó de sus sácras vestiduras, y permaneció

hasta que entrada ya la noche se retiró á su palacio. Tambien la imágen de S. Genaro y la milagrosa ampolla, que contiene su sangre, fueron llevadas por los diputados y electos, en cuanto se restableció la tranquilidad, á la iglesia en que debia celebrarse la funcion; que se verificó sin disgusto al dia siguiente, calmada la ansiedad del populacho, y acomodados los ánimos de unos y de otros, á fuerza de ruegos, negociaciones y buena voluntad (1).

A este lijero preludio de conmocion mas séria y de alborotos mas graves y duraderos, se siguieron nuevos cuidados para el Virey duque de Arcos, que le obligaron á desistir de su buen propósito de no recargar al pais con nuevos impnestos; pues se vió forzado á hacerlo, para asegurar el reino amenazado por los franceses.

(1) Parrino.

CAPÍTULO III.

El cardenal Mazzarino, desabrido con el nuevo Papa porque no habia querido dar el capelo á un sobrino suyo, quiso ponerlo en apuro so pretexto de que protegia abiertamente los intereses de la casa de Austria y de España, con menoscabo de los de Francia; y despues de acalorar á los Barberinis, que andaban revueltos, resolvió apoderarse de las plazas españolas de Toscana.

En mayo de 1646, zarpó de las costas de Provenza una armada francesa al mando del jóven almirante duque de Bressé, compuesta de treinta y cinco naves, diez galeras y sesenta leños menores, con ocho mil hombres de desembarco, al mando del príncipe Tomás de Saboya, encargado de la expedicion. Tomaron tierra en las marismas de Sienna; se apoderaron de Telamon y de los fuertes de las Salinas y de San Estéfano, puntos descuidados y desprovistos; y pusieron sitio á Orbitello, plaza bien abastecida de gente y de vituallas, y defendida por el valeroso don Cárlos de la Gatta, caballero napolitano, enviado pocos dias ántes por el Virey para gobernarla.

Pronto llegó á Nápoles el rumor de esta inesperada acometida, y conociendo el duque de Arcos toda su importancia, trató de acudir con prontitud y esfuerzo á rechazarla. Encontrándose sin fuerzas españolas, pues apénas dos mil hombres de ellas con algunas compañías de tudescos guarnecian todo el reino (1), levantó apresuradamente seis mil soldados de naturales y allegadizos; y con gran copia de bastimentos y

(1) De Santis.

con tres mil doblas de oro, los embarcó en cinco buenas galeras y dos barcas, á las órdenes del marques del Viso, enviándolos á Orbitello, cuya conservacion era importantísima. Llegó el socorro oportunamente; pues desembarcando en Porto-Ercole, entró, desbaratando á los sitiadores, en la ciudad. Regresaron á Nápoles los bajeles ufanos del buen éxito de la expedicion; y animado el Virey, quiso enviar nuevo refuerzo en cuarenta faluchos y un bergantin, que corrieron diversa fortuna. Pues acometidos de improviso por las galeras francesas, se perdieron la mayor parte, salvándose la gente con gran dificultad en las costas romanas. La plaza seguia apretada, y el duque de Arcos hacia nuevos esfuerzos para socorrerla, cuando apareció una armada española en las aguas de Cerdeña, que incorporada pronto con la napolitana, reunió treinta y una galeras, treinta y cinco naves gruesas y diez brulotes.

El Almirante frances al descubrirla ordenó sus fuerzas y salió á la mar para provocar el combate. Los franceses (como dice el historiador Parrino) que no iban á aventurar mas que hombres y bajeles, querian venir á las manos, fuera cual fuese el éxito. Pero los españoles, que en un reves podian perder plazas y reinos, anduvieron mas cautos, y se mantuvieron á tiro de cañon. El fuego de este duró casi tres dias sin interrupcion, causando gran daño á ambas partes, hasta que una fuerte ráfaga de leveche las separó harto mal paradas, y las obligó á refugiarse en los puertos vecinos. Los españoles habian perdido mas de cien hombres y un brulote que se incendió por sí mismo. Los franceses una nave gruesa, y al jóven Almirante, muerto por un tiro de artillería. Con lo que desanimados y dándose por vencidos, recogiendo sus naves y galeras dieron la vuelta á sus playas; y dejaron á la armada española dueña de aquellos mares, y por lo tanto de la victoria. Dos galeras mandadas, una por el marques del Viso, otra por el conde de Linares, llegaron á Porto-Ercole para dar socorro á Orbitello, pero no lograron conseguirlo por la vigilancia y fuerza de los sitiadores.

Noticioso de todo el duque de Arcos, y persuadido cada dia mas de la necesidad de conservar aquella plaza, levantó nuevas tropas, envió la caballería por tierra á marchas dobles, y la infantería por mar; encomendando la empresa al marques de Torrecusa, general de mucho nombre y merecida reputacion. Llegó este con felicidad, combatió y puso en completa fuga á los sitiadores, desbarató sus trincheras y sal-

vó la importante plaza, cuando estaba ya en el último apuro. Despues de tan feliz resultado, volvió á los puertos de España la armada, con beneplácito del Duque, que hubiera hecho mejor en conservarla á la mano, cuando aun podian rehacerse los franceses; y cuando tan desguarnecido tenia el reino que gobernaba, en tiempo en que los síntomas de una conflagracion general no eran dudosos.

Los reveses de las armas francesas de mar y tierra, en las costas de Toscana, no desanimaron á Mazzarino ni le hicieron cambiar de propósito; pues envió nueva expedicion contra Piombino, pertenencia de un pariente del Pontífice, y contra la isla de Elba ocupada en parte por los Españoles. Apoderáronse los franceses de ambos puntos, lo que, y el desden y alejamiento del Papa, por ciertos altercados que ocurrieron aquellos dias en Nápoles con el Nuncio, pusieron en mayor cuidado al Virey, y en la urgente necesidad de buscar nuevos y prontos recursos para atender á la seguridad del reino, muy de cerca amenazada. Reforzó con actividad suma las fortificaciones de Gaéta y de otros puntos importantes de la costa, armó naves y galeras, convocó los batallones del pais, que protestaron por cierto no saldrian á guerrear fuera del reino; y envió un sugeto de confianza á reclutar seis mil tudescos, que exigieron pesadas condiciones, aprovechándose de la necesidad con que se los buscaba.

Para estos aprestos necesitábase dinero, despues del consumido en las anteriores expediciones; y hallándose el duque de Arcos en el último extremo, acudió á pedir con acuerdo del consejo colateral un servicio extraordinario y un nuevo esfuerzo al apurado pais. Parrino, autor de mucha nota, que refiere menudamente estos sucesos, y despues de él el historiador Giannone dicen que apeló al parlamento para esta exigencia. Pero documentos fehacientes de aquel tiempo, que hemos podido examinar, demuestran claramente que no fué al parlamento del reino (que hacia tres años no se convocaba), sino á los sediles de la ciudad de Nápoles, á quienes se dirigió el Virey en aquella ocasion. Y consta que les pidió fuese su decision extensiva á todo el reino, á lo que se negaron constantemente, manifestando que sus facultades no pasaban de los muros de la ciudad. Se les pidió pues un millon de escudos de donativo ó servicio extraordinario; y aunque algunos sediles, y particularmente el de Capnana, se negaron á concederlo, demostrando la imposibilidad de recaudarlo y el disgusto peligroso que iba á producir

en la poblacion, los ruegos, las negociaciones y las amenazas consiguieron al cabo que los sediles se pusieran de acuerdo y concedieran los recursos que la autoridad exigia.

Pasóse en seguida á discutir qué nuevos arbitrios podrian establecerse para cubrir el millon de escudos acordado; y se ocurrió en malhora un impuesto sobre el consumo de frutas, sin recordar que establecido ya en tiempo del conde de Benavente habia sido causa de continuos tumultos, y que su abolicion fué una de las principales de la popularidad del último duque de Osuna. Grande oposicion hicieron los sediles todos á semejante arbitrio, que ciertamente era el mas pesado para la masa inmensa de gente pobre y menesterosa que poblaba la ciudad (1); pues recargar el consumo de la fruta, que era su alimento y regalo, como lo es el de todos los pueblos meridionales en tiempo de verano, era encarecerla y ponerla por lo tanto fuera de su alcance, privándole de la única subsistencia que podia tener en aquella estacion. No dejaron de bacerse valer con enerjía estas razones, pero apretados de nuevo los electos y diputados accedieron con despecbo á que la terrible gabela se estableciese, y tal vez por aventurarlo todo para ver si salia de un modo ó de otro del atolladero.

Apénas se anunció con bando público el dia 1.° de enero de 1647 la nueva imposicion, se notó el descontento general y el abatimiento sombrío y la peligrosa afliccion de las clases menesterosas. Y á medida que se acercaba la estacion en que iba á ser mas sensible su efecto, se multiplicaban las representaciones por escrito y de palabra dirigidas al Virey, para que no se llevase á cabo tan desastrosa disposicion; se llenaban las esquinas de pasquines y de protestas, y acosaban á todas boras á las autoridades anónimos, ya con ruegos, ya con reflecsiones, ya con amenazas. No se bablaba de otra cosa en la ciudad. Todos presagiaban grandes desventuras. Y una mañana á mediados de abril, que fué el duque de Arcos á la iglesia del Cármen, circundó su carroza el populacho, reverente aun, y le pidió que aboliera la gabela con que los iba á matar de hambre, expresándose mas que en gritos en dolorosos clamores. Y á poco de completamente establecida, amaneció reducida á cenizas, sin que se supiese quién la babia incendiado, una casilla de

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.—Raphael de Turris, *Dissidentis desciscentis receptæque Neapolis*.— Baldacchini, *Storia napoletana dell' anno* 1647.

madera construida en el mercado para residencia de los recaudadores.

Tantos y tan grandes apuros y embarazos, como apretaban por todos lados al Virey, no le distrajeron de sus aprestos de defensa para la seguridad del reino. Siguió fortificando las costas, levantando gente de guerra, armando naves y aprestando galeras. Los franceses por su parte tampoco desistian de su intento, y avisados de cuanto ocurria en Nápoles, quisieron dar el ataque antes que estuviese organizada la defensa. Reunieron pues las fuerzas navales que tenian diseminadas en Piombino, Portolongone y otros puntos; y el dia 1.° de abril aparecieron dentro del golfo de Nápoles, con cinco gruesas naves muy bien pertrechadas y dos brulotes. Su intento era sorprender y quemar el arsenal; y apresaron de paso á vista de la ciudad algunos barcos pescadores. Gran confusion y trastorno causó en ella esta aparicion, y divididos los ánimos entre esperanzas y temores era general el desconcierto. El Duque, acudiendo al mayor riesgo, mandó salir al encuentro del enemigo las naves que estaban listas, y las que con presura se pudieron armar, tripuladas en gran parte por la nobleza napolitana, que se brindó leal y valerosa á tan importante servicio (1). Una repentina calma inutilizó toda maniobra é impidió el combate, cuyo éxito favorable á los españoles no hubiera sido dudoso. Y aquella noche aprovechando la obscuridad y el viento fresco que saltó de tierra, se retiraron prudentemente los franceses á sus guaridas. Encontrándose al amanecer sin enemigos, volvieron á fondear los bajeles españoles, y á sosegarse los ánimos de la poblacion.

A los pocos dias, cuando se preparaban algunas galeras para llevar á España parte del producto del nuevo servicio, se voló á las tres de la madrugada del 12 de mayo, y sin que se supiese ni aun sospechase cómo, la capitana con mas de cuatrocientos hombres, y teniendo á bordo el dinero público y ademas las riquezas, Dios sabe como adquiridas, de varias personas, que previendo grandes trastornos trataban de ponerlas en salvo. Este incidente en que el acaso ó la traicion hizo en parte lo que habian intentado en vano los franceses, afligió á unos, alegró á otros, y alarmó á todos, como presagio de grandes desventuras. (2).

(1) Parrino.—Raphael de Turris.
(2) Guiannone, *storia civile del regno di Napoli.*

CAPÍTULO IV.

Llegada la estacion calorosa en que se conoció todo el peso de la nueva gabela, crecia por puntos el desasosiego popular, y se iban convirtiendo los ruegos en amenazas. El virey, dudoso entre retroceder aboliéndola ó mantener con energía lo dispuesto, andaba vacilante y discursivo, y sin tomar ninguna resolucion. Por momentos crecia el apuro, y viéndose estrechado ya de cerca, aconsejándose con un tal Cornelio Spinola, genoves establecido de muchos años en Nápoles, hombre de negocios y muy enterado de los intereses públicos, y con el P. Estéban Pepé, muy estimado del pueblo, y á quien habian hecho en el confesonario importantísimas revelaciones de próximos alborotos, resolvió abolir la imposicion; pero en lugar de hacerlo inmediatamente, con lo que hubiera conjurado la tempestad, quiso buscar ántes otro arbitrio que sustituirle. Reunió para ello el consejo colateral, con asistencia de las autoridades, nobles, arrendatarios de los impuestos, y personas mas influyentes en los sediles, para tratar de esta materia detenidamente y perdiendo un tiempo precioso.

Enredada la discusion, todo era tropezar con dificultades é inconvenientes, y confundir, como siempre acontece, en pomposos é inútiles discursos, en apasionadas peroratas, y en largos ó inconexos razonamientos, el asunto claro y urgentísimo que una pronta resolucion requeria. Los interesados en el arriendo de la gabela, que ya habian hecho su anticipo, que tenian ya tomadas sus medidas y nombrados

los comisionados para exigirla, ciegos por el interes no veian mas que sus cálculos defraudados, si se les sustituia otro arbitrio de mas larga y difícil recaudacion; é insistian tenaces en que se sostuviese lo dispuesto. El visitador general del reino D. Juan Chacon, persuadido (dice el conde de Módena, contemporáneo y no muy amigo de los españoles) por su mujer, á quien habia regalado quince mil ducados Cárlos Spinelli, uno de los arrendadores, tomó la parte de estos con sumo calor; y exhortó al Virey á que sostuviera su autoridad, castigando rigorosamente á los que se atrevian á exigir de ella inoportunas concesiones. Y muchos de los nobles concurrentes, á quienes en nada afectaba la fatal contribucion, hablaron en el mismo sentido, deseosos sin duda de mostrarse ardientes defensores de la dignidad real (1). Pero otras personas de la junta, mas sensatas ó ménos interesadas en el negocio que se debatia, opinaron mas prudentemente y manifestaron con gran copia de poderosas razones, que era necesario atemperarse á las circunstancias y hacerse cargo de la justicia con que el pueblo reclamaba la abolicion de un gravámen odioso, que le encarecia su sustento; que el disgusto general, y mucho mas cuando está fundado, no debe mirarse con tanto desden; y que en el estado de irritacion en que se hallaban los ánimos, era forzoso ceder algun tanto para no dar vida á una conmocion popular, que acaso no se podria sosegar muy fácilmente. Entre estos encontrados pareceres nada resolvió el duque de Arcos sino una nueva dilacion. Esta fué que se reunieran inmediatamente los sediles, para buscar un arbitrio que sustituir al impuesto sobre el consumo de la fruta. Reunióse pues el cuerpo municipal, y despues de largas y prolijas discusiones, tampoco tomó resolucion definitiva. Todo era retardos, peligros, idas, venidas, mensajes, consultas y confusion.

Entre tanto las noticias desfiguradas de lo que en estas reuniones se decia, aumentaban la ansiedad pública y la indignacion contra los arrendadores de la gabela, contra los empleados, y contra los nobles que la defendian; y no ganaba nada la reputacion del Virey, cuya perplejidad, como indicio de flaqueza, aumentaba los brios de la multitud, entre la que no faltaban quienes sembrasen la fecunda idea de que no habia mas remedio que romper en abierta insurreccion. Los síntomas

(1) Raph. de Turris,

de que esta calamidad se aproximaba llegaron á los pocos dias á ser tan patentes, que el Duque mandó, por todo remedio, que no se celebrára aquel año la fiesta de San Juan Bautista, como era uso en la ciudad, para evitar la reunion del pueblo, que era grande en aquella funcion: medida de mera debilidad, impotente para evitar la concurrencia, y muy á propósito para alterar los ánimos, dar nuevo pábulo á la inquietud y animar á los ajitadores.

No se concibe cómo un hombre con fama de carácter duro y tenaz, acostumbrado á mandos de importancia, á graves negocios, y endurecido en situaciones difíciles y arriesgadas, mostró entonces tanta irresolucion ó tan estúpida indiferiencia, viendo claramente que se le hundia el terreno debajo de los pies, y que se desplomaba sobre su cabeza el cielo que lo cubria. O no dió importancia al descontento del pueblo, fiado en la mala inteligencia que entre este y la nobleza reinaba, y en que por lo tanto no encontraria cabeza entendida que lo dirigiese; ó confiado en sus cortas fuerzas, que en verdad eran escasísimas, quiso dejar aparecer el motin para escarmentarlo; ó desdeñó completamente á los mal contentos, como gente toda miserable y de ninguna valía. Pero el resultado mostró muy pronto cuánto se engañan los gobernantes que creen puedan faltar caudillos de provecho á las masas sublevadas; que dejan tomar cuerpo á los motines con la esperanza de vencerlos; y que desprecian los clamores de la plebe en los paises en que hay encontrados intereses, agravios que vengar y falta del necesario sustento.

Como para hacer mas crítica y peligrosa la situacion, llegó por entonces la noticia de que en la vecina Sicilia un levantamiento popular acababa de obligar al virey, marqués de los Velez, á abolir completamente los impuestos y gabelas, y á conceder en seguida el mas ámplio perdon á los amotinados: suceso de funesto ejemplo para Nápoles, donde fué aplaudido con entusiasmo (1).

Amontonados estaban ya los combustibles y prontos á arder; solo faltaba la chispa que los incendiase. Inevitable era ya la sublevacion; solo le faltaba caudillo bastante osado que diese el primer grito, y se pusiese á su cabeza. La chispa saltó de un impensado y vulgar acontecimiento, que vamos pronto á referir. El caudillo se presentó en donde menos se podia esperar.

(1) Raph. de Turris.

Entre los que mas atencion habian prestado á las instigaciones y discursos de los sublevadores, y entre los que mas se habia manifestado el descontento del pueblo con expresiones violentas y con dolorosas exclamaciones, sobresalia un jóven de lo ínfimo del populacho, que ganaba su mísera existencia vendiendo por las calles de la ciudad en una banasta pescado, que le confiaban los regatones de la pescadería, ó que él mismo compraba á vil precio en las playas á los pescadores. Este ente tan humilde y despreciable era el destinado por la Providencia para ser dentro de pocos dias el ídolo del reino de Nápoles, y para ejercer en él un dominio mas absoluto, que el que há ejercido hasta ahora ningun monarca de la tierra. Era el famoso Tomás Aniello de Amalfi, á quien el vulgo por abrevacion comun llamaba Masanielo, nombre con que adquiriendo tanta fama, es conocido en el mundo, y pasará á la posteridad mas remota en las páginas de la historia y en los cantos de la poesía. Por su segundo apellido lo han creido algunos natural de la célebre y decaida ciudad de Amalfi; pero su fé de bautismo, que tenemos á la vista, no deja duda de que nació en Nápoles en 1620, en el barrio llamado de Lavinaro, donde habitaba la parte mas pobre y mísera de la poblacion; sin que esto contradiga el que pudiese ser originario de aquella costa.

Masanielo pues tenia veinte y siete años de edad, aspecto agradable, ojos negros y de melancólica mirada, tez curtida por la intemperie, proporcionadas facciones, cabellos rubios y ensortijados. Los andrajos que formaba su lijero vestido á la marinesca eran limpios y arreglados de una manera original y fantástica. Tenia mediana estatura, gran agilidad, explicacion fácil, aunque ignorantísimo, pensamientos elevados y generosa condicion (1). Habitaba en la plaza del Mercado, donde se amontona y hierve la pleve de la populosa Nápoles, y en la pared exterior de su pobre casucha (que ya no existe) estaban por acaso pintados de antiguo el escudo de armas de Carlos V y un vítor á aquel emperador; circunstancia de poca monta, pero que tal vez le hizo grata la memoria de aquel soberano, y le inspiró el deseo de restablecer los privilegios, que le dijeron habia concedido á la ciudad (2); como tambien pudo contribuir á exaltar su fantasía, inspirándole el ansia de figurar en un tumulto, el que otro Tomás Aniello, de las costas de Sorren-

(1) Baldachini.
(2) Giraffi, *Le rivoluzioni di Napoli.*

to, hubiera sido uno de los jefes del pueblo en la famosa rebelion contra el establecimiento del Santo Oficio, que tuvo lugar, como dejamos apuntado, en el vireinato de don Pedro de Toledo.

Era Masanielo casado con una jóven de Puzzoli, hermosa, y á quien amaba con extremo; aunque algun diligente investigador de aquellos extraordinarios sucesos, y cuya erudicion nos ha sido muy útil en este trabajo (1), hayn averiguado, que no lo merecia mucho, por ser su conducta muy poco nrreglada. Y acaso el cariño á la mujer fué el que inflamó al marido para la empresa que acometió. Dicen pues varios autores que de las cosas de aqnel tiempo han escrito, y se lee en el MS. de Capeccelatro, que pocos meses antes de la época á que hemos llegado, la mujer de Masanielo quiso introducir en la ciudad, sin pagar derechos, una porcion de harina acomodada en un envoltorio, figurando un niño de pecho, que llevaba en brazos; y que descubierto el fraude, fué maltratada por los guardas y condncida á la cárcel, hasta que pagase la multa exorbitante que le impusieron; que afligido Masanielo malbarató sn pobre ajuar, y con su importe, y la ayuda y míseros socorros de sus vecinos y amigos pagó la multa, y recobró á su mujer; jurando empero vengarla, y concibiendo desde entonces un odio implacable contra las gabelas y contra sus exactores.

El fué, como confesó despues, el que habia con tanto sigilo quemado la casilla del mercado pocos meses antes, y él era el que ya acaloraba pública y descaradamente una sublevacion.

Habia costumbre el dia de la Vírgen del Cármen de levantar en la plaza delante de la iglesia un castillejo de madera, que defendido por una tropa de mozalbetes vestida á la turquesca, y asaltada por otra con distinto traje, servia de espectáculo al populacho. En los últimos dias de jnnio se reunian estas tropas de pilluelos, nombraban su cabo y se ejercitaban á su manera, recorriendo en ridículo alarde las calles y plazas de la ciudad. Aquel año (1647) una eligió por caudillo á un mozuelo muy atrevido, llamado el Pione, y la otra á Masanielo: orígen harto humilde de su jigantesco poder. Viéndose jefe de aquella cuadrilla, acrecentó su tropa con los mozos mas perdidos de su barrio, los armó de cañas y de palitroques, comprados con veinte carlines que le dió el cocinero del convento del Cármen, y les enseñó á gritar: ¡*fue-*

(1) El caballero Scipion Volpicella.

ra la gabela, viva Dios, viva el rey, viva la abundancia (1)*!* A la cabeza de ellos, tremolando una bandera de papel de colorines, y repitiendo estas voces, recorria los barrios mas populosos en confuso tropel, sin que nadie lo atajara, y causando risa y desprecio general la ridícula comparsa y sus alaridos. Pero animado con la tolerancia de los que debian haberle contenido y aun castigado, se atrevió hasta á pasar por delante del palacio. El rumor de la gente baldía que acompañaba á los muchachos, y los descompuestos gritos de estos, llamaron al balcon al Virey y á las personas de cuenta que le hacian la corte. Y al pasar por delante de él, aquella insolente y desarrapada pillería, hizo acciones tan soeces y ademanes tan desonestos (2), que obligaron al Duque y á los suyos á retirarse, lo que produjo una insultante carcajada de la muchedumbre. Ni aun este aviso, á que no debia haber dado lugar, y de que tan lastimado ¡debió quedar su amor propio, despertó al Virey de su inexplicable letargo. Pues como algunos le manifestasen que pedia un pronto castigo tal desacato, contestó impasible: que no merecia sino desprecio aquella chavacana muchachada.

Continuaba Masanielo sus paseos por la ciudad con la misma algazara y sin estorbo, y pasando solo una tarde de vuelta de ellos por el atrio de la iglesia del Cármen, dos hombres retraidos en él, y que hablaban con reserva entre sí, lo pararon y le preguntaron con desprecio: *¿Qué quieres hacer tú?* A lo que contestó con firmeza: *Ser ahorcado ó dar abundancia á la ciudad*. Riéronse de su respuesta, exclamando: *¡Buen sugeto para arreglar á Nápoles!* Y el mancebo repuso con enerjía: *Si tuviera tres ó cuatro de tanto corazon como yo, y que de veras me ayudaran, veriais lo que soy capaz de hacer en bien del pueblo.* El tono solemne y decidido con que pronunció estas palabras fué de un efecto mágico, pues hicieron impresion tan fuerte en aquellos dos hombres, sin duda ya bien dispuestos, que llamándolo aparte le juraron seguirle en cualquier empresa, por ardua y arriesgada que fuese (3). Eran estos Domingo Perrone, fugado de la cárcel, antiguo capitan de *Utina*, y despues famoso contrabandista, que vestia sotana para sus

(1) Giraffi.—Agnello della Porta, *Causa di stravagance nel tumulto di Napoli*. MS.
(2) Comte de Modéne, *Memoires sur la revolution de Naples de* 1647.
(3) Giraffi.

traerse, como se hacia en aquel tiempo, de la jurisdicion civil; y José Palumbo, antiguo capitan de bandidos, despues cabo de esbirros, y varias veces preso y encausado por malas fechorías: ambos audaces, promovedores de alborotos, y muy acreditados con el populacho. Su ayuda y consejos fueron muy importantes para Masanielo; y aun mucho mas los de un tal Julio Genovino, preso entonces en la cárcel de la vicaría, y de quien haremos muy amenudo mencion en esta historia, por lo que necesario es hablar de sus antecedentes. Habia sido electo del pueblo en tiempo del último duque de Osuna, contribuyendo no poco á la sospechosa popularidad de aquel esclarecido Virey. Y habiendo luego promovido las asonadas contra el cardenal Borja, fué encausado y remitido preso á España, donde lo condenaron por vida al presidio de Oran. De allí salió por indulto real á los diez y nueve años (1). Vuelto á Nápoles se ordenó *in sacris*, no para mudar de vida y costumbres, sino para seguir en sus malas mañas mas á su salvo, amparado del carácter y hábito clerical. Este hombre astuto, revoltoso y letrado, y en quien ochenta años de edad no habian calmado el espíritu turbulento y el ansia de novedades, conoció desde luego el partido que se podia sacar de las circunstancias, y lo mucho que podia servir la audacia de Masanielo; sopló activo por todos lados el fuego que ya ardia, y dirigió sagaz al arrestado mancebo, con oportunos consejos, inspirándole un odio de muerte contra la nobleza, y presentándole un campo mas ancho del que se ofrecia á sus estrechas miras y mezquinos proyectos. De suerte que puede decirse que tuvo aun mas parte que Masanielo en aquellos terribles acontecimientos; pues si el impetuoso jóven les dió cuerpo con su arrojo, el taimado viejo les dió alma con su doctrina.

Todo cuanto se platicaba y se hacia era tan en público y con tan insolente descaro, que no podia ignorarlo el aletargado Virey. Y lo sabia sin duda, pues el electo del pueblo Andres Naclerio, su íntimo familiar, le referia cuanto pasaba. Pero temiendo que se decidiese por temor á abolir la gabela, cuyos arrendadores le tenian ganado (2), cuidaba al mismo tiempo de no dar importancia á los hechos, y de pintarlos como dignos de desprecio. Dejándose decir: que el comun descon-

(1) De Santis.—Brusoni, lib. XV.
(2) De Santis.

tento nada valia, y que en último caso no faltaban grilletes y dogales para los revoltosos, que incautos quisieran pasar de las hablas á los hechos ; con lo que el Duque repetia tranquilamente que todo lo que pasaba en Nápoles no era mas que una niñería despreciable y una ridícula muestra de impotencia. ¡Ah! no sabia que los grandes trastornos suelen empezar con escenas ridículas de muchachos y acaban con escenas de tigres sangrientísimas y horrorosas.

CAPITULO V.

Notabase falta de fruta en Nápoles á pesar de la abundante cosecha, porque habiendo ocurrido en el mercado una disputa entre regatones y hortelanos sobre qnién debia pagar la gabela, el electo del pueblo Andres Naclerio habia sentenciado en contra de estos, porque como forasteros era menos temible su disgusto, que el de aquellos, habitantes de la ciudad, con amigos y conexiones en el populacho. Y los lugareños de la comarca, por no sufrir el recargo, se retraian de acudir adonde no encontraban ganancia y si solo vejaciones. Pero el dia 7 de jnlio de 1647, que era domingo, estando la plaza henchida de gente, que se lamentaba de la escasez de su favorito alimento, llegaron de Puzzoli varios hortelanos con abundantes cargas de fruta, particularmente de higos, que exquisitos y en gran abundancia produce su territorio. Y al instante tropezaron con los guardas y con la exaccion del impuesto. Resistiéronla rudamente los puzzolanos, disputando con los regatones y tenderos sobre quién debia de pagarlo; retárdandose asi la expendicion de la anhelada fruta á la inquieta muchedumbre, que ansiosa la esperaba.

Iban siendo tan vivas y pesadas las contestaciones, tan tenaces y ejecutivas las reclamaciones de los exactores, tan desasosegado el continente de la multitud, que llegando todo á noticia del Virey, mandó inmediatamente al electo Naclerio que fuese con presura á restablecer el órden, dando fin á la contienda. Llegó al mercado á toda priesa el magistrado popular, impuso con su presencia silencio, y confirmó con poco tino su sentencia anterior contra los hortelanos, amenazando

ademas con graves penas á los que se resistiesen, y haciendo imprudentísimo é inoportuno alarde de su autoridad.

No se amilanaron los pobres rústicos, ántes bien manteniéndose firmes en no pagar la gabela, prosiguieron tenaces la disputa, reforzándola con poderosas y sentidas razones, dispuestos en último caso á volverse á su pueblo con la mercadería. Cuando uno de ellos (cuñado de Masanielo, y sospéchase que de acuerdo con él) despues de acalorar con duras palabras el altercado, llamado la atencion general, exclamó en altas y desaforadas voces: *Dios nos dá la abundancia y el mal gobierno nos la quita. Ya que no puedo ganar nada con mi trabajo, gocen los pobres de mi hacienda, ántes que me la roben los guardas;* y volcando dos cofines que habia traido, esparció por tierra cuantas frutas contenian. De aquí saltó la chispa que incendió los combustibles amontonados.

Arrojáronse los muchachos á los higos y ciruelas, que por el suelo rodaban; quisieron tambien impedirlo los tenaces exactores; y llegando Masanielo con su cuadrilla, ayudó á recoger la desparramada fruta, exhortando á todos á que no la comiesen, sino que la tirasen, como él empezó á hacerlo descaradamente, á los guardas y al electo Naclerio. Seguia este impertérrito amenazando con galeras y horca á los promovedores de aquel desórden; y Masanielo, cogiendo en vez de fruta una gruesa piedra, se la tiró con tan buen tino, que le dió en el pecho un fuerte golpe. Lo que y el granizo de ellas que empezó á venir de todas partes, al grito unánime de *fuera gabelas*, pusieron en fuga á los exactores y en grave peligro al electo. Pero ayudado por Antonio Barbara, capitan de justicia, y de algunos vecinos honrados, se salvó en el inmediato convento del Cármen, de donde saliendo á la marina y arrojándose despechado y confuso en un bote, logró ganar el arsenal y dirigirse á palacio á dar cuenta de todo al Virey (1).

Fugados y escondidos los exactores y desaparecido el electo, quedó el pueblo en helada inaccion y en profundo silencio, como asombrado de lo que acababa de hacer. Pero Masanielo y los suyos, sin perder un instante, dieron fuego á la casilla de la gabela, con cuantos libros, asientos y dinero habia en ella; y en seguida, puesto de pié sobre un banco que halló cerca, sirviéndole de dosel las llamaradas y humo del

(1) Giraffi.—De Santis.—Comte de Modéne.—Capecelatro, MS.

incendio, gritó el audaz pescadero con acento agudo y penetrante: *¡Viva Dios, viva la virgen del Cármen, viva el Papa, viva el rey de España, viva la abundancia. muera el mal gobierno, fuera la gabela!* Repitiéronse estas voces con unánime entusiasmo, pareciendo que un solo pecho las alentaba, que una sola boca las profería; y agitóse terrible aquella masa compacta de vivientes, que cada instante crecia con las turbas, que como torrentes despeñados, desembocaban por todas las avenidas; pues corrió rápidamente por toda la ciudad la noticia de lo que ocurria en el mercado. Y apoderándose los alborotadores de la torre de la iglesia del Cármen, anunciaron con las campanas á vuelo, que habia nacido la sublevacion,

Ya venia estrecha aquella anchurosa plaza á la apiñada y confusa muchedumbre, que aunque sin plan, sin direccion y sin cabeza, conoció por instinto que era necesario moverse y llevar adelante el tumulto; y varias voces, *á palacio, á palacio*, la pusieron en movimiento, aumentando la confusion. Rota la masa, tomaron por distintas calles las turbas, dirigiéndose una de ellas al arrabal de Chiaja para quemar, como lo hicieron, otra casilla de la gabela que estaba allí establecida. Verificado lo cual, por consejo de algunos que conocian la necesidad de un jefe, que regularizara el movimiento, acudieron allí al palacio de don Tiberio Caraffa, principe de Bisignano, maestre de campo general, y sugeto muy bien quisto del pueblo, para que se pusiese á su frente y solicitara del Virey, en nombre de todos, la abolicion del impuesto.

El duque de Arcos en su palacio oia acercarse el rumor de la sublevada muchedumbre, informado ya por el electo Naclerio y por otros fugitivos del desórden ocurrido en el mercado, que tan rápidamente por toda la ciudad cundia. Y en lugar de reforzar su guàrdia, de avisar á los cuarteles y castillos, de poner en órden las tropas españolas y tudescas, que aunque escasísimas en número, mucho pudieran aun haber hecho, de montar á caballo con los nobles de la ciudad, pues todos decididos le hubieran seguido, porque conocian que iban al cabo á ser victimas del alboroto, y de sostener en fin con decoro la reputacion de las armas del Rey y su propia autoridad; se contentó con no hacer nada, y esperar los sucesos entre cuatro paredes, aunque no debia creer el movimiento de poca importancia, cuando á la primer noticia que de él tuvo puso en salvo á su mujer y á sus hijos, en el vecino fuerte de Castelnovo.

Perplejo estaba como no lo habia estado jamás, y abatidísimo de alma y de cuerpo; pues, segun refiere un autor contemporáneo (1), tomaba para restaurarse un bizcocho empapado en vino, en el momento que llegó la desbocada muchedumbre, precedida del pavoroso estruendo que va delante de una inundacion. Vió entónces estupefacto, desde detrás de las vidrieras desembocar por distintos lados en la gran plaza que tenia delante un mar alterado, que llenándola toda, dirigió sus hinchadas olas contra el palacio. Los pocos y desapercibidos soldados españoles, que lo custadiaban, no pudieron oponer resistencia, ni aun tiempo tuvieron de intentarla; pues fueron arrollados, derramándose por vestíbulos, patios y corredores las bramadoras turbas. Y subiendo en tropel las escaleras, atropellaron á la guardia tudesca, le quitaron las alabardas, y entraron sin obstáculo en las habitaciones, cuyas cerradas puertas las hacia pronto astillas el ímpetu popular.

Ya estaban profanados los régios salones por la mas inmunda pillería, cuando llegó la parte de pueblo que se habia dirigido á Chiaja, trayendo al príncipe de Bisignano á su cabeza; pues aunque este buen caballero estaba postrado en cama con un acceso de gota, habia montado á caballo para ver si podia evitar los males que á la ciudad y á la autoridad real amenazaban. Engrosóse el gentío con este refuerzo, y el Príncipe, que era justamente acatado de todos por sus prendas personales, abriéndose no sin dificultad camino entre la confusion, llegó á palacio y contuvo á la canalla que lo invadia, en el momento crítico y apurado en que iba á ceder, á los golpes de sus alabardas, la puerta del gabinete donde estaba retraido el Virey, con el P. Juan de Nápoles, general de franciscanos, que gozaba opinion de santo, con el príncipe de Satriano y con otras personas de cuenta. Mucho tuvo que trabajar para que, contenido el populacho, le dejase entrar solo, como lo consiguió á fuerza de ruegos y de promesas.

Apénas lo vió el Duque le dijo: *Precisamente iba en este momento á enviar por vos;* y le atajó el Príncipe con viveza: *Pues, señor, ya estoy aquí á rogar por Dios á V. E. que alivie sin demora al pueblo de la gabela, para que vuelva á la tranquilidad, y se eviten los desastres que nos amenazan.* El Duque, siempre perplejo y dilatorio, le repuso: *Si pudiera reunirse el consejo colateral, trataríamos de este asunto.* Y cuando

(1) De Santis.

el Príncipe y los demás que estaban presentes iban á manifestarle que el estado de las cosas no admitia ya tales dilaciones, los amotinados que estaban fuera les ahorraron el trabajo: pues cansados de esperar, acabaron de romper la puerta, y entraron bramando de furia en el gabinete, repitiendo con griteria infernal: *Fuera la gabela, muera el mal gobierno.* Trémulo y pálido el Virey, viéndose estrechado tan de cerca, exclamó en alta y angustiada voz: *Si, hijos mios, todo se hará luego.* Palabras que el historiador contemporáneo Rafael de Torres dice le refirió Octaviano Sauli, que se halló presente, y como auténticas las pone así en castellano en su historia latina de aquellos acontecimientos.

Esta oferta del Duque y los esfuerzos del príncipe de Bisignano, y sobre todo las exhortaciones del P. Juan, á quien todos veneraban, dieron tiempo para escribir apresuradamente varias papeletas selladas y firmadas por el Virey, aboliendo el impuesto de la fruta y reduciendo á la mitad el de la harina. Y asomándose al balcon, tratando en vano de sobrepujar con su débil voz la griteria general, las tiró á la muchedumbre. Esta en cuanto se impuso de su contenido, mas agitada que nunca, manifestó que ya no se contentaba con tan poco, y que queria la abolicion de todas las gabelas, y pidió que bajase el virey á la plaza para oir sus peticiones.

Mucho trabajo le costaba al duque de Arcos el hacerlo. Quiso por una puerta secreta huir á Castelnovo, pero le dijeron que estaban levantados los puentes y calados los rastrillos. Y viéndose dentro de su propio gabinete en poder de los sublevados, persuadido por los personajes que le rodeaban y asistido de ellos, sacó fuerzas de flaqueza, y sin color en el rostro ni aliento en el corazon, bajó por una escalera excusada, y se presentó en la puerta principal del palacio. Recibió allí tremendos insultos mezclados con humildes adoraciones, pues mientras unos corrian á besarle la mano, la cabeza descubierta y doblada la rodilla, otros le amenazaban con palabras y con indignos ademanes lo escarnecian. Estrechado por todas partes, llegó á verse apuradísimo en medio de aquella baraunda, donde las palabras y los discordes gritos se confundian, imposibilitando todo concierto. Su peligro era grande, cuando logró por fortuna, aprovechando los esfuerzos de los caballeros que le rodeaban, y los de algunos de entre la turba, que aun respetaban por fuerza de costumbre su autoridad, entrar de nuevo en el palacio y cerrar la puerta. Y hallándose casualmente en un

patio la carroza de uno de los de su séquito, saltó en ella con el prior de la Roccella y otros dos señores, y mandó que saliendo por una puerta lateral le condujesen pronto á la iglesia de San Luis de PP. Mínimos, que estaba enfrente. Trató en vano el cochero de penetrar por aquella apiñada muchedumbre, que conociendo inmediatamente al Virey, estrechó la carroza de tal manera, que andaba casi sin tocar al suelo de un lado á otro, á impulso de las oleadas del gentío, como una nave sin velas ni timon, jugnete de las olas en deshecha borrasca. Angustiadísimo iba el Duque, y desconcertados los que lo acompañaban, y mas viendo mnchas espadas y picas amenazarle de cerca, como de léjos algunos arcabuces y ballestas, y á la gente mas soez, perdido todo respeto saltar al estribo y poner las manos violentamente en sn persona; llegando segun afirma un autor contemporáno (1), hasta tirarle del bigote... ¡Así andaba el delegado de los Reyes, así la autoridad suprema del reino!

En tan extremo conflicto echó mano el Virey de un recurso muy conocido, y rara vez puesto en práctica sin buen éxito. Empezó á tirar al pueblo puñados de monedas de oro, de las qne iba provisto para la fuga; y á este medio debió su salvacion. Pues si oyó algunas voces, que con noble acento resonaban: *no queremos tu oro, queremos que remedies nuestra miseria aboliendo injustas gabelas* (2), los qne de cerca apretaban la carroza, se arrojaron codiciosos á la presa, haciendo un claro, que sostuvieron valerosos los caballeros, algunas personas bien intencionadas, y unos cuantos soldados españoles que acudieron oportunamente; y abriéndose luego paso el ímpetu de los caballos, consiguió el Virey llegar á San Lnis, entrar dentro y cerrar las puertas de la iglesia y del convento.

La multitud furibunda y enardecida se agolpó contra el nuevo asilo de la víctima que queria devorar, repitiendo en desaforados gritos: *¡viva el rey de España, muera el mal gobierno!* cnando un tiro de arcabnz, disparado inoportunamente desde el palacio, mató á un hombre desconocido del pueblo, que se mostraba de los mas inexorables. Huyeron en el primer momento los mas tímidos, pero acrecentó sobremanera este incidente el furor de la masa popular. Una parte de ella acometió al palacio, se apoderó de él despedazando á los españoles y

(1) Comte de Modéne.
(2) Giraffi.—Donzelli.—De Santis.

tudescos que encontró al paso, y destruyó cuanto le vino á la mano, arrojando por los balcones los deshechos muebles, rotos espejos y desgarrados cortinajes. Otra quedó bramando de furor en torno al convento, para apoderarse de él á viva fuerza. Y otra, puesto el cadáver desconocido en una silla, lo llevó por los barrios bajos, gritando *¡á las armas!* y sirviendo de bandera á la ya indomable sublevacion.

El Cardenal Filomarino, arzobispo de Nápoles, á quien el estrepitoso rumor primero, y despues los continuos avisos que recibió le advirtiéron el orígen y los progresos del desórden, en cuanto supo la angustiada posicion del Virey, voló en su carroza á ayudarlo y á defenderlo. El respeto de que gozaba en la ciudad, tanto por sí como por su elevado ministerio sacerdotal, le abrió el paso hasta la iglesia de San Luis. Allí el pueblo, que estaba ya rompiendo las puertas de unas accesorias, donde estaban refugiadas y en la mayor angustia algunas señoras, cercó respetuoso la carroza del prelado, rogándole con vivos clamores que arrancara pronto del tenaz Virey la abolicion de los impuestos, repitiendo sus *vivas* y sus *mueras*. El Cardenal les ofreció hacerlo inmediatamente, diciéndoles que á eso venia; pero que era necesario para conseguirlo que se calmasen y contuviesen; con lo que logró aquietar un momento el desórden, y entrar en el convento con la devida precaucion, para que no se lanzasen tras él los mas atrevidos.

El Virey, no hemos podido indagar ni sospechar la causa, no tuvo por conveniente recibirlo y abocarse con él. Y solamente despues de hacerlo esperar un rato, le envió con un gentilhombre un pliego, en que sellada y firmada de su puño estaba la abolicion de la maldita gabela, y la reduccion de la de harinas. No contentó mucho al Cardenal arzobispo este resultado de su visita, pero ahogando generosamente por lo crítico de las circunstancias todo resentimiento, y deseando solo salvar al Duque de un desastre, y al pueblo napolitano de un gran crímen, salió á la calle y volvió á montar en su carroza, mostrando á la muchedumbre, con satisfactoria sonrisa y aire complacido, el papel, diciendo que iba á leerlo y publicarlo á la plaza del Mercado. Atrájose la atencion general, y mandó secretamente al cochero que tomase la calle de Toledo arriba, logrando llevarse tras de sí aquel numeroso gentio y retirarlo de San Luis, cuyos alrededores quedaron casi desiertos.

Pero á poco, aun cuando ya estaban bastante distantes, empezó á desconfiar el pueblo, reconociendo la opuesta direccion por donde se le conducia. Y exigió se le leyese aquel papel, tras del que iba como encantado. Fué preciso darle gusto, y en cuanto vió que no era tan satisfactorio como creia, pues ya solicitaba, no la remision de una parte, sino la completa abolicion de todos los impuestos, abandonó la carroza del Arzobispo, y se derramó en furiosas turbas. Unas fueron á recorrer la ciudad, para incendiar cuantas casillas de guardas habia en ella; otras volvieron á San Luis para entrarlo á viva fuerza y matar al Virey. Aquellas lograron su intento, pero estas se encontraron sin el objeto de su furor.

CAPITULO VI.

El duque de Arcos en cuanto vió léjos de la plaza á la furibunda multitud, aprovechando los momentos, saltó con ayuda de los frailes las tapias de un corral, y pasando á unas casas contiguas, fué al convento de los Angeles de PP. teatinos, en Pizzo-Falcone; y de allí por el barrio de Mortele, qne aun estaba tranquilo, en nna silla de manos llevada por soldados españoles, por no fiarse de los silleteros del pais, se refugió en el castillo de Santelmo, sitnado en un cabezo que señorea la ciudad. Y lo consignió con mucho trabajo, por ser la cnesta muy agria, y haber tenido en algunos malos pasos del camino que echar pié á tierra y andar expuesto al sol, pues siendo muy corpulento y obeso (1), no podian con él los que lo conducian.

La fuga del Virey aumentó el furor de los sublevados. Mataron cuantos españoles y tudescos encontraron al paso, con circunstancias de ferocidad inaudita. Y apoderándose de sus armas, se derramaron por la ciudad en numerosos grupos, generalizando rápidamente la insurreccion.

El príncipe de Bisignano desde que vió atropellada la persona del Virey, conociendo que nada podia remediar, y no queriendo autorizar con su presencia tanto desórden, trató de evadirse y de retirarse con disimnlo; pero sospechándolo los amotinados mas sagaces que le rodeaban, y que cuidaban como prenda de segnridad el qne tan elevado personaje tuviese parte en aquellos excesos, lo estrecharon y vigilaron tan

(1) De Santis.

de cerca, que tuvo que disimular sus intenciones, y que borrar las sospechas con sus razonamientos, dejándose llevar de un lado á otro, segun el impulso de la turba que lo empujaba. Llegó así por la cuarta ó quinta vez al mercado, centro y foco permanente de la sublevacion; y con pretexto de descansar un rato y de rezar á la Vírgen, entró en la iglesia del Cármen, seguido de cuanta gente cupo en ella. Allí subiéndose al púlpito y tomando el crucifijo (como refiere el contemporáneo Giraffi), empezó á exhortar á la tranquilidad y al sosiego, con muy sentidas palabras, ofreciendo que el Arzobispo, él y los demas señores de la ciudad amigos del pueblo, conseguirian del Virey cuanto fuese razonable para el bien general. No dejó de hacer efecto esta arenga en los circunstantes. Y creyendo el Príncipe que haria el mismo en la muchedumbre que llenaba la plaza, salió, volvió á montar á caballo, y prosiguió sus exhortaciones. Mas fuéron completamente desatendidas, mas bien que calmar los ánimos, consiguieron irritarlos, pues todos gritaron que no podian ya fiarse de promesas ni de intercesiones; y mas furioso que nunca se derramó el gentío, que ya pasaba de cincuenta mil hombres, á abrir las cárceles y á empezar sus particulares venganzas, habiendo tambien concebido ya el proyecto de apoderarse de San Lorenzo y de su torreon, depósito de armas y de artillería.

Se acercaba la noche, y los PP. teatinos y los de la compañía de Jesus, ó de motu propio ó por órden del Arzobispo, salieron de sus conventos con cruz y ciriales, dirigiéndose por distintos rumbos al mercado, y creyendo poder contribuir al restablecimiento de la tranquilidad con sus ruegos y amonestaciones. Y aunque oyeron en su tránsito inusítados insultos del populacho, y recriminaciones muy amargas aunque bien fundadas, por los muchos bienes, libres de toda contribucion y gabela, que poseian, continuaron su marcha majestuosa, y llegaron, casi á un mismo tiempo unos y otros, á la plaza del Cármen. Muy estrechos se vieron en ella entre la apiñada multitud, que no les dejaba paso, y que les gritaba furibunda: *Retiraos, padres, á vuestros conventos, y pues no salís á impedir que se nos desuelle con impuestos, no salgais ahora á estorbar que nos libertemos de ellos* (1). Con lo que temiendo, no sin causa, que pasaran mas adelante los amotinados, se retiraron, deshecha la procesion, lo mas pronto que pudieron.

(1) Giraffi; De Santis, y todos los AA. contemporáneos.

Tambien aquella tarde acometió una parte del populacho á San Lorenzo; pero opuso aquel punto defendido por soldados españoles tal resistencia al desordenado aunque impetuoso ataque, que se apartaron de él las turbas escarmentadas. Mas afortunadas fueron en el allanamiento de las cárceles, pues lo verificaron sin oposicion, inundando la cindad de los malhechores, que en ellas estaban, y que dieron nuevo pábulo á la sublevacion. La única que respetaron fué la de la Vicaría, tanto por haber sido palacio de Cárlos V, cuyo nombre sonaba ya mucho, cuanto por ser de jurisdiccion del Arzobispo. En tanto otro peloton de amotinados asaltó la casa de un tal Vagliano, hombre riquísimo, que era cajero del impuesto sobre las harinas; y la saquearon y desmantelaron toda, arrojando por las ventanas muebles, cuadros, tapicerías, y hasta joyas y dinero, haciendo con todo una inmensa hoguera. Y como uno de ellos intentase retirar de las llamas una moneda ó una alhajilla de ningun valor, todos le gritaron dándole sendos golpes: *que no se trataba de robar, y que seria ahorcado el que lo hiciese* (1).

Asaltaron luego las tiendas de los armeros, y se proveyeron en ellas de picas, alabardas y ballestas, y de algunos arcabuces. Y queriéndose apoderar de una en que habia algunos barriles de pólvora, encontrando resistencia prendieron fuego á la casa, que voló con estrépito grande, causando la muerte de mas de ochenta personas, hiriendo muchas mas, y poniendo en nueva confusion la ciudad.

Entró la noche, y el príncipe de Bisignano molido de haber pasado todo el dia á caballo, y desengañado completamente de que no podia de modo alguno dominar aquel espantoso desórden; muerto de hambre y de sed, y acrecentados con la fatiga y el disgusto los dolores de la gota, pensó en los medios de ponerse en salvo y de salir de aquel laberinto. Echó la voz entre los mas razonables de aquellos furiosos, por medio de los que aun le respetaban y obedecian, de que era necesario descansar, para volver al dia siguiente con mas vigor á atacar el torreon de San Lorenzo, cuya ocupacion era necesaria; y que era al mismo tiempo indispensable pasar la noche con órden, y en tal disposicion que no pudiera ser el pueblo sorprendido; que convenia pues dividirse en varios cuerpos que ocuparan las plazas principales, donde miéntras unos tomasen alimento y durmiesen, los otros

(1) Giraffi.—De Santis.

estuvieran alerta y vigilantes. Cundieron estas especies con rapidez por las turbas, ya hambrientas y cansadas, por lo que las juzgaron razonables, y se prestaron á ponerlas en práctica. El Príncipe se apresuró á dar como pudo órdenes é instrucciones, dividió las masas, envió cada una, aunque sin órden ni concierto, á distintos puntos, y se quedó con una pequeña reserva compuesta de sus parciales; y cuando se vió ménos vigilado, se separó con cautela y logró alejarse y entrar en Castelnovo.

Tambien el duque de Arcos, amparado de las tinieblas de la noche, mudó de asilo, pues aunque el castillo de Santelmo es de suyo fuerte, y ocupa una ventajosísima posicion, dominando la ciudad, y aunque estaba encargado de su mando y defensa D. Martin Galiano, el famoso en Lombardía por su heroica defensa de Valenza del Pó, estaba tan desprovisto que apénas tenia víveres para tres dias, y municiones para algunas horas de resistencia: por lo que determinó el Virey trasladarse con su séquito á Castelnovo, tambien mejor situado por estarlo en la marina. Y así lo verificó, tomando las mas oportunas medidas para la seguridad de su tránsito, y cuidando ántes de proveer á las necesidades del castillo, por medio de los PP. cartujos, que estaban inmediatos, y que se encargaron, como lo hicieron diestramente, de introducir en él municiones y vituallas, ayudando generosamente al socorro D. Pedro Caraffa con dinero propio.

A media noche salió de Santelmo el Virey con los del consejo, varios nobles napolitanos, empleados, magistrados, y una numerosa escolta de soldados españoles. Pero ántes dejó convenidas con el gobernador ciertas señales, para avisarle cómo y cuándo debia romper el fuego sobre la ciudad en caso necesario; y envió tambien con la debida cautela algunos de sus confidentes á ella para avisar á los almacenistas, que mojaran é inutilizaran cuanta pólvora hubiese en los almacenes (1). Llegó felizmente y sin obstáculo á Castelnovo, cuyo gobernador don Nicolas de Vargas Machuca no habia perdido tiempo en abastecerlo de lo necesario, y en acrecentar con oportunos reparos sus obras de defensa. Allí encontró el Duque á su familia, que le esperaba con ansiedad, á muchos señores napolitanos, entre ellos al fatigado y desfallecido príncipe de Bisignano, á la mayor parte de los altos empleados públicos, y gran número de personas comprometidas.

(1) De Santis.

La noche avanzaba, y ofrecia la extensa Nápoles nn aspecto espantoso. Dividido el inmenso pueblo, ya casi completamente armado, en distintas masas sin concierto ni caudillo, ocupaba las plazas principales. Gruesos grupos, con presuncion de patrullas, recorrian las calles en desórden. Confusos pelotones, con apariencia de grandes guardias, se establecieron avanzados á observar los castillos, las marinas y las puertas de la ciudad. En todas partes resonaban de cuando en cuando gritos furibnndos, vivas y mueras. En todas circnlaban mil ideas absurdas y contradictorias, mil falsas noticias, mil proyectos para el nnevo dia. Pero en ninguna se ocurrió el pensamiento, ni se pronunció una sola palabra de independencia, de nacionalidad, de cambio de dominacion. Haciéndose de continuo en todas respetuoso alarde de amor, de sumision, de fidelidad al rey de España; no habiendo un solo individuo en tan innumerable gentío amotinado, que se creyese rebelde. Ya el resplandor de nn incendio se alzaba entre los altos edificios; ya se oia un tiro de arcabuz, que no se sabia quién lo habia disparado ni á quién iba dirigido; ya un terror pánico se apoderaba de un grupo, que huia despavorido, poniendo todo un barrio en consternacion; y en medio de tan espantoso y confuso desórden, cruzaban buscando un asilo á favor de las tinieblas trémulos y disfrazados los nobles y los pudientes, ya solos, ya con sns aterradas familias, abandonando sus casas, sus comodidades y sns riquezas. Unos se acogian al arrimo de los castillos, otros lograban á fuerza de oro embarcarse en los botes y lanchas de Santa Lucía y de las playas de Chiaja y de la Mergelina, y algunos se alejaban por tierra de la ciudad, para esconderse en los bosques ó para refugiarse en las alquerías.

En la plaza del Mercado duraba permanente el foco y centro de la sublevacion, ocnpada siempre por inmenso gentío. Y allí estaba con su séqnito Masanielo, sin haber aun ejercido autoridad ninguna en las turbas, ni dádoles direccion, aunqne con una actividad prodigiosa y con una audacia satánica, habia tomado parte en los mas importantes acontecimientos del dia. Llegaron cerca de la media noche á aquel sitio cnatro enmascarados, de muchos que, con los sayos y capuces de las cofradías, se habian mostrado en todas partes, acalorando la sedicion. Y levantándose nno de ellos el antifaz mostró á la luz de la luna y al resplandor de las hogueras, ser el octogenario Julio Genovino, qne llamando la atencion general, dirigió nna larga y bien escuchada arenga

á la muchedumbre que lo rodeaba. Aplaudio mucho el que el grito general del pueblo fuese el de viva el rey de España, y muera el mal gobierno. *Porque no se trata* (dijo) *de quitarle la corona y la soberanía de Nápoles, sino solamente de poner remedio á la injusticia y rapacidad de sus ministros y delegados.* Y exhortando vehementemente á su auditorio á no soltar las armas hasta conseguirlo, y atizando el odio contra la nobleza, á quien culpaba de todas las miserias del pais, y apuntando diestramente la necesidad de igualarla con el pueblo en los *sediles* de la ciudad, concluyó su discurso asaz elocuente, manifestando la urgencia de una cabeza y supremo jefe que regularizase los esfuerzos de todos, y dirigiera la sublevacion para que fueran felices y seguros los resultados (1).

Mucho efecto hicieron las palabras del sagaz anciano, pues ya se habia conocido por instinto en la muchedumbre la necesidad de un resuelto jefe y denodado caudillo que la capitaneara ; y Palumbo y Perrone y otros de los que mas influjo lograban en el populacho , de acuerdo con Genovino , empezaron á esparcir el nombre de Masanielo, conociendo su audacia y al mismo tiempo lo fácil que les seria dominarlo por su incapacidad.

La especie cundió favorablemente y con rapidez por la ciudad toda, en el oportuno momento en que se extendió por ella la noticia de la fuga del príncipe de Bisignano, y de la traslacion del Virey á Castelnovo ; y conmoviéndose nuevamente los ánimos, y volviéndose á poner en desordenado movimiento las turbas, y tocando á vuelo las campanas del Cármen y de otras torres, que estaban en poder de los sublevados, y recorriendo varios grupos las calles con hachones encendidos, y creciendo por puntos la gritería, el desórden, la confusion, fué aclamado Masanielo supremo jefe y única cabeza del pueblo amotinado.

(1) De Santis.—Agnello della Porta, MS.—Giralfi,—Baldacchini.

CAPITULO VII.

Miéntras en la plaza pública, al aire libre, bajo la bóveda inmensa de la noche, se consolidaba la sublevacion, en las lóbregas estancias de Castelnovo se discurria sobre el modo de sujetarla y deshacerla: no con medios violentos y decisivos, ya imposibles; no con las armas, escasas en número, y sin combate ya vencidas y desairadas; sino con la astucia y con manejos ocultos, aprovechando con destreza los desaciertos, y poniendo en lucha y contradiccion las pasiones y varios deseos de los amotinados. Y se resolvió emplear en estos medios el tacto, la actividad, la decision que debieran haberse empleado con mas justicia en no provocar el conflicto, con mas nobleza en haberlo impedido, cuando sus primeros síntomas se manifestaron.

Propúsose pues el Virey recobrar con paciencia y sagacidad cuanto habia perdido con su imprevision, con su terquedad y con su indolencia; y conservar á toda costa la autoridad de derecho, ya que la de hecho le habia sido tan fácilmente arrebatada. Para conseguirlo, se decidió á poner todo su conato en procurar que el pueblo continuase de cualquier modo dirigiéndole peticiones, aunque fuesen las mas descabelladas, porque eran siempre un reconocimiento tácito, y un acto positivo de dependencia; y á aprobar con su autorizacion oficial los nombramientos que hiciesen, y cuantas disposiciones de gobierno, buenas ó malas, tomasen los sublevados, para aparecer siempre como la cabeza y jefe supremo del reino. Decidido así á esperar los sucesos en la inaccion, y á aprovecharse de ellos con habilidad, determinó valerse oportunamente de la influencia del Cardenal Filomarino, que no podia

ser favorable á la nobleza; y servirse de esta de tal modo, que si no le podia ser útil para sus planes, se hiciese sospechosa al pueblo; para imposibilitar una avenencia temible, que pudiera muy bien convertir el motin en rebelion de muy graves y trascendentales resultados.

Avinole bien al duque de Arcos, para llevar á cabo sus proyectos, el encontrarse en Castelnovo gran número de señores y caballeros, que temerosos del furor popular se habian allí refugiado, y que con celo y lealtad le servirian; con la mayor parte de los capitalistas y hombres acaudalados de la ciudad, que temiendo persecuciones y despojos, solo anhelaban el restablecimiento del órden; con empleados públicos de todas categorías, que le ayudasen; y con el consejo colateral, para dar mas sólida legalidad á sus disposiciones.

Como varias veces hemos hecho ya mencion, y continuarémos haciéndola en esta historia, de tan importante corporacion, nos parece del caso decir algo de su forma y atribuciones. Componíase pues el consejo colateral de los vireyes de Nápoles de cuatro magistrados, dos españoles y dos napolitanos, bajo la presidencia de un regente; y aunque entraban tambien en él algunos caballeros españoles y del pais, que no usando toga, se llamaban consejeros de capa corta, los licenciados, como siempre acontece, extendieron sagazmente su preponderancia, hasta invalidar la influencia de estos compañeros legos; quedándose de hecho solos y exclusivamente dueños de las deliberaciones, y por consiguiente del poder. Fué creado este consejo por el suspicaz don Fernando el Católico, cuando concibió tan infundados recelos de las nobles y leales intenciones del Gran Capitan; y quiso con él poner coto, sin deprimirla, á la autoridad de los vireyes. Estaban estos obligados á consultar al consejo colateral en todos los asuntos graves, pero no á seguir siempre su dictámen; mas en las disposiciones que debian tener fuerza de ley, se necesitaba su consentimiento y su refrendo, siendo en todos casos un alivio grande de responsabilidad personal. En las difíciles circunstancias en que se habia colocado el duque de Arcos, y para la ejecucion del plan que se proponia, ya se deja conocer cuánto le importaba la asistencia de tal corporacion.

Tambien encontró en el castilló al duque de Maddalone, señor de ilustre prosapia y de pingüe y antiguo estado, pero de desordenada vida y desarregladas costumbres; que estaba allí preso hacia algunos dias

por la abierta y desvergonzada proteccion que daba á los forajidos del campo y á los malhechores de la ciudad. Y segun el conde de Módena, á quien seguirémos mas de cerca en la segunda parte de esta historia, por sospechas de que habia contribuido al incendio de la nao capitana, que referimos en su lugar: cargo que nos parece poquísimo fundado, cuando ni aun siquiera lo insinúan los otros escritores contemporáneos y nacionales, que hablan largamente de este personaje. Parecióle al Virey hombre utilísimo en aquellas circunstancias, para cooperar á sus planes, aunque dudaba de su buena fé. Entrando en conferencia con él, y despues de tantearlo muy á su sabor y de asegurarse de que por falta de medios era incapaz de trabajar por cuenta propia, lo juzgó buen hallazgo; y determinó servirse de él en ocasion oportuna, poniendo en juego las relaciones que le ligaban con Perrone y Palumbo, como protector de sus fechurías, y la intimidad con que trataba á Genovino, el mas temible y astuto y de cabeza verdaderamente revolucionaria de todos los revoltosos.

En meditar estos planes, y en dar los primeros pasos para llevarlos á efecto, pasó el duque de Arcos la noche, siempre con el oido atento á los rumores de la ciudad. Mas deseando al mismo tiempo no perder del todo la posesion de ella, envió alguna tropa española y alemana á desembarazar las inmediaciones del castillo; á ocupar el palacio abandonado, que estaba y está unido á la fortaleza por un puente; á asegurar las avenidas con fosos y reparos; y á establecer un puesto militar en Pizzo-Falcone, punto elevado y muy importante. Todo lo que consiguió sin ruido, y sin tener que hostilizar al pueblo, de asiento en el mercado, y derramado por otros parages de la ciudad en el mayor desórden (1).

Salió el nuevo sol á presenciar nuevos atentados y espantosas venganzas; y resonó por todas partes el estruendo de tambores y clarines, el ruido de las armas y los clamores de la muchedumbre, considerablemente acrecentada con los habitantes de los pueblos y caseríos de la comarca, que acudian armados con los útiles de labranza, convertidos en instrumentos de guerra, á hacer causa comun con los de la capital. Y nó solo los hombres hacian ya alarde de aquel formidable aparato guerrero, sino que tambien las mujeres y niños, con escobas, asadores

(1) Giraffi.

y cuchillos, y aun con alabardas y alfanjes, echando fieros y bravatas y despreciando el peligro, acrecentaban la sublevacion (1).

Puestas pues con el nuevo dia en movimiento las turbas populares, ya dirigidas aunque todavía no completamente por el pescadero Masanielo, recorrieron la ciudad en busca de pólvora y municiones; porque ya se habian procurado, no solo gran número de espadas, y de alabardas, sino tambien muchos mosquetes, arcabuces y escopetas, y siete cañones de corto calibre, que encontraron, por indicacion de una criada, enterrados en el patio de la casa de un armador de naves. Acudieron á los depósitos y almacenes públicos, donde creció de todo punto su furor, hallando la pólvora mojada é inútil. Tomáronla sin embargo á fin de secarla al sol, y fueron á buscar para matarlo á un tal Buzzaccarino, que era el que la tenia en custodia; mas no hallándolo, porque lo supo á tiempo y se refugió en Castelnovo, le asaltaron la casa quemando y destruyendo cuanto en ella habia.

Noticiosos luego los amotinados de que en el Mandaracho, barrio junto á la marina, habia un mercader de ella, corrieron allá, y no escarmentados con la voladura de la tarde anterior, entraron de tropel con algunas cuerdas encendidas; é inflamándose la pólvora, que efectivamente en buena cantidad estaba allí almacenada, su explosion arruinó la casa, con muerte de cuantos estaban dentro y en sus alrededores, cuarteando los edificios contiguos, y estremeciendo toda la ciudad. Pero miéntras unos huian despavoridos y otros se acercaban á sacar de entre los escombros á los heridos, que pedian socorro con dolorosos clamores, un peloton de pueblo en el mayor desórden corrió al palacio de D. Ferrante Caracciolo, duque de Castel de Sangro, apoderándose de un depósito considerable de excelentes armas, que en él habia. Y el efecto que hizo en los ánimos la explosion, y el disgusto de las desgracias que con ella habian ocurrido, y las disputas por el reparto de las armas nuevamente adquiridas, y palabras irritantes, y noticias sin fundamento que circularon por la muchedumbre, acrecentaron tanto su furor inspirándole tal frenesí de desórden, de destruccion, de venganza, que noticioso el virey avisó desde Castelnovo á Santelmo que tuviera la artillería pronta para la primera señal (2).

No se creyó al cabo conveniente hacer uso de esta medida extrema,

(1) Giraffi.— De Santis.
(2) De Santis.

y el duque de Arcos para divertir un momento el furor de los sublevados, ó para tentar el camino de amansarlos, ó para empezar á poner en ejecucion su proyecto de aumentar la desconfianza que de los nobles tenia el populacho, rogó al príncipe de Bisignano, á pesar de lo escarmentado que estaba del dia anterior, ó acaso por esta razon misma, que volviese con nuevas ofertas á la plaza del Mercado. El buen caballero prestóse á disgusto, aunque de muy buena fé, deseoso de manifestar su celo por el servicio de la corona; y con Héctor Ravaschiere, príncipe de Satriano, salió de Castelnovo. Eran ambos personajes de mucha importancia en el reino, condecorados con la excelsa insignia del toison de oro, y atravesaron á caballo la marina, llevando en la mano un escrito del Virey, ofreciendo al pueblo la abolicion total de los impuestos sobre la fruta y las harinas.

Llegaron á la plaza del Mercado, no sin dificultad y aun peligro, porque el furor popular andaba muy crecido y desmandado; y oyeron en su tránsito ya *vivas* y alabanzas, ya *mueras* y vituperios, segun las ideas momentáneas de los grupos que atravesaron. En la plaza, ceñidos de espesa muchedumbre, en presencia de Masanielo y de los otros jefes de la insurreccion, volvieron á las arengas y exhortaciones, leyendo en sonora voz las ofertas del virey. Los sublevados que, orgullosos con el buen principio de su empresa, llevaban ya mucho mas adelante sus pretensiones, y cansados de tantas promesas no cumplidas, se agitaron furiosos en derredor, comunicando su movimiento á lós ángulos mas remotos de la plaza; y con espantosos bramidos, afrentando el nombre del Virey é insultando á sus nobles mensajeros, pidieron á una la abolicion de todos los impuestos extraordinarios establecidos por los vireyes; y que les entregasen sin demora el privilegio original de Cárlos V, en que estaban consignadas clara y terminantemente las exenciones de que debia gozar la ciudad. — Desairados y aburridos, trataban de retirarse ambos príncipes, cuando llegó el de Montesarchio, con nueva comision del Virey; pero sin dejarle hablar se alzó tal gritería, fuéron tan formales las amenazas y aun los amagos, y llegó á tal extremo el calor de las apiñadas turbas, que los tres con dificultad suma, y con peligro inminente de ser sin piedad despedazados, se refugiaron mas que de paso á su guarida. El sagaz y perseverante Julio Genovino era el que habia recordado este documento importante para el pueblo, y el que para empeñarlo á que con todo teson lo solicitase,

se lo babia pintado como la panacea que debia curar todas sus miserias y desventuras (1).

Crecía por puntos el furor popular, viendo ya en todo engaños y traiciones de la nobleza, idea que los directores de la conmocion inculcaban con empeño en las masas, ignorando, ¡insensatos! que con ella ayudaban á los planes del Virey, inutilizaban todos sus esfuerzos, quitaban consistencia al movimiento, se creaban enemigos temibles, y hacian imposible todo futuro arreglo en bien del país.

Resonando por todas partes el tremendo grito de *¡á las armas!* cuando nadie las habia soltado; tocando las campanas á rebato, como para provocar á reunion, que hacia veinte y cuatro horas que no se disolvia, y que continuamente se acrecentaba; se preparaban las agitadas turbas á combatir, no se sabe con qué enemigos; cuando los PP. dominicos, á pesar de la mala acogida que tuvieron el dia anterior los Teatinos y Jesuitas, quisieron salir tambien en procesion á probar fortuna. Pero á pocos pasos, viendo que el populacho los escarnecia y baldonaba, y que hollando todo respeto se arrojó hasta arrancarles la cruz que los guiaba (2), retiráronse afligidos y escandalizados á su convento; y en su iglesia, como se habia ya hecho en las demás por órden del Arzobispo, manifestaron el Santísimo, apelando á la misericordia del cielo, única que podia salvar ya la desventurada Nápoles de la calamidad que la afligia, y de los desastres que se le preparaban.

(1) De Santis.—Giraffi.—Capecelatro, MS.
(2) Giraffi.

CAPÍTULO VIII.

En medio de la confusion y desórden que la ira sin objeto, y el movimiento sin direccion producian, apareció á caballo, tambien mensajero del Virey, el prior de la Roccella; y como todos, sin dejarle bablar ni respirar siquiera, le pidiesen con desaforados gritos el privilegio de Cárlos V, se le ocurrió en mal hora, para salir del apuro, decir que estaba en el archivo de San Lorenzo. Y la masa popular que lo estrechaba, con uniforme impulso llevándoselo consigo, se lanzó en la direccion de San Lorenzo, con un clamoreo aterrador. El aturdido caballero, que habia soltado la especie á tientas y como medio evasivo, ignorando si el tal documento estaba allí, y cómo bnscarlo ni exigirlo en caso de que estuviese, y si era posible acercarse y penetrar en aquel punto fuerte, defendido por soldados españoles, trasudaba acongojado, sin saber cómo salir del compromiso en que tan lijeramente se habia pnesto, y en que le iba de seguro la vida. Pero hizo su bnena suerte que el pueblo se distrajese y arremolinase un instante, por cualquier incidente insignificante, que tan comunes son en los grandes bullicios; y aprovechándolo el Prior, saltó del caballo, y á favor de la confusion tomando á todo correr por una callejuela, logró esconderse en un convento de teatinos: y de allí volver disfrazado á Castelnovo (1).

(1) Giraffi.

El Virey, aunque con mentido semblante mostraba sentir en el alma el mal suceso de sus mensajes, y los insultos que habian recibido los ilustres mensajeros, se complacia sobremanera, porque enconándose mas y mas los ánimos de nobles y plebeyos, se hacia cada instante mas imposible su reunion, que era lo que en aquella situacion mas temia. Y despues de condolerse con los fugitivos, y de informarse por sus relaciones, que algo exagerarian el miedo y el desaire, del estado de la ciudad; creyó llegado el momento oportuno de servirse del duque de Maddalone, ora para tentar de veras un concierto, ora para tambien desacreditarlo. Llamólo aparte, dióle sus instrucciones, y volviendo á asegurarse de su buena fé, lo envió animoso en busca de los sublevados.

Presentóse el Duque á caballo en la plaza del Mercado, habiendo tenido en su tránsito buena acogida; pues su desenvoltura, su despilfarro, sus conexiones con la gentuza, y hasta sus desórdenes y calaveradas lo hacian grató á la muchedumbre. Muy bien recibido fué tambien por Masanielo y por los antiguos conocidos, que capitaneaban las turbas; y rodeado de inmenso gentío, á quien logró imponer silencio, comenzó á exhortarlo á la tranquilidad y á la quietud, ofreciendo que el Virey haria todo cuanto deseara el pueblo. Este, que oyó repetir las mismas razones y las ofertas mismas que le habian ya traido los anteriores emisarios, empezó á arremolinarse y á interrumpir al Duque con un sordo murmullo, que creciendo rápidamente acabó en horrendos alaridos de indignacion ; y en el grito, por unánime, aterrador de *¡El privilegio de Cárlos V, el privilegio de Cárlos V!!!* estrechando de tal modo al mensajero, que casi tenian suspendido su caballo sin tocar con los pies en el suelo. No se acobardó Maddalone, y con desembarazo dijo y con seguro acento: *Bien, dejadme, iré á buscarlo;* é hicieron su voz resuelta y su ademan decidido tal efecto en la muchedumbre amenazadora que lo ahogaba, que abriéndose le hizo calle, por donde á toda rienda volvió á Castelnovo.

Aprovechó la ocasion el solapado Genovino (tal vez con ánimo de llamar la atencion general para proteger la fuga de su conocido), y alzando la voz arengó al pueblo, inculcándole la importancia de haber á la mano el privilegio que deseaba; porque con él se demostraria cuán ilegales eran todas las gabelas impuestas por los vireyes á la ciudad; y tambien insistió en la necesidad de exigir que en los sediles de

ella se igualase completamente al pueblo con la nobleza, cuya tiránica avaricia y cuyo abandono de la causa pública, decia ser los verdaderos motivos del abatimiento y miseria del reino de Nápoles, y concluyó exhortando de nuevo á la fidelidad al rey de España, pues no eran de modo alguno rebeldes; dirigiéndose sus esfuerzos solamente contra los inicuos ministros que tan mal le servian, oprimiendo á los subditos, y privándole con vergonzosas rapiñas de mas de la mitad de lo que producian los donativos y legales tributos de aquel fidelísimo reino (1). Ideas todas que cundian rápidamente y hacian grande y profunda impresion en las masas populares.

Empezaba la sublevacion á tomar la consistencia que da siempre una organizacion buena ó mala, que regulariza y da unidad al movimiento. Ya estaba acatado y reconocido el pescadero Masanielo como cabeza suprema del pueblo; Domingo Perrone y José Palumbo habian sido nombrados sus tenientes; Julio Genovino, consejero; y un jóven osado y fogoso, llamado Márcos Vitale, su secretario. Estos, componiendo una especie de cuerpo soberano y de acuerdo con los otros hombres del pueblo mas influyentes, dispusieron nombrar con las formalidades posibles, un electo del pueblo que reemplazase al apedreado Naclerio; y dieron cierta forma á la masa de sublevados activos, que pasaba ya de ciento cincuenta mil hombres, dividiéndola por barrios ó cuarteles, dando á cada uno por cabos á los que ya ejercian en él influencia, y que mas calor y osadia habian demostrado en los acontecimientos anteriores (2).

Organizada de un modo ó de otro la insurreccion, fuerza era que ocupase su actividad infernal en alguna empresa; pero no teniendo enemigos con quien combatir, pues no miraban como tales á las tropas que ocupaban el palacio y la altura de Pizzo-falcone, y aun duraba el escarmiento de la intentona sobre la torre de San Lorenzo, se ejercitó en costosas venganzas y en incendios inútiles, que nos es indispensable, aunque doloroso, referir. Masanielo y los que lo rodeaban formaron una lista de mas de sesenta casas, que debian ser asaltadas inmediatamente, como se verificó sin apelacion. Ya se deja conocer que en la designacion de ellas tendrian gran parte los odios y resentimientos personales de los que la hicieron.

(1) Giraffi.
(2) De Santis.—Giraffi.

Era la primera en la lista, cosa natural, la casa de Jerónimo Letizia arrendador del impuesto sobre el consumo de harinas, á quien tenia el pescadero particular ojeriza por la prision que, como dejamos referido, padeció su mujer. Fué pues inmediatamente acometida y desmantelada, arrojando á la calle por los balcones cuanto habia dentro, hasta las puertas y celosías; y amontonado todo, hicieron con faginas embreadas, de que llevaron á la empresa gran provision las mujeres y los muchachos, una espantosa hoguera. En ella ardieron preciosos muebles, magníficas alfombras, ricas telas, joyas de gran valor, y hasta sacos de dinero. La muchedumbre atizando el fuego, y exaltada á la vista de las llamas que todo lo consumian, gritaba frenética, como refiere Giraffi: *Todo esto es sangre nuestra, asi merecen arder en el infierno los que nos la han chupado*. De allí fué la turba, llevando consigo tizones de aquella hoguera para encender mas pronto otras, á la casa, ó por mejor decir palacio de Felipe Basili, que de pobre hornero habia en pocos años héchose poderoso con los arriendos de varios arbitrios, y lo destruyeron y quemaron todo. Viéronse allí arder estrados de riquísimo brocado, colgaduras y cortinajes de damasco, delicada lencería, hermosos espejos de Venecia, cuadros de gran mérito, piezas de vajilla de oro y de plata, y hasta un saquito lleno de gruesas perlas; dos hogueras en la plaza del Espíritu Santo consumieron brevemente tanta riqueza. En seguida fué asaltada y destruida la casa del consejero Antonio de Angelis, á quien llamaba el vulgo *Consejero del mal consejo*, y nada perdonaron las llamas; ni mas de diez mil pesos en metálico que en los mismos sacos en que estaban fueron arrojados en ellas, sin despertar la codicia de los incendiarios.

Sobrevino la noche, y no puso término á la obra de destruccion, pues se dirigieron las turbas á la casa del consejero Miraballo, situada en el arrabal de las Vírgenes, y la destruyeron y abrasaron. Luego, acometiendo el palacio de Andres Naclerio, el electo, entregaron al fuego sin piedad cuanto en él habia; arrasaron furiosas un precioso jardin de plantas y flores exóticas, traidas con gran costo y cultivadas con cuidadoso esmero, y destruyeron en él primorosas fuentes y curiosos juegos de agua (1).

(1) De Santis.

Grandes riquezas, incalculables capitales fueron destruidos en un momento aquel dia nefasto, sin considerar cuánto podia importar su conservacion para acudir á las necesidades públicas y á las mismas urgencias de la sublevacion; pero siempre las turbas populares, que jamas calculan ni piensan en el porvenir, creen ciegas que destruyendo lo que pertenece á sus tiranos, se libertan de la tiranía, y desconocen, en su odio á los ricos, que la suma de las riquezas particulares forma la riqueza pública.

El humo y las llamas de los voraces incendios, que atizados por una muchedumbre frenética, devoraban en cortos instantes inmensos recursos, avisaban á las infelices familias que refugiadas en Castelnovo tenian desde sus almenas fijos los ojos en la parte de la ciudad donde estaban sus casas, que eran ya víctimas del furor popular, y que caian de la cumbre de la opulencia en el abismo de la pobreza y abatimiento. ¡Leccion terrible para los que se enriquecen á costa de la miseria pública, haciendo imprudentemente alarde de sus tesoros; sin temer que puede llegar un dia en que la víctima se convierta en verdugo!

Lo ciertamente notable en aquella ocasion fué que, en medio de tanta confusion y desórden, entre aquellas turbas sin ley ni rey, entre tantos miserables desarrapados que carecian de todo medio de vivir, y tantos malhechores y forajidos, aun cuando rodaban por el suelo monedas de oro y piezas de plata, solo tres miserables osaron sustraer algo, y esto harto mezquino y despreciable, para encontrar en el acto un pronto y ejemplar castigo. Pues mirándolos con horror cuantos á la destruccion cooperaban, fuéron llevados ante el inflexible Masanielo, quien inmediatamente condenó al uno, que habia guardado un freno de caballo, á cincuenta palos; y á los otros dos que habian tomado una taza de plata y un cuadrito con el marco del mismo metal, á la horca: cumpliéndose la sentencia en el acto por mano del verdugo.

Y tambien es digno de notar y lo es de consignarse en la historia, como prueba del espíritu que reinaba en el pueblo napolitano, que en medio del saqueo general y de aquel completo desórden, se salvaban con el mayor respeto los retratos del Rey; que se hallaban en las casas proscritas; colocándolos inmediatamente en las esquinas inmediatas con fervientes aclamaciones, bajo un dosel improvisado con las mas ricas

telas, que para este solo objeto retiraban de las llamas (1). Ejemplo grande del amor incomprensible que conservaban los amotinados al Soberano, cuyos ministros escarnecian y cuyos súbditos asesinaban; y muestra clara de que no pensaron los napolitanos en separarse de España, hasta que dieron oidos á instigadores extranjeros, que ya acudian á la ciudad para sacar partido de las circunstancias.

(1) Giraffi.—De Santis.—Raph. de Turris.

CAPÍTULO IX.

La pretension del pueblo de que se le entregara el privilegio de Cárlos V, puso en grande embarazo al duque de Arcos, no porque se negase á hacerlo, sino porque era imposible, ignorándose completamente si existia; pues aunque se practicaron las mas esquisitas diligencias para dar con él, fué imposible encontrarlo, ni sospechar siquiera su paradero. El MS. de Agnello della Porta dice que «no se hallaba, »ó por mejor decir, no se queria dar con él, por estar interesados los »arrendadores de las gabelas en que no se presentase». El de Capecelatro, digno de mayor crédito, se expresa en estas palabras que traducimos á la letra: «Los curiosos de las antigüedades de Nápoles no »han visto nunca tal concesion; pero se dijo que los nobles la habian »ocultado». Y el moderno historiador Baldacchini, citando á estos contemporáneos escritores, añade: que muchos piensan que el tal documento fué quemado por los españoles, y otros que fué enviado á España y allí archivado. Lo cierto es que, no pudiendo haberlo á la mano, discurrió el Virey, miéntras lo disponia mejor, que se escribiese en pergamino con las fórmulas acostumbradas y con encabezamiento de letras de oro y con sus correspondientes sellos, una confirmacion de aquel privilegio; alzando todas las gabelas de la ciudad y del reino, y dejando solo los impuestos que habia en tiempo de aquel Emperador; y se ocuparon toda la noche diestros pendolistas en este trabajo, que fué entregado al duque de Maddalone para que lo llevase al pueblo.

Al empezar el dia tercero de la insurreccion presentóse á caballo este personaje en la plaza del Mercado, llevando en la mano el flamante

pergamino y llamando con él la atencion general. Pero apénas empezó á leerlo en alta voz, conociendo el pueblo que no era aquel el documento que solicitaba, y que el mismo Duque le habia indirectamente ofrecido, prorrumpió en desaforados gritos, diciendo: *¡Traicion, traicion! Mueran los nobles que nos engañan. Queremos el privilegio de Cárlos V, escrito con letras de oro, no modernas, sino de aquel tiempo, y no en pergamino nuevo, sino viejo y antiguo* (1). Quiso turbado Maddalone manifestar que el original que deseaban no se habia encontrado, y que aquel tenia la misma fuerza y valor; cuando llegando decidido Masanielo (recordando acaso que pocos dias ántes habia recibido á la puerta del duque algunos insultos yendo á vender pescado) (2), lo trabó con violencia de un brazo y lo tiró del caballo á tierra, amenazándolo de muerte y llamándole traidor y engañador del fidelísimo pueblo. Gran peligro corrió el ilustre mensajero, acometido y pisoteado por la muchedumbre, sin que ninguno lograra herirle, por el ansia misma con que todos lo solicitaban. Algunos agradecidos que tenia entre la turba lo socorrieron; y Masanielo mismo, enviándolo preso y maniatado al convento del Cármen, bajo la custodia de Domingo Perrone (3). Miéntras duró su prision, que fué pocas horas, tuvo sin duda tiempo de entenderse con su antiguo favorecido y ahora carcelero, combinando atrevidamente un plan harto osado, cuyos resultados no tardarémos en referir; y en cuanto halló oportunidad, ayudado por su guardador mismo, huyó disfrazado, tomó una falúa que lo condujo á una playa remota, y no tardó en volver á caballo á una de sus posesiones no lejana de Nápoles.

Tomasso de Santis y otros autores cuentan que despues vino á corto rato el prior de la Roccella con un duplicado del mismo documento; pero en lo ocurrido á este caballero, como dejamos relatado en el capítulo anterior, hemos seguido el prolijo diario de Giraffi, testigo de vista, y que no hace en este dia mencion alguna de él; ni parece posible que el Prior, despues de haber burlado al pueblo la tarde anterior, viniese sin defensa á entregarse á su venganza; ni que en los escasos momentos con que contaron en Castelnovo hubiera habido tiempo para entretenerse en hacer cópias y duplicados, ni que el Virey creyese

(1) Giraffi.—De Santis.
(2) Capecelatro, MS.
(3) Ibidem.

que desechado el pergamino que llevaba Maddalone, aprovechase el encargado al Prior, siendo enteramente iguales. El conde de Módena, que se complace en exagerar el maquiavelismo, que no negamos, ni aplaudimos, del duque de Arcos, dice, bien que como sospecha suya, que él fué quien avisó á la plebe de que el documento que iba á presentar Maddalone era falso y de ningun valor; como asegura tambien que repartió bajo mano á los amotinados doce mil arcabuces, para que se defendieran de cualquier intentona de la nobleza: especie tan absurda que no necesita de refutacion.

De un modo ó de otro, bien fuera solo por el duque de Maddalone, ó bien acompañado ó seguido del prior de Roccella, hecha la presentacion de la confirmacion del privilegio de Cárlos V á los sublevados, no hizo este documento otro efecto en ellos, que el de acrecentar su furia y animarlos á proseguir sus saqueos y sus venganzas; y tambien el de aumentar el prestigio de Masanielo con el populacho, pues su violenta accion de poner la mano en tan elevado personaje dió al vulgo una alta idea de su arrojo y de su poder, con lo que ensorberbecido el pescadero, publicó un bando con pena de la vida para el que desertara de la causa popular, y para los que indiferentes é indecisos no la abrazaran y siguieran en el término de veinte y cuatro horas. Esta disposicion aumentó el número de los alborotadores con muchos que tímidos no habian osado presentarse, y acrecentó el número de los refugiados en las fortalezas con todos los que temieron tal compromiso.

Derramáronse las turbas á proseguir los incendios y destrozos; pues habiendo llegado á Masanielo, siempre de asiento en el Mercado, algunos exaltados á quejarse de que el duque de Caívano se jactaba de que su casa no sería asaltada, y de que no temia á aquellos descamisados (1), mandó acometerla inmediatamente; y no solo destruyeron y quemaron el palacio que el tal Duque tenia y habitaba junto á Santa Clara, ardiendo en él documentos importantísimos, pues era secretario general del reino; sino que tambien allanaron el palacio en que vivia su hijo, la casa de su hermana, y hasta una quinta que tenia en Posilipo.

En seguida entró el pueblo al almacen de un genoves, proveedor de armas, y tomaron allí mil y quinientas de fuego. Asaltó y arrasó

(1) De Santis.

despues el palacio de un tal Cevallos, que de pobre escribiente de rentas, habia llegado á titularse duque de Ostuna y á comprar en Puglía un rico estado, que producia sesenta mil ducados de renta. De allí se encaminaron las turbas, cada vez mas ansiosas de destruccion, al palacio de César Lubrano, hombre riquísimo, que de mozo de la aduana habia llegado, arrendando gabelas, á comprar para su hijo un alto título y un pingüe feudo. Y como averiguase el pueblo que habia ocultado la noche anterior sus mas ricas alhajas y mejores ropas en un convento inmediato, no respetó la inmunidad, y sacando de él cuanto estaba escondido lo entregó á la voracidad de las llamas.

Contar extensamente y por menudo todos los edificios de mas ó menos importancia saqueados, y numerar todas las riquezas quemadas por aquella banda de energúmenos, seria enojoso y desagradable. Baste saber que la ciudad estaba llena de bogueras de destruccion, donde cuanto pertenecia á nobles ó ricos era sin piedad reducido á cenizas; y llegó á tanto el ciego furor de los incendiarios, que arrojaban vivos á las llamas caballos de regalo de gran precio, y las mulas de tiro que encontraban en las caballerizas y hasta las aves domésticas y los perros de caza (1).

Masaniclo deseaba emprender algo que acreditase su mando y que diera nuevo aliento á la sublevacion. Y aconsejado sin duda por Julio Genovino (que como tan entendido y esperimentado debia conocer que aquellos incendios y venganzas en cosas inanimadas, ademas de destruir la riqueza del pais y de aumentar enemigos, no harian mas que malgastar la actividad de las turbas y que al cabo habian de caer en el cansancio, síntoma precursor de la muerte de los alborotos que duran mucho sin positivos resultados), determinó apoderarse á toda costa de San Lorenzo. Su situacion en el centro de la ciudad, el ser una especie de casa consistorial, donde en lo antiguo se reunia el parlamento, y ahora celebraban sus sesiones los electos y diputados municipales, por lo que era mirada con gran respeto; el encerrar un archivo público, y el haber allí en una torre bastante fuerte un gran depósito de armas y de artillería, hacian muy importante su ocupacion; y no siendo pertenencia real, no creian el atacarlo acto de rebelion, á lo que tanto horror tenian todos aquellos sublevados.

(1) Capecelatro, MS.

Diez mil hombres se aprestaron con el órden que les fué posible para la empresa, de que se encargó Masanielo en persona; y divididos en varios trozos marcharon sin confusion por distintas calles hácia San Lorenzo. Llegados que fueron empezaron el ataque con arrojo, y no sin acertada direccion, contra el convento. Lograron entrar en él, ahuyentar á los religiosos, y establecerse con ventaja para embestir el torreon. Defendianlo cuarenta buenos soldados españoles, mandados por el bizarro mayor napolitano Biagio de Fusco, y estaban ademas acogidos alli varios caballeros y empleados, que engrosaban la guarnicion. Dió el pueblo la arremetida con calor y no con gran desconcierto; pero la certera arcabucería de los defensores lo rechazaba constantemente con notable pérdida, mas no con escarmiento, pues los apiñados pelotones, hacinando los cadáveres, repetian sobre ellos los asaltos. Y despues de tres largas horas de defensa, combatida la torre desde la calle con un cañon de grueso calibre, desquiciadas sus puertas con petardos, y atacada con arte y con tenacidad por la parte del convento, tuvo que rendirse á discrecion. Los refugiados que en ella estaban se evadieron, aprovechando el desórden. Los soldados españoles muy mermados, y muerto su bizarro capitan, rindieron las armas, y se entregaron sin mas partido que salvar las vidas.

Importantísima adquisicion fué esta para los sublevados, y grande el orgullo del pescadero por la victoria, que aseguró completamente su dominio: el entusiasmo del triunfo fué universal. Dueño el pueblo de la torre de San Lorenzo, enarboló en ella el estandarte real, y debajo el de la ciudad de Nápoles, y expuso en un dosel en la parte exterior con repetidas aclamaciones y salvas el retrato del rey Felipe IV, que encontró en la sala de juntas; y puso á vuelo la campana mayor, que se llamaba de la Ciudad, y cuyos sones, que atronaban la atmósfera, retumbando en las bóvedas de Castelnovo, fuéron el primer aviso que tuvo el Virey de la pérdida de punto tan importante.—Quemaron los vencedores casi todo el archivo público, con pérdida de instrumentos de mucho interes para el reino y para los particulares, revolviéndolo todo en busca del privilegio de Cárlos V, y se apoderaron de gran cantidad de armas y de municiones, y de diez y ocho gruesas piezas de artillería, que repartieron por las puertas y plazas de la ciudad, provistas de todo lo necesario para servirse de ellas con ventaja (1).

(1) De Santis.

Manifestábase la alegría popular con toda suerte de extravagancias y desórdenes, y los vencedores embriagados con su triunfo se creian ya dueños del universo; cuando llegó la noticia, reproduciendo la alarma, de que quinientos alemanes venian por el camino de Puzzoli, y algunas compañías de españoles, procedentes de la guarnicion de Capua, por el de Aversa. Marchó Masanielo al encuentro de estos con fuerzas tan superiores que los destrozó fácilmente; y envió á uno de sus tenientes contra los otros, que sin mucho trabajo quedaron prisioneros. Mas tarde otras compañías de caballos, tambien llamadas por el Virey, se acercaron á Nápoles con las debidas precauciones; y viendo de léjos el muro artillado y las puertas cerradas y defendidas, retrocedieron oportunamente.

Obedientes al terrible tañido de la campana de la Ciudad, empezaron á acudir de todas las inmediaciones hombres armados á engrosar la sublevacion; pero Masanielo, que en verdad no necesitaba mas gente, y que empezaba á conocer los inconvenientes de la confusion, los enviaba de nuevo á sus hogares, con órden de defenderlos de los españoles y de los nobles, extendiéndose así rápidamente por toda la comarca el movimiento de la capital.

CAPITULO X.

Viendo el duque de Arcos que la sublevacion tomaba una consistencia peligrosa, y deseando ya tentar el vado á las negociaciones, discurrió, á nuestro modo de ver con poca oportunidad, enviar un mensaje al desvanecido pescadero, pidiéndole cortesmente y como de igual á igual algunos víveres delicados para sí y su familia. Lisonjeado sobremanera el caudillo popular con esta peticion, se apresuró á concederla, y á enviarle una crecida provision de exquisitas frutas y otros regalados refrescos, en que abundaba ciertamente la ciudad. Mas cuando muy ufano entendia en disponer la remesa, haciendo alarde de su generosidad con el refugiado de Castelnovo, algunos de los que le rodeaban, mirando de mal ojo tanta premura en el hombre del pueblo, le dijeron que no se diese tanta prisa en complacer á sus opresores, ni diese tanto aprecio á halagos dispuestos para adormecerlo y amansarlo; y haciéndole snbir al campanario del Cármen, que señorea el mar, le mostraron nna galera que maniobraba con diligencia para acercarse á la playa y tomar á bordo dos compañías de españoles, que debian ir á reforzar la guarnicion del castillo, ó á verificar tal vez un desembarco donde mas conviniese, para hostilizar á la sublevacion. Indignóse Masanielo, y por remediar pronto el descrédito que le podia haber acarreado su buena fe y su generosidad, juntó las turbas, gritando: *á las armas*; y salió decidido con fuerza escojida y nnmerosa al encuentro de aquellas tropas. Estas, viéndose descubiertas é imposibilitado el embarco, intentaron la retirada; mas siendo imposible, se hicieron fuertes en un convento, teniendo pronto que rendirse des-

pues de una inútil aunque vigorosa resistencia. Este nuevo triunfo aumentó el entusiasmo; y volviendo los vencedores al mercado, reunidos con los de San Lorenzo y con los de las facciones anteriores, dispuso Masanielo repartirles no solo los refrescos con tanta prisa preparados para el Virey, sino gran cantidad de viveres y de barriles de vino, que se sacaron de los almacenes públicos. Mereció y obtuvo por esto los mayores aplausos y los mas sonóros vivas de la muchedumbre, que comiendo, bebiendo, poniendo aparte para la familia, y destrozándolo todo, gritaba: *Todo es nuestro, todo está comprado con nuestra sangre* (1). Y aun no contento el caudillo con haber dado tan cumplida satisfaccion á las sospechas de los unos, y con haber completamente desconcertado las asechanzas de los otros, para asegurarse mas la confianza del pueblo, y para poner en mas aprieto á los españoles, mandó fortificar las avenidas del palacio y de los puestos donde permanecian las tropas, y cortar los víveres á los castillos, que hasta entónces habian conservado franca comunicacion con la ciudad.

Mucho cuidado dió al Virey la actitud hostil de los sublevados, su marcada decision, y su fortuna y regularidad en las operaciones que intentaban. Y aunque ya estaba seguro de que era imposible que la nobleza desertara de la causa del Rey y que se reunicse con ellos, le parecia peligroso dejar tomar tanto cuerpo y consistencia al movimiento popular; por lo que se decidió á echar mano de los medios que tenia en reserva.

El cardenal Filomarino, encerrado en su palacio desde que logró retirar al pueblo de San Luis para dar lugar á la evasion de la autoridad suprema, que estaba en inminente peligro, no habia vuelto á trabajar activamente para amansar el motin. Miró con suma inquietud los pasos dados por los señores, de quien era enemigo implacable, para calmar la conmocion; temiendo que logrando lo, recuperasen su perdida influencia. Mas cuando vió gozoso, que sus mensajes y relaciones con el pueblo en aquella ocasion le habian sido completamente contrarios, juzgó llegado el caso de ejercer la suya, y valiéndose de medios reservados é indirectos, ofreció al duque de Arcos sus servicios. Fueron inmediatamente aceptados, y despues de mutuos conciertos pasó el Cardenal arzobispo á Castelnovo á abocarse con el Virey.

(1) Giraffi.

Se echó sagazmente aquel dia la voz de que unos frailes habian por casualidad encontrado el privilegio original de Cárlos V, y que los *electos* de los sediles nobles y el P. teatino José Caracciolo lo habian llevado á Castelnovo: noticia que cundió con rapidez, y que fué acogida con alegre ansiedad, si bien no faltó quien, desconfiara de olla creyéndola un nuevo ardid de mala ley. Sobre esta ocurrencia, que siendo cierta allanaba muchas dificultades, se fundó el mensaje de que se encargó el cardenal Filomarino, despues de conferenciar largo rato reservadamente con el Virey.

Marchó pues en su carroza, llevando el privilegio dichoso para entregarlo al pueblo, que advertido del caso corrió á la plaza del Mercado, ocupándola toda y agolpándose en sus avenidas. Fué recibido con respeto en ella el Arzobispo, y abriéndose el gentío le dió estrecho paso hasta la iglesia del Cármen. Entró el Cardenal, llevando delante de sí á Masanielo con la espada desnuda en la mano, en derredor los jefes populares, y detras una apiñada y compacta muchedumbre. Y puesto en pié en el presbiterio, leyó en clara y alta voz el anhelado documento, que estaba escrito en viejo pergamino, con antiguas y deslustradas letras de oro, y con el carácter de la época en que debió ser expedido.

Tanto á la llegada del Prelado, como mientras duró la lectura, circularon por las apretadas masas ciertos sordos murmullos poco favorables, que en vano quisieron acallar Masanielo con ceño amenazador, y con señas de satisfaccion y convencimiento los del séquito arzobispal. Y concluida la lectura, cuando era de esperar una explosion de entusiasmo; varias y aisladas voces, que resonaron en el general silencio, manifestaron dudar de la autenticidad del documento. Desconcertóse el Arzobispo, asomándole al rostro la turbacion. Mas con sentidas palabras, buscando con los ojos el apoyo de Masanielo, dijo: *que era ofensiva á su dignidad aquella desconfianza, pues que como verdadero pastor del pueblo, siempre solícito por su bien, no podia querer engañarlo.* No dejó de hacer efecto esta queja del prelado. Y Masanielo, que le tenia gran veneracion, gritó con desenfado: *Señor, esta es gente inconsiderada, que no sabe el respeto que debe á Vuestra Eminencia, y lo cree igual al duque de Maddalone y á los otros señores. Pero yo, que conozco lo que valen las palabras de Vuestra Eminencia, defiendo la verdad del privilegio contra la furia y la ignorancia de todos.* Remolinóse el gentío

no muy satisfecho; y el Cardenal, dueño de sí mismo, con sangre fria imperturbable exclamó en alta y sosegada voz: *Yo creo que este es el privilegio que se desea; y para quitar toda duda, venga alguna persona inteligente, y que merezca la confianza del fidelísimo pueblo, á reconocerlo detenidamente, que yo resuelto estoy á no moverme de aquí hasta que se averigüe la verdad.* Este medio, ó preparado de antemano, ú ocurrido oportunamente al sagaz Filomarino, tuvo cumplido éxito. Pues sosegados lo ánimos con aquella muestra de confianza, fué nombrado y elegido Julio Genovino (era lo que se deseaba), como letrado, conocedor en la materia y consejero del pueblo, para examinar el privilegio. Pasó este inmediatamente de las manos del Cardenal á las del poderoso pescadero, qnien lo entregó al viejo solapado, que se retiró aparte para examinarlo con detencion (1).

Entre tanto, annque se acercaba la noche, permaneció el Cardenal firme, como habia ofrecido, en el convento del Cármen. Y no perdió ciertamente el tiempo, ántes bien lo empleó dignamente en favor de sus diocesanos. Pues advertido de que estaban decretados nuevos saqueos é incendios, que aquella noche debian verificarse, habló con tanto tino y resolucion á Masanielo, y exhortó con tanta uncion y celo á los mas díscolos y feroces de los sublevados, que consiguió no solo que se suspendieran aquellos actos de destruccion, sino que el mismo Masanielo le ofreciese solemnemente que por complacer á tan buen Prelado no se llevarian á efecto los dispuestos para aquella noche, ni se permitirian otros en lo sncesivo. Y mandó echar bando, prohibiendo con pena de la vida todo saqueo é incendio. Y en verdad que en aquella ocasion se portó el Arzobispo como buen caballero; pues los palacios designados para ser destruidos aquella noche eran precisamente los del duque de Maddalone y de otros nobles sus mas encarnizados enemigos, y de quienes habia recibido hasta insultos personales.

Julio Genovino, ó bien porque con la adqnisicion de aquel documento, falso ó verdadero, se llenaba el objeto de la sublevacion, imposibilitando el establecimiento de nuevas gabelas; ó porque, empezaba á concebir celos del desmesurado poder del ignorante y zafio pescadero; ó porque, como escribe el historiador Santis, y da á entender el

(1) Giraffi.—De Santis.—Raph. de Turris.

conde de Módena, ambos contemporáneos, estuviese ya vendido al Virey, por la oferta de la presidencia de la real cámara de la Sumaria, dió por bueno el documento, despues de haber pasado largo rato en examinarlo. Y lo hizo con tanta destreza y sagacidad, que llamó varias veces á otros sublevados, tambien letrados, pero ignorantes, como para consultarles ciertas dudas, que se decidieron siempre favorablemente: cuidando él, despues de proponerlas, de llamar la atencion de los consultados á algunas manchas y señales del pergamino, que lo acreditaban de antiguo, y sobre ciertos rasgos y letras que no dejan duda de la autenticidad.

Que el viejo y astuto consejero del pueblo estaba ya de acuerdo con el Virey, á quien tambien habia hecho reservadas visitas José Palumbo (1), es casi indudable. Y habiendo sido elegido aquella mañana, á insinuacion suya, *electo del pueblo* un tal Francisco Arpaya, en reemplazo de Naclerio, el Virey se dió tanta priesa á complacerlo, que confirmó en el acto el nombramiento, é hizo en el mismo dia venir al agraciado á Nápoles, de donde estaba ausente. Habia sido este Arpaya compañero de Genovino en los motines del tiempo del cardenal Borja; por lo que habia estado muchos años en galeras, y ahora se hallaba, no se sabe cómo, de gobernador de un pueblecito junto á Aversa.

Convencido y asegurado el pueblo con la deposicion de su fidelisimo consejero, de que era auténticamente auténtico el privilegio que le entregaba el Virey por mano del Arzobispo, mostróse muy satisfecho, y dispuesto á recibirle con entusiasmo, como la corona de sus generosos esfuerzos, como la reparacion de todos sus agravios, como prenda cierta de su futura felicidad. Y aunque la noche estaba muy abanzada, permaneció el gentío en bulliciosa quietud, llenando la iglesia, la plaza y todas sus avenidas. El Arzobispo, ufano y contentísimo del buen éxito de su mision, para completarla, al entregar al pueblo aquel documento importante, le leyó en alta voz la cédula de que venia acompañado, y en que el virey con el refrendo del consejo colateral ofrecia el mas completo olvido de lo pasado, y en nombre del Rey el *perdon* mas lato y general á cuantos hubiesen tomado parte en la *rebelion*. Estas mal escogidas palabras, á que tanto horror tenia el pueblo de Ná-

(1) De Santis.

poles, causaron un sentimiento de indignacion, que se extendió como un golpe eléctrico por el inmenso gentío, y reventó en el espantoso trueno de un universal alarido, que estremeció la ciudad. Y resonando en grito unánime: *No somos rebeldes, no necesitamos perdon; ¡viva el rey de España, mueran los que insultan al fidelísimo pueblo napolitano* (1)*!* se agitó aquel mar de vivientes en deshecha borrasca; remolináronse las turbas en la confusion de las tinieblas, retumbaron los tambores, crujieron las armas, creció la gritería; y hubo un momento terrible de desórden y de ciega furia, en que hasta la autoridad de Masanielo fué completamente desconocida.

Al cabo los esfuerzos de este y de otros cabos populares, las rápidas arengas de Genovino, las voces ó protestas del Cardenal, y la misma vehemencia de la excitacion, que debia hacerla pasajera, aquietaron poco á poco aquel vértigo de furor, dando lugar á nuevas exhortaciones del Prelado, que monstrando largamente su sangre fria, la conciencia de su dignidad, y el valor cívico mas completo, dijo al pueblo: que el duque de Arcos no habia querido ofenderlo, y que supuesto que le descontentaba la fórmula en que se habia extendido la cédula, se concertase y dictase otra en los términos quo juzgase mas honrosos y convenientes, seguro de que la firmaria y sellaria el Virey. Fué, como debia de ser, muy bien aceptada la propuesta, y aquietada la muchedumbre lo mejor posible, se reunieron los jefes populares y los hombres de influencia, y se acercaron al Prelado; pero no ya para extender una simple cédula de indulto, siuo para convertirla en una verdadera capitulacion con la suprema autoridad: así crecen las exigencias de los motines, á medida que se les van haciendo concesiones.

No agradó mucho al Cardenal el partido que querian sacar los alborotadores de la incauta propuesta, que habia juzgado único medio de conciliacion. Pero era ya tarde para retroceder, y aviniéndose con el nuevo compromiso, trabajó con sagacidad, secretamente de acuerdo con Genovino, para que los encargados de extender el extraño documento fueran pocos, y gente no muy exagerada. Nombráronse pues al efecto á Masanielo, á Julio Genovino, al nuevo *electo* Arpaya, que llegó á tiempo, á dos ó tres de los jefes populares de mas nota y á algunos clérigos y letrados; y presidida esta junta poco numerosa por

(1) Giraffi.—Raph. de Turris.

el Arzobispo, se retiró á la sacristía del Cármen á desempeñar su encargo sin demora, extendiendo en toda forma los artículos de una capitulacion.

Vivos fueron los altercados, sobre todo cuando apareció la proposicion de que fuese entregado el castillo de Santelmo al pueblo, como rehenes y seguridad del tratado; pues hallando casi general acogida en la junta, tuvieron que trabajar mucho el Arzobispo y Julio Genovino para combatirla. Pero manifestando este viejo sagaz que el castillo era del Rey, y que no se le podia quitar sin acto de rebelion, hizo en todos, y particularmente en Masanielo tanta fuerza, que fué desechado el artículo casi por unanimidad. Siguió la conferencia borrascosa, y el Arzobispo cardenal dió en ella claras pruebas de su talento, tino y sagacidad, allanando dificultades, combatiendo no pocas descabelladas exigencias; mostrándose mas amigo verdadero de los intereses públicos, que los que con tan escasas luces como exageradas pretensiones, y acaso con miras sospechosas, se llamaban sus mas celosos defensores.

CAPÍTULO XI.

Miéntras continuaba la junta su penoso trabajo, y despues de noche tan agitada y borrascosa, apareció la ciudad inquieta y sobre las armas al amanecer del dia 10 de julio, cuarto de la sublevacion; y Masaniello, que mostraba actividad suma, desarrollándose en él rápidamente un instinto particular de mando, pensó, del modo que podia alcanzar su comprension, en arreglar aquellas masas, que armadas y sin objeto vagaban por todas partes. Dispuso reunirlas y revistarlas para darles una organizacion cualquiera, que á lo menos las hiciese susceptibles de cierta obediencia, para obrar de concierto y con determinado fin. Pasó pues muestra general, con grande espanto de la parte indiferente ó contraria de la poblacion, que vió reunidos y armados en aquel acto mas de ciento doce mil hombres. Dividiólos el caudillo popular en pelotones de quinientos ó seiscientos, con sus cabos respectivos; y de la reunion de varios de ellos formó cuerpos ó divisiones, nombrándoles jefes, dándoles bandera, y señalando á cada uno el puesto en que se debia establecer y los puntos adonde acudir en caso de alarma. Trató de formar caballería, reuniendo cuantos caballos de silla y de tiro pudo recoger, y montó en carretas, tiradas por bueyes ó mulas, algunas piezas de artillería. Consiguió completamente el poderoso pescadero verificar esta organizacion en pocas horas; y deshecha la reunion se quedó, aclamado de nuevo Capitan general del pueblo, con un cuerpo escogido de siete ú ocho mil hombres, en la plaza del Mercado, que era como su cuartel general.

Hecho este arreglo, mandó Masanielo, á pesar de sus ofertas al Arzo-

bispo y del bando publicado la noche anterior, que se registrase de nuevo el ya saqueado palacio de Caivano, por aviso de que habia aun ocultas considerables riquezas. Y efectivamente se encontraron detras de unos tabiques, y fueron entregados á la voracidad de las llamas. Y refiere Giraffi que las mujeres atizaban la hoguera, obligando á sus hijos, aun á los que llevaban al pecho, á hacerlo tambien con sus inocentes manos, maldiciendo en espantoso alarido á los que se engrosaban con la sangre de los pobres.

Otra turba fué de *motu propio* á asaltar el palacio de Maddalone, salvado la noche anterior. Pero lo halló tan bien defendido por los bravos y gente perdida, ahijada del Duque ausente, que no se atrevió á pasar adelante, contentándose con apedrear las puertas y ventanas.

Al mismo tiempo la codicia, que ya empezaba á sacar la cabeza, ó el encono de una enemistad particular, arrancó á Masanielo la órden de asaltar la casa de Cornelio Spínola. Pues aunque era notorio que lejos de ser opresor del pueblo, habia aconsejado resueltamente al Virey, primero, que no decretase el impuesto sobre la fruta, y luego, que lo aboliese sin demora, como dejamos dicho; y aunque nadie ignoraba que no habia hecho su riqueza especulando con la miseria pública; era muy rico, calidad que basta para ser perseguido en las conmociones populares: porque la envidia y la codicia, cuando se rompe el freno de las leyes, no se andan en reparos para escoger sus víctimas. Afortunadamente avisado á tiempo el opulento genoves, tuvo modo de guarnecer su casa de valedores y amigos armados, que la hubieran á toda costa defendido, dándole espacio para poner á buen recaudo sus caudales y sus mas preciosos efectos. Llegados los incendiarios, contuvieron su furia viendo que tenian que librar un combate; y Masanielo, ó por no meterse en un nuevo empeño de mala calidad, ó arrepentido de su inconsiderada órden, ó aconsejado oportunamente por Genovino, que debia favores al rico negociante, voló en persona á contener á aquella gente y á evitar la tropelía. Contentó mucho su resolucion á la generalidad, lo que visto por el caudillo, y consultando el deseo de los mejor intencionados, dió completa satisfaccion del susto al Spínola, proclamándolo intendente general de abastos de la ciudad; aprobólo la instable y voluble muchedumbre, convirtiéndose los *mueras* y los baldones en *vivas* y en aplausos.

No asustó ménos al genoves este honor tan inesperado, que el anterior insulto, aunque por distinta causa. Y se excusó de admitir el alto empleo que le conferia la sublevacion, manifestando que, por extranjero y por no ser individuo del consejo, no podia legalmente ejercerlo. Pero insistió Masanielo en que lo aceptara, y solo otros graves acontecimientos, que vamos á referir, lo libertaron del compromiso.

El poderoso pescadero, cabeza suprema del pueblo de Nápoles, no solo atendió á organizar la fuerza sublevada, sino tambien al gobierno de la ciudad, publicando oportunos bandos de policía, cuidando del abasto de la poblacion, y dando vado á todos los negocios públicos. Hizo levantar en la plaza del Mercado un tablado, con un palco en que, acompañado de sus tenientes Domingo Perrone y José Palumbo, del consejero del pueblo Julio Genovino, del secretario Marco Vitale y del nuevo *electo* Francisco Arpaya, administraba justicia, expedia decretos, daba sentencias, oia quejas y despachaba rápidamente, no sin natural facilidad, sana intencion y recto juicio, los asuntos mas graves. Con su tosca y remendada camiseta, sus calzones de lienzo listado y su gorro colorado de marinero, despechugado y descalzo, gobernaba como autoridad única y supremo magistrado; decidiendo sin apelacion en la parte militar, civil y eclesiástica, y entendiéndose con desenfado y agilidad con abogados y notarios, litigantes y pretendientes, sometiéndose todos sin réplica á su decision absoluta. Genovino era quien le dictaba en voz baja las resoluciones. Y refiere el contemporáneo historiador Santis, que antes de pronunciar Masanielo sus acuerdos y sentencias inclinaba un instante la cabeza y se ponia la mano en la frente, como para reflexionar, pero realmente para poder oir al consejero. Y que un dia que para darse mas importancia (pues aunque ignorante sabia usar por instinto la charlatanería é impostura necesarias en su posicion) dijo á los circunstantes: *Pueblo mio, aunque nunca he sido soldado ni juez, para poder regir con acierto, me inspira el Espíritu Santo;* le contestó un chusco: *Di que te inspira el Padre Eterno*, aludiendo á Genovino, viejísimo, calvo y con gran barba blanca.

Cerca del mediodia fué terminada en la iglesia del Cármen la capitulacion, que debia ser leida al pueblo para que la aprobase. Y el Cardenal envió á un su hermano, fraile capuchino, á Castelnovo, para dar parte de todo lo ocurrido al duque de Arcos, y exhortarle á no oponer una resistencia inútil á las nuevas exigencias. Este le contestó, que en

cuanto fueran aprobados por el pueblo los artículos de la avenencia les daria su sancion. Y entre tanto le envió una pragmática en forma, revalidando el privilegio de Cárlos V, alzando todas las gabelas y concediendo indnlto completo, sin usar de las palabras *perdon* y *rebelion*, qne tan mal efecto habian causado, y acompañada de un billete de su puño pidiendo al prelado que publicara aquellos documentos en forma pontificia.

Con tan buen despacho, y creyendo el Arzobispo llegado ya el deseado fin de tanto desconcierto, avisó á Masanielo qne reuniera el pueblo en la plaza del Mercado, para oir los artículos acordados que debian luego presentarse á la aprobacion del Virey, y para publicar solemnemente el privilegio y la pragmática. El jefe popnlar dió inmediatamente sus órdenes para que á las dos de la tarde concurriesen en la plaza los cabos de barrio, con parte de su fnerza bien armada y provista, dejando el resto sobre las armas en sus respectivos puestos.

Llegada la hora se llenó la extensa plaza del Mercado de un inmenso gentio, que acudió ansioso á ver el desenlace de aquel espantoso drama, y el fin anhelado de tan violenta situacion. Y al cabo de corto rato, la llegada de unos trescientos bandidos forasteros, á caballo y armados completamente causó general inquietud. Esta aparicion inesperada sorprendió tanto á Masanielo como á la turba. Pero Domingo Perrone lo aquietó, diciéndole que era gente suya y de toda confianza, que venia á reforzar al pneblo, y á ayudarle en su empresa. Y esta misma explicacion la hizo correr de boca en boca por la multitud. No satisfizo mucho al pescadero, y quiso disponer que se les acuartelara, y sobre todo que dejasen los caballos, porque incomodaban con ellos al gentio. Mas Perrone le aseguró de tal modo, haciéndolos echar pié á tierra, que al cabo los bandidos se mezclaron con el pueblo ; y aun algunos de ellos entraron, so pretexto de rezar á la Vírgen, en la iglesia del Cármen, donde no faltaba concurrencia.

Entró Masanielo en el convento para avisar al Arzobispo de que ya esperaba el pneblo impaciente la lectnra de los capítulos y la publicacion del privilegio. Y estaba en la sacristía concertando con el Prelado el modo de verificar uno y otro; cuando Perrone, pálido y alterado le hizo de léjos seña, llamándolo hácia el presbiterio, como para darle algun aviso urgente. Salió Masanielo presuroso al sitio adonde le llamaba su teniente y amigo, y la detonacion de un tiro de arcabuz, cu-

ya bala pasó silbando sobre su cabeza, atronó el templo: *¡traicion! traicion!* gritó el jefe popular, y otros cinco arcabuzazos le respondieron, sin que lograran herirle. Perrone habia desaparecido. Y puesta ya en confusion la turba que ocupaba la iglesia, creció con los que acudieron al ruido de las descargas, conmoviéndose la plaza toda. Y en cuanto se divulgó instantáneamente lo ocurrido, revolvió la indignada muchedumbre contra los bandidos. Estos pensaron al pronto en resistir; y disparando sus armas fuéron contestados con las del pueblo, creciendo la confusion y la griteria. Corta fué la pelea. Furioso el pueblo destrozó sin piedad á los forasteros, haciendo en ellos una terrible carnicería. En vano apelaron aquellos miserables á la fuga, sin provecho buscaban un asilo. Ni la inmunidad del templo, ni la santidad del altar, ni la veneranda imágen de la Vírgen les sirvieron de amparo. Mas de treinta fueron hechos pedazos en la iglesia misma, sobre las gradas del presbiterio, inundando con su sangre el pavimento de naves y capillas. Los que huyendo de la matanza de la plaza, donde habia ya mas de ciento y cincuenta cadáveres, se refugiaron al convento forzando la porteria, corrieron la misma suerte. Tres fueron despedazados en la sacristia, uno de ellos bajo el sillon mismo del Arzobispo, y oculto con las pontificales vestiduras. Domingo Perrone, descubierto ya que era el alma de la conjuracion, y que se habia escondido en una celda, murió á cuchilladas bajo el manto de un religioso carmelita, que con valor denodado lo defendió primero, y luego con fervor religioso le ayudó á bien morir; teniendo en seguida, para salvarse del furor popular, que abrazarse con la imágen de la Vírgen. Un hermano de Perrone fué muerto de un pistoletazo. Y seguia por todos lados la matanza y el encarnizamiento con los bandidos refugiados en las casas contiguas, donde eran buscados con ansia, y lo mismo los que mas léjos se escondian: su exterminio era irrevocable. Muchos aun procuraban el asilo del convento, donde corrian su miserable suerte en brazos de los religiosos, que con los crucifijos en las manos y las palabras del Evangelio en la boca, confesaban á unos, absolvian á otros, intercedian por ellos, y aun se predicaban á sí mismos y se confortaban para la muerte, viéndose tan expuestos á ser víctimas del ciego furor popular.

El Cardenal arzobispo se portó del modo mas digno y heróico, conteniendo á unos, amparando á otros, dando la absolucion á los moribundos, y volando adonde creia ver víctimas que salvar, sin curarse

del silbido de las balas, ni de los reflejos de los puñales. En medio de la confusion llegó perseguido y ya herido á ampararse de sus rodillas un tal Antonio Grasso, jefe popular, amigo de Perrone y cómplice en aquella conjuracion, y pidió la vida para hacer revelaciones importantísimas. Logró así dilatar su triste fin algunos momentos, y en ellos declaró que los bandidos habian venido por órden y disposicion del duque de Maddalone y de su hermano don José Caraffa, de acuerdo con él y con Perrone, para matar á Masanielo y apoderarse de la ciudad; con cuyo objeto nuevas tropas de facinerosos estaban emboscadas cerca y llegarian al anochecer. Esta declaracion de Grasso voló de boca en boca, mas tan desfigurada como siempre acontece, y tan monstruosamente acrecentada, que acabó por asegurarse y por creerse que este conjurado habia descubierto estar minada toda la plaza del Mercado, sus alrededores y el convento del Cármen, y soterrados ya veinte y ocho barriles de pólvora para exterminar de un solo golpe al pueblo todo. Y esta especie, aunque tan inverosímil y de casi imposible ejecucion, aumentó el furor de las turbas, y no faltó escritor contemporáneo que la refiriese como cierta (1).

Terminada tan sangrienta carnicería, profanado el templo, cubierta la tierra de arroyos de sangre, turbia la atmósfera con el humo de los arcabuces y con el polvo de la brega, y asordada con los alaridos de los moribundos, los gritos de venganza insaciable y la algazara del agitado gentío, fuéron cortadas las cabezas de los bandidos muertos, y colocadas por órden de Masanielo en unas pertigas al rededor del Mercado; y los cuerpos, arrastrados hasta los barrios mas lejanos por los muchachos y las mujeres, desaparecieron en los fosos y cloacas; dejando en las calles regueros de sangre y algunos miembros despedazados, de que se encargaba la voracidad de los perros.

(1) Giraffi.

CAPÍTULO XII.

Grande y justa era la indignacion general contra el duque de Maddalone, autor del horrible atentado, que habia impedido la deseada avenencia, estremecido la ciudad, y lanzado al pueblo en la peligrosísima carrera de sangre y de matanza, que lleva solo á la perdicion. Y grande era el rencor y el deseo de venganza que ardia en el corazon de Masanielo, cuya salvacion atribuia ya el vulgo supersticioso á milagro de la Virgen; propalando que las balas se habian detenido y aplastado, sin causarle daño alguno, en el escapulario del Cármen, que llevaba al cuello.

Concluido el estrago de los bandidos y el de muchos otros, acaso inocentes, que se sospecharon ser sus amigos y valedores, y aprisionados otros muchos mas por recelo de que les eran adictos, se derramaron armados pelotones por la ciudad, sus arrabales y sus alrededores, para seguir descubriendo y matando fugitivos, é impedir que se acercasen nuevos invasores. Muchos fuéron encontrados y muertos, y enviadas sus cabezas á adornar con las otras la plaza del Mercado.

La masa popular y su caudillo Masanielo, en lo que mas empeño tenian era en haber á las manos al duque de Maddalone. Y cuando furiosos grupos lo buscaban infatigables, corrió la noticia de que estaba escondido, y era verdad, en el convento de San Efren, de PP. capuchinos. Dirigióse allá la indignada muchedumbre; pero el duque, advertido á tiempo, vestido de fraile se puso en salvo, y tomando luego un caballo huyó á Benevento. Furioso el pueblo por su evasion revolvió contra su palacio, donde mató á algunos dependientes y lo

quemó y destruyó todo. Pero por órden del pescadero se conservaron cuidadosamente las joyas, telas y vajillas que se hallaron emparedadas (1).

Súpose despnes que aquella mañana se habia visto á caballo en un barrio excusado á D. José Caraffa, hermano del Duque y su cómplice en el atentado de los bandidos, acompañado del prior de la Roccella, de quien dejamos hecha mencion en esta historia; y que se habian ambos ocultado luego en el convento de Santa María la Nueva. Mas de cuatro mil sublevados volaron iracundos á buscarlos y descubrirlos á toda costa. El rumor de las turbas avisó á los refugiados; y el Prior trató de convencer á su amigo de cuánto importaba dejar aqnel asilo y buscar otro mas seguro. Pero arrastrado Caraffa por la fuerza de sn destino, se obstinó en permanecer allí, y dejó salir solo al Prior, qne con buena fortuna consiguió ocnltarse en casa de un tintorero, donde no pudieron dar con él. Asaltado el convento, escondieron los frailes á D. José, miéntras que fuéron inhnmanamente despedazados dos de sus gentiles-hombres. Crecia el apuro, á medida que la gente iba franqneando por la fuerza la entrada del edificio; y entónces discurrió Caraffa escribir al Virey á Castelnovo cuatro letras, pidiéndole que tirase algunos cañonazos hácia aquel sitio, para espantar y contener al pueblo. Confió este billete á un lego que se encargó de entregarlo en pocos minutos, y que lo escondió en las sandalias. Mas fué detenido, descubierto y maltratado; redoblándose el furor de los sublevados con la certeza de que allí tenian á la víctima, que tan ansiosos buscaban. En tal conflicto rogó el P. Juan de Nápoles al escondido que hnyese, porque ya el pueblo lo invadia y escudriñaba todo, sin respetar no ya las celdas de los religiosos, sino tampoco los sepulcros, ni los camarines, ni los sagrarios. Decidióse al cabo á la fuga el caballero, disfrazado con un hábito de capuchino y se descolgó por una claraboya del coro á espaldas de la iglesia; y atravesando un corralon y un almacen de seda, salió á una estrecha callejuela, y entró en la casa de una mujer perdida, á quien ofreció una gruesa suma por el secreto. Pero ella, ó por temor del populacho, ó por otra causa, despues de esconderlo debajo de sn cama, corrió á avisar á los que lo buscaban. Un tremendo alarido de furibunda alegría lanzó la turba al

(1) Giraffi.—De Santis.

ver en sus manos al hermano del duque de Maddalone. Y arrastrándolo vengativos de un lado á otro, cargado de duros golpes y de groseros insultos, lo llevaron por varias calles como para dilatar su agonía. Aquel ilustre y desventurado caballero, tan orgulloso y tan altivo ántes, pedia abora con dolorosos acentos misericordia, prodigaba humillaciones á sus verdugos, ófrecia gruesas sumas por su rescate. Todo en vano, pues al llegar á la plazuela del Ceriglio, entre la gritería general de *matadlo, matadlo*, recibió dolorosas puñaladas, hasta que un mancebo, hijo de un carnicero, con la cuchilla de la carne le cortó de un solo tajo la cabeza. Al verla rodar por el suelo «fué universal el aplauso, dice Giraffi, como si hubiera sido la del bárbaro Otomano». Un hombre del pueblo se arrojó á morderle un pié, diciendo se lo iba á comer, porque pocos dias ántes se lo habia tenido que besar (1). Opusiéronse los circunstantes á tal atrocidad. Pero recordando que se habia asegurado, cuando ocurrió el disgusto del año anterior entre la nobleza y el Arzobispo, por la procesion de San Genaro, que el Caraffa le habia dado en lo acalorado de la disputa un puntapié al prelado, le cortaron el pié derecho. Y ensartándolo luego con la cabeza en una pica, llevaron aquel trofeo con gran algazara á la plaza del Mercado, habiéndole puesto un cartelon que decia: *Este es D. José Caraffa, traidor á la patria y al fidelísimo pueblo.*

Presentados estos despojos á Masanielo, los contempló con bárbara complacencia, dió golpes con una varita que tenia en la mano á la desfigurada cabeza, le tiró de los bigotes, le dirigió groseros insultos y horribles sarcasmos, y mandó colocarla con las otras infinitas que adornaban su cuartel general (2), poniéndole para mas escarnio una corona de papel dorado. Y en seguida (pues le gustaban las peroratas al pescadero) arengó al populacho sobre lo inexorable de la justicia divina, que tarde ó temprano castiga al malvado. Concluido el discurso, entendió en que se colocasen con mas órden y simetría las cabezas que circundaban la plaza, y de que á cada paso llegaban frescas remesas. Mandó recoger y traer allí el destrozado cuerpo de Caraffa, y lo colocó atravesado sobre una viga. La cabeza y el pié, puestos en una jaula de hierro, los mandó llevar á la puerta de San Genaro, inme-

(1) De Santis.
(2) Como se ve en un cuadro que existe en el Museo de Nápoles, del pintor de aquel tiempo, Mico Spadaro.

diata al arruinado y desmantelado palacio del duque de Maddalone; y ofreció al que le trajese vivo á este personaje ochocientos escudos, y cuatrocientos al que se lo presentase muerto (1).

Pero no cesaba la conmocion popular. Armados pelotones, donde no faltaban niños y mujeres, recorrian la ciudad buscando bandidos ó partidarios de ellos, y con este pretexto saciando cada uno sus particulares venganzas. Los gritos de *muera, muera,* resonaban por todas partes. Cuerpos destrozados yacian aquí y allí esparcidos; sangre humana manchaba todas las manos, salpicaba todas las paredes, profanaba todos los templos. Nada habia seguro, nada respetado, nada fuera del alcance de los furibundos asesinos. Nunca se habia mostrado hasta aquel triste dia, en toda su atroz fealdad tan horroroso desórden.

Ni la vida de Masanielo estaba á cubierto. Desde en medio de la confusion le dispararon dos tiros de arcabuz, que tampoco le hirieron, y fué imposible saber quien los habia disparado.

Gran temor causó esta ocurrencia al supremo jefe popular, y el peligro propio le obligó á poner todo su conato y á emplear sus esfuerzos todos en sosegar lo mas pronto posible aquella indomable agitacion. Se lanzó decidido en medio de las furiosas turbas, buscó y reunió á sus partidarios, aunque despues de la reciente traicion de Perrone desconfiaba de todos, y logró al cabo hacerse oir, y poco despues hacerse obedecer, dictando severas medidas para restablecer el órden é imposibilitar nuevas tentativas contra su persona. Aumentó la talla por la cabeza de Maddalone, que era la fantasma que le perseguia. Mandó, so pena de la vida, que nadie usase capa ni luengas vestiduras, para que no pudieran ocultarse armas bajo el ropaje. Y fué tan exactamente obedecido, que hasta el cardenal Filomarino y todos los eclesiásticos vistieron al momento de corto, y las mujeres mismas llevaban recogido á media pierna el faldamento. Prohibió, con pena de muerte, que se saliera sin permiso suyo de la ciudad, y que entrase en ella nadie que no trajese vituallas para el abasto público, y esto despues de bien reconocido y registrado en las puertas. Mandó que todos sus partidarios pusieran una señal convenida á la puerta de sus casas. Y dispuso terminantemente cortar los víveres á los castillos, y romper los caños y acueductos que los proveian de agua. Publicó bando para que todos los vecinos iluminasen sus

(1) Donzelli.—Giraffi.—Agnello della Porta, MS.

casas por la noche. Ordenó que en las plazas se encendiesen grandes hogueras. Dedicó la noche toda á abrir zanjas y levantar barricadas y reparos en los puntos mas importantes, para evitar una sorpresa. Y tomó las mas rigorosas medidas para que no faltase agua á la poblacion, consternada de nuevo con la noticia vaga de que un bandido, antes de morir, habia declarado que estaban envenenadas las fuentes de la cindad (1).

El duque de Arcos, estuviese ó no de acuerdo con Maddalone, quiso en un principio mandar romper el fuego al castillo de Santelmo y disponer una salida. Mas cuando vió errado el golpe de los bandidos, temió exacerbar al pueblo triunfante, capaz ya de todo en aquellos momentos de exaltacion. Y escribió un curioso billete al cardenal Filomarino, mostrándose muy disgustado de lo ocurrido, encargándole que entregase al pueblo los bandidos que pudiera baber á la mano, pues él haria lo mismo; y rogándole anudase á toda costa las negociaciones.

El Cardenal, en cuanto empezó á calmarse la agitacion, volvió sin pérdida de instantes á poner en juego sus recursos. Y aunque las circunstancias habian empeorado mucho y los ánimos estaban barto encendidos, llegó á proponer á Masanielo, que le miraba siempre con veneracion profunda y con religioso respeto, qne se enviarian al Virey los artículos para que los aprobase; y conseguido el objeto que se proponia el fidelísimo pueblo, se restableciese la calma en la ciudad y se repusiese su vecindario de tantos sustos y desventuras.

Mucbos de los jefes do la sublevacion, acalorados con lo ocurrido, se oponian vigorosamente á seguir ningun trato con el Virey, proclamando guerra á muerte contra la nobleza y los españoles. Pero los consejos de Genovino, que ademas de estar ganado empezaba á temer el progreso indomable que iba tomando la conmocion, y veia á Masanielo desconfiado é indócil emanciparse de su influencia, consiguieron templar los ánimos, lo bastante para dar oidos á los que predicaban paz. Y el prestigio del Arzobispo, fundado en gran parte en su conocido odio á la nobleza y en su poca deferencia por el Virey, y aun por el gobierno español, logró dar entrada á la razon y convencer á todos, de modo que se resolvió finalmente el enviar á Castelnovo los artículos acor-

(1) Giraffi.—De Santis.—Capecelatro, MS.

dados, y que las tristes ocurrencias del dia habian impedido que fueran públicamente leidos.

Eligióse para mensajero á un clérigo, sobrino de Palumbo, y muy zafio y muy presumido, que se llamaba don José Fattoruso, acérrimo partidario de las mas extravagantes exigencias del populacho. Presentóse á prima noche este nogociador al Virey, quien cuidó de halagar su vanidad recibiéndolo magníficamente y con toda ceremonia. Y reuniendo el consejo, y llamado á todos los secretarios de decretos, mandó sacar varias copias de los artículos, discutiéndolos al mismo tiempo lijeramente, y aprobando luego su contenido. El clérigo era quien dictaba, por no soltar el original, con una prosopopeya ridícula y con un tono tan de suficiencia, que á pesar de lo serio de las circunstancias provocaba la risa de los circunstantes. Cuando llegó al artículo en que se exigia la igualdad de votos y de prerogativas del pueblo y de la nobleza en los *sediles*, un caballero de alta jerarquía manifestó alterado, que aquello era mucho pedir, y que no se podia consentir en ello. Y levantándose con furia muy cómica el cleriguillo, dijo en tono decisivo: *señor mio, así lo quiere Masanielo*. Y el Virey, conteniendo con una severa mirada al opositor, contestó: *sí, señor, muy bien, cúmplase el gusto del señor Masanielo* (1). ¡Tan apuradas andaban las cosas! Con esto se calmó Fattoruso, quedó convenida la capitulacion, y se creyó que al nuevo dia quedaria definitivamente arreglada la ciudad.

Terrible fué aquel para el duque de Arcos, pues no solo le pusieron en cuidado la ferocidad del pueblo, la audacia de los sublevados, y los espantosos sucesos que á su vista habian ocurrido; sino tambien las noticias de que la insurreccion cundia rápidamente por el reino, aunque con diferentes formas. En Sorrento habia habido graves conflictos y alborotos, quedando el pueblo triunfante. En Salerno habia sido atropellada la autoridad, y se habian abolido todas las gabelas. En Aversa empezaban con sangre los disturbios. En Abruzo, Puglia y Calabria reinaba la mayor confusion. Ya empezaba á conocer el ántes terco y luego perplejo Virey que corria grave riesgo la fidelidad y dependencia de aquel importantísimo estado, conducido con sus desaciertos y con las inconsideradas exigencias de Madrid, al último grado de desesperacion.

(1) De Santis.

CAPITULO XIII.

Con el nnevo dia, que fué el 11 de julio, prosiguieron activamente las obras de fortificacion en los barrios; se enviaron gruesas partidas á caballo para hacer la descubierta; salieron nuevos emisarios á extender el odio á la nobleza y á los españoles, y se aprestaron mas piezas de artillería. Tambien se redoblaron las pesquisas para buscar á los bandidos, que aun pudieran estar ocultos en la ciudad; y sobre todo para descubrir y haber al duque de Maddalone, blanco del ódio encarnizado del pueblo, y de la sed de venganza de su candillo.

Publicóse un bando obligando, so pena de la vida, á los nobles á que enviaran á alistarse en la tropa popular á todos sus criados y dependientes, con caballos, armas, municiones y asignacion. Muchos lo ejecutaron inmediatamente; otros se excusaron con la notoria pobreza á que la sublevacion los habia reducido, manifestando que no tenian mas que su persona y su espada, no admisibles entónces por sospechosas.

Puso Masanielo precio cómodo á los comestibles. Y porque en el dia anterior habia habido violencias, cuyo temor mantenia cerradas las tiendas, y retraidos á los trajineros, dispuso la publicacion de un bando en forma regular, prohibiendo con pena de muerte todo insulto y molestia á los puestos de comestibles, y á los que se dedicaban á abastecer la ciudad; mandando á los capitanes de barrio no permitiesen separarse de ellos á ningun indivídno armado; y condenando, en fin, á la pena de traidores á los que incendiaran, saquearan ó causaran daño á los pacíficos habitantes.

Cuando entendia en estos arreglos, le avisó una mujer que habian visto al duque de Maddalone á caballo en la Arenela, casal inmediato; mandó Masanielo gratificarla con cincuenta escudos, y doblando la talla por la cabeza del Duque, envió á buscarlo al punto indicado una tropa de gente montada. Fué en vano la diligencia; estaba ya en salvo, y solo hallaron á dos criados suyos y á su barbero; los cuales tres infelices insultados, golpeados y heridos, fueron llevados con gravísimo peligro de la vida á la plaza, y presentados al jefe popular. Hizoles este reiteradas preguntas sobre el paradero de su amo; pero, ó por ignorarlo verdaderamente, ó por honrada fidelidad, se mantuvieron firmes en que nada sabian. El pueblo quiso hacerlos pedazos, pero Masanielo consiguió impedirlo, y los dejó ir en libertad. Lo mismo hizo con dos caballeros, que por querer huir de la ciudad, saliendo de ella sin permiso, habian incurrido en la pena de muerte. Llevados ante su tribunal los declaró libres de todo cargo, y les dió un pase para que fueran donde les pareciese. No fué tan afortunado un panadero acusado de haber dado el pan falto. Lo hizo confesar en el acto por un fraile, y cortarle la cabeza por el verdugo.

Ciertamente era tan grande, (lo asegnran todos los autores contemporáneos), el instinto de órden y de gobierno que manifestaba Masanielo, tan extraordinario el prestigio de su presencia y de su nombre, tan absoluto el dominio que ejercia en las turbas, que los hombres mas ilustrados de Nápoles, y el mismo cardenal Filomarino, estaban atónitos y pasmados, dando márgen á la ignorancia para creerlo inspirado. Y se esparcieron mil ridícnlos cuentos y patrañas aplicándole frases de la Escritnra (1). Y hasta lo creyeron San Juan Bautista, segun refiere una curiosa carta de aqnel tiempo, que original hemos visto (2).

Las noticias de lo ocurrido en Nápoles llegadas á Roma, pusieron en agitacion al Papa y sus ministros, excitados diestramente en contra por el conde de Oñate, embajador español; y secretamente en favor por el marques de Fontenay Mareuil, que lo era de Francia. Y entre tanto que aquel exigia del Padre Santo órdenes terminantes para el Cardenal arzobispo, y para todo el estado eclesiástico del revuelto reino, mandándoles ayudar al Virey y procurar por todos los medios ima-

(1) Giraffi.
(2) En un códice de la librería del príncipe de San Gregorio.

ginables acabar con la sublevacion; este oponia obstáculos y dilaciones á que se expidiesen. Y conociendo la oportunidad para sustraer del dominio español tan rico é importante estado, envió secretamente á Nápoles emisarios, que acaloraran la conmocion; y que si era posible la dirigiesen en el interes de la casa de Francia, que tanto anhelaba rehacerse con la posesion de aquel reino.

El fidedigno historiador Tomás de Santis refiere, que en un dia de confusion popnlar se acercó á Masanielo varias veces un hombre desconocido disfrazado de mujer, que con acento extranjero le dijo: que la suerte le ofrecia una buena corona, si tenia habilidad para procurarse la alianza de alguna nacion poderosa; con otras frases para animarlo á no desperdiciar la ocasion qne la fortuna le presentaba. Y que Masanielo, sin hacerle caso alguno, le contestó rudamente, que no queria mas corona que la de la Vírgen, ni mas fortuna qne librar al pneblo de las gabelas; volviendo lnego á sus banastas y á vender pescado por la ciudad. Este acontecimiento, y las noticias que unos barqueros de Prócida llegados de Roma trajeron, de que habia allí nn Príncipe frances, que se interesaba mucho por Masanielo y por los napolitanos; y varias especies que de cuando en cuando circnlaban por los corrillos sobre la necesidad de apoderarse de las fortalezas, de bacer guerra á muerte á los españoles, y de pedir socorro á los franceses: especies que, en honor de la verdad, siempre eran rechazadas por la muchedumbre, combatidas por Genovino, y consiguientemente por Masanielo, prueban evidentemente que agentes secretos de Francia empezaban ya á trabajar de concierto aprovechando la oportunidad.

Estos incidentes de que llegaba la noticia, tal vez abnltada, á Castelnovo, y el ver que aunque aprobadas ya las capitulaciones, avanzaba el dia sin arreglarse nada, y que proseguian con actividad las obras de fortificacion, creciendo en consistencia el levantamiento con los nuevos decretos y disposiciones gubernativas del caudillo popular, traian inquieto al Virey. Y envió mensajeros al Cardenal, con una carta en que le pedia que apresnrase la publicacion de los capítulos acordados, porque toda dilacion podia perjudicar al servicio del Rey, y aumentar los desastres de la ciudad. El Prelado, conociendo tambien la gravedad de las circunstancias y lo peligroso de las dilaciones, habló á Masanielo, requirió á Genovino, y puso en jnego su autoridad personal para que no se retardase en dar cuenta al pueblo de la capitu-

lacion, con lo que debian volver las cosas á su estado normal. Y así que vió todo preparado y dispuesto convenientemente, envió á Castelnovo á su maestro de cámara para anunciar al Duque que iba á cumplirse su deseo. Contestóle el Duque con un billete manifestándole su satisfaccion, y que se ponia para todo en sus manos.

Ya estaba convocado el pueblo para hora determinada en la plaza del Mercado, donde debian publicarse en toda forma el privilegio, la pragmática y la capitulacion ; debiendo volver en seguida á ejercer la suprema autoridad el Virey, y deshacerse completamente el alboroto y la reunion popular, por haber llenado su objeto; cuando un nuevo incidente vino á turbar los ánimos, y á poner en duda la buena fe de los convenios. Y fué que las galeras de Nápoles que estaban en Gaeta, mandadas por Giannettin de Doria, aparecieron en el golfo, navegando con próspero viento hácia el fondeadero. Puso su vista en grande temor al pueblo, y á Masanielo en cuidado. Lo que advertido por el diligente Filomarino, envió á toda priesa al castillo á su teólogo consultor, para rogar al Virey, que las hiciese retroceder inmediatamente. Este conociendo y apreciando las circunstancias, contestó por escrito al Prelado, incluyéndole la órden para detener las galeras, y ponerlas á la disposicion del pueblo.

Tranquilizados los ánimos de todos con esta prueba de buena fé, y satisfecho Masanielo, envió en una lancha órden á Doria para que virase en redondo, y se mantuviese á una milla del puerto. Fué al instante obedecido, y con la misma lancha mandó Doria á tierra uno de sus oficiales para saludar en su nombre al jefe popular. No admiró poco al marino el aspecto del pueblo, y mas que todo la juventud, facha, rudeza y miserable traje del pescadero, á quien trató de ilustrísima, como ya lo hacia el mismo Virey. Recibiólo Masanielo con cómica gravedad; y como el recien llegado le pidiese permiso de desembarco para el General, y algunos víveres de refresco, nególe lo primero, encargando que ni un solo soldado viniese á tierra ; y concedióle lo segundo, mandando enviar á bordo inmediatamente cuatrocientas hornadas de pan, pipas de vino y otras vituallas.

Arreglado este negocio, se dispersó el pueblo, mientras llegaba la hora de la lectura de los capítulos, á proseguir (á pesar de los bandos y prohibiciones, dados mas *pro fórmula* que para que se obedeciesen) en los incendios y saqueos; y por cierto que no campeaban ya en ellos

el desprendimiento y el horror al robo, que en otra ocasion elogiamos (1). Fueron pues quemadas y robadas aquella mañana las casas del presidente Fabricio Cennamo, de Vicente Cuomo, y de otros pudientes. Y naciero disputas y riñas muy sérias sobre el reparto de los despojos.

Al cabo, hechos los preparativos y llegando el momento, se verificó la deseada publicacion y lectura de los capítulos del convenio, en la iglesia del Cármen con toda solemnidad. El Arzobispo bajo un dosel levantado delante del altar mayor, presidió el acto, estando á sus lados de pié Masanielo, Palumbo, Genovino y Arpaya, la iglesia atestada, y la plaza llena toda de apretado gentío, el privilegio, la pragmática y la capitulacion fuéron leidas desde el púlpito, y publicadas á son de trompeta y con todas las formalidades de estilo por un notario público. Acabada la ceremonia, subió al púlpito Genovino, arengó al pueblo felicitándole por su triunfo, y propuso que se cantase un *Te Deum*. Y entonando él mismo el primer versículo, siguióle todo el pueblo acompañado del órgano de la iglesia. Gran entusiasmo causó esta solemnidad; y aunque no faltaban semblantes pálidos y descontentos de los que sentian tuviesen término los desórdenes, la generalidad estaba satisfecha y repetia alegres vivas al Cardenal, á Masanielo, y tambien al Virey.

Este, en cuanto recibió aviso del buen éxito del acomodo, se trasladó del castillo á palacio, y envió á su capitan de guardias don Diego Carrillo, á dar gracias á la ciudad, recorriéndola toda á caballo, y á invitar á Masanielo á venir á verlo y á recibir mercedes. Asustóse el pescadero con el convite, y preguntó sobresaltado al Arzobispo si serian cadenas y horca las mercedes que le esperaban (2). Lo tranquilizó el prelado, dándole grandes seguridades, y aconsejándole no retardara la visita. El sin embargo quiso consultarlo con el pueblo, y vió que la opinion general era que debia ir á palacio, con lo que se resolvió á hacerlo. Pero no queria separarse del Cardenal, con quien quiso con gran empeño confesarse antes. Mas este le dijo que no era necesario, y que cuando todo estuviera tranquilo tendria tiempo de hacerlo mas despacio y con mejores auspicios; y le aconsejó que para ir á ver al Duque mejorara de traje, vistiéndose no solo decentemente,

(1) De Santis.
(2) Giraffi.

sino como convenia tanto á su carácter de Capitan general del pueblo, cuanto al decoro de la suprema autoridad á quien iba á presentarse. Rehusó Masanielo el dejar sus arapos, pero impelido, segun él mismo dijo, por el Arzobispo hasta con pena de excomunion, se puso un magnífico vestido de tela de plata, obligando á su hermano, mas jóven que él y de la misma condicion, á mejorar de ropa. Y como se vistió delante de todos en medio de la plaza, manifestó lo demudado, desencajado y flaco que se habia puesto en solo cinco dias que llevaba de no comer, dormir ni sosegar, pues parecia un esqueleto, como dice Giraffi, y apénas podia moverse ni tenerse en pié, de decaimiento y debilidad.

CAPÍTULO XIV.

A media tarde el Arzobispo en su carroza, llevando á un lado á Masanielo lujosamente ataviado, y en un hermoso caballo tordo con rico caparazon y vistoso penacho, al otro al *electo* Arpaya tambien á caballo, y detrás en una silla de manos á Julio Genovino, y seguido de todo el pueblo con aplauso universal, partió de la plaza del Cármen y se dirigió á palacio. La carrera estaba recien barrida y regada, adornada con ricas colgaduras, henchida de gente; reinaba gran órden en el bullicio, y las campanas á vuelo publicaban la alegría de la ciudad. Precedia á esta procesion un trompeta, que tocaba, y gritaba en seguida : *¡viva el Rey! ¡viva el fidelísimo pueblo!* Y como una vez añadiese de motu propio *¡viva Masanielo!* este indignado arremetió á él, lo asió de los cabellos y lo quiso matar (1).

Al llegar á la plaza del castillo, habia crecido tanto la concurrencia, que era imposible abrirse paso, por lo que tuvo que detenerse la procesion en Fontana-medina. Allí el capitan de la guardia del Virey llegó á caballo y sin armas al encuentro de Masanielo para saludarlo en nombre del Duque, y manifestarle el placer con que iba á ser recibido. El pescadero oyó la embajada con gravedad y casi altanería, y contestó pocas palabras, discretas y oportunas; pues el poder supremo, aunque de pocos dias, da á veces temple á los mas humildes, y tono elevado aun á los mas zafios y miserables. En seguida ocurrió una curiosa escena, cuya relacion vamos á traducir literalmente del ingenuo

(1) De Santis.

cronista Alejandro Giraffi, que parece la presenció, y que conserva en su pluma la fisonomía de la época, y el sello de las circunstancias.

Dice pues aquel contemporáneo escritor: «Parándose Masanielo, y »haciendo seña al pueblo, que ascendia ya al número de veinte mil »almas, de que no pasara adelante, en un punto, con increible silen»cio, quedó muda é inmóvil aquella innumerable muchedumbre. Púsose »luego Masanielo de un salto en pié sobre la silla de su caballo, y con »alta y amorosa voz dijo: — ¡Pueblo mio! gracias sean dadas á Dios »con eternas voces de júbilo, por la antigua libertad reconquistada. »¿Quién de vosotros creeria tal cosa? Parece un sueño, una fábula, y »veis que es verdad, que es un hecho. Infinitas gracias demos á la bea»tísima vírgen del Cármen, y despues á la paternal benignidad del »Emmo. Sr. Cardenal nuestro pastor. Vamos pueblo mio, ¿quiénes son »nuestros amos?... Responded conmigo: Dios y la vírgen del Cármen. »—Y el pueblo lo repetia. — El rey Filipo (proseguia Masanielo), el »cardenal Filomarino y el duque de Arcos.—Y el pueblo con inmedia»to y conforme eco reproducia las voces de su general. Hizo este bre»ve pausa, sacó del pecho los privilegios del Rey don Fernando y del »Emperador Cárlos V, con las nuevas prágmaticas firmadas por el Vi»rey, Colateral y consejo de Estado, y con mas alta voz continuó:— »Ya estamos libres de todo impuesto, ya descargados de tanto peso. »Ya están quitadas y abolidas todas las gabelas. Ya se nos ha restituido »aquella cara libertad, que nos concedió el Rey Fernando de feliz memo»ria, y que nos confirmó el Emperador Cárlos V. Yo nada quiero, ni »nada pretendo mas que la pública felicidad. Muy bien sabe el Eminen»tísimo Cardenal arzobispo mi recta intencion, pues se la he dicho y re»dicho mil veces con juramento. Y tambien sabe que al principio de »nuestros justos resentimientos, por el deseo que tenia su Eminencia »de ver quieto al pueblo, me ofreció con generosidad régia doscientos »escudos al mes de su propio bolsillo, por todo el tiempo de mi vida, »con tal que no fuésemos adelante en nuestras pretensiones, tomando »á mi cargo el poneros de acuerdo lo mejor y mas brevemente posible; »la cual oferta rehusé siempre, dándole infinitas gracias. Tambien sa»be que si no me hubiera visto apretado una hora hace por su Emi»nencia con el tenaz vínculo de un precepto, y atemorizado por el es»pantoso rayo de la excomunion, para ponerme el vestido que lle»vo, jamás hubiera dejado mis ordinarios harapos de marinero;

»porque tal nací, tal viví, y tal pretendo vivir y morir. Despues de la »pesca de la pública libertad, que la haré en el tempestnoso mar de »esta ciudad afligida, volveré á la otra antigua, y á vender pescado, »sin reservarme para mi casa ni un alfiler. Os ruego pues, ya que ninguna otra cosa os pido, que cuando yo muera me rece cada uno de »vosotros un *Ave María*.—¿Me lo ofreceis?—Sí, sí, respondieron universalmente todos, lo harémos con mucho gusto, pero de aquí á cien »años.—Os doy gracias, prosiguió Masanielo, y por el amor que os »tengo quiero daros un consejo: no dejeis las armas de la mano hasta »que vuelvan de España confirmadas y reconocidos por el Rey nuestro »señor, las gracias recibidas y los capítulos estipulados. Y no os fieis »jamás de los nobles, porque todos son traidores y enemigos nuestros. (Aquí se extendió en palabras tales y de tanto despecho, que »por modestia las callamos.) Y prosiguió, yo voy á negociar con S. E.; »dentro de una hora me volvereis á ver, ó mañana lo mas tarde. »Pero si mañana por la mañana no estoy con vosotros, destruid á fuego »y sangre el palacio y toda la ciudad.—¿Me dais todos vuestra palabra de hacerlo así?—Y como que la damos, y que lo harémos, respondió resueltamente el pueblo, podeis estar bien seguro de ello.— »Bien, muy bien, continuó Masanielo, de cuanto hasta ahora hemos »hecho está grandemente contento S. E., porque, aunque se han quitado las gabelas, no ha perdido nada S. M. Quien ha perdido es esa »nobleza enemiga nuestra. Ya está pobre, ya han vuelto á la primera »mendicidad los avaros y voraces lobos de tantos asentistas y partícipes, que compraban y vendian nuestra sangre. El que ellos pierdan »redunda en gloria de Dios, servicio de nuestro Rey, y público beneficio »de la ciudad y del reino de Nápoles. Ahora serás verdadero Rey de »este ínclito reino de Nápoles, Rey Felipo; ahora adornará las sienes »del Monarca español la mas rica corona que jamas ha ceñido; ahora »cuanto le demos (en lo que andarémos todos á porfía en todo tiempo, por mas que digan los enemigos envidiosos de la austriaca grandeza), será verdaderamente suyo. No como acontecia ántes, que le »dábamos tesoros, y se convertian en humo. Por esto está tan contento de lo que hemos hecho, y de lo que hagamos el señor Virey, como »que ve destruidos á sus verdaderos enemigos.—Dichas estas y otras »muchas palabras, se dirigió al señor Cardenal, y le dijo: Eminentísino Señor, dad la bendicion al pueblo.—Sacó la cabeza del coche su

»Eminencia y con dos signos de cruz á una y á otra parte por las ven»tanillas, dió su pastoral bendicion. Y como despues de esto quisiese »seguir adelante la cabalgata, era tan grande la apretura del inmenso »gentío apiñado en la plaza del Castelo, que imposibilitaba el paso. Y »por esto, y por no parecer conveniente que en tiempo de avenencia se »encontrara el Virey con tanta gente, Masanielo, imponiendo silencio »á todos con una leve seña, mandó bajo pena de la vida y de rebelion, »que ninguno osase dar un paso mas. Y con maravilla grande fué in»violablemente obedecido. Prosiguió él la marcha á caballo, y detras »en su carroza el señor Cardenal, seguido de Arpaya, del hermano de »Masanielo y de Genovino. Llegados á la plaza de palacio, encontra»ron una fuerte trinchera custodiada por compañías de caballos y de »infantes, estando todos los balcones guarnecidos de armada soldades»ca. Pasó apresurado Masanielo aquel reparo, y su Eminencia y los »demas, y las carrozas dol séquito. Entrando en el patio de palacio, »se encontraron en la escalera al señor Virey, que salia á recibir al »señor Cardenal. Este le presentó á Masanielo, que le hizo reverencia »arrojándose al suelo, y besándole los piés en nombre del pueblo, para »darle gracias por las acordadas capitulaciones, y le dijo: *que venia »allí para que S. E. hiciese de él lo que quisiese; para que lo ahorcara ó »enrodara; en fin, para que hiciera lo que gustase. Pero el señor Virey »le hizo poner en pié, diciéndole: que nunca lo habia mirado como crimi»nal, ni pensado que hubiese ofendido á S. M. en nada, que por lo tanto »estuviera de buen ánimo, pues lo apreciaba mucho.* Y dicen que al ha»blarle así, lo abrazó muchas veces, y que Masanielo le repuso; *que »jamas habia tenido otro pensamiento que el del mejor servicio de S. M. y »de S. E., y que ponia á Dios por testigo de esta verdad.*—En seguida, »subiendo á la mas secreta cámara del palacio, conferenciaron largo »rato entre sí, el señor Cardenal, el señor Virey y Masanielo, sobre las »ocurrencias de la ciudad, y sobre el estado de las cosas públicas.» Hasta aquí Giraffi

Otros historiadores cuentan que Masanielo se desmayó á los piés del Virey, lo que puso á todos en grande apuro, y que echándole agua en el rostro se le volvió en sí, y pudo pór su pié subir la escalera, y entrar, completamente repuesto, en el despacho del Duque, donde solos con el Cardenal entraron en prólija conferencia.

A poco rato empezó á interrumpirla el confuso rumor de la muche-

dumbre, que poco á poco fué llenando la plaza de palacio. No de la gente que mandó Masanielo detenerse en la plaza del castillo, pues obediente no habia avanzado ni un paso, sino de la que viniendo de todos los barrios llegaba por otras calles, ignorando la órden del pescadero. Y empezando á alarmarse con la prolongada visita, por no faltar instigadores que esparcieron la voz de qne habian arrestado al jefe popular, clamó con desaforados gritos que queria verlo, y que saliese al balcon. El mismo Virey, cuidadoso de aquellos clamores y de lo que crecia el bullicio, pidió á Masanielo que sin tardanza lo verificase, para asegurar con su presencia á aquella conmovida multitud. Hízole así acompañado del Arzobispo y del Duque. Y en medio de la tempestad de aplausos que se levantó, dió á escuchar su voz gritando: *Héme aquí sano y salvo. Paz, paz.* El entusiasmo popular creció de todo punto manifestándose con lágrimas, alaridos, vivas y aclamaciones; se pusieron á vuelo las campanas de San Luis, á las que sin saber por qué, respondieron las de toda la ciudad, con tan asordador rimbombe, qne obligó á Masanielo á mandar que cesasen, como se verificó muy pronto. Cuando paró el estruendo, victoreó, repitiendo los vivas aqnel inmenso gentío, á Dios, á la vírgen del Cármen, al Monarca español, al Arzobispo, al Virey y al fidelísimo pueblo napolitano; y en seguida, vuelto al duque de Arcos, que ¡oh vergüenza! estaba besándolo y limpiéndole el sudor con su pañuelo, y llamándole á voces libertador de Nápoles (1), pasmado de ver la influencia eléctrica de sus miradas, y la fuerza mágica de sus palabras, le dijo: *ahora quiero que vea V. E. cuán obediente es este pueblo*; y poniéndose el dedo en los labios en señal de silencio, enmudeció como por encanto aquel confuso mar de vivientes, sin oirse ni el rumor mas pequeño. Y luego dijo en alta voz: *bajo pena de la vida y de rebelion, mando despejar, y que no quede nadie en esta plaza.* Inmediatamente en el mas profundo silencio, sin sentirse mas que el ruido sordo de las pisadas, desapareció aquel inmenso gentío por distintas calles, quedando la plaza completamente desierta. Lo que dejó confusos y pasmados al duque de Arcos, al cardenal Filomarino y á cuantos lo presenciaron (2).

Continuó la conferencia, acordándose en ella que se imprimieran y

(1) Raph. de Turris.
(2) Giraffi.—De Santis.—Comte de Modéne.—Capecelatro, MS. y todos los contemporáneos.

publicaran las capitulaciones con las firmas, refrendos y requisitos necesarios, y que el sábado próximo se leyeran al pueblo en la catedral, y se jurara su obediencia; con solemne oferta de el Virey, de los Consejeros, y de todos los funcionarios públicos, de que serian ratificados en Madrid. Tambien se trató de que Masanielo devolviese el mando supremo al Virey; pero encontró este inconvenientes para aceptarlo, y confirmó al pescadero en el alto cargo de capitan general del pueblo; confiriéndole tambien el título de duque de San George, que cedió á su favor en aquel acto el marques de Torrecusa. Pero no pasó de allí esta gracia, pues no consta que Masanielo hiciese uso de ella, ni que causase efecto alguno en el pueblo. El Virey le encargó mucho que acabase con los bandidos, elogiando el servicio que habia hecho al reino en perseguirlos y esterminarlos; y puso á sus órdenes al preboste general, para que ejecutara puntualmente sus sentencias. Varios autores dicen que Masanielo ofreció al Duque la plata de las iglesias, encargándose de despojarlas, y que habiendo rechazado este la proposicion, se convino en que recaudaria un cuantioso donativo para el Rey.

Ya habia anochecido cuando concluyó esta entrevista, en que el pescadero, desconociendo la posicion que se habia adquirido, descubrió su condicion villana en acciones humillantes y en extravagancias ridículas; y en que el duque de Arcos desmintió la suya de alto personaje, y su carácter de suprema autoridad, con degradantes adulaciones, con tímidos miramientos y con miserables complacencias; si bien merece elogio por haber rechazado el consejo que le dieron algunos de apoderarse de la persona de Masanielo, y de caer con las tropas sobre el pueblo desapercibido: ora lo hiciese por no creerse con fuerzas bastantes, ora por no faltar á la buena fe, manchando su nombre con una iniquidad.

Acompañó el Duque al Arzobispo y á Masanielo hasta la escalera, donde besándole á aquel la mano y abrazando de nuevo á este, le volvió á llamar, en público y á boca llena, *fiel servidor del Rey y glorioso defensor del pueblo*; y le echó al cuello una cadena del valor de tres mil escudos. Resistióse el pescadero á admitirla; pero las instancias del Virey y el mandato del Cardenal le obligaron á resignarse con el regalo. Volvieron todos á tomar sus caballos y carrozas, y con el mismo órden en que habian venido dirigiéronse al palacio arzobispal, por medio de alegre y pacífico concurso que los victoreaba, y por una lu-

cidísima carrera iluminada, enramada y colgada magníficamente, y al ruido de las campanas que celebraban á vuelo aquel importante dia(1). Mas, como muy pronto veremos, no vino con él el remedio suspirado para los desastres de la desventurada cindad.

En el palacio arzobispal estaba dispuesto un abundante refresco; y cnando lo disfrutaban Masanielo y los suyos, muy festejados por Filomarino y por las personas eclesiásticas y seglares de su séquito, cundió rápida alarma por el populacho con la noticia de que varias tropas de bandidos se acercabaná la ciudad. Nació este rumor de que regresaudo de sus tierras el marques de Santelmo Caracciolo con muchos criados y guardas á caballo, se asustaron los snblevados que custodiaban la puerta de la cindad; y sin mas exámen hicieron armas contra aquella gente, apoderándose del Marques, á quien trataron de hacer pedazos, sin dar oidos á sus explicaciones. La Marquesa viuda, tia de él que en tanto apuro se encontraba, sabedora de la ocnrrencia, fné inmediatamente en busca del Arzobispo para salvar al sobrino de aquel desastre. Oyó Masanielo sus lamentos y sus razones, y tocado de sus gemidos, la tomó por la mano, la tranquilizó, y le aseguró que seria puesto sin demora el Marques en libertad; para lo que envió apresnradamente á la puerta, en qne estaba detenido, á uno de los suyos, que llegó por fortuna á tiempo para que lo dejasen libre y llegar á salvo á su casa.

Trató Masanielo, ya avanzada la noche, de retirarse á descansar de las fatigas de aquel dia; y el Cardenal le dió su carroza, en la que con su hermano, Genovino y Arpaya se dirigió á la plaza del Mercado. La noticia de invasion de foragidos se habia esparcido demasiado, para que no fuese ya general la inquietud; por lo que se reforzaron los puestos, se dispusieron patrullas, se hicieron fogatas en las plazas y encrucijadas, y se pasó la noche toda con las armas en la mano y en desordenada inquietud.

(1) Giraffi.—De Santis.

CAPÍTULO XV.

Despues de aceptados por el Virey los capítulos propuestos por el pueblo, de quedar restablecido en toda fuerza y vigor el privilegio de Cárlos V, abolidas todas las gabelas, y lleno por lo tanto completamente el objeto de la sublevacion, parecia regular que se calmaran los ánimos, que se sosegara la ciudad, y que se restableciera la autoridad legítima, concluyendo la dictadura del pescadero. Pero léjos de suceder así, el dia que siguió á la entrevista, con que se creyeron zanjadas todas las dificultades, fué uno de los mas turbulentos y en que ostentó mas necio orgullo y absoluto poder el jefe popular.

La noticia de estar amenazada la ciudad por tropas de forajidos, que se esparció la noche anterior, cobró con el nuevo dia gran incremento, exalto los ánimos, y renovó el desórden y la confusion.

Volvió Masanielo, poniendo aparte sus galas y vistiendo sus habituales harapos, á establecer en la plaza su tribunal. No ya en el palco y el tablado en que solia, sino en la ventana de su propia casa, donde le presentaban los memoriales y peticiones en la punta de una pica, y él los recibia y decretaba teniendo en la mano un arcabuz, con la mecha encendida y pronto para hacer fuego; y á la puerta de su casa estaban reunidos siempre mas de dos mil hombres armados, que ejecutaban sin réplica sus mas leves caprichos.

Envió gruesos pelotones á guardar las afueras de la ciudad, y diferentes turbas con cabos de su confianza á recorrerla toda, para buscar y exterminar cuantos bandidos pudiese haber aun ocu ltos en ella. Las tropelias y venganzas particulares á que daria lugar esta pesquisa, pue-

den muy bien imaginarse. El resultado fué traer á la presencia del pescadero mas de cien cabezas, que aumentaron el espantoso adorno de la plaza del Cármen. Reprodujo la prohibicion de capa y ropas talares; y por haberse hallado, segun dijeron, un bandido disfrazado de mujer, con armas escondidas bajo las faldas, mandó cercenar estas y recortarlas hasta la rodilla; á lo que tuvieron que sujetarse sin réplica, no solo las mujeres del pueblo, sino tambien las mas ilustres matronas de la nobleza. Dispuso que se bajara el pan á un precio ínfimo, y que se aumentara considerablemente su peso; y á un hornero, que se resistió á verificarlo, lo condenó á ser quemado vivo en su propio horno, como se ejecutó inmediatamente (1). Presentáronle cuatro bandidos aquella mañana, que se habian hallado ocultos en un arrabal, y les hizo cortar allí mismo en su presencia las cabezas, con la cuchilla de cortar el pescado. Y era tal el vértigo de matanza que se habia apoderado del tal Masanielo, que para que las ejecuciones fueran mas violentas y mas notorias á toda la ciudad, mandó establecer en la calle de Toledo y á la vista del palacio un ancho patíbulo con los instrumentos mas espantosos de muerte, y dos verdugos que no pasaron ociosos el dia.

Fué detenida en la Merinela una falúa sospechosa, que venia de las playas de Sorrento con seis marineros y cuatro hombres armados, y como encontraran á uno de ellos un paquete de cartas, condujeron á todos maniatados á la presencia del pescadero. Resultó ser correspondencia del duque de Maddalone con su secretario la que conducian; y estando la mayor parte escrita en cifra ininteligible, y el resto en generalidades ambiguas, de que no se sacaba noticia alguna, sufrieron un largo y prolijo interrogatorio los marineros y los otros cuatro. Aquellos probaron no saber nada del Duque, ni de quienes eran aquellos hombres que les habian fletado la barca. Pero estos, despues de padecer espantosos tormentos, en que confesaron mil cosas absurdas y contradictorias, fueron decapitados.

Este acontecimiento aumentó la inquietud pública, temiendo nuevas maquinaciones del no escarmentado duque de Maddalone, y avivó los temores del jefe popular, que veia donde quiera asechanzas contra su vida, creciendo sin límites su crueldad y sed de sangre. Y cuantos le presentaron aquel dia como sospechosos, fuéron sentenciados y ejecu-

(1) Giraffi.—De Santis.

tados en el acto: pereciendo unos en la horca, otros en la rueda, muchos arcabuceados, y algunos despedazados por la multitud (1).

Dispuso Masanielo aquel dia, que cuantos clérigos y frailes se encontrasen en la calle, fueran conducidos á su presencia para averiguar por sí mismo si eran verdadera gente de iglesia, ó facinerosos disfrazados; y fué exactamente obedecido, causando infinitas vejaciones á hombres pacíficos y dasarmados, y yendo algunos de ellos al patíbulo porque un enemigo particular los calificaba de bandidos. Mandó, bajo pena de la vida, que cuantas personas estuviesen retraidas y ocultas en los conventos y casas particulares volviesen inmediatamente á las suyas; y al momento que se publicó el bando, se vieron atravesar pálidos y desconcertados las calles, y volver á sus moradas á muchos caballeros, militares retirados, negociantes extranjeros, sacerdotes, ancianos, enfermos y señoras que habian buscado un asilo, y que tenian que abandonarlo, por no ser descubiertos y asesinados en la pesquisa general que debia verificarse. Dió tambien órden el pescadero de que los tenderos y artesanos abrieran sus tiendas y talleres y se pusieran á trabajar como solian, y al pnnto fué sin réplica obedecido; y dispuso en fin, para evitar la confusion, qne se retiraran las masas populares, dejando en cada calle cuatro hombres y un cabo. Con esto quedaron sobre las armas unos treinta mil hombres, ganando cada uno un carlino (medio real de vellon) y racion de pan, carne y vino.

Aqnel funesto dia trabajó mucho la famosa *compañía de la Muerte*, formada de la mas relajada juventud, y en la que dicen figuró en primer término el célebre pintor Salvator Rosa, cuyos valientes cuadros representando varias escenas de la sublevacion, hemos examinado detenidamente. Pero, aunque formase parte de tan sanguinaria cuadrilla, no creemos digna de gran fe la que le atribuye en aquellos sucesos y en la intimidad con Masanielo la romántica pluma de una célebre escritora inglesa.

Algunos caballeros, por ganarse la gracia del supremo dictador, lo enviaron aquella mañana de regalo hermosos caballos y joyas de gran precio, que él no admitió, diciendo enfurecido: que nada queria de la nobleza.—Avisáronle varios espías que aun existian escondidas en capillas y monasterios muchas riquezas pertenecientes á las personas cu-

(1) Giraffi.

yas casas y palacios habian sido asaltados los dias anteriores. Dispuso al instante el reconocimiento general de los sitios que le indicaron, y encontróse en efecto gran cantidad de ropas, joyas, vajillas y dinero. Mas no mandó como ántes, que todo fuera entregado á la voracidad de las llamas, sino que todo se conservase y llevase intacto con el mayor cuidado y seguridad á los almacenes de la plaza del Mercado, para pagar la gente armada y ayudar al donativo que debia hacerse al Rey. Autores hay que aseguran que quiso el pescadero conservar todas aquellas riquezas para sí, porque empezaba á despertarse en su pecho la codicia y el deseo de mejorar de fortuna y de condicion; pero el estado de miseria en que dejó á su familia demuestra que, si tuvo esta idea, no supo ó no logró verificarla. Lo cierto es que se recogieron entónces grandes riquezas escondidas y mucho dinero soterrado, pues de un solo escondite se sacaron mas de cien mil escudos, sin que conste su paradero.

Mucho deseaba Masanielo prender fuego al palacio del duque de Maddalone, que era su continua pesadilla; pero desistió de hacerlo por temor de que hubiese en él pólvora dispuesta á propósito para facilitar una voladura, y envió á algunos de sus satélites para reconocerlo prolijamente y acabarlo de saquear. Encontraron allí dos moros esclavos del Duque, y los condujeron á la plaza del Mercado. Mandóles el dictador que declarasen cuanto supieran de su amo, y que se bautizasen sin réplica. Uno se resistió tenazmente á ambos preceptos, y despues de apurar con indiferencia musulmana los mas atroces tormentos, fué enrodado. El otro, ofreciendo hacerse cristiano, declaró que el Duque, su señor, habia estado en Benevento, y que de allí habia ido á las sierras de Calabria, donde permanecia reuniendo una tropa de bandidos. En premio de su docilidad en abjurar su secta; y de la declaracion hecha, le fué en el acto conferido el destino de capitan de uno de los pelotones de la que podemos llamar guardia permanente del pescadero.

Notable mudanza se advertia en el carácter de este hombre extraordinario. Vióse de repente suspicaz y reservadísimo, mostrando una sed de mando y de poderío insaciable. El temor de ocultas asechanzas lo habia vuelto bárbaramente cruel, huyendo de todo consejo y rechazando con furor toda reconvencion. Obraba por sí solo y alejó de sí con agrio desden á Palumbo, á Genovino y al electo Arpaya. Gustá-

banle las adoraciones, saboreábase con la lisonja, y empezó á concebir confusos planes de sólido engrandecimiento y de permanente autoridad; y no sabiendo él mismo cómo llevarlos á cabo, obraba en todo de la manera mas contradictoria y extravagante. Se le ocurrió convertir su pobre casuco en un palacio magnífico, é inmediatamente dió órden de derribar todos los edificios inmediatos, como empezó á ejecutarse, sin escuchar los clamores de los dueños, ni las reclamaciones de los vecinos. Mandó venir arquitectos y albañiles, y á varios mercaderes que le enviaran ricas telas para colgaduras. Trató de formarse una servidumbre y de darle la librea correspondiente, y empezó á mezclar sus modales toscos y humildes con los graves y pomposos de gran señor (1). ¡Pobre Masanielo!

Crecia por puntos, á medida que queria engrandecerse y adoptar las formas aristócratas, su odio á la aristocracia. Y como dos caballeros de Nápoles le pidieran aquel dia, por medio de sus procuradores, justicia sobre cierto asunto contencioso, se negó á oirlos, vomitando insultos y denuestos contra la nobleza. Pero el blanco de sus odios, el objeto continuo de su anhelo de venganza era el fugitivo duque de Maddalone. Mandó buscar por la ciudad á todos sus criados y protegidos, y fuéron asesinados cuantos tuvieron arbitrariamente una ú otra calificacion; y él mismo en persona fué con sus sicarios mas furibundos á asaltar el palacio que tenia aquel personaje en la ribera de Chiaja. Entró en él, entregó á las llamas cuanto encontró, dió cuchilladas y golpes de alabarda en las puertas y paredes, y viendo en una galería los retratos del Duque y de su padre, se enfureció de tal modo, que acuchilló la imágen de este, llamándole padre de un traidor, y á la de aquel le picó los ojos y le cortó la cabeza, arrancándola del lienzo y llevándola como trofeo á la plaza del Mercado. Allí la colgó de la viga en que, ya corrompido é inficionando el ambiente, estaba aun el cuerpo mutilado del infeliz hermano don Jose Caraffa. ¡Coincidencia singular! Esta cabeza pintada y este cadáver destrozado y corrompido estaban precisamente en el mismo sitio de la plaza, en que pocos años ántes padeció el último suplicio el inocente príncipe de Senza, víctima de una negra trama urdida por los dos hermanos: el retrato del uno y los despojos

(1) De Santis.

miserables del otro parecia que estaban allí proclamando una jsticia superior á la de los hombres (1).

Dió aquel dia el Capitan general del pueblo varios decretos de buen gobierno: uno de ellos sobre el abasto del aceite. Y el Virey, retraido de nuevo en el castillo, tambien publicó otros contra los bandidos y revalidando los de Masanielo, para aparecer siempre, que era su idea favorita, como suprema autoridad; y por no interrumpir las relaciones, á pesar del horror de jornada tan desastrosa, le pidió socorro de vituallas, apresurándose el hombre del pueblo á enviárselas con abundante forraje para sus caballerizas.

Tambien la duquesa de Arcos se puso aquel dia en amistosa comunicacion con la mujer del pescadero, enviándole un rico presente de vestidos y de joyas, con que no tardó ella en engalanarse, afectando entre sus parientas y amigas, todas de lo ínfimo del populacho, una cómica gravedad y una ridícula altanería.

A media tarde llegaron á la bahía de Nápoles tres galeras, y el almirante, Giannettin de Doria, avisó al Virey, quien, siguiendo su sistema de complacencias le ordenó ponerlas á la disposicion de Masanielo. Este le mandó fondear lo mas léjos posible, suministrándole víveres en abundancia, pero sin permitir que nadie viniese á tierra.

Al anochecer llegó el Cardenal arzobispo al Cármen, con pretexto de rezar á la Vírgen, para tratar de amansar aquel hombre árbitro absoluto de la ciudad, y que tan inexorable y sediento de sangre se mostraba. Recibiólo Masanielo con el respeto mas profundo, mostrando oir con humildad sus templadas reconvenciones, y le rogó que subiese con él al campanario de la iglesia á bendecir al pueblo y á su espada de capitan general. Hizo uno y otro el reverendo Prelado, complacencia que no dejó de desopinarlo entre la gente sensata; y ciertamente no tendria él mismo mucha fe en una bendicion dada á una furibunda canalla, manchada de sangre, cuando desaparecian los últimos rayos de un sol que habia presenciado tantos horrores, en un recinto circundado de cabezas y miembros humanos, y al través de un ambiente fétido y corrompido que envenenaba á la ciudad.

Nunca se mostró mas espantosa la tiranía popular; nunca fué tan

(1) Giraffi.

absoluto y atroz el poder del pescadero miserable. Mas de quinientas personas perecieron, ya por el puñal de los asesinos, ya por la cuchilla del verdugo, ya por las llamas de los incendiarios. Los cuatrocientos mil habitantes que contaba ya entónces la ciudad con sus arrabales, de todas condiciones, edades y sexos, temblando el ceño de sn inexorable dominador y la furia de sus sicarios, obedecieron postrados sus mas extravagantes caprichos... ¡Tremendo dia fué el viernes 12 de jnlio de 1647, sexto de la snblevacion! Su memoria se conserva aun fresca de padres á hijos en los napolitanos.

CAPITULO XVI.

Confuso y abatidísimo estaba el duque de Arcos, refugiado otra vez en Castelnovo, viendo que todos sus planes para acabar con la sedicion, plegándose á sus exigencias, habian sido inútiles; pues crecia la autoridad del prodigioso pescadero, y el pueblo se mostraba cada momento mas furibundo y tenaz, y menos dispuesto á soltar las armas y á entrar en razon. Celebró varias consultas reservadas con el Cardenal y con Julio Genovino, para buscar de comun acuerdo remedio á tantos desastres, y el modo de restablecer el órden lo mas pronto posible. Ambos consejeros, conocedores de lo terrible de la situacion, y deseosos ya de que tuviera fin, lo exhortáron á la prudencia, manifestándole que no se podia acabar de un golpe con el poder colosal de Masanielo, y que era necesario contemporizar hasta que comenzara á declinar su prestigio, como forzosamente babia de suceder en vista de sus crueldades y desaciertos (1). Y convinieron los tres en lo importante que era no dilatar la ceremonia de jurar en la catedral la capitulacion, con toda pompa y solemnidad, para que no tuviese pretexto plausible la sublevacion, y para producir un efecto que no podia menos de ser muy saludable sobre la muchedumbre.

El Cardenal y Genovino se encargaron de trabajar para que no se dilatase la ceremonia, y para darle el mayor aparato; y el Virey dispuso la rápida y copiosa impresion de las capitulaciones, para que se repartiera con profusion al pueblo, manifestando así la buena fe con

(1) De Santis.—Capecelatro M. S.

que las aceptaba y juraba, y la buena voluntad con que las cumpliria.

Amaneció pues el sábado, 13 de julio, y empezaron á agitarse las turbas para buscar bandidos ocultos, que era el pretexto mejor para saciar particulares venganzas y lucrativos saqueos; y para con la idea de maquinaciones ocultas y de peligros permanentes, mantener viva la conmocion popular. Masanielo se estableció en su tribunal, entregándose á su manera al despacho de los negocios públicos. Y como le trajeran presos varios marineros, que habian encontrado recorriendo las tiendas y fingiéndose en ellas parientes suyos, pidiendo de su parte dinero para ciertas obras de fortificacion, les mandó inmediatamente cortar la cabeza. Tambien senteneió á muerte á otros miserables, que con el nombre de bandidos le presentaron. Lo mismo hizo con otros que le dijeron ser criados de Maddalone, imputándoles que llevaban correspondencia escrita en cifra y escondida en los zapatos. Dispuso nuevas investigaciones en conventos é iglesias, para buscar tesoros escondidos, y mandó levantar en varios puntos de la ciudad horcas y patíbulos. En fin, el dia sétimo de la sublevacion mostraba que iba á ser tan horroroso como el anterior.

Tambien publicó aquella mañana el supremo dictador varios bandos y órdenes de policía, imponiendo pena de la vida, sin remision, á la mas lijera contravencion de los mas insignificantes artículos, y se ocupó en proveer varios destinos públicos. Nombró maestre de campo á un tal Andrés Polito, de oficio batihoja, hombre de ínfima condicion, ignorantísimo y brutal, grande enemigo de españoles, y el que con mas encarnecimiento los habia perseguido y asesinado los dias anteriores. Dió el mando de un barrio á un hermano de Palumbo, revoltoso furibundo, y el de otro á Genaro Annese, maestro arcabucero, de quien harémos larga mencion en el progreso de esta historia, y repartió otros cargos de menor importancia á los mas sobresalientes en sanguinaria ferocidad y en tenaz oposicion á todo acomodamiento.

El nuevo maestre de campo, ostentando un lujo de crueldad inaudito, y los otros jefes de los barrios y todos los nuevos empleados, por no quedarse en zaga, se mostraron aquella mañana misma inexorables contra cuantos se calificaban lijeramente de sospechosos; y cometieron execrables tropelías, descarados robos y lamentables ejecuciones, llenando de asombro á la ciudad, erizada de cadalsos y sembrada de

cadáveres; y reuniéndose luego, bien de *motu propio* y por ostentar patriotismo ardiente y adhesion sin limites al dominador; bien acalorados por los que tenian aun interes en que siguiera el desórden, que tan ancho campo dejaba á las venganzas y á las rapiñas; bien diestramente manejados por los instigadores extranjeros, que deseaban llevar las cosas mas adelante; representaron á Masanielo que para su seguridad propia y para la del pueblo, era indispensable tener en depósito la posesion del castillo de Santelmo, hasta que volviese de España revalidada la capitulacion. Esta exigencia, que como dejamos apuntado, sacó ya la cabeza en la conferencia del Cármen cuando se extendieron los capítnlos, y que fué desechada por los argumentos de Genovino y del Cardenal, volvia á aparecer ahora con el apoyo de los primeros jefes populares, y acompañada de tan buenas razones de conveniencia general, que la adoptó inmediatamente el pescadero, y encargó al Arzobispo que la hiciese saber al punto al Virey. El sagaz Prelado no quiso combatir la idea en el primer momento de su desarrollo, y fué con el mensaje á Castelnovo. El duque de Arcos respondió: que el disponer del castillo de Santelmo y de las demas fortalezas cerradas no estaba en su arbitrio, porque los castellanos recibian el título y el mando directamente del Rey, á quien juraban homenaje, y que no podian entregarlos á nadie sin órden expresa, directa y firmada por S. M. Que por lo tanto, aunque él quisiera, como efectivamente queria, complacer al pueblo, no sería en este punto obedecido. Que no exigiesen de él nna cosa imposible, y que empeñaba de nuevo su palabra de que las capitnlaciones, una vez juradas y aceptadas por todos, serían muy pronto ratificadas por el Soberano. Volvió con esta respuesta Filomarino al jefe popular, y le reprodujo los argumentos que ya expuso en la otra ocasion contra esta exigencia, añadiendo las razones y consejos qne le parecieron mas convenientes. Con lo que Masanielo, dándose por convencido, desechó con enerjía la propuesta de sus tenientes y validos; y para evitar nuevas reclamaciones, mandó inmediatamente publicar bando con pena de la vida, para quien osase proponer la toma como rehenes, ó de otro modo, de los castillos y fortalezas de S. M. (1).

A mediodía vino el Duque á palacio, y Genovino y Arpaya fuéron á conferenciar con él ostensiblemente sobre el modo de verificar la ce-

(1) De Santis.

remonia del juramento. El Arzobispo cardenal entre tanto fué á prepararlo á la iglesia mayor, y el jefe del pueblo mandó so pena de la vida, pues este era requisito indispensable de todas sus disposiciones, que se barrieran y adornaran las calles de la carrera, y qne concurriesen todos los habitantes de Nápoles á la solemnidad popular (1).

La proximidad de la fiesta iba cambiando el aspecto de la ciudad. Desarmáronse los verdugos, desaparecieron los patíbulos, se adornaron con ricas telas y vistosas enramadas los edificios, olvidó las armas el pueblo, y empezaron los preparativos do la funcion, á distraer los ánimos, á calmar las cabezas, á amansar las enconadas pasiones: así pasan las masas populares con rapidez pasmosa de nn extremo á otro extromo; así los hombres todos individualmente, y mas cuando están reunidos, se dejan arrebatar de las sensaciones del momento y pasan de unos deseos á otros instantáneamente, agitándose y calmándose, ignorando por qué, y obedeciendo ciegos los mas pequeños y desconocidos impulsos. Las ideas religiosas tuvieron mucha parte en la mudanza de aquel dia. El celebrarse el solemne juramento en sábado, consagrado á la Vírgen, y cuando tan próxima estaba la festividad de Nuestra Señora del Cármen, observacion que cundió por las turbas, fue generalmente mirado como de agüero feliz para asegurar la dicha de la agitada capital y del despedazado reino.

Con gran recelo y desconfianza se disponia el Virey á atravesar la ciudad, y creyó á tal punto que iba á ser víctima aquella tarde del populacho, que hizo su testamento y se preparó á morir como crristiano, y encargó al cardenal Trivulcio, que se hallaba casualmente en Nápoles de paso para Sicilia, qne faltando él tomara el gobierno del reino, basta que fuese reemplazado por quien tuviese ol Rey por conveniente (2). ¡Infundadas sospechas! Nadie habia pensado, como no tardó en verlo por sí mismo, en hacerle daño, ni aun en faltarle en lo mas mínimo al respeto.

A las dos de la tarde salió de palacio en su carroza de gala, seguido de otras mnchas en que iban los consejos y altos funcionarios dol reino, circundado de pajes y escuderos á pié y á caballo. Le precedian cien

(1) Giraffi.—De Santis.
(2) Nicolai, *Istoria o vera narratione giornale dell' últime revoluzioni della citta é regno di Napoli.* (Era secretario del cardenal Trivulcio.)

caballos españoles con timbales y clarines; Masanielo vestido de tela de plata, y el hermano de este, con traje tambien de plata sobre fondo azul celeste, iban á las portezuelas en sendos caballos hermosísimos, enjaezados con primor y riqueza; y detras marchaban Genovino en silla de manos por su mucha edad, y Arpaya, Palumbo y otros gefes populares á caballo, y con mas armas de las que á fiesta tan pacífica convenia.

Tomó la procesion por la calle de Toledo, y crecia tanto en ella el gentío, que no se podia dar un paso. Por lo que Masanielo tuvo que mandar á las turbas detenerse, siendo, como siempre en todo, puntualmente obedecido. En la carrera recibió el Virey repetidas demostraciones de profundo respeto, sin oir una sola voz ni ver un solo gesto que pudiera darle cuidado; y halló en todas las esquinas retratos de Felipe IV y de otros reyes de España, sus antecesores, colocados en doseles y acatados con toda reverencia. Por todas partes resonaba: *Viva el rey de España, viva el duque de Arcos;* y él sacando la cabeza por las ventanillas de la carroza respondia: *Viva el fidelísimo pueblo Nápolitano.* Entre tan gratas aclamaciones y arrullada por aquel agradable murmullo de las pacíficas y tranquilas turbas, que asisten con júbilo á una fiesta popular, llegó la lujosa comitiva á la iglesia mayor. Masanielo y su hermano echaron presurosos pié á tierra y dieron el brazo al Virey para salir de la carroza. El capellan mayor del reino, Don Juan de Salamanca le dió agua bendita, y dudando si tambien debia dársela al jefe popular, una mirada expresiva del Duque lo determinó á hacerlo (1). En medio de la nave principal del templo, el Cardenal arzobispo con pontificales vestiduras, á la cabeza del cabildo y de la clerecía, recibió respetuosamente al Virey; y ocupando uno y otro sus respectivos doseles, Masanielo un sillon á la derecha del prelado, y los altos funcionarios sus puestos, y estando llena la iglesia de apiñado y silencioso gentío, el consejero Donato Cóppola, duque de Cansano, secretario general del reino, puesto en pié en el presbiterio, leyó en alta é inteligible voz los capítulos acordados. Fuéron oidos con profunda atencion y vivo interes, interrumpiendo algunas veces la lectura y el silencio general, entusiasmados aplausos de la unánime multitud; tambien con disgusto universal fué á menudo interrumpida con

(1) De Santis.

explicaciones, adiciones y observaciones inoportunas, que en agrio y agudo grito hacia el desatentado pescadero (1), ya con el tono ridículo de catedrático, ya con el aire solemne de supremo dictador.

Terminada la lectura, se acercó reverentemente al Virey el electo del pueblo, seguido de los otros municipales, y en una discreta arenga le dió las gracias en nombre de la cindad por la capitulacion acordada, rogándole la santificase con el público jnramento. Y entónces el dnqne de Arcos, pnesto en pié y con la mano diestra sobre los santos Evangelios, que le fneron presentados por el Arzobispo, juró la observancia de los capítulos convenidos, y solicitar con todo empeño la real aprobacion.—Si juró en falso, y con el ánimo decidido á emplear tambien el perjnrio, como uno de tantos infelices medios de gobierno como se le ocnrrieron en Nápoles, no podemos asegurarlo; pero; su posterior comportamiento, indigno de sn esclarecido nombre, nos indnce á creer que este solemne y religioso acto fué un nuevo acto de debilidad y de mala fe, que añadió á tantos otros que tenian ya amenguada su reputacion y manchada su memoria.—Despues del Virey prestaron igual juramento, por su órden jerárqnico los consejos, antoridades y empleados, y se entonó con toda pompa un pausado *Te Deum*.

Mientras lo cantaban el coro y la clerecía, acompañados de órgano y de una música estrepitosa, Masanielo en pié y con la espada desnuda, ufanísimo con la gloria de su triunfo, que era entónces completo, y desvanecido con el aplauso popular, con el respeto y snmision que le tribntaban las autoridades snpremas, y exaltado con el aparatoso espectácnlo, perdió sin duda la cabeza; pues llamó imperiosamente á nno de los gentiles hombres del Arzobispo, y lo envió varias veces al Virey, con los mas ridículos é impertinentes mensajes; ya notificándole que queria seguir mandando como capitan general, y que exigia como tal tener guardia á sn puerta y expedir patentes de oficiales de guerra; ya que echara de los castillos á todos los nobles y ricos en ellos refugiados, con otras exigencias no ménos descabelladas y de malísimo agüero. El duque de Arcos respondia á todo qne sí, por no turbar aquel acto religioso, disimulando sn enojo y la desconfianza que le inspiraban tan nécias como audaces embajadas; y aunque el mensajero avergonzado se excusó con él de aqnellos pasos, le mandó continuarlos y no rehusarlos para evitar algnn incidente desagradable; pues era aquella oca-

(1) Giraffi.

sion de contemporizar, y no de encender imprudentemente alguna chispa que produjera un incendio (1).

Mientras duró el *Te Deum*, duraron este ir y venir, y los impertinentes recados; y concluido, cuando todos se disponian á salir de la iglesia, levantó la voz Masanielo, y en un largo y extravagantísimo discurso, empedrado de sandeces y de ideas luminosas, de frases chavacanas y de períodos elocuentes, de humildad seráfica y de satánica soberbia, habló del pueblo, de la nobleza, del Rey, de sus propios servicios al trono, de la lealtad napolitana, de las gabelas, de los arrendadores de los impuestos, de los bandidos, del duque de Maddalone; en fin, de todas las ocurrencias pasadas; y concluyó como siempre asegurando que queria volver á su humilde condicion y al ejercicio de pescadero, para manifestar al mundo, que no su propio interes, sino el del Rey y el de la patria le habian inspirado la empresa tan felizmente coronada. Diciendo así, como si estuviera poseido de un acceso de locura, empezó á desgarrarse el lujoso vestido, corriendo del Cardenal al Virey, para que le ayudasen á destrozarlo, con tales visajes y contorsiones que pasmaron á los circunstantes y conmovieron á la muchedumbre. El Arzobispo y el Duque atónitos le contuvieron, y calmaron con caricias y buenas razones, recordándole que estaba en la casa de Dios, y que solo su buen deseo podia disculpar la inconveniencia de sus acciones (2). Sosegóse al fin cayendo en repentino abatimiento, y salió el Virey acompañado hasta la puerta por el Prelado y clerecía, y subiendo en su carroza y volviendo á montar á caballo Masanielo y los suyos, ordenada la comitiva como habia venido, se dirigió la procesion por la Vicaría y la Nunciatura á la plaza del Mercado, entre los aplausos y vivas de la alborozada multitud. Al pasar por delante del miserable casuco de Masanielo se presentó su mujer en una ventana, ataviada con los regalos de la Vireina; y el duque de Arcos la saludó, descubriéndose y levantándose, con el mismo respeto que á la mas excelsa princesa pudiera haber tributado (3). Y se retiró finalmente á palacio, saludado por la salva real de los tres castillos, y por el repique general de las campanas, cuando el sol escondia sus últimos rayos tras las verdes cumbres de Posilipo.

(1) Giraffi.
(2) Giraffi.
(3) De Santis.

CAPÍTULO XVII.

La solemne escena del juramento celebrado la tarde anterior habia cambiado totalmente la fisonomía de la ciudad, creyendo todos sus habitantes satisfecha de un modo ú de otro la sublevacion, y puesta la firme basa de una estable tranquilidad. Las turbas mismas, tan feroces é indomables la mañana del sábado, se mostraban en la del domingo, 14 de julio, pacíficas y conciliadoras. Solo una pequeñísima parte turbulenta é inflexible bramada aun por calles y plazas, y rodeaba y separaba de toda idea de concordia al desatentado pescadero.

Diversas eran, es cierto, las opiniones, y por consecuencia las ideas que circulaban en los corrillos; pero todas generalmente y con corta excepcion propendian á la paz, y al restablecimiento de las autoridades legítimas, comprometidas con juramento á rehabilitar y sostener las franquicias populares. Unos, los de mejor fé, creian terminadas las miserias públicas, purgado el pais de facinerosos, é igualados para siempre los derechos del pueblo y de la nobleza en los *sediles*; y miraban á Masanielo con la veneracion debida á un ser inspirado del cielo, pero cuya mision estaba ya cumplida; con el entusiasmo y profundo respeto debidos á un héroe, á un generoso libertador, pero cuyos esfuerzos no eran ya necesarios. Otros, que tambien creian asegurados los antiguos privilegios de la ciudad y arreglado ya todo con la capitulacion, de manera qne eran imposibles nuevas arbitrariedades en la administracion pública; aunque confesaban el mérito extraordinario del

hombre singular á quien se debian bienes tan positivos, deseaban que se restableciese pronto la autoridad real; porque temian haberse creado un tirano dificil de derrocar, y una tiranía mucho mas dura y terrible, que la que con tanto teson habian combatido. Algunos deseaban el restablecimiento total y absoluto del Virey, esperando reacciones violentas y castigos ejemplares, que reparasen los daños individuales y borrasen hasta las huellas de tantos desórdenes y desconciertos. Y muchos, desconfiados y recelosos, dudaban del porvenir; temian que la capitulacion no fuese revalidada por el Rey; y no querian soltar las armas, y aun reproducian la pretension de apoderarse del castillo de Santelmo; pero repugnando la autoridad del duque de Arcos, á quien aborrecian, deseaban cualquier cosa que no fuese la dominacion de Masanielo: pues lo miraban de mal ojo despues de la mucha sangre que inútil y bárbaramente habia derramado, de la altanería y codicia que iba descubriendo, y de la falta total de concierto que manifestaba en sus actos y en sus palabras, comprometiendo la situacion. Solo los ciegos partidarios del pescadero, los gefes de los barrios, los hombres sin porvenir, revoltosos é inquietos, y los que aun tenian venganzas que satisfacer, riquezas que codiciar, y necesidad de movimiento y de agitacion, aunque en escaso número, dominaban como acontece siempre á todos los demas; porque eran mas osados, estaban mas unidos, y trabajaban con mas ardor, manteniendo á pesar de la mayoría de la poblacion, vivo en medio de ella el fuego del motin, pronto á inflamar de nuevo toda la ciudad.

Otro Virey menos desacreditado que el duque de Arcos lo estaba ya con los napolitanos, de fé menos dudosa, de resolucion mas firme, y de mas arrojo para emplear los medios nobles y dignos, que siempre dan buen resultado cuando se usan con enerjía, razon y oportunidad, hubiera podido sacar un ventajosísimo partido del estado general de los ánimos aquel dia, y haber evitado los nuevos trastornos y desastres que sobrevinieron. Pero timido, desconfiado de sí mismo, con los oidos cerrados á los consejos saludables de hombres de gobierno y de sagacidad, esperándolo todo del tiempo y de manejos oscuros y miserables, nada hizo, desperdició el momento oportuno, y vió impasible desairada nuevamente su persona, y escarnecido el poder soberano que representaba.

Masanielo, como si no estuviera ya cumplido el objeto de la suble-

vacion que capitaneaba, como si el juramento de las capitulaciones nada hubiera significado, y sin recordar las tan repetidas ofertas de volver á su humilde estado y ejercicio, y de renunciar las pompas del mundo cuando lograse abolir las gabelas, siguió impertérrito en su despótico y absoluto dominio; dando nuevos decretos de policía, fulminando nuevos bandos de proscricion, y haciendo sus inexorables y sangrientas ejecuciones.—Mandó pues que nadie soltara las armas, so pena de la vida, y so pena de la vida tambien que todos los que supieran dónde habia bandidos refugiados, ó riquezas escondidas, se lo revelasen inmediatamente. Incendió la casa, con cuantos estaban dentro, de una panadera acusada de haber expendido aquella mañana el pan falto de algunas onzas de peso. Avisado de que cuatro miserables, que le dijeron, con verdad ó sin ella, ser bandidos, estaban retraidos en la iglesia del Carminclo de PP. jesuitas, mandó matarlos sin demora, y se ejecutó del modo mas atroz. Envió allá un peloton de gentuza, que cercó el edificio, derribó una pared, entró sediento de sangre, é hizo pedazos cruelmente á los refugiados; y como los frailes reclamasen la inmunidad eclesiastica, y los efectos del convenio jurado la tarde anterior, y protestasen contra el escándalo inútil de aquella sangre derramada, fueron atropellados sin consideracion, muriendo uno de ellos á manos de aquella furibunda canalla.

Se encaminaron despues aquellos sicarios, de órden de Masanielo, que parecia haber perdido todo aplomo, y obrar bajo una influencia satánica, á profanar otros monasterios y otras iglesias, en busca de partidarios escondidos del duque de Maddalone, y de ocultos tesoros. En esta pesquisa, que daba ancho campo á todo género de delitos, fué embestido, por mandato expreso del pescadero, el convento de monjas de Santa Cruz, donde se sospechó que existian varios objetos preciosos de César Lubrano. Entraron en él aquellos hombres feroces, atropellando la clausura de un modo tan descompuesto, que pusieron á las infelices religiosas en gran conflicto; pero por fortuna de ellas llegó oportunamente el aviso de aquella sacrílega tropelia al cardenal Filomarino, que ardiendo en justísimo enojo, voló á socorrerlas con verdadero celo pastoral; enviando un eclesiástico de respeto á manifestar con entereza al caudillo popular lo atroz y sacrílego de su conducta. Este volvió en sí, se atemorizó y dispuso que se retirase al instante aquella gente, enviando á decir al Prelado, que aquel asalto se habia hecho

sin órden suya, y que castigaria á los que lo habian dirigido. Y lo hizo así, pues mandó cortar la cabeza á tres de sus mas ardientes partidarios, que no habian hecho mas que obedecerlo.

Habia dado órden terminante Masanielo de que nadie saliera aquel dia de la ciudad sin permiso suyo, bajo pena de la vida; y debiendo monseñor Caffareli, arzobispo de San Severino, marchar á su diócesis, vino en hábito corto, obedeciendo los bandos anteriores contra las ropas talares, á pedir el pase, á casa del pescadero. Este se lo dió al momento, mandando para honrarlo, que lo acompañasen cuatrocientos hombres de su guardia. Y como dándole gracias monseñor, le manifestase que iba por mar, quiso que le escoltasen cuarenta falúas; y como tambien lo rehusase el viajero, diciéndole que tenia ya fletadas tres, que eran suficientes para su bagage y comitiva, le presentó un talego con cuatro mil doblas de oro, exigiendo que las tomara para gastos de viaje. Rechazó cortesmente tan extraña oferta monseñor Caffareli; pero viendo que empezaba á descomponerse y á izquierdear el generoso dictador, tomó para contentarlo y contenerlo quinientas, y aguantó por despedida un estrecho é insultante abrazo de aquel frenético (1).

Presentóse en su tribunal aquella mañana un ilustre caballero de Aversa, de la nobilísima familia de Tuffo, para cierta urgente reclamacion; y despues de oirlo atentamente el gefe popular, y de despacharlo contento, le dió un puntapie por despedida, diciéndole: *Anda con Dios, te hago príncipe de Aversa* (2).

Determinó Masanielo aquel dia exigir una pesada contribucion á los jesuitas, cartujos y benedictinos, para atender á las urgencias públicas. Tambien hizo comparecer personalmente en su presencia á los pudientes de la ciudad y á los negociantes, que creyendo terminada la sublevacion con el juramento de los capítulos acordados, habian dejado incautamente el asilo de las fortalezas para volver á sus negocios. A cada uno que se le presentaba, le preguntaba bruscamente si era fiel al Rey. Y oyendo, como era regular, la respuesta afirmativa, lo forzaba á firmar un papel, con la obligacion de aprontar en cortisimo plazo la gruesa suma que á él se le antojaba; sin que súplicas ni re-

(1) Giraffi.
(2) Giraffi.

flexiones pudieran hacérsela disminuir: y al que osaba aun resistirse le señalaba con el dedo el patíbulo y le hacia ver al verdugo, con cuyas insinuaciones todos firmaban temblando. ¡Así, como siempre acontece, exigia y cobraba las contribuciones arbitrarias, impuestas por su capricho, el que levantó el pueblo para aliviarlo de las gabelas y para darle libertad!

CAPÍTULO XVIII.

La mañana de aquel lúgubre domingo, tan llena de sangre y de desafueros como los dos horrorosos dias precedentes, volvió á consternar la ciudad; y aunque la generalidad de sus habitantes desaprobaba ya semejantes medidas, aterrada por el furor de los satélites de Masanielo, y desconfiada de que la autoridad legítima volviese á restablecerse en el poder, se agitó de nuevo á su pesar. Empezando así por miedo ó por desesperacion á conmoverse, generalizóse pronto la sublevacion, aunque sin entusiasmo y sin confianza en el caudillo, y harta de crueldades y de excesos.

Masanielo redoblaba su actividad y sus medidas de terror, pero obrando sin plan ni concierto y contradiciéndose á cada momento en sus palabras y en sus acciones. Al mismo tiempo que mandó publicar bando con pena de la vida para el que soltase las armas ó faltase de su puesto, envió un mensaje á palacio, diciendo que se queria retirar del mando, é irse á Posilipo ó donde se le ordenara; y que sería conveniente que el Virey desarmase ántes los retenes y guardias populares de la ciudad (1). Este dió inmediatamente las órdenes oportunas, y muchos fuéron desarmados y licenciados, no solo sin oposicion, sino con gusto de todos. Pero al llegar á verificarlo en otros puntos, apareció Masanielo furibundo con sus satélites, se opuso á la órden del Virey baldonando su persona y escarneciendo su autoridad, y proclamándose *solo dueño y absoluto señor* de Nápoles.

(1) Raph. de Turris.

Obraba aquel dia con tanto desconcierto hasta en lo interior de su casa, y entre sus mas intimos amigos y decididos parciales, amenazando ó insultando á todos, que á media mañana fué á refugiarse en palacio, huyendo de sus furores, su cuñado Pizzicarolo, que hasta entónces habia gozado de su mas íntima confianza; y dijo públicamente que Masanielo, que estaba demente, lo habia querido matar, porque él le habia dicho que si no concluia con los incendios y asesinatos iba á tener mal fin. Tambien Genovino y Arpaya tuvieron que esconderse, para evitar indignos tratamientos, y otros revoltosos de los mas granados se refugiaron en los castillos.

Poco ántes de mediodia montó Masanielo á caballo, y solo y con la espada desnuda en la mano, recorrió á escape la ciudad, atropellando y derribando á cuantos se le ponian delante, y repartiendo mandobles y cuchilladas sin tino ni concierto, y con que hirió á muchos de sus mas ardientes partidarios. Se detenia en los puestos militares del pueblo y en los sitios en que habia levantado algun patíbulo; y allí hacia cortar la cabeza al primero que se le antojaba, calificándolo de partidario del duque de Maddalone. Ya eran muchas las víctimas de este estraño modo de enjuiciar, cuando condenó á tres paisanos, cuyos parientes fuéron á echarse á los pies del Arzobispo para pedirle que salvara la vida de aquellos inocentes. El Prelado, (á quien fuerza es hacer la justicia de consignar en la historia, que no perdonó fatiga, ni rehusó incomodidad ó peligro con que salvar la vida de un hombre mientras duraron aquellas desventuras), corrió al encuentro de Masanielo, lo afeó con entereza su inexplicable conducta, y manifestóle resuelto que hacia muy mal en faltar á la santidad del domingo con aquellas ejecuciones. El pescadero, no tan dócil como solia, quiso llevar á cabo la sentencia dada contra aquellos miserables; pero el Arzobispo con digno teson y con laudable severidad consiguió al cabo que lo difiriera para el siguiente dia. Ocurriósele entónces á Masanielo, que pues nada podia hacerse de bueno en domingo, era mejor ir á solazarse al campo; y dispuso de pronto comer en Poggio-Reale, sitio ameno en las cercanías de la ciudad. Dió las órdenes necesarias para esta improvisada comida, y se empeñó en que el Cardenal arzobispo fuese de ella, yendo en su compañía á disfrutarla. Rehusólo este, como era de esperar, lo que desconcertando mucho al atrevido pescadero, le hizo desistir de la idea de ir al campo y disponer celebrar el banquete en Santa Lucía

del Mar, en casa de un tal Onofre Caffiero, ardiente partidario suyo, y hombre de bajísima condicion (1). Allí, dicen algunos autores, que encontró un banquete espléndido preparado de antemano por el Virey; lo que no nos parece verosímil, pues la idea de holgarse aquel dia se le ocurrió á Masanielo poco ántes, y aun entónces quiso verificarlo en el campo, siendo solo la repulsa de Filomarino á su convite lo que le decidió á ir á casa de su amigo; y ni el Virey pudo tener tiempo de prevenir y enviar el repuesto, ni pudo estar jamas de acuerdo con el dueño de la casa. Otros dicen que el banquete se celebró en palacio, cosa imposible por las mismas razones expuestas, y por la escena que vamos á referir, y en que están de acuerdo cuantos han escrito la relacion de estos sucesos.

Sentóse en casa de Caffiero á la mesa con algunos de sus tenientes y allegados Masanielo, y no se mostró nada temperante, comiendo y bebiendo con exceso extraordinario. A media comida se le ocurrió ir á concluir la fiesta y á apurar algunos frascos de vino de Capri y de lacrimacristi á las esmaltadas rocas y deliciosos bosquecillos de Posilipo; y deseando que á esta merienda campestre lo acompañara el duque de Arcos, para desquitarse de que no hubiera querido hacerlo el Arzobispo á la comida proyectada en Poggio-Reale, sin mas pensarlo se encaminó á palacio. Llegó á él con una calza puesta y otra quitada, sin cuello, sombrero ni espada, y encendido y anhelante. El jefe de la guardia se dispuso en cuanto lo columbró á hacerle honores, pero él se opuso, mandando á gritos á los soldados que estuviesen quietos. Entró apresurado, subió la escalera principal en dos saltos, y sin mas etiqueta ni previo aviso se presentó delante del Virey. No se sorprendió este poco con la tal visita, y mas con el cordial convite que le hizo el pescadero. Segun el sistema de complacencias y contemporizaciones que se habia propuesto el duque de Arcos, nos parece que tendria algunos momentos de perplejidad, y que mas por orgullo de cuna, que por orgullo de empleo, conoció que debia rechazar semejante invitacion. Hízolo en efecto pretextando una fuerte y repentina jaqueca, pero endulzando la repulsa con la oferta de su magnífica falúa dorada para verificar el paseo, que fué con gusto aceptada por el borracho ó demente pescadero (2).

(1) De Santis.
(2) Giraffi.—De Santis.

Bajó este á la marina, si disgustado de no llevar consigo al Virey, contentísimo de pasearse en su falúa; y entró en ella con su hermano, con su secretario Marcos Vitale, y con otros de los suyos, llevando la provision necesaria para la merienda, compuesta especialmente de mariscos, que llaman *fruta di mare*, á que son aficionadísimos los napolitanos, y de razonable cantidad de botellas, que no tardaron mucho en ser agotadas. Seguíanle otras barcas con partidarios suyos armados, y otras con diferentes músicas, dirigiéndose todos hácia Posilipo, tierra á tierra y con lenta y sosegada boga. Numeroso concurso acudió á la playa á ver aquel paseo de mar, siguiéndolo por la orilla. Y aunque resonaban algunos vivas, la mayor parte de aquella gente era de curiosos, que deseaban ver el fin de aquellas extravagancias. Iba Masanielo divirtiéndose en tirar puñados de monedas de oro al mar, para que las sacaran del fondo los buzos y nadadores, dando muchos aplausos á los que lo conseguian, y cargando de baldones, insultos y groseras amenazas á los que no eran tan diestros ó afortunados. Y habiendo armado disputa sobre aquellos lances con alguno de los que le acompañaban, le dió de golpes y le dijo á gritos las mas descompuestas palabras.

Al llegar al frente del santuario de la vírgen de Piedigrota, veneradísima desde tiempo inmemorial por los napolitanos, y particularmente por la gente de mar, recordó que alguien le habia dicho que en aquella ermita estaban escondidos varios efectos preciosos de los palacios saqueados; y mandando acercar la falúa á tierra, ordenó á los partidarios suyos que por ella le seguian, entrar en la iglesia, registarla, sacar las riquezas que encontraran y llevarlas al depósito general de los almacenes del Mercado. No fué necesario mas; mientras él continuó su paseo, aquel santo lugar fué profanado por unos pocos, sin que nadie osára impedirlo, aunque disgustó y escandalizó á todo el pueblo, cansado ya de sus propios desórdenes (1).

En tanto que Masanielo estaba en Posilipo envió la Vireina, duquesa de Arcos, sus carrozas y su séquito á traer á palacio á la zafia mujer del pescadero, la que vestida riquísimamente, y segun dice Giraffi, no en la carroza de la Vireina, sino en una del duque de Maddalone, á quien habia servido para su boda, y que valia ochó mil escudos, con su suegra y su cuñada, y con un niño de pecho, sobrino suyo, en los

(1) De Santis.

brazos, y con acompañamiento de unas cuantas vecinas, todas con magníficos trajes, que formaban ridículo contraste con sus fachas toscas y con sus modales groseros (1), marchó muy oronda á palacio. Recibióla la guardia con los honores de capitan general, y á la puerta los gentiles-hombres, pajes y alabarderos, y rodeada de ellos, y en la silla de manos de la Vireina subió la escalera, entrando con su séquito estrafalario por los salones principales hasta el gabinete de la Duquesa. Recibióla esta, presentándole varias joyas de valor, y repartiendo otras á las mujeres que la acompañaban, y le dió sitio en el estrado á su derecha. La conversacion fué cual podia ser entre una Vireina humillada y una placera eualtecida. Empezó por decirle aquella: *Sea V. Ilma. muy bien venida;* y por contestar esta: *Y V. Excma. muy bien hallada. V. E. es la Vireina de las señoras, y yo la Vireina de las plebeyas* (2).

El Visitador general del reino, don Juan Ponce de Leon, sobrino del dnque de Arcos, y una de las personas mas odiadas de los napolitanos, llevó á tal exceso el lujo de su bajeza, que (vergüenza nos dá el referirlo) tomando de los brazos de la pescadera el sobrinillo de pecho, lo besó con la mayor ternura, lo colmó de caricias y mostró á todos como un portento: esperando con esta infame adulacion ganarse el favor de aquellas gentes.

La duquesa de Arcos, que era discreta, giró la conversacion con sagacidad para poder insinuar á la Masanielo lo conveniente que seria aconsejase á su marido que aceptara las altas mercedes que estaba dispuesto á acordarle el Virey, y que se retirara del mando, para que se restableciese la tranquilidad; á lo que la Vireina de las plebeyas contestó con desembarazo: *Todo ménos eso; pues si mi marido deja el mando no serán respetadas ni su persona ni la mia. Lo que conviene es que estén unidos y acordes el señor Virey y Masanielo, este gobernando al pueblo y aquel á sus españoles* (3). Quedó cortada la Duquesa con tan terminante respuesta, y dió fin á la visita prodigando besos y abrazos á aquellas mujeres, que se retiraron pavoneándose y con el mismo aparato y ceremonias con que habian venido. Al bajar la escalera la madre de Masanielo dijo en voz baja al caballero Fonseca, que le daba el

(1) Raph. de Turris.
(2) De Santis.
(3) De Santis.

brazo: *Advertid al señor Virey de que mi hijo no obedece mas que á Dios y á S. E., y que convendrá que lo refrene un poco, para que no haga tantas locuras* (1).

Miéntras esto pasaba en palacio, los hombres mas granados de la sublevacion, tenderos, menestrales, propietarios, etc., que creian ya cumplido su objeto, aun mucho mas completamente de lo que se podia imaginar, empezaron á entenderse entre sí; disgustados de ver aun alborotada la ciudad, y mandar tan desacertada y sanguinariamente al hombre que habian puesto en el primer apuro á su cabeza, para libertarlos de las gabelas y de la tiranía de un mal gobierno. Reuniéronse con algunos cabos de barrio, capitanes del pueblo y comisionados del Virey en los claustros del convento de San Agustin. Hablaron allí largamente del estado de la ciudad y del reyno, de la inseguridad en que estaban todas las vidas, todas las haciendas, y de la urgencia de restablecer, con el freno de la capitulacion, el dominio real. Varios fuéron los pareceres, pero todos encaminados al mismo fin; y no faltó quien propusiera que se matase al que ya llamaban tirano, y el dia antes libertador. Julio Genovino, que estaba presente, confesando las atrocidades de Masanielo y lo incierto y terrible de la situacion, opinó por que se diera tiempo al tiempo, demostrando lo arriesgada que era cualquiera apresurada resolucion; y propuso, que supuesto que el pescadero obraba ya como demente, se dejase cundir el disgusto de sus locuras, para que perdido el prestigio, se desmoronara por sí mismo su poderío, y fuera mas seguro y de buen resultado lo que conviniera determinar. Aprobóse este prudente dictámen del astuto viejo, y se disolvió la junta para volverse á reunir mas adelante segun la oportunidad (2).

El jefe popular, harto de vino y quemado del sol de julio, volvió ya anochecido á la playa de la Marinela, y á una razonable distancia de la tierra, juzgando lentos los remos de la falúa, se arrojó al agua vestido como estaba, y á nado ganó la ribera, corriendo en seguida precipitadamente á su casa. Allí hizo venir al que escribia los carteles públicos y las órdenes del gobierno que se ponian en las esquinas, y le mandó que anunciase en todas ellas al siguiente dia, que nadie le

(1) Giraffi.
(2) De Santis.

obedeciese mas tiempo, y que todos reconociesen por única y legitima autoridad la del Virey, duque de Arcos (1).

No podemos concluir este capítulo sin recordar que casi todos los autores comtemporáneos, que con mas ó menos creencia de su parte, refieren que al ver el estado patente de desarreglo mental en que se encontraba Masanielo, fué voz comun de que, por disposicion del Virey, le habia sido administrado entre las viandas del banquete que celebró el dia anterior en casa de su amigo y partidario Onofre Caffiero, cierto veneno á propósito para trastornar el juicio. El conde de Módena, contemporáneo tambien, pero mas ilustrado que Giraffi y Santis, se hace cargo de esta idea; y aunque no la combate, hace sobre ella reflexiones que la contradicen, y que son tanto mas fuertes, cuanto que era enemigo acérrimo de los españoles, y que para ennegrecer las acciones del duque de Arcos, dá acogida á todas las hablillas populares y vagos rumores de la época. El ilustrado autor moderno Baldachini, en el precioso compendio de estos acontecimientos, que demuestra sus superiores disposiciones de historiador, no dando crédito á tal sospecha, explica el envenenamiento de Masanielo de un modo tan filosófico como ingenioso; pues dice que fué moral y no físico, no el de las viandas emponzoñadas, sino el de las adulaciones populares, el de las caricias del Virey, el que llevan siempre envuelto el humo de los aplausos y la atmósfera del poder.

Nosotros, á quienes no tacharán seguramente nuestros lectores de parciales y de partidarios del duque de Arcos, debemos, fundados en sólidas razones y siguiendo al contemporáneo Rafael de Turris, desvanecer toda sospecha de semejante envenenamiento. Crímen que por fortuna no es tan comun como en todos tiempos se ha pensado, pues no muere ni ha muerto ningun personaje importante, sin que el vulgo suspicaz, y que gusta mucho de encontrar para los sucesos mas comunes causas extraordinarias, no lo atribuya al tósigo administrado por un rival ó por un poderoso enemigo. Pero viniendo al caso presente, y dejando aparte el que los adelantos de la química no permiten ya creer en confecciones determinadas para turbar el entendimiento, para desconcertar la memoria, para forzar la voluntad, debemos hacernos cargo de cuando empezó á manifestar su desarreglo mental Masanielo,

(1) Giraffi.—De Santis.

y si las causas naturales pudieron bastar para producirlo. Como dejamos referido, y como lo aseguran todos los historiadores, memorias y cartas de aquel tiempo, manifestó ya el extravio de su razon con sus extravagantes exigencias, violentas contradicciones é inconvenientes actos de la tarde del sábado 13 de julio, en la catedral al celebrarse el juramento; y en la mañana del domingo, su cuñado fugitivo dijo que estaba loco, acreditándolo el presentarse á poco el pescadero por las calles corriendo y acuchillando sin objeto y sin distincion de amigos y enemigos, y haciendo verdaderas locuras. Y todo esto sucedió ántes de la francachela en casa de Caffiero, dónde dicen algunos autores que recibió el fatal presente del Virey, de cuya inverosimilitud ya hemos hablado. Consta sí, que en aquella casa bebió con exceso, y lo confirma el estado en que dejamos apuntado se presentó en palacio á convidar al Duque; que siguió por la tarde la borrachera es sabido, y consignadas están en lo historia las extravagancias de su conducta, cuando el veneno, si lo hubiera habido, aun no podia haber desplegado sus efectos: y estas reflexiones son tan obvias, que no necesitan de mas explanacion. El vino que con exceso bebió aquel dia, y el sol abrasador á que estuvo todo él expuesto, desarrollaron el gérmen de locura, que desde los primeros momentos en que se puso en evidencia se pudo muy bien descubrir en Masanielo; y que la vehemencia de las pasiones que súbitamente le invadieron, la cortedad de sus medios intelectuales para satisfacerlas, el repentino cambio de fortuna, el cúmulo de negocios, los continuos peligros, los constantes temores, las fatigas, materiales, la falta de sueño y de sustento por espacio de ocho dias, y la confusion de ideas sin forma determinada, sin objeto fijo en que se encontraba en vuelto, pudieron ser y fueron causas suficientes para trastornarle el juicio, sin necesidad de un crímen inútil de un Virey español.

CAPITULO XIX.

Al siguiente dia, lúnes 15 de julio, presentóse Masanielo al amanecer en el Mercado, á caballo y con la espada desnuda. Dió varias órdenes contradictorias, pronunció crueles sentencias, y empezó luego á correr de un lado á otro, hiriendo y atropellando á cuantos encontraba al paso. No agradó mucho á la gente de la plaza el verse tratar así por el que habian con su ciega sumision engrandecido; y hubo ya algunos que osaron hacerle frente y tirarle piedras, acertándole una con un peligroso golpe. Ya estaba perdido el prestigio, ya no podia durar mas que pocas horas el poder del pescadero. Confuso este de aquella inusitada falta de respeto, corrió á la iglesia del Cármen, echó pie á tierra, y entró seguido de numeroso concurso; subió desatentado al púlpito, tomó el crucifijo, y gritó con el acento de la mas acerba desesperacion: *Pueblo mio, no puedo ver sin grandísimo dolor que mis padecimientos y mis servicios son ya inicuamente despreciados, y pagados con negra ingratitud. Sabed que con mi muerte vais á procurar vuestra ruina, pero yo os perdono y os bendigo.* Hízolo así con el crucifijo que volvió á colocar en su puesto, y desgarrando el jubon, mostró el pecho desnudo, diciendo: *Héme aquí sin carne alguna, sin mas que huesos y pellejo. He bebido mas de dos cubas de agua, y no sé dónde se ha ido;* y para mostrar mas su delgadez, se desató los gregüescos, sin reparar que estaba en la iglesia, y mostró los muslos y otras partes de su cuerpo, gritando: *Ved cuál estoy por vosotros.* De los concurrentes unos con lágrimas en los

ojos lo aplaudian y animaban, miéntras otros con carcajadas y silbidos lo escarnecian. Pero él impávido, continuando sus extravagantes contorsiones, dijo en alta voz, restableciendo el silencio en la multitud: *sabed que no estaréis seguros hasta que hayais hecho puerto de mar la plaza del Mercado, y un puente de Nápoles á España por el que os comuniqueis y entendais con el Rey. En cuanto á mí, estad ciertos de que seré asesinado en todo el dia de mañana.* Gran confusion causó esta escena, que copiamos del historiador Santis, y que refiere con iguales circunstancias Giraffi. Y gran efecto tuvieron estas últimas palabras del demente, pues enardecieron de nuevo los ánimos populares, produciendo la última llamarada del entusiasmo.

Salió Masanielo del Cármen medio desnudo, volvió á montar á caballo, y se alejó del Mercado á galope, y siempre con la espada en la mano. Recorrió las calles de la ciudad, reanimando como pudo el casi extinguido fuego de la sublevacion; y encontrando aun bastantes ciegos partidarios para hacerse obedecer, mandó cortar la cabeza, como se verificó al punto, á algunos jefes populares, y de los que mas se habian distinguido los dias anteriores, solo por que lo recibieron con frialdad y desden. Hirió en el rostro á un antiguo y respetable capitan, que le pidió una órden para que le entregaran ciertos soldados españoles de su compañia que estaban detenidos. Para hacer justicia á uno que se le quejó de que algunos meses ántes fué multado, porque un conocido lo descubrió cierto contrabando de sal, mandó buscar al delator, que fué decapitado. Otro hombre del pueblo se le quejó de que su mujer se habia escapado aquella noche con un amante. Dió órden de indagar el paradero y retraimiento de los fugitivos, y hallados que fuéron, á él lo hizo enrodar, y ahorcar á ella, sin darles siquiera tiempo de prepararse á bien morir. Encontró en la calle al duque de Castel de Sangro, y se puso furioso el pescadero porque aquel señor no se apeó de la carroza para hacerle reverencia. Dirigióse luego á las caballerizas reales, y quiso apoderarse de los caballos que allí habia. Dijéronle los mozos y palafraneros que aquellos caballos eran del Rey, y que no podian entregarlos sin órden de don Cárlos Caracciolo, caballerizo mayor de S. M. Y Masanielo furioso, echando espuma por la boca y fuego por los ojos, exclamó: *¿qué don Cárlos?... ¿qué caballerizo?... ¿qué Rey?... Yo aquí lo soy todo, y no conozco superior.* Y sacó por fuerza seis hermosísimos caballos, mandando llevarlos á su casa

á la plaza del Mercado ; pero á corto rato se arrepintió ó mudó de parecer, y los devolvió á las reales caballerizas (1).

Tambien aquella mañana envió una turba armada á extraer del convento de PP. franciscanos los efectos, que alli tenia escondidos el visitador general del reino, Ponce de Leon: debido pago de los aduladores besos, que con tanta bajeza habia prodigado la tarde anterior al sobrinillo del pescadero.

Vuelto este á la plaza, cansado ya de sns correrías, recordó que el duque de Castel de Sangro no le habia saludado en la calle, como dejamos apuntado, y envió inmediatamente á llamarlo, con órden terminante de que bajo pena de la vida viniese á pedirle perdon de rodillas, y á besarle los piés. Indignado el Duque despidió bruscamente al mensajero, y corrió á Castelnovo, donde estaba retraido el Virey, viendo que las locuras de Masanielo no tenian término, y que aun le obedecia ciegamente la bez del populacho. Allí el ofendido duque de Castel de Sangro manifestó al de Arcos con sentidísimas palabras, que ya era insufrible tanta degradacion, é indigno de varones tanto sufrimiento; que el dominio de aquel desarrapado plebeyo era un baldon para el nobilísimo reino de Nápoles, y que no podian pasar adelante tan espantosos desórdenes. Que la nobleza napolitana, abandonada por el legítimo gobierno, era la víctima de aquellos inconcebibles sucesos; pero que aun tenia fuerzas propias para vengarse y libertar á la ciudad y al reino de tan indignos opresores, y resolucion para en último caso perecer como buenos en defensa de sus bienes y de su honra. El Virey, hallando nuevo motivo de inquietud en la justa indignacion do aquel personaje que pudiera reanimar á la nobleza abatida, perplejo y dudoso como siempre, le contestaba en términos generales, condoliéndose con él de la miserable situacion del reino; cuando llegaron al castillo, huyendo de los furores de Masanielo, el consejero Julio Genovino y el electo del pueblo Francisco Arpaya.

Aquel no solamente babia perdido toda su preponderancia sobre el ánimo del dictador, sino que se habia visto afrentado en público; y acababa de amenazarle con la muerte despues de abrumarlo con groserísimos insultos. Y á este por baberle manifestado que debian cesar ya las ejecuciones violentas y desaparecer los cadalsos, le habia dado

(1) Giraffi.—Raph. de Turris.

en público un bofeton. Ambos pues vinieron á reforzar, aunque por distinto rumbo, las quejas, razones y argumentos de Castel de Sangro; y á pedir al Virey que tomase el mando, pues era ya tiempo, con mano fuerte y con ánimo decidido.

El duque de Arcos aun deseaba mayor madurez en la situacion, y promoviendo consultas y alargando discusiones, resolvió al fin que Genovino y Arpaya volvieran á la ciudad, y que, supuesto que Masanielo tenia dispuesto repetir aquella tarde su paseo por mar á Posilipo, aprovechasen su ausencia para reunir de nuevo los jefes populares ó descontentos, ó desengañados; y concertar con ellos secretamente lo que se debia hacer, y el modo de asegurar una difinitiva y terminante resolucion.

A media tarde tornó Masanielo en la falúa del Virey, con las mismas provisiones y con igual acompañamiento que el dia anterior, á repetir largamente el alarde del desarreglo de su cabeza. Y mientras apurando botellas y haciendo extravagancias, se paseaba por el mar, seguido ya en botes, ya por la playa, de sus afectos y aun demasiados partidarios; Genovino y Arpaya reunieron con gran recato y presteza en San Agustin á los cabos de barrio, enemigos ya del pescadero, y á los hombres mas influyentes y juiciosos de la plebe y de la clase media, que deseaban el restablecimiento de la tranquilidad. Allí, despues de perderse mucho tiempo en protestas y peroratas inútiles, se resolvió que debia tomar el mando el Virey, asegurando emperó el religioso cumplimiento de las capitulaciones juradas y de los privilegios restablecidos; y que á Masanielo, en atencion á que efectivamente habia sido el libertador del pueblo, no se le matase, sino que se le alejara y encerrara en un castillo por toda su vida. Este acuerdo se extendió por escrito y se presentó al Virey; quien, ¡cosa increible! aun encontró en su perplejidad é indecision no pocos estorbos é inconvenientes para llevarlo á cabo; pareciéndole aun poco apoyo de su legitima autoridad la indignacion y despecho de las tropas españolas, italianas y tudescas que tenia á sus órdenes; el arrojo de la nobleza desesperada y resuelta á vengarse; el anhelo de la parte mas granada de la poblacion por paz, y reposo estable y duradero.

Volvió Masanielo al anochecer de su paseo por el mar, mas ébrio y mas descompuesto que el dia anterior. Desembarcó en el arsenal, y allí proveyó varios empleos de marina, nombrando nuevos capitanes

para las galeras, que estaban en mitad del golfo. Se arrojó otra vez vestido como estaba al agua, y estuvo nadando largo rato. Tomó al cabo tierra, y fué á pié y todo empapado á la plaza, donde amenazó con la horca é varios jefes populares, y á Genovino y Arpaya, porque no le habian acompañado y hecho la corte aquella tarde: sin duda le dijo su corazon en lo que la habian ocupado. Y llegaron su demencia y su brutalidad hasta decir á gritos: que iba á prender fuego á la ciudad, en castigo de que no lo amaba y obedecia ya con el entusiasmo de los primeros dias (1). Luego empezó á correr á pié con la espada en la mano, repartiendo mandobles, tajos y reveses, y haciendo tales atrocidades de frenético, que algunos capitanes del pueblo, reunidos con otros hombres de autoridad, arrojo y buena intencion, se apoderaron de su persona, lo encerraron por fuerza en su casa, y mandaron á la guardia que no lo dejara salir á la calle. Pero aun continuó el mísero Masanielo sus locuras. A media noche se presentó en su ventana entre cuatro luces, llamando la atencion de cuanta gente habia en el Mercado. Y así que la vió reunida gritó con voz ronca y sepulcral: *Pueblo mio, ya estoy muerto; dentro de pocas horas seré asesinado* (2).

Entre tanto aun duraban en Castelnovo las consultas, sobre el modo de restablecer al dia siguiente la autoridad legítima. Y conferenciaba reservadísimamente el Virey con ciertos hombres de mala catadura y de infame ralea, que entraron en el castillo secretamente á recibir sus órdenes: indigna accion de un grande de España, de una autoridad suprema, tratar así con viles asesinos. Se reforzaron los puestos militares, hiciéronse señales con cohetes y faroles, se comunicaron avisos á la escuadra, y una parte del pueblo mismo se preparó á ayudar con las armas decididamente para acabar con la sublevacion.

(1) Giraffi.
(2) De Santis.

CAPÍTULO XX.

Al amanecer del 16 de julio, dia de la Vírgen del Cármen y de gran solemnidad para los napolitanos, estaba la ciudad toda con aquella ansiedad, incertidumbre y desconfianza que preceden siempre á los grandes acontecimientos. Apareció el palacio circundado de tropas españolas y tudescas sobre las armas; el importante puesto de Pizzo-Falcone reforzado de arcabuces y de artillería, con mechas encendidas, dobles centinelas, numerosos retenes. Los puntos que guarnecia el pueblo ofrecian distinto aspecto: unos estaban desiertos y abandonados, recien quemadas las garitas, destruidos los parapetos; en otros se veia reunido un considerable número de hombres sin órden ni concierto, pero armados y en actitud imponente y aterradora. Las galeras habian cambiado de fondeadero, se habian aproximado, y mantenian las proas á la tierra, cargados los cañones, armados los remos, preparada la maniobra. Discurria en gruesos pelotones el paisanaje por la ciudad, pero en silencio. Nadie osaba pronunciar el nombre de Masanielo, nadie el del Virey. Acudia taciturna la gente al Mercado para asistir á la funcion del Cármen, donde celebraba de pontifical el Arzobispo, como si fuera á asistir á un doloroso funeral. Y en las calles, y en la plaza, y en la iglesia se miraban unos á otros con cierto aire de recelo, como deseando indagar en qué pensaba cada uno, y si llevaba armas escondidas. Habia en el templo y en sus alrededores muchedumbre sin confusion, silencio y quietud sin tranquilidad.

Aquella mañana habia sido muerto Márcos Vitale, el secretario de Masanielo, á la puerta del castillo, donde preguntó con tono amenaza-

dor qué aprestos eran aquellos. Y lo mató de una estocada un enemigo personal suyo, excitado (lo decimos con dolor) por el duque de Arcos. —Pero el cadáver se habia ocultado, y el pneblo ignoraba tal acaecimiento.

Cuando el Cardenal arzobispo llegó al Cármen, encontró en la sacristía á Masanielo, que se habia fugado de su casa muy temprano, burlando la vigilancia de los que lo custodiaban. Y arrojáudose á los piés del Prelado, le dijo en desesperado y doloroso acento, que el pueblo le abandonaba ya, y que estaba vendido. Y le entregó una carta cerrada y sellada que dirigia al Virey, rogándole se la enviase al instante, lo que hizo Filomarino inmediatamente con uno de sus pajes. Y continuando el demente dictador en sus amargas quejas, acabó proponiendo una gran cabalgata despues de la funcion, para celebrar el dia de la Vírgen. Calmólo como pudo el Arzobispo, empezando á prepararse para oficiar: y Masanielo oprovechó aquel momento para salir á la iglesia, que estaba atestada de silencioso gentio. Subió apresurado al púlpito, tomó el Crucifijo, y prorrumpió en una ardiente perorata, refiriendo no sin natural elocuencia y profunda conviccion, que daban valor sumo á sus bien coordinadas frases, las fatigas y peligros de los dias anteriores; la santidad del objeto con que se habia lanzado á una empresa tan altamente patriótica; el éxito feliz con que el cielo la habia coronado. Rogó al pueblo, con la vehementísima expresion de un alma enérjica resentida, que no lo abandonase al furor de tantos enemigos como se habia granjeado pór su causa. Y recordó la avaricia de los contratistas, la soberbia de los nobles, la arbitrariedad de las autoridades españolas, y el estado miserable del reino, esquilmado y empobrecido por unos, humillado y oprimido por otros, y bárbaramente despedazado por todos. Luego de repente, dando otro giro á su discurso, ó por mejor decir, concluido el lúcido intervalo en que empezó su arenga, se acusó de gran pecador, y exhortó á los circunstantes á que hiciesen como él, allí delante de la Vírgen y en presencia del Arzobispo, una pública confesion general, pidiendo á Dios misericordia. Y graduándose entonces el acceso de locura, añadió tantas sandeces y despropósitos, é hizo tantas contorsiones ridículas y ademanes indecentes, que destruyeron completamente la profunda impresion, que habia causado la primera parte de su discurso. De órden del Arzobispo, viendo que el público todo, si empezó á oirle con atencion é interés, ya le miraba no

solo con lástima sino con desprecio, arrancáronlo por fuerza del púlpito, retiráronlo de la iglesia, y lo subieron á la celda de un religioso; donde, deshecho en sudor y casi desmayado, se acostó en un lecho y se quedó profundamente dormido.

Celebráronse con gran pompa, solemnidad y pausa los divinos oficios, y concluidos estos, cuando apenas se habia retirado el Cardenal, entraron en la iglesia, aun llena de gente, Salvador y Cárlos Catáneo, Angel Ardizzone y Andrés Ramos, todos plebeyos (los que la noche anterior conferenciaron misteriosamente con el Virey), armados de espadas y arcabuces cortos, y gritando: *viva el rey de España, viva el duque de Arcos, muera el que obedezca á Masanielo.* Quedó aterrada y muda la concurrencia; pasmáronse los religiosos que aun estaban en el coro y en torno del altar; y los cuatro foragidos, con otros cuantos que los siguieron, entraron por la sacristia en el convento, buscando solícitos á su víctima, y repitiendo en atronadoras voces, por nadie contestadas, sus vivas y sns mueras.

Masanielo acababa de despertar, pasado acaso el acceso de demencia, y desde la ventana de la celda contemplaba en calma el mar (1), que habia arrullado su pobre cuna, que babia sido el campo de sus ejercicios juveniles, el proveedor del escaso sustento de toda su vida. Y acaso olvidado de poder y de fortnna, vagaba su imaginacion por regiones mas humildes; cuando reparó en las galeras, y su proximidad y aparato bélico le recordaron las ideas de mando y de poderío. En esto oyó rumor de armas, en el claustro inmediato, y voces que repetian distintamente su nombre. Creyó que era el pueblo, su amado pueblo, que venia á darle algun nuevo triunfo, alguna prueba de sumision y de entusiasmo. Salió apresurado de la celda, y dijo á aquellos feroces: *¿me buscais?..... Heme aquí, pueblo mio;* y recibió por respuesta cuatro balas de arcabuz, que lo tendieron muerto en tierra.—*¡Ingratos! traidores!* fuéron sus últimas palabras. Un carnicero, que iba entre la tropa de asesinos, le cortó inmediatamente la cabeza, que aun gesticulaba, y asiéndola de la cabellera Cárlos Catáneo, la llevó chorreando sangre por entre el gentio aterrado y mudo, que ocupaba aun la iglesia y la plaza del Mercado. Tomó un coche que encontró casualmente, y la llevó triunfante al Virey. Este la recibió con de-

(1) Baldacelini.

mostraciones de júbilo y de feroz alegría, ajenas de un cristiano, no convenientes en un caballero, poco dignas de un delegado del poder supremo del Monarca (1).

Ni una sola espada, ni una voz sola se alzaron en favor del hombre del pueblo, del que veinte y cuatro horas ántes era el dueño absoluto de la ciudad y de todo el reino; del que habia sido su ídolo diez dias, y el objeto de un entusiasmo general; del que sin duda alguna habia hecho á su patria el importantísimo servicio de abolir las arbitrarias contribuciones, de restablecer la influencia popular, y el mayor de todos, el de darle á conocer su propia fuerza, y lo que podia intentar y obtener el dia que pensase en crearse una verdadera nacionalidad.—¡Leccion terrible para los que se fian de los aplausos populares y del merecimiento de sus servicios; para los que creen pedestal seguro de duradero poder el efímero entusiasmo, miéntras mas exagerado mas pasajero, de las agitadas turbas!

La muchedumbre que ocupaba la iglesia, el Mercado y las cálles de la ciudad, aterrorizada, no conmovida, vió en sombrío silencio pasear por ella en una pica la cabeza de su caudillo. Y despues de vacilar un momento, se decidió á proclamar la nueva inevitable dominacion; y pobló el aire de vivas al rey de España, de vivas al duque de Arcos. La vocería, la agitacion, el disgusto de las últimas atrocidades del pescadero, la satisfaccion de los que se creian libres de persecuciones, y la verdadera alegría de los amantes de la paz, fuéron formando poco á poco un nuevo entusiasmo, que como enfermedad pegadiza se comunicó á las masas populares, amigas de nuevas emociones, y se hizo muy pronto general. El cadáver del infeliz Masanielo no fué tampoco respetado. Se apoderó de él la misma inmunda pillería que se habia cebado en los de sus víctimas, y lo arrastró por las calles y plazas, arrojándolo luego mutilado y casi deshecho en los fosos de Puerta Nolana; miéntras su cabeza, despues de recoger maldiciones y groserísimos insultos por los diferentes barrios en donde la pasearon, fué arrojada á un muladar junto á los graneros públicos.

No perdonó la fortuna caprichosa é inconstante á la pobre mujer del pescadero, tan vana y tan honrada dos dias ántes. Viendo la infeliz su casa insultada por el mismo populacho, que hacia pocas horas la miraba

(1) Giraffi.—De Santis.—Comte de Modéne.

como el templo de su dios, quiso con su suegra y cuñada refugiarse en palacio. Apuró la desventurada por las calles que atravesó todo linaje de insultos, todo genero de amarguras; y, lo decimos con dolor, no halló en el palacio la buena acogida que esperaba con razon, fiada ¡oh mísera! en las caricias que le habian prodigado allí dos dias ántes. Encontramos escrito y es de obligacion nuestra referir, que la Vircina olvidó la grandeza de su cuna, y la compasion propia de su sexo; pues se desquitó largamente de las humillaciones á que se habia plegado, tratando con tono sarcástico y cruel á aquellas desdichadas de *señoría ilustrísima*; y llamando con amargo retintin *vireina de las plebeyas* á la infeliz y desolada viuda.

Pero el cardenal Filomarino se portó en aquella ocasion como prelado, como caballero, como hombre. Voló al amparo de aquellas pobres mujeres: las sacó de las manos de la autoridad que las escarnecia, de las de la nobleza que las insultaba gozándose con sus desdichas, de las de una plebe ingrata y soez, que se burlaba de ellas y las perseguia; y condújolas á Castelnovo, cuidando allí de su comodidad y de su subsistencia (1).

Ya era la alegría general. El pueblo no se acordaba de su libertador sino para maldecirlo. Los nobles le tiraban puñados de monedas de oro con que lo enloquecian. Los que habian padecido incendios, saqueos y persecuciones, mostraban inmoderada satisfaccion, y no pocos deseos de venganza. No habia un solo habitante de Nápoles que no anhelase el restablecimiento total del poder legítimo; y aun el duque de Arcos permanecia en inaccion luchando con su perplejidad, y sin saber qué hacerse; cuando los repetidos consejos, y hasta rigorosas excitaciones de las personas que lo rodeaban y que lo veian con asombro perder momentos tan preciosos y oportunos para restablecer sólidamente el poder real, lo decidieron por fin á mostrarse en público, y á ser de nuevo verdadero Virey.

Montó á caballo, acompañado del Cardenal arzobispo, de los Consejos, altos magistrados, señores y caballeros. Fué á la catedral á dar gracias al Altísimo, y se espusieron al público las reliquias de San Genaro. Recorrió la ciudad toda, asegurando de viva voz y con apacible y gracioso semblante, las concesiones hechas y los privilegios resta-

(1) De Santis.—Agnello della Porta, MS.

blecidos; y ofreciendo aun en nombre del Rey mayores mercedes é inmunidades. Y regresó á palacio casi en brazos de la muchedumbre, que lo bendecia y victoreaba con el mismo ardor, con el mismo entusiasmo, con la misma cordialidad con que dias ántes lo maldecia y lo execraba.,. ¡Así son los pueblos, así lo serán hasta la consumacion de los siglos!

No faltó quien aconsejase al duque de Arcos, que pues estaba restablecida su autoridad suprema, empezase en caliente á hacer escarmientos y á satisfacer ofensas. Pero tuvo entónces, lo decimos con gran gusto, la feliz inspiracion de no dar oídos á semejantes excitaciones; y de publicar por sí y ante sí, y sin consejo de nadie, un bando, que le honra mucho, prohibiendo acusar ni perseguir á nadie por los pasados acontecimientos; exceptuando solo al hermano, y á un cuñado de Masanielo, que estaban ausentes.

Este paso disgustó mucho á los que esperaban una violenta reaccion para reponer sus intereses, ó satisfacer sus venganzas; pero llenó de contento á la generalidad, como lo manifestó con inequívocas demostraciones. ¡Ojalá hubiera seguido el Virey esta nueva y acertada senda, que le indicó su buen juicio, y no se hubiese apartado de ella tan pronto como verémos mas adelante!

Los parientes de D. José Caraffa no desperdiciaron momentos para recoger los destrozados y ya corrompidos restos de aquel caballero, dándoles honrosa sepultura. Los otros sangrientos y horrorosos trofeos de la furia popular, que inficionaban con su hedor la plaza del Mercado, tambien desaparecieron; miéntras el cadáver del secretario Márcos Vitale, depositado en San Luis, fué sacado de allí, arrastrado y mutilado por el populacho, para quien era ya un crímen haber sido partidario de su libertador.

Dedicó la noche el Virey á dictar las disposiciones necesarias para asegurar la tranquilidad pública, y para empezar á poner en órden la ciudad. Y como los panaderos le representasen que era imposible el que continuara el ínfimo precio y el excesivo peso del pan, mandó, acaso inoportunamente, qne al dia siguiente se expendiese como se hacia ántes de la sublevacion. Esta medida, muy justa sin duda, pero demasiado pronto dictada, y la noticia de haber dado muerte una patrulla en las afueras de la ciudad á otro cuñado de Masanielo, causaron desde el amanecer del dia 17 de julio gran inquietud en el populacho.

Aprovecharon diestramente la oportunidad los que aun deseaban reanimar la hoguera, no del todo apagada; y poniendo sagazmente en juego los recuerdos de unos, los intereses de otros, y las pasiones de todos, consiguieron en poco tiempo y con poco trabajo que apareciera de nuevo la sublevacion, acéfala en verdad, pero siempre temible y amenazadora. Fué acudiendo al Mercado primero la gente baldia de los barrios, y luego otra mas granada, acaso por curiosidad. Se decia en los corrillos que ya Nápoles estaba padeciendo el castigo de haber abandonado inícuamente al furor de sus enemigos al héroe libertador: que si el Virey empezaba de tal modo á encarecerles el pan y á escatimarles el sustento, no tardaria en imponerles de nuevo las gabelas. Y empezaron á circular con efecto mágico por la muchedumbre sentidas lamentaciones, por haber abandonado y perdido á su valeroso protector, el único que miraba por el pueblo. Encendiéndose rápidamente los ánimos, se acrecentaba por puntos la desesperacion por la pérdida de su caudillo, de su libertador, del único que sabía aterrar á los tiranos é imponer condiciones á los vireyes. Y derramándose luego aquel gentío por calles y plazas, volvió á resonar en ellas con clamorosos gritos el nombre de Masanielo, produciendo su memoria un entusiasmo general. Desconcertado el duque de Arcos envió diligentes emisarios por todas partes á calmar los amotinados grupos, culpando la carestía del pan á los panaderos: con lo que solo logró que algunos de ellos fueran despedazados por haber obedecido su inoportuna disposicion. Y puestas en accion nuevamente las turbas, huyeron los empleados públicos, escondiéronse los amigos de la paz, cerráronse las puertas de tiendas y talleres, tomaron las armas las tropas en los cuarteles, y presentó de nuevo la ciudad el horroroso aspecto que los dias de la sublevacion. ¡Qué mucho si esta habia renacido con sus mismos enconos, con su misma sed de venganza y de sangre!

El nombre de Masanielo se repetia con doloroso afan por todos los lábios del acalorado gentío, que habia visto el dia antes sin conmoverse su cabeza sangrienta en manos de los asesinos, que luego se cebó en su cadáver, y que insultó á su viuda y persiguió á sus partidarios. Y por un movimiento general se resolvió á acabar con los que habian matado al hombre del pueblo, y buscar sus restos mortales y celebrar con ellos, á su modo, una especie de apoteósis reparadora.

Fué inmediatamente un numeroso grupo, respirando furor y vengan-

za, á las casas de los verdugos del pescadero, que se salvaron de la furia popular huyendo con tiempo y escondiéndose con habilidad; y otra turba fué solícita á recoger los despojos de su ídolo. Llevaron la desfigurada cabeza adonde estaba el destrozado tronco, con el que la unieron y cosieron lo mejor que les fué posible. Lavaron el ya entero y restaurado cadáver en las aguas del humilde rio Sebeto; lo perfumaron y vistieron con ricas ropas, y puesto en un sillon de brazos, lo pasearon en triunfo por la ciudad con fúnebre algazara y dolorosa gritería. Corrió la voz de que habia resucitado Masanielo; y esta noticia, aunque inverosímil, consternó al Virey, aterró á la nobleza, y embriagó de alegría al populacho que llenaba las calles y las plazas con vehementísima conmocion, Todos querian verlo, todos tocarlo, todos conservar alguna prenda de su atavío, un mínimo pedazo de sus ropas, como una preciosísima reliquia. Los que conseguian acercarse lo tenian á la mayor dicha, aunque viendo solo un cadáver, anunciaban en alto y lastimoso grito, y con lágrimas en los ojos á los que quedaban mas léjos, que Masanielo estaba muerto (1).

Llegó á ser tan grande la concurrencia, que no podia ya transitar por las calles aquel nuevo paseo triunfal; por lo que se determinó darle fin, depositando aquel cuerpo en la iglesia del Cármen. Colocáronlo en un magnífico túmulo, rodeado de todas las banderas de los barrios, de los estandartes de las cofradías, y de una guardia popular de mas cuatro mil hombres. Al anochecer, sacándolo en andas con las insignias de capitan general, hicieron un suntuoso entierro, ó por mejor decir procesion, á que asistieron los cabildos, las comunidades y muchos magistrados y autoridades civiles; obligando á los puestos militares por donde pasaba á que le hiciesen los supremos honores. Recorrió esta pompa fúnebre todas las calles y plazas de la ciudad, que espontáneamente iluminaron los vecinos. Y al llegar á la plaza de Palacio henchida de taciturno gentío, se paró el féretro y se detuvo larguísimo rato; y el Virey envió ocho de sus pajes con libreas de gala y hachas de cera, y la mitad de su guardia tudesca, para acompañarlo. Al amanecer volvió esta procesion solemne al Cármen, donde se celebró el oficio de difuntos, con salvas de artillería en el torreon y con el clamoreo general de todas las campanas de Nápoles. Las mujeres plañian

(1) De Santis.

y alborotaban el templo con sus gemidos, y se acercaban de tropel para tocar sus rosarios en el cadáver, y se oia exclamar de cuando en cuando con fervor devoto: *Beato Masanielo, ora pro nobis.* Al mismo tiempo en la plaza del Mercado, atestada de la apiñada muchedumbre que no pudo entrar en la iglesia, se vendian á precios increibles retratos de lapiz y bustos de cera. Y los ciegos entonaban y vendian oraciones y coplas edificantes, dirigidas á aquel nuevo bienaventurado (1). Diósele sepultura en el mismo templo en que se celebraron las honras. Pero el MS. de Capecelatro dice que pocos dias despues fué secretamente exhumado aquel cadáver, como de persona muerta bajo el peso de una excomunion, y enterrado sin aparato alguno fuera de sagrado. Ignoramos pues el sitio donde descansan los mortales restos de hombre tan memorable.

Nueve dias duró solamente el portentoso é increible poder de Masanielo; pero tan llenos de graves acontecimientos, de trascendentales trastornos, de espantosos crímenes, de violentas contradicciones, y de amargos desengaños, que presentan como en un solo cuadro un ejemplo solemne y desconsolador de lo que son los hombres y de lo que son los pueblos.

(1) De Santis,— Comte de Modéne.

LIBRO SEGUNDO.

TORALDO.—ANNESE.—EL DUQUE DE GUISA.

CAPITULO PRIMERO.

Muerto el hombre prodigioso que de una manera tan extraordinaria habia dado cuerpo y forma á la sublevacion; conseguido el objeto de ella con la abolicion de los impuestos y gabelas, y con el restablecimiento de privilegios, que imposibilitaban toda exaccion arbitraria; cansada la plebe de tantos dias de fatiga y de movimiento, deseosa la ciudad de Nápoles de quietud y de reposo, horrorizada además de las sangrientas escenas de que habia sido teatro; y restablecida de hecho la autoridad real, con fuerzas disciplinadas á sus órdenes, con la nobleza á su devocion, ganados los mas influyentes jefes populares, y con gran parte del pueblo sumiso y obediente de buena fé; parecia que iban ya á amanecer para aquel desventurado reino dias bonancibles de órden de reposo y de tranquilidad. Pero la mala estrella del duque de Arcos amontonaba nuevas borrascas sobre su frente, y preparaba otras escenas de sangre y de escándalo, y mas sérios y graves peligros para la dominacion española.

Si las exequias del dictador popular manifestaron un síntoma no dudoso de que la sublevacion no habia muerto con su caudillo, los dias siguientes patentizaron claramente su existencia, y que no era el perplejo Virey capaz de sujetarla y de destruirla. Ya un grupo del pueblo asaltaba impunemente una panadería, so pretexto de que habia ven-

dido el pan falto; ya otro repetia los asaltos sin estorbo alguno á las casas de los matadores de Masanielo, refugiados en Castelnovo, y las saqueaban y las incendiaban; ya en el Mercado ó en algun otro sitio de concurrencia se armaba una disputa, que nadie trataba de calmar ni de impedir, y que concluia á puñaladas, llamándose unos á otros foragidos y partidarios de Maddalone; ya la plaza de Palacio se llenaba de gente desarrapada, que con *mueras y vivas* presentaban mal fundadas quejas, que eran siempre acogidas con indigna debilidad; ya los soldados tudescos y españoles, que discurrian solos y desarmados por las calles, tenian que refugiarse á sus cuarteles ó á los cuerpos de guardia mas inmediatos, siempre apedreados, y muy á menudo heridos. Y no aparecia una medida vigorosa que asegurase á unos y que contuviese á otros; no se publicaba un bando con disposiciones tales, que imposibilitaran aquellos desórdenes; no se hacia un escarmiento que arredrase á los díscolos, que amedrentase á los facinerosos: en fin, no habia gobierno.

Si era tan triste el estado de la capital, no era mas lisonjero el de las provincias del reino. Por todo él habia cundido de un modo ó de otro la sublevacion, y en todas estaba roto el freno de la obediencia al poder legítimo. En las grandes ciudades se desarrolló el elemento popular; fueron arrojadas ó asesinadas las autoridades, alzados todos los impuestos; repartiéronse armas al paisanaje, y se ejecutaron las mas violentas rapiñas y las mas atroces venganzas. En las villas y aldeas, en unas los Barones, señores de la tierra, se fortificaron en sus palacios y castillos, para libertarse del furor de sus colonos, y ejercian sobre ellos la mas dura tiranía, ayudados de bandidos que llamaron á sueldo; en otras, los colonos tomaron la delantera, incendiaron las casas fuertes señoriales, y se declararon de realengo. Solo donde las guarniciones españolas y tudescas eran bastante numerosas para tener en brida á los habitantes, se conservaba una aparente tranquilidad, ó por mejor decir, una mal comprimida sublevacion.

Los altos señores feudales hacian por su parte esfuerzos para contener el desórden, demostrar fidelidad al Rey, y ayudar á la autoridad legítima; conociendo harto que no siéndoles posible amalgamarse con el pueblo, no les quedaba otra tabla de salvacion en tan deshecha borrasca. Pero la autoridad legítima, ó porque aun desconfiaba de la ayuda de los potentados, ó porque no queria combatir, les mandó derra-

mar y despedir las fuerzas que á su costa levantaban y mantenian: perdiendo así un elemento de represion muy ejecutivo, y un medio seguro de mantener en el dominio de España aquel importantísimo Esado.

Las ciudades, villas, aldeas y campiñas que circundan la capital obedecieron á Masanielo, cuyos tenientes con pelotones napolitanos las recorrian y alarmaban. En las provincias mas distantes no fué nunca tan absoluto el dominio del pescadero, pero se alzaron y seguian los movimientos y progresos de la insurreccion. En la de Otranto fuéron muy graves los conflictos. En la de Lecce las rivalidades entre los funcionarios públicos, Anolini y Boccapiánola, sobre quién debia dar cumplimiento á las órdenes del Virey aboliendo las gabelas, dió márgen á asesinatos, incendios y escenas de ferocidad inaudita. La ciudad de Aqüila fué teatro de horrorosos desórdenes. La de Nardo, feudo del conde de Conversano, se declaró de realengo; acudió aquel á sujetarla con fuerza considerable de bandidos, y fué rechazado; pero por interposicion del obispo monseñor Pappacoda hubo advenimiento, entregándose de nuevo la ciudad con ciertas condiciones á su señor; quien en cuanto entró en ella, olvidándolas todas, y hollándolas sin miramiento, se entregó á las mas sangrientas venganzas (1). En Chietti, ciudad del Abruzzo, comprada poco ántes á la corona por don Ferrante Caracciolo, se levantaron los nobles para sacudir el moderno yugo feudal; asesinaron á los empleados, jueces y administradores del señor, y se declararon de nuevo vasallos del Rey. En Foggía, un tiro que casualmente se escapó á un centinela, fué orígen de una sublevacion espantosa, en que hubo gran derramamiento de sangre. La provincia de Basilicata estaba sometida á la dominacion de Hipólito Postena, que se apoderó de Salerno. Mateo Caivano, hombre oscurísimo, habia levantado con buen éxito el estandarte popular en Taranto. La tierra de Bari estaba toda en fermentacion. Ambos Abruzos en el mayor desórden, presa de la mas espantosa anarquía. Y las dos Calabrias, agitadas por Tofardo y Marota, comisionados del pueblo de Nápoles, eran campo miserable de los excesos revolucionarios y de las atrocidades de los bandidos, que ó servian á los señores de la tierra, ó se aprovechaban de la fuga de las tropas, y de la ausencia de las autoridades, para

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.

saqnear las villas en desórden, y los lugares sin defensa. Ni los respetables monasterios de la Cava y de Montecasino se vieron libres de la invasion de los revoltosos; y corrieron gran riesgo aquellos ricos archivos, depósito y refugio en los siglos bárbaros de todo el saber humano, de ser reducidos á cenizas. Es muy curiosa la declaracion que arrancó el abad del monasterio de la Cava al jefe popular que fué á atacarlo: documento que tenemos á la vista.

En fin, llegó á tal punto el vértigo de insurreccion y desórden que se difundia con la atmósfera, y que se comunicaba como un contagio pestilencial, invadiendo todos los pechos, acalorando todas las cabezas; que en la aldea de Schiavoni, compuesta de unas treinta chozas, se reunieron un domingo los habitantes para hacer tambien su insurreccion. Y como se encontrasen qne eran todos parientes y amigos, que no habia autoridad contra quien rebelarse, ni riquezas que saquear, ni gabelas que abolir, quedaron muy desconcertados y mohinos; cuando uno de ellos dijo, como si fuese inspirado: *Venid, é incendiad mi choza, que nada me importa con tal que hagamos algo, y que no se diga que somos cobardes y malos patriotas*, Y la choza de este héroe, que así se inmolaba en las aras de la reputacion de su aldea, fué inmediatamente reducida á cenizas, con grandes alaridos, y procurando aquellos inocentes rústicos contrahacer, lo mejor que supieron, los furores que habian oido contar de Nápoles y de otras ciudades de importancia. En Tuturano, aldea inmediata á Brindis, por hacer algo, prendieron fuego á la taberna (1). Y en una casal de Calabria, las mujeres se rebelaron contra los maridos, y quemaron á dos de ellos con sus hijos, incendiando un pajar en que se habian refugiado (2).

Sentimos no haber encontrado bastantes materiales para escribir con mas detencion sobre estos acontecimientos, cuyas particularidades darian una exacta idea del carácter de la época, y del estado en qne llegó á ponerse el reino de Nápoles. Pero no existen documentos de aquel tiempo en los archivos públicos, y los escritores de entonces, dedicando todo su atencion á las ocurrencias de la capital, solo hacen leves indicaciones de lo acaecido en las provincias, y alusiones á casos particulares ocurridos en ellas, que no han llegado hasta nosotros. Mas lo

(1) De Santis.
(2) Relacion MS. en un códice de la librería del príncipe de San Giorgio.

que dejamos lijeramente apuntado, siguiendo á los mas graves autores contemporáneos, basta para dar á conocer que el pais todo estaba hondamente conmovido, aunque por fortuna de España, sin un pensamiento nacional y unánime, sin un objeto fijo, sin una direccion determinada, sin un caudillo solo á quien todos obedecieran. En fin, andaba revuelta la tierra, estaban amotinados los pueblos, reinaba una desconcertada y feroz anarquía; pero en el reino de Nápoles no habia hasta entonces *rebelion*. Esta apareció al cabo, porque así debia de suceder, como no tardaremos en referir.

CAPÍTULO II.

En Nápoles cada instante asomaban nuevas pruebas de que continuaba como ántes la sublevacion. El dia 19 de julio se alteró la ciudad, volviendo á ponerse en armas el populacho, porque se esparció la falsa nueva de haber sido asesinado por los españoles el electo del pueblo. Y el dia 20 hubo un serio alboroto, porque los aduaneros empezaron á exigir, como ántes, los impuestos abolidos por la capitulacion. El furor popular quiso dirigirse desde luego contra el Virey; pero Julio Genovino, deseoso de mostrar su celo por el legitimo gobierno, para no ver retardada la posesion de la presidencia del tribunal de la Sumaria, que le estaba ofrecida, consiguió con su maña y sagacidad calmar al pueblo, y persuadirle que llevase sus quejas al Arzobispo, el cual se entenderia mejor con el duque de Arcos, sin cuyo conocimiento, osó asegurar, se estaba cometiendo aquella tropelía por los empleados subalternos. Y efectivamente fué dirigida al Cardenal una respetuosa representacion por escrito.

Corrió en aquella ocasion gran riesgo un caballero español, llamado don Miguel Sanfelices, porque encontrando en la calle una de las turbas, dijo imprudentemente; *gritad, gritad, que pronto comeréis piedras.* A la lijereza de un poderoso caballo en que iba montado debió la vida, huyendo á esconderse donde no pudieron dar con él. Pero tomó con este accidente tanto cuerpo la asonada, que tuvo el Virey, para calmarla, que poner á talla la cabeza del fugitivo, como si fuese la del mayor traidor ó facineroso (1).

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.

Al mediodia, y cuando todo estaba ya tranquilo, alborotaron de nuevo la ciudad los habitantes de Milito, casal inmediato, entrando armados y con gran griteria por las calles de Nápoles, buscando para matarlo á su señor, el consejero Francisco Antonio Moscettola. Estaba este muy descuidado comiendo con su familia, cuando vió invadida su casa por aquella furibunda turba de rústicos, seguida de gran número de curiosos, que aumentaban la confusion. Alterado y sorprendido huyó con su mujer y logró esconderse, abandonando la casa con las muchas riquezas que contenia, y una preciosa biblioteca, al furor y codicia de sus rebeldes vasallos; que quemando, destruyendo y robándolo todo, sin que nadie lo impidiese, volvieron á su aldea satisfechos y triunfantes, pero pesarosos de no haberse llevado consigo la cabeza de su señor.

Tambien hubo dos distintas asonadas harto cómicas. Las mujeres del populacho mas soez se reunieron, recorrieron armadas y voceando las calles y plazas, y se dirigieron al monte de piedad, para exigir que se aboliesen ciertos artículos del reglamento, que siendo favorables á las ropas buenas y á las joyas que empeñaban los ricos, perjudicaban á los harapos y miserias que empeñaban los pobres; y pedian, á favor de estos efectos de ningun valor, la preferencia. El director del establecimiento, hombre sagaz y de sangre fria, les abrió las puertas y las calmó con buenas razones y con oferta de servirlas. Con lo que se retiraron muy ufanas y contentas, cantando victoria, y celebrando su soñado triunfo.—La otra asonada la hicieron los méndigos de la ciudad contra los frailes cartujos. Repartia aquel monasterio á su puerta un dia de la semana ciertas limosnas de una obra pia, fundada por la famosa reina Juana; y los que la recibian, no queriendo incomodarse en subir por ella á la cartuja, fundada en un cerro junto al castillo de Santelmo, exigieron que se les diese en la plaza del Mercado. Resistiendo los cartujos esta inconsiderada exigencia, los interesados trataron sin mas ni mas de hacerla efectiva por la via de las armas. Y se vieron aquel dia trepar por aquellòs agrios recuestos, á mas de mil pobres ciegos, cojos, mancos y tullidos, armados de garrotes y de algunas alabardas y arcabuces, amenazando incendiar el monasterio y pasar á cuchillo á los monjes. Y eran tales sus bravatas y ademan resuelto, que los religiosos cerraron las puertas, y pidieron socorro al vecino castillo. Mas tomó tanto cuerpo el ataque con los valedores y ami-

gos de aquella inmunda canalla, que tuvieron que salir dos monjes con buenas razones y prudentes ofertas á calmar á los amotinados: volviendo estos á la ciudad muy contentos con la muestra de su valentia (1).

Pero cuando volvió á aparecer la sublevacion en toda su fuerza, y amenazadora y terrible, fué el 29 de Julio. Atravesando á primera mañaua la plaza del Mercado el electo del pueblo, Francisco Arpaya, fué llamado aparte con gran recato por Genaro Annese, que ya empezaba á darse tono de sucesor de Masanielo, y por un tal Vanno Panariello, jefe popnlar de mucha valía. Y le dijeron que el pueblo habia sido completamente engañado, porque al leerle las capitulaciones juradas, habian dejado en silencio muchas frases de los artículos, cual aparecian impresos, y que echaban abajo, ó anulaban las disposiciones mas importantes. Que por fortuna hasta entónces, nadie habia reparado en ello; pero que si no se remediaba pronto tan insigne mala fé, ellos serian los primeros en publicar la indigna superchería, y en excitar á los napolitanos á hacerse por sí mismos pronta y cumplida justicia. Hízose de nuevas el electo, respondiéndoles que no encontraba motivo para aquella desconfianza, y Annese y Panariello le mostraron un ejemplar impreso de la capitulacion, y en el artículo que disponia la abolicion total de las gabelas y contribuciones, no existentes en tiempo del emperador Cárlos V, la cláusula siguiente: *exceptuándose aquellas que estuviesen arrendadas á particulares;* con lo que ciertamente, estándolo todas, quedaba invalido y sin efecto lo pactado en tan importante artículo. Desconcertóse el electo, y aseguró que era yerro de imprenta. Y qne faltaba un *no*, que habia sin duda en el original, ántes de la palabra *exceptuándose*. Fuéron los tres incontinenti á la imprenta para asegurarse, y el impresor, con los manuscritos á la vista, demostró que habia estampado con toda exactitud. Arpaya entónces ofreció hablar al instante al Virey, para que se deshiciese la equivocacion, y rogó á Annese y á Panariello que no lo divulgasen. Sobrevino en esto á hablar del mismo asunto un clérigo revoltoso, llamado don Onofre Jacutio, el que, cuando los otros se apartaron aparentemente satisfechos, y se vió solo con el electo, le exigió que se le diesen reservadamente dos mil cequíes por guardar el secreto. Rechazó aquel la proposiciou

(1) De Santis.—Rafael de Turris.

sin agraviar al clérigo; y fué á dar parte de todo al Duque, no dudando que la noticia iba muy pronto á difundirse por el pueblo, y á producir funestísimos resultados (1).

Perplejo como siempre el Virey, y desconociendo, á pesar de tan repetidos escarmientos, que cuando es forzoso hacer concesiones al pueblo alborotado, es mejor hacerlas en los primeros momentos, cuando aun las pide de rodillas y como gracia, que despues cuando las exige con las armas en la mano y como derecho, entró en consultas dilatorias y evasivas, diciendo: que no podia arruinar así de una plumada á mas de cincuenta mil familias interesadas de antiguo en los arriendos de impuestos y gabelas. La razon era ciertamente poderosa; pero no aquel el momento oportuno de darle valor. Pues aunque es un principio de justicia que todos los derechos adquiridos son respetables, y que si están acaso fundados en abusos que necesitan de reforma, debe esta hacerse poco á poco y con mucho pulso, cuidando de indemnizar á los poseedores de buena fé, y de subsanar intereses creados bajo el amparo de leyes buenas ó malas, y con la sancion respetable de la costumbre inveterada; las circunstancias eran en extremo ejecutivas, y no para andarse en miramientos. La abolicion terminante y completa de aquellas cargas, habia sido la condicion primera del avenimiento: condicion acordada, aceptada y jurada. No podia ya volver al campo de la discusion; y buscar medios rateros para no hacerla efectiva, era un perjurio, una muestra insigne de mala fé, que debia producir funestisimos resultados; un medio seguro de reanimar y de justificar un incendio tan mal apagado, y que aun podia, como se verificó, reaparecer mas voraz, mas terrible, y de mas trascendentales consecuencias. Estas reflexiones fuéron expuestas al duque de Arcos por el Cardenal arzobispo, por algunos consejeros, y por muchas personas sensatas; pero él, sin negar su valor, no les dió la pronta acogida que en aquellos críticos momentos debia haberles dado; y con sus respuestas evasivas, y con sus medios dilatorios, dió tiempo á que, publicada la superchería, se alarmara toda la ciudad. Pues resonando en toda ella el grito de traicion, acudió furiosa á las armas, para reclamar con ellas la validez de la capitulacion, no cual andaba impresa, sino cual se habia leido al pueblo en la catedral.

(1) De Santis.—Raph. de Turris.

Llenóse la plaza del Mercado de furibundo gentío, que á palos y pedradas dispersó á los picapedreros y marmolistas, que trabajaban en las lapidas que deberian colocarse allí con los artículos de la avenencia. Y quisieron hacerlos pedazos, llamándolos falsarios y engañadores (1); apareciendo la sublevacion tan general, tan poderosa, tan embravecida, cual lo estaba ocho dias antes, cuando tenia á su cabeza, como supremo dictador, á Masanielo.

El duque de Arcos hizo entonces lo que siempre, refugiarse en las murallas de Castelnovo, y enviar emisarios al pueblo con excusas, y con todo género de concesiones. Mas nada consiguió: la general desconfianza rechazaba con indignacion las ofertas de la depravada autoridad, é insultando á sus mensajeros, dificultaba todo acomodo. Y el motin tomó un aspecto imponente y aterrador. Pero presentóse á caballo en medio de las acaloradas turbas el príncipe de la Rocca, sobrino del Cardenal, y nombrado por su influjo superintendente de abastos; y como era muy bien quisto de los napolitanos todos, logró que lo escuchara y atendiera la muchedumbre. Y calmándola poco á poco con buenas y concertadas razones, y esforzando la disculpa de que todo era error involuntario de los copistas, hijo de la premura del tiempo y de la precipitacion con que se escribieron la capitulaciones, consiguió persuadir al pueblo, que nombrase una persona de su confianza, que se entendiera con él, para corregir el artículo en cuestion, y de un modo tan claro y terminante, que no diese lugar á dudas ni á siniestras interpretaciones. Fué inmediatamente nombrado por la multitud el mismo clérigo Jacutio, el que entró con el Príncipe en la iglesia del Cármen para arreglar el negocio.

Pronto se pusieron ambos de acuerdo, redactando el artículo de nuevo, expresando en él terminantemente la abolicion de todos los impuestos, y *particularmente de los arrendados.*—Salió el clérigo á dar parte de este arreglo á la multitud. Pero recibió tantas nuevas enmiendas y adiciones por escrito, para añadir mas seguridades y dar mas claridad, no solo á aquel articulo, sino á todos los demás de la capitulacion que ofrecian algun sentido dudoso, que volvió á entrar en la iglesia y á conferenciar mas largamente con el príncipe de la Rocca. No tardaron tampoco en entenderse, conociendo este que era preciso

(1) De Santis.—Raph. de Turris.

contemporizar. Y saliendo ambos á la plaza y asociándose á un tal Gregorio Accietto, mercader de sedas, muy estimado del pueblo napolitano, fueron en diputacion á presentar las nuevas exigencias al Virey.

Recibiólos este con la mas fina cordialidad; y haciendo exageradas protestas de su buena fé, y de su deseo de lo mejor, accedió sin el menor reparo á las enmiendas y considerables variaciones que le presentaron. Y adoptándolas todas, firmándolas inmediatamente y sin la menor dificultad, mandó reimprimir sin tardanza con ellas las capitulaciones, dando por nula y de ningun valor la edicion publicada. Con lo que despachó contentísimos á los diputados de la sublevacion, encargándoles asegurasen al pueblo, que solo deseaba afianzar su felicidad (1).

El Príncipe, el clérigo y el sedero turnaron al Mercado, donde los esperaban las armadas turbas, ya cansadas de su propia inaccion; y que enterándose de que quedaban plenamente complacidas, se dispersaron en alegres grupos por la ciudad.

(1) Comte de Modène.—De Santis.

CAPÍTULO III.

La costumbre de reunirse y de alborotarse, era ya segunda naturaleza en el populacho napolitano; y parecia que andaba solícito en busca de ocasiones para ejercer su terrible propension. Y como no faltaban ciertamente pretextos, ni personas inquietas, animadas con la impunidad, que exaltaran los ánimos tan bien dispuestos, raro era el dia en que no apareciese la asonada, y en que no se alterase de un modo ó de otro la pública tranquilidad.

Uno de los primeros de agosto se reunió el pueblo armado en la plaza del Cármen, foco permanente de la sublevacion, y resolvió atacar las casas públicas de juego. Asaltólas efectivamente con gran algazara, se apoderó del dinero que encontró en ellas, apaleó y maltrató á los jugadores, y prendió fuego á los edificios. Y como un siciliano, hombre de corazon, que era dueño de uno de ellos, se presentase decidido con una alabarda en la mano á defender su propiedad, fué hecho pedazos por la multitud (1).

Otra vez se dirigió el motin á la iglesia de PP. Teatinos de la calle de Toledo, para sacar de ella á un soldado español allí retraido. Y despues de maltratado grandemente, lo llevó á la presencia del Virey, pidiéndole lo sentenciase á horca, porque habia disparado su arcabuz contra el pueblo en una de las anteriores asonadas. Resistióse debida-

(1) De Santis.—Raph. de Turris.

mente la suprema autoridad á dar tal sentencia, y entónces el popnlacho, sin esperar mas, lo llevó al patíbulo (1).

El 8 de agosto saqueó é incendió el pueblo alborotado el palacio que tenia en Piedigrotta el príncipe de Caramanica, bombre oscuro y de bajísima extraccion, que habia juntado en pocos años incalculables riquezas. Y entre los muebles que allí perecieron, hacen mencion los historiadores contemporáneos de un sillon todo recamado y embutido de gruesísimas perlas (2).

Tambien, á instigacion de los frailes franciscos, hnbo nn serio alboroto. Habia decidido la ciudad declarar por nno de sus protectores á San Antonio de Padua, y le habia erigido una estatua de plata que debia, con la de los otros santos patronos, sacarse en las procesiones, y custodiarse en el tesoro de la catedral. Y una tenaz competencia entre franciscanos y capuchinos sobre la forma que se debia dar á la capucha del Santo, pretendiendo aquellos que fuera redonda, y estos que debia ser puntiaguda, obligó á que se depositara judicialmente la imágen, que estaba hecha á gusto de los primeros, en casa del regente Capecelatro, miéntras se decidia el pleito formalmente entablado entre ambas religiones. Los franciscanos, temiendo perderlo por la influencia que entonces gozaban en Roma los capuchinos, aprovecharon las revueltas, y acaloraron á sus devotos para que hicieran una asonada, sacaran al santo de su depósito y lo llevaran á la catedral, terminando así á su favor, por la fuerza, aquel negocio. Dispúsose pues la jornada en la plaza del Mercado, armáronse las turbas, y no sin choqnes y serias pendencias, pnes tambien los capuchinos tenian, aunque en menor número, valedores, asaltaron la casa del Regente; se apoderaron de la imágen, y en tumultuosa procesion la llevaron á la capilla del Tesoro. Y en ella, hallando muchos capellanes nobles, los arrojaron de allí, sustituyéndoles clérigos plebeyos, y confiando su custodia á los canónigos, con lo que se captaron la benevolencia del Cardenal arzobispo (3).

Los estudiantes tambien quisieron, amparados del comun desórden, exigir por la fuerza rebaja de los derechos de universidad. Y tomando las armas contra los doctores, que los percibian, se juntaron mas de

(1) De Santis.
(2) De Santis.—Capecelatro, MS.
(3) De Santis.

cuatro mil, ocuparon los alrededores del edificio, y pusieron en grande apuro al claustro y al Rector. Pero como la mayor parte de los amotinados escolares eran forasteros, y los doctores y empleados de la Universidad nápolitanos, consiguieron estos tener de su parte el populacho, que, amotinado á su vez, acudió á deshacer y castigar otro motin. Los estudiantes huyeron amedrentados, y unos salieron de la ciudad, otros se escondieron en ella, y habiendo sido muchos descubiertos, fuéron maltratados y heridos, y los que opusieron resistencia hechos pedazos sin piedad (1).

Estos desórdenes diarios, y las noticias de lo qne ocurria en las provincias, donde cada momento era mayor la anarquía, movieron por fin el ánimo al duque de Arcos (alentado tal vez con la esperanza de recibir socorros de España, habiendo tenido nuevas dè que las cosas de Cataluña iban bien, pues habian levantado los franceses el sitio de Lérida) á hacer algunos castigos, y á tomar algunas medidas de buen gobierno; pero estas fuéron desconcertadas, y aquellos vinieron ya tarde. Trató pues, aunque con mal efecto, de dar nueva organizacion á las armadas turbas populares, mudando los cabos, que á su manera las gobernaban. Pero nombró, con malísima eleccion, personas poco gratas al pueblo, y como tales de ninguna influencia, y que al mismo tiempo ofrecian poca seguridad de buena fe; pues hizo teniente de maestre de campo á Onofrio Caffiero de Santa Lucía (en cuya casa se creyó, como dejamos dicho, envenenado á Masanielo), y á Salvador Baroni, vecino del Barrio de Mortelle (que se susurraba habia tenido parte en su muerte); con lo que se disgustó la ciudad toda, viendo hombres tan sospechosos tan altamente colocados: bien que ellos supierou muy pronto restablecer su opinion con el populacho muy aventajadamente. Publicó tambien el Virey varios bandos prohibiendo de nuevo saqueos é incendios; y uno muy notable y de perversas consecuencias, previñiendo a los pueblos de señorio, que le presentaran las quejas que tuviesen contra sus señores, seguros de que les haria justicia. Las alas que dió semejante disposicion á los lugares de propiedad particular, y el disgusto de la nobleza, se dejan discurrir.

Deseoso, en fin, de presentar algun escarmiento, negoció con los jefes populares de su devocion, que prendieran, como de motu pro-

(1) De Santis.—Raph. de Turris.—Capecelatro, MS.

pio, y le acusaran como infractores de la capitulacion, á algunos de los que habian dirigido los últimos saqueos é incendios de las casas de juego y del palacio Caramanica. Y á dos que le llevaron, los mandó inmediatamente ahorcar, sin mas ni mas, á la puerta de Castelnovo. Estas ejecuciones causaron por lo pronto buen efecto, haciendo profunda impresion en el populacho. Pero á poco rato, agolpándose la gente á ver á los ajusticiados, empezaron á decir los mas audaces:—*Así hará el Virey poco á poco con todos nosotros*:—palabras que, repetidas, cundieron con rapidez, y empezaron á notarse síntomas de indignacion y anhelo de prevenir el peligro. Súpolo el Virey, y mandó inmediatamente colocar en el pecho de los ahorcados un cartel con gruesas letras, que decia: *Arrestados y acusados por el fidelísimo pueblo por haber faltado á la capitulacion, incendiando y saqueando sin licencia del Virey, ni órden de los jefes populares, han sido juzgados y condenados á muerte por este delito*: con lo cual se calmaron los ánimos y se deshizo instantaneamente la multitud (1).

Tambien amanecieron ahorcados en el mismo lugar, con sus correspondientes carteles aclaratorios, un fraile agustino apóstata, espía de los franceses, un cochero, ladron, y un soldado español, que habia matado de un tiro á un paisano: ejecuciones todas que fuéron muy aplaudidas (2).

El dia siguiente se alteró la gente de Lavinaro, y fué armada á pedir la libertad del hermano de Masanielo, que suponia preso en Castelnovo, y que muchos creian ejecutado secretamente en el calabozo. Y el duque de Arcos, contra su costumbre, afrontó el motin, se negó decididamente á complacerlo, y dijo resuelto á aquellos furiosos: que el hombre cuya libertad pedian no estaba en Castelnovo, sino en Gaeta; mas, que aunque estuviera en el castillo, de ningun modo se lo entregaria. Entereza que deshizo el motin sin mas resultas (3), dando á conocer cuánto, usada á tiempo y cuerdamente, hubiera podido conseguir y evitado.

Pero por mas que el duque de Arcos quisiera manifestar carácter, y que podia ser verdadero Virey, tomaba ya tarde tan buena resolucion. Su constante debilidad anterior lo tenia harto desacreditado, y con

(1) De Santis.
(2) De Santis.—Raph. de Turris.
(3) De Santis.—Capecelatro, MS.—Comte de Modéne.

ella habia cobrado demasiada osadía el movimiento popular, para que pasajeros alardes de fuerza y de inoportuna energía consiguieran resultados estables y positivos. Así que los conspiradores no dejaban de entenderse entre si, y de prepararse á mas formales empresas. Y los jefes é instigadores de la permanente sublevacion, soplando y manteniendo vivo el fuego nunca apagado, combinaban un basto plan, para que apareciera pronto cual nunca terrible y amenazadora, y con objeto mas grande y de mayor importancia. Nó faltando ya en los conciliábulos y clandestinas reuniones agentes de Francia con instrucciones y dinero del marques de Fontenay, embajador del Rey cristianísimo en Roma, el cual desde los primeros momentos de la sublevacion, acechaba el oportuno para apoderarse de ella, y dirigirla á su provecho.

Dispúsose pues en secreta conjura de los mas osados el dar un golpe decisivo el dia de la Vírgen de Agosto, solemnísimo en Nápoles, apoderándose en un solo punto y en un solo momento del Virey, de su familia y de los generales, consejeros y altos funcionarios españoles. Para lo cual resolvieron convidarlos á todos en nombre del pueblo, á la funcion solemne que debia celebrarse en la catedral. Encargóse de hacer el convite el electo Francisco Arpaya, deseoso sin duda de restablecer con los conjurados su opinion, un tanto lastimada por los empleos lucrativos repartidos entre su familia. Y como la decision se tomó precipitadamente la mañana misma de la fiesta, esto es, en la madrugada del dia de la Asuncion, fué muy temprano á palacio á desempeñar su solapada comision. Escamó al Duque tanta premura en convidarlo, y tanto empeño en que llevara séquito tan numeroso. Y despues de pensar mucho lo que le cumplia hacer, se determinó á ir solo á la iglesia, como lo verificó, disculpando á la Vireina con que en tan corto tiempo no habia podido disponerse y ataviarse, y á los generales y autoridades con perentorias ocupaciones, y con la dificultad de que les hubiese llegado á tiempo el aviso del convite.

Desconcertó esto á los directores de la intentona. Pero como el Virey asegurase á todos sin afectacion, que aquella tarde asistiria á las vísperas con su familia y con todo el séquito convidado, resolvieron dilatar algunas horas el golpe, teniéndolo por seguro. Concluida la misa volvió el Duque á palacio con graves sospechas de la encubierta trama, ya por los semblantes que habia observado en la iglesia, ya por las palabras sueltas que habia cogido al vuelo. Y puso sin demora

en actividad todos los medios de espionage, que tenia en la mano. Estos, y una delacion espontanea que recibió muy oportunamente de uno de los conjurados, le descubrieron el riesgo que acababa de correr, y cuanto se intentaba hacer aquella tarde. No estuvo entónces ciertamente tan perplejo é irresoluto como solia. Llamó sin perder momento á los jefes popnlares de toda su confianza, y de acuerdo con ellos, prendió á los cabezas de la trama, los que, confesando en el tormento su proyectado crimen, y descubriendo todo el plan, fuéron inmediatamente ahorcados, y sus cadáveres expuestos á la puerta del castillo (1).

La actividad, acierto y energía que demostró entónces el Virey, y que tanto hubieran aprovechado ántes y despues, y la rapidez de las ejecuciones, consternarou á la ciudad toda, y asombraron á la masa popular, que ignoraba la conjuracion aquella, pero que la hubiera sostenido sin duda en cuanto hubiera estallado. Deshízose la borrasca, pero quedando las nubes en el horizonte dispuestas á reunirse de nuevo á la primera ocasion.

(1) De Santis.

CAPITULO IV.

Julio Genovino, tipo verdadero de los instigadores de motines y asonadas, veia con impaciencia que se le retardaba el pago de sus importantes servicios, y reclamaba el cumplimiento de las ofertas que se le hicieran, cuando verdadero director del espiritu de las turbas, y oráculo de Masanielo, podia él solo, si no calmar la sublevacion, darle el rumbo mas favorable á los intereses del Gobierno, como lo habia hecho; tanto predicando continuamente lealtad y obediencia al rey de España, cuanto reconociendo como válido el privilegio de Cárlos V; oponiéndose despues á la peticion de ocupar el castillo de Santelmo, y últimamente preparado la ruina y perdicion del pescadero. El duque de Arcos le aseguraba continuamente que podia contar con el destino ofrecido; pero que dilataba el darle el título correspondiente, temeroso de que iba á desacreditarlo, y á echar por tierra toda su influencia, de la que aun tanto se necesitaba, estando en pié la sublevacion. Mas fueron tan reiterados los esfuerzos del viejo, en quien la ambicion, como acontece, pudo mas que la sagacidad, que al cabo el Virey le dió el nombramiento y posesion de la presidencia del tribunal de la Sumaria siendo el resultado el que se habia previsto: esto es, que Genovino, descubierto su juego, perdió completamente la popularidad (1).

Habia este clérigo-magistrado conseguido del Virey, (para restablecer un tanto su influencia con la clase de tejedores de seda, que era

(1) De Santis.—Comte de Modéne.—Raph. de Turris.—Capecelatro M. S. —Baldachini, etc.

numerosa,) una descabellada órden para que cuanta llegase á los almacenes de la ciudad no pudiera salir de ellos, ni consumirse mas que en sus fábricas, sin poder surtir los otros telares de las provincias. Y los tratantes y mercaderes reclamaron inmediatamente contra una disposicion tan perjudicial á sus intereses, y que los sujetaba á la merced de unos cuantos fabricantes de la capital. Y presentaron una demanda en justicia, y se entabló litigio en forma, entre mercaderes y tejedores. Veíase el pleito y debia darse la sentencia en un tribunal de que era presidente Fabricio Cenamo, que, como dejamos referido, fué uno de los perseguidos por el populacho en los primeros dias de la sublevacion, quemando su palacio y sus riquezas. Causa por la cual los abogados de ambas partes lo recusaron, apoyados en el artículo de la capitulacion en que se establecia, que ninguno que hubiese incurrido en el ódio popular, y sufrido incendio en los anteriores trastornos, pudiera ejercer en lo sucesivo ningun cargo público. El recusado trató de probar, para mantener el puesto, que no habia incurrido en el desagrado del pueblo, y que las persecuciones y daños padecidos habian sido venganzas de enemigos particulares, que obraron de por sí y sin órden de Masanielo, ni de los jefes populares. Y Julio Genovino le dió una certificacion firmada por él y por otros de sus allegados, asegurándolo así. Andaba este documento con sobrada confianza de mano en mano para aumentar las firmas, y vino á caer en las de un tal Horacio Rosseto, conocido con el apodo de Razullo, capitan del barrio de la Zecca, y enemigo acérrimo del hoy presidente de la Sumaria, y ayer consejero del fidelísimo pueblo, y director de Masanielo. Y en un numeroso corrillo de gente bien dispuesta leyó en alta voz aquel documento, glosándolo luego con acritud, y llamando á boca llena traidores á los que lo habian firmado. Creció la multitud que lo circundaba, y él cada vez mas enardecido, manifestó que con tales certificados volverian los mayores enemigos del pueblo á los altos empleos, donde saciarian sin freno sus venganzas. Que con tales certificados se anulaban todos los artículos de la capitulacion, y volvia la ciudad á caer en la mas pesada servidumbre; y por último, que con tales certificados quedaria el pueblo infamado y tratado de ladron, calificadas de venganzas personales sus justicias, y triunfantes los funcionarios prevaricadores, que habian tan justamente incurrido en el ódio universal. Las palabras de Razullo hicieron su efecto; y creciendo rápidamen-

te la masa popular, corrió indignada, detras de él, á asaltar el tribunal.

Era el dia 21 de agosto, y estaban en él Genovino y Cenamo tratando justamente del pleito de la seda, cuando recibieron aviso del Virey de que se dirigia el pueblo amotinado contra ellos, y órden de cerrar el tribunal. Pusiéronse inmediatamente ambos en salvo, y cuando llegó la turba atropellando é incendiándolo todo, se encontró sin las víctimas designadas, acrecentando la fuga de estas la indignacion popular.

Capitaneado siempre por Rozullo, se dirigió el pueblo, que á cada paso se reforzaba con pelotones de gente que llegaban al alboroto, desde el tribunal á la plaza de palacio, pidiendo en altas voces y descompuestos gritos al Virey los dos fugitivos (1), creyéndolos refugiados en Castelnovo. Procuró el duque de Arcos con benignas palabras y benévolos ademanes conjurar aquella tormenta, y calmar los ánimos manifestando á todos que ignoraba el paradero de los dos presidentés. Mas creciendo la multitud y poniéndose en armas toda la ciudad, Salvador Baroni, deseoso de ganar crédito, á la cabeza de los amotinados del barrio de Mortelle, atacó de motu propio la plaza de los Angeles, y el importantísimo puesto de Pizzo-falcone. Guarnecíalo el tercio viejo de Nápoles, al mando del maestre de campo don Próspero Tuttavilla, y aunque sorprendido, se puso en defensa. Pero como al mismo tiempo Onofre Caffiero con la gente del barrio de Santa Lucía, se apoderase del puesto de la Cruz y del convento de San Luis, dándose la mano con Baroni, y reforzando su ataque, no pudieron sostenerse las tropas napolitanas, y se replegaron no sin dificultad y pérdida al palacio. Los sublevados se apoderaron de el del duque de Ascoli, del cuartel de los Alemanes y de la punta de Trevico, que domina al castillo del Ovo.

Estas ventajas del pueblo, conseguidas tan fácilmente por el arrojo de dos hombres, y la espantosa gritería de la plaza de palacio, henchida de sublevados, que pedian, no solo á Genovino y á Cenamo, sino tambien al hermano de Masanielo, obligaron al Virey á tomar su disposicion favorita: esto es, á refugiarse con toda su familia en Castelnovo, encargando á su guardia que no exasperase al pueblo, y que no provocase un conflicto.

Ignorando las turbas que ya el Virey se habia puesto en salvo, continuaban con furor creciente sus gritos y amenazas; y desesperados

(1) Capecelatro, MS.

de hallar satisfaccion, empezaron á apedrear el puesto de la guardia tudesca. Viendo los soldados que los dejaban allí como abandonados á os insultos del populacho, y que iban á ser arrollados, trataron de defenderse, á pesar de la terminante órden que habian recibido, é hicieron una descarga de mosquetería. Cayeron muertos solo dos hombres del pueblo, porque la multitud al ver calar las cuerdas, se arrojó repentinamente en tierra para evitar el efecto de las balas. Esto pareció á los que estaban mas léjos, que era el que la descarga habia tenido completo efecto, haciendo nn incalculable destrozo. Y en vez de acobardarlos, los irritó á tal punto, que arremetieron furiosos el palacio, mientras algunos, los mas cobardes, corrieron á dar la equivocada noticia á los barrios mas apartados, y á llamar á la venganza á toda la cindad. Hízose instantáneamente general el movimiento, y empezó la mas horrenda matanza de españoles qne puede discurrirse, asesinando á cuantos hallaron desperdigados por todo Nápoles (1). Hubo napolitano que mojó pan en la caliente sangre de sus víctimas, y que se lo comió, chupándose luego los dedos con bárbara é inaudita ferocidad (2). Trabóse entre las tropas y el pueblo nn horrible combate; pero aquellas, sorprendidas, diseminadas, y sin órdenes á que atenerse, fueron vencidas y arrolladas en todas partes, y tuvieron que encerrarse y fortificarse en los cuarteles y en el palacio, y hacer allí una gallarda defensa.

Jamas el pueblo napolitano, aunque sin una sola cabeza que dirigiera sus operaciones, se mostró tan acertado en el ataque, ni tan tenaz en la pelea. Miéntras unas turbas combatian, aunque diezmadas por la arcabucería española, otras se apoderaron de la Aduana, y sacaron de ella gran cantidad de armas de fuego y cuatro mil espadas; y otras conducian artillería y la colocaban, no sin acierto, en los puntos desde donde podian molestar mas al palacio y á los castillos; y otras, en fin, abastecieron el torreon del Cármen de vituallas, municiones y cañones gruesos.

El ardiente alborotador del barrio de Mortelle, Andrea Polito, de oficio batihoja, armó un peloton de sus vecinos, y con él sorprendió la cartuja de San Martin, y se apoderó de ella, poniendo en gran pe-

(1) Capecelatro, MS.
(2) De Santis.

ligro el castillo de Santelmo, que está contiguo al monasterio, y colocando oportunísimamente cuatro piezas de artillería en aquellas alturas. En terrible aprieto iban poniendo al Virey y á las armas españolas las rápidas ventajas, que aquel tremendo dia daba la ciega fortuna á la sublevacion. Y miéntras los españoles fortificaban á toda priesa el palacio, colocando falconetes en los balcones y azoteas, y atajando la plaza con cortaduras y faginas, sin cesar un momento el fuego, y estrechados sin respiro por las embravecidas turbas, el Duque pensó en abastecer el castillo, apretado y sitiado por todas partes, escasísimo de municiones y de vituallas, y dominado ya por los puestos populares establecidos en San Martin y en Pizzo-falcone. Mandó pues á las galeras, que por quitarse del tiro del torreon del Cármen se habian alejado bastante de la playa, que fueran á remo á la torre de la Anunciata y á Castelamare á recoger cuanto grano y harina hubiera en los molinos. Pero todo fué en vano; el pueblo conoció á lo que iban las galeras, y despachó emisarios que imposibilitaran su intento.

Llegaba la noche, no cesaba la pelea, ni cesaba un punto la fatiga universal. Y abatido y confuso el Virey, acudió al Cardenal arzobispo pidiéndole encarecidamente, que saliese á probar la mano con el pueblo, tratando de calmarlo de un modo ó de otro, para salvar la Ciudad y el Reino todo de los horrores sin cuento, que sobre él se precipitaban. No rehusó el Prelado la comision; y sin vacilar un momento recorrió á caballo las calles y plazas, acompañado de José Palumbo (que sin querer nunca ser el primero en el mando, conservaba prudentemente el mismo puesto y la misma reputacion que en tiempo de Masanielo), y sin evitar los sitios en que silbaban las balas y en que era mas espantosa la carnicería, exhortaba á todos con ruegos y con lágrimas á la paz y á la tranquilidad. Vanos fueron sus esfuerzos; pues si bien halló, como siempre, en todas partes respeto y aun veneracion, no encontró en ninguna mas que sed de sangre y de exterminio, y una especie de rábia infernal, que no dejaba lugar alguno á la razon. Trató varias veces de penetrar en Castelnovo para conferenciar con el Virey, pero le fué imposible conseguirlo; y rendido y horrorizado regresó á su palacio; sin haber logrado nada, cuando ya estaba muy avanzada la noche. Esta fué tan espantosa como el dia que la precedió, pues no cesó el tiroteo, retumbando sin cesar los cañonazos, y continuando las obras de ataque y de defensa á la horrenda luz de las llamas de los incendios.

CAPITULO V.

Al dia siguiente reunidos los distintos jefes populares, que separadamente y sin un plan determinado habian dirigido las felices y oportunas operaciones del anterior; trataron de buscar una cabeza suprema, que dando unidad al movimiento, utilizase las ventajas conseguidas; y resolvieron ponerse en manos del acreditado militar don Cárlos de la Gatta, el que, como dejamos dicho, defendió la importante plaza de Orbitello. Pero este leal caballero rechazó cuantas propuestas le fueron hechas, y se resistió tenazmente á ponerse á la cabeza de los sublevados; manifestando que no solo sus dolencias y su avanzada edad se lo impedian, sino tambien su honra y sus juramentos. Desanciados los revoltosos por hombre de tanta importancia, se desconcertaron; y volvieron los ojos á don Francisco Toraldo de Aragon, príncipe de Massa, maestre de campo general, acreditado últimamente de perito y esforzado guerrero en las revueltas de Cataluña. Grandemente sorprendió á tan ilustre personaje la eleccion del pueblo sublevado, y trató de eludirla con noble entereza. Pero el cariño de su mujer, jóven y hermosa, que cayó en poder de los alborotadores, custodiándola como rehenes de la decision del marido; y las secretas persuasiones de los confidentes del Virey, temerosos de que cayese el supremo mando en otras manos ménos fieles á la corona de España, le obligaron á aceptar, para evitar mayores males, la direccion suprema de una rebelion furibunda. No juzgamos, sin embargo, disculpada su aceptacion; porque creemos que el que no participa de las ideas y proyectos de las turbas que capitanea, tiene escasa fuerza para contenerlas y

evitar males; y falta, con un especioso pretexto, á los deberes de la honra y de la conciencia. El príncipe Toraldo quiso tranquilizar la suya; y para conseguirlo, exigió una declaracion solemne de los jefes populares, que se extendió ante notario público y en toda forma, de que la sublevacion no era de modo alguno contra los derechos de la soberanía real (1).

Púsose pues á la cabeza del amotinado pueblo, y nombró su teniente de maestre de campo general á Onofre Désio, entendido militar, fiel á la corona de España, y sugeto de altas conexiones en el consejo Colateral y muy bien quisto del Virey: y acreditó en aquella ocasion su extrema sagacidad, navegando sin tropiezo en aquel mar tan borrascoso y tan erizado de escollos y de bajíos.

Reconocido por todos los barrios de la ciudad sin la menor contradiccion como capitan general del fidelísimo pueblo don Francisco Toraldo, montó á caballo con su teniente, y visitó todos los puntos militares, donde fué recibido con vivas aclamaciones. Al llegar al de la cartuja de San Martin, donde mandaba Andrés Polito, se sorprendió al ver que este hombre audaz habia concebido el proyecto de minar el castillo de Santelmo; y que llevaba ya no solo comenzada, sino muy adelantada la obra, dirigida con inteligencia suma hácia la cisterna de la fortaleza. Y conociendo el peligro en que estaba punto tan importante, elogió el proyecto para inspirar confianza, y aprobó la ejecucion; pero para retardarla, manifestó que no debia apresurarse hasta que estuviesen hechos los preparativos necesarios para entrar con toda seguridad en el fuerte, de los que ofreció ocuparse sin demora. Y dió aviso secreto de la mina al castellano para que estuviera alerta, y al Virey para que mandara refuerzos.

Entretanto el duque de Arcos quiso tentar algun medio de concordia, y envió mensajeros al pueblo con una cédula de indulto, y con nuevas ofertas de observar la capitulacion. Pero todo en vano: pues no consiguió mas que recoger nuevas pruebas de desconfianza y de desprecio, degradantes insultos á su autoridad, y atroces maldiciones á su detestada persona.

Con mas fruto trabajaba el Cardenal-arzobispo: recorriendo desde muy temprano la ciudad, conoció el verdadero estado de los ánimos,

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.—Comte de Modéne.—Raph. de Turris

y trató de sacar el partido posible. A pesar del aspecto terrible de la sublevacion en el dia anterior, y de las positivas ventajas que habia obtenido, no era tan unánime como parecia, ni tan compacta como se juzgaba; pues mientras las turbas de proletarios y la gente verdaderamente acalorada combatian con buen éxito, y combatian sin cesar y encarnizadamente, la parte del pueblo que tenia algo que perder, los mercaderes, los curiales, los propietarios deseaban que no pasasen las cosas muy adelante, porque aquel estado de agitacion y de guerra perjudicaba á sus intereses: y en ellos buscó el sagaz Prelado el apoyo de sus negociaciones. Logró, no sin trabajo, reunir en el convento de San Agustin una junta compuesta de gente granada, con los electos de los sediles y muchos capitanes del pueblo. Y allí, reconocido como principio de la nueva conmocion la ocurrencia del presidente Cenamo, se decidió que se propusieran al Virey nuevos artículos adicionales á las capitulaciones. Y que en ellos se expresase terminantemente: que todos aquellos, y sus hijos, cuyas casas y efectos habian sido quemados por el pueblo, saliesen desterrados para siempre del Reino; que los signatarios del certificado en favor de Cenamo salieran de él por diez años, y que el pueblo pudiera castigarlos ademas á su gusto; que se concediese pleno indulto por los acontecimientos del dia anterior; que no se persiguiera á los que habian asaltado la aduana, y apoderádose de las armas que en ella habia; que se entregara al pueblo el castillo de Santelmo, y que se guarneciera el palacio con tropas populares; con otras disposiciones aclaratorias, componiendo en todo cincuenta y ocho artículos. Y para que la negociacion pudiera entablarse con facilidad, dispuso la junta una suspension de armas el tiempo que duraran las conferencias. En señal de esta tregua enarboló bandera blanca el torreon del Cármen, fortaleza de los sublevados, y lo mismo hizo Castelnovo, adonde se dirigió Filomarino con general aplauso. Pero los sublevados, que ocupaban á Pizzo-falcone, ó no vieron la señal, ó no quisieron sujetarse á ella, y atacaron el palacio con gran furia por la parte del jardin, ocupando las casas que lo dominaban. Apretado el general Tuttavilla, que tenia el mando de las tropas, pidió socorro al Virey; mas este, perplejo é indeciso, como siempre, y temeroso de echar á perder la negociacion pendiente rompiendo la tregua, nada resolvió. Cuando un caballero español, que estaba á su lado miéntras se discutia vagamente en consejo pleno, levantándose impa

ciente, dijo con rostro encendido y acalorado acento: *¿Qué se espera?... ¿Queremos acreditarnos de cobardes y morir como gallinas?...* Palabras que como dice el historiador Santis, despertando al Duque de su pesado letargo, le compelieron á dar la inesperada órden de que obrara la artillería de los castillos.

Los primeros tiros de Castelnovo bastaron para desalojar al pueblo de las inmediaciones del jardin. Y volviendo luego la puntería á las calles del puerto, empezaron á causar grave daño en las masas populares allí reunidas. Los jefes de estas, para obligar á que cesase el fuego, discurrieron levantar de pronto y de cualquier modo un dosel con el retrato del rey Felipe IV. Y como una bala lo echase por tierra, empezaron todos á gritar como energúmenos: que el Duque y los españoles eran traidores y reos de muerte por tan grave desacato, delito de lesa magestad (1).

Empezó Santelmo tambien á jugar su artillería con daño de los sublevados, que se agolparon al puente de los Angeles en Pizzo-falcone, adonde acudió confuso y turbado don Francisco Toraldo. Derribaron las balas algunos edificios, aumentando la confusion. Pero sin amilanarse los amotinados, empezaron por desquite á disparar sus cañones desde la punta de Trevico contra Castelnovo, contra el castillo del Ovo, y contra las galeras. Y estas, acosadas ademas del fuego del torreon del Cármen, zarparon apresuradamente, y fuéron á fondear detras de la isla de Nisida, en la punta de Posilipo.

El Cardenal Filomarino, que por estos imprevistos acontecimientos no pudo llegar á Castelnovo, adonde dijimos que desde el convento de San Agustin se dirigia, refugióse en casa de Cornelio Spinola, y desde allí envió al Virey cuatro diputados de los que asistieron á la reunion, con los artículos en ella acordados, y con ardientes ruegos de que no retardase la aprobacion. El Duque, reanimado con este mensaje, vió un rayo de esperanza, y volvió á enarbolar la bandera blanca; dando á todos los puestos órden terminante de dar fin á las hostilidades.

Andrea Polito entre tanto apretó el castillo de Santelmo, y avanzó la mina, obligando al valiente gobernador Galiano á pedir instrucciones y socorros al Virey, Y como este no le contestase, trató aquel leal y va-

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.

leroso castellano, no solo de defenderse, sino de caer con toda su fuerza sobre el sitiador. Detuviéronle algunos personajes de alta categoría, que estaban allí refugiados; y mas que todo las señales de paz, que vió enarboladas en Castelnovo.

Don Francisco Toraldo, por otra parte, de acuerdo con el Virey, tambien trabajaba por restablecer la tregua. Y poco á poco iba consiguiendo poner en razon á las turbas, y hacer cesar el fuego y las hostilidades. Y envió á su teniente Désio á avistarse con Polito, de quien era amigo, para hacerle desistir del empeño de la mina, con reservadas ofertas de dinero, de mercedes, y de una mitra para un hijo fraile que tenia. Con lo que, amansado el patriota incorruptible, se disipó por entonces aquel peligro (1).

Cesó por fin en todos los puntos de la ciudad la pelea, lo que agradó mucho á cuantos la paz de buena fé deseaban. Pero el duque de Arcos no envió en todo el dia la ratificacion de los artículos propuestos; lo que volvió á encender los ánimos, culpándole todos, con voz unánime, de los desastres que apuraban á aquella infeliz ciudad.

No eran mas venturosas las provincias del reino. En todas se habia considerablemente desarrollado la anarquía. Y en Chietti y en Lanciano ocurrieron lastimosos desórdenes, y se regaron las calles con sangre. Y la ciudad de Capua, plaza sobre el Volturno, fronteriza al estado romano, y hasta entonces tranquila, se tocó del contagio general, obligando á la guarnicion, muy disminuida, á encerrarse en los cuarteles, y á presenciar en inaccion el desenfreno del populacho y los horrores de la sublevacion. Estas noticias abatieron mas y mas al duque de Arcos, y aumentaron su funesta perplejidad.

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.

CAPÍTULO VI.

Al amanecer del 29 de agosto, como nada hubiese aun resuelto el Virey, continuó el pueblo los aprestos de ataque, sin curarse de la tregua. Donde mas preparativos hostiles se agolparon aquella noche, fué en San Martin; porque la empresa favorita de los sublevados, y tenian razon, era el ataque de Santelmo. Y concurrieron á ella á la primera luz del dia mas de cincuenta mil hombres, armados y preparados para en cuanto volase la mina, (que creian mas adelantada, porque ignoraban la mudanza de Polito), arrojarse al asalto. El gobernador Galiano, conociendo el peligro en que estaba la fortaleza, aunque aquella noche habia sido socorrida por el Virey, y aumentando el número de oficiales cou sugetos de acreditado arrojo, hizo señales á Castelnovo. Y como no recibiese respuesta, hizo salir por una poterna disfrazado al alférez D. Alfonso de Céspedes, para que fuera á abocarse con el Duque. Llegó aquel felizmente á Castelnovo, y encontró á este muy apurado porque los sublevados habian levantado aquella noche una trinchera en la calle del Olmo, y colocado en ella dos gruesas piezas de artillería, que podian destrozar la puerta de Castelnovo, y derribar la cortina; aumentando el peligro el haber tomado el mando de de aquel puesto Octavio Marchese, inteligentisimo artillero. Reclamó el Duque contra aquella infraccion del armisticio, y le fué contestado, que la obra estaba hecha desde el dia anterior. Pero no satisfecho, y alarmado con las noticias que le trajo Céspedes, avisó secretamente de todo á D. Francisco Toraldo y al Arzobispo, para que pusiesen re-

medio. Y quejóse públicamente á los diputados, que habian venido al tratado y pasado allí la noche, de esta falta de buena fe.

El Capitan general del pueblo montó inmediatamente á caballo para acudir al mayor riesgo. Fué á la cartuja de San Martin. Allí consiguió, ayudándole con maña y sagacidad el mismo Andrea Polito, calmar el ardor de la muchedumbre. Con argumentos tomados de la ciencia militar, logró persuadirles, que tanta gente y tanta confusion no servian mas que para hacer imposible la empresa. Y dispuso que se retirase de allí aquel inútil y embarazoso gentío, quedando solo las tropas armadas, que dijo bastaban. Dióles por jefe la persona que le pareció mas á propósito para tranquilizar los ánimos, y nombró compañero de Polito, para proseguir la mina, á un ingeniero llamado Avellone, amigo de Désio, y con instrucciones reservadas para detener la operacion. Tambien cambió la guarnicion del monasterio, so pretexto de que debian de volver á sus casas á descansar los pelotones que hacia tres dias estaban allí padeciendo grande escasez de agua. Y cuidó de introducir otros de gente ménos alborotada, con cabos mas maleables. Lo mismo hizo con los demas puestos populares; recoriendólos todos con muestras ardientes de celo por la sublevacion, pero realmente para debilitarla.

Manifestóle su teniente Désio que miéntras concurriesen solo á las armas la gente perdida y las turbas proletarias era imposible ningun razonable concierto; y que convenia obligar á tomarlas y á concurrir á los puestos á los ciudadanos acomodados, mercaderes, curiales, etc., para tener en ellos, interesados en la pública tranquilidad y en el fin de aquellos trastornos, un apoyo y una prenda de órden. Conoció Toraldo lo sagaz y oportuno de la idea, y publicó un bando llamando á las armas á todos los habitantes de la Ciudad, para que entre todos se repartieran las fatigas y las glorias. Disposicion que agradó mucho al populacho, no conociendo que contra él estaba precisamente dictada.

El Cardenal Filomarino, por otro lado, conferenciaba con unos, hablaba con otros, y reunia otra vez en San Agustin las personas mas influyentes. Y como todos se quejaban de que hacia ya veinte y cuatro horas que el Virey tenia en el castillo los emisarios, que habian ido á tratar la nueva avenencia, sin que nada resolviera, le escribió y envió varios mensajeros, que no consiguieron por cierto activar la negociacion.

Entre tanto los diputados negociadores quisieron con disimulo conquistar á Julio Genovino, qne estaba refugiado en Castelnovo, y trataron de avocarse con él. Bien que efectivamente creyesen necesarias aun á la sublevacion la sagacidad y esperiencia de aquel viejo; bien que quisieran haberlo á la mano para ejecutar en él sn venganza. Pero Genovino, como zorro experimentado, eludió toda entrevista, y contestó á las propuestas que con gran reserva le hicieron, que no se fiaria jamas de la instabilidad de nn pueblo ingrato, que habia desconocido sus servicios. Pocos dias despnes, el Virey lo embarcó para Cerdeña; de allí quiso ir á Madrid; y de arribada en Mahon, murió abrumado de años y de traiciones (1).

Aquella mañana, aprovechándose de la tregua, que, aunque tan mal observada, existia, salieron de Castelnovo el prior de la Roccella, el gran cruz Juan Bautista Caracciolo y el duque de San Pedro, muy desabridos con el Virey, que los trataba con poco miramiento (2). Pero cuando creian, no habiendo con ellos odio particular, que los dejarian tranquilos en sus casas; el popnlacho dió sobre ellos, queriéndolos hacer pedazos, y los llevó ante don Francisco Toraldo para que los mandase ahorcar. Horrorizado este, trató de convencer á la turba de que aquellos caballeros eran habitantes pacíficos y no criminales, y que aun cuando lo fueran, la tregua los amparaba. Pero se armó tal gritería y se desmandaron tanto aquellos furiosos, llamándolos espías y traidores, que corrieron gran riesgo. Y solo los salvaron las lágrimas y ruegos de la hermosa princesa de Massa, logrando que se los entregasen á ella en calidad de presos, ofreciéndose á ser sn carcelera (3).

No fué tan dichoso don Juan de Sanfelices, padre del que afortunadamente pndo libertarse de la muerte, que provocó su imprudencia. Estaba este buen anciano en una iglesia extramuros, fué reconocido, y trató de esconderse en un corral inmediato. Las mujeres de la casa creyeron que era un ratero, y la emprendieron con él á pedradas. Dijoles en mal hora su nombre, ofreciendo regalarlas largamente si lo ocultaban y le salvaban la vida. Y ellas, enfurecidas, lo asaltaron con los utensilios caseros, y lo amarraron hasta la llegada de los maridos,

(1) De Santis.—Raph. de Turris.
(2) Capecelatro, MS.
(3) De Santis.

á quienes lo entregaron ufanas de su ferocidad. En poder de los hombres fué conducido, apurando insultos y golpes, á presencia de Toraldo, que por mas esfuerzos que hizo, no logró sacarlo de manos de la canalla; pues llevándoselo esta, viendo que nada conseguia del Capitan general, á la plaza del Mercado, le cortaron la cabeza, arrastraron el tronco por las calles, abandonándolo por último en un muladar.

Se hallaba la ciudad de Nápoles en una situacion sin nombre. Existia una tregua, y no se peleaba, es verdad, pero no cesaban las otras hostilidades; pues seguian con actividad suma en todas partes las obras de ataque y de defensa. Y mientras el Virey nada resolvia, y los diputados del pueblo permanecian en Castelnovo, y la reunion del convento de San Agustin no se disolvia, el pueblo se entregaba desenfrenado á particulares venganzas, y á saquear é incendiar los palacios de los nobles y de los altos funcionarios, refugiados en los castillos. Continuaba tambien la mina de Santelmo, pero dirigida segun las buenas intenciones de Toraldo. De lo que ignorante el valiente Galiano, y advirtiendo que le andaban ya en los cimientos de la fortaleza, se dispuso á practicar la contramina, y á preparar tantos medios de defensa, que notándolo la gente del pueblo, empezó á gritar, reclamando la observancia de la tregua. Contestóles vigorosamente el castellano, que él obraba segun obraban sus enemigos. Y avisó de todo, pidiéndole instrucciones, al Virey, que nada le contestó.

Fué víctima de aquel estado de anarquía el desdichado presidente Cenamo. Estaba oculto desde que huyendo del motin se retiró, como dejamos referido, del tribunal, en una casa de Pizzo-falcone, donde no encontrándose ya seguro, trató de salir para buscar en la playa de Santa Lucía una barca que lo condujera á Sorrento, donde estaba su familia. Metióse en una silla de manos, con las cortinillas echadas, y por mayor precaucion se cubrió el rostro con un pañuelo. Pero de poco le valió: al llegar á Santa Lucía fué reconocido, y detenido por un peloton de pueblo que lo quiso matar. Ayudado de algunos amigos y valedores, y del favor de Onofre Caffiero, influyentísimo en aquel barrio, logró hallar asilo en una casa, adonde pronto vino á buscarle una turba de asesinos. Noticioso de ello el Virey, mandó salir algunos soldados de palacio, que nada consiguieron. Pues se apoderó al cabo el feroz populacho del desventurado Presidente, y dilatándole una terrible agonia entre los mas groseros insultos y los mas dolorosos golpes, le

cortaron la cabeza en el Mercado, arrastrando y mutilando el cuerpo, que abandonado luego bajo el puente de la Magdalena, sirvió de pasto á los perros y á las aves de rapiña (1).

Despues de tantas consultas y dilaciones, manifestó por fin el duque de Arcos á los diputados del pueblo que no podia convenir con el articulo en que se pedia la entrega del castillo de Santelmo, por las razones expuestas cuando otra vez se hizo la misma peticion; ni acceder al otro en que se pretendia desalojar á los españoles de la guardia del palacio, porque seria esto un desaire para las tropas del Rey. Salieron de Castelnovo los diputados con esta repulsa, que divulgada por el populacho, le hizo prorumpir en furibundos alaridos de guerra, y correr á las armas, dando la tregua por terminada. Pero el activo Cardenal-arzobispo, los hombres que deseaban la paz y los jefes populares que se avenian á la razon, y que estaban verdaderamente subordinados al general Toraldo, calmaron aquella efervescencia, y se reunieron de nuevo en San Agustin. La idea de si el apoderarse del castillo de Santelmo era ó no acto de rebelion, se discutió detenidamente. Y se hizo una consulta de letrados para dilucidarla; opinando estos que sí, como igualmente que el Virey no tenia dominio sobre los castellanos, porque la autoridad de estos procede directamente de la corona, con lo que casi todos los concurrentes se pusieron de acuerdo. Pero como no faltaban en la junta algunos díscolos, interesados en que continuara el desórden, y empujados tal vez por los ajentes extranjeros, no se convinieron con la decision; persistiendo furiosos en que se rompiese la negociacion, y se obtuviese por la via de las armas lo que se deseaba. Acaloróse el altercado entre unos y otros, ayudado de la griteria de la turba, que hervia en las calles circunvecinas. Cuando uno de los presentes, que era letrado, clamó en alta voz: *Señores, ¿queremos ó no ser vasallos del rey de España? Si lo queremos, mostrémoslo con las obras, y hagamos una honrosa sumision; si no, rompamos el juramento de fidelidad, y aventurémoslo todo en una guerra de rebeldes.* Pasmó á todos la cuestion planteada en términos tan explícitos, y Mateo Jovele, mercader de sedas, levantándose y dominando la asamblea toda con una voz de trueno, contestó: *Sí, señor, queremos ser vasallos del rey de España; pero queremos ser bien gobernados.* Aplaudieron todos la respuesta, y

(1) De Santis.

aprovechando el momento Désio, el teniente de Toraldo, dijo: *Pues si somos y queremos ser vasallos del rey de España, sometámonos al Virey, que lo representa; y aseguremos el buen gobierno con la capitulacion, cumpliéndola todos de buena fe.* Convino la junta, siguió la discusion tranquila y sosegada, y se determinó en ella desistir de la exigencia de Santelmo y de la guardia del palacio, y rogar al Virey de nuevo la aceptacion de los otros artículos (1).

Fuéron á Castelnovo con noticias de lo ocurrido dos diputados, el hijo de Polito, qué debia ser obispo, y el cleriguin Fatturosso, de quien ya hemos hecho mencion en esta historia. Y Désio y Marchesse montaron á caballo y recorrieron la ciudad con pañuelos blancos en los bastones, gritando paz. Pero al llegar al puesto de Pizzo-falcone, donde estaba la gente mas alborotadora, fué tal el disgusto por tan grata nueva, que apoderándose aquellos furiosos de Désio, porque tropezó su caballo y no pudo huir, como lo verificó Marchesse, llamándole traidor y engañador del fidelisimo pueblo, se dispusieron á ahorcarlo. Ya estaban preparados el confesor y el verdugo, cuando llegaron oportunamente el príncipe de Celamare y el marques de Oliveto, señores muy queridos en Nápoles, y los plebeyos Onofre Rosmundo, Genovino Ottone y Pedro Cano, y le salvaron la vida, gritando á los que lo iban á matar: que la paz estaba ya ajustada, y que si ellos querian otra cosa, se fuesen á sus casas, porque toda la ciudad estaba de acuerdo para que no hubiera mas guerra.

Tambien la noticia de la paz llegó á Santelmo, justamente en el momento en que escamado del bullicio y movimiento general, se preparaba Galiano á poner en juego su artillería. El electo Arpaya fué el que le llevó la nueva, arbolando un ramo de olivo para que le dejasen penetrar los puestos y los rastrillos.

(1) De Santis.

CAPÍTULO VII.

Mucho contentó al duque de Arcos el que el pueblo desistiera de su empeño de apoderarse de Santelmo. Y para asegurar tan favorable resolucion, exigió del príncipe Toraldo que se hiciera acto público, en que se extendiera en debida forma el desistimiento de aquella peticion, con pena determinada para el que la reprodujese. El Capitan general del pueblo, por complacer al Virey, convocó inmediatamente otra reunion en San Agustin, en donde se extendió el instrumento con las formalidades de estilo, firmado por el electo del pueblo, y condenando á la pena de los rebeldes al que volviese á hablar de apoderarse del castillo. Y publicóse en seguida á son de trompeta por toda la Ciudad.

Pero entre tanto, un peloton de pueblo habia concluido una trinchera en la calle de San Bartolomé, contra la puerta principal de Castelnovo, y otras obras importantes de ataque contra el palacio, en la calle de Toledo y en la bajada de Pizzo-falcone. Lamentóse amargamente de esto con los diputados el duque de Arcos, manifestándoles que faltando así á la tregua, era imposibie toda negociacion; y que cuando era él el primero en solicitar la paz, hostilizar con tanto descaro el castillo, manifestaba poquísimo deseo de avenencia. Convencidos los diputados, salieron á hablar con los jefes de aquellos puestos para hacerlos entrar en razon. Y como respondieran que hacian aquellos preparativos porque los españoles no cesaban de hacer los snyos, y que aqnella misma noche habian hecho reparos y cortaduras en el jardin de palacio, y aumentado su guarnicion; dispuso el Virey, para que se desengañaran de

que era falso cnanto decian, que entraran dos de ellos á reconocer el pnesto. Hiciéronlo así, y viendo que todo estaba como ocho dias antes, se sosegaron. Toraldo, de acuerdo con el Virey, aprovechó la coyuntura, y logró persuadir á todos, que pues se iba á afirmar la paz, y qne los españoles, seguros de ella, no aumentaban sus reparos, eran ya inútiles aquellas obras; que las zanjas, espaldones y empalizadas tenian la ciudad intransitable, con grave perjuicio del vecindario, y que lo mejor era destruirlos y allanarlos. Mucho dolia al pueblo el bacerlo asi; pero viendo que los españoles empezaron á derribar sus obras de defensa, que sin dnda cuidarian de hacerlo con las que eran inútiles ó de pronta reparacion, y persuadidos de que era preciso dejar expeditas las calles para las fiestas con que debia celebrarse la paz, destruyó en un momento la obra de tantos dias, desconociendo, incauto, toda su importancia.

Tambien consiguió el Virey, por medio de Toraldo, del electo Arpaya, que viendo el giro pue tomaban ya los negocios, trat de ponerse en bnen lugar, y de muchos de los capitanes del pueblo, que deseaban la paz de buena fe, el que se desistiera del capitulo en que se pedia que el General y jefes de la armada y de las galeras fue en napolitanos; pues no solo renunció la reunion de San Agustin á esta exigencia, sino que estableció pena de la vida para el que de nuevo la provocase, y para todo aquel que opusiera obstáculos á la completa paz, que con tanto anhelo se deseaba. Y el mismo Arpaya mandó, pocas horas despues, arcabucear en la Vicaría á un hombre del pueblo, que habia perorado acaloradamente en un corrillo en favor de la guerra.

Pero aun conseguidas tantas ventajas, el perplejo Duque dilató algunos dias la conclusion de la avenencia, esperando tal vez los socorros que por todos los conductos imaginables babia pedido á Madrid, y que ya ciertamente tardaban. La dilacion en terminar un negocio con tanta facilidad allanado en ventaja del gobierno, no dejó de producir graves inconvenientes. Pnes conservó la ciudad en un estado anómalo, en que si bien no se tiró un tiro de una ni de otra parte, ni se hizo obra ninguna de ataque y defensa, la mutua desconfianza tenia siempre las armas en la mano; y el pueblo, poco disciplinado, hallándose mal, ocioso y armado, se dió á saquear é incendiar los palacios y efectos de los nobles y de los pudientes, que estaban ó en las provincias ó refugiados aun en Castelnovo. El general don Francisco Toraldo

trataba en vano de impedir estos desórdenes, y de atajar las venganzas particulares; pero su autoridad era tan escasa, como lo es siempre la que tiene por orígen la eleccion de un pueblo amotinado. Por fortuna no se pensó mas en el prior de la Roccella, ni en los otros caballeros custodiados en su casa, y de que era carcelera su hermosísima y gallarda mujer; pues se retiraron adonde quisieron en plena libertad, y aun entre los aplausos de los mismos que pocos dias antes querian beber su sangre. Así pasan los odios populares tan terribles en el primer momento.

Las provincias del reino, siguiendo los movimientos de la capital habian sido teatro de grandes desórdenes, y nuevas revueltas y nuevos asesinatos tenian la tierra toda en combustion. Y las noticias de tan tristes acontecimientos aumentaban la inquietud de la ciudad, que iba escaseando de víveres, y cada dia se veia mas aislado el gobierno legítimo, y con mas obstáculos que superar para su completo restablecimiento.

El dia 5 de setiembre se adhirió por fin el Virey á la nueva capitulacion. Y puestos todos de acuerdo, con gran satisfaccion de la mayoría de los habitantes de Nápoles, que deseaban el término de tantas angustias, se dispuso su solemne publicacion y juramento en la catedral.

Empezaron los preparativos necesarios para dar el correspondiente aparato á aquella solemnidad. Pero recibió el Virey varios avisos de que los díscolos y bulliciosos, bien que en pequeño número, audaces sobremanera, acalorados por emisarios extranjeros, conspiraban secretamente para llevar á cabo el plan frustrado el dia de la Vírgen de Agosto. Y muchos clérigos y religiosos le dijeron con gran reserva, que sabian por el confesonario, que se tramaba contra su vida: noticias todas que lo dejaron confuso, y sin saber qué partido tomar. Consultólo con varias personas, que creyendo de muy mal efecto el que manifestára desconfianza, y que tambien podian ser exajerados los avisos, fuéron de parecer de que debia ir el duque á la catedral, tomando de antemano todas las precauciones que aconsejaba la prudencia. Pero el bizarro Várgas Machuca, gobernador de Castelnovo, dijo con calor que su opinion era que de ningun modo debia la suprema autoridad ponerse en manos de los facinerosos: que nada importaba que la generalidad del pueblo estuviese de buena fe, si una docena de revoltosos podian á su gusto inflamarla, y empujarla á los mas horrendos atenta-

dos: y que una vez apoderados del Virey, cuya persona representaba la del soberano era de temer un desacato á la majestad real, y que el motin tomase descaradamente el carácter de rebelion. Las palabras de este pundonoroso, entendido y experimentado militar hicieron el debido efecto, y desistió el duque, en lo que no hizo un gran sacrificio, de salir de su guarida para asistir á la ceremonia (1).

Resuelto así, envió el Virey á llamar á los jefes populares de su devocion, y les habló del modo mas conveniente para que estuvieran alerta y á punto las masas populares de que disponian. Y luego llamó á los otros, ménos deseosos de paz y del restablecimiento de la tranquilidad, y con palabras magníficas, halagándolos primero, acabó por manifestarles, que habiéndose introducido entre el pueblo muchos facinerosos y algunos emisarios de los enemigos del Rey, capaces, para imposibilitar todo ajuste, de arrojarse á cualquier crímen que mancharia la reputacion del pueblo napolitano, y desvirtuaría la justa causa de sus esfuerzos, habia resuelto, para evitar todo compromiso, jurar la capitulacion en la capilla del castillo: siendo para la validez del acto enteramente indiferente, que la ceremonia se verificase en uno ú otro santuario. Si estas palabras del Virey desconcertaron á alguno de los concurrentes, cuidó de disimularlo. La mayoría las creyó sinceras, y muchos muy fundadas; y como fuéron repetidas á las turbas no hicieron el mal efecto que era de presumir.

El dia 6 por la tarde, sin haber de antemano manifestado tal intento, salió el Virey imprevistamente á caballo, rodeado de oficiales de guerra, y paseó algunas calles de la ciudad, con precaucion si, pero sin temor, seguro de que ignorándose que iba á dar aquel paseo, no podia estar urdida trama alguna contra su persona. Esta aparente muestra de confianza acabó de asegurar los ánimos de los que deseaban la paz, y no tomaban parto en las secretas conspiraciones. Por lo que no dejó de oir algunos *vivas* y aplausos el Duque, ántes de regresar al castillo, como lo verificó al anochecer.

Al dia siguiente por la mañana concurrieron á Castelnovo, á caballo y en solemne procesion, el electo Arpaya, el capitan general don Francisco Toraldo, muy mortificado de la gota, los maestres de campo, los jefes populares Désio, Pólito y Marchesse, y detrás de todos

(3) De Santis.

en una carroza de gala con lucido séquito, el cardenal Filomarino, seguidos de numeroso pueblo. Dejaron todos los caballos para pasar el puente levadizo, y las armas para atravesar los rastrillos, cosa que mortificó muchísimo á los populares; y mas aun al ver toda la guarnicion formada, grandes retenes en las plazas de armas, y preparadas y á punto las baterías.

En la capilla de Santa Bárbara, ocupando cada cual su puesto correspondiente, y dejando entrar alguna jente del pueblo, se leyeron los 58 artículos de la nueva capitulacion adicional, y se juró en debida forma por unos y otros su cumplimiento. Terminado este importante acto se cantó un solemne *Te-Deum*. Y en seguida tomó la palabra el Virey, y arengó con destreza y sagacidad á los concurrentes, elogiando al pueblo, pero condoliéndose de los excesos inevitables, que habian tenido entrada en aquellos dias de confusion. Insistió en que el alzamiento habia sido razonable, y promovido con motivos muy justos; pero afeó el que la primera capitulacion hubiese sido infringida: trató de inculcar la idea de que emisarios extranjeros de los enemigos del Rey eran los que agriaban los ánimos, y abusaban del candor de los napolitanos: y concluyó manifestando el estado de penuria en que se hallaba el tesoro, y la necesidad de que la ciudad hiciera un nuevo generoso esfuerzo, y un extraordinario servicio, no ya al rey, sino á sí misma. Pues no se trataba de enviar socorros á España, sino de procurarlos á los mismos habitantes de Nápoles, donde las circunstancias habian aumentado tanto la miseria, que faltaba subsistencia para todos, y no se podia atender á la manutencion de las tropas y á las necesidades urgentísimas de la marina. A esta arenga, que fué muy bien escuchada y recibida, contestó el teniente Désio, poniéndose en pié, y proponiendo con desenfado: que en virtud de que estaban completamente abolidas las gabelas para no aparecer mas, y siendo indispensable atender á los gastos del servicio público, se diese á S. M. una voluntaria contribucion de quince carlinos (22 rs. vn.) por cada hogar. La aprobacion fué unánime. Los vivas asordaron el aire, y se creyó terminada de veras la sublevacion (1).

(1) De Santis.—Raph. de Turris.

CAPÍTULO VIII.

Publicado solemnemente el juramento de las nuevas capitulaciones, quedó por algunos dias en reposo la ciudad de Nápoles, pero no en completa tranquilidad. El poder de la autoridad legítima no se restableció cual se esperaba, y para lo que no le faltaban apoyos; y el pueblo armado, y obediente siempre á los jefes de la sublevacion, estaba pronto á volver á la pugna, y á renovar los desórdenes, con pretexto ó sin él, segun se les antojase á los que de hecho lo gobernaban. La mayoría de los habitantes de la ciudad deseaba ardientemente que no se interrumpiera el sosiego, conociendo que este es el primer bien, la necesidad primera de la sociedad. Pero la minoria que nada tenia que perder, y sí mucho que ganar en el desórden, queria nuevo movimiento. Y como acontece que siempre dominan todas las situaciones los pocos que se mueven, y no los muchos que se están quietos, pronto empezaron otra vez á conmoverse los ánimos, y á presentarse síntomas de alarma, y presagios de nuevos desconciertos. Aparecieron en las esquinas pasquines y carteles, acusando á los españoles y á los nobles de planes de reaccion y de venganza. Y corrieron por los corrillos de la gente baldía, que nunca falta en los puestos públicos de las grandes capitales, noticias alarmadoras y especies absurdas, pero de seguro efecto. Por lo que el electo del pueblo publicó el 11 de setiembre un bando, con pena capital para los autores de pasquines y para los noveleros, ofreciendo dos mil ducados de gratificacion á los que los delatasen. Confirmó el Virey esta disposicion, y mandó ademas, sabiendo que la ciudad hervia en emisarios extranjeros, que en el término de tre

dias saliesen de ella los franceses, piamonteses, saboyanos y sicilianos, que no contaran dos años de domicilio. Revalidó los privilegios de los tejedores de seda, con lo que disgustó grandemente á los mercaderes, renovándose el litigio entre unos y otros. Arregló el precio de los víveres, y trató, esperando ya de un momento á otro la armada española, de abastecer de vituallas y municiones los castillos, y de recomponer y aumentar con disimulo los reparos y obras de defensa. Y como cayeran en sus manos varias cartas en cifra de algunos jefes populares al marques de Fontenay, embajador de Francia en Roma, pintándole el momento favorable para con poca fuerza apoderarse del reino, renovó la vigilancia y el cuidado, temiendo á cada instante verse atacado por los franceses.

El dia 12 recibió aviso el Virey por una falua que llegó en pocas horas de Cerdeña, de estar allí detenida por los contrarios vientos la armada española, al mando del hijo natural del Rey. Y esta circunstancia desagradó mucho al Duque, y le aguó el contento de ver tan próximo el suspirado socorro. Tratóse en su consejo íntimo de mantener secreta la noticia, pero el dia 18 empezó á traspirar y á producir diferentes efectos por la poblacion. La mayoría de ella celebró la venida de aquellas fuerzas, que debian restablecer un órden duradero en el país; pero los alborotadores de profesion y los jefes populares, que no querian volver á las tareas de su condicion privada, y que se saboreaban con el mando, compelieron al general Toraldo á avistarse con el Duque y á proponerle, que mandara detener aquellas fuerzas navales en Gaeta, para evitar mayores daños. Escusóse el Virey con decir que viniendo directamente de España y á las órdenes de un príncipe real, no podia darles órden alguna. Respuesta que dejó muy poco satisfecho al populacho conmovido; pues empezó descaradamente á aprestarse á la resistencia, proveyendo largamente de armas, víveres y municiones la torre de San Lorenzo, el torreon del Cármen y otros puntos fortificados.

Dispuso el duque de Arcos, ya con mas ánimo fundado en las esperanzas de inmediato socorro, que se fortificasen unos edificios que estaban entre Castelnovo y el arsenal, y que en los pasados dias habia ocupado el pueblo, interrumpiendo la comunicacion de aquellos puntos importantes. Empezóse la obra el 22 de setiembre, y alarmado el populacho manifestó desde luego su disgusto. Iban creciendo los grupos

de descontentos, y empezandó á manifestarse clara la alteracion; cuando la noticia de haber sido preso Pione, el compañero de Masanielo, y jefe de nna de las bandas de mnchachos que, como dejamos dicho, dieron principio á la sublevacion, y uno de los que mayores atrocidades habian cometido durante ella, vino á dar un pretexto plausible para el ya preparado rompimiento. Montaron en cólera las desarrapadas turbas, y quisieron matar á uno de los jefes populares llamado Milone, ya mal visto por partidario de la paz, y que habia tenido en su casa á aquel revoltoso y atrevido mancebo. Fuéron pues á asaltar su vivienda, jurando matarlo, y matar en seguida al Virey y á todos los españoles (1).

El rumor del motin y la noticia de su objeto llegaron á un mismo tiempo el duqne de Arcos, qne recurrió al electo del pueblo para que tratara de conjurar la tempestad, que acaso en aquella ocasion hubiera podido nn cañonazo ahuyentar para siempre. Acudió tambien á Désio, que en union con Arpaya calmó el alboroto. ¿Pero cómo?... Mandando con beneplácito del Virey suspender inmediatamente las obras de fortificacion comenzadas, y presentando en la plaza y en plena libertad al preso, con una reverente excusa de la autoridad suprema, asegurando á la pillería que la prision de Pione se habia hecho sin su conocimiento, y haciendo castigar á los que la habian verificado. Con tan enérgicas y dignas disposiciones quedó el motin contento y servido, y se deshizo la alterada reunion de aquellos pocos alborotadores. ¡Y tenia el Virey á pocas millas una armada mandada por un príncipe español, y tenia tropas leales indignadas de tanta condescendencia, y tenia de su parte la mayoría de una ciudad fatigada de desórdenes y de confusion!

Al siguiente dia volvió á alterarse, con disgusto de todos, la pública tranquilidad, por dos capuchinos que predicando como solian en la plaza del Mercado, conmovieron el populacho. Pero como el movimiento no encontró eco en otros barrios, se deshizo pronto por sí mismo. Y los predicadores, y nuevamente el mancebo Pione, y un cuñado de Masanielo fuéron aquella noche arrestados, y conducidos con sigilo á Castelnovo, de donde no volvieron á salir (2).

(1) De Santis.
(2) De Santis.—Capecelatro, MS.—Raph. de Turris.

En todos estos alborotos tomaba parte mas ó ménos, segun se lo aconsejaba su sagacidad, José Palumbo, que nunca quiso figurar en primer término, contentándose con el mando de un barrio, y con ejercer una secundaria influencia. El que desde la muerte de Masanielo ambicionaba ardientemente sucederle, y ser cabeza suprema de la sublevacion, era el maestro arcabucero Genaro Annese. Pero aunque contaba con muchos partidarios, no habia podido conseguirlo, y se sujetó de malísima gana al general Toraldo y á su teniente Désio; conservando empero con casi absoluto dominio el mando del Torreon del Cármen, ciudadela del populacho, y el gobierno del Barrio del Lavinaro, foco permanente de alborotos. Este hombre aunque cobarde audacísimo, era el que con mas calor se oponia á todo avenimiento, sembrando las noticias mas alarmadoras, y las especies mas á propósito para desacreditar á Toraldo, á Désio y á los jefes populares, qne propendian á la paz y al órden. Y espiando continuamente las ocasiones de alborotar, la encontró muy oportuna el dia 30 de setiembre.

Habíase ya negado á dejar trasladar la exorbitante cantidad de pólvora, que con peligro del fuerte y de los barrios circunvecinos estaba depositada en el torreon del Cármen, á los almacenes y castillos. Y como aquella mañana, por disposicion del capitan general del pueblo, y del electo Arpaya, se condujese una gran cantidad de ella á Santelmo, Annese levantó el barrio de Lavinero, y con la gente mas perdida de él atacó la recua que conducia la pólvora, y dispersando la escolta, se la trajo á su torreon. La noticia de este atentado, que conmovió algun tanto la ciudad, llegó al convento de San Agustin, donde Toraldo, su teniente Désio, el electo Arpaya, y otros jefes populares estaban en conferencia. Y Désio con el rostro encendido y ademan violento dijo á Toraldo... *¿A qué juego jugamos?... ¿De qué sirve que los hombres de bien estemos aquí trabajando para asegurar la paz, si otros la rompen y atropellan con tanto descaro?—Tales atentados merecen pronto escarmiento.*—Don Francisco Toraldo, conociendo lo nulo de su posicion, se encogió de hombros y respondió: *el señor electo, que tiene mas autoridad que yo, puede tomar las disposiciones que juzque mas oportunas.* Con lo que Arpaya enardecido y sin reflexionar lo que decia, ni delante de quien hablaba, se levantó exclamando:—*Hagamos matar á ese tunante. Yo por mí daré doscientos ducados al que nos haga tal servicio.* Y salió

apresurado y resuelto, como para evitar las consecuencias que podia tener aquel grave incidente.

En el mismo momento llegó por distinto lado á S. Agustin Genaro Annese, y al verlo Panarella, jefe del barrio de la Congeria, animado por las palabras del electo, y por el espíritu que reinaba en la junta, se arrojó á él con un puñal enarbolado. Interpusiéronse algunos frailes, que evitaron el golpe, y fué tal el susto de Annese, que huyendo despavorido se ocultó en el coro detrás del órgano, y á poco rato saliendo por un postigo secreto se fué al barrio del Lavinaro, á pedir cumplida venganza, Corrió pronto la noticia de este suceso, y conociendo el electo que podia encontrar graves peligros en la plaza del Mercado, adonde se encaminaba, mudó de rumbo y se fué al barrio de Santa Lucía, que estaba á su devocion. Panarella, despechado de no haber asegurado el golpe, fué en su busca y le ofreció poner inmediatamente sobre las armas todo el distrito de la Congería, y atacar al del Lavinaro, como hospedaje y asilo de la pillería que alteraba continuamente el reposo de la ciudad, y que imposibilitaba toda medida de órden. Désio que estaba presente lo aprobó, y marchó á levantar tambien con el mismo objeto los barrios altos.

Tocóse arma, resonaron las campanas á rebato, conmovióse la capital toda, y se puso en defensa el Lavinaro con Annese á la cabeza, ayudado de los barrios del Cármen y de la Marina, que hicieron causa comun; miéntras que el de la Congería con su jefe Panarella, y seguido del de las Vírgenes, San Juan, y Puerta Capuana, se preparaban al ataque con resolucion. Prontos pues estaban á combatir y á destruirse entre sí los sublevados, dividida en bandos la ciudad, y decidido el que capitaneaban Panarella y Désio, que era el mas granado y numeroso, á pasar á cuchillo á la pillería, y á destruir con fuego los barrios en que habitaba. Reinando tan ciego furor y tan enardecido encono entre ambas facciones, como si no fueran las mismas que pocos dias ántes formaban un solo cuerpo, peleando por la misma causa, y perpetrando crímenes tan horrendos.

Sabedor el duque de Arcos de lo que ocurria en la ciudad, creyó gozoso llegado el momento de su seguro triunfo. Y para caer oportunamente sobre el pueblo asi dividido, asegurando una completa venganza, mandó poner á punto la artillería de los castillos, y preparar las guarniciones para hacer una repentina salida en la ocasion conve

niente. Los barrios de la ciudad que no quisieron tomar parte en aquella lucha fraticida, permanecieron tranquilos, aunque aprestando las armas para defensa propia, y para declararse á tiempo por el partido vencedor.

Iba la ciudad á inundarse de sangre. Ambas fracciones del pueblo napolitano marchaban ya á embestirse para empezar una lucha de exterminio; cuando el príncipe de Massa, don Francisco Toraldo, guiado por los impulsos de su corazon benéfico y generoso, y sin mas objeto que el de impedir los desastres del momento, corrió á probar fortuna y á meterse entre los opuestos y encarnizados bandos, para exhortarlos á la paz. Llegó á caballo al sitio en que casi comenzaba la pelea, y tuvo tan buena suerte, habló con tanta oportunidad, y se sirvió de tan buenos ayudadores, que logró muy pronto ser escuchado, y consiguió en pocos minutos conjurar y deshacer completamente aquella borrasca. Y llamando ante sí á Annese y á Panarella, los obligó á hacer las paces, abrazándose en presencia de todos, y á que mandaran retirarse en sosiego y dejar las armas á las encontradas turbas que capitaneaban.

Desconcertó al Virey este imprevisto desenlace de aquel drama, que tan sangriento y espantoso habia aparecido. Y él y otros muchos hombres de Estado juzgaron, que Toraldo habia cometido una gravísima falta, ora mirase por los intereses de la corona á quien decia servir, ora por los del pueblo sublevado á cuya cabeza se hallaba. Pues vencida la gentuza alborotadora del Lavinaro, como lo iba á ser sin remedio, se hubieran evitado los desórdenes y matanzas que sobrevinieron; y la ciudad de Nápoles, libre de la lavadura de discordias, y sin continuar en aquel estado horrendo de anarquía, hubiera conseguido el objeto de quedar desahogada de impuestos arbitrarios, y regida de la manera mas conveniente á sus verdaderos intereses. Y el mismo Toraldo obrando por el instinto de hombre de bien empeoró muchísimo su difícil posicion; pues se atrajo el ódio de los Españoles y de los napolitanos, que deseaban acabar con los motines; sin ganar ni el afecto ni la confianza de los alborotadores.

CAPÍTULO IX.

El dia siguiente 1.° de octubre de 1647 avisó al amanecer el castillo de Santelmo, que una gruesa armada se descubria en el borizonte. No faltó quien temiese y quien esperase que fuera de franceses, y aun el mismo Virey estuvo dudoso. Pero muy pronto la bandera real enarbolada en el vigía, aseguró á todos que era española, la que ya entraba en el golfo de Nápoles con viento favorable y con mar bonancible. Cundio rápidamente la nueva por la ciudad, causando efectos diversos, y despertando temores y esperanzas. Cubriéronse de curioso gentío playas, marinas, muelles y azoteas, para ver llegar aquellos bajeles, cuyo arribo debia producir tan importantes resultados. Una salva general de todos los castillos y fnertes, inclnso el torreon del Cármen, saludó la insignia real, que tremolaba en la alta popa de la capitana. Y á media tarde fondearon majestuosamente enfrente de la Marinela, bajo el cañon de Castelnovo, veinte y dos hermosas galeras, doce gruesas naves, y catorce barcos menores.

Don Juan de Anstria, hijo natnral de Felipe IV, jóven de diez y ocho años de edad, de gallarda presencia, benigno carácter, y capacidad precoz, era el general de aquellas fuerzas. Traia por director y consejero (bien que se babia quedado atras por los malos tiempos, y para recoger algunos bajeles que venian de Génova) al valiente caballero y experimentado marino D. Cárlos Dória, duque de Tursí, nieto del celebre Andrea, y padre de Gianetino que mandaba las galeras napolitanas. Venían ademas con S. A. el duque de Gandía y el baron de

Batteville, como consejeros, y un Gaspar Leguía como secretario (1).

La llegada de tan gran Príncipe causó un momentáneo movimiento de alegre entusiasmo en el pueblo de Nápoles, *sublevado* hasta entónces, pero no *rebelde*. Mas pronto se calmó para dar lugar á otros ménos favorables, que cuidaron de mantener y de acalorar los hombres desconfiados y recelosos, y los interesados en llevar las cosas mas adelante. Pues aunque temian que aquellas fuerzas, al parecer formidables, con que contaban ya los españoles, pudiesen dificultar sus planes, esperaban mucho de los franceses, con quienes tenian muy adelantadas sus negociaciones.

El duque de Arcos aunque no muy contento de encontrarse con un personaje superior suyo en clase y en autoridad, cuando esperaba solo medios de ejercer sin límites la suya de Virey, disimulo sagazmente su disgusto, y trató de apoderarse del ánimo del jóven Príncipe, para dominarlo, tener en él un escudo, y servirse de las fuerzas que traia para restablecer su dominio, y desquitarse con usura do las humillaciones á que lo habian conducido su imprevision primero, y luego su debilidad. Envió á felicitarlo del deseado arribo á su yerno el marqués de Lombay; y poco despues al visitador general del reino, bien adestrado en las ideas que sagazmente debia sembrar en el recien llegado, acerca del estado del país, y de las medidas de rigor que reclamaba. No hicieron gran mella en el ánimo do D. Juan de Austria estas insinuaciones, pues comparaba las fuerzas populares y el cuerpo que ya tenia la subleva cion, de la quo habia adquirido poco favorables noticias, con las fuerzas que traia á bordo, y que no pasaban de tres mil quinientos infantes, formando cuatro tercios, tres de españoles y uno de napolitanos. Y seguimos en esta numeracion al contemporáneo de Santis, y al maestre de campo Capecelatro, aunque autores posteriores, que han querido acaso aumentar la gloria de los triunfos del pueblo rebelde, acrecentando el número de las tropas que lo combatian, afirman que pasaba de seis mil hombres los que trajo la armada. Número siempre escaso para competir con mas de cincuenta mil, no ya tímidos paisanos, sino guerreros avezados á las armas, mandados con inteligencia, y sostenidos por circunstaucias de mucha gravedad, y por el estado del reino todo.

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.

Al anochecer fué el Virey en persona á visitar al Principe, y cuidó de llevar adelante su plan, y de dar mas extension á las pláticas ya entabladas por su confidente el visitador. Halló á don Juan frio y discursivo, y muy dudoso en el partido que debia adoptar. Pero le contó los hechos á su manera, y le pintó las circunstancias tan favorables, asegurando que todos los barones del reino, y mas de veinte mil paisanos bien organizados y dispuestos en la ciudad le darian inmediatamente apoyo, que el jóven príncipe y sus sesudos consejeros, quedaron casi convencidos de las razones del Duque; decidiendo sin embargo que se obrara con mucho pulso, y que ántes de apelar á la fuerza, se apurasen los medios de prudencia y de conciliacion (1).

Al dia siguiente reunió el Virey en Castelnovo á don Francisco Toraldo, capitan general del pueblo, á su teniente Désio, á los electos y diputados de los sediles, al electo del pueblo, y á los jefes de los barrios, con otros ciudadanos de los mas influyentes. Y les manifestó que la escuadra española destinada á cruzar en el Mediterráneo para proteger y defender la costas, y perseguir á los piratas berberiscos, habia llegado por casualidad al puerto de Nápoles, sin mas objeto que el de refrescar víveres, y reparar las averías causadas por el último temporal de equinoccio, y de modo alguno para hostilizar á los napolitanos, de cuya lealtad y obediencia estaba tan seguro el Rey. Pero que viniendo de Almirante de aquella escuadra un príncipe tan excelso, un hijo querido del soberano, y que miraba como hermanos á todos los súbditos de su padre, razon era obsequiarlo y servirlo como merecia, abastecer largamente sus bajeles, y separar de sus ojos todo resto de los pasados disturbios. Que debia pues convidársele á honrar con su presencia la ciudad el tiempo que necesitara para reponerse; y que para que su venida á tierra fuera un nuevo vínculo de paz y de concordia, debia el pueblo deponer las armas, y si aun tenia mercedes que pedir ó reclamaciones que demandar hacerlo con toda confianza á tan excelso y benigno huésped, sin darse el aire de exigirlas; porque no seria decoroso ni para la autoridad de tal personaje, ni para la reputacion de fiel y de leal de que gozaba la ciudad de Nápoles.—El discurso del Virey bien que muy estudiado, y sin la menor expresion

(1) De Santis.

que pudiese inspirar desconfianza ó herir la susceptibilidad de los sublevados, hizo muy mal efecto en la asamblea, por mas que Toraldo y los otros partidarios de los españoles trabajaron con el rostro y los ademanes para evitarlo. Y uno de los circunstantes poniéndose en pié, entre el murmullo general de descontento, manifestó con el rostro encendido y la voz alterada: que el pueblo no creia tan casual é inocente la llegada de la escuadra, ni tan bien dispuesto á su comandante. Que veia su perdicion en el momento de dejar las armas, como se le pedia. Y que asunto tan grave y trascendental no podia tratarse tan á la ligera, y que era preciso discutirlo y resolverlo en una asamblea general. Con esto se disolvió aquella reunion, quedando todos sospechosos y desabridos.

En seguida se convocó otra mucho mas numerosa en el convento de San Agustin, á que concurrieran todos los jefes populares y muchos habitantes de la ciudad de todos colores, y púsose sin preámbulo á discusion si debia ó no dejar las armas el pueblo, para recibir en la ciudad al señor don Juan de Austria. Acaloradísimo fué el debate; hablóse largamente en pró y en contra. Las personas de responsabilidad, lastimadas de los pasados desórdenes, secundaron los deseos del Virey y de Toraldo. Las que miraban mas adelante, y debian á la sublevacion su importancia y engrandecimiento, se opusieron con sentidísimas razones, manifestando que seria el soltar las armas entregarse á discreccion de enemigos poderosos y enconados; y abastecer la armada, robustecer las fuerzas que los habian de destruir. Y prevaleciendo estas opiniones en la numerosa asamblea, se decidió despues de largos discursos, que el pueblo se conservase armado, y que se enviaran diputados á cumplimentar y á regalar á S. A. *como deber de cortesía*, manifestándole las quejas y recelos que obligaban á los napolitanos á no deponer las armas á sus piés.

No contentó á don Francisco Toraldo semejante resolucion, y animado con el recuerdo del buen éxito que tuvieron dos dias ántes su presencia y sus palabras con las masas populares, montó á caballo, y ántes que se divulgara fué á recorrer los barrios bajos, para ver si podia sorprenderlos y hacerles consentir en la deposicion de las armas. Empezó á trabajar con buenos auspicios á fuerza de arte y de buenas razones. Y ya dirigia la palabra á una masa considerable de pueblo que rodeaba su caballo, y que le oia con deferencia; cuando le ocur-

rió en mal hora servirse inoportunamente de un argumento *ad terrorem* diciendo: que era ya preciso avenirse á un pacífico acomodo, porque sino la armada, que era la mas poderosa del mundo, podria muy fácilmente con una sola descarga de su artillería destruir la ciudad. Esta fanfarronada produjo grandes carcajadas, y tras de ellas tal repentino furor en la turba, que faltó muy poco para costarle caro al capitan general del pueblo.

Tambien el Virey por otra parte, miéntras valiéndose de la autoridad y astucia del consejero Miraballo, negociaba con los barones y grandes señores que se reuniesen y armasen, quiso probar la mano, y envió emisarios por todos los barrios de la ciudad á predicar el desarme, revalidando las juradas capitulaciones, ofreciendo nuevas mercedes, y asegurando que pondria tan estrechos á los nobles, que nada tuviese que temer de ellos el pueblo. Pero tales mensajes hicieron corto efecto, y se llevó á cabo lo resuelto en San Agustin (1).

(1) De Santis.—Capecelatro.—Raph. de Turris.

CAPÍTULO X.

Al dia siguiente 3 de octubre fuéron á bordo los diputados del pueblo, para cumplimentar y regalar al jóven Principe. Recibiólos este con grandes muestras de amor y de consideracion, admitiendo con cordialidad los refrescos abundantes y exquisitos que le presentaron. Manifestáronle humildemente el lastimoso estado de la ciudad, que habia tenido que apelar á las armas para libertarse de la total ruina á que la arrastraban, como al reino todo, los malos y codiciosos ministros, los insolentes y corrompidos nobles. Que por lo tanto no extrañara hallarlos con las armas en la mano, para defenderse de tales domésticos enemigos, pero de ningun modo para deservicio de S. M.

Eludió don Juan sagazmente la cuestion, contestando con palabras generales; y despidió á los diputados contentos y satisfechos de la gallarda presencia y noble discrecion de tan excelso Príncipe. Pero miéntras esto pasaba en la nave real, en ella y en las demás de la escuadra se derramaron varias personas del pueblo, so pretesto de vender chucherías, frutas, pan fresco y otros regalos; y examinaron cuidadosamente el estado de los bajeles, sus provisiones y aprestos, y sobre todo el número de tropas que trasportaban. Y vueltos á tierra publicaron en los corrillos el mal estado de la armada, la escasez de sus recursos, y lo corto de las fuerzas que la tripulaban y guarnecian. Estas fidedignas noticias hicieron su efecto, y empezó á decirse en todas partes sin rebozo (como refieren De Santis y Capecelatro, contemporáneos) que la armada era una vejiga llena de

viento. Con lo que levantaron cabeza todos aquellos que al ver aparecer tales fuerzas habian desmayado; y avergonzados de su infundado temor, volvieron mas feroces y encarnizados á oponerse á todo acomodamiento.

Sin embargo los españoles, y todos los que tenian que lamentar alguna pérdida ó insulto en los pasados desórdenes, ponderaban lo oportuno y decisivo del socorro, y lo seguro de su resultado para obtener reparaciones y venganzas. Y nadie mas que el Virey, corto de vista en todas ocasiones, participaba de estas ideas; y ufano mas de lo que la prudencia dictaba, ensoberbecido mas de lo que su situacion permitia, y creyéndose ya omnipotente, no volvió á pensar en el Cardenal arzobispo, ni en lo mucho que hubiera valido su influencia, tantas veces puesta felizmente á prueba, en aquellas nuevas circunstancias. Pues sin contar para nada con él, y desdeñando sus relaciones, se dedicó exclusivamente á acalorar y organizar la nobleza en favor de sus planes de rompimiento y guerra; y á dominar el ánimo del Príncipe, para que sirviese de ciego instrumento á su venganza.

Entre tanto don Francisco Toraldo, Désio y otros cabos populares, que deseaban de buena fe el restablecimiento del órden y de la autoridad legítima, y que viendo mas claro que el Virey, no querian llevar las cosas al último extremo, prosiguieron en la reunion de San Agustin las negociaciones. Y lograron al cabo el que se decidiese en ella que dejase el pueblo las armas, depositadas en un almacen de la plaza de la Sellería, situada en el centro de la ciudad. Y que quedasen solo seis mil hombres armados, para defender las capitulaciones, y asegurarse contra alguna intentona de los nobles, ó algun rebato de los bandidos. Razonable y de muy buen acomodo parecia este partido, y el mismo Toraldo con otras personas de cuenta fué á bordo de la Real á dar parte al señor don Juan de Austria de este acuerdo, que debia producir el mas feliz resultado. Recibiólos el Príncipe con benignidad y agasajo, y aunque no le disgustó el arreglo, como ya habian extraviado su buen juicio, no se atrevió á resolver. Y contestando en términos generales, sin aceptar ni rechazar la propuesta, los despidió honrándolos y acariciándolos con cordialidad. Y despachó en seguida á su secretario Leguía á avisar de todo al Virey.

Este, no ya perplejo en sus decisiones y dócil á todas las exigencias, como lo era pocos dias ántes, sino resuelto, inexorable, decidió que

que no era de modo alguno aceptable la proposicion de la junta de San Agustin; porque seis mil hombres armados eran suficientes para ser dueños absolutos de Nápoles, é imposibilitar toda autoridad. Mas ó porque no podia ménos el Virey de manifestar siempre indecision, ó porque quiso obrar con mas apoyo, determinó tomar sin pérdida de tiempo consejo de personas sensatas para su difinitiva resolucion. Ciertamente no comprendemos cómo el que queria con la fuerza de la armada poner en brida ciento cincuenta mil hombres aguerridos y ya en rebelion abierta, hallaba tanto peligro en solo seis mil, y despues de haber hecho el pueblo todo un acto positivo de sumision.

Celebró pues el duque de Arcos al dia siguiente una consulta poco numerosa, y á la que cuidó de convocar las personas que habian de apoyar su pensamiento. Pero no pudo eximirse de Cornelio Spínola, el negociante genoves, que como dejamos escrito, aconsejó tan á tiempo la abolicion de la gabela sobre la fruta, orígen de los acontecimientos que vamos narrando. Entablada la discusion, este hombre prudentísimo, que conoció la propension de la asamblea á adoptar medios violentos, manifestó con moderacion y gravedad que no los juzgaba convenientes, cuando se presentaban otros no despreciables. Que no era tan fácil como se suponia el sujetar á viva fuerza la sublevacion armada y aguerrida. Que los medios con que se contaba no eran bastantes para tan árdua empresa; pues aunqne la artillería arrasase la ciudad, no se lograría mas que arruinar casas y palacios. Y en fin que el saber acomodarse á las circunstancias, y sacar partido del amor y del respeto, que inspiraria la presencia del Príncipe real, podria tener mas ventajoso resultado.—El capitan de la guardia del Virey, que asistia á la junta, caballero español, jóven ya calorado, impaciente con el discurso del sesudo anciano, lo atajó con viveza diciendo: que la empresa no era tan difícil y costosa como la pintaba el miedo, y que el humo de los cañonazos bastaba para acabar con la sublevacion. Que se recordara lo que habia sucedido en tiempo de don Pedro de Toledo, cuando el tumulto contra la inquisicion; y que bastaron entónces tres mil españoles para sujetar y escarmentar á Nápoles revuelta.—Repúsole Spínola con acento tranquilo y modesta sonrisa, que aquellos eran tiempos muy diferentes. Que entónces vivia y reinaba un Cárlos V, de tanto prestigio en el mundo, que á su nombre solo se postraba el universo. Que entónces tenia la ciudad de Nápoles la cuarta parte de pobla-

cion qne al presente, y solo quince mil hombres sobre las armas: los que fuéron vencidos no con tres mil, sino con diez mil españoles y cincuenta galeras. Y que á pesar de todo la inquisicion no se estableció (1).

O hicieron impresion en el ánimo del duque de Arcos las razones del Spínola, ó aunqne ya resuelto y decidido por la guerra le asombró, como sucede á los caractéres débiles, su propia resolucion, y aun luchaba con el estorbo de la habitual perplejidad; pues disolvió la reunion sin qne nada quedara decidido; y dispuso que se celebrase otra muy numerosa en San Agustin. En ella manifestó por medio de sns comisionados, que el Príncipe hijo del Rey no podia ni debia venir á tierra, hasta que los napolitanos todos depusiesen las armas á sus piés. Gran tormenta levantó en la asamblea esta manifestacion, que rechazaba completamente el medio conciliatorio propuesto al mismo Príncipe; y entablóse nna reñida y larga discusion. Los partidarios del Virey, apoyados por los que anhelaban reposo y tranquilidad á toda costa, juzgaron aceptable la condicion, aunque con ciertas cortapisas; pero los que tenian intereses creados que sostener, ó justos temores que considerar, levantaron el grito en coutra, apoyados y sostenidos por los revoltosos, y por el clamoreo de la turba popular, que circundaba el convento, pidiendo guerra y anhelando combatir. Dejó como astuto el teniente Désio desfogar la borrasca, y en un sagaz discurso, sin declararse partidario de unos ni de otros, y sin aceptar ni rechazar la proposicion del Virey, manifestó que era insostenible el estado á que habian llegado las cosas: que no era decoroso tener al hijo del Rey relegado en los bajeles: que el pueblo armado seguia cometiendo tropelias inauditas, y faltando abiertamente á la capitulacion: que la insubordinacion de Genaro Annése y de otros cabos populares, que continuaban almacenando pólvora en el torreon del Cármen y trabajando en las fortificaciones, no se podia tolerar: y que era necesario para el bien comun dar fin á tantos desórdenes y avenirse á la razon.—No pudo acabar sn discurso, que no dejaba de ir causando buen efecto. Las voces de Palumbo, Panarella, Caffiero y otros, que no solo con descompuestas palabras le interrumpieron, sino que lo atacaron furiosos con dagas y puñales, le obligaron á ponerse en salvo para huir de una

(1) Raph. de Turris.

muerte cierta. Refugióse en la sacristia, y alejóse luego de San Agustin para ponerse á buen recaudo (1).

Otra reunion se verificó al anochecer en palacio presidida por el Virey, donde se mostró este mas conciliador y razonable de lo que solia, pero nada se resolvió en ella. Y en seguida en un consejo privado á que asistieron solo el general don Vicente Tuttavilla, el visitador general del reino, el acalorado capitan de la guardia, y los pocos jefes populares de entera confianza, se volvió á ventilar el negocio, y se decidió definitivamente apelar á la fuerza. El Duque creyó así á cubierto su responsabilidad, y para mas asegurarla hizo extender un acta prolija, firmada por cuantos estaban presentes. Verificóse así aunque Tuttavilla, antes de firmar, expuso algunas juiciosas observaciones sobre lo poco que se debia fiar en las ofertas de los nobles, que contaban con escasos recursos, y que no tenian ya tanta influencia como se imaginaban; y sobre la poca fe que merecian las seguridades de los jefes populares, que brindaban con la cooperacion de una fuerza, que acaso no encontrarian disponible ni decidida en el momento del conflicto. No se tomaron en cuenta estas reflexiones, firmó pues el documento, y al hacerlo aconsejó que ántes de todo se asegurase la persona de Toraldo, porque iba á ser un obstáculo de mucha gravedad. Dijo el Duque que Toraldo, estaba ya escamado y sospechoso, y que seria difícil hacerse con él, porque no vendria ni al palacio ni al castillo aunque se le enviase á llamar. Replicó Tuttavilla, que no se resistiria á ir á la nave real si el Príncipe lo convocaba, y que podia arrestársele á bordo: debiéndose hacer lo mismo con el electo Arpaya, que fingiéndose partidario del órden y celoso servidor del Rey, era el que mas acaloraba la sublevacion, y el que mas imposibilitaba todo arreglo.

Determinado así, fuéron á deshora á la Capitana el Virey y el visitador general para obligar al Príncipe á que llamase á Toraldo. Hizolo, mas este ó porque algun aviso secreto le advirtió del peligro; ó porque temió desconfiar al pueblo, que lo observaba cuidadoso, yéndose á bordo á tales horas; ó porque juzgó prudente evitar en aquellas difíciles circunstancias todo compromiso, no acudió al llamamiento. Entónces se trató decididamente de desembarco y de ataque, haciendo con pluma y papel mil soñados cálculos de las fuerzas populares que se uni-

(1) De Santis.

rian á las tropas, les guardarian las espaldas y asegurarian el triunfo. Con lo que don Juan, jóven inexperto, y sus consejeros no bien informados del estado de las cosas, accedieron completamente á los intentos del obcecado Virey. Decidióse pues que desembarcaran aquella misma noche con sigilo en el arsenal dos mil y quinientos hombres; que el teniente Désio aprovechando los momentos avisase á los confidentes y partidarios, y aprestase con recato las fuerzas populares que habian de ayudar á la operacion; y que esperaran todos para obrar la señal que daria la torre del homenaje de Castelnovo, adonde se retiró el Virey ántes de amanecer, llevándose consigo al secretario de S. A.

CAPÍTULO XI.

No encontró Désio tan bien dispuestas como se creia las gentes con quienes se contaba. Y advirtió ademas que el pueblo, ó bien por instinto, ó por haber barruntado lo que ocurria, pasó la noche toda muy vigilante, fortificándose con zanjas y reparos, y acrecentando sin estrépito los repuestos de armas y de municiones. Estas noticias no agradaron mucho al Virey, y despertando algun tanto su perplejidad le obligaron á reunir nuevo consejo. Mas ya estaban las cosas muy adelantadas para retroceder, y se decidió llevar á ejecucion el proyectado y dispuesto ataque; pero que ántes de romperse las hostilidades se atrajesen con cualquiera pretexto á Castelnovo al electo Arpaya, á los dos hermanos Caffieros, á Salvador Baronc, al secretario de Polito, á su sobrino Bautista, á su hijo Fray Hilario, á Gregorio Accieto, y á algunos otros de los que acaloraban al pueblo, y que eran mas capaces de dirigirlo, y de tomar oportunas disposiciones de defensa. Enviáronseles astutos mensajeros, cayeron en el lazo, y se presentaron casi todos en el castillo. Ya estaba instalado en él (pues no se perdia el tiempo) el consejo de guerra que los debia juzgar: tomóseles declaracion sin demora; confesaron aterrados y sin apremio, que á instigacion de Palumbo y de Genaro Annése, se disponian á sorprender la noche venidera los puestos altos de la ciudad, y á empezar desde ellos la agresion, combatiendo los castillos y cañoneando la armada. Y que hacia dias estaban en correspondencia con el marques de Fontenay, esperando una gruesa armada francesa. Convictos de traicion, fuéron inmediatamente sentenciados y condenados á muerte, y sin mas esperar ejecutados:

salvándose solo Fray Hilario Pólito, para tenerlo como en rehenes, y Francisco Arpaya. De este exigió en el acto el Virey, que como *Electo del pueblo* le pidiera en nombre de la ciudad la ocupacion á viva fuerza, cual único medio de restablecer en ella el órden y el sosiego. Resistióse el magistrado popular, con una energía digna de un hombre de mejores antecedentes, á autorizar aquella agresion, que tenia todo el carácter de venganza. Y dice la historia, que indignado el Virey de aquella noble repulsa, prorumpió en frases y aun se propasó á acciones indignas de su alta jerarquía, de su madura edad, de su elevada posicion. El pobre Arpaya fué sumido en un calabozo, trasladado despues á Cerdeña y de allí á España, donde un tribunal lo condenó al presidio de Oran, en el que murió á los pocos años (1).

A media mañana del dia 5 de octubre, los caballos de un coche que estaba parado á la puerta de Castelnovo se dispararon, y corrieron desbocados y sin cochero hácia la calle de Toledo, atropellando á la multitud y causando espanto general, desórden y confusion. Aprovechando lo cual, mandó impetuosamente el Virey salir un tercio de españoles gritando: *viva el Rey, vivan las gabelas*. Enarboló en la torre del homenaje la señal de arremeter, y en medio del trastorno general envió un mensaje al Arzobispo, con quien para nada contaba hacia ya muchos dias, encargándole mandase inmediatamente manifestar en las iglesias el Santísimo Sacramento, y hacer rogativas por el buen éxito de las armas del Rey. Indignóse el Prelado, y contestó que jamas prostituiria así su santo ministerio, ni demandaria los socorros espirituales en favor de una venganza atroz é inaudita. Repulsa que no dejó de atemorizar al Duque, casi arrepentido, pero ya tarde, de su resolucion.

El pueblo, que aunque esperaba el ataque no lo creia tan inmediato, aterrado y sobrecogido huyó delante de aquellas fuerzas, que lo atropellaban todo. Y aunque acudió á la defensa de sus puestos, lo hizo en desórden y con flojedad. Nuevas tropas españolas salieron del castillo, tras de las que marchaban triunfantes por la calle de Toledo. Y dividiéndose unas y otras en pelotones, mandados por bizarrísimos oficiales, ejecutaron un plan muy bien combinado de antemano, atacando á un tiempo los puntos mas importantes de la ciudad, y apode-

(1) De Santis.

ráronse de ellos con poca pérdida, y escasa resistencia. Las fosas del grano, el almacen de aceites, la aduana de la harina, el hospitaleto, la cartuja de San Martin y Pizzo-falcone, quedaron pronto en poder de los españoles. Y los populares arrollados en todas partes, sin tener ya donde repararse y hacer resistencia; y habiendo perdido muchos de sus jefes, unos muertos en la refriega, otros apresados y conducidos á Castelnovo, (como aconteció á Andrea Pólito, el famoso inventor de la mina de Santelmo, que fue inmediatamente ahorcado y expuesto su cadáver en las almenas) (1), hnian despechados sin saber cómo evitar su exterminio.

Pero las fuerzas españolas, tan escasas en número y esparcidas así por la ciudad, no tenian en ningun punto de ella gente bastante para extenderse por los barrios circunvecinos y darse la mano. Y quedando diseminadas y aisladas en los distintos puestos que habian ocupado, pensando solo en mantenerse en ellos, dieron tiempo para reponerse de su primer espanto al pueblo, tan práctico ya en los combates; y para que con aquel aliento que da la desesperacion, tratara no solo de defenderse de tan inesperada acometida, sino de recuperar con un valor desesperado las ventajas que una sorpresa le acababa de quitar.

Tocóse á rebato en toda Nápoles, y toda ella se alzó como un solo hombre en defensa de sus hogares, ansiando venganza de sus opresores. Los mismos que, partidarios del órden y de la paz, se habian mostrado deseosos de un acomodamiento, volvieron indignados á las armas, y volaron á la peléa. Y aparecieron de repente, como si brotasen de la tierra, masas populares, unidas y resueltas, componiendo mas de cincuenta mil hombres bien armados y decididos, que cayeron de un golpe y á un tiempo, despreciando la muerte, sobre todos los puntos que con tanta facilidad habian ganado los españoles. Estos viéndose á su vez tan vigorosamente atacados y por tan considerable número de enemigos, se defendieron esforzadísimamente sin cejar un paso; pero con las señales convenidas pidieron socorro á Castelnovo. Mas ¿cómo podia mandárselo el Virey, si habia dispuesto de todas las fuerzas, y no habia dejado ninguna reserva?... Envió órden á los castillos y á la armada para que rompiesen el fuego de cañon contra la ciudad. Encarnizadísima andaba la peléa. Santelmo, Castelnovo, Cas-

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.

tel del Ovo, y las galeras, avanzando sobre la playa de la Marinella, empezaron á jugar su artillería con un espantoso estruendo, que retumbando en torno, esparcia el terror y la confusion por toda la comarca.

El señor don Juan de Austria, en el alcázar de la capitana, presenciaba con dolor el estrago. Y como viese en todas partes apretados á los españoles, sin ser socorridos ni ayudados por nadie, esclamó varias veces con desconsuelo. *¿Y dónde están los veinte mil hombres del pueblo, que debian ayudarnos? ¿Dónde están* (1)? Reconvencion amarga al Virey y á sus consejeros, que con falsos cálculos lo habian decidido á un paso que repugnaba á su corazon.

Combatíase en toda la ciudad con teson y encarnizamiento. Los españoles, aunque al cabo fueron arrojados de algunos puntos, resistian con valor heróico el empuje de las inmensas masas populares que los ahogaban. El pueblo irritado con la ruina que las balas y bombas causaban en el hermoso caserío, peleaba rabioso y sediento de sangre. En las fosas del grano fué donde la pugna estuvo mas empeñada. Dos veces perdieron y recobraron tan importantes puestos los españoles, y al cabo quedó en poder de los napolitanos, que incendiaron el grano allí almacenado, no pudiéndolo retirar oportunamente (2).

El teniente Désio se habia quitado la máscara, y decidídose abiertamente por el Virey. Y con los poquísimos del pueblo, que aun seguian ciegamente la causa española, hizo prodigios de valor aquel dia, ocupando el barrio de Mortelle.

El fuego de la armada causaba gran daño en el barrio del Lavinaro, y en el del Mandaracho. Pero la artillería del torreon del Cármen, donde mandaba Genaro Annése, causaba en las naves considerable avería. Y aunque don Juan hizo desembarcar quinientos hombres, última fuerza que quedaba á bordo, para dar una arremetida á aquel fuerte, no consiguieron mas que aumentar la reputacion de su bizarría, teniéndose, con pérdida notable, que replegar al cabo sobre Castelnovo. Y los bajeles, ya desguarnecidos y muy mal parados, lo hicieron detrás de Castel del Ovo, prosiguiendo desde allí á cubierto sus tiros contra el barrio y las marinas de Chiaya.

(1) De Santis.
(2) Capecelatro, MS.—Donzelli.

Mandaba aquel desastroso dia todas las fuerzas españolas el general de artillería Batteville, noble borgoñon (1), que como dejamos dicho, habia venido acompañando al príncipe en calidad de consejero. Y no acertamos la causa por qué no las mandó en persona el mismo duque de Arcos, como parece que hubiera convenido mas á su reputacion; y las confió á este caballero, famoso militar sin duda, pero que no conocia la ciudad, ni el carácter peculiar de aquel género de guerra. La falta de estos conocimientos indispensables aumentaron grandemente su embarazo, tanto que hallándose con un número de enemigos superior al que babia calculado, con contínuos ataques mucho mas ordenados y vigorosos de lo que esperaba, y con tan escasas fuerzas diseminadas en posiciones que no conocia, se arrepintió de haberse fiado de los planes del Duque, y de haberse plegado á sus exigencias; por mas que como bueno, y apoyado en el esfuerzo y disciplina de sus tropas, no cediese un punto, y corriendo de uno á otro lado con actividad suma tomase las mas acertadas disposiciones para no perder los puestos ocupados, y para recuperar los perdidos.

Don Francisco Toraldo en su anómala y delicadísima posicion, si de veras anhelaba la paz y el mejor servicio del Rey, como lo demostraba cumplidamente en las conferencias; trabada la lucha se dejaba llevar de su instinto de leal caballero y de valiente soldado, y dirigia las operaciones sin engañar á los que se habian puesto en sus manos: Y como militar entendido y experimentado ponia en muy duro aprieto á los españoles.

El continuo tronar de tanta artillería, el estallido de las bombas, el estruendo de los edificios que se desplomaban, las descargas contínuas, la gritería de los combatientes, los lamentos de heridos y moribundos, los gemidos de niños, ancianos y mujeres que corrian, en medio de la matanza, de peligro en peligro, buscando en vano donde refugiarse; el son de trompas y tambores, y el clamoreo de las campanas, formaban un espantosísimo rimbombe muchas leguas á la redonda, que aterró á los pueblos de la comarca, haciéndoles temer la destruccion completa de su hermosísima capital. En unos el terror obligó á decidirse por los españoles, cuyo triunfo se juzgó asegurado. En otros, el patriotismo hizo empuñar las armas á sus habitantes, para

(1) Capecelatro, MS.—De Santis.—Aguello de la Porta, MS.

volar denodados á socorrer á Nápoles, ó á perecer entre sus ruinas. Llegó tambien en pocas horas, si no el rumor, la noticia vaga é inexacta de lo que pasaba en la ciudad, á la de Benevento, donde los nobles de mas valía, entre ellos el famoso duque de Maddalone, reunidos bajo la inspiracion del consejero Miraballo, trataban de socorrer al Virey. Y reuniendo repentinamente las fuerzas allegadizas que habian levantado, y repartiándose los mandos de ellas, salieron en campaña para cortar los víveres á la sublevacion, é impedir los socorros que de las provincias pudiera recibir. Y enviaron un mensaje al Virey, pidiéndole nombrase un general entendido, que los dirigiera y gobernara (1).

Declinaba la tarde y continuaba mas encarnizada la pelea: en ambas partes se hacian portentos de valentía, sin decidirse por ninguna la victoria. Y ni las sombras de la noche, oscura y borrascosa, pusieron término al combate y á la matanza. Habiendo sido aquel funesto dia uno de los mas espantosos que ha pasado ciudad alguna, y en que á mas alto punto hayan llegado la furia y la tenacidad de encarnizados enemigos.

(1) Capecelatro, MS.—Parrino.

CAPÍTULO XII.

Continuó al siguiente la pelea con el mismo ardor, con la misma incierta fortuna. El pueblo, reforzado con gente armada de los lugares circunvecinos, que habian abrazado resueltos, por un instinto vago de nacionalidad, el partido de la sublevacion, se habia engrosado considerablemente. Y para asegurarse el dominio de una parte de la ciudad, determinó apoderarse del importante puesto de Jesus-María, donde se habian echo firmes los españoles. Arriesgada y difícil era la empresa. Pero como las fuerzas populares estaban muy bien dirigidas por viejos soldados napolitanos que, sirviendo al Rey en Flándes, en Lombardía y hasta en América, se habian acostumbrado á la guerra y conocian todas las reglas del arte, ningun riesgo ni dificultad las arredraba. Multiplicaron con denuedo y resolucion los ataques á aquel punto fortificado, embistiéndolo con maestría suma; pero siempre se estrellaron en el valor de los defensores. Buscábase un medio de llevar á cabo el intento, y don Francisco Toraldo propuso la construccion de un mantelete con ruedas, que facilitara la operacion. Hízose á toda priesa, pero resultando pesado, embarazoso y de mal efecto, se alborotó el pueblo, diciendo que era traicion del general para entretenerlo, y dar respiro á los enemigos. Acaloraron la idea los que miraban de mal ojo á Toraldo. Y se dispuso tumultuosamente, ya que no deponerlo, como algunos exigian, darle por teniente, ó con este nombre por verdadero superior, un hombre de mas confianza. Y quedó elegido teniente de maestre de campo general, puesto vacante por la

abierta defeccion de Désio, Jerónimo Donnarumma, vendedor de hortaliza y pariente de Masanielo (1).

Desistióse por entónces del ataque á Jesus-María, pero fueron embestidos otros puestos tambien de importancia: unos resistieron gallardamente, otros, siendo en vano la mas obstinada defensa, tuvieron que rendirse, y los prisioneros fuéron bárbaramente despedazados por el pueblo, indignado mas que atemorizado con el bombardeo de la ciudad, que no cesaba un momento.

El dia 7, queriendo Donnarumma acreditar su aptitud para el mando, determinó atacar la aduana de la harina, ocupada desde el principio por los españoles, y fortificada con una estacada, un pequeño foso y parapetos de fagina. Mas conociendo la dificultad de sobrepujar estos reparos al descubierto, inventó la siguiente estratagema. Reunió un gran número de búfalos montaraces, y acosados y mordidos por perros de presa, los encaminó de modo que derribando ciegos las estacas, salvando el foso y descomponiendo el parapeto, desordenasen la tropa. Y lo consiguió todo como se habia propuesto, arremetiendo denodadamente detras de aquellos animales feroces, y apoderándose del punto sin dificultad. Grande fué la matanza de españoles en él, y los pocos que salvaron la vida lo debieron á que, tirándose á la mar, ganaron á nado el castillo (2).

Despechado el Virey con esta degracia ocurrida delante de sus ojos, mandó salir la escasísima guarnicion de Castelnovo, para recobrar aquel importante puesto y escarmentar á los vencedores. Pero muy luego tuvo que retroceder con pérdida considerable, porque el pueblo apoderado de las casas vecinas, le atajó el paso con un fuego muy nutrido desde los balcones y azoteas.

Aquel dia recibió la sublevacion considerables refuerzos de la Cava, Nocera, Paganí, y San Severino; pero los que venian de otras ciudades mas lejanas fuéron detenidos por la caballería de los nobles, que corria la campaña.

El cansancio iba haciendo ya no tan activa la peléa. Y don Francisco Toraldo despechado y confuso con el desaire que le habia hecho el pueblo, dándole un teniente ó mas bien un superior, de condicion tan

(1) De Santis.
(2) Capecelatro, MS.—De Santis.—Raph. de Turris.

baja y humilde como Donnarumma, no deseaba mas que el término de aquella confusion. Y despues de recobrar por medio de sus amigos y parciales alguna parte de su pasada influencia, recordando la lealtad, bizarria é inteligencia con que habia dirigido el primer dia las operaciones, aprovechó aquel momento en que, necesitando ya todos de algun reposo, se combatia con flojedad, proponiendo que se pidiera una tregua de seis dias al Virey, para reponerse algun tanto, y buscar aun si era posible algun medio de honrosa conciliacion. Era tan grande la fatiga general y la necesidad de respiro, que no fué mal acogida la propuesta; y aprovechando la buena disposicion del momento, fué Octavio Marchesse á negociar á Castelnovo.

El duque de Arcos, siempre tan inexorable cuando se creia con ventajas, cuando débil y complaciente cuando se creia sin ellas, y obcecado, desde que empezaron á combatirlo tan extraños sucesos, á tal punto que jamas juzgó con acierto las circunstancias, equivocando siempre sus resoluciones todas; juzgó á pesar de la situacion en que veia la ciudad y el reino, de la escasez de sus tropas, y del mal estado de su inconsiderada empresa, que la propuesta de tregua era indicio de debilidad y de fallecimiento. Y dando nuevo pábulo á sus descabelladas esperanzas, creyó que aquel era el tiempo de seguir impertérrito su malhadado plan, con la segnridad del triunfo. Y negándose, á toda habla de acomodamiento, mandó redoblar el fuego de los castillos, y tentar nuevos ataques y embestidas á los puntos reconquistados por el pueblo. Afligido Marchesse con el mal éxito de su comision iba á retirarse, pero fué detenido y preso, por haberse encargado de ella (1).

Abiertas con nuevo furor las hostilidades, arrojó el pueblo del puesto de los Estudios á las tropas tudescas que lo guarnecian; y revolvió sobre el monasterio de San Sebastian para hacer lo mismo con las españolas. Heróica fué la defensa que estas hicieron. Pero era tal la multitud resuelta que daba el asalto, y tan repetidos y vigorosos los ataques, que al cabo se apoderaron los napolitanos de la parte baja del edificio, quedando los españoles en el piso principal, y continuando asi por muchas horas la pelea. Escena muy repetida modernamente en la inmortal Zaragoza, cuando la sitiaron los franceses en la gloriosa guerra de la independencia.

(1) Raph. de Turris.—Agnello de la Porta, MS.

Raros sonaban ya los gritos de *viva el Rey de España*. Y como algunos jefes del pueblo, oyéndolos aun en medio del combate, manifestaron que era absurdo gritar *viva el Rey*, y pelear con sus tropas, y cañonear sus bajeles, y desafiar sus estandartes; cesaron del todo aquellas aclamaciones, se abatieron las banderas en que habia armas reales de España, y empezó, cundiendo con suma rapidez y aplauso, el grito de *viva el pueblo y San Pedro*.

Mucho agradó el cambio al cardenal Filomarino: se aprovechó de él para ganar partidarios al Papa, recordando su soberanía; y escribió á Roma muy satisfecho, y (nos duele el decirlo) pidiendo el nombramiento de Capitan general del reino (1). No agradó este incidente al Padre Santo, que queria conservar á toda costa el Estado de Nápoles bajo el dominio de España, temiendo que cayese en manos de los franceses. Desaprobó el celo del Prelado y le dió órdenes terminantes, no solo de trabajar activamente en evitar todo personal compromiso, sino de rechazar cualquiera propuesta de sumision que intentase hacerle el pueblo.

Los nuevos brios que iba adquiriendo la sublevacion, ya tornada en rebelion descarada con este completo alejamiento de los principios de lealtad y de amor al Rey, hasta entónces nunca conculcados; el ver que sin esperanzas de socorro, y con las pocas y fatigadas fuerzas que le obedecian no era fácil salir adelante de tanto apuro; el conocer que ni los castillos, ni las naves podian causar ya mas estrago en la ciudad; y el encontrarse apretado con las exigencias de la escuadra que pedia víveres y municiones, escasísimas ya para todos: amilanaron el ánimo del Virey, que abriendo, aunque tarde, los ojos conoció sus desaciertos, y lo mal que habia hecho en no conceder la tregua, que habia el mismo pueblo solicitado. Pero como era su estrella la de no acertar nunca en sus resoluciones, se le ocurrió la peregrina idea de pedirla él á su torno; creyendo que la obtendria con facilidad, y que con ella ganaria tiempo para obrar segun las circunstancias se presentasen.

Escribió pues un billete lleno de ofertas y de palabras blandas, como solia, á don Francisco Toraldo, haciéndole la proposicion. Recibiólo este general en el momento en que acertadamente dirigia la

(1) De Santis.— Comte de Modéne.—Donzzelli, MS.

construccion de una trinchera en la plaza del Puerto, con que combatir á Castelnovo; y para demostrar al pueblo que lo circundaba, su lealtad y buena fe, lo mandó abrir y leer en público. Indignada la muchedumbre con la peticion de tregua tan inoportuna, hecha por el mismo que la habia rechazado el dia anterior, y juzgándola, tambien á su vez, indicio de debilidad, respondió con el grito unánime de guerra, y arboló en el torreon del Cármen una bandera encarnada, por la que conoció el pobre duque de Arcos el mal éxito de su inconsiderada tentativa (1).

Grande empeño tenia el pueblo en desalojar á las tropas, que se habian fortificado en la iglesia de Santa Clara, punto céntrico de la ciudad. Y construyó con acierto una trinchera en la calle de Torcella, y unos carros fuertes con artilleria, cubiertos de gruesos tablones, para aproximarse sin riesgo de las nutridas descargas de la certera arcabucería española; y despues de un tenaz ataque y de una obstinadísima resistencia, los soldados españoles, faltos enteramente de municiones, tuvieron que rendirse, y fuéron inhumanamente hechos pedazos por la muchedumbre enfurecida.

Esta pérdida lamentable fué seguida de otra tambien de consideracion. Escaseando los víveres en todos los castillos, mandó el Virey que fuése una galera á la torre del Greco, para recoger grano y harinas de aquellos molinos; en la que, y al llegar á las playas de Resina, se rebeló la chusma, embistió en tierra y rompió sus hierros. El comandante y algunos hombres de mar, no pudiendo poner remedio, se salvaron con gran peligro, arrojándose en el esquilfe y, huyendo en él á fuerza de remos á Castelnovo; mientras el paisanage acudiendo á la playa, y entrando en el mar con el agua á la cintura, recibió en los brazos con el mayor entusiasmo á los galeotes, y quemó el casco, no siendo posible desencallarlo; pero retirando ántes la artillería que fué con gran algazara conducida en triunfo al torreon del Cármen (2).

(1) De Santis.—Raph. de Turris.
(2) De Santis.—Capecelatro, MS.

CAPITULO XIII.

Desesperado el Virey con tanto descalabro, se hechó en brazos de la nobleza, buscando en ella socorro y sosten. Envió emisarios á Cápua, donde estaba Miraballo, y con él el duque de Maddalone, el príncipe de Torrella, el dnque de Gravina y otros señores, reuniendo nuevas fuerzas de sus vasallos y de los bandidos. Y les mandó no abandonar la campaña, procurar víveres á los castillos, y continuar cortando los de los rebeldes, é impidiendo que les llegasen socorros y refuerzos de las provincias.

Entre tanto el fuego de los castillos empezaba á ser mas lento, por la escasez de municiones, y por el poquísimo efecto que causaba ya en los sublevados. Pero los combates parciales eran continuos, y mucha la sangre que de una parte y otra se derramaba. Violentó el pueblo la cárcel de la Vicaría, hasta entónces respetada. Quemó el archivo del real patrimonio, y dió libertad á los presos por tratos con la Francia. Hallábase entre ellos un hombre audacísimo, llamado Luis del Ferro, al cual, con otros partidarios de los franceses, se le ocurrió levantar en la plaza del Mercado un trono, y colocar en él el retrato del Rey Cristianísimo. No habian llegado las cosas al punto de madurez necesario para esta demostracion harto significativa, y produjo un efecto contrario al que se habian propuesto sus inventores; pues si una osada cuadrilla, prevenida de antemano, corrió á victorear al monarca frances; otra no pequeña corrió á derribar el trono y el retrato, como se verificó, no sin derramamiento de sangre de unos y de otros; quedando tranquila espectadora de aquella parcial contienda la

masa popular (1). Este acontecimiento le pareció al Virey que demostraba no haber perdido aun el pueblo napolitano su adhesion á la corona de España, y que ofrecia por lo tanto ocasion oportuna para tentar de nuevo la via de la negociacion. Y pidió inmediatamente al señor don Juan que escribiera al pueblo dándole las gracias por aquella muestra de lealtad; lo que el Príncipe no verificó entónces, y él lo hizo á Toraldo con proposiciones nuevas de acomodamiento. La respuesta que tuvo fué ver enarbolar un estandarte negro en el torreon del Cármen, y renovarse con gran furia el ataque simultáneo de todos los puntos ocupados por las tropas, llevando el pueblo á su frente por bandera la camisa ensangrentada de un español de cuenta, que acababan de asesinar.

Afligido el ánimo generoso del jóven don Juan de Austria, y disgustado de las escenas de sangre y de destruccion que presenciaba; desabridísimo con el duque de Arcos, que con sus falsas relaciones y apasionados consejos, le habia comprometido á usar de sus fuerzas físicas y morales para verlas desairadas; viendo consumidas casi sus municiones, escasísimos de víveres sus marineros, rendidas de cansancio las chusmas, muy averiados sus bajeles; resolvió retirarse á la bahia de Baya, detrás del monte Posílipo. Verificólo sin mas consulta, con gran despecho del Virey, á quien dejó solo las galeras de Giannetin Doria, fondeadas al abrigo de Castelnovo, y dos naves armadas, que en las playas de Resina trataban de vengar el incendio de la galera sublevada.

La ausencia de la escuadra hizo el debido efecto en el pueblo, por mas que el Virey trató de divulgar, que no era mas que una manifestacion del deseo de que cesasen las hostilidades; pero que volveria muy pronto mas terrible y asoladora, si las cosas no se mejoraban. Los sublevados cobraron nuevo brio, y se arrojaron, no teniendo ya que temer en la marina, á embestir la trinchera de Monserrate, que defendia la aproximacion á Castelnovo. Guarnecíanla como punto importantísimo, ochenta ilustres caballeros escogidos, cuarenta españoles y cuarenta napolitanos. Don Francisco Toraldo, que ya se habia podido sobreponer á Donnarumma, dirigió en persona ol ataque con pericia y con valor. Pero los que defendian la trinchera lo hicieron con tanta bizarría y resolucion, que rechazaron constantemente á las tropas popu-

(1) De Santis.—Donzzelli, MS.

lares, causándoles una pérdida horrorosa. Este descalabro fué juzgado por los sublevados traicion de su caudillo. Lo atropellaron y llevaron casi como preso abrumado de insultos y de amenazas á la plaza del Mercado, donde hubiera perdido violentamente la vida á manos de aquellos furiosos, sin los esfuerzos de sus amigos y parciales, que consiguieron apaciguar un tanto el embravecido populacho. El angustiado Toraldo, cuya posicion era harto lastimosa, quiso hacer allí mismo dimision del generalato. Pero los mismos que pocos minutos ántes lo iban á despedazar, se opusieron con la misma violencia á su renuncia del mando. Con lo que rogó al pueblo que á lo ménos le dieran algunas personas que mereciesen la confianza general, para servirle no solo de consejeros, sino de testigos y hasta de espías de su conducta leal. Fué complacido en esto, y nombráronse por tumultuosa eleccion cuatro plebeyos de los mas exagerados, para servirle de consultores (1).

Aquel dia se cometieron algunos asesinatos, so pretexto de castigar traidores, que andaban en tratos para vender la ciudad á los españoles. Y tambien fué asaltado el convento de Jesuitas, profanando la iglesia, y muertos á puñaladas varios religiosos. Y hubieran sido mayores el escándalo y la matanza, si el Arzobispo cardenal no hubiese acudido á contener, con riesgo de su persona, á los furiosos que perpetraban tan horrendos crímenes.

Continuaban en tanto los ataques á las obras avanzadas de los castillos, y á los demas puestos que con tanta fatiga y gloria mantenian los españoles, sin esperanza de socorro, escasos ya de municiones, faltos absolutamente de víveres, y abrumados de cansancio. Volvió á jugar su artillería Castelnovo, sin mas efecto que el de derribar algunas casas, que quedaban en pié, de la calle del Olmo. Y viendo el Virey que el pueblo no amansaba, y que la fuerza española con una constancia heróica se consumia en hazañas sin resultado; quiso terminar tan angustiosa situacion, y se dirigió al ofendido cardenal Filomarino rogándole humildemente, que se pusiera de nuevo de acuerdo con él, y desplegara de nuevo su poderosa influencia y los recursos de su ministerio, para calmar el furor de los napolitanos, y persuadirles á aceptar una honrosa capitulacion. Rechazó con entereza el Prelado este

(1) De Santis.—Raph. de Turris.

mensaje, diciendo: «Que no se maravillaba de quien habia perdido el reino con su mala fe, tuviera en tan poco el decoro de la Iglesia, que quisiera comprometerla de nuevo, despues de haberla obligado á comparecer á los ojos del pueblo como engañadora y perjura (1)». Indignó tanto esta respuesta al Virey, que ciego de cólera mandó inmediatamente asestar la artillería contra el palacio arzobispal, y destruirlo. Y solo el prudente Spínola, que se hallaba presente, y que sobornó con disimulo á los artilleros para que hicieran mal la puntería, salvó al Duque de nn crímeu inútil y de una venganza insensata (2).

Llegaron comisionados de los barones que, teniendo por cuartel general á Cápua, corrian las avenidas de la ciudad, para ponerse de acuerdo con el príncipe don Juan, y tomar sus órdenes. Pero este, que confiaba poco en su socorro, y que solo deseaba ardientemente no continuar aquella guerra desastrosa é interminable, procurando una paz honrosa para la tranquilidad de aquel infeliz reino, los envió á entenderse con el Virey. Pidieron á este nuevas instrucciones, y sobre todo que les diera un caudillo que los dirigiera y mandara; y el Duque eligió para ello á don Cárlos de la Gatta. Mas como se resistiese este entendido militar á aceptar el cargo, lo confió al general Tuttavilla. El cual autorizado con el correspondiente nombramiento, marchó inmediamente con dos galeras á Baya, para ir desde allí, con setenta españoles, cincuenta alemanes y sesenta caballos borgoñones, á Aversa y Cápua; probando de pasada, con la gente de guerra de Puzzoli, que se mantenia leal, si podia apoderarse de la gruta de Posilipo, ocupada por los sublevados, y abrir nn camino de abastecer las tropas y las fortalezas. No logró esta empresa porque encontró con mas oposicion de la que habia calculado, y marchó sin tardanza en busca de los barones, acompañándolo algunos caballeros.

En tanto el señor don Juan, deseoso de entablar por sí mismo y directamente negociaciones de acomodamiento, se valió del cura párroco Arinolfo, para escribir á Toraldo, tomando por pretexto el desaire que los napolitanos habian hecho al retrato del rey de Francia, una carta muy afectuosa, y dando márgen con sencillas ofertas á una aceptable capitulacion. El capitan general de los sublevados la leyó á los

(1) De Santis.—Raph. de Turris.
(2) De Santis.

cabos populares; y con su acuerdo contestó respetuosamente, pero sin comprometerse á nada, manifestando harto que la desconfianza con que todos lo miraban le ataba las manos para todo. Pero de esta correspondencia resultaron nuevas reuniones populares propendiendo á un ajuste, y el que se cruzaran, con un seguro que dió el Príncipe, varios mensajeros de la plaza del Mercado á Baya, haciendo diversas propuestas. Redujéronse todas, por parte de los napolitanos á que S. A. tomara el mando del reino, confirmando las capitulaciones juradas por el duque de Arcos; y entregando al pueblo el castillo de Santelmo, exigencia que imposibilitaba todo acomodo. Pues si á todas las demas, por exageradas que fuesen, se prestaba el Príncipe anhelando la conciliacion, de ningun modo podia acceder á que el pueblo se apoderara de tan importantísima fortaleza. Rota pues la negociacion, por esta causa, creció la rabia de los sublevados. Revocaron con público bando la concesion del tributo de quince carlines por hogar, decretada, como dijimos, el dia que se juró la capitulacion adicional. Declararon en forma solemne guerra á muerte á España y á sus valedores. Mandaron tomar las armas á todos los habitantes del reino. Tornaron con nuevo furor á atacar los puntos fortificados. Y advertidos de que los nobles andaban ya en campaña, publicaron de ellos una lista de proscripcion, poniendo á talla sus cabezas; y circulando por las provincias órdenes terminantes para que los persiguiesen y exterminasen, imponiendo la pena de incendio á los lugares y aldeas que los admitiesen sin resistencia.

Al mismo tiempo, desconfiado siempre el pueblo del general Toraldo, por mas que en las operaciones militares lo dirigia con acierto, y disgustado ya de Donnarumma, ignorantísimo en la guerra, y cuyos recursos de entendido capitan se agotaron con la extratagema de los búfalos; quiso poner en su lugar un soldado experto en el arte, y capaz de dirigir las operaciones complicadas de ataque y de defensa en regla, á que estaba ya reducida la pelea en las calles de la capital. Puso los ojos la muchedumbre en Marco Antonio Brancaccio, que aunque pasaba de setenta y cinco años, conservaba todo el vigor de la edad juvenil, y una justa reputacion de militar científico y arrojado, adquirida bajo las banderas venecianas; siendo ademas conocido por su odio acérrimo á los españoles. Reuniéronse pues los sediles, y por unanimidad fué elegido Maestre de campo general.

Recibió D. Francisco Toraldo este nuevo desaire con despecho. Pues si le mortificó la anterior eleccion de Donnarumma, por lo zafio y humilde del compañero, ó por mejor decir, simulado superior que le daba el desconfiado pueblo; ahora lo humillaba la eleccion de un caballero igual suyo, y mas entendido en el mando de la milicia, y en las operaciones científicas de la guerra.

Brancaccio se resistió á aceptar el nuevo cargo, diciendo abiertamente que no queria ponerse á la cabeza de una sublevacion, que segun el rumbo que llevaba habia de concluir tarde ó temprano en un acomodamiento con los españoles, que ejercerian á mansalva crueles venganzas. Pero como le asegurasen en unámime voz los que le eligieron, que jamas, jamas llegaria tal avenencia, y que ya se combatia para sacudir el yugo extranjero, admitió el mando, y empezó á ejercerlo con suma energía (1).

Como hubiesen vuelto á resonar, aunque rara vez, los gritos de *viva el Rey de España*, ya por la fuerza de la costumbre, ya por sugestion de los partidarios de la casa de Anstria, reforzó Brancaccio las razones que militaban contra tan absurda aclamacion contradicha con los hechos, y la prohibió con severas penas. Mandó abatir en todos los edificios públicos las armas reales, y ponderó en continuas peroratas la ventaja de establecerse en república libre é independiente. Mny bien acogidas fuéron sns indicaciones; y aunque sin preceder acuerdo formal ni declaracion en regla de tan importante mudanza, empezó á mirarse la ciudad como cabeza de la república napolitana. Y se acordó en la junta popular la redaccion de un documento muy curioso, titulado: *Manifiesto del pueblo*, que se esparció por toda Europa, y que se envió oficialmente á diferentes gobiernos.

Mucho alarmó á Toraldo el supremo ascendiente que tomaba el maestre general Brancaccio, y el giro que, sin contar para nada con él, que al cabo era de derecho la suprema antoridad, iba dando á la sublevacion. Pero, conociendo su propia debilidad, trató de contemporizar, y de procurar, valido de sus amigos y parciales, que aun eran muchos, balancear y entorpecer los osados proyectos de su rival, y cada dia era mas embarazosa su posicion. D. Juan de Austria lo miraba como enemigo; el Virey como hombre despreciable y de fe dudosa; los nobles

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.—Comte de Modéne.

como desertor; los amantes de la paz como inútil para obtenerla; el pueblo como traidor solapado, y encubierto instrumento de sus opresores; y hasta sus mismos partidarios como demasiado blando y contemporizador: tristre y merecida suerte de los que en las discordias civiles quieren servir á todos los partidos á un tiempo, y contemporizar con encontrados intereses por la vana esperanza de concertarlos.

CAPÍTULO XIV.

Antes de llegar el general Tuttavilla á la ciudad de Aversa, salieron, sabedores de su venida, á recibirle los principales nobles, que con sus fuerzas colecticias y de toda broza lo esperaban para regularizar la guerra. Y despues de conferenciar largamente con ellos, y de inculcarles la necesidad de disciplinar su gente, de procurar socorros á los españoles apretadísimos en los castillos y puestos, designó á cada cual el que debia ocupar y sostener; y reuniendo lo mas granado de aquellas fuerzas, revolvió sobre Nápoles para apoderarse del Vómero, como tenia determinado.

Cada dia escaseaban mas los víveres á las tropas reales. Y habiéndose apoderado el pueblo de los molinos de la torre de la Anunciata, que estaban defendidos por solo cincuenta soldados tudescos, temió el Virey que corrieran la misma suerte los de Castellamare y Gragnano; y expidió título de gobernador de aquella costa á don Pedro Caraffa, dándole el mando de cien infantes españoles y de sesenta caballos napolitanos, fuerzas, aunque escasas, suficientes para rechazar toda invasion: pues eran tropas escogidas, y militaban en ellas el marques de Trévico, Bautista Alberico, Alejandro Caracciolo, el conde de Oppido, y otros soldados de reputacion.

Tambien envió á Puzzoli una galera para llevar á Tuttavilla algunos cañones que habia pedido, y dos mil ducados en metálico para compra de vituallas. Hallóse oportunamente el general con este auxilio, cuando volvió de su entrevista con los barones. Y como en su marcha hubiese sorprendido una piara de vacas de carne, pertenecientes á un

carnicero de Nápoles de los mas revoltosos, y un almacen de pipas de vino, excavado en medio de un espeso bosque; envió uno y otro á Castelnovo, y ademas gran cantidad de harina, que le habia procurado el duque de Maddalone. Socorro de gran consideracion en aquellas circunstancias, que dió gran fama al general Tuttavilla, y que restauró el abatido ánimo del Virey, y las casi postradas fuerzas de los valerosos españoles, que en mal hora le obedecian.

El nuevo maestre de campo Brancaccio quiso estrenarse dando una arremetida general á todos los barrios sostenidos por los españoles; pero fué en todos completamente rechazado, lo que le hizo perder un poco su popularidad, y que renaciera la de Toraldo. Este triunfo animó mucho al Virey, coincidiendo con el arribo á Baya de el duque de Tursi, de quien ya hemos hecho mencion, que trajo algunas galeras que habian estado detenidas en Génova, temerosas de dar en manos de los cruceros franceses. Pero esta llegada no proporcionó socorro alguno, tanto porque no venian tropas de desembarco en dichas galeras, cuanto porque el personaje genovés se reunió inmediatamente con el Príncipe, desaprobando cuanto se hacia en Nápoles, y lamentándose de no haber llegado á tiempo de impedir, con la autoridad de sus consejos, desaciertos tan trascendentales.

Quiso probar nuevamente fortuna Brancaccio atacando el puesto de San Cárlos de Mortelle, y consiguió un nuevo descalabro. Los vecinos acomodados del barrio ayudaron á las tropas reales, y estas pelearon con tanta decision, que las masas populares fuéron rechazadas con espantosa pérdida (1). Igual suerte corrieron seiscientos napolitanos escogidos, que llevando á su cabeza el carnicero aquel que cortó la del desventurado don José Caraffa, atacaron con impetu el puesto de Puerta Medina. Quince españoles solos que la defendian, sin armas de fuego, ni otras que espada y pica, opusieron á la masa popular tan denodada resistencia, causándole tan horrendo estrago, que la rechazaron y desbarataron completamente: conservando aquel puesto importante (como dice de Santis, historiador contemporáneo y no muy favorable), con inmortal gloria de ellos y de la nacion española.

Los descalabros sufridos en la ciudad no desconcertaban al pueblo, ni amansaban la tenacidad de la sublevacion. Nuevos pasos dados por

(1) Capecelatro, MS.

el señor don Juan, con consejo del prudente duqne de Tursi, para procurar un acomodo, fuéron completamente inútiles. Y los jefes populares, sabiendo que la nobleza dirigida por Tuttavilla empezaba á lo largo el bloqueo de la ciudad, trataron de encender la guerra en la provincia de Púglia; tanto para distraer á los barones, cuanto para procurarse recursos en aquel feracísimo pais. Mandaron pues una expedicion para apoderarse de la ciudad de Ariano, colocada en el camino sobre una altura, y guarnecida de tropas reales. Los habitantes, por sacudir el yugo del duque de Bovino, su señor, querian abrir las puertas á los populares, teniendo ya apretada la guarnicion. Pero acudieron los barones, y en reñido encuentro escarmentaron á los napolitanos. Quisieron estos refugiarse en Bovino, pero encontraron resistencia, sin duda porque ya iban vencidos, y tuvieron que volver completamente rotos, en el mayor desórden y con notable pérdida, á la capital.

Ufano y orgulloso empezó á mostrarse el Virey con estas ventajas, y se imaginó que la fortuna comenzaba á mirarle con ménos desden. Repartió los víveres que le enviara Tuttavilla, entre los castillos y los puestos militares. Y aunque escaseaban las municiones, dispuso un nuevo bombardeo, pensando dar así el último golpe á la sublevacion, en su concepto ya abatida y postrada. Pero nuevos acontecimientos vinieron pronto á deshacer sus lisonjeras ilusiones.

Conociendo los jefes populares que nada adelantaba su causa con aquella lucha interminable, y que de poco servian los ataques parciales á puestos de escaso interes, y las expediciones de dudoso éxito á las provincias; y que lo qne interesaba era dar un golpe positivo, que asegurara ante todo el completo dominio de la ciudad; determinaron atacar de firme, y con fuerzas que asegurasen la operacion, el convento de Santa Clara, recuperado otra vez y muy bien fortificado y guarnecido por españoles. Era punto importantísimo para el nuevo plan, pues su posicion central daba al qne lo poseyese el dominio seguro de los barrios principales, y la llave de las comunicaciones entre los altos y los bajos de la poblacion. Decidido pues por los populares el ocuparlo á toda costa, se encargó Brancaccio de los preparativos, y del mando de las fuerzas que debian embestirlo; y don Francisco Toraldo de las obras de ataque, y de la escavacion de una mina con que debia volar un ángulo del edificio.

El dia 21 de octubre, designado de antemano para la empresa, pusiéronse al amanecer á punto las tropas populares, en tanto número, que casi eran embarazosas, y que solo la pericia de Brancaccio pudiera manejar sin confusion. Como perdido para los españoles podia ya contarse aquel importantísimo puesto, al ver las fuerzas que lo embestian, y el buen órden del ataque; pero al rebentar la mina, precursora del asalto, vino la explosion por un lado, sin causar el menor daño al convento; y arruinando unas casas de enfrente, que sepultaron entre sus ruinas todas las fuerzas populares que las tenian ya ocupadas. Al trueno de la mina siguió otro mas espantoso: el grito unánime de *traicion*, clavando la muchedumbre sus ojos de fuego en Toraldo. Conoció este el paso en que estaba, y revolvió el caballo para salir de él; mas suspendió la accion, conociendo que con ella no podia lograr mas que aumentar la sospecha. Estrechóle por todos lados la furibunda turba, abrumándolo de insultos y de maldiciones. Y huyendo de una salida oportuna que hicieron los soldados de Santa Clara, arrastró consigo al desventurado general hácia la plaza del Mercado. Quiso en vano la designada víctima arengar á la muchedumbre, en vano sus amigos quisieron darle favor, en vano sus parciales trataron de distraer al pueblo. Antes de llegar á la plaza, donde tal vez hubiera encontrado defensores, en un sitio llamado la Pietra del Pesce, despues de acribillado á puñaladas y de confundido á golpes, le cortaron la cabeza, resonando en sus lábios estas palabras: *Muero por Dios, por el Rey y por el pueblo. Pues juro que mis acciones todas se han encaminado solo á conciliar los ánimos, para dar paz á mi afligida patria* (1)..... ¡Desgraciado caballero! No sabia que en las disensiones civiles de nada aprovechan los medios de conciliacion ni los buenos deseos; y que para reunir los ánimos discordes y embravecidos, y dar paz y concordia á un pais revuelto, es necesario una energía de bronce, un prestigio de ángel, una fuerza de coloso para sobreponerse á todos los partidos; pues no halagando á los unos y á los otros, no prestándose ora á unas, ora á otras exigencias, sino dominándolos todos é imponiendo silencio á todas, se consigue la union y se restablecen el órden y la armonía.

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.—Raph. de Turris.—Comte de Modéne.

CAPITULO XV.

Muerto tan desastradamente el Capitan general que se eligió el pueblo con tanto empeño pocos meses ántes, parecia regular que recayese el mando supremo en el animoso á incorruptible Brancaccio, que no poco lo deseaba. Pero hombre mas de guerra que de astucia y de sagacidad, y poco favorecido por la fortuna en las empresas que habia tentado desde que tomó como Maestre de campo el mando de la sublevacion, se vió con despecho grande pospuesto al villano de ménos valer. El pueblo en una tumultuosa junta, con el acierto que suele, elevó á Genaro Annése, desde el insignificante gobierno del torreon del Cármen, al alto empleo de que acababa de caer don Francisco Toraldo, príncipe de Massa, uno de los primeros señores del reino. Y obteniendo el mismo dia 22 de octubre, por sorpresa, una votacion unánime de todas las utinas, confirmando la eleccion, tomó inmediatamente el zafio é ignorante maestro arcabucero el título de Generalísimo, y la posesion del encumbrado puesto en que, no su capacidad que era limitada, ni su valor que era ninguno, ni su astucia que era corta, sino un cápricho de la ciega fortuna le colocaba; con una especie de proclama firmada por él, y refrendada por Vicente Andrea.

Era este improvisado secretarío abogado, por supuesto, versado en las argucias del foro, y con gran clientela en el populacho. Y empezó desde aquel dia con pedantesca verbosidad y arrogancia á reproducir la idea de establecerse en república: recordando que ya Nápoles lo habia sido, y pintando con gran copia de sofismas y de ejemplos históricos mutilados, las ventajas del tal sistema, y la ventura de los tiem-

pos en que se ensayó en el país. Sus peroratas acabaron de romper los ya escasos y harto relajados vínculos, que aun ligaban aquel rico Estado á la corona de España. Y conviene á saber, aunque no sea de este lugar, que luego fué el mismo Vicente Andrea uno de los que mas eficazmente contribuyeron al restablecimiento absoluto del dominio español, de lo que fué largamente remunerado (1).

Desabrido Brancaccio con el nuevo generalísimo, y muy mortificado con que el secretario leguleyo, con la audacia que da este carácter, se entrometiese tambien en los consejos de guerra, manifestó resuelto que renunciaria á toda intervencion en la direccion de ella, si no la dejaban completamente en sus manos. Con lo que Genaro Annése, conociéndose con escaso saber en la materia, y temeroso de disgustar á los muchos veteranos, que formaban el verdadero nervio de las tropas populares, y que eran partidarios del viejo maestre de campo, declaró que solo á este pertenecia el mando de las armas, y la direccion de las operaciones militares. Pero unos y otros quedaron desazonados, empezando desde luego á no ser tan grande ni tan compacto el poder del nuevo generalísimo, ni tan íntima y estrecha la union de los distintos elementos de aquella trabajada sociedad.

El general Tuttavilla entre tanto maniobraba para cerrar el bloqueo de la ciudad, ocupando y defendiendo los casales circunvecinos: Y salió á impedir la operacion, con considerable golpe de populares, Jaime Russo, hombre resuelto, y no ignorante en la guerra. Empezó atacando unas casas fortificadas, defendidas por el capitan don Ignacio de Retes con cincuenta españoles. Los que se portaron con tanto esfuerzo, que deteniendo muchas horas al enemigo, dieron tiempo á Tuttavilla para reunir sus fuerzas, y caer sobre los napolitanos. Mas estos aprovechando las ventajas del terreno se dieron tan buena maña, que empeñaron un reñido combate. Derribó una bala al marqués de Longarino que estaba al lado del general Tuttavilla, con una sobreveste del mismo color, y con un penacho igual en la cimera. Y creyendo que el general era el muerto, perdieron ánimo las tropas reales, y huyó á toda brida la caballería la vuelta de Aversa, publicando la pérdida del valeroso caudillo. Aprovechó grandemente Jaime Russo el momento de aquel desórden, cargando con intrepidez. Y aunque los soldados es-

(1) De Santis.

pañoles, repuestos algun tanto y alentados por el bizarrísimo marques de San Giuliano, mejoraron de terreno é hicieron prodigios, llevaron lo peor de la jornada. Y retiráronse á favor de la noche, dejando á los enemigos artilleria, bagajes, y crecido número de prisioneros, que fueren pasados á cuchillo. El victorioso jefe popular volvió ufano á Nápoles, mostrando satisfecho al pueblo los despojos de la victoria, y las cabezas de los rendidos, entre las que todos querian reconocer la del general Tuttavilla, la del duque de Maddalone, y las de otros personajes temibles ú odiosos.

En tanto en Aversa fué grandísimo el abatimiento con la noticia del descalabro, aunque grave, muy abultado por los fugitivos. Pero la llegada de Tuttavilla sano y salvo, y la relacion verdadera de lo acaecido, calmaron los ánimos y restablecieron el órden.

Brancaccio en Nápoles intentó varias acometidas, que no tubieron feliz éxito. Una de ellas fué otra mina en la calle de Saponari, contra el convento de la Nuova, que no tuvo mejor resultado que la dirigida por el infeliz Toraldo.

Genaro Annése publicó un bando contra los barones armados, con pena de la vida para el que no acudiese en un corto plazo á servir al pueblo. Y el duque de Arcos, por no quedarse atras, publicó otro en sentido contrario. Y es menester decir en honor suyo, que despues de la muerte de Toraldo salió varias veces, ya á caballo ya á pié, á reconocer, como debia haberlo hecho desde el principio, los puestos; á dar por si mismo las disposiciones, y á animar con su presencia á los soldados, que se estaban sacrificando inútilmente por llevar á cabo sus mal meditados planes.

Creia Tuttavilla, con razon, que su autoridad no era tan respetada, como á las operaciones de tan difícil guerra convenia, por los barones y caballeros, que con sus vasallos armados y mantenidos á su costa, ó con bandidos de su devocion, formaban aquel ejercito colecticio, y por consiguiente indisciplinado. Y temia que cada uno de aquellos personajes desease hacer el *Condottiere*, y guerrear por su cuenta. Creencia y temor que le quitaban la energía que da la confianza. Quejóse varias veces de su embarazosa posicion. Y sabido por los barones, determinaron por el bien comun, y poniendo aparte sus aisladas pretensiones, asegurar á Tuttavilla con escritura pública, documento muy curioso, su ciega obediencia, y que tenia las facultades

necesarias para gobernarlos. Provisto de esta nueva é inusitada autorizacion, que pinta al vivo el desórden de aqnellos tiempos, pasó muestra el sesndo general á las fuerzas con que acudian los barones. Conoció lo escaso de ellas y su mala calidad, y avisó al Virey para acabarlo de desengañar de lo errado de sus cálculos y de sus esperanzas. Trató de fortificar á Aversa lo mejor quo pudo, y organizó como le fué posible aquellas tropas, saliendo de nuevo en campaña, para seguir cortando los socorros á la sublevada capital.

En ella empezaba ya á conocerse la imposibilidad de apoderarse de los puestos fortificados, que de hecho la dominaban. Y como hijas del desfallecimiento por tantas tentativas malogradas, y por la prolongacion de una situacion tan penosa, á que no se le veia fin, empezaron á circular voces en las reuniones populares, que manifestaban deseo de un acomodo con los españoles, con tal que fuese mediador el Pontífice, y se asegurasen las capitulaciones. Llegó esta especie á oidos del conde de Oñate, nuestro embajador en Roma, y sin perder tiempo rogó al Padre Santo que ejerciese la mediacion. Este, siempre temeroso de que los franceses se apoderasen del reino de Nápoles, se prestó gustoso á los deseos del Conde, y envió órdenes é instrucciones al nuncio Altieri para abrir las conferencias con el Virey, y con el generalísimo del pueblo. El duque de Arcos, cada dia mas obcecado y tenaz, deshechó bruscamente toda propuesta, excusándose con que teniendo de sn parte y empeñados en aquella guerra á los barones del reino, no podia sin su consentimiento entrar en tratos con los rebeldes. Genaro Annése contestó resueltamente, que no era posible avenencia, porque el pueblo estaba harto de las falsas promesas de los españoles, y resuelto á establecerse en república independiente (1). Y esta fué la vez primera que sonó oficialmente esta resolucion, que cambiaba completamente la fisonomía de los acontecimientos, y daba mayor gravedad á las circunstancias.

El 25 de octubre, Juan Luis del Ferro, el mismo que expuso con tan mal resultado el retrato del Monarca Cristianísimo, y que se daba en las reuniones popnlares el no muy bien justificado título de su embajador, presentó á Genaro Annése, cabeza de la república napolitana, una carta del marqnes de Fontenay, en la que ofrecia al pueblo en

(1) De Santis.

nombre del rey de Francia una armada de cincuenta naves gruesas y veinticinco galeras, y un millon de ducados, que debian ser entregados por el negociante Tadeo Barbarino. Leida en público en la iglesia del Cármen esta comunicacion, causó general entusiasmo. Y la gente, ganada ya á favor de los franceses, pidió con desaforados gritos que se echasen por tierra todos los retratos de Felipe IV, de Cárlos V y de los demas soberanos españoles, y que se colocase de nuevo en la plaza y bajo dosel el del Rey Cristianísimo. Iban las ciegas turbas á ejecutar uno y otro, cuando las personas mas sesudas impidieron lo segundo, manifestando : que pues no se peleaba ya sino por la nacionalidad y por la independencia, no convenia sustituir señor á señor, y dominacion extranjera por dominacion extranjera. Y que por lo tanto no se debia hablar mas ni de España, ni de Francia, sino solamente de Nápoles. Prevaleció tan acertado dictámen, y se alzó un dosel con la imágen de Nuestro Señor Jesucristo, y con la de San Genaro (1); contestando con otras demostraciones de júbilo y de gratitud á las ofertas de Francia; evitándose con cuidado el dar á su generosidad el título de proteccion. En todo lo cual se descubre que no faltaban hombres de cabeza y de corazon entre aquellas desordenadas y rabiosas turbas.

(1) De Santis.—Raph. de Turris.—Agnello de la Porta, MS.

CAPÍTULO XVI.

Mientras esto pasaba en Nápoles, puesto otra vez en campaña Tuttavilla apretó el bloqueo de la ciudad, reforzando y manteniendo los puestos militares de Puzzoli, Aversa y Acerra, y ocupando las aldeas intermedias, con lo que empezó á ser insoportable la escasez de víveres en la poblacion. Genaro Annése, para remediarla, recurrió á Salerno y á las ricas costas de Amalfi. Pero la comunicacion directa con aquel país estaba interceptada por doscientos caballos, al mando de don Cárlos Caraffa, que era dueño de Castelamare, é impedia constantemente el paso del puente de Scafati. Trataron los rebeldes de apoderarse de él á viva fuerza ó por sorpresa; mas llegando á tiempo el general Tuttavilla, los rechazó y deshizo, volviendo rotos y escarmentados á la ciudad. Ni esta ventaja, ni otras que diariamente conseguia aquel experimentado y activísimo caudillo, le inspiraban confianza en el éxito de la empeñada pugna, considerando cuán malas y escasas eran las fuerzas con que se pretendia terminarla. Y escribió de nuevo al Virey una desconsolada carta, hablándole claro, y manifestándole que con solo las tropas allegadizas de los barones, y con los recursos de un país tan exhausto, era imposible llevar adelante aquella guerra (1).

Al mismo tiempo habiendo llegado al conocimiento de los señores las propuestas del Papa, y la repulsa del duque de Arcos, dando á entender que eran ellos los que dificultaban una avenencia, se indig-

(1) De Santis.

naron con razon, y sin querer contar mas con el Virey, escribieron en derechura al señor don Juan de Austria una reverente exposicion, manifestándole que no serian ellos jamas estorbo de nna fraternal reconciliacion; pues tenian las armas en la mano para mostrar su lealtad, y sostener la soberanía del Rey de España, pero no para oprimir al pueblo, ni para asolar el pais. Y que léjos de oponerse á nn avenimiento, suplicaban á su Alteza que concediese al pueblo los indultos, franquicias y ventajas que pudiese apetecer, siempre que dejase las armas, y de buena fe se sometiese á lo mas justo y razonable, y á lo mas conveniente al servicio del Rey, y á la felicidad de los napolitanos (1).

Las pocas esperanzas de Tuttavilla y las bnenas disposiciones de la nobleza, movieron á don Juan de Austria á tentar nuevo ajuste. Pero, dados con la conveniente cautela y la debida dignidad los primeros pasos, se vió claramente que era ya tarde, que habian cambiado completamente las circunstancias; que la sublevacion era ya rebelion declarada, y que el pueblo napolitano no peleaba ya por adquirir tales ó cuales franquicias, estos ó los otros privilegios, sino por sn independencia y nacionalidad, y por sacudir el yugo extranjero. ¡Generosa y noble resolucion en verdad! Pero empresa descabellada en aquella época, y dificilísima, si no imposible, de llevar á cabo; tanto por la desunion mortífera en ideas y en intereses que devoraba el país, cuanto por los medios con que se queria hacerla trinnfar, y por los hombres de bajos y ruines pensamientos, y de capacidad limitada, que la dirigian.

En las galeras llegadas con el duque de Tursi, vino nombrado por el Rey, maestre de campo general don Dionisio de Guzman. Por lo que Mr. Batteville renunció este cargo que ejercia con nombramiento del Virey. Pero temiendo este, con razon, el cambio de la direccion de la guerra, y el que cesase en él el valeroso Borgoñon, ya acostumbrado á ella y enterado ya del terreno, para caer en manos de un militar, aunque de alta y merecida reputacion, que jamas habia estado en Napoles, ni era conocido de los soldados, y que á nna edad avanzadísima juntaba los continnos padecimientos de una gota tenaz; negoció con destreza y dispuso las cosas de tal modo, que Batteville conservó

(1) De Santis.—Raph. de Turris.—Comte de Módene.—Doncelli.

el mando activo de las armas, y Guzman, sin resentimiento, quedó con el cargo de supremo consejero en casos de guerra.

Arreglado este negocio, para dar calor á las operaciones de Tuttavilla le envió el Virey á Nola, al marques del Vasto, con ciento noventa caballos, y órden terminante de estrechar el bloqueo, y de atender á la sumision de las provincias limítrofes: sin descuidar el puente de Scafati, de que con tanto empeño querian apoderarse los napolitanos. Y llegando por entónces á Aversa con alguna fuerza el duque de Castel de Sangro, y el gran prior Caracciolo, envió el activo general de refuerzo á la torre, que defendia dicho puente, á Picolomini y al duque de la Regina, los que pusieron en ella de presidio cuarenta españoles y otros tantos alemanes, con el capitan Mengical y el sargento Serra, valerosísimo soldado. Y al mismo tiempo el príncipe de Montesarchio cortó el agua á los molinos de Torre de la Anunciata, de donde, aunque con trabajo y peligro, se proveian aun de harinas los rebeldes. Gran terror causó en Nocera la proximidad de las tropas leales, y llamó en su ayuda á Hipólito Pastena, el que gobernaba la rebelion en Salerno. Hubo reñidas escaramuzas entre las tropas de bandidos que este capitaneaba, y las que obedecian á Tuttavilla. Pero dueño este del puente de Scafati, y extendiendo su dominio á los Casales de Avella, Barjano y Mugnano, y apoderándose tambien de Somma y Mare-gliano, cerró completamente el bloqueo de Nápoles, poniendo en gran carestía á los rebeldes, miéntras envió socorros de consideracion al Virey en dinero y vituallas.

Apretado así el pueblo, y viendo que pasaban dias y dias sin que asomara la escuadra francesa, y sin que llegaran los prometidos socorros, empezaron á circular voces de que la carta del marqués de Fontenay, presentada por Ferro, y leida con tan buen efecto en el Cármen, era falsa, y un engaño para llevar adelante una guerra desastrosa, que empezaba á dar á todos fatiga y cuidado. Aumentó esta sospecha el que la tal carta habia desaparecido, en cuanto se verificó su primera lectura; y por mas que se habia deseado haberla á la mano, para examinarla de nuevo y meditarla mas detenidamente, jamas se habia podido dar con ella. Y llegó á tal punto la desconfianza popular, que como un fraile capuchino presentara otra carta tambien con la firma, verdadera ó supuesta del embajador frances, reproduciendo las ofertas y añadiendo seguridades, faltó poco para que fuese despedaza-

do por el populacho. Pues debió la vida, á que mandó oportunamente Genaro Annése meterlo en un calabozo, miéntras se averiguaba la verdad.

Con este objeto envió el generalísimo del pueblo á Roma, con poder suficiente y autorizacion en regla para entenderse directamente y en nombre de la república napolitana, con el marques de Fontenay, y pedirle socorro, á Nicolo María Mannara. Pues aunque el historiador de Santis dice que fué el doctor Francisco Patti, es evidente equivocacion, porque este fué despues, como diremos, y con encargo muy distinto. Y nos apoyamos para asegurarlo así en el conde de Módena, que tuvo, como vamos á referir, ocasion de tratar á uno y á otro negociador, y parte muy activa en aquellas conferencias. Y esta fué la vez primera que oficialmente y de un modo ostensible y autorizado se entablaron negociaciones formales entre los sublevados, ó por mejor decir, ya rebeldes napolitanos, y la corona de Francia. Pues aunque los trabajos estaban muy adelantados, todo hasta entónces se babia hecho bajo cuerda, por medios indirectos, por personas sin responsabilidad, y en reuniones privadas, sin acuerdo de las juntas populares y sin autorizacion de los jefes del pueblo.

El señor don Juan de Austria, conociendo desde luego que la situacion se bacia grave y peligrosa, y que si el estado de cansancio y privacion de todo, en que se encontraban las escasas tropas españolas, que solo á fuerza de constancia heróica se sostenian, se presentaba de refresco una armada francesa, con gente de desembarco para socorrer al pueblo, era segura la completa pérdida del reino de Nápoles; envió nuevos emisarios á tentar el vado con ventajosas proposiciones. Pero solo consiguieron oir claramente por terminante respuesta, que estando ya comprometido el pueblo con el rey de Francia, y entabladas las negociaciones, nada tenia que tratar con el de España, ni con el Príncipe su bijo, ni con sus ministros. Con lo que despechado don Juan perdió por primera vez los estribos, y mandó continuar la guerra sin tener mas miramiento con la ciudad (1).

El duque de Arcos al mismo tiempo trató por otro lado de probar fortuna. Y envió un secreto confidente á Genaro Annése, ofreciéndole una gruesa suma y un lucrativo cargo de importancia en la Península,

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.

si entregaba el torreon del Cármen y ahogaba la rebelion. Pero el maestro arcabucero, ó porque no se fió de la propnesta y de quien la hacia, ó porque tuvo un momento de grandeza de ánimo y de elevacion de carácter, ó porque pudo mas en él la ambicion que la avaricia, delató inmediatamente al pueblo la propnesta, y mandó ahorcar en el acto al que la habia traido. Mucho le valió esta demostracion, pero para acabar de calmar las sospechas qne contra él se propalaban en los corrillos amengnando su autoridad, publicó el 29 de octubre un bando ó proclama, atribuyéndolo todo á manejos ocultos de los españoles para desacreditarlo.

Continuaba en tanto la guerra en la ciudad y en sus contornos. En ella eran diarios los asaltos á los pnestos, y las escaramuzas por las calles; en ellos el general Tuttavilla mantenia sin soltar las armas de la mano el bloqueo; habiendo vnelto á empeñar un rudo encuentro, en que aunqne con mncha pérdida quedó vencedor sobre el puente de Scafati. Castelnovo cañoneaba sin cesar la calle del Pnerto, con lo que incomodaba continuamente á los rebeldes. Y estos, aprovechando una noche oscurísima y lluviosa, levantaron con gran silencio y presteza, y con inteligencia admirable, una trinchera con espaldones, que los puso completamente á cubierto, empleando en su construccion sacos de lana y de algodon y hasta fardos de paños, tapices, ricas telas y géneros preciosísimos de Levante, que sacaron á viva fuerza de todos los almacenes de la marina. Cuando al amanecer se encontró el Virey con aquella obra encima, que resistía el tiro de cañon, y que ponia en gravísimo peligro la fortaleza, bramó de cólera, y mandó inmediatamente ahorcar de las almenas á los centinelas, que no habian notado la operacion, sin que le sirviese de excnsa la oscuridad.

Aunque el pueblo no habia adelantado terreno alguno dentro de la ciudad, tampoco lo habia perdido; ni habia padecido en los contornos descalabro capaz de hacerle decaer de ánimo. Pero la falta de víveres lo trabajaba y consumia, y el cansancio de tantos dias de continua pelea sin adqnirir notable ventaja, empezaba á manifestarse. Y bien por la necesidad que ya todos tenian de descanso, bien porque el tiempo iba calmando el ardor y entusiasmo de las masas populares, bien por los ocultos manejos de los partidarios del Virey, empezaron á circular por los corrillos ideas de desaliento y deseos de salir de cualquier modo de tan insostenible situacion. Por otro lado, como en tiempos

revueltos pululan las ambiciones, y anhelando todos saborearse con el poder, se trabaja para que pase de mano en mano, y al que lo ejerce se le desacredita y baldona, hágalo bien ó mal, solo porque lo ejerce á despecho de los que lo desean y no saben ó no quieren esperar que les llegue su turno; empezaron tambien á renovarse con mas calor las hablillas en descrédito de Genaro Annése. No tardó este en saberlo, y violento y despechado publicó un furibundo bando, prohibiendo discurrir sobre la situacion, y tomar en boca su nombre, bajo pena de la vida, como asimismo toda reunion pública y clandestina, sin exceptuarse las de jefes militares, sediles y capitanes de barrios, aun cuando fuese para tratar de cosas de guerra (1). Aterró é impuso silencio á todos esta disposicion. Pero Brancaccio, que siempre miraba al generalísimo del pueblo con ódio, y lo que es peor con desprecio, levantó el grito contra este bando, diciendo, y con razon, que debilitaba su autoridad militar. Y por esto, y por creerse desairado porque en la correspondencia con el embajador Fontenay no se hacia mencion de él para nada, tuvo un acaloradísimo altercado con Annése; de que resultó el hacer renuncia del mando de las armas, y alejarse completamente de los negocios públicos. Ocurrencias todas que dividian mas y mas los ánimos, ya demasiado discordes, y que imposibilitaban el establecimiento de la soñada república. La que acabó de morir en la cuna, renunciando á su nacionalidad, cuando le ocurrió darse un supremo jefe extranjero.

(1) De Santis.—Donelli.

CAPÍTULO XVII.

Desde el momento en que unas barcas de la isla de Prócida, llevando fruta á Roma, esparcieron las primeras noticias de las ocnrrencias de Nápoles, y de la exaltacion de Masanielo, el embajador de Francia cerca de la Santa Sede, marquea de Fontenay Mareuil, tuvo á su gobierno al corriente de los progresos de la sublevacion. Y aunque le indicó desde luego la oportunidad que ofrecia para procurar la desmembracion de aqnel importatisimo reino, de la corona de España, y no se descuidó en enviar á él agentes secretos, que acalorando el movimiento popular, procurasen darle el giro mas conveniente á los intereses de su corte; no recibió de ella instrucciones tan terminantes como habia creido. Y se vió obligado á mantener cierta circunspeccion, sin soltar empero de la mano los cabos de la red oculta que habia ya extendido, para tirar de ellos segun las nuevas órdenes que pudiera y deseaba recibir.

En el gabinete de Francia empezaban á nacer deseos de no llevar adelante la guerra con España. Y habia resuelto continnarla lentamente, y sin tentar nuevas empresas, qne dificultasen un próximo acomodo. Por lo que el cardenal Mazzarino, aunque conoció todo el fruto que podrian dar los alborotos de Nápoles, se decidió por esperar sus resnltados sin decidirse á nada, ni aventurar por lo pronto el crédito y poder de la Francia. Mas para estar dispuesto á todo, mando aprestrar en Tolon nna gruesa armada, que diese la vela al primer aviso. Hablóse de todo esto en Paris, y varios personajes franceses quisieron trasladarse á Nápoles. Y entre ellos el que lo tomó con mas calor, y mayores instan-

cias hizo para verificarlo, ofreciendo hasta llevar á cabo la empresa á su costa, fué el príncipe de Condé; pero encontró en el gobierno una formal y decidida oposicion.

Entre tanto se desarrollaban aquellos extraordinarios sucesos. Y en Roma trabajaba con asiduidad para traerlos á su mano, sin contar para nada ni con el embajador de Francia ni con el gobierno frances, Enrique de Lorena, duque de Guisa. Este príncipe jóven, de ánimo osado y bullicioso, de poco maduro juicio, de gallarda presencia, de condicion liberal, de corazon valiente, de modales muy atractivos, se hallaba en la corte pontificia solicitando anular su descabellado matrimonio con la viuda del conde de Bosiu, para contraer otro no mas acertado con Mlle. de Pons, á quien amaba ciegamente. Y cuando desesperado con las dilaciones y dificultades de la curia eclesiástica, pensaba en volverse á Paris, apretado por su amada; las noticias de las ocurrencias de Nápoles lo detuvieron. Tenia el duque frances en su compañía al discreto y sesudo baron de Módena, que con el título de Conde escribió y publicó poco despues memorias históricas de estos sucesos. El cual habiendo topado por casualidad con los Procitanos, que llevaron á Roma las primeras noticias, los presentó al duque, quien echó con ellos el cimiento de un atrevido plan, cuyos resultados vamos á referir.

Descendia por línea femenina el duque Guisa de Renato de Anjou, y acalorado con este recuerdo, se imaginó con derecho á la corona napolitana; y se propuso aprovechar las circunstancias del momento para ceñírsela á poca costa. Recibió contentísimo á los Procitanos, los regaló y agasajó grandemente, y les encargó hiciesen saber á los habitantes de Nápoles, que habia un príncipe del linaje de sus antiguos reyes, pronto á sacrificarse porque recobraran la libertad. Y efectivamente aquellos rudos marineros fuéron los que primero dieron origen á la idea de la proteccion francesa en el populacho sublevado. Despues no se descuidó el duque en buscar con empeño, y en conseguir ver y hablar á cuantos napolitanos llegaban á Roma. Y hasta se atrevió á enviar mensajeros á Nápoles, que fuéron reconocidos, detenidos, y ahorcados en Gaeta. Tambien trató de que autorizara sus pretensiones el marques de Fontenay; pero este sagaz diplomático lo acogió con tal frialdad, y le opuso tantas dificultades, que el ambicioso jóven resolvió recatar sus manejos del embajador, y valerse de otros medios para ob-

tener el apoyo del gabinete frances. Dirigióse al cardenal de Santa Cecilia, hermano de Mazzarino, y le ofreció para una sobrina la mano de su hermano el duqne de Joyense, si alcanzaba la proteccion del purpurado ministro, y la cooperacion de la Francia en favor de su proyecto. El Cardenal de Santa Cecilia recibió no solo con gusto sino con entusiasmo las confidencias y las proposiciones del príncipe frances. Y tan lijero como él, y de viva imaginacion, llegó á pensar que el asegurar en las sienes de aquel pretendiente la corona de Nápoles, era asegurar la tiára para las de su hermano; y que no era ademas de desdeñar por lo pronto un enlace con la familia real: por lo que se apresuró á escribir al hermano ministro en los términos mas eficaces. Pero el ministro, hombre de otro alcance, y de mas flema y madurez, contestóle sagazmente con aqnellas frases que suenan mucho y que no dicen nada; pero que vienen bien á todos los resultados posibles de un negocio dudoso é intrincado. (1).

Entre tanto tentó el duque de Guisa nuevos medios de comunicacion con los napolitanos, y creyó el mejor de todos un hermano del famoso Domingo Perrone, que llegó á Roma. Apoderóse de él, enviolo con cartas é instrucciones; pero la suerte parecia burlarse del ambicioso, y dispuso que este agente llegase á Nápoles, cuando ya su hermano habia tan desastrosamente desaparecido de la escena política.

Tampoco los partidarios de Francia en Nápoles se descuidaban, pues llegaron nuevos comisionados á Fontenay. Entre ellos Lorenzo Tóntoli, y Agustin de Liéto, que se quedaron en Roma, llamándose, no sabemos con qué autorizacion, residentes del pueblo napolitano (2). Trabó con ellos estrechas relaciones el Duque frances por medio del activo baron de Módena. Y uno y otro, oyendo las abultadas relaciones de estos agentes, que como interesados en dar importancia á su causa, exageraban los medios con que contaba; juzgaron la empresa mas fácil de lo que realmente era; y con gran actividad buscaban todos los medios de llevarla á cabo.

El marques de Fontenay, por su parte, y á pesar de su sagacidad exquisita, tambien concebia lisonjeras esperanzas, sin conocer las exa-

(1) Comte de Modéne.
(2) De Santis.

geraciones de los negociadores napolitanos. Volvió á solicitar de su corte mas atencion á aquellos importantes acontecimientos; y empezó á trabajar de véras bajo mano, para que la sublevacion se inclinase á buscar el amparo de su Rey. Pero el aspecto frio de este embajador, y su parsimonia en gastar, disgustaban tanto á Tóntoli y á Liéto, cuanto los hechizaba el calor y la generosidad del jóven y arrebatado príncipe frances (1). E ignorando sus antecedentes, y el poco crédito que gozaba en su corte, en él y solo en él fundaban sus esperanzas, escribiendo á Nápoles los mas exagerados elogios de su persona.

El ningun efecto de la llegada de don Juan de Austria; lo que habia enardecido la situacion el inoportuno uso de escasa fuerza; la declaracion primera de los sublevados en favor del Papa, y su última resolucion de constituirse en república, aguijonearon de nuevo á Fontenay. Y lo hizo de tal modo al cardenal Mazzarino, que dió este órden de zarpar inmediatamente á la armada de Tolon al mando del duque de Richelieu, llevando á bordo al señor de Creuzet, y al de Forgetz, generales de crédito, que podian ponerse á la cabeza de la rebelion. No juzgando político el ministro cardenal fiar empresa semejante, en que se trataba de la adquisicion de un reino, á príncipe de la sangre, ó á personage de tanta valía, que osase trabajar por cuenta propia en aquellas circunstancias.

En este punto estaban las cosas cuando llegó á Roma el verdadero comisionado oficial de Genaro Annése, Nicolo María Mannara.

La casual circunstancia de vivir en Roma en el mismo palacio, aunque en pisos distintos y en habitaciones totalmente independientes, el embajador de Francia, y el duque de Guisa, proporcionó á este el apoderarse del ánimo del enviado napolitano, y el verlo, oirlo y comunicarlo, ántes que el hábil diplomático lo consiguiera.—Arribó Mannara despues de una larga y penosa navegacion á Fiummiacino, y de allí se trasladó á caballo á Roma, donde llegó á media mañana harto malparado, cubierto de lodo y empapado de la lluvia. Y en este estado, que prevenia ciertamente muy poco á su favor, apeóse á la puerta del palacio Barberini, y subió á la vivienda del marques de Fontenay, precisamente cuando este acababa de salir. Los secretarios y dependien-

(1) Comte de Modéne.

tes de la embajada, como habian observado la frialdad y reserva con que el gefe acogia á los napolitanos, no les daban grande importancia; y recibieron con desden al recien llegado, diciéndole que esperase hasta que volviera el embajador. El agente de Annése tuvo que conformarse con un recibimiento tan poco lisonjero: y se sentó á esperar, empapado y mohino, en una de las primeras antecámaras. Entró en ella por acaso un lacayo del duqne de Guisa, le habló, y supo qnien era. Y así como los servidores de Fontenay obserbaban con los napolitanos el desdeñoso continente de su señor, los del Duque se esmeraban en afectar el interes y cariño que el suyo les demostraba. Y despues de acariciar este á su manera á aquel hombre de tan mala catadura, solo porque venia de Nápoles, corrió á ponerlo en noticia del baron de Módena. Avisó este inmediatamente al Duque, y aprovechando los instantes de no estar en casa el embajador, mandó al mismo criado que, con disimulo y ocultándose de la gente de la embajada, trajese de un modo ó de otro aquel hombre á su presencia. La suerte favoreció la ejecucion, y Mannara se trasladó, sin qne nadie lo notase, á los aposentos del duque de Guisa. Recibiólo el Baron con los brazos abiertos. Mandó darle vestidos, y servirle nn abundante almuerzo en qne no escaseó el vino. Y cuando lo vió repuesto, enjuto, refrigerado, y agradecido sobre todo á tan buena acogida, y con el ánimo dispuesto favorablemente, lo introdujo en el gabinete del Príncipe, ya convenientemente preparado.

CAPÍTULO XVIII.

La acogida cariñosa y franca del duque de Guisa, contrastando sobremanera con el desden y poco miramiento de la recepcion en casa del marques de Fontenay, hizo su natural efecto. Pues el comisionado del pueblo de Nápoles fundó toda su confianza en tan jóven y gallardo príncipe; le manifestó sin reserva sus instrucciones, y le pintó el estado de la sublevacion, aumentando como era regular sus recursos y sus esperanzas. Con profunda atencion le oyó el Duque, no muy satisfecho de que no hubiera sonado para nada su nombre en los labios de aquel napolitano. Y empezando con destreza, superior á la que solia ostentar, por hacerle grandes elogios del embajador; por disculpar la mala acogida que habia encontrado en su casa, atribuyéndola á descuido de criados; y por asegurarle que hallaria en aquel personaje, como representante de tan gran rey, toda proteccion; pasó luego á hablarle largo de si mismo. Explicóle con prolijidad su descendencia de la familia de Anjou, y le pintó con vivísimos colores su ardiente entusiasmo por un pueblo generoso y valiente, que peleaba con tanto teson para conquistar su libertad y su independencia. Y mostrando en seguida temores de que toda la buena voluntad del Rey Cristianísimo su pariente, y todo el celo del marques de Fontenay pudieran ser contrariados por el retardo, que los vientos opusiesen á la armada, ó por otras causas imprevistas; insinuó al novel diplomático, en quien ya ejercia una verdadera fascinacion, la idea de lo conveniente que seria proveer á estas eventualidades, yendo él mismo á ponerse al frente del pueblo, y á combatir por la nueva república, como lo estaba hacien-

do en Holanda el príncipe de Orange. Y que su persona en Nápoles, ligada con la familia real, aumentaria el celo de los ministros, para no retardar los socorros; y avivaria en el rey de Francia el deseo de que triunfase una causa en que tenia empeñado á tan cercano pariente, grato ademas á los napolitanos, camo vástago de sus antiguos reyes.

Alucinado Mannara con este discurso, creyó ver en su mano una importante y brillantisima negociacion, que iba á darle alto nombre y fortnna. Y aunque en sus instrucciones no se le decia nada del duque de Guisa, creyó tener en el artículo en que se le autorizaba en general para procurar lo qne mas conviniera al triunfo de la república, campo abierto para solicitar la cooperacion de un príncipe, que tan poderoso se imaginó, y tan preponderante en la corte de Paris. El Duque conociendo que era ya suyo completamente aqnel mensajero, para asegurárselo aun mas, le ofreció grandes mercedes, y le encargó que ocultase aquella conferencia á los ojos del marques de Fontenay, para no lastimar su amor propio de embajador. Ofrecióselo el napolitano, y saliendo de la casa del Duque por la puerta del jardin, volvió á entrar por la principal, y subió á la del embajador, haciendo creer que venia de la posada en que habia dejado su equipaje.

Recibiólo el Marques con agasajo, pero con reserva. Leyó las cartas de Genaro Annése, que le escribia por sí y á nombre de la junta popular. Y despues de informarse detenidamente de la situacion de Nápoles, y de las esperanzas que fundaba en la proteccion del Rey Cristianísimo, manifestó al mensajero la gratitud de su soberano á tales pruebas de confianza, y le aseguró que de un instante á otro la armada francesa, que habia zarpado ya de Tolon, llegaria á patentizar con poderosos socorros el alto aprecio con que miraba su córte la amistad de los valerosos napolitanos. Dióle rendidas gracias por todo el enviado del pueblo, y añadió, como cosa sencillísima y natural, que para prevenir cualquier eventual retardo, deseaba la república naciente tener en su seno, como prenda de alianza, algun Príncipe francés que mandara las armas, interesara á Francia en su socorro, y asegurase el éxito de la independencia por que se peleaba. No cayó por lo pronto en la cuenta el Marqnes, y respondió en términos generales. Mas volviendo á la carga el Napolitano, le dijo: que informado el pueblo de que se hallaba en Roma el duque de Guisa, principe del linaje de Anjou, pedia que fuera á ponerse á su cabeza, y á organizarlo convenientemente

para la guerra con sus opresores, interin llegaban la armada y los demás socorros que el Rey Cristianísimo enviase. Sorprendióse grandemente el astuto y experimentado diplomático oyendo tan explícita peticion; y cuidando de no darlo á entender en el semblante, contestó, á pesar suyo con agitado aliento y balbuciente voz, que creia que el duque de Guisa estaba en Roma de incógnito y por negocios particulares; y que no sabia si hallándose sin carácter, séquito y aparato de príncipe, le acomodaria ir á Nápoles en aquellas circunstancias, y arrostrar las dificultades que podria ofrecer el viaje. Mannara sin titubear (mas diestro entónces que Fontenay), ocultando con gran primor que estaba ya de acuerdo con el Duque, repuso que los napolitanos no necesitaban mas que de la persona de tan gran príncipe, no de su séquito y aparato; pues hallaria entre ellos uno y otro superiores al del mayor monarca. Y que para asegurar el viaje bastaban las falúas napolitanas, tan prácticas de aquellos mares, y tan acostumbradas á burlar los cruceros españoles. Estrechado tan de cerca el embajador, terminó sin afectacion la conferencia, prodigando en cuanto pudo agasajos al negociador. Y se encerró en seguida en su gabinete á meditar detenidamente cómo impedir la ida del duque de Guisa á Nápoles, sin comprometerse con él, ni con la corte, ni con los napolitanos.

El baron de Módena, por quien sabemos todas estas menudencias, dice que el Marques tenia deseos de ir á Nápoles, pero que le faltaba resolucion: que acaso lo hubiera verificado, llegando á tiempo la armada francesa, y que por esto se opuso en cuanto le fué posible á la marcha del Duque. Mas nosotros, registrados otros autores no tan interesados en la empresa del príncipe frances, visto el modo con que este se portó cuando logró lo que tanto ambicionaba, y examinando imparcialmente su conducta pública y privada ántes y despues de aquellos acontecimientos, juzgamos que el Marques debió creer que el Duque iba á imposibilitar el triunfo de los napolitanos, y á empeorar su causa, con su ligereza y corta capacidad; y á enfriar tambien en la corte (como sucedió), el deseo de socorrer á la nueva república, por los resentimientos antiguos y modernos de la corona de Francia con la familia de Guisa. Y que por esto sin duda se opuso constantemente á que cargasen tan débiles hombros con empresa de tanto peso é importancia. El éxito no tardó en justificar los recelos del previsor diplomático.

Mannara informó sin perder momento al duque de Guisa de su conferencia con el embajador. Y este al dia siguiente fué á visitarlo y á referirle la proposicion de los napolitanos, sin darle importancia y calificándola mas bien de descabellada. Pero el Duque le manifestó que no la creia tanto, que no fuera aceptable en interes de la Francia. Y que si el deseo del pueblo napolitano era tenerlo en su capital, y valerse de sus servicios, estaba muy dispuesto á ir allá á servir al Rey, y á impedir á costa de los mayores sacrificios, que el retardo eventual de la armada diese lugar á imprevistos acontecimientos, que privasen á Francia de tan oportuna ocasion para acrecentar su gloria y su poderío. Desconcertóse el embajador con esta declaracion explícita, y mucho mas cuando el cardenal de Santa Cecilia, que llegó casualmente en aquel momento, reforzó con gran calor los argumentos del Duque. El sagaz diplomático no se atrevió á combatir con un Príncipe osado, que tambien sabia disfrazar su ambicion con el traje de sacrificio por la gloria de su Rey, y con un Cardenal influyente, y hermano de su primer ministro. Y por eludir toda responsabilidad celebró una consulta, sin aventurar su juicio, con otros cardenales y prelados franceses que estaban en Roma. Y estos, no tan sagaces como Fontenay, ó ignorantes de los antecedentes del personaje y del disfavor en que estaba con la corte, decidieron por unanimidad: que pues el pueblo napolitano pedia que el duque de Guisa lo gobernara, no debia retardarse el viaje del príncipe, por convenir así á los intereses de la Francia (1).

Regresó Mannara á Nápoles con cartas de Fontenay muy expresivas y satisfactorias para el generalísimo del pueblo, y para la real república napolitana. Y llevó tambien otras del Duque llenas de pomposas ofertas y de magníficas esperanzas. Su llegada á Nápoles fué en el momento en que Genaro Annése, aborrecido generalmente por su bárbara grosería, crasa ignorancia é insaciable avaricia, temia un desastrado fin; y lo salvó el entusiasmo general que encendieron las noticias positivas y seguras, de tener efectivamente la proteccion de un poderoso monarca, tan cercanos sus socorros, y pronto para ponerse á su cabeza un esclarecido príncipe de su familia; pues cuidando los partidarios del arcabucero de atribuir á su habilidad y celo tan grandes ventajas,

(1) Comte de Módene.

lo rehabilitaron en la opinion de las populares turbas enajenadas de contento, y nuevamente alentadas para continuar la guerra. Annése, viéndose de nuevo asegurado, creyendo en el primer momento que se pondria para siempre á cubierto de las veleidades del populacho trayendo á su lado al Duque, se apresuró á que fueran efectivas sus ofertas. Y sin pensarlo mejor despachó de nuevo inmediatamente á Roma al mismo Mannara con el P. Capece, fraile dominico, y con Aniello de Falco, general de artillería, para dar en nombre de la real república las gracias al embajador frances; y para rogar al duque de Guisa que se presentase sin demora á tomar el mando supremo de las armas, en los mismos términos que lo desempeñaba en Holanda el príncipe de Orange (1).

Apénas habia partido de Nápoles esta formal legacion, y aun estaban casi á la vista las barcas que la conducian con próspero viento, cuando se arrepintió el generalísimo del pueblo de haber obrado con tanta lijereza y precipitacion. Pues ó bien porque le abrieron los ojos algunos de sus partidarios mas sagaces que él, ó bien porque el instinto de la ambicion alumbró á su escaso entendimiento, conoció que le iba á ser imposible mantener superioridad sobre un personaje tan esclarecido; y que pronto sería suplantado por él, volviendo de nuevo á la insignificancia de su vulgar condicion, y á ponerse al alcance de la venganza de sus muchos enemigos. Asombróle esta idea. Maldijo su inconsiderada resolucion. Y anheloso de remedio consultó sus temores con Francisco Patti, abogado de mucho credito, y hombre de gran astucia y desfachatez. Este, en lugar de desvanecerlos, como el pobre Annése esperaba, se los aumentó asegurándole, que se habia cortado la cabeza; y que debia por todos los medios imaginables impedir la venida del príncipe frances. Desesperado el generalísimo del pueblo, y sin mas afan que el de conservar su posicion á toda costa, se echó en brazos del confidente letrado, rogándole hasta de rodillas que marchase á Roma sin perder un instante, para deshacer con su maña y osadía, cuanto hicieran los otros tres comisionados; y para poner todos los obstáculos posibles á los intentos del duque de Guisa. Hízose de rogar Francisco Patti, pero al fin se determinó á encargarse de mision tan delicada, de que él mismo redactó las instrucciones. Reducíanse estas á negociar

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.

directamente con el Padre Santo, y proponerle, ó que conservase, para sí, la Santa Sede el reino de Nápoles, cuyo dominio directo le pertenecia; ó que lo tomase bajo su proteccion y amparo como república dependiente de la tiára; ó que concediese la investidudura de rey de aquel reino á uno de sus sobrinos. Y en el caso de que el romano Pontifice no diese acogida á ninguna de estas tres proposiciones, á dirigirse al marqnes de Fontenay y manifestarle que Genaro Annése, el consejo supremo de la república, y los napolitanos de arraigo y de responsabilidad deseaban entenderse solo con él y con el Rey Cristianísimo. Y rogarle que fuese á Nápoles sin demora á representar á tan poderoso Monarca; seguro de que haria su presencia y su autoridad mucho mas efecto que la del duque de Guisa, jóven inexperto y que solo habia sido deseado, con poco acuerdo momentáneamente, por una parte muy pequeña de lo mas despreciable del populacho. De suerte que la mision de Patti abrazaba dos negociaciones para echar mano de la una si no tenia buen resultado la otra. Y ambas dirigidas á impedir la venida á Nápoles del príncipe frances, con quien le era imposible competir al villano Genaro Annése.

CAPÍTULO XIX.

Mannara y sus dos compañeros llegaron con felicísimo viaje á Roma, donde fueron muy bien acogidos por el marques de Fontenay. Presentáronse en seguida al duque de Guisa, quien, adestrado sin duda por el baron de Módena y otras personas de talento que lo circundaban y en lo posible lo dirigian, los recibió afectuosísimamente, pero negándose á oir sus proposiciones oficiales sino en presencia del embajador. Por lo que, á instancia de los comisionados, se celebró aquel mismo dia una entrevista en el salon del marques, en que oficial y solemnemente en nombre de la república pidieron al Duque que se dignase de ir á Nápoles, y de tomar el mando de sus ejércitos. El príncipe siempre bien aleccionado, despues de manifestar su gratitud á los mensajeros, y de asegurarles de su ardiente deseo de complacer al pueblo que representaban, dijo: que para volar á su socorro solo esperaba, á fuer de leal súbdito frances, el que se lo mandase el representante de su Rey y señor. Apuradísimo se vió Fontenay conociendo el compromiso, y la inmensa responsabilidad en que podia incurir. Y balbuciendo algunas palabras sin sentido, que manifestaban su turbacion, expuso al cabo: que no tenia instrucciones bastantes, y por lo tanto autoridad ninguna para mandar y dar órdenes á tan alto personaje; pero que tampoco las tenia para poderse oponer á una eleccion espontánea del pueblo napolitano y de su generalísimo, cuando recaia en un príncipe frances; y que no babiendo recibido contestacion de la corte á sus últimos despachos, lo único que podia asegurar era, que la escuadra francesa estaba ya navegando la vuelta de Nápoles, y que

en ella tendria la nueva república el mas firme apoyo, para asegurar su independencia y su libertad (1). Bastóle al osado Duque esta declaracion aunque tan ambigua; y apoyado en ella, aceptó en el acto el cargo con que Nápoles le brindaba, y resolvió partir en cuanto vinieran á buscarlo las falúas.

Contentísimos los comisionados de Genaro Annése con el buen éxito de su negociacion, despacharon por mar y tierra avisos á su capital, pidiendo que viniesen inmediatamente á Fiumicino las barcas que debian conducir al Príncipe general.

Loco de contento el duque de Gnisa con ver tan cercano el objeto de sus anhelos, miéntras preparaba el viaje y buscaba dineros y municiones que llevar consigo, daba incautamente una inconsiderada publicidad á todas las negociaciones, sin recatarlas ni aun de sus mas encarnizados enemigos. Y con diez mil escudos, que le proporcionó el cardenal de Santa Cecilia, y con una escasa cantidad de pólvora, que le vendió el duque de Bracciano, se aprestó á la partida. Nombró confesor al padre Capece, ofreciéndole una mitra, y envió á Paris á un secretario con cartas para su madre pidiéndole fondos, y que negociase con la autoridad de su nombre el que no escaseasen los socorros, y el que apoyasen con calor los ministros del Rey sn atrevida empresa (2).

Cuanto se habia trabajado por unos y otros en tan embrollado negocio lo sabia menndamente el conde de Oñate, embajador de España en Roma, y que seguia una activísima correspondencia con Madrid sobre todo lo qne ocurria en Italia. Y como sagaz y entendido, y gran apreciador de las cosas y de las personas, creyó que la ida del duque de Guisa á Nápoles era la ocurrencia mas favorable en la situacion en que se encontraba aquel reino. Conocia personalmento al jóven príncipe, y sabia que estaba mirado de mal ojo en la corte francesa, donde su audacia debia despertar recelos, y entorpecer cuando no imposibilitar los socorros, que sin estar él de por medio, hubiera dado la corte de Francia; y no ignoraba tampoco la mala voluntad del marques de Fontenay, circunstancias todas que unidas al estado de desórden en que habia caido la rebelion, y á la envidia y temores que ya se ha-

(1) Comte de Modéne.
(2) Comte de Modéne.

bian despertado en el corazon del villano Annése, debian apresurar forzosamente el descrédito del Duque, y con él nuevos acontecimientos, que al cabo proporcionaran el completo triunfo de las armas españolas. Con tales seguridades para lo venidero, fundadas en datos casi positivos, léjos de trabajar contra el duque de Guisa, pensó solo el diplomático español en allanarle diestramente el camino de su perdicion: teniendo siempre al corriente de todo al señor don Juan de Austria, y al duque de Arcos, que no se descuidaron, valiéndose de sus muchos confidentes, en preparar el terreno de modo que lo encontrase deleznable y resbaladizo el Príncipe aventurero.

Tan feliz como habia sido el viaje de los tres comisionados de Genaro Annése, fué largo y penoso el de Francisco Patti, que llegó cuando el negocio estaba ya resuelto. Empezó sin embargo con grande actividad y sigilo sus negociaciones. Mas desengañado pronto de que el Padre Santo no daba oidos á sus propuestas, se acogió á la segunda parte de sus instrucciones, y se dirigió al embajador marques de Fontenay. Mucho, muchísimo se alegró este de cuanto le dijó el agente secreto. Pero conoció muy luego que llegaba tarde, y que impedir ya el viaje del de Guisa era punto menos que imposible. Así se lo manifestó á Patti, exhortándole á que fuera á Paris para tratar directamente con la corte. Entónces el astuto abogado, consultando ante todo su propio interes, creyó que le importaba ya mas servir al duque de Guisa, que al maestro arcabucero. Se excusó del viaje á Paris con la falta de medios, y de credenciales é instrucciones. Y se despidió del embajador, demostrándole que se resignaba con lo resuelto, supuesto que podia ser en beneficio de su patria. En seguida fué á buscar á los otros comisionados, fingiendo que acababa de llegar de Nápoles, para apresurar la partida del Duque. Y aun tuvo la desfachatez de asegurarlo así al mismo, con las mas bajas y viles adulaciones (1).

Llegaron en esto á Fiumicino catorce barcas ó falúas napolitanas destinadas para el viaje del príncipe. Este apresuró sus preparativos, y despues de mil necias publicidades, y de darse una pueril importancia, dispuso su salida de Roma con un aparato triunfal. Llevando la lijereza y petulancia hasta el extremo de pasar con su comitiva y un trom-

(1) Comte de Modéne.

peta delante, por la plaza de España, y por debajo de los balcones del conde de Oñate, que acaso al verlo desde detras de sus vidrieras desplegaria los labios con la sonrisa de la compasion. Acompañáronlo en varios coches el marques de Fontenay, el cardenal de Santa Cecilia, y otros señores y Prelados franceses, hasta la Basílica de San Pablo, extramuros. Allí se despidieron, prosiguiendo el Duque su viaje á caballo hácia el mar, con el baron de Módena y los emisarios napolitanos. Llevando ademas en su séquito al señor de Cerizantes, como representante de Francia nombrado por el embajador, esto es de espía; á Jerónimo Fabrani en calidad de secretario, y á Agustin de Lieto con la de capitan de guardias. Cada falúa no podia contener mas que dos ó tres pasajeros. El Duque entró en una con solo su ayuda de cámara, y en las otras se repartió la comitiva, dando la vela con tiempo bonancible el dia 13 de noviembre de 1647, á la media noche (1).

Al siguiente en las aguas de Ponza descubrieron esta flotilla tres galeras españolas, que estaban en acecho. Pero no pudieron darle caza, porque se dispersaron inmediatamente las falúas en todas direcciones; y no conociendo en la que venia el Príncipe, no sabian á cual habian de perseguir, mucho ménos desapareciendo pronto todas á favor de la noche oscurísima y borrascosa. En tanto con destreza suma y sin perder tiempo, la barca en que venia el Duque, navegando tierra á tierra, y pasando entre las islas Ischia y Prócida, con rumbo á la de Capri, apareció al amanecer en el golfo. Y aunque acosada por la mosquetería de los botes armados, que envió don Juan de Austria á perseguirla, arribó en salvo á la torre del Grecco; de allí se trasladó inmediatamente á la playa del Cármen, recibida por el pueblo con la mayor alegría y entusiasmo.

(1) Comte de Modéne.—De Santis.—Capecelatro, MS. y otros A. A.

CAPÍTULO XX.

En punto harto crítico llegó el duque de Guisa, provisto de fantásticas esperanzas, mas bien que de efectivos recursos, á ponerse á la cabeza de un alzamiento popular, con mas ruidosa apariencia, que poderosos medios de conseguir un triunfo glorioso y duradero. El movimiento que, empezando motin despreciable de muchachos contra la gabela de la fruta, llegó á ser rebelion abierta contra la dominacion española, habia recorrido en breve tiempo largo espacio, pero por terreno poco firme, y se hallaba desfallecida de su propio esfuerzo. Es verdad que todo el pais estaba en armas; pero no conforme ni en la causa ni en el fin con que las empuñaba y esgrimia. Es verdad que ciento y cincuenta mil hombres, secundados por la casi totalidad de la poblacion, habian peleado, y peleado con valor heróico y con constancia tenaz, en la capital y en los alrededores; pero este número estaba ya muy disminuido, y era aun mas pequeño si se contaba con él para operaciones difíciles y en regla. Y ademas no eran solo aquellas tropas populares, y aquellas masas informes é indómitas de populacho los habitantes de la ciudad. Los vecinos de arraigo, los que vivian ó de empleos públicos, ó del tráfico, ó de la industria, llamados entónces *Capas-negras*, y que componian la clase media del pueblo napolitano; si se alzaron contra los impuestos, ó por satisfacer resentimientos personales, ó por buscar medio de acrecentar su fortuna, estaban hartos de aquel desórden, disgustados de los excesos del populacho, desengañados de toda ilusion, deseosos de tranquilidad; y no eran enemigos de la dominacion española, creyéndola prenda única de estabilidad

y de reposo. La nobleza, que no dejaba de tener poderío, y mucho peso en la balanza de los destinos del pais, combatia encarnizadamente la revolucion. Y tres castilllos casi inexpugnables, muchos puntos importantes de la ciudad y el dominio absoluto del mar, eran de los españoles. La conmocion duraba y crecia, porque el temor de las *Capas-negras* á los asesinatos y á los incendios los tenia aterrados y retraidos, sin atreverse á comunicar entre sí y á ponerse de acuerdo por no incurrir en sospecha de los agitadores; y porque las escasas fuerzas españolas, aunque ventajosamente colocadas, no tenian poder suficiente para destruir las masas proletarias, ni para inspirar confianza bastante á la clase media, inerte, sí, pero disgustada y numerosa.

La organizacion misma de la parte militante del pais no dejaba esperanza de consistencia alguna, En las provincias no era uniforme; en la ciudad, si bien habia la suficiente para pelear, no habia ninguna que la constituyese. Y ya creyéndose fiel al rey de España, ya declarándose enemiga de los españoles, ya proclamándose república, ya echándose en brazos de un príncipe extranjero, siempre era una masa de proletarios, de descontentos y de bulliciosos, armada é indomable, con un hombre cualquiera y eventualmente á la cabeza, que la empujaba mas que la regía; y que la tiranizaba ó la obedecia humildemente, pasando con rapidez de señor á siervo, y de verdugo á víctima. La rebelion en fin del reino de Nápoles, que tanto ruido hacia en Europa, no podia tener por resultado la independencia, porque no tenia fuerzas propias ni físicas ni morales para conquistarla. Solo con una escuadra superior á la de don Juan de Austria, y con tropas de desembarco suficientes para levantar el bloqueo de la capital, uniformar la opinion de las provincias, organizar el pais y arrojar despues de largos sitios en regla á los españoles de las fortalezas, hubiera podido Nápoles cambiar de dominacion; pero no constituirse en estado independiente. Y esta mudanza de mano, si es que era favorable para los napolitanos, solo podian verificarla franceses; pero su cooperacion era dudosa, con la intervencion de un príncipe mal visto en la corte de Francia, temerosa de su exaltacion.

Todas estas circunstancias y las reflexiones consiguientes habian ya, como dijimos, arreglado la conducta del conde de Oñate, y marcaron al señor don Juan de Austria y al Duque virey, la que debian obser-

var. Así que no vieron en el duque de Guisa mas que un aventurero, que si iba por lo pronto á dar calor efímero á la rebelion, iba luego á ser un estorbo para su progreso, y acaso el medio mas eficaz de su acabamiento y de su ruina. Y resolvieron mantener á toda costa las posiciones ventajosas de que eran dueños, apretar el bloqueo de la ciudad, y esperar á qne los desaciertos del nuevo caudillo, y el cansancio, desórden y miseria de las masas combatientes, dieran el triunfo á las armas españolas.

No pensaba lo mismo el inexperto y arrogante príncipe frances, pues sin considerar qne solo habia traido á la república en embrion una docena de aventureros por todo esfuerzo, siete ú ocho mil escudos por todo auxilio, y unos cuantos quintales de pólvora por todo socorro (1); ufano y desvanecido con el feliz éxito de la travesía, con las salvas del torreon del Cármen, con las aclamaciones del populacho, se creia ya libertador de un pueblo oprimido, fundador de nna monarquía independiente, árbitro futuro de la suerte de Italia toda. Rodeado de tan lisonjeras esperanzas, y de un inmenso gentió que lo victoreaba, se dirigió á caballo á la iglesia catedral, para dar gracias de su feliz arribo al Todopoderoso. Y en seguida lo llevó consigo Genaro Annése á su guarida del torreon del Cármen, para que allí viviese en su compañía, ínterin se le preparaba mas digno y decoroso alojamiento (2).

No sería ciertamente muy agradable para el orgulloso Príncipe frances, para el atildado petimetre de Paris, el verse tratado tan familiarmente por el zafio arcabucero, y el encontrarse en su asquerosa manida. Donde aunque se veian bacinadas por los rincones vajillas de plata y oro, telas riquísimas y otros preciosos objetos robados, habia tanta inmundicia, tan pestífero olor, tales barapos, y ajuar tan pobre y tan repugnante, que la persona ménos delicada no hubiera podido permanecer allí cinco minutos. Aumentaba lo disgustoso de aquel cuartucho la desharapada esposa del generalísimo del pueblo, que allí á su lado, desgreñada, aunque con un brial de seda, que babia sido de la duquesa de Maddalone, preparaba en un anafe de yeso la escasa comida de su marido; que iba á ser el banquete de todo un Enrique

(1) De Santis.
(2) De Santis.

de Lorena. Y como para dar el último perfil á tan repugnante escena, Genaro Annése, miéntras se acababan de preparar los macarrones, haciendo alarde de confianza con su huesped, se puso muy oportunamente á curar con ciertos ungüentos una llaga pestífera y cancerosa, que tenia en una pierna (1).

Es la ambicion la mas acomodativa y doblegable de todas las pasiones. Y el duque do Guisa conociendo que el indisponerse con Annése, ó el desagradarle en aquellos primeros momentos, podria dar por tierra con sus gigantescos planes, se mostró contentísimo de aquella grosera familiaridad y repugnante acogida. Abrazó muchas veces al arcabucero, acarició á la cocinera, elogió el albergue franco y la comida sóbria, conferenció íntimamente con el generalísimo, procurando desvanecer en él todo recelo de ser suplantado, y hasta se prestó á acostarse con el hediondo jefe popular, pasando la noche á su lado en un colchon en el suelo, miéntras roncaba en otro allí inmediato la señora del castillo.—No sábemos si el cansancio de la navegacion, y las fuertes emociones de la llegada le proporcionaron tranquilo reposo en tan poco digno hostalaje; ni si en sueños de gloria y de poderío revolaron sobre su frente. Las historias de aquel tiempo solo dicen, que pasó la noche vestido, y que se levantó al amanecer para recorrer la ciudad.

Cercado do innumerable populacho, que creia ver en el duque de Guisa su libertador, y segnido del temor de los *Capas-negras*, que ignorantes de los antecedentes de aquel príncipe, creian que estaba detras de él todo el poder de Francia; fué á reconocer los puestos militares, á revistar las tropas de paisanos armados, que tan denodadamente combatian, y sobre los que, justo es confesarlo, brillaba la aureola de la constancia y del valor; y á examinar por sí mismo los recursos con que contaba el pueblo rebelde que venía á gobernar. Muchas ilusiones se le desvanecieron aquella mañana, viendo con sus propios ojos lo exagerado de las noticias quo volaban por el mundo sobre el poder y el porvenir de la rebelion napolitana. Halló, es verdad, una masa de hombres resueltos y armados muy considerable; pero solo habia en ella ocho ó diez mil verdaderamente capaces de guerrear en regla. Y cuando creia encontrarse con todos los habitan-

(1) Comte de Modéne.

tes de la capital, y aun de las ciudades de provincia, uniformes en opinion, en deseos, en odio á los españoles, en ansia de libertad; se encontró con que una respetabilisima clase media permanecia indiferente y disgustada cuando no hostil; y que era tan numerosa, que con solo resolverse y querer, podia inclinar á su lado la balanza de la fortuna. Vió que en la misma masa militante no reinaba órden ni concierto; que la república no estaba organizada y constituida, y que era imposible que lo estuviese; que los jefes populares gozaban de escasísimo poderío y de muy efímero ascendiente; y que, aunque abundaban en las filas del pueblo, veteranos de bizarría y de arrojo, no habia al frente de ellas oficiales expertos, prácticos é inteligentes, capaces de dirigir con tino las combinadas operaciones, que aquella guerra requeria. Advirtió la falta total de dinero, la escasez completa de víveres, la mezquina provision de armas y de municiones: finalmente la imposibilidad de llevar á cabo con aquellos elementos los planes que habia concebido en Roma, y que lo habian traido á aquel teatro de desdichas.

Pero sin amilanarse, confiando en lo sonoro de su nombre, en los caprichos de la fortuna, en su valor personal; y creyendo alucinado que el gabinete frances no lo abandonaria, y que la influencia de su familia podria procurarle tesoros y soldados con que coronar su empresa, se propuso seguir adelante impertérrito, y aprovechar aquellos primeros momentos de entusiasmo popular para probar la mano, procurando obtener alguna ventaja sobre los españoles, que diese gloria á su nombre, y que sirviese de buen agüero para las empresas futuras.

Con el objeto de aumentar la consideraccion del pueblo de Nápoles y del reino todo, y para fortalecer la suprema autoridad militar, que iba á ejercer, dispuso el duque de Guisa, ó por mejor decir, hizo proponer á Genaro Annése, y aprobar á la junta popular de San Agustin, que se le tomase juramento de fidelidad á la República solemnemente en la catedral. Y que se le entregase allí, con las ceremonias debidas, un estoque bendito en forma por el Arzobispo cardenal. Conociendo Filomarino cuánto iba á compremeterlo este paso, con que sancionaba la rebelion, se excusó con el mal estado de su salud. Pero un aviso, mejor dicho una amenaza secreta, que le fué comunicado, de que si no se prestaba de buena voluntad correria riesgo su persona, lo deci-

dió á asistir á la funcion, y bendecir y entregar una espada con que debian ser exterminados los españoles y destronado el legítimo soberano. Accion que lo desacreditó sobremanera con la gente sensata (1), y que oscureció en gran parte la justa reputacion que habia ganado con su conducta, ya prudente, ya enérgica, ya arrojada, y siempre digna en aquellas dificilísimas circunstancias.

En tanto el general Tuttavilla consiguió nuevas ventajas sobre el puente de Scafati, deshaciendo, no sin trabajo y despues de reñida pelea, unos cuatrocientos caballos napolitanos que salieron de la ciudad para sorprenderlo. Con lo que apretando el bloqueo pudo rehabilitar las aceñas de Torre de la Anunciata, y enviar algunas harinas á Castelnovo. Pero no bastaron para socorrerlo, segun la necesidad en que estaba. Por lo que le mandó terminantemente el Virey, que tratase á toda costa de abrir el paso de la gruta de Posilipo, único camino de recibir bastimentos. Tuttavilla, aunque creia de difícil éxito esta empresa, se preparaba á tentarla. Y dispuso en Puzzoli doscientos buenos caballos, que reuniéndose con alguna infantería que de la guarnicion de Castelnovo debia llevar á la playa de Bagnoli una galera, intentasen sorprender la gruta. Pero como tuviese aviso por medio de sus confidentes de que el duque de Guisa queria empezar su campaña atacando á Aversa, cuartel general de la nobleza, y luego á Capna, para abrirse el camino de Roma, tuvo que reconcentrar sus fuerzas para impedir esta operacion.

Efectivamente el Príncipe francés intentaba acometerla; mas cuando supo el movimiento concéntrico de Tuttavilla, la dejó para mas adelante, y pensó solo en ganar alguna ventaja notable en la ciudad. Determinó pues, consultando con los jefes populares, por los que afectaba la mayor deferencia, atacar el puesto de San Cárlos de Mortella, para apoderarse luego de las eminencias, y acercarse á Santelmo.

El 21 de noviembre dispuso el duque de Guisa al amanecer una columna de cuatro mil hombres para verificar la operacion, que empezó con muy buenos auspicios. Apoderáronse de los primeros reparos, con muerte de muchos españoles, y se derramaron á saquear é incendiar las casas contiguas. Cargaron sobre ellos don Cárlos de Gan-

(1) De Santis.—Capecelatro, MS.—Agnello de la Porta, MS.—Comte de Módene.

te y el capitan Fusco con dos compañías de arcabuceros, y los pusieron en grande apuro. Y queriendo la reserva de las tropas del pueblo socorrer á los suyos, se interpuso oportunamente Mr. de Batteville, seguido de don José de Sangro y del príncipe de Tarsis con gente de refresco, y destrozó completamente la columna que subia al socorro de la que estaba ya derramada por la altura, causándole una gran mortandad. Consternóse el pueblo y quedó no solo frustrada la operacion del nuevo caudillo, sino tambien desacreditado su nombre, y con mal agüero su fortuna (1).

(1) De Santis.—Comte de Módene.—Capecelatro, MS.

CAPÍTULO XXI.

Este descalabro, y el descrédito del corto séquito con que se habia presentado el duque de Guisa, de los ningunos socorros que habia traido y de la tardanza de la armada francesa, empezaron á disgustar á muchos de los hombres del pueblo. E instigados secretamente por los agentes ocultos del Virey y de don Juan de Austria, no dejaron de manifestarlo en plazas y corrillos. Esto obligó á Genaro Annése, aunque no le sonaban mal aquellas hablillas, á dar varias órdenes prohibiendo con severas penas tal desahogo; y al Duque á publicar una melíflua proclama, henchida de ofertas y de buenas esperanzas; y á procurar por todos los medios que le habia dado naturaleza, captarse el afecto del populacho. Achacó la rota padecida á la confusion que ocasionaba la multitud de jefes y cabos que, interpretando á su modo las órdenes superiores, imposibilitaban toda unidad de accion. Y dispuso un nuevo arreglo del paisanaje armado, organizándolo segun un nuevo sistema frances. Para esto quiso formar un regimiento modelo, y mandó que cada capitan de Utina le diese diez hombres escogidos, con el sueldo de un carlin diario. Y ofreció la misma ventaja á los soldados napolitanos que desertasen de las banderas españolas. Miéntras se dedicaba á estos arreglos militares, no se descuidaba en atraerse por todos los medios reservados posibles la adhesion de los *Capas-negras*; dejándoles entrever que iba á enfrenar al populacho, y á darles la influencia saludable en los negocios públicos. Y empezó tambien á procurar que se disminuyese el encono del pueblo contra la nobleza, buscando medios de halagarla y de darle esperanzas del pronto restablecimiento

del órden en todo el pais. Pero llevando de frente y no sin sagacidad todas estas negociaciones, meditaba al mismo tiempro el plan de apoderarse de Aversa. Y tomaba sus medidas para alejar de ella al general Tuttavilla, que con su columna volante y actividad suma, corria de una parte á otra, logrando siempre ventaja en diarios encuentros y continuas escaramuzas.

Por entonces recibió de Madrid el Virey duqne de Arcos, en contestacion á sus despachos dando parte de la segunda avenencia celebrada con el pueblo despues de la muerte de Masanielo, completa aprobacion de su conducta, y plenos poderes para un arreglo definitivo, y para hacer en nombre del Rey todo género de concesiones á los napolitanos. Y creyendo que esta autorizacion, la sancion real dada á las capitnlaciónes hechas, y la seguridad de que la obtendrian las que aun se pudieran hacer, abrian nuevo campo á una fácil negociacion; imprimió y repartió con profusion la plenipotencia de que estaba revestido, con una exhortacion á la paz, y con nuevas ventajosas propuestas. El crédito del negociador entra por mucho en el éxito de las negociaciones, y el del duque de Arcos andaba muy por tierra, con la mala fe de sus anteriores tratos, para que pudiese inspirar confianza alguna. Así que, á pesar de sus nuevos y amplios poderes, su nombre solo cerraba la puerta á todo acomodamiento (1). Siendo la respuesta general á sus nuevas insinuaciones, que nadie se fiaba de sus ofertas, ni creia en sus palabras conciliatorias. Desaire completamente personal, reforzado con un bando de Genaro Annése prohibiendo, bajo pena dè la vida, todo trato con el Virey.

Corrido el duque de Arcos disimuló la afrenta que á su nombre se hacía, y trató de minar al de Guisa y á Annése por otros medios; miéntras el señor don Juan de Austria, convencido de que el reino se perdia, bajo el mando supremo de tan desacreditado y aborrecido Virey, meditaba el modo prndente de qnitar este estorbo á la paz y á la terminacion de tantos desastres.

El duque de Guisa persistiendo en su idea de salir á campaña, y de acometer á Aversa, reunió la gente popular en San Agustin, y expuso en ella, no sin acierto, y dando á entender que no le era extraña la ciencia de la guerra, que continuar perdiendo fuerzas y tiempo en

(1) De Santis.

atacar con éxito ó sin él los puestos españoles, sería perecer en una lucha interminable: qne era preciso llevar la guerra fuera de la ciudad, deshacer el bloqueo para proveerse de bastimentos, animar al pais, y esperar con ventajas positivas y con una organizacion estable la armada francesa, qne no podia ya tardar en aparecer: concluyó proponiendo la expedicion sobre Aversa, pintándola tan fácil como importante. Grandes y unánimes aplausos recibió por respuesta, y se decidió en la junta, por voto general, ponerse completamente en sus manos, y fiarle sin restriccion alguna y sin intervencion de nadie, el arreglo y ejecucion de las operaciones militares (1).

No agradaba mucho á Genaro Annése este ascendiente que ganaba el Duque; pero tenia que doblegarse á él, mal de su grado; y ayudó á la empresa propuesta con eficacia, por no hacerse sospechoso. El de Guisa organizó con destreza el cuerpo de tropas poplares que debian acompañarle á la expedicion, y dispuso al mismo tiempo varias oportnnas salidas para distraer á Tuttavilla, y ocuparlo léjos del verdadero punto de ataque. Pero el activo y entendido general no ignoraba ninguno de sus planes, y se los comunicaba constantemente al Virey. Mas este no daba gran valor á sus noticias, y lo apretaba sin cesar para que emprendiera la toma de la gruta, creyendo remediar así la miseria que reinaba ya en los castillos, alterando la salud de sus guarniciones.

Preparado todo para el ataque de Aversa, trató el duque de Guisa de nombrar maestre de campo general, altísimo empleo qne habia querido reservar para sn hermano segundo. Muchas ambiciones se pusieron alerta. Monsieur de Cerizantes se lisonjeó de obtenerlo, aunque solo habia venido coma espía del marques de Fontenay, y era completamente ajeno á la carrera militar. Tambien tnvo la audacia de aspirar á él Agustin de Lieto, hombre de nada, y cuyo nombramiento de capitan de guardias habia ya escandalizado á Nápoles. Pero lo obtuvo el baron de Módena, buen soldado y leal caballero, que no quiso por cierto recibir la patente de la junta popular con la firma de Annése, sino expedida y firmada por el mismo Duque (2).

Entre tanto un bandido llamado Papone se alzó en las inmediaciones

(1) Comte de Modéne.—De Santis.
(2) Comte de Modéne.

de Gaeta con una tropa numerosa, y saqueando y destruyendo los casales en que no habia cundido la rebelion, llegó á talar los campos de Capua, y á dar cuidado á Aversa, que ya temia ser embestida. Aprovechando esta favorable incidencia y la venida de Pastena de tierra de Salerno con gran golpe de rebeldes á acometer á la Cava, y á caer de nuevo sobre el puente de Scafati, salió el Duque de la capital el doce de diciembre al frente de cuatro mil peones, quinientos ginetes y seis cañones gruesos, todo con bastante órden y buen ánimo, pero con escasas municiones; y se dirigió á San Giuliano, casal de mucha importancia, situado ventajosamente entre Aversa y Nápoles. Apoderóse de él sin dificultad, y extendióse al de Santantimo poco distante. El baron de Módena, con tanta actividad como inteligencia, pensó inmediatamente en fortificar ambos puntos; pues teniendo los nobles mucha y buena caballería y pocos infantes, era necesario ponerse á cubierto de un rebato.

El general Tuttavilla avisado á tiempo de la salida en campaña del Duque, dejó reforzado el puente de Scafati, avisó á Castellamare para que saliera su escasa guarnicion á detener á Pastena, y revolvió al socorro de Aversa, llegando oportunísimamente.

El Príncipe frances, aprovechando la ocupacion del Baron con las obras y reparos que dirigia, trató de entablar, contra su dictámen, hablas secretas con los de Aversa, para mostrar á los nobles su buena voluntad. Y solicitó una entrevista con alguno de ellos, lo que no tardó en conseguir. Cuando lo supo el leal y entendido consejero, le manifestó, que era muy aventurado el paso que iba á dar, no por desconfianza de los nobles napolitanos, incapaces de felonía, sino por la sospecha que iba á despertar en el pueblo, y por el partido que podia sacar el envidioso y enconado Genaro Annése. El Duque recibió con ceño estas juiciosas observaciones del único hombre, que lo seguia con verdadera lealtad y puro interes, y llevó adelante su poco meditado plan.

Ajustada la conferencia, se señaló para celebrarla el convento de Capuchinos, que está entre San Giuliano y Aversa; y se pactó que cada parte llevaria solo nueve hombres de séquito. Al dia siguiente por la mañana llegó el primero al puesto marcado el duque de Andria, en nombre de los de Aversa, con sus nueve caballeros; y minutos despues llegó el duque de Guisa con otros nueve, entre los que iban el

baron de Módena, que no quiso dejar solo al Príncipe, y algunos oficiales napolitanos. Al avistarse se adelantó á galope el de Andria, y lo mismo hizo el de Guisa; y despues de saludarse cortesmente, echaron ambos á un tiempo pié á tierra y se abrazaron. Visto lo cual se apearon y acercaron ambas comitivas, mezclándose sin recelo y con notable cordialidad. Conferenciaron los dos Duques largo tiempo en la celda prioral, tratando el frances de persuadir á la nobleza que dejara la causa de España y se adhiriese á su servicio; y contestando el napolitano, que jamas dejarian los nobles las armas en defensa del Roy legítimo, á quien habian jurado fidelidad. Con lo que, sin adelantar nada, se retiraron, satisfechos uno y otro de la cortesanía, lealtad y honra con que por ambas partes se habia celebrado la entrevista (1).

El historiador de Santis, á quien no hemos perdido de vista en el curso de esta historia, dice que esta habla se tuvo despues del ataque del puente de Frignano (que luego referirémos). Y que la procuró y ajustó el general Tuttavilla, con la intencion de apoderarse traidoramente de la persona del Duque, si no se prestaba á retirarse del reino. Y añade que el temor de la escuadra francesa, que llegó el mismo dia, impidió el atentado. Pero el baron de Modéna, que no pierde ocasion de denigrar á los españoles y á sus partidarios, y que como maestre de campo general y confidente íntimo del príncipe frances debia estar al corriente de cuanto pasaba, y que, como hemos dicho, asistió á la conferencia; la refiere como ocurrida ántes de la tal jornada de Frignano, y del arribo de la escuadra francesa; y no indica la menor sospecha sobre la buena fe y caballerosidad de los Señores de Aversa y del general Tuttavilla, á quien siquiera nombra en esta ocasion. Ni es de creer que tan esclarecido general, y caballeros de tanta estima, como lo son y lo han sido los napolitanos, pensasen en tan indigna superchería. O estuvo de Santis mal informado, ó un resintimiento personal le hizo acoger como cierta la sospecha de algun malicioso, ó una hablilla vulgar y depreciable.

Sucedió como lo habia previsto el Baron. Genaro Annése y muchos de los jefes populares se escamaron con esta conferencia. Y no tuvieron que hacer poco el Duque y sus partidarios para remediar el daño,

(1) Comte de Modéne.—Memoires du duc de Guisa.

rectificar la opinion de las turbas, contener las murmuraciones de la soldadesca y restablecer la confianza y la disciplina.

Pocos dias despues, avisado el dnque de Guisa de que en el casal de San Cipriano habia un considerable almacen de grano, envió las compañías de Giaromo Rosso á apoderarse de él. Este movimiento alarmó á Aversa, y salieron de ella mil y quinientos caballos con direccion á San Giuliano. Estaba comiendo el Duque cuando recibió el aviso de los puestos avanzados; y montando á caballo, mandó al Baron que pnsiera las tropas á punto de defender el cuartel general; al señor Yznards que con la infantería de Santantimo saliese á sostenerle; y voló con la caballería al encuentro de la de sus enemigos, que en buen órden se aproximaba. Pasado el puente de Frignano decidió la carga, y las compañías de su guardia la dieron con intrepidez; pero los nobles las arrollaron de tal modo, qne se pusieron en desórden los escuadrones que las sostenian. El Duque en aquel conflicto se portó con la bizarría que distingue y ha distinguido siempre á los príncipes franceses, y haciendo prodigios de valor trató de rehacer á los suyos; pero lográndolo tan imperfectamente, que era imposible el sostenerse, mandó tocar á recoger, y dispuso la retirada por el puente de Frignano, paso dificultoso, y en el que se temíó una completa derrota, porque la caballería de la nobleza le apretaba muy de cerca, El baron de Módena habia provisto á su seguridad, pues sin decirle nada habia emboscado la infantería en unas casas hundidas y espesos matorrales, que cnbrian la entrada del puente. Y saliendo al proviso con ellas, sostuvo la retirada del Príncipe, conteniendo con notable descalabro la caballería de Aversa (1). Del seqnito del Duque quedó prisionero el señor de Orillac, vilmente asesinado lnego por un cobarde; pero los nobles napolitanos le hicieron unas magníficas exéquias, para dar un testimonio público de que no habian tenido parte en aquel crímen, y de que, como buenos, sabian honrar el valor de sus enemigos.

Este reencuentro, aunque tan desgraciado, dió mncha nombradía al Duque, por la brillante muestra que dió de su valor personal. Y desmintió completamente las hablillas y las sospechas nacidas de su conferencia con el de Andria.

Seguia pues en su cuartel general de San Giuliano, extendiéndose

(1) Comte de Módene.—Capecelatro, MS.

por los casales que circundan á Aversa, esperando para embestirla que Papone acabase de interceptar el camino de Cápua, y que Pastena llegase con las fuerzas de Salerno; cuando recibió aviso de Genaro Annése de estar á la vista la armada francesa. Noticia que le enajenó de gozo en el primer momento, pero que reflexionando luego, lo dejó suspenso y discursivo.

Efectivamente, el 18 de diciembre de 1647, al amanecer, aparecieron en el golfo de Nápoles, y fondearon luego en la punta de Posilipo, veinte y nueve naves gruesas con cuatro mil hombres de desembarco, y cinco brulotes. Mandaba estas fuerzas el duque de Richelieu, y le acompañaban el comendador de Goutes, el bailio de Valance, y otras personas de cuenta, que venian voluntarias á la expedicion (1). La armada española, casi desmantelada y desprovista de tripulacion, se hallaba dividida en tres distintos puntos. En Baya donde estaba el señor don Juan; en el puerto de Nápoles al abrigo de los castillos, con Gianetin Doria; y en Castellamare á donde habian ido algunos bajeles para guardar la costa. Y si la escuadra francesa la hubiese atacado así dispersa y desapercibida, y sin tener en ninguno de los tres puntos fuerza suficiente para resistir, habria sido sin duda alguna destruida. Y el no haberlo hecho fué cosa tan de bulto que maravilló á todos, dando á los napolitanos suspicaces muy mala espina del intento de aquellas fuerzas auxiliares.

Dado fondo, trataron los franceses de reconocer la punta, para verificar la desembarcacion. Y despues de recibir á bordo á los comisionados del pueblo, que fueron á cumplimentar al Almirante con gran cortesía, al despedirlos les manifestó este que estaba dispuesto á enviar guarnicion de sus tropas al torreon del Cármen. Desconcertó esto sobremanera á Genaro Annése, siempre temeroso de perder un ápice de su autoridad. Y reuniendo la junta popular, presentó la proposicion sin apoyarla ni contradecirla. Pero los amigos del arcabucero, ayudados sin saberlo por los agentes del Virey, y por los *Capas-negras*, pusieron tan diestramente en juego la desconfianza que habia inspirado el que la armada francesa en cuanto llegó no hubiera empezado su ayuda á la república, por destruir la armada española; que resolvió casi por unanimidad oponerse á que los franceses guarneciesen la ciu-

(1) Comte de Módene.—De Santis.—Raph. de Turris—Capecelatro, M. S.

dadela del pueblo. Desabrido el de Richelieu con esta repulsa, no verificó tampoco el desembarque en la punta de Posilipo. Solo saltó en tierra, con escaso acompañamiento, el abate Baschi, familiar del cardenal de Santa Cecilia, para ir á San Giuliano á visitar al duque de Guisa.

Llegó sin contratiempo, fué recibido con mucho júbilo, y regresó á los bajeles despues de una larga y secreta conferencia. No sabemos lo que en ella pasó, pero quedó de ella tan desconcertado el Duque, que prorumpió imprudentísimamente en público en groseras injurias á la Francia, á su gobierno y á su Almirante, con palabras y acciones de frenético (1). Traia órden el de Richelieu de entenderse solo con Genaro Annése, y de ponerse en todo á su disposicion; sin que en las instrucciones se mencionase, ni aun por incidencia, al duque de Guisa. Y aunque el prudente baron de Módena procuró calmarlo y aconsejarle lo que mas convenia, y el acalorado mancebo, sin oir mas voces que las de su resentimiento, resolvió impedir por todos los medios posibles el desembarque de franceses, á quienes ya detestaba como enemigos, y dar á conocer al gobierno de Francia que se engañaba miserablemente dando importancia al ignorante y vil maestro arcabucero, y en no darla á un Príncipe ilustre de su nacion. Decidido á todo, para desembarazarse de los juiciosos consejos del Baron, lo envió bruscamente á continuar el sitio de Aversa; y marchó precipitado á Nápoles con su capitan de guardias Lieto, y con su consejero áulico Agustin de Millo, letrado que estaba de acuerdo con el Virey, y que era el que trabajaba con mas empeño para indisponer al Príncipe con el Baron.

(1) Comte de Módene.—M. Marie Turge-Loredan. *L'etat de la republique de Naples sour le gouvernement de monsieur le duc de Guisa*, traduit de l'italien. (Este autor, que no creemos fuera mujer, dice en el prólogo que su obra es traduccion de las memorias manuscritas del P. Capece, confesor del Duque, á lo que tampoco damos gran fe.)

CAPITULO XXII.

Informado el duque de Arcos de cuanto habia hecho y dicho tan indiscretamente el de Guisa, y del proyecto que á Nápoles los traia, vió el cielo abierto, y que la suerte propicia le proporcionaba el medio mas oportuno de alejar la armada francesa, que lo habia puesto en extremo cuidado. Y ántes que llegase á la ciudad el irritado y poco sesudo Príncipe, puso en juego sus artes habituales. Circuló con tanta rapidez sus instrucciones á los *Capas-negras*, y preparó el terreno con tanto acierto, que la recepcion del Duque frances tuvo toda la apariencia de un verdadero triunfo, y jamas el entusiasmo pareció mas general. El letrado Agustin de Millo, y los otros, que adulando al incauto mancebo pérfidos lo vendian, aprovecharon su desvanecimiento para hacerle creer, que el pueblo no queria mas jefe que á él; y que para nada necesitaba de franceses, ni de una escuadra sospechosa, por no haber destruido la española, como tan fácil le hubiera sido.

Hinchado con tales obsequios y lisonjeado con tales insinuaciones, reunió el duque de Guisa la junta popular, y pidió en ella determinado el mando supremo; acusando á Annése de querer entregar el torreon del Cármen al almirante Richelieu, que podia estar de acuerdo con los españoles, para atacar la independencia de la república. Entablóse acalorada discusion. Pero los esfuerzos secretos de los *Capas-negras*, y los públicos y descarados del P. Capece, de José Palumbo, de Grazullo de Rosis, de Cárlos Longobardo y de otros jefes populares, allanaron la pretension del Príncipe frances. Y fué proclamado el 23

de diciembre. *Duque de la república napolitana, y defensor del Estado* (1). Despechado Genaro Annése montó en un caballo, y recorrió los barrios bajos, gritando: que el jefe que proclamaba la junta los iba á vender á los nobles, con los que estaba de acuerdo. Pero como el zafio, cobarde y codicioso arcabucero no habia sabido mas que hacerse enemigos, no encontró eco ni amparo en parte alguna, y confuso y ahogado de impotente rabia se encerró en su torreon. El Duque envanecido con su fácil victoria, avisó de ella, como por desprecio, á Richelieu, y recorrió las calles de la ciudad, recogiendo aplausos de la multitud, y llegando de cuando en cuando á sus oidos los lisonjeros acentos de: *viva nuestro Rey*.—El historiador de Santis asegura que fué aquel dia proclamado Dux, como el de la república de Venecia; pero ningun documento hemos visto que lo indique, y el baron de Módena y otros AA. solo refieren que le fué conferido el título que dejamos mencionado.

Genaro Annése en su torreon podia muy bien haber desconcertado la ufanía y fantásticos proyectos del ambicioso mancebo, entregando aquella fortaleza á los franceses, ó á los españoles; pero incapaz de resolucion en que se necesitase de habilidad ó de valor, tomó la de enviar humildemente su sumision al nuevo jefe del Estado. Con lo que quedó el Duque reconocido sin contradiccion en Nápoles como la suprema cabeza de la soñada república, recibiendo en seguida la adhesion y felicitaciones de Pastena, Papone y demas jefes de bandas populares de las provincias limítrofes.

Entre tanto la armada española aprovechando una oscurísima noche, con ágiles maniobras, y sin ser sentida, se reunió en Baya. Lo que advertido al amanecer por la francesa, trató de embestirla. Púsose á la vela Richelieu para verificarlo, pero teniendo en contra el viento leveche, que soplaba recio, se dirigió á Castellamare, donde encontró en el valiente Caraffa gallarda resistencia, causándole notable daño la artillería de tierra, por lo que dió fondo fuera de su alcance. El dia 22 fué la armada española, reorganizada lo mejor posible con actividad é inteligencia por el señor don Juan, la que atravesando el golfo hizo rumbo contra la francesa. Viéndose esta embestida, levó anclas y salió al encuentro. Ya comenzaba el combate, que era ciertamente

(1) Comte de Modéne.—M. Marie Tourge-Loredan.

el éxito muy dudoso, cuando una violenta turbonada que levantó mucho mar y causó averías en unos y en otros, lo imposibilitó. Los franceses se vieron obligados á salir del golfo, pasando con gran peligro por entre la punta de la Campanella y la isla de Capri, y los españoles fondearon, despues de larga briega, al abrigo de los castillos (1).

Creyéndose el duque de Guisa ya seguro en la soberanía de Nápoles, y animado con las noticias de las ventajas conseguidas por Papone sobre Teano, por Pastena en el puente de Scafati, y por el baron de Módena en las inmediaciones de Aversa; miraba las fuerzas navales francesas como enemigas, y al verlas alejarse se llenó ¡insensato! de júbilo, prorumpiendo sin reserva en los mayores dicterios contra Francia en general, y contra el duque de Richelieu, el marques de Fontenay, y el cardenal Mazarino.

Pasado el temporal, volvió á aparecer la armada en el golfo el dia 27; salió á su encuentro la española, trabóse combate, pero flojamente y sin suceso decisivo; y fondeó el duque de Richelieu detras de Nisida. Desde allí pidió socorro de víveres al de Guisa, este le respondió secamente, que Nápoles los necesitaba; con lo que desabrido el Almirante, y sabedor de las bravatas y fieros del desvanecido Príncipe, dió la vela y desapareció, llevándose ademas un bergantin cargado de grano que venía para los rebeldes. Esta brusca partida contentó mucho al duque de Guisa, sin conocer que aseguraba el triunfo á los españoles. Pero los napolitanos, que ignoraban las pasiones de unos y de otros, los manejos ocultos y las verdaderas instrucciones que tenia la armada del Rey Cristianísimo, quedaron atónitos y desanimados viendo partir aquellas fuerzas que con tanto empeño habian solicitado, y en las que habian fundado con razon todas sus esperanzas (2). Así pues quedaron realizados los sagaces cálculos del conde de Oñate, del duque de Arcos, de don Juan de Austria y los deseos de cuantos tenian verdadero interes por la corona de España.

Libre el duque de Guisa de tan importunos testigos, dió rienda suelta á su ánimo jactancioso, á su propension al lujo y vana pompa, y á

(1) De Santis.—Comte de Modéne.—Relacion de don Juan de Austria, dirigida al Rey.
(2) De Santis.—Comte de Modéne.

su debilidad por el bello sexo (1). No descuidaba, es verdad, la guerra, y no dejaba de mostrarse justiciero, con exceso tal vez; pero hablaba mucho y con escasa discreccion; ostentaba un boato que constrastaba con la miseria pública, y hacia descaradamente, sin pudor ni miramiento, la corte á la hermosa viuda del desdichado Toraldo, y á una hermana de su capitan de guardias Lieto (2). Este y el licenciado Millo, que eran sus íntimos favoritos, ostentaban tambien un lujo insultante. Y echaban mano para sustentarlo de los mas sórdidos manejos (3). Todo esto causó el efecto natural en el pueblo, y el mismo duque de Richelieu, ántes de ausentarse la última vez, tuvo á bordo mensajeros secretos para hacerle saber aquellos excesos y escándalos, y que la nacion no queria tal jefe. Y despues marcharon con gran sigilo comisionados á Roma, para quejarse al marques de Fontenay de la deprabada conducta del Duque (4).

Miéntras este se lisonjeaba ciego de ceñir pronto una corona, que alejaba de sus sienes con su poco tacto y liviano proceder, su fiel amigo y leal servidor el baron de Módena, trabajaba para proporcionársela, y darle triunfos que contrabalanceasen sus desaciertos. Y aprovechando las ventajas conseguidas por Papone y por Pastena, apretó con teson la ciudad de Aversa. Hallábase ya en ella en grande apuro el general Tuttavilla, pues con solo la caballería de la nobleza, muy mermada, era imposible defenderla. Pidió socorro de infantería al Virey; pero este no tuvo de donde enviársela; y se contento conexcitarle á resistir con firmeza todo ataque. Mas viéndose aquel valiente y entendidísimo militar estrechado muy de cerca, que empezaban á ser distintos los pareceres de los nobles, cuyas eran las fuerzas con que contaba, y que algunos de ellos, como lo hizo el duque de Maddalone, se retiraban sin contar con él, llevándose su gente; convocó un consejo de guerra donde, leidas las órdenes del duque de Arcos, expuestos los medios de defensa, y debatidas las probabilidades de su éxito, se acordó por mayoría, como consta del acta de aquella reunion, que tenemos á la vista, abandonar á Aversa, y marchar á reforzar la guarnicion de Capua, plaza mucho mas importante, y necesitada de gente

(1) M. Marie Tourge-Loredan.
(2) M. Marie Tourge-Loredan.
(3) Comte de Modéne.—De Santis.—Agnello de la Porta.
(4) De Santis.

que la defendiera. Ejecutóse inmediatamente, aquella misma noche, esta resolucion; pero no con tanto órden como hubiera sido de desear, y con precipitacion tan grande que quedaron abandonados graneros inmensos atestados de trigo y forrajes. El baron de Módena ocupó la plaza al amanecer, viéndola abandonada ; se apoderó de todos los repuestos, picó la retaguardia de los fugitivos, y avisó al Duque sin pérdida de momento. Marchó este en persona inmediatamente á tomar posesion de tan importante conquista. Y ó ya que miró con envidia al hábil, general que la habia conseguido; ó ya que ufano y envanecido con haber depuesto á Annése, y alejado á Richelieu, le ofendieran los buenos consejos del amigo; ó porque el veneno que habian derramado en su corazon los nuevos pérfidos confidentes habia hecho su efecto; trató al baron de Módena con un despego, con una altanería, con una ingratitud tan ajenas de aquel momento, tan en disonancia con el importante servicio que acababa de hacer á su causa, y manifestadas con tan poco miramiento á la vista de todos, que quedó el vencedor de Aversa harto humillado y ofendido (1).

El general Tuttavilla logró con dificultad suma llegar á Capua : tan grande fué el desórden de la retirada. Y entró en ella casi solo. Los barones, roto el freno de la obediencia, como suele acaecer en los desastres, se dispersaron con sus fuerzas indisciplinadas. Y unos se derramaron á guerrillear por su cuenta, otros se dirigieron á sus tierras sublevadas, para ver si las podian hacer entrar en razon, y otros acercándose á Nápoles entablaron comunicacion con el Virey. Este puso en consejo de guerra al valiente y desgraciado goneral. y nombró para sustituirlo á don Luis Podérico, que con algunas compañías de infantería, y unos cuantos caballos borgoñones, marchó en una galera á la boca del Volturno para trasladarse á Capua (2).

(1) Comte de Módene.—M. Marie Tourge-Loredan.
(2) De Santis.—Capecelatro, MS.

CAPÍTULO XXIII.

Aunque alejada la escuadra francesa, estaba verdaderamente perdida la rebelion napolitana, nunca en apariencia se vió mas boyante, ni habia contado con tan grandes ventajas. El ejército formado por la nobleza, respetable en caballería, estaba disperso. Papone, dueño de Sesa, Fondi é Itri, y engrosada considerablemente su banda, señoreaba un extenso territorio, sin dejar salir á los españoles de Capua y de Gaeta. Pastenà, despues de haberse apoderado del puente de Scafati, habia vuelto triunfante por nuevos refuerzos á Salerno, y era dueño absoluto de tan importante ciudad. Con la toma de Aversa y de sus abundantes graneros, debia reinar la abundancia en Nápoles. Las primeras capitales de las provincias reconocian ya la suprema autoridad del duque de Guisa, seguian armadas, y hacian continuas correrías contra los castillos que aun conservaban los barones, ó que aun estaban por el rey de España; con lo que la guerra era contínua, general y encaminada al mismo fin en todo el reino. Y hasta la importante persona del duque de Tursi, consejero y director de don Juan de Austria, estaba en Nápoles prisionera, víctima de un exceso de noble arrojo ó de ciega confianza. Pero el duque de Guisa, con su lijero é inconsiderado comportamiento, desperdició el fruto que podian haber producido tan felices coincidencias. Pues creyéndose ya sin enemigos de ninguna especie, ó por mejor decir derrotados todos, se entregó á rienda suelta á sus pasiones, manifestó abiertamente su envidia á todo género de mérito, é hizo imprudente alarde de sus costumbres relaja-

das y licenciosas (1), con lo que apresuró su perdicion y la de la causa que tan lijeramente y con tan fantásticos planes habia abrazado. Descuidó el sitio de Capua, donde por falta de dinero se insubordinaron las tropas, padeciendo el honrado Baron que las mandaba sérios descalabros. Desaprovechó el recurso de los graneros de Aversa, entregándolos á la codicia de logreros, con lo que no remedió sino aumentó la carestía de Nápoles. Y por mas que los hombres sensatos de la revolucion, que deseaban consolidarla, asegurando la independencia nacional, le instaban para que organizase la república, y le indicaban el modo de hacerlo pronto y del modo mas conveniente para el pais; persistió en permanecer él solo á la cabeza de la sublevacion desorganizada, obrando segun su capricho, y como absoluto déspota sin regla ni concierto.

Por aquellos dias recibió D. Juan de Austria pliegos de España, con poderes ámplios para hacer todo cuanto considerase necesario para acabar con la rebelion, y para asegurar el dominio de Nápoles, y ofreciéndole pronto socorro. Y trató de corresponder dignamente á esta confianza de su padre y de su Rey. Divulgada la noticia, que oyó con imbécil desprecio el duque de Guisa, aunque debió haber conocido que habia hecho gran mella en los napolitanos; Genaro Annèse y su partido por un lado, y por otro los *Capas-negras*, que ya conocian que la Francia habia levantado la mano, manifestaron reservadamente al Príncipe español, que no le sería difícil concertar un ventajoso acomodo, como no interviniese en él el Virey, cuyo nombre era odioso á la nacion. Tambien los barones que guerreaban en distintos puntos, se pusieron de acuerdo entre si, y le enviaron un mensajero rogándole que tomase el vireinato y alejase al duque de Arcos; con lo que podria lograrse fácilmente, en una avenencia, el fin de tantas calamidades.

Don Juan, de ánimo generoso y benigno, y ajeno de toda ambicion, resistia el despojar á una autoridad legítima para ponerse en su lugar; pero apretado por todas partes, y convencido de que el odiado Duque era un obstáculo invencible para la deseada pacificacion, juntó un numeroso consejo en Castelnovo. Discutióse en él detenidamente si era ó no posible tranquilizar el reino bajo el gobierno del Virey; si

(1) M. Marie Tourge-Loredan.

convendria ó no destituirlo; y si el Príncipe, en virtud de sus poderes, podia ó no verificarlo, y tomar su lugar. Los tres puntos, despues de largo debate y de razones de mucho peso, expuestas por las distintas opiniones, se decidieron por considerable mayoría de votos en contra del duque de Arcos, el cual resignó allí mismo su autoridad y entregó el baston, despechado al considerar que otro iba á coger el fruto de su obstinada paciencia y de su lentísima astucia. Pues menester es confesar que si su debilidad, imprevision ó falta de energía primero, y luego sus imprudentes arrebatos, pusieron las cosas á punto de perdicion; su constancia inflexible en los reveses, esperándolo todo del tiempo, y su funesta habilidad, no envidiable, en atizar rencores, encender pasiones, y desunir, sin reparar en los medios, los ánimos de sus enemigos, tenian ya inminente la completa ruina, de todos ellos, y el triunfo seguro de las armas españolas.—Despojado pues del mando y sustituido en él por un Príncipe de sangre real y de altas esperanzas, partió el 28 de enero de 1648, en una galera, para Civittavechia, llevando tras sí la maldicion de todo el pueblo. Pero, sea dicho en elogio de su probidad, tan pobre, que tuvo que buscar prestado el dinero indispensable para los gastos del viaje (1).

Tomó el señor don Juan el título de Virey interino. Publicó en Nápoles y esparció en el reino una proclama escrita con mucho tacto, que hizo un efecto maravilloso, y despachó á Madrid un correo con relacion circunstanciada de lo acaecido. Y pocos dias despues, ó para demostrar lo seguro que estaba de recobrar el dominio de la ciudad y del reino todo, ó porque realmente fuese deplorable el estado de la armada, determinó privarse de su apoyo, y de un medio de retirada, y la envió á Puerto Mahon.

No dejó de inquietar al duque de Guisa aquel cambio, y trató de ganarse á toda costa al duque de Tursí, tan influyente en el ánimo del nuevo Virey, y á quien como hemos apuntado tenia prisionero, y no muy generosamente tratado. Mas habiéndose estrellado su plan en la entereza del noble anciano, despreciador de halagos y de amenazas, de palabras blandas y de groseros insultos; determinó ganar con las armas en la ciudad ventajas tales, que aumentaran su prestigio y deshicieran las esperanzas que empezaban á fundarse en el Príncipe aus-

(1) De Santis.—Comte de Módene.—Capecelatro, MS.

triaco.—Reunió un cuerpo escogido de tres mil hombres, y atacó con él vigorosamente el arrabal de Chiaja y su ribera. Apoderóse sin gran resistencia del torreon de Piedigrotta, y en seguida de la iglesia de San Leonardo sobre el mar, y se derramaron los vencedores á saquear y ejercer todo género de violencias en los habitantes de aquel barrio poco entusiasta de la rebelion. Orgulloso el Duque con esta victoria quiso embestir á Puzzoli, pero volvieron de allí sus tropas escarmentadas.

El señor don Juan, con prudencia muy superior á sus años, anudó diestramente las negociaciones rotas por culpa de su antecesor, tanto con Genaro Annése cuanto con los *Capas-negras*. Y no se descuidó en comunicar órdenes á los barones que obraban fuera de Nápoles, para que se reunieran de nuevo; con lo que algunos vinieron disfrazados á tomar personalmente sus órdenes, y á ponerse completamente á su disposicion.

Los tratos secretos entre los populares descontentos y el nuevo Virey, empezaron á abrir camino á un arreglo, y aun se cruzaron proposiciones no desatendibles. Aquellos pedian la ocupacion de uno de los castillos, la intervencion en la eleccion de autoridades, y la facultad de enviar embajadores á Roma, bajo cuya proteccion se habia de hacer el ajuste. Este contestaba que el pueblo ocuparia los muros y puertas de la ciudad, y conservaria el torreon del Cármen; que intervendria en el nombramiento de funcionarios públicos, exceptuándose el de Virey, el de general de la armada y el de gobernador de los castillos; y que podría enviar comisionados á la corte pontificia. Pesábanse secretamente estas demandas y estas concesiones, cuando algunos favorables sucesos vinieron á reforzar el prestigio del Príncipe español. Pues si tuvo el descalabro de que las galeras San Francisco de Borja y Santa Teresa fuéron entregadas al pueblo por las chusmas, que se rebelaron y asesinaron á los cómitres y oficiales de mar; el príncipe de Rocaromana sorprendió y derrotó á Papone, libertando de su pesado yugo la Tierra de Labor, y restableciendo la comunicacion entre Capua y Gaeta; y el duque de Bovino en un reñido encuentro destrozó á Pastena, en el momento que marchaba á apoderarse sin dificultad de Castellamare y de torre de la Anunciata (1).

(1) De Santis.—Comte de Módene.

Estas ventajas adquiridas por las armas reales consternaron á los rebeldes. Y viendo que no estaban contrapesadas con la toma de Aversa, pues que no se habia remediado con ella el hambre de la ciudad, y reconociendo ya todos el error de haber rechazado los socorros de la armada francesa, fué universal el despecho y el abatimiento. Aprovechároonse grandemente de él el villano Genaro Annése, los ardientes partidarios de la soñada república, y los afectos á la paz á toda costa y á los españoles: reuniéndose, como siempre acontece en ciertas circunstancias, los distintos partidos pequeños aunque opuestísimos entre sí, para destrnir al dominante; y lisonjeándose cada cnal de que quitado el estorbo, supeditará luego á los otros sus aliados, triunfando sus ideas y sus peculiares intereses. ¡Error gravísimo y comun en todas las disensiones civiles!

El duque de Guisa, llena la cabeza de viento, confiado siempre en sus propios recursos, y abandonado en brazos de infames favoritos, era el único en Nápoles que no conocia los peligros de la situacion. Y creyéndose con mas fuerzas de las que realmente tenia, y contando siempre con el prestigio de su nombre, sin ver que andaba ya por tierra, determinó una embestida general y simultánea á todos los puntos de la ciudad ocnpados por los españoles: jactándose de que en un momento y de nn golpe iba á apoderarse de toda ella. Opúsose á este descabellado proyecto el baron de Módena, que aunque ofendido y desairado por sn Príncipe, persistia á fuer de leal en aconsejarle; y le manifestó con sólidas razones, que la operacion era de éxito muy dudoso, y que lo que convenía era estrechar á Capua, y apoderarse de ella á toda costa. Pero el presuntnoso mancebo despreció sus avisos y preparó el ataque, sin recatar de nadie su plan, ni reservar las instrucciones dadas á los distintos jefes que debian ejecutarlo; con lo que el príncipe Virey tuvo lugar de prepararse, de reforzar los puestos y de asegurar el éxito para sus banderas.

Dispuesto todo á medida del capricho del Duque frances, que recibió de refuerzo para aquella jornada un número inmenso de bandidos que vinieron á su llamamiento, y de los restos de las tropas del derrotado Pastena, señaló el dia 12 de febrero para el ataque general. Repartió la masa de tropas populares, no mal organizadas, en divisiones de dos y de tres mil hombres, mandadas por los jefes mas expertos y animosos, qnedándose él con una numerosa y escogida reserva en

San Lorenzo. Prontas las columnas en sus puestos respectivos, y bien aleccionados los jefes, se dió la señal de arremeter, y cada una por el camino trazado de antemano, se arrojó denodada sobre el puesto español, cuya expugnacion le estaba encomendada: con lo que fué en un momento general el combate por toda la ciudad. Duró todo el dia y gran parte de la noche furioso y encarnizado. Y aunque el órden y el ímpetu de la acometida hubiera honrado al ejército mejor disciplinado y mas valeroso, la defensa fué tan resuelta y gallarda que ni un solo puesto donde ondeasen las enseñas españolas fué ganado por el pueblo (1). Y siendo tan desigual el número de los defensores, que cada uno de ellos tenia que pelear á la vez con diez asaltantes, quedó la victoria por las armas del Rey; siendo increible el destrozo de las masas populares, que dos, cuatro, y seis veces volvian como perros rabiosos á las estacadas y parapetos, inexpugnables por el esfuerzo heróico de los españoles. Pues lució tanto aquel tremendo dia, que el mismo baron de Módena, sobrio en elogiarlos, dice en sus memorias como testigo de vista: «el valor de los españoles adquirió muchos grados de gloria en tan importante jornada.»

Dia de luto y de consternacion fué para la angustiadísima ciudad el que siguió á tan horrenda matanza. Sangre, y sangre napolitana corria por los arroyos de las calles; y lágrimas amargas por los rostros de sus habitadores. Cuál buscaba al amanecer, entre los montones de muertos horrendamente heridos y mutilados, el cadáver de un padre; quién el de un hijo ó un hermano; aquella el de un esposo ó un amante; otros los de sus amigos y protectores; y todo era confusion y despecho, y los alaridos de las viudas, de los huérfanos, de los ancianos, resonaban en aterradora armonía.

Furioso el duque de Guisa culpando, con bien poca razon, de cobardes y de traidores á los jefes de las columnas, recorrió á caballo la ciudad, oyendo en toda ella gritar á los afligidos grupos: *Paz, paz queremos*; y no pocas veces ni en pocas partes: *viva el rey de España.* Exclamaciones que le pintaban el estado de los ánimos, el abatimiento de las turbas, y el deseo general de reposo á cualquiera costa. Y para aumentar la desesperacion de Nápoles y completar el dia, los bandidos, que habian venido á tomar parte en tan desastrosa faccion, y que

(1) Comte de Módene.—De Santis.

pasaban de cinco mil, pidieron descaradamente la recompensa ofrecida. El Duque, por contentarlos, no pudiendo cumplir su oferta, les dió una escasa suma de dinero, con lo qne enojados aquellos facinerosos, aprovechando del luto y desfallecimiento general, atacaron y saquearon ántes de salir de Nápoles el barrio de San Antonio, sin que nadie se lo pudiese estorbar (1).

Nuevas proclamas del Duque, y nuevos esfuerzos de sus partidarios calmaron poco á poco tan aflictiva situacion; renacieron esperanzas del pronto regreso de la armada francesa, suponiendo que habia ido á la isla de Elba á recoger mas tropas de desembarco. El bandido Papone volvió á aparecer en las inmediaciones de Capua, repuesto de su derrota. Y un numeroso cuerpo rebelde, mandado eventualmente por un frances aventurero, consiguió una señalada victoria, sorprendiendo otro de tropas napolitanas leales, mandadas por el marques de Salsa, el de Buonalbergo, don Pedro Spínola y otros caballeros que pelearon como buenos y murieron desastradamente. Tantas ventajas animaron mucho á los populares, haciéndoles olvidar la pasada rota, y trataron de apoderarse por inteligencia del importante puesto de Pizzo-falcone; pero fuéron descubiertos los agentes de la trama, y ahorcadós inmediatamente.

Aclarado un poco el horizonte, y tranquilizado algun tanto el espíritu público, insistieron los partidarios de la república en que no fuese esta una mentira, y en que se organizase como tal el Estado, saliendo del de confusion en que se hallaba, y que creian ser la causa de tanta alternativa y de tan poca consistencia. El duque de Guisa, viéndose estrechado de cerca, esquivó las exigencias de los republicanos, y fomentó un partido contrario que se opusiese abiertamente á ellas. Con lo que llevó con su imprudencia habitual las cosas casi á punto de rompimiento. Pues en la plaza del Mercado y en otros sitios de la ciudad hubo serios disturbios, en que sonaron encontrados los gritos de *viva la República*, *viva el duque de Guisa*; dando la contienda ocasion de que con buen agüero llenasen tambien el aire las voces de *vivan la paz y el rey de España*. Y por último el Duque, para terminar aquel desórden fomentado por el mismo, pero que no giraba tan en su provecho como habia creido, manifestó que queria organizar debidamente el go-

(1) De Santis.—Comte de Módene.

bierno republicano, arboló una bandera, que por un lado tenia sus armas y por otro las iniciales S. P. Q. N.; nombró una comision para trabajar el proyecto de constitucion y la forma que se habia de dar al Senado; y acuñó moneda con su busto, y el sello y leyenda de la República napolitana (1).

(1) De Santis.—Comte de Módene.—Capecelatro, MS.

CAPÍTULO XXIV.

El señor don Juan de Austria, con gran tacto y discrecion, aprovechaba las circunstancias todas, que debian apresurar el favorable desenlace de aquel sangriento y prolongado drama. Logró, como era de esperar, ausente el duque de Arcos, atraer al arzobispo Filomarino. Y haciéndole olvidar pasados resentimientos, le obligó á poner nuevamente el peso de su influencia en la balanza. Estrechó relaciones con Genaro Annése, acaloró á Vicente Andrea y á los republicanos, y dió oportunas instrucciones á los *Capas-negras*. Con todo lo cual adelantó muchísimo en el camino de las negociaciones; y con tanto recato, habilidad y circunspeccion, que nada, nada pudo traslucir ni sospechar el lijero y atolondrado duque de Guisa: formando ciertamente un contraste singular el carácter de los dos príncipes.

Cerca estaba pues el triunfo que merecian los españoles por su constancia en mantenerse firmes contra los embates de la fortuna, cuando vino á reemplazar á don Juan en el cargo de Virey, que interinamente y con tanto acierto desempeñaba, el conde de Oñate, embajador de España en Roma, y de quien ya hemos hecho honorífica mencion.

Alarmado el gabinete de Madrid con la noticia de la, aunque saludable, ilegal deposicion del duque de Arcos, juzgándola con harta razon de peligroso ejemplo, por mas que hubiese recaido la suprema autoridad en tan leal y generoso Príncipe, hijo predilecto del soberano, se apresuró sabiamente á enviar un Virey con nombramiento real. Dudóse en la córte sobre la eleccion, y aun hubo en el consejo quien des-

acertadamente propuso al duque de Medina de las Torres, ya conocido y muy poco amado de los napolitanos; pero afortunadamente recayó en el conde de Oñate. Eleccion feliz, pues este personaje habia con su sagacidad y entereza ganado en Roma mucho crédito, aumentando en muchos quilates el buen nombre que heredó de su padre, famoso por los importantísimos servicios que habia prestado en Alemania, ya descubriendo y contrarestando la conjuracion de Walstein, ya deshaciendo los atrevidos planes del esforzado Gustavo Adolfo. Recibió pues su nombramiento en Roma, avisó de él al señor don Juan, y el 2 de marzo de 1648 llegó á Nápoles con cinco galeras, dinero, municiones, y aunque poca, alguna gente de refuerzo. Desembarcó en el arsenal, saludado por la artillería de los castillos y combatido por la del torreon del Cármen, cuyos tiros le mataron dos galeotes del esquife, al momento de tocar en el muelle (1).

El señor don Juan de Austria como generoso príncipe, honrado caballero, reverente hijo y leal vasallo, acató las órdenes de su Rey y la voluntad de su padre, sin el menor descontento; despojándose gustoso de un mando que ejercia, no legalmente, sino por la fuerza indeclinable de las circunstancias. Y lo entregó sin titubear y sin reserva al que venia en toda regla á ejercerlo. Y para que lo hiciera con mas acierto y mejor servicio de la corona, puso en sus manos todos los hilos de las negociaciones secretas; y le instruyó lealmente del estado de los negocios, dándole además muy sesudos é importantes consejos. A lo que el Conde correspondió como debia á tan franco proceder, elogiando mucho la conducta observada por el Príncipe en los dias que habia gobernado el reino, y siguiendo sus mismos pasos, no ejecutó en lo sucesivo nada importante sin tomar ántes su beneplácito.

Reconoció personalmente el nuevo Virey los castillos y puestos fortificados de Nápoles; circuló proclamas y ofertas de completo olvido por la ciudad y por las provincias; se puso en comunicacion con las capitales subalternas del reino, y con todas las fortalezas mantenidas por las armas del Rey; envió oportunas órdenes y acertadas instrucciones á las columnas volantes, que cruzaban el pais todo. Socorrió con hombres, municiones, vituallas y dinero las plazas de Capua y de Gaeta; estrechó relaciones con Genaro Annése y con los *Capas-negras;* animó con

(1) De Santis.—Comte de Módene.—Capecelatro, MS.

cartas y honrosos mensajes á los nobles que peleaban y sostenian el nombre español en sus feudos. Y á los que estaban mas inmediatos les rogó viniesen, como lo verificaron, á la ciudad para reforzar su guarnicion.

Desconcertado el duque de Guisa con la actividad increible del nuevo Virey, y por la facilidad y acierto con que organizaba sus recursos, empezó á sospechar que tenia minado el terreno que pisaba. Pero en lugar de conocer que lo perdian sus nuevos favoritos, y su poco circunspecta conducta, se entregó mas y mas en brazos de ellos, y aumentó mas y mas los escándalos. Llegando á tal punto de ceguedad, que como el baron de Módena, á pesar de verse en desgracia, solo arrastrado de su buen celo por aquel ingrato príncipe, le rogase que mirara por si y por su reputacion, se indignó tanto que lo mandó prender, lo encerró sin comunicacion, y dispuso que se le formase causa por una comision militar creada expresamente (1). Este arbitrario é injusto proceder con militar tan valiente, tan entendido y tan estimado de todos; y algunas muertes violentas, que mandó dar á personas de gran valía entre el populacho, y los desórdenes de su vida privada, acabaron de disgustar completamente aun á sus mas ciegos partidarios. Llegando á ser ya tampoco respetada su persona y acatada su autoridad, y á hacerse el servicio de tan mala gana, que varios puestos de los mas importantes do la ciudad quedaron algunas noches completamente abandonados.

No dejó de aprovechar este resfriamiento por el Príncipe frances el villano Genaro Annése. Pues se salia á caballo de su guarida para concitar contra él los barrios del Lavinaro y de la Congeria. Mas el Duque, que al cabo era valerosísimo y jamas recataba su persona, voló á atajar el desórden y á reprimir la osadía del arcabucero, que viéndose sorprendido y descubiorto huyó cobardemente á esconderse en su torreon. Este acontecimiento, el haber sido ahorcados despues de padecer tormentos espantosos los fautores y cabezas de dos conspiraciones republicanas que se descubrieron, y la voz esparcida con oportunidad de que de un momento á otro volvia la armada francesa con fuerzas muy considerables, restablecieron algun tanto la opinion y autoridad del duque de Guisa, dando vida á nuevas esperanzas. Y algu-

(1) Comte de Modene.

nas ventajas conseguidas por Papone en las márgenes del Volturno, y por Pastena cerca del puente de Scafati, reanimaron el aliento del populacho.

El duque de Guisa, ó porque efectivamente espérase socorros, sino de la armada francesa, de algunos bajeles que le pudieran enviar sus agentes particulares; ó por dar á entender que los esperaba, quiso asegurarse de un buen fondeadero, como era indispensable en estacion tan cruda. Y discurrió en mal hora apoderarse de la isla de Nisida, que colocada detras de la punta de Posilipo, ofrece abrigo á embarcaciones de poco porte. Defendiala un castillejo con escasa guarnicion española. Trató de ganar á esta con dinero, y viendo rechazadas sus ofertas, determinó acometer la isla. Y lo verificó saliendo con corto aviso de Nápoles, al frente de unos cinco mil hombres, disponiendo que le ayudasen cuantas barcas de pescadores pudo armar y fortalecer convenientemente (1).

El conde de Oñato que acechaba, para aprovecharse sin dilacion, todos sus desaciertos, viéndolo ocupado en aquella inoportuna empresa, pensó al momento en hacer una salida de los castillos, publicando la paz, pero dispuesto á la guerra si hallaba resistencia en el pueblo. Reunió inmediatamente un consejo de guerra presidido por el señor don Juan de Austria, y consultó con él la operacion, confesando que era osada y que podia ser de gravísimo riesgo. Acostumbrados todos los concurrentes á la paciencia ejemplar y nimia circunspeccion del duque de Arcos, y empapados en sus máximas, creyeron imprudente y demasiado arrojada la determinacion. Pero el príncipe don Juan, cuyo ánimo generoso no estaba muy satisfecho con tanta espera, y el anciano don Dionisio de Guzman, de genio pronto y arrebatado, é inteligentísimo en el arte de la guerra, defendieron el proyecto del Virey con tanto calor y con tan poderosos argumentos, que decidió al cabo el consejo su ejecucion (2).

(1) De Santis.—Comte de Módene.
(2) De Santis.

CAPÍTULO XXV.

Sin pérdida de tiempo combinó su plan el activo conde de Oñate. Circuló las órdenes necesarias con el mayor recato, y dió las instrucciones convenientes con la mayor reserva. Y aprovechando el oportuno socorro llegado de España en una galera de Sicilia, de quinientos buenos soldados al mando del valeroso maestre de campo don Alonso de Monroy, decidió la jornada.

Reforzado el castillejo de Nisida, reconocidos los puestos militares de los rebeldes, y puesto de acuerdo con los *Capas-negras*, y con los jefes populares ganados de un modo ó de otro, ántes de amanecer el memorable dia 6 de abril de 1648 puso el determinado Virey sobre las armas todas las tropas disponibles, españolas, napolitanas y tudescas, que formaron una columna de poco mas de tres mil hombres. El denodado don Juan de Austria fué de los primeros en acudir á caballo. Y comó el conde de Oñate le rogase que no saliera del castillo, ni aventurara su persona en aquella jornada, en que podia ser grande el riesgo y el éxito dudoso; le contestó resuelto y como verdadero Príncipe, que porque lo consideraba así, no dejaria de hallarse en ella, y de hacer lo que á su alto nombre convenia. Llegada la hora y dada la señal, marchó la fuerza unida al puesto de San Sebastian. Y de allí partiendo á un mismo tiempo las distintas divisiones que debian atacar simultáneamente los puestos populares, se dió glorioso principio á la reconquista de la ciudad.

El maestre de campo Caraffa, con ciento sesenta españoles y cin-

cuenta napolitanos, tomó la puerta de Alba, y los baluartes de la de Constantinopla, encontrando escasa resistencia. Y fué á reunirse á la plaza del Almirante con don Diego de Portugal, que la habia ocupado con trescientos españoles, para sostener al capitan Vargas, que entró en el alojamiento del duque de Guisa arrollando su guardia. El puesto de Sant-Anello fué acometido vigorosamente y tomado por el maestre de campo Gennaro con cien españoles, cien walones y doscientos tudescos. El marques de Torrecusa se encargó con un peloton de veteranos y de oficiales excedentes de atacar la Vicaría, como lo ejecutó con felicidad; y detras de estas columnas, que aun mismo tiempo obraban, sostenidas por otras que las seguian de cerca, salió la caballería mandada por el general Tuttavilla, llevando á sus órdenes al marques de Peñalva, á don Alonso de Monroy, al príncipe de Torrella y á otros nobles napolitanos: y ya se dividia para sostener los ataques, ya se reunia en las plazas, segun convenía al plan propuesto, ó lo exigian las circunstancias. Mandaba la retaguardia el señor don Juan de Austria, cercado de una escolta de nobles napolitanos á las órdenes del duque de Andria, y llevaba consigo el tercio de Viedma y la caballería del pais; dividiéndose ó reuniéndose esta fuerza oportunamente, segun convenía al éxito de la operacion, ó lo exigia el terreno. Y detras con la reserva marchó el Virey, conde de Oñate, con la caballería borgoñona y algunos arcabuceros españoles escogidos. Acompañábanle los generales Guzman, Bateville y Visconti, con otras personas de importancia. Y acudia con actividad é inteligencia á donde era menester.

Ni uno solo de los puntos embestidos pudo resistir el ímpetu de nuestras tropas. Y dejando en los mas importantes un piquete que los custodiase, sin perseguir á los fugitivos, ni ensangrentarse en los vencidos, volvieron á reunirse las fuerzas en tres columnas, para atravesar la ciudad, y caer á un tiempo sobre la plaza del Mercado y el barrio del Lavinaro; pues las turbas populares que habian sido desalojadas con tanta facilidad, se refugiaron en aquellos puntos, donde rehechas y engrosadas con todos los habitantes de ellos, se disponian á arrancar á los españoles la, hasta entónces, tan fácil y rápida victoria.

El cardenal Filomarino, que aunque habia cooperado á las últimas negociaciones, lo habia hecho con frialdad y corto empeño, sabiendo que el Virey y el Príncipe estaban reconquistando tan fácilmente la

ciudad, al frente de un puñado de soldados, y que pasaban con sus columnas vencedoras cerca de su palacio, salió á pié y en ropa de casa á su encuentro, para felicitarlos y ofrecerles su cooperacion. Acogiólo el Conde con muestras de gran respeto y de atenta cordialidad. Y disponiendo le trajesen al proviso sus vestiduras de ceremonia, y dándole un caballo dignamente enjaezado, que llevaba de respeto, lo puso al lado del Príncipe, continuando la marcha hácia la plaza del Cármen (1).

A medida que se acercaba el rumor de las tropas vencedoras, se enfriaba el ardor de las aun respetables masas, que aunque en desórden y con la confusion propia del caso, podian haber hecho una obstinada defensa. Solo Mateo Amore osó adelantarse al encuentro de las columnas con unos cuantos valientes; pero pagó con la vida su temeridad. Lo mismo acaeció á Pedro Longobardo en el barrio del Puerto, donde opuso á las fuerzas españolas una obstinada resistencia. Estos últimos descalabros acabaron de desanimar al pueblo, y á media mañana las escasas tropas del Rey eran dueñas de toda la ciudad, sin mas pérdida que la de diez hombres. Tan corta fué la resistencia que encontraron: pues por todas partes, al grito de *viva el Rey, viva la abundancia, no mas gabelas,* caian las armas de las manos de los rebeldes, y se poblaban las calles, balcones y azoteas de alegre gentío, que repetia agitando en el aire blancos pañuelos: *viva la paz, viva el Rey de España.*

Solò quedaban ya en poder de la rebelion San Lorenzo, puerta Nolana y el torreon del Cármen. Envió el Virey dos destacamentos á apoderarse, como lo lograron sin dificultad, de los dos primeros puntos. Y puso todo su conato en ocupar lo mas pronto posible el tercero, que era el verdaderamente importante. Reunió las fuerzas todas, no dándole ya cuidado los barrios bajos. Y encargó al príncipe don Juan que las llevase sin detenerse á la plaza del Mercado, mientras él con algunos arcabuceros escogidos y caballos á la lijera, recorria y aseguraba las avenidas de las calles laterales, y se apoderaba de paso de algunos puestos de poca importancia, y cuerpos de guardia, que podian aun servir de puntos de reunion á los desesperados. Y se llevó consigo al Cardenal arzobispo para asegurárselo, conferenciando con él so-

(1) De Santis.

bre el modo de restablecer completamente la tranquilidad, despues de afianzada la victoria.

Sin oposicion ni contratiempo alguno llegó el señor don Juan de Austria á la plaza del Cármen, donde pálido y temblando salió del convento y se arrojó á sus pies el nuevo electo del pueblo; el cual oyendo en los benignos lábios del Príncipe las palabras consoladoras de *perdon y olvido de lo pasado*, se animó algun tanto, le besó la mano, y tomando un caballo lo siguió en silencio. Vinieron muy pronto el Virey y el Arzobispo; y extrañando que no se hubiese ya presentado Genaro Annése, y advirtiendo que el torreon daba muestras de ponerse en defensa, enviaron un oficial de energía á entenderse con el maestro arcabucero. Este consternado le dijo, que pues se hallaba allí el cardenal Filomarino deseaba tratar con su Eminencia. Diósele gusto, por evitar inútiles desgracias, y entró el Prelado solo en el torreon. Y no tardó en salir dejando convencido á aquel hombre soez, pero todavía temible, de que rendir y entregar la fortaleza inmediatamente era lo que le cumplia. Envió el Virey á don Cárlos de la Gatta á posesionarse de ella. Pero el pérfido Annése con su gramática parda, mostrandose muy solícito en enterarle menudamente de las armas, víveres y municiones que estaban allí almacenadas, retardaba visiblemente la entrega. Con lo que cansada la paciencia del Virey, que se habia apoderado entre tanto del convento, mandó arrimar dos petardos á la puerta del torreon (1). Su estruendo y el efecto que produjeron aterraron á Genaro Annése, y salió pálido, tremulo, miserable á presentar las llaves de la fortaleza al Príncipe español. Acogiólo don Juan con benignidad, manifestándole con el ademan y con las palabras que lo perdonaba. Y como aquel villano aun continuase dando muestras de terror y de desconfianza, le gritó S. A. con enfado: *Por vida del Rey, mi señor, álzese y no dude que está perdonado* (2). Don Cárlos de la Gatta fué en el acto nombrado gobernador del torreon, y quedóse en él con dos compañías escogidas de españoles, y algunos artilleros alemanes.

Enarbolado el estandarte real en la ciudadela de la rebelion, la capital toda estaba en poder del Virey, cuya osada empresa habia completamente coronado la fortuna. Solo restaban dos cosas: asegurar

(1) De Santis.—Comte de Módene.
(2) De Santis.

completamente la victoria, y dar gracias al Todopoderoso. Para lo primero envió el conde de Oñate al general Tuttavilla y al valeroso don Alonso de Monroy, con fuerzas escogidas, á ocupar las alturas del Vómero y las marinas de Chiaja, é impedir al duque de Guisa la vuelta á la ciudad. Para lo segundo don Juan, á la cabeza de las tropas vencedoras, se dirigió á la catedral. Cantóse allí un solemne *Te Deum*, con gran concurrencia. En seguida dió el Príncipe un paseo triunfal por las calles principales, colgadas y adornadas ricamente, y puestos de trecho en trecho retratos del Rey, victoreados sin cesar por un inmenso gentío. El historiador de Santis, testigo de vista, refiere con estas palabras, que traducimos del italiano, tan inesperada escena: «Era cosa »increible el ver como lloraban de ternura y de alegría, hombres, mu»jeres, jóvenes, viejos, ricos y pobres. Y abrazarse amigos y enemi»gos, habitantes y forasteros, sin rencor de los pasados robos y recien»tes violencias... Parecia que no habia mas que una voluntad, la de »gozar la paz tantos meses deseada». El baron de Módena la refiere tambien casi en los mismos términos.

Entre los sonoros aplausos de la muchedumbre alborazada llegaron á palacio el Príncipe, el Virey y el Cardenal, seguidos y acompañados de los generales y consejeros, de los señores napolitanos y de los jefes populares, que ó se habian rendido á tiempo, ó habian contribuido á la feliz pacificacion. Las tropas se retiraron á los cuarteles y castillos, desbaratando ántes las trincheras y empalizadas de los puestos populares. Gruesos retenes quedaron en los mas importantes, y numerosas patrullas se derramaron por la ciudad, con órdenes terminantes de observar la mas estrecha disciplina, y con pena de muerte para el soldado que molestase en lo mas mínimo á los habitantes.

El estruendo de las salvas, el rumor de las aclamaciones populares, y el rimbombe de las campanas, avisaron al Duque de que algun suceso de mucha importancia ocurria en la capital; y levantando el campo, trató de regresar á ella inmediatamente. A pocos pasos llegaron confusas nuevas de lo ocurrido, pero que no dejaban duda del completo triunfo de los españoles. Y vióse el Duque frances en el momento abandonado, por las fuerzas populares que acaudillaba. Resolvió entónces, seguido de algunos caballeros, dirigirse á Aversa, para ponerse á la cabeza de las tropas que amagaban á Capua, y hacer con ellas el último esfuerzo. Pero al anochecer llegó allí, ántes que él, la noti-

cia exacta de lo ocurrido en Nápoles; y aquel ejército popular, ya muy indisciplinado y desobediente por la falta de pagas, se dispersó en cortos instantes. Informado de todo don Luis Poderico, y temiendo la fuga del Duque al Estado romano, derramó su caballería por la frontera para cortarle el camino. El desgraciado Príncipe, perseguido y cercado por todas partes, y no solo ya por sus enemigos, sino tambien por sus propios soldados y por los villanos de la comarca, que pocas horas ántes lo victoreaban y obedecian, trató valerosamente de abrirse camino con la espada. Pero herido su caballo, y estrechado de cerca por el bizarro Visconti, teniente de la compañía de corazas de don Diego de Córdova, se entregó prisionero, y fué conducido á Capua con diez caballeros franceses, que como buenos no lo abandonaron. Recibiólo allí cortesmente el general Poderico; púsolo á buen recaudo, y dió aviso al Virey. Dos dias despues fué conducido á Castelvolturno, y de allí al Castillo de Gaeta, donde el severo conde de Oñate quiso cortarle públicamente la cabeza. Mas el señer don Juan se opuso, hasta recibir órdenes del Rey. Así se hizo, y á pocos meses vino la de que fuera el Príncipe prisionero á España, donde no tardó en recobrar su libertad (1).

Con gran rapidez se extendieron las noticias de lo ocurrido en la capital, y de la prision del duque de Guisa, por todas las provincias del reino. En todas ellas cesaron al punto los horrores de la guerra. Y todas despacharon comisionados á Nápoles para someterse á la autoridad del Virey, é implorar la clemencia del príncipe don Juan. Y aunque despues de trastornos tan complicados como habian agitado aquel vigoroso pais, era dificil restablecer pronto y de un golpe la calma y el reposo; la entereza del conde de Oñate, templada acaso por la benignidad de don Juan, y la prudencia, sagacidad y tacto de ambos, restablecieron en pocos dias el imperio de las leyes y el órden público, borrando pronto hasta las huellas y rencores de tan calamitoso período.

No cumple ya á nuestro propósito referir, que algunos dias despues habiendo momentáneamente aparecido á la entrada del golfo la armada francesa, se descubrió una conjuracion de poca importancia, que cos-

(1) De Santis.—Comte de Modéne.—M. Marie Tourge-Loredan.—Capecelatro, MS., y otros autores.

tó la cabeza al turbulento Genaro Annése. Ni como el activo conde de Oñate aseguró el estado de Nápoles, desalojando gallardamente á los franceses de la isla de Elba y de las costas de la Toscana. Ni tampoco que mucho tiempo mas adelante, el atrevido duque de Guisa volvió, sin éxito, á dejarse ver en las playas de Castellamare. La sublevacion napolitana, que nos propusimos referir, empezó el 15 de julio de 1647, y terminó, cansada de sus propios esfuerzós y vencida por la perseverancia española, el 6 de abril de 1648; corto período en que manifestaron los napolitanos un valor fabuloso, y á veces una ferocidad inaudita; y los españoles una constancia heróica.

El primitivo objeto de aquel movimiento popular, esto es, el de la abolicion de las gabelas, quedó conseguido; aunque á costa de un mar de sangre y de pérdidas incalculables, que hicieron, como siempre acontece en tales casos, mucho mas doloroso y terrible el remedio que la enfermedad. El anhelo de emancipacion y de independencia que nació en el curso de la conmocion, aunque noble y generoso, fué tan inoportunamente concebido, y por tan malos medios, y por tan impotentes manos encaminado, que no podia tener efecto. El cielo en sus inescrutables decretos tenia guardada la emancipacion é independencia del reino de Nápoles para un siglo despues; y de un modo mas tranquilo, legítimo y conveniente, que afianzara, bajo el cetro de un gran Príncipe de la casa de Borbon, su grandeza, su gloria y su estabilidad.

Nápoles, año 1847.

VIAJE AL VESUBIO.

DESDE mi llegada á Nápoles, el objeto que mas me ha ocupado la imajinacion ha sido el Vesubio; este soberbio gigante, que se alza aislado y solo en medio de la llanura mas hermosa y apacible del mundo: que domina el golfo mas risueño del Mediterráneo: que se vé circundado á respetuosa distancia, por elevados montes cubiertos de poblacion y de arboleda: y que mira á sus pies, mas como tirano que como protector, una de las primeras y mas ricas capitales de Europa, considerables y risueñas poblaciones y preciosas quintas, que duermen tranquilas sobre otras famosas ciudades y apacibles jardines, que ha devorado el volcan. Asi los niños juegan, travesean, descansan y duermen entre los árboles y flores del cementerio, en que yacen sus abuelos; sin recordar siquiera sus nombres, y sin pensar que les aguarda el mismo destino.

¡Cuan gallardo se eleva el monte Vesubio, ofreciendo desde lejos al viajero atónito sus atrevidos contornos, que se destacan sobre un apacible cielo y que encierran la figura de un ancho cono casi regular, desde que se separa de la montaña de *Somma*, á quien está unido por la base, y con la que se cree que en tiempos remotísimos formaba un solo cuerpo!..... Lo fertil y risueño de su falda, donde reina una perpétua primavera; la abundante y lozana vegetacion de sus empinadas lomas; su elevada cima cubierta de escorias y cenizas, que se bañan por la tarde de un apacibilísimo color de púrpura; y el penacho de

humo, ya blanquecino, ya negruzco, ya dorado por los rayos del sol, que corona su frente; forman un todo tan grande y tan magnífico, que visto una vez no se olvida jamás, porque nada puede borrarlo de la fantasía.

La subida al Vesubio debe hacerse de noche, para gozar mejor del efecto del fuego, y para admirar desde su elevada cumbre el amanecer, la salida del sol, y á la luz del nuevo dia el magnificentísimo pais que señorea. No quise pues dejar pasar la hermosa y apacible luna de julio, sin que me alnmbrara en la penosa diversion de trepar á las cumbres del volcan, que estaba ademas encendido y amagando una pequeña erupcion.

A las once de la noche del dia 31 de julio, salimos de mi casa de Nápoles en dos carretelas, las siete personas que formábamos la expedicion: entre ellas la joven y linda condesa de Sclafani, con su marido (españoles): el príncipe de Schwarzenberg, y el señor Yrizar, magistrado de Filipinas, que acababa de venir de allá por el istmo de Snez. La luna estaba en todo su esplendor, y rodaba por un cielo purísimo. No agitaba la atmósfera el mas pequeño ambiente. El mar, tranquilo como una mansa laguna, dormia mudo en las blandas arenas de estas risueñas playas. Rápidamente recorrimos el camino de mas de nna legüa que va hasta *Ressina*, y que es una calle contínna de palacios, verjas de jardines y elegantes edificios, que iluminados por la luna parecian la decoracion de un teatro. Durante nuestro viaje, no separamos los ojos del coloso á cuyos hombros ibamos á trepar, y cuya espantosa boca ibamos á examinar de cerca. Sn obscura masa se dibujaba clara y distintamente sobre el fondo del cielo estrellado, coronando su cima una columna de humo encendido. Parecia el inmenso casco empavonado de un Titan, sobre cuya cimera volaba un penacho rojo.

Llegamos á Ressina, donde ya teniamos preparados gnias, caballos, portantinas, bachas de viento y las provisiones necesarias para tan penosa espedicion. Pero encontramos agitada la gente con la noticia de haber ladrones en la montaña. Y era cierto. Dos viajeros españoles habian retrocedido desde la hermita para esperar mi llegada y hacer la subida con mas seguridad. Eran estos el señor don Lino Campos y el señor Basualdo, que vinieron inmediatamente á saludarnos, y nos refirieron que dos viajeros prusianos, que acompañados de un solo guia subian al cráter, acababan de encontrarse con cuatro facine-

rosos, que los habian robado y mal herido á uno de ellos. No nos arredró este acontecimiento, porque eramos muchos y ya se habia puesto en movimiento la gendarmeria del territorio, para asegurar el monte, donde preciso es decirlo en honor de la verdad, ocurren muy rara vez casos semejantes.

Dejamos nuestras carretelas, montamos en los caballos acostumbrados al viaje, y formamos nna carabana de catorce personas, con gran número de guias y el capataz de ellos, hombre muy práctico en aquellos escabrosos lugares. Apesar de que la luna era clarisima, como teniamos que atravesar los callejones que forman las cercas de las huertas y jardines, y luego por entre espesas arboledas, se encendieron varias hachas de viento, á cuya roja luz presentaba una apariencia verdaderamente fantástica nuestra cabalgada, rodeada de aquellos hombres atléticos y medio desnudos, de rudo aspecto y de robustas formas.

Empezamos á subir lentamente por un camino pedregoso y desigual, y desembarazados de los tapiales y caserias, entramos en los bosques y viñedos que cubren y entapizan aquella falda. Y notamos que el Vesubio, que desde lejos parece tan liso, unido y poco fragoso, tiene quiebras asperisimas, profundos valles y espantosos despeñaderos; semenjante á aquellas personas que parecen de lejos y en visita tan apacibles y mansas de condicion y que luego en sus casas y tratados de cerca, se ve que son unos verdaderos tigres.

A la hora larga de viaje penoso, llegamos á la hermita, situada en una loma del monte, como á un tercio de su altura. Llámase hermita á un edificio muy capaz, con salon para viajeros, cocinas, caballerizas, tabernas y otras dependencias, y que aun le cuadraria mas bien el nombre de *parador*; como le estaria mejor el de *mesonero* al hermitaño, que no tiene de tal sino el hábito. Es un hombre de mas de sesenta años, que lleva mas de veinte de estar en aquel, no yermo, sino tránsito continuo de estrangeros y nacionales de toda categoría, condicion, edad y sexo: y conócesele á la legua que es hombre de mundo, y acostumbrado al trato de gentes. Apeámonos todos fatigados y hambrientos, y aunque es contra regla el tomar alimento antes de la subida, porque con el estómago lleno se hace mas fatigosa y hasta puede ser nociva, estábamos todos tales, que resolvimos de comun acuerdo cenar ante todo. Subimos pues al salon de la *hermita-*

posada. Allí nos hicimos servir el repuesto, y devoramos un corpulento *paté de foie gras*, y varias sabrosas frutas, agotando, entre alegre conversacion, dos botellas de esquisito vino del Rhin, y otras dos de deliciosa manzanilla de San Lucar. Entretanto el *hermitaño-posadero* nos presentó el libro en que suelen escribir sus nombres los viajeros, y no lo hicimos nosotros porque vimos en sus ojas mil necedades, escritas en varios idiomas, y algunos estravagantes dibujos mas de obscena mano que de mano maestra. Nos deteniamos allí mas de lo regular, cuando nos puso en movimiento la áspera voz del capataz, diciéndonos que si queriamos llegar al cráter ántes del amanecer, no nos podiamos ya descuidar.

Volvimos á nuestras cabalgaduras, y en ellas aun anduvimos otros tres largos cuartos de hora, por tortuosas sendas y estrechos y difíciles desfiladeros, atravesando un terreno asperísimo, y donde á cada paso aparecia mas mezquina y raquítica la vegetacion. En las gargantas del monte, á nuestra izquierda veiamos petrificado el espantoso torrente de lava, que en la erupcion de 1822 puso á Ressina muy cerca de correr la misma suerte que Herculano, sobre cuya tumba está fundada. Llegamos á una cresta que domina aquellos lugares, y que se llama el *atrio del caballo*, donde descuella una rústica cruz de madera, límite que marca á los curiosos, que quieren reconocer el volcan en sus erupciones, hasta donde pueden llegar sin peligro cuando corren las lavas por aquel lado. A poco trecho no quedan ya ni aun señales de vegetacion: piérdese y bórrase totalmente el camino: y el terreno es ya tan áspero y tan pendiente, que no pueden dar ni un paso mas las caballerías, siendo por lo tanto preciso abandonarlas. Allí empieza lo fatigoso y lo terrible de la ascension. A la pálida luz de la luna y á la movible é incierta de las hachas de viento, se ve delante una interminable subida de unos sesenta grados de inclinacion, y en algunos parajes casi perpendicular, cubierta y erizada de espesas y colosales escorias, de puntiagudos peñascos, de lava petrificada, de materias carbonizadas y de cenizas negruzcas; horror da el verse á los pies de aquel inmenso coloso que parece esconde su frente en la region del fuego y á cuyos hombros se va á subir. Verifícase esto de tres maneras; los muy ágiles y de largo resuello, trepan solos y como pueden por aquellas asperezas, donde no hay calzado que resista, dando continuos resbalones y caidas, y llegando arriba medio muertos. Los que no se fian tanto de sus fuer-

zas ni de sus pulmones, se hacen preceder por un guia que lleva dos largas correas cruzadas sobre el pecho: se agarran fuertemente de ellas, y caminan como colgado en la mayor ansiedad, faltándoles muchas veces el terreno en que afirma los pies, y despechados de haber encadenado su alvedrio y entregado su suerte á aquel hombre rudo y desconocido, que mas ágil y fuerte que ellos se complace acaso en llevar á sus víctimas por lo mas difícil y peligroso. Y en fin, los que por su desgracia se encuentran débiles ó enfermos ó con mas años á cuestas de lo que quisieran, suben en *portantina*. Esta se reduce á una mala silleta de madera blanca, como las del Prado de Madrid, y las de las ventas y cocinas de Andalucía, con dos largos varales de castaño, sujetos y atados á un lado y á otro con tomizas. Las cuatro estremidades de estas dos rústicas palancas, se apoyan en los hombros de cuatro robustos jayanes, como á santo en andas, llevan al cuitado viajero en la mayor ansiedad con los pies colgando, y en el mas inminente peligro. Lo empinado de la cuesta dá una inclinacion tan grande bácia atrás á la portantina, que es menester tenerse fuertemente asido á ella para no desocuparla; y trabajan los brazos y los puños todo lo que descansan las piernas y los pies. Como el terreno es tan desigual, á veces los portadores de un lado caminan por un sitio mucho mas elevado que los del otro, y el desnivel de aquellas rústicas andas es tal, que parece imposible sostenerse en ellas. Muy á menudo, ó tropieza uno de los mozos, ó se le rueda el terreno, y resbala y cae, y dá la *portantina* de repente tal sacudida, que parece vá á precipitarse. Ya los cuatro conductores descienden rápidamente, resbalando quince ó veinte pasos, ya se encuentran todos sin apoyo alguno y quedan en un pie buscando el equilibrio, y bamboleando al infeliz viajero sobre aquellos hondos abismos. La subida en *portantina* es la peor de todas, aunque parezca la mas descansada.

Apenas empezamos la nuestra, se cubrió el cielo de espesas nubes, robándonos la luz de la luna, que apareció al través de ellas como un cadáver amortajado; y envolviendo la alta cumbre á donde nos dirijimos, dieron al fuego un color opaco y mas espantoso. Los hachones de viento eran ya los solos que nos alumbraban en tan penoso paso; y el ver á su rojizo y ondulante resplandor que abultaba las sombras de la montaña, los rudos semblantes y toscos miembros de los guias y la larga hilera que formaba la caravana, trepando aquellos recuestos, y

el oir los agudos gritos con que nos llamabamos unos á otros, y las maldiciones y reniegos de los que tropezaban, y los alaridos y palabrazas con que nos animaban y se animaban á sí mismos los hombres de la montaña, y los jayanes de las *portantinas*, y la hora y el sitio á donde con tanta fatiga nos dirigíamos, formaban un todo satánico y aterrador, que no parecia escena de este mundo.

Al cabo de una larguísima hora, que se nos figuró un siglo, llegamos á la cumbre deshechos en sudor y rendidos. Tomamos aliento y nos pusimos nuestros gabanes y capas, porque el frio de aquella region era muy penetrante, y podia sernos muy perjudicial en el estado de cansancio y de transpiracion con que nos encontrábamos. Caminamos aun unos doscientos pasos mas sobre un terreno poco inclinado, llano y movedizo, todo compuesto de ceniza y piedras pequeñas, y llegamos al borde del cráter.

¿Quien puede describir el grande, el magnífico, el aterrador espectáculo que se presentó á nuestra vista? Quedamos mudos, inmóviles, estasiados, confundidos... Todas las fatigas, todos los peligros de la subida se nos olvidaron, y los hubiéramos arrostrado cien veces gustosos por vernos allí, por gozar de aquel indescriptible prodigio.

Es el cráter del Vesubio una conca circular de mas de trescientas varas de diámetro, y de unas ciento de profundidad, y hace el efecto de una plaza de toros vista desde el tejado, cuando en su centro se quema de noche un árbol de pólvora. El fondo de esta conca es una costra que cubre el abismo, formada de lavas ya frias y petrificadas, ya escandecentes, y de inmensas masas de azufre. Las paredes de violento y desigual declive, son peñascos inmensos de lava, escorias, cenizas y materias carbonizadas. En medio de esta conca se alza un montecillo cónico de unas setenta varas de altura, con laderas lisas, negras y muy empinadas: y termina con una boca casi circular de unas veinte varas de diámetro, por la que vomitaba sin cesar una columna de humo espeso, y un vivísimo resplandor. En lo profundo, y como si dijéramos en las entrañas de la tierra, se oia un ronco hervor, semejante á la respiracion de un coloso aherrojado: y de rato en rato, con un intérvalo muy corto, despues de una detonacion horrenda, como la descarga cerrada de un batallon, ó el estruendo de una pieza de grueso calibre, lanzaba un rio de llamas, que se perdian entre el humo á

á cuarenta ó cincuenta varas de altura, iluminando en torno los horizontes, y con ellas millares de piedras de todos tamaños encendidas, que abriéndose como un plumero, y elevándose á grande altura, caian luego como un granizo y con horrible ruido, en las laderas del montecillo, rodando por ellas hasta apagarse ó perderse en los arroyos de lava que lo circundan, hacian el efecto de las chispas de un fuego de artificio de gigantes.

El cráter del Vesubio, estaba la noche que yo lo examiné cual lo acabo de describir. Pero varia de forma muy amenudo, y en las grandes erupciones desaparece esta conca, y todo su espacio forma la inmensa boca que arroja humo, llamas y peñascos encendidos, y rios destructores de lava ardiente, que resonando se derrumban ya por un lado ya por otro de la montaña, llevando la desolacion y el esterminio á muchas leguas de distancia.

El cansancio nos obligó á hecharnos en el suelo de aquella cresta sobre la blanda ceniza. Pero pronto advertimos que estaba abrasando, y lanzando un vapor sulfuroso que nos ahogaba. Levantámonos mas que de paso, y fuimos á buscar descansadero mas fresco. En la mitad de la bajada del cráter, lo encontramos en un enorme peñasco, donde tomamos seguro asiento y reparo contra el viento, que era fresco y penetrante en demasía. Algunos de la caravana no se contentaron con esto, y bajaron con gran dificultad al fondo de aquella conca á observar de cerca los arroyos de lava, que como culebras de fuego serpenteaban en torno del montecillo. Gran riesgo corrió por cierto uno de los curiosos, pues debajo de los pies se le quebró la costra de lava y se vió muy á pique de hundirse en el abismo del volcan.

¡A cuantas consideraciones fisolóficas, á cuantos recuerdos históricos da ancho campo el exámen detenido del Vesubio!... Es ciertamente un enano si se le compara con el Etna, y con otros volcanes de América y Asia, pero ninguno de ellos es tan famoso, ó bien porque está mas á la mano, y donde se le visita con facilidad, ó porque ha ejercido sus rigores contra víctimas mas célebres y mas conocidas, ó en fin, porque ninguno ofrece mayor interés á las investigaciones de los naturalistas. Sus erupciones han descubierto claramente como se forman los terrenos *plutónicos* y han enriquecido la mineralógia con mil especies nuevas, y con singulares cristalizaciones, que figuran al lado de las piedras preciosas.

Todo es mudable y perecedero en la cima, en las laderas, en los contornos del Vesubio. Sus convulsiones subterráneas y sus erupciones han variado completamente la configuracion del terreno que señorea. Ya ha presentado nuevas bocas, ya no ha dejado ver ninguna. Ya se han alzado colinas en la llanura, ya han desaparecido otras. Ya hau retrocedido las playas dejando nnevas ensenadas y ancones, ya han entrado mar adentro formando nuevos cabos y promontorios. Asi que la configuracion del terreno de Nápoles y de su golfo, es enteramente distinta de la que le dan las descripciones qne de ella hacen los antiguos. Pompeya, por ejemplo, era puerto de mar, y las ruinas de aquella ciudad desventurada, yacen boy cuatro millas distantes de la marina.

Parece lo mas conjeturable que el Vesubio se alzó del seno del mar, formando un solo cuerpo con la montaña de Somma, y que ardió en la mas remota antigüedad. Apagado despues por muchos siglos, disminuyó sus primitivas dimensiones, y se cubrió de vegetacion. Consta que en una cueva que en él babia, se escondieron ochenta y cuatro gladiadores de la conjuracion de Espartaco; y que en tiempo de Augusto era una apacible colina cubierta de viñedos y de árboles frutales. En el año 79 de la era cristiana volvió á levautarse bravo y destructor, y como repuestas sus fuerzas con tan dilatado sueño; y destruyó á Pompeya, Herculano, Stabia y otras ciudades y aldeas; dando nueva configuracion al terreno, causando la muerte de Plinio el mayor, que quiso examinar de cerca aquel cataclismo, y ofreciendo ancho campo á la proverbial beneficencia del gran Tito.

Treinta y seis erupciones ha tenido el Vesubio desde entonces acá. En la del año 472 lanzó tan abundantes cenizas, que oscnrecieron el cielo, y llegaron, impulsadas de un recio poniente hasta Constantinopla. En la del año 1036 volvió á arrojar lava. Pero la mas terrible de todas fué la 1631. Los historiadores de aquel tiempo hacen de ella una descripcion espantosa, y refieren que perecieron mas de diez mil personas en los villajes, casales y campos que arrasó la lava. Hacia mas de cien años que no daba señales de vida el monte, y creian completamente estinguido el volcan, pues segun el abate Bracini, estaba reducido á una loma poco elevada, y en su cima, donde ni aun señales habia de cráter, y que estaba cubierto de frondosa vejetacion, brotaban tres veneros de agua caliente. La elevacion que hoy tiene el Vesubio la ad-

quirió repentinamente en posteriores erupciones; en la de 1230 se elevó su cumbre prodigiosamente. Terrible fué la de 1737; se calculó la mole de su lava en un cubo de 113 toesas; aun se ve gran parte de ella hácia la torre de Greco. En la erupcion del año 1760 se abrieron diez y ocho bocas que lanzaban fuego y lava en la falda del monte, muy cerca de la torre de la Nunciata, poniendo esta preciosa poblacion en gran conflicto. En la de 1767 los sacudimientos del volcan fueron tales, que tembló la tierra veinte millas á la redonda. En la de 1794 la lava recorrió un espacio de tres millas y media, y entró mas de cien varas mas adentro. El frente de este torrente espantoso era de mas de cuatrocientas varas, y su altura sobre la tierra de cinco. En la erupcion de 1822 llegó á ser de mas de una milla el frente de la lava, y puso en gran peligro á Ressina, y otra vez á la torre de la Anunciata. En la de 1834 la masa de fuego rompió con estruendo espantoso hácia la aldea de Otajano, causándole daño incalculable. Desde entonces acá puede decirse que no ha habido erupciones, aunque haya arrojado fuego el volcan, pues la de 1839 que fué la última, no merece tal nombre, apenas lanzó lava, y no causó mal alguno.

Mientras duran las erupciones, se oye en la falda de la montaña un espantoso ruido subterráneo, semejante al hervor de una inmensa caldera; y algunos dias ántes de romper se secan las fuentes y pozos de los alrededores, y se nota algun movimiento en el mar. Algunas temporadas parece el volcan completamente apagado, sin arrojar su boca ni el mas leve vapor; dijérase entonces que duerme el coloso, y que descansa el genio esterminador que habita en sus entrañas. Pero lo regular es que siempre lance humo en mayor ó menor cantidad. Algunas veces arroja ceniza en tanta abundancia, que anubla con ella completamente el sol; otras, arena en tal cantidad, que cae luego como una espesa lluvia por todos los contornos, y tambien ha lanzado á grande altura copiosos rios de agua hirviendo. Pero el espactáculo mas sorprendente y magnífico que presenta el Vesubio, es el conocido con el nombre del *Pino*. Es este una columna de humo y de ceniza que se eleva perpendicularmente desde el cráter, á una prodigiosa altura donde se estiende en torno en inmensa copa, formando la imagen del arbol que le da nombre. Plinio el jóven comparó ya con él este fenómeno, en la carta con que refiere á Tácito la muerte de su tio y la destruccion de Pompeya. Estas son sus palabras: «*Nubes oriebatur*, *cu-*

jus similitudinem et formam non alia magis arbor quan pinus espresserit nam vetuti trunco elata in altum quibusdam ramis difundebatur.» El pino que arrojó la erupcion del año 1822 se elevó en el aire mas de seis mil varas, y su copa presentó al principio una circunferencia de mas de tres millas, y se fué luego estendiendo de modo, que cubrió todo el cielo, causando tan espesas tinieblas, que no las penetraron los rayos del sol, y hubo en Nápoles treinta y seis horas de oscurisima noche.

Las dimensiones actuales del Vesubio son unas veinte millas de circunferencia en su base y 3,600 pies de elevacion sobre el nivel del mar.

No todos los volcanes arrojan lava, y ninguno lo ha hecho con mas abundancia que el Vesubio. La lava es una masa de materias metálicas derretidas por la accion del fuego, y que forman una pasta fluida, semejante al vidrio liquefacto, que rebosa por los bordes del cráter, y corre por las laderas hasta los valles, hasta la llanura, hasta el mar, arrasando cuanto encuentra. Afortunadamente camina muy lentamente aun por el mayor declive, y si encuentra á su paso algun muro no perforado con puertas ni ventanas bajas, se detiene y para á seis ú ocho pasos de distancia, se hincha y sin tocarlo, busca curso por uno ú otro lado; pero si hay puerta ó ventana, se precipita por ellas, y destruye el edificio. Cuando su torrente de fuego se acerca á un arbol, aun ántes de tocarlo jime y estalla el tronco, se secan y caen repentinamente las hojas, y arde el esqueleto con vivisima llama en cuanto le toca la lava.

Conserva esta el color largo tiempo, y empieza á enfriarse cubriéndose de ásperas escorias su superficie. Fria del todo se hace pétrea y durisima y se cortan de ella losas con que estan empedradas las calles de Nápoles y de todos los pueblos de la redonda, y grandes sillares para todo género de construcciones. Admite pulimento, y es capez de todas las labores del mas delicado cincel. Su color en este estado, es ceniciento oscuro con diferentes vetas.

Tambien arroja el Vesubio cristalizaciones particularisimas que trabajadas por el arte parecen piedras preciosas, y que figuran como tales en los mas ricos aderezos.

Embebidos en la contemplacion del volcan, en recordar su historia, y en oir las vulgares tradiciones que en su dialecto particular nos referian los hombres de la montaña, se pasó rápidamente el tiempo, y

empezó la aurora á esclarecer los horizontes. A su blanca luz perdió mucho de su efecto aterrador el fuego del vòlcan, pero se aumentó el del humo, que se elevaba en fantásticos nnbarrones por el espacio. Y notamos entónces que no solo salía de la boca del montecillo situado en el fondo del cráter, sino que mas ó menos espeso, brotaba por todas las grietas de la montaña, y hasta de las hendiduras de las peñas en que estabamos sentados.

El capataz de los guias nos manifestó que si queriamos gozar del espectáculo del sol naciente, debiamos apresurarnos á subir al mas alto pico del borde del cráter que cae á la parte oriental del Vesubio. Subimos á él sin tardanza, enterrándonos en ceniza caliente hasta las rodillas, y tropezando con grandes peñascos de lavas y al llegar á su cumbre se presentó á nuestros anhelantes ojos la mas grande, la mas magnífica escena del mundo.

El fresco viento de la mañana habia barrido el cielo de nubes y despejado completamente la atmósfera. En aquella altura nos encontrábamos como entre el cielo y la tierra y respirando un aire purísimo. Clavàmos en silencio los ojos en el orieute y vimos ceñido el remoto horizonte con una ráfaga de grana perfilada de oro, sobre la cual se dibujan los contornos recortados de los montes Apeninos, cuya masa ofrecia un todo de azul turquí oscnro. Un momento despues empezó á aparecer el disco del sol, sin que le ofuscara el vapor mas ténne, y alzándose lentamente, parecia una inmensa rueda de topacio. Destacado ya de las cumbres, y adquiriendo todo su rutilante esplendor, ofuscó nuestros ojos se inclinaron deslnmbrados á la inmensa llanura que teniamos á los pies. Velada estaba con una ligerísima niebla blanquecina y al través de aquella trasparente gasa, vimos á vista de pajáro, sus frondosas arboledas, sus feraces campos, sus risueños caserios, todo cruzado de caminos y sendas, por los que hormigueaban ya los hombres y los ganados. Despues que nuestros ojos se templaron y repusieron en tan agradable reposo, los tornamos al occidente, y otro encantador espectáculo se desarrolló delante de nosotros. El hermoso golfo de Nápoles parecia una laguna de plata, y ligeros cisnes, los pequeños barcos latinos que en todas direcciones lo surcaban. Sombrios aun los montes de Castellamare, contrastaban con las brillantes tintas de púrpura y oro que esmaltaban las cumbres de Capri, de Yschia y de Posilipo. Y Nápoles, la deliciosa, la opulenta, la encantada Nápoles,

parecia una belleza desnuda durmiendo en medio de un jardin. No hay en la tierra vista mas admirable.

¡Cuantas emociones tan diferentes, pero tan grandes sentimos aquella noche y aquella mañana...! Emociones que han dejado tan profunda huella en mi imajinacion, que no se borrarán jamás. Si, habiamos visto las mas admirables obras del criador; habiamos contemplado lo terrible de su ira en la boca del infierno, en el cráter de un volcan, y lo grande de su beneficencia en la puerta del cielo, en el sol...

Ya era tiempo de descender del Vesubio, el calor empezaba con el dia y dispusimos volver á dar reposo á nuestras almas y á nuestros cuerpos igualmente fatigados.

Desde aquella alta punta en que nos encontrábamos desciende, hasta lo mas profundo del valle, que separa la montaña de Somma del Vesubio, una lisa rampa de ceniza, y de unos 50 grados de inclinacion. Por ella se deja uno ir con gran rapidez, y sin poderse detener dado una vez impulso al cuerpo. Asi lo hicimos, y en diez minutos ó antes ya estábamos en la tierra de los mortales. Divertidísima es esta bajada, en que muchas veces se cae de espaldas ó se rueda, sin ningun daño; pero no sin burla y risa de los compañeros de viaje mas diestros ó mas afortunados. Ni hay en ello mas peligro, que el de encontrar soterrado en la ceniza algun pedazo de lava, contra el que es fácil romperse una pierna; ó el que algun grueso pedruzco ruede detras del viajero, lo alcance lo derribe y magulle.

Desechas las botas, abrasados los pantalones, destrozadas las levitas y abollados los sombreros, nos encontramos en el valle, y por él anduvimos como unas dos millas para llegar al sitio en que la noche anterior dejamos nuestras caballerías. En ellas y por el mismo camino que trajimos, y que á la luz del dia nos pareció mucho mas empinado, áspero y peligroso, llegamos á la ermita. Hicimos un breve alto y continuamos molidos y soñolientos á Ressina. Allí tomamos nuestros carruajes que con gran rapidez nos condujeron á Nápoles á donde llegamos á las nueve y media de la mañana.

Nápoles 1844.

VIAJE A LAS RUINAS DE PESTO.

A las nueve de una hermosa mañana de Mayo, en que un traspa-rente celage templaba el ardor del sol, refrescando la atmósfera la li-gera brisa del mar, partimos de Nápoles por el camino de hierro ulti-mamente establecido, que conduce á *Nocera*. Deslizábase rápidamente el convoy, dejando atras la capital magnífica y su concurrido puerto, donde está parte de la preciosa escuadra napolitana con gran número de vapores de guerra, y donde se ven reunidos tantos buques mercan-tes de diferentes naciones.

Siguiendo la playa pasamos por *Portici*, bajo cuyas casas yace en-vuelta en la lava del Vesubio la antigua Herculano; por la *Torre del Greco*, pueblo fundado sobre otros dos, víctimas de las erupciones del volcan, y por la torre de la *Nunciata*, donde dejando la ribera entra-mos tierra adentro por las cercanias de Pompeya, y al través de un campo delicioso, cultivado con esmero. Su feraz produccion, y sus vi-ñedos formando pabellones, festones y guirnaldas, enlazadas con los árboles pomposos y corpulentos de que está sembrada la llanura, for-man un rico y risueño paisage, de que es último término, por la iz-quierda el magestuoso Vesubio, con sus laderas de esmeralda y su penacho blanquecino de humo y ceniza; y al frente y á la derecha, elevadas montañas cubiertas de arboleda y de casas de campo. En una hora llegamos á *Pagani*: esto es, recorrimos seis leguas castellanas, en cuyo tiempo no dejaron de mortificarme las dolorosas reflecsiones á que daba lugar el ver en un pais, que ciertamente no tiene fama de

muy aventajado, caminos de hierro, escuadra, gran número de barcos de vapor, tierras cultivadas con asiduidad y maestría, casas de campo, gendarmes á pie y á caballo perfectamente vestidos custodiando los caminos públicos, poblaciones risueñas, limpias y bien empedradas, industria, tráfico, movimiento y vida, mientras que en nuestra patria tan grande, tao poderosa, tan rica y con tantos elementos para ser una de las primeras naciones de Europa, nada hay de esto, porque pierde el tiempo y se aniquila visiblemente en inútiles controversias, y en enconadas personalidades.

En Pagani alquilamos caballos del pais, pequeños, pero de mucho fuego y poder, y con ellos trepamos una altísima montaña, cuyas empinadas laderas estan cubiertas de robustos castaños y de viciosos matorrales. Entre ellos serpentea un buen camino de herradura, construido con mucho arte, y desde cuyas revueltas se descubren admirables puntos de vista. En la cima de la montaña descuella la torre de *Chiunsa*, atalaya circular antiquisima, que hoy sirve de nido á los milanos y de blanco á las tormentas, pues se ven las repetidas huellas del rayo en sus rotos sillares. Pasando por una venta al pie del derruido torreon, nos despedimos de la vista del Vesubio, y doblando la cumbre, empezamos á bajar cuestas menos rápidas, por entre graciosas lomas cubiertas de vejetacion, por entre adelantadas viñedas, siempre formando festones enlazados á los árboles, y por entre espesos bosques de valientes hayas, y de pomposos castaños, viniendo á dar al *valle de Tramonte*.

La lozana fantasía del mas fecundo artista no podrá imaginar sitio tan delicioso y pintoresco. Ambas vertientes estan pobladas de lindas casas de campo, de pedazos de tierra cultivada con inteligencia, de árboles corpulentos y frondosisimos. Corre en lo hondo de la cañada un copioso torrente, aprovechado por un gran número de fábricas de papel allí establecidas. Lo variado y lindo de los edificios, y los graciosos puentes rústicos con que se comunican, y los malecones y caprichosos acueductos que van de un lado á otro para contener ó conducir las aguas, y las cataratas y despeñaderos que forman las sobrantes, y el ruido de las ruedas de las máquinas hidráulicas, y el bullicio de la multitud de obreros empleados en aquellas manufacturas, forman un todo tan rico, tan variado, tan sorprendente, que es imposible dar una idea de él en una fria descripcion.

Najuri, pueblo de buen caserio de dos y tres pisos, con calles muy limpias y muy bien enlosadas, está colocado á la embocadura de este valle, y á orillas del mar, aprovechando una pequeña cala para abrigo de sus barcas pescadoras. Lo atravesamos, y el golfo de Salerno se presentó á nuestra vista, desierto, triste y magestuoso. Tomando á la derecha una calzada magnífica construida á media ladera de los escarpados montes que forman la costa, y muy semejante á la que conduce de Caleya á Barcelona, llegamos á *Ninuri*, pueblecito de la misma fisonomía que el anterior, colocado tambien en las gargantas de un risueño valle. Dos millas despues, y casi en igual posicion, atravesamos á *Atrani*, poblacion mas grande que las anteriores, y patria supuesta del fámoso Masanielo, y designan como su casa aun habitada y de pobre, pero limpio aspecto, una que ocupa un empinado risco, entre otras casi iguales que pueblan aquellos montes. Doblamos en seguida una punta donde están los restos de un antiguo castillejo, y llegamos á la famosa ciudad de *Amalfi*, á la que fué rival de Pisa, yémula de la opulenta Génova y de la poderosa Venecia, á la que tanta parte tuvo en las cruzadas, siendo fundadora en ellas de la célebre órden de San Juan de Jerusalem: á la que mereció en fin en el siglo X el pomposo renombre de *Reina de los mares*. Pero ¡Cuanto han mudado los tiempos! Ni se concibe como un pueblo pequeño, capaz apenas de siete mil habitantes, colocado en la estrecha garganta de un pequeño valle, donde escàsamente hay espacio para su actual caserio, rodeado de escarpados y altos montes con una reducidísima cala, sin fondo ni abrigo, abierta á los ponientes y á los súres, vientos violentísimos en estos mares, haya podido ser una ciudad de 60,000 almas, el almacen de las riquezas del mundo, y uno de los puertos mas famosos y mas concurridos de la antigüedad.—No, no se ve allí ninguno de aquellos vestigios de la opulencia ydel poder, que se encuentran en otras ciudades decaidas ó arruinadas. No hay ni una sola casa antigua, ninguna de gran capacidad; no existen ni auh fragmentos de murallas, de almacenes, de muelles, de malecones; de aquellas obras, en fin, indispensables en todo puerto mercantil, para abrigo de los bajeles, para resguardo de las mercaderias, para defensa de la riqueza, para albergue de la opulencia....... Hasta cuesta trabajo el creer, que hubo allí jamas poder y opulencia. En Pisa decaida y casi desierta se ven luengas y anchas calles, soberbios palacios, fuertes torres y murallas, magnífi-

cos puentes, muelles, malecones; en fin, el esqueleto de un jigante, pero en Amalfi..... *Etiam periere ruinæ*. Solo existen allí dos arruinados arcos en la marina, y el vestíbulo de la catedral, á que se sube por una ancha escalera moderna de cuarenta gradas.

El *Cicerone* que nos acompañaba, entendió sin duda que haciamos estas reflecsiones, y nos dijo muy grave, que la ciudad antigua estaba fundada sobre el mar y que este se le habia tragado: acontecimiento de que no habla la historia, y de que hubiera quedado vestigios en el mismo mar; y lejos de ello, la pequeña cala de *Amalfi*, ofrece en toda su estension un liso fondo de guijo y de arena, sin la menor huella de cimientos antiguos.—En esta ciudad se encontraron por acaso, y de resultas de un saqueo el año 1135; las pandectas de Justiniano, y en ella nacio *Flavio Gioja*, inventor de la brújula.

Parece indudable que *Amalfi* fundada en época muy remota, fué ocupada por los sarracenos la primera vez que invadieron la Italia: que los tiempos de su mayor esplendor fueron los siglos X y XI: que la conquistó Roger, duque de Calabria, y que su decadencia empezó en las encarnizadas guerras que sostuvo con sus vecinos los salernitanos; llegando á tal punto de apocamiento y desdicha, que fué completamente destruida por bandidos, que dos veces la entregaron á las llamas y la saquearon, y como su territorio nada produce, murió la ciudad en cuanto se rompieron sus telares, se hundieron sus almacenes, y dejó de ofrecer seguridad á los traficantes.

A la derecha de *Amalfi*, sobre elevadas rocas, mirando al mar, hay un convento de Capuchinos, al que se sube por una estrecha y penosa escalera de 270 escalones. Fuimos á él al anochecer, y al aproximarnos oimos los sonidos del órgano que hacian un efecto maravilloso entre aquellas peñas, cuyas formas rudas y colosales contornos presentaban una masa imponente y confusa á la borrosa luz del crepúsculo moribundo; recordamos algunas escenas de don Alvaro, y entramos en la pobre y reducida Iglesia, cuando los frailes en el coro cantaban completas. La robusta armonia del estrepitoso instrumento y el canto llano de la comunidad, no dejaron de conmovernos á aquella hora y en aquel devoto, retirado y humilde santuario.

Pronto supo el guardian que habia extranjeros en su convento, y envió á dos frailes á obsequiarlos y á hacer los honores de la casa. Nos ofrecieron refresco, que no aceptamos, nos enseñaron un claustro an-

tiquísimo de toscas y pequeñas ojivas sostenidas por colnmnitas acopladas de gusto árabe, luego, á la luz de una hacha de viento, nna magnífica espaciosa gruta qne hay en el monte; y al retirarnos mandaron á un lego que con un farolillo nos alumbrase para bajar la escalera. No era ciertamente este lego el hermano *Meliton*, pues no desplegó sus labios en el largo tiempo que empleamos en la bajada.

Al acercarnos á la marina oimos un bandolin no mal tocado, y rumor de alegre algazara: pero como la noche era oscurísima, no pudimos columbrar de lejos ni al tañedor, ni á los que aquel bullicio causaban. Al llegar á la playa y al despedirnos de nuestro alumbrador, advertimos que el músico estaba en una barca barada en tierra, y que en su rededor unos cuantos marineros y mozas del pueblo bailaban á su manera. Todo esto á oscuras, lo que daba á la fiesta una apariencia muy fantástica. Entramos en una regular posada donde devoramos nna abominable cena, y nos entregamos rendidos de cansancio, á un profundo sueño.

Al dia siguiente á las ocho de la mañana, fuimos á ver lo interior del valle á cuya boca está situada *Amalfi*, y se llama *valle dei molini*. Es aunque de menos estension, muy semejante al de *Tramonti*, poblado tambien de fábricas de papel, y tan risueño y tan pintoresco, aunque no tan feraz y productivo. En seguida en burros con silla y bridon á la inglesa, fuimos á *Atrani* (el último pueblo qne atravesamos la tarde anterior) é internándonos en el, dejamos nuestras humildes cabalgaduras, para subir á pié con gran fatiga y calor una penosisima escalera de dos millas de largo que sube á *Ravello*, pueblecito fundado en una de las eminencias mas elevadas de aquel monte, y desde donde se alcanza una espaciosa y magnifica vista. Entre humildes casas modernas, se encuentran alli importantes vestigios de la pasajera dominacion Sarracena; y en varios trozos de muralla derruida, y en un patio que se conserva bastante entero, y en otros fragmentos interesantes, reconocí la infancia del arte, que se mostró luego con tanto esplendor en nuestra catedral de Córdoba, en la giralda de Sevilla y en los encantados palacios de Granada. Hay en la Iglesia de *Ravello* unas puertas de bronce muy notables, un púlpito cuadrado y espacioso vestido de mosáico, y apoyado en seis columnas cuyas basas son toscos leones de marmol y varias lápidas de distintos tiempos.—Dejamos aquel empinado sitio, y bajando la prolongada escalera con gran cansancio, vol-

vimos á cabalgar en nuestros inglesados asnos, y regresamos á *Amalfi*. Comimos con apetito, dormimos una larga siesta, y á las tres de la tarde salimos para Salerno.—Hay un camino á medio construir que siguiendo las sinuosidades de la escarpada costa, va de una ciudad á otra; pero es largo y penoso, y preferimos hacer el viaje por mar. Tomamos, pues, un lijero bote de cuatro remos, muy pintado de blanco, verde y encarnado, con su limpia carroza de cotonia blanca. Al salir de la posada dos padres capuchinos, de aspecto por cierto muy venerable, nos pidieron humildemente les hiciéramos la caridad de conducirlos á Salerno. Accedimos gustosos, y bajamos con ellos á la marina. La que se tituló *Reina de los mares* ha venido tan á menos, que no tiene ni aun un pobre muelle de madera en su arenosa playa, por lo que fué el embarque harto incómodo y desagradable, teniendo que verificarlo, sopena de meterse en el agua, ó por mejor decir en el fango hasta la cintura, en los robustos hombros de los marineros. Estaba el mar en leche, el cielo despejado y puro, cruzado por algunas ráfagas luminosas, la atmósfera en calma sin que la refrescara la mas lijera ventolina. La barca empujada por los cuatro remos que mencaban á compás los robustos brazos de cuatro marineros, con camisas blancas como la nieve, calzonzillos cortos listados de azul y gorros colorados, como los que usan los catalanes, se deslizaba rápidamente por el cristalino golfo para doblar la punta del *Orfso*. Teníamos á la izquierda, como á dos millas de distancia la costa escarpada de altisimos montes cubiertos de verduras y salpicados de blancas casas de campo, y *Atrani*, y *Ninuri* y *Majuri*, y otros risueños pueblecitos colocados en las gargantas de los valles; y á la derecha la inmensidad del mar formando horizonte y confundiendose con el cielo por medio de una vaporosa niebla; formando todo un cuadro magnífico y melancólico. Los marineros como para no perder aliento, entonaron en distintas voces nada discordantes, una cancion en dialecto napolitano, con un tono monótono y lánguido muy semejante al de las playeras que se cantan en Andalucia. Los dos capuchinos sacaron sus breviarios, y en voz sumisa rezaron sus oraciones; y nosotros soñábamos despiertos y volábamos con la imajinacion por mil fantásticas rejiones, sumerjidos en el mas profundo silencio. Parecia aquella barquilla en medio del desierto golfo de Salerno, el emblema de los diferentes destinos que designó á los hombres la providencia: el del trabajo, el de la oracion, el del pensamiento; y todos diri-

jidos por el mismo impulso, y todos encaminados al mismo fin.—A las dos horas de travesía, cuando ya los marineros fatigados y deshechos en sudor, lanzaban cada vez que los remos impelian un hondo quejido, como para reanimarse y bogar á compás, cuando los religiosos concluidos sus rezos, terminada por aquel dia su mision sobre la tierra, dormitaban sin curarse de su suerte, y cuando nosotros al fin y al cabo hombres del mundo y del placer, juzgábamos ya impacientes que duraba mucho aquel viaje, doblamos la punta del *Orfeo* y luego la de *Túmulo*, y nos encontramos en *Salerno*.

Es ciudad capital de provincia, de muy buen caserío, de muy cultivados y feraces contornos y de unos treinta mil habitantes; pero tampoco hay en sus playas muelles, ni resto alguno de su antiguo poder naval. Desembarcamos, pues, como nos embarcamos en *Amalfi*: esto es, en hombros de los fatigados marineros; y enterrándonos en arena hasta las rodillas, y subiendo unos montecillos tambien de arena, y despidiéndonos de los capuchinos que quisieron besarnos la mano con la mayor humildad y gratitud, entramos en un magnífico parador (Hotel de l' Europe) á cien pasos de la ciudad, sobre la ribera. Su mueblaje y servicio son completamente á la inglesa; ocupamos en él una elegante y cómoda habitacion, con sus correspondientes alcobas.

Serian las cinco y media de la tarde, y estabamos sentados en un balcon voleado que dá sobre el mar, cuando llegó nuestra carretela con cuatro caballos, pues habiamos dejado encargado en Nápoles, viniese aquel dia á buscarnos á Salerno, y nos sorprendió agradabilisimamente el ver en ella al amable duque de Montebello, embajador de Francia, que venia á nuestro encuentro para tomar parte en el resto de nuestra expedicion.

Mucho celebramos la llegada de un personage tan instruido, de tan amena conversacion y de trato tan dulce y agradable. Reunidos con el, aprovechando lo que aun quedaba de dia, fuimos á recorrer la ciudad y á visitar su catedral. Nada presenta notable su esterior. Súbese á la puerta principal por seis escalones; y se entra en un patio cerrado y claustrado con columnas de diferentes tiempos y labores, todas antiguas y algunas traidas de las ruinas de Pesto, ignorantemente saqueadas para la construccion de esta iglesia. Al rededor del patio hay varios sepulcros antiguos de épocas distintas, y trozos de vasos, de aras, de entablamentos y de capiteles, hallados en aquellas inmedia-

ciones. El templo es espacioso y dividido en tres naves; el piso es de mosáico, obra mucho mas antigua que el edificio, renovado casi en su totalidad á últimos del siglo XVII. Dos gallardas columnas de pórfido traidas de Pesto, forman el ingreso del presbiterio, donde hay otras dos de verde antiguo, sirviendo de pedestales á dos imágenes. El púlpito es cuadrado y espacioso, sostenido por seis columnas de jaspe, y revestido de preciosos mosáicos, como lo están tambien los pilares de la capilla mayor, siendo el dibujo de unos y de otros de gusto arábigo, advirtiéndose ser trabajo de obreros árabes, bajo la direccion de arquitecto italiano.—En una capilla antiquísima, único resto del antiguo edificio, y cuya cúpula de mosáico con muy buenas figuras se construyó por mandato y á espensas del famoso *Juan de Procida*, libertador de Sicilia, está el sepulcro del papa Gregorio VII, el célebre Hildebrando; su busto de piedra descuella sobre la urna en que se conservan sus huesos.—Debajo del altar mayor, que tiene un rico frontal de plata donde está muy bien esculpida entre follajes y labores de buen gusto la cena de Leonardo de Vinci, se conserva en una antiquísima bóveda revestida modernamente de mármoles el cuerpo de San Mateo evangelista. Su imagen de metal de Corinto, y casi del tamaño natural, ocupa el retablo. Tambien en una capilla inmediata está el tajo en que cortaron la cabeza á San Cayo, natural de Salerno.—Hay allí dos sepulcros notables; son sus adornos relieves antiguos del mejor tiempo griego, representando el uno el triunfo de Baco, y el otro los placeres de la vendimia, y disuenan grandemente por su labor y su asunto con los toscos bustos de la edad media, el uno de un caballero y el otro de un obispo, que se ven tendidos sobre tan profanas urnas, en donde yacen sus restos cristianos. Tambien descuella aislado en otra capilla, el sepulcro de Margarita de Anjou, reina de Nápoles; es de estraña forma y de singular construccion: parece una cama colgada.—Solo hay en la Iglesia dos cuadros dignos de atencion, del célebre *Andrea Sabatini*, conocido vulgarmente por Andrea de Salerno, discípulo muy aventajado de la gran escuela de Rafael. Representa el uno á Cristo muerto en los brazos de la Vírgen, rodeado de la Magdalena, de San Juan, y de un ángel mancebo. El otro la adoracion de los reyes. Ambos son de un mérito superior por su composicion sencilla, por su dibujo bello, correcto y espresivo, y por el majisterio de sus paños y claro oscuro.

En cuanto avisté á Salerno aquella tarde desde el mar, me vino al pensamiento el célebre mágico Pedro Bayalarde protagonista de cinco famosas comedias de tramoya de nuestro teatro, que no carecen ciertamente de mérito, que nos encantaron en nuestra niñez, y que siempre vemos representar con gusto. Hablan de este profesor de ciencias del siglo XII Bernino en su historia de las heregias, y Monseñor Parnelli en sus cartas. Mas yo deseaba saber alguna anécdota tradicional del tal nigromante, y la memoria que se conservaba de él en su patria. Ocurrióseme que el sacristan que nos estaba enseñando la catedral, y que se ostentaba erudito en antiguallas, podria tal vez satisfacer mi deseo, y le pregunté si tenia noticia de *Pedro Bayalarde*. No me entendió por lo españolizado de este apellido ; pero cuando insistiendo le añadí que era un famoso mágico de antiguos tiempos.—«Enseñaré á usted, me dijo con viviza, el Santo Cristo á cuyos pies murió contrito y perdonado, y una relacion auténtica de este suceso»—y nos llevó á una capilla cerrada con una verja, y en cuyo altar está un antiquísimo crucifijo de escultura bizantina y del tamaño natural. Mientras contemplábamos la venerable imagen, el sacristan descolgando del muro una tabla antigua, con una inscripcion manuscrita, no muy moderna, y en muchas partes borrada.—«Aqui están, dijo, consignadas importantes noticias de aquel gran pecador, que consiguió la divina misericordia en los últimos momentos de su vida.»—Ya apenas se veia, por lo que encendiendo una vela del altar en una lámpara inmediata, examinamos á su trémula luz aquel rancio documento con gran dificultad. Dícese en él que *Pedro Bailardo ó Barliario* de noble familia y de gran saber y maestro en nigromancia, despues de haber obrado grandes prodijios con ayuda de los demonios, y siendo ya de 93 años de edad, empezó á angustiarse contemplando tantas almas como habia perdido, y viendo la suya condenada para siempre; y que habiendo venido entonces dos sobrinos suyos á su casa, se fueron á solazar á la libreria de su tio: que en ella hallaron libros muy grandes con caracteres diabólicos y espantables, de cuya vista asustados esclamaron. *Dios nos valga!* y que entonces alzaron tan espantosos alaridos los demonios, que en la estancia y entre los libros estaban , que cayeron muertos de terror los imprudentes mancebos. Acudieron al ruido el nigromante y su mujer, y aterrados de tan horrible caso, resolvieron quemar los libros, y pedir á Dios misericordia. Asi lo hicieron, y Pedro acudió á los pies de

aquel crucifijo, ante quien pasó 3 dias y 3 noches derramando lágrimas é hiriéndose el pecho con un canto, al cabo de los cuales, sintiéndose morir, preguntó á la imágen si estaba perdonado, y la imágen moviendo la cabeza le demostró que *sí*, y en el mismo instante espiró el contrito Bailardo. Ocurrió este milagro el 25 de marzo de 1141, y fué enterrado el nigromante, con su mujer que se llamaba *Agrippina*, á los pies del crucifijo que estaba entonces en otra iglesia que ya no existe. Esto es en sustancia lo que refiere la tabla con grandes digresiones, maximas morales, testos de escritura etc. etc.

Estaba ya entrada la noche cuando salimos de la catedral; paseamos un rato tomando el fresco, en la plaza del palacio de la intendencia, que dá sobre la marina, y nos retiramos luego á la posada, donde cenamos bien y alegremente, bebiendo dos botellas de esquisito manzanilla, que nos habia traido el duque de Montebello.

Al dia siguiente, á las seis de la mañana, salimos de Salerno, y por un camino ancho y llano, atravesamos una feracísima y bien cultivada llanura, cubierta de abundantes trigos y de lozanos maizalés de secano, teniendo á la izquierda como á seis millas de distancia, altos montes, y á la derecha el mar. A medida que nos alejábamos de la ciudad, iba siendo el pais menos hermoso y poblado, y la vegetacion mas mezquina y dificultosa. Caminábamos con la mayor rapidez y pronto llegamos al riachuelo *Sele* dicho antiguamente *Silaro*, y de cuyas aguas dicen «que tienen la virtud de petrificar cuanto se sumerge en ellas. Ya se están construyendo en sus orillas los pilares para un puente de hierro, muy necesario ciertamente, pues se pasa ahora por una malísima y peligrosa barca. Entramos en seguida en un campo estenso y llanísimo, cubierto de juncos y carrizales que crecen entre cenagosos pantanos: donde como para dar un aspecto mas tétrico y salvaje al pais apacentan un gran número de búfalos con sus crias. A medida que avanzábamos, conociamos la influencia del mal aire (*aria cattiva*) que reina en aquel territorio, pues sentimos un lijero dolor de cabeza, dificultad en la respiracion, y un sueño casi invencible. Fumando buenos cigarros habanos, y charlando lo mas alegremente posible, procuramos despavilarnos, y á las tres horas de haber salido de Salerno, conocimos estar ya en *Pesto*, porque nos llamó la atencion á alguna distancia las ruinas del *Templo de Ceres*. Son un gran pórtico cuadrilongo con trece columnas acanaladas y sin basa, en cada lado mayor, y seis en cada lado

menor ó frente. Todas sostienen entero el arquitrabe y entablamento, y en las dos fachadas, frontones ó frontispicios triangulares. El carácter sencillo, severo y grande de este edificio, nos dejó sorprendidos, é ibamos á arrojarnos del carruaje para examinarlo mas de cerca, cuando reparamos en el colosal y magnífico *Templo de Neptuno* que está unos trescientos pasos mas adelante; y sorprendidos y estasiados en su contemplacion, ni nos volvimos á acordar del de *Ceres*; y de pié en la carretela, ni aun palabras teniamos para mandar parar ó alijerar el paso al cochero. Este, que no participaba sin duda de nuestro entusiasmo, signió, sin curarse de las ruinas, hasta la venta donde paró sin necesidad de que nosotros se lo mandásemos. Apeámonos apresnrados y por un impulso nniforme nos encaminamos al *Templo de Neptuno*, acompañándonos ya un *Cicerone*, que se apoderó de nosotros en cuanto salimos del carruaje, como nn ánjel, buono ó malo, se apodera de un alma en cuanto sale de esta vida.

Sorprendente es, en verdad, la vista del *Templo de Neptuno de Pesto*, de aquel edificio colosal de tan puro gnsto, de tan severo y majestuoso aspecto, en que se ven sillares de tan pasmosas dimensiones, y que se conserva con mas de tres mil años de antigüedad, tan entero, tan dispuesto á durar hasta el fin del mnndo; parece el emblema de la eternidad, y si la ignorancia de los hombres no hubiera tomado de él materiales para otras constrnceiones, que ya han desaparecido, ó que perecerán muy en breve, acaso estaria aun cual salió de la mente del arquitecto que lo construyó,

El *templo de Neptuno* de Pesto es nn cuadrilongo de 60 varas de largo y 25 de ancho, formando pórtico; cada lado menor, ó fachada, consta de seis columnas que apenas pndimos abrazar cuatro hombres, acanaladas, construidas de varios trozos, estrivando, sin base alguna, sobre una ancha gradería de tres escalones, ya casi cubiertos por el terreno y maleza, y terminadas en toscos capiteles sencillos y sin ornato alguno, que sostienen anchos y macizos arquitrabes y entablamentos adornados de triglifos, una resaltáda cornisa, y encima un fronton triangular de gallardisima proporcion. Los lados mayores los forman catorce colnmnas en cada uno, de igual tamaño y forma, sósteniendo íntegros su arquitrabe, entablamento y cornison. Dentro de este pórtico y subiendo una alta grada, cuatro gruesos machones en los ángulos, dos columnas un poco mas pequeñas en los frentes y siete en ca-

da lado, constituyen el recinto interior. Estos machones y columnas sostienen tambien sus arquitrabes y sobre ellos un segundo cuerpo de columnas del mismo estilo, aunque mas pequeñas, destinadas sin duda á sostener la techumbre que ya no existe.

El carácter peculiar de este magnífico resto de la mas remota antigüedad, es el de la grandeza y solidez. Se ven en él los primeros, pasos, primeros sí, pero ya seguros y atrevidos, del arte, que algunos siglos despues debia inventar el magestuoso órden dórico, y construir el *Parthenon* de Atenas. El *templo de Neptuno* de Pesto, es pesado pero de tan exactas y bellas proporciones, que su pesadez es elegancia y desaparecen al contemplar el total del edificio la demasiada robustez de sus columnas, la masa enorme de sus capiteles, la anchura y espesor de sus arquitrabes, el vuelo arrojado de sus cornisas. Otra circunstancia particular dá á estas ruinas mayor encanto; el color que conservan. Todas las demas que he visto, no de tiempos tan remotos, y aun las otras que existen en el mismo *Pesto*, presentan una tinta plomiza, fria y negruzca, ó un color de hoja seca que destruye el efecto del claro oscuro, pero el templo que acabo de describir, construido de piedra marina, y habiendo estado cubierto de una especie de estuco, de que aun conserva restos en algunos parages, tiene un color amarillo oscuro, muy semejante al del corcho trabajado, que resalta notablemente á los rayos del sol, y que lo destacan de la atmósfera ó de los campos cubiertos siempre de verdura, en que descuella.

Despues que recorrimos muy á nuestro sabor todo aquel inmenso esqueleto de piedra, que medimos su estension, que notamos aun el mas pequeño accidente de su fábrica, y hasta de las yerbas parásitas que lo adornan, sentimos que nuestros estómagos desfallecian, y que no era el entusiasmo alimento suficiente para ellos. Próvidamente, el amable embajador de Francia, se habia traido consigo un *paté de foie gras*, y unas cuantas botellas de *Champagne*, con lo que sentados en las gradas del imponente coloso, y desde el contemplándonos treinta siglos, restauramos nuestras fuerzas para no temer *la aria cattiva*, y seguir examinando aquellas ruinas venerandas.

A cien pasos del templo de Neptuno está el *Pórtico*, edificio sin duda destinado para grandes reuniones públicas. Es un cuadrilongo de unas sesenta varas de largo, sobre veintiocho de ancho, rodeado de cincuenta y ocho columnas mucho mas pequeñas que las del templo de

Neptuno y que las del de Céres, tambien acanaladas, sin basa, y con capiteles del mismo gusto, aunque mas pulidos y labrados, demostrando desde luego tanto estas como los arquitrabes de todo el edificio, ser este mucho mas moderno, y de época en que el arte habia dado ya algunos pasos. Dentro de este recinto, abierto por todos lados, hay en un terreno un poco mas alto, otra hilera de columnas iguales con parte del arquitrabo, y yace en tierra un capitel colosal y de muy buena labor, perteneciente á otra construccion, y que no se sabe como ni cuando vino allí.

Las ruinas del *teatro* y del *circo* se reducen á meros cimientos, algunos entablamentos con bajos relieves, casi soterrados, trozos de afustes de columnas de varios tamaños, y mutilados capiteles: todo perteneciente á época ménos antigua. Tambien se conservan los fundamentos y algunos derribados trozos de las primitivas murallas, veuse en ellas sillares de mas de ocho varas de largo, y tan bien unidos entre si, que forman una sola mole; abrazan un espacio de mas de dos millas, y aun duran los restos de dos puertas de la ciudad, de un acueducto y de algunos sepulcros muy bien conservados.

La fundacion de *Pesto* se pierde en la mas remota antigüedad. Autores hay que la atribuyen á los Etruscos, en aquellos tiempos en que se asegura que eran la única nacion civilizada del mundo. Otros la creen de los Fenicios y Cartajineses, que parece lo mas probable: y algunos dicen ser de los Pelasgos, sin faltar quién la imagine obra de los Egipcios. De todos modos, el templo de Neptuno, el de Céres, y las murallas de la ciudad, cuentan á lo menos tres mil años de existencia, y eran ya ruinas al comenzar la era cristiana. ¡Gran privilejio de las obras del arte! Pasan generaciones y generaciones, desaparecen y se olvidan los imperios, y los versos del poeta y las piedras que amontona el arquitecto, y los mármoles que cincela el escultor, viven, duran y van á buscar la consumacion de los siglos; aun nos encanta la Iliada de Homero, aun adornan al mundo las pirámides de Egipto y las columnatas de Pesto.

Esta insigne ciudad de que nos quedan tan notables fragmentos, tuvo el nombre de *Posidonia*, acogió á los argonáutas y recibió en su puerto á Ulises; fué ocupada por los Sibaritas y los Lacanios, sometióse ya en decadencia á la República Romana, bajo cuyo poder acabó de perder su importancia y los restos de su grandeza, y última-

mente fué saqueada é incendiada por los sarracenos. Al abandonarla la fortuna, la abandonó tambien el mar, pues consta que fué un buen puerto, y hoy se la ve mas de dos millas tierra adentro. No se sabe cuando empezaron á ser insalubres sus campos y perniciosa su atmósfera. Antiguos poetas latinos celebran la amenidad de sus jardines y la benignidad de su cielo; pero Estrabon dice ya que sus aires eran pesados, y sus aguas corrompidas y pestilenciales. Críanse espontáneamente en aquel territorio rosas particulares de gran belleza y fragancia, y que florecen dos veces al año. Muchos vasos de gran dimension y de esquisito gusto, y varias armas griegas y cartaginesas encontradas allí, adornan hoy el magnífico y rico museo de Nápoles.

En una ahumada y miserable venta que nos recordó mucho las que á cada paso se encuentran en España, entramos á descansar de nuestra fatigosa correría, el tiempo necesario para que los caballos concluyesen de comer su pienso; y los escasos habitantes de aquella casi desierta comarca, vinieron á pedirnos limosna, pálidos, hinchados, contrahechos, víctimas en fin de la insalubridad del territorio. No puede esplicarse porque estos desdichados que yacen allí en miserables chozas y mezquinos casucos esparcidos por aquellos campos, y que viven de la caridad de los estrangeros que van á visitar aquellas ruinas, no prefieren excitarla con mejor probabilidad en las calles y plazas de Nápoles, ó ir á arrastrar su miseria y su deznudez donde á lo menos el aire les sea salutifero y donde no aumenten sus desdichas con la mayor de todas: la enfermedad.

Volvimos á entrar en nuestra carretela, y con la misma rapidez que habiamos venido, y por el mismo camino regresamos á *Salerno*, notando al paso que nos alejábamos de *Pesto*, la cabeza mas desembarazada, mas libre la respiracion, y que saliamos de la perniciosa influencia de las lagunas y cenagales. Atravesamos de largo á *Salerno*, y alejándonos del mar, y pasando por *Vietri*, lindísimo pueblecito, ventajosamente situado, de muy buen caserío con anchas calles enlosadas y rodeado de huertas, bosques de moreras y casas de campo, llegamos á media tarde á la *Cava*, habiendo andado en todo el dia mas de 15 leguas.

La *Cava* es la antigua *Narsina* situada en un risueño valle del monte *Metelliano*; tiene hermosas casas, y soportales en la calle principal. Sus alrededores son un verdadero modelo de cultivos, pues se ven ta-

jadas las mas altas laderas formando escalones con tapiales de mampuesto para contener la tierra, y en ellos espesos trigos, pomposos maizales, gallados viñedos, y árboles frutales y de sombra, proporcionando una cosecha contínua. En una magnífica posada fuera del pueblo, y en medio de un frondoso jardin, nos dieron una escelente cena; pero no buenas habitaciones por estar llena la casa de antemano con otros viajeros.

A la mañana siguiente muy temprano, fuimos á pié al antiguo y famoso *monasterio de la Trinidad*, del órden de San Benito, situado á una legua de la *Cava* en una apacible y apartada quiebra de aquellos montes. El camino que serpentea por entre espesos matorrales, frondosas hayas y gigantescos castaños, admite carruages aunque es muy tortuoso y bastante empinado. Llegamos allá fatigados, porque el dia empezaba caluroso.—El aspecto del monasterio no descubre que lo sea á los ojos del anhelante viajero. Yo que esperaba encontrarme entre aquellas asperezas con un edificio del siglo X, de ruda arquitectura bizantina, con altas torres, con macizas murallas, medio convento, medio fortaleza, quedé descuajado y frio al verme delante, no la mansion antigua y solitaria de sábios y retirados cenobitas, sino la casa de campo modernísima de un banquero de Nápoles. Tal parece el *monasterio de la Trinidad*, de construccion reciente, con ancho y simétrico ventanaje, con las paredes revocadas de amarillo y sus persianas pintaditas de verde gay. Entramos en la iglesia que nada tiene de antiguo ni notable: pasamos luego al claustro, que tampoco parece claustro, y preguntamos por el reverendo abad. Reacio estuvo el lego portero en facilitarnos la entrada; pero así que dijimos quienes eramos, se apresuró á conducirnos á una ancha y mansa escalera, precediéndonos anheloso para dar aviso al Prelado. Recibiónos este con dignidad y agasajo en su aposento, compuesto de varias piezas decentemente amuebladas. Es persona de cerca de setenta años, no muy alto, delgado, de modales finos y señoriles; su nimia pulcritud, y el escapulario y la cogulla, y la cruz abacial pendiente al cuello de un cordon de oro, le dan un aspecto muy noble y respetable. Ya conocia al duque de Montebello, quien nos presentó á él en toda forma. En cuanto supo quien yo era se dirigió particularmente á mí con la mayor atencion y urbanidad diciéndome que tenia el gusto de que vivieran en su monasterio tres monges españoles de mucho provecho, los que al instante se me pre-

sentarian, como era de su deber: y bablando aparte á un lego de su séquito, lo mandó los llamase inmediatamente.

Entre los adornos de la vivienda, no celda, abacial, me llamaron la atencion los cuadros de primer órden que la adornan. Penden de sus paredes con buenas molduras antiguas de talla dorada, una vírgen con el niño, casi de tamaño natural, sentada sobre nubes y rodeada de ángeles; un bautismo de N. S. Jesucristo de la misma grandeza; y los cuatro evangelistas de medio cuerpo, obras todas del ya mencionado *Andrea Sabatini, ó de Salerno*, y que podrian pasar por de los primeros tiempos de Rafael. Dos cuadros apaisados de lo mejor de *Pietro Perugino* que representan en figuras de á palmo, uno la adoracion de los reyes, otro la resureccion del Señor. Un Ecce homo de *Sebastian de Piombo* y una sacra familia pequeña, ó de lo mas estudiado de Jordan, ó de las últimas obras de *Pietro de Cortona*.

No tardaron en presentarse los monges españoles, con cierto encogimiento y susto, que se convirtieron pronto en cordialidad y alegría. Dos de ellos son catalanes, el otro gallego, y escaparon milagrosamente de la ferocidad revolucionaria. De aquellos el uno es un padre grave, el otro, por cierto muy avispado, catedratico en el monasterio de árabe y hebreo. El gallego cari-risueño y bonachon; es un escelente profesor de música, y por consiguiente el organista.

Con el Prelado y estos monges, fuimos á examinar el célebre archivo en que existen mas de *sesenta mil* pergaminos curiosísimos, siendo la fecha del mas antiguo del siglo V; la mayor parte son Longobardos. Hay entre otros códices muy importantes, uno antiquísimo con la historia y las leyes del rey Clotario, donde en rudas miniaturas se ven su retrato, el de su caballo de batalla, y el de su favorito, y tiene ademas dos viñetas, una en que se presenta el mismo rey jurando el código allí escrito, y otra en que está comiendo con sus cortesanos; obras ambas de una mano, de bárbaro dibujo é infeliz iluminacion; pero muy interesantes por la idea que dan de los trajes, usos y costumbres de la época. Tambien posee aquel archivo una biblia latina manuscrita en el siglo VII, en la que hay un salmo mas que en la Vulgata; y vimos con gusto allí dos antiguos devocionarios, uno escrito en Francia, otro en Italia, y ambos con preciosas letras labradas, doraduras é iluminaciones y miniaturas: las de uno de ellos son copias hechas con mucha inteligencia, exactitud y primor, de pinturas de *Giotto Cimabue*, y el

Beato Angelico. Cuida estas preciosidades, que están muy bien custodiadas, y clasificadas con inteligencia suma, un monge cojo muy ilustrado, que ha hecho investigaciones importantes sobre los escasos documentos de los siglos tenebrosos, y que tiene amena y chistosa conversacion.

Desde el archivo fuimos al coro á ver y oir un escelente órgano moderno, que tocó con gracia y facilidad el duque de Montebello, y en que luego con gran maestría y buen gusto nuestro gallego hizo cumplido alarde de su destreza. Dionos el abad una escelente taza de café de Mocka y una deliciosa copa de marrasquino, y despidiéndonos de él y de los monges paisanos, y de toda la comunidad que nos acompañó hasta el vestibulo, dejamos aquel monasterio en cuyo apacible retiro escribió el célebre Filangieri sus obras.

Almorzamos muy bien en la posada de la *Cava*, y por un hermoso camino entre casas de campo y apacibles colinas, muy molestados por el polvo y por el calor, llegamos á *Nocera*. Es esta una ciudad antiquísima, pues consta que fué saqueada por Annibal. Tiene hermoso caserio, calles anchas y muy bien enlosadas, y amenísimos y sanos contornos. En ella nació el célebre pintor *Solimena* de quien tenemos muchos cuadros en España.—A las tres de la tarde salimos de allí por el camino de hierro para Nápoles, á donde llegamos á las cuatro y cuarto habiendo andado en tan corto tiempo siete leguas.

Hermosísimo pais he recorrido, atravesado preciosas y cultas poblaciones, admirado magníficos puntos de vista, contemplado imponentes y venerables restos de la antigüedad mas remota, disfrutado de un clima delicioso; pero los tres dias que duro tan deleitoso viage.

Me iba siempre acordando en sombra vana,
De la dulce Sevilla y de Triana.

Nápoles 30 de mayo de 1844.

LOS HÉRCULES.

Dentro de los muros de Sevilla y en medio de uno de sus barrios, tres anchas largas y paralelas calles de árboles gigantescos y antiguos, delante de los cuales corre por un lado y otro un asiento de piedra; forman el antiguo magnífico y casi olvidado paseo, que se llama *la Alameda vieja*. Seis fuentes de mármol, pequeñas pero de gracioso y sencillo gusto, brindan en ella con el agua mas deliciosa de la ciudad; y le sirve de entrada un monumento de la antigua Hispalis y do la romana dominacion. Formánlo dos gigantescas columnas antiquísimas, llamadas vulgarmente los *Hércules*, compuestas de dos cañas ó afustes de un solo pedazo de granito cada una que estrivando en bases aticas tambien antiguas, sobre pedestales modernos de muy buena proporcion, se ven coronados con sendos capiteles de mármol blanco mutilados por el curso de los siglos; de órden corintio y de gran mérito; sobre los que se alzan en uno la estátua de Hércules, en otra la de Julio Cesar. La altura y gallardia de estas columnas, á quien el tiempo ha robado parte de su robustez, descarnando con desigualdad su superficie, y dándoles mas delgadez y esbelteza; la magestad con que descuellan sobre el gigantesco arbolado y sobre los edificios de la redonda; la gracia y novedad con que dibujan su parte inferior sobre masas de verdura y ramage, y la superior sobre el azul puro del cielo de Andalucía; lo vago de sus contornos, y el color indeciso y misterioso de la edad les dá una apariencia fantástica é indefinible, que causa sensacion profunda en los ojos y en el corazon de quien las mira y contempla.—Por cierto no tienen tal virtud las dos hermanas raquíticas que quiso darles el siglo pasado, en las ridiculas columnillas de ocho pedazos cada una, que en la parte opuesta de la alameda, como si dijé-

L. Legrand dib.° y lit.°

Lit. de J. Donon




BIBLIOTECA NAZIONALE
NAPOLI

ramos á su salida, se colocaron. ¡Que diferencia!... Aquellas son las canillas de un Titán, estas un juguetillo de alcorza,

No entraremos, por no ser nuestro propósito, á disertar sobre si estos colosos fueron parte del peristilo de templo del Hércules ú ornato del templo de Diana: sobre como y por quien fueron hallados: ni sobre si son de mármol del pais ó de mármol de lejanas regiones. Solo diremos que estuvieron muchos años tendidos y casi soterrados en la calle que acaso por esto se llama *de los Mármoles;* y que reinando Felipe II en el año 1574 se colocaron con muy buen acuerdo como y donde estan, habiéndose plantado entonces la Alameda, y hecho el paseo de que parecen los guardianes. Quien quisiere saber mas circunstancias de las tales columnas lea á Rodrigo Caro, y sobre su colocacion consulte las lápidas de sus pedestales.

Raras y estupendas cosas deben de haber presenciado estos respetables gigantes, desde que el buen gusto de un asistente los levantó del pólvo en que dormian, y los puso otra vez de pie para ver la miseria y pequeñez de los hombres. Lo que yo siento es que son tan reservados y tan cazurros, que no quieren decir esta boca es mia, ni contar nada de cuanto han visto; que si decirlo quisiesen nos darian materia divertida para un artículo de gusto. Ya que callan como muertos (y ojala imitara su silencio la turba de monigotes, que con sus charlas nos tienen tan por el cabo) diremos nosotros cuatro llenas y cuatro vacias, á fuer de articulistas, y Dios nos coja confesados.

La *Alameda vieja*, fué niña, y luego jóven, y temiendo sin duda el señor asistente conde de Barajas, que la engendró y crió con tanto esmero y cariño, que la muchacha se desmandase si campaba por su respeto, le puso de tutores y curadores, y á guisa de dueñas respetables, á los señores *Hércules*, para que con su esperiencia la dirigiesen, vigilando y regulando su comportamiento. Los sinsabores y malas noches que habran pasado los prudentes monolitos con esta incumbencia, puede figurárselos el lector que tenga ó haya tenido á su cargo una pupila; ó la lectora que esté ó haya estado á cargo de un tutor; y cuantos educan y han educado á muchachas, y cuantas muchachas son y han sido educadas. La alameda cuando apenas se alzaba del suelo y era niña parece que estuvo sumisa á sus guardianes, y que oyó sin chistar sus buenos consejos; pero en cuanto se empinó y se vió lozana y jóven y festejada y concurrida, perdió la chaveta como era natural,

y lo mismo se curaba ya del buen ejemplo y sanos consejos *de los Hércules* que de las nubes de antaño. Y aunque tan moza diz que dicen que manifestó muy desde luego gran inclinacion, muy agena de su edad y de su mérito, á la tercería. Y que por mas que sus señores directores se lo afearon y con muy sentidas y cristianas razones se lo reprendieron, no lograron apartar á su pupila de tan baja inclinacion, que á decir verdad aun hoy dia conserva.

Muy linda y elegante debia estar cuando toda la nobleza sevillana concurria á ella y solo á ella, porque no habia otro paseo ni punto de reunion: siendo por lo tanto el terreno de la belleza y del lujo, y el teatro del trato ameno, y de los conciertos amorosos. La Alameda entonces seria una especie de jardin de encantamento con tanto brial de brocado, con tanto manto de tafetan de Florencia, con tanto encage de Flandes, con tantas plumas y sombrerillos, con tantas ropillas de varios y risueños terciopelos, ó de espléndidos y brillantes rasos, con tantas calzas de diferentes colores, con tantas capas bordadas, tantos hábitos, tantas cadenas, tantas tocas y sombreros con cintillos, toquillas y penachos: tantos estranjeros, soldados, frailes, estudiantes, con tanta dama, tanta tapada, tanto valenton, tanto donaire, tanto ceceo, tanto amorio, tantos celos, tanto chasco y tanta trapería. ¡De cuánto lance y compromiso habrá sido escena! ¡qué espacioso campo ballaria entonces su mencionada inclinacion! ¡cuánto habrá hecho rabiar á madres, y á tias, á maridos y añejos amantes! la gota tan gorda les habrá hecho sudar á los señores *Hércules*. Allí sin duda en la tal Alameda ahora *vieja*, y entonces muchacha se encontraron mas de cuatro veces las dulces y tiernas miradas del divino Herrera, y de la hermosa condesa de Gelves y acaso al anochecer le deslizó él entre los pliegues del manto algun dulcisimo soneto de los que en nuestros dias ha publicado don Tomás Sanchez. Y tal vez ella en cambio le metió en el guante el número y señas de la casa de cierta beata costurera á donde tenia que ir á la mañana siguiente. Allí entre aquellos árboles, que ahora como viejos parecen tan regañones y tienen cara de pocos amigos, pero que lozanos y galancetes entonces estaban, habrá suspirado mil veces tras alguna gallarda tapada don Juan de Jaúregui, y estudiaria lances y chistes para sus comedias y haria sus observaciones Juan de la Cueva. Y Rioja arqueando las cejas habrá contemplado las romanas columnas. Y leido sus versos jocosos á sus amigos Baltasar

de Alcázar. Y Murillo mil veces al oir tocar á oraciones en el campanario de San Lorenzo se pararia, se quitaria el chapeo, y rezaria las aves marias muy devotamente; y puede que en uno de aquellos momentos se le ocurriese la Vírgen de la Faja, ó la Concepcion de Capuchinos. Y ¿si sería en la Alameda vieja y al pie de los *Hércules*, donde topó Cervantes

Un valenton de espátula y gregüesco?

Luego la Alameda ya no *niña;* ni *jóven;* sino como si dijéramos *jamona;* siguió ejercitando sus malas mañas: y ya á lo que es de colegir sin dársele de ello á los tutores un ardite, ó bien porque estaba emancipada como mayor de edad, ó porque cuando un mal no tiene remedio fuerza es el resignarse. Signió pues, como decia, sirviendo de tercera y concertadora aunque con gentes de otra catadura y atavío, de los que dejamos indicados; porque los tiempos eran otros. Así que en lugar de galanes de ropilla y zanguilon, y de damas de brial y tocas, se veia frecuentada y concurrida por señores de casaca, peluca, chupa, vuelos de encage, sombrero tricorne y espadin, y por petimetras de tontillo, ó caderilla, bufanda, polonesa, escofieta, tacones y demas galas propias de Versalles, y que en mal hora nos trajo el duque de Anjou con sus gabachos y gabachadas. En esta segunda época de las glorias de la Alameda no vió en su recinto ni Herreros ni Murillos; pero oiria algunos requiebros y citas en chapurrado de que se reirian sin duda algunos majos chapados á la antigua.

Voló el inexorable tiempo, empezo la señora Alameda á tenerse que sostener á fuerza de arte, de mudas, y de los recursos qne da la esperiencia y el uso de mundo, aprovechando sobre todo la incalculable ventaja de ser sola, y de no estar sugeta á comparaciones; cuando en la margen de Guadalquivir, ya de largo tiempo escombrada de mercaderes y de mercaderías, apareció entre la puerta de Triana y la torre del Oro, otra Alamedita, que aunque nació enfermiza, empezó á hacer gracia cuando niña y á llamar la atencion cuando jóven, hasta que desbancó ¡cosa natural! á la Alameda ya madura y provecta, y le hechó á cuestas ¡animas benditas! nada menos que el dictado de *vieja*, conque la desplomó. Por cierto que ya lo ha pagado la tal niña con las setenas: pues quien á hierro mata á hierro muere. Y los flamantes paseos de *Cristina* y de las *Delicias*, han completamento vengado á la fundacion de Feli-

pe II, á la pupila de los *Hércules*, á la confidente de los Herreras y de los Murillos, á la Alameda..... (fuerza es decirlo, y perdonemelo que aun me confieso su adorador) *vieja*.

Quedáronle sin embargo como á las señoras mujeres que fueron lindas y amables, algunos antiguos y fieles apasionados, pero..... antiguos y fieles: todo está dicho. El que esto escribe, que aunque ya talludito no es ningun Matusalen; aun conoció á la Alameda vieja, con una corte y concurrencia propia suya, de una fisonomía la verdad algo rancia y vetusta; pero de que era tan señora como el rey de sus alcabalas. Nunca le faltaba pues, cierta concurrencia, no muy bulliciosa pero cual convenia á su edad y á sus quebrantos. Los domingos y festividades rodaban aun por sus calles laterales seis ó diez barrochos con dos ó cuatro bestias, (se entiende tirando de ellos) engalanadas con quitapones y cascabeles, que aun no se usaban en Sevilla carretelas ni tilburis. Y no faltaban cuatro ó seis caballistas, que gallardeándose en los jerezanos, ó por mejor decir moriscos albardones, y haciendo bailar en aquel terreno á primorosas jacas cartujanas y cordobesas, derribadas sobre las piernas, robaban la atencion del sexo devoto, y entusiasmaban á los aficionados que no podian menos de esclamar *¡Ah hombre bueno!*—Entonces aun no habia caballos dupones, ni galápagos ó sillas hechas en Picadilly, ni la escuela de los jockeys habia sostituido á la de la gineta y á la del conde de Grajal; pero habia sin duda mas gallardos y firmes ginetes y mas diestros y hermosos caballos. Pero al grano y no nos encumbremos, que toda afectacion es mala, como dijo oportunamente don Quijote, sigamos lisa y llanamente nuestro cuento sin andarnos en comparaciones, que toda comparacion es odiosa. Veiánse, iba diciendo, en la Alameda en aquel entonces, varias familias de los barrios circunvecinos; y majos con su capote jerezano ó su capa de seda encarnada, segun lo requeria la estacion, fumando, hablando de toros, y requebrando con gracia á las buenas mozas que pasaban á su vera. Y concurrian frailes, (*etiam periere ruinæ*) y señores canónigos, que aun los habia de veras, y el señor asistente acompañado de algunos machuchos personages: y varios oficiales de la guarnicion, porque entonces no se conocia la milicia nacional: estudiantes con sus bopalandas por supuesto, y mozalvetes vivarachos, que sacaban raja de visitar y obsequiar á la *vieja*, pues, como se dice vulgarmente *por la peana se besa el santo*: y gallardas muchachas, que aun-

que rodeadas de sus respetables y vigilantes familias, llevaban los ojos algunos harto hermosos y espresivos para hacer de ellos el uso mas conveniente. Por lo tanto, la primera inclinacion arriba dicha de la señora Alameda no dejó de encontrar oportuno ejercicio en el ya poco numeroso y generalmente hablando formal concurso que la frecuentaba.

Ahora en estos dias venturosos y tranquilos en que vivimos tan rápidamente; como hemos progresado tanto todos, ha tambien progresado la *vieja* y está ya *decrépita*, á tal punto que se la puede contar con los muertos. Sin que para la sin ventura haya aprovechado la regeneracion feliz que ha habido para España toda, de la que no se puede negar que la tal Alameda de los Hércules es parte integrante y componente, aunque mínima.

Pero ¡cómo ha de ser!...... Ya no hay majos, que todos son elegantes; ya no hay tapadas, porque ahora se juega á carta descubierta; ya no hay ginetes, porque hay requisicion; ya nadie habla de toros, porque se habla de las córtes; ya no hay asistente, sino gefe político; frailes *volaverunt*, canónigos están muy apurados! guarnicion Dios la dé; barroches por ahí andan á sombra de tejado en las cocheras de Pineda sin osar hombrearse con los *charavanes*, *stanops* y *tilburis*..... con que ¿de qué se puede quejar la Alameda, si han ido afufándose del mundo, y que bien han hecho, sus naturales concurrentes? Nadie vuelve ya á ella los ojos, ni las tardes de verano en que tanta comodidad ofrece, por verse á lo menos libre de la nube de polvo calizo que oscurece y ahoga los paseos de estramuros. Nadie la pisa de noche, porque todos prefieren ¡lo que es la perra de la moda! la estrechez, vapor y encajonado ambiente de esa mocosa coquetuela y presumidilla que llaman *Plaza del Duque*, y que allí muy cerquita se ha puesto con tan poco miramiento y tan poco temor de Dios á insultar á la decrépita en su agonía, á escarnecer el cadáver en la tumba..... Pero á pesar de tantos desastres, fuerza es decirlo, la decrépita, la moribunda aun no se ha enmendado de aquella mala maña... El diablo sea sordo.

Y para que no te figures la pintura que te hago del actual estado de mi predilecta Alameda, una declamacion de las que ahora se usan; y porque tampoco me creas bajo mi palabra aunque honrada, tómate la molestía, ó lector benévolo, de irte una mañanica así como quien se vá al cementerio á rezar por los difuntos, á hacerle una visita de mi parte. Y es seguro que te se partirá el corazon al verla tan desierta y

abandonada. Pues solo toparás con algun grupo de reclutas jugando a cané al pie y sombra de alguno de los álamos seculares, diez ó veinte ciudadanos, cubiertos de andrajos, tendidos aquí y allí, ocupados en dormir á pierna suelta. Otros tantos desperdigados acá y acullá buscando y reconociendo los mordedores habitantes de sus camisas y fajas, un par de docenas de pilluelos ya espigadetes, que ejercitan la ligereza de los pies y la sutileza de las manos, que juegan al toro, y que repiten en voz altisonante y argentina, las palabras más cultas, honestas, y limpias de nuestro abundante idioma. Si con la pena de tal espectáculo no te se indigesta la comida, (de lo que te daré el parabien, pues será muestra evidente de que tienes que comer, cosa harto rara en estos tiempos en que hay crédito público, y cátedras de economía política) vuélvete á ver á la desventurada por la tarde. Y aunque sea una de las mas calorosas del verano, en que solo allí se respira; te apuesto un certificado que tengo de deuda sin interés, contra una carta de hermandad de la órden tercera, ó contra una patente de la cruz chica de Isabel la Católica, que no te faltará, á que no la encuentras muchas mas decentemente acompañada. Hallarás sí con el barquillero sempiterno, que de tiempo inmemorial fabrica y vende sus suplicaciones al pié de los dos monolitos venerandos, y el cual no parece sino que los copia en miniatura, ó que en su frágil artefacto y mercadería está haciendo un contínuo antitesis, con el tamaño, solidez y eternidad de aquellos. Y verás en segundo término y á un lado la buñolera, que de lejos y entre el humo parece una hechicera que hace sus menjurges, y si tiene al lado el gitano, que ya se verificó la evocacion. Entrando por las calles adentro toparás con cuatro ó seis vejetes apariciones, reminiscencias de otro siglo, y al oirles gritar con voz aguda *ya voy* creerás mas bien que son difuntos que obedecen al llamamiento de la trompeta final, que aguadores que te brindan con un vaso de agua. Y quiero que sepas que si otros aguadores jóvenes y del progreso por supuesto, te dicen allí *agua fresca*, *agua*, faltan á la ley, lo que no estrañarás; pues *infringen* una órden del ayuntamiento dada allá en tiempo de entonces, pero *vigente*, en que se prohibe (no se porqué) vender agua en la Alameda. En las fuentes verás gallegos y asistentes que disputan la vez á las pobres viejas y chiquillas del barrio, rompiéndoles ¡qué poca galantería! sus desbocados cántaros y verdinosas alcarrazas con sus ferradas cubas. Y á una y á otra mano tiende la

vista y te la llenarán varios pequeños grupos, y raros y esparcidos personages, todos mal parados, cabizbajos, como gentes del otro mundo. Ya dos tenientes y un capitan de la guerra de la Independencia con los pechos empavesados de cintas de varios colores, entre las que campea la de San Hermenegildo, maldicen aqui en coro al intendente, porque no tiene medio alguno de abonarles su mezquina paga y bien ganado retiro. Cuatro ó cinco cesantes, que los conocerás á tiro de cañon, maldicen allí tambien en coro al intendente porque no tiene medio alguno de socorrerlos. Unos cuatro esclaustrados acullá con levita prestada, ó con manteo que les sienta tambien como á un inglés la capa, parece que rezan, vísperas en coro, y maldicen al intendente porque no tiene medio alguno de matarles el hambre, cosa tan agena de la profesion que abrazaron. Aca una viuda con dos ó tres chicos esqüálidos y desarrapados, mira al cielo y maldice al intendente porque no tiene medio alguno de remediarla. Allí un paralítico vejete se pasea lentamente apoyado en el hombro de su nieto, acullá una vieja hidrópica hace penosamente ejercicio. Y por todas partes pobres y pobras clamorean y piden á personas aun mas necesitadas, mientras la turba de pilluelos, que ya viste por la mañana, acecha un pañuelo, ó una petaca, y siguen su educacion para llegar á ser ciudadanos españoles, parte del pueblo soberano que tan adelante va por la senda de la ilustracion y de los buenos principios. Si topas alguna espía jóven y decentemente vestida, ó ves en lontananza un petimetre que flecha el lente á alguna lejana bocacalle, ó descubres sentada en último término alguna dama sola y echado el velo; no lo estrañes y recuerda la mala inclinacion que desde niña tuvo la *Alameda*. Haz la vista gorda y agnántate: el onceno no estorbar. Lo que seguramente no encontrarás allí, aunque te desojes, aunque trepando á los corpulentos árboles los escudriñes rama por rama y hoja por hoja, y echándote á gatas examines grano de arena por grano de arena con un microscopio, es un poeta romántico; cosa rara habiendo tantos en Sevilla, y siendo la Alameda vieja el sitio mas apropósito del mundo para recibir inspiraciones melancólicas, y sepulcrales, de las que andan tan en voga. Luego visítala de noche....... pero no te lo aconsejo, que pudieras muy bien ó dar tal tropezon que te condenará á andar con muletas todo el invierno, ó volver á tu casa como tu madre te parió.

Para el completo aniquilamiento, ó en frase corriente *reforma exigi-*

da imperiosamente por el progreso social; de el desventurado paseo cuya vida y no *biografía* escribimos; han venido tambien á menos (como acontece á las busconas y pobres vergonzantes) las veladas, tan populares en esta ciudad y tan antiguas en ella. Las que se celebraban alli las calorosas noches de San Juan y San Pedro eran, digásmolo así el triunfo, el apogeo, el apoteosis periódico de la Alameda de los Hércules, cuyo espacio se convertia en un jardin mágico, fantástico, ideal. Luminarias, hogueras, y la mas clara luna lo alumbraban á un mismo tiempo: todos los habitantes de Sevilla concurrian á él, y el lujo, la alegría, la igualdad mas perfecta, la tranquilidad mas apacible, y el órden mas inalterable presidian en tan numerosa y hasta confusa reunion. Algunas tias rabiaban, algunos maridos se mordian los labios de ira, algunos buenos chascos se llevaban las lindas y los jactanciosos, pero todo esto era *pecata minuta.* ¡Oh que noches las de San Juan y San Pedro en la Alameda vieja!!!.... Pero pasó la moda y solo quedan en las veladas de Sevilla gitanas buñoleras, y turroneros cuyas gracias ya no son gracias, cuyos chistes ya no son chistes, los gritos de los vendedores, el humo, las luces, y alguna gente que no es gente. La lucida concurrencia y el interés dramático de la fiesta desaparecieron para siempre, con los mantos y verdaderas mantillas, con las capas de seda, y con el buen humor do aquellos tiempos *deplorables* y de *oscurantismo,* en que habia dinero y tranquilidad para divertirse.

Murió la Alameda vieja: *requiescat in pace.* Pero aconsejamos al lector curioso, que no deje de visitarla, cuando las crecientes del Guadalquivir la arrian, y convierten sus anchas y luengas calles, en un espacio, profundo, manso y magestuoso lago, que reflejando como un espejo, el privilegiado cielo de este país; da á las copas de los árboles, y á las dos venerables y gigantescas columnas la apariencia mágica de estar suspendidas en el espacio. Si este espectáculo magnífico y sorprendente se disfrutara todos los años en Paris ó en Viena, tendriamos los ojos doloridos y con cada orzuelo como el puño de verlo representado en cuadros, grabados, litografias, y dibujos, y de leer sus descripciones en verso y prosa, en cuentos y novelas, en *meditaciones* y *fracmentos.* Pero como la *Alameda vieja* con todos sus encantos, con todas sus reminiscencias, está en Sevilla, esta es la primera vez que se ve en letra de molde y en estampa.

Sevilla, año 1838.

EL HOSPEDADOR DE PROVINCIA.

Quien podrá imaginar que el hombre acomodado, que vive en una ciudad de provincia, ó en un pueblo de alguna consideracion, y que se complace en alojar y obsequiar en su casa á los transeuntes que le van recomendados, ó con quienes tiene relacion, es un tipo de la sociedad española, y un tipo que apenas ha padecido la mas lijera alteracion en el trastorno general, que no ha dejado títere con cabeza? Pues sí, pio lector: ese benevolo personaje que se ejercita en practicar la recomendable virtud de la hospitalidad, y á quien llamaremos el *Hospedador de provincia*, es una planta indigena de nuestro suelo, que se conserva inalterable, y que vamos á procurar describir con la ayuda de Dios.

Recomendable virtud hemos llamado á la hospitalidad, y recomendada la vemos en el catálogo de las obras de misericordia; siendo una de ellas dar posada al peregrino, y otra dar de comer al hambriento. Esto basta para que el que en ellas se ejercite, cumpla con un deber de la humanidad y de la religion: y bajo este punto de vista no podemos menos de tributar los debidos elogios al Hospedador de Provincia. Pero ¡ay! que si á veces es un representante de la Providencia es mas comunmente un cruel y atormentador verdugo del fatigado viajero, una calamidad del transeunte, un ente vitando para el caminante.

Y lo que es yo pecador que escribo estos renglones, quisiera cuando voy de viaje pasar antes la noche al raso ó

En un pastoril albergue
que la guerra entre unos robles
lo olvidó por escondido
ó lo perdonó por pobre.

Que en la casa de un hacendado de lugar, de un caballero de provincia, ó de un antiguo empleado, que haya tenido bastante maña ó fortuna para perpetuarse en el rincon de una administracion de rentas, ó de una contaduria subalterna.

Virtud cristiana y recomendada por el catecismo es la hospitalidad; pero virtud propia de los pueblos donde la civilizacion ha hecho escasos progresos. Asi se vé que los paises semi-salvajes son los mas hospitalarios del mundo; y se sabe que en la infancia de las sociedades, la hospitalidad era no solo una virtud eminente, sino un deber religioso, indeclinable, y de que nacian vinculos indisolubles, entre los individuos, entre las familias y entre los pueblos.

La hospitalidad de los españoles en los remotos siglos está consignada en las historias, es proverbial; y que no han perdido calidad tan emiuente, y que la ejercitan, con las modificaciones empero que exigen los tiempos en que vivimos es notorio, pues que los que la practican merecen con justa razon ser considerados cual tipos peculiares de nuestra sociedad, como verá el lector benévolo que tenga la paciencia de concluir este articulo. Articulo que nos apresuramos á escribir porque pronto la facilidad de las comunicaciones, la rapidez de ellas, lo que crecen los medios de verificarlas, y el aumento y comodidad que van tomando las posadas, paradores y fondas en todos los caminos de España, disminuirán notablemente el número de los hospedadores de provincia, ó burlarán su vigilancia é inutilizarán su bien intencionada índole; ó modificarán su cristiana y filantrópica propension, hasta el punto de confundirlos con la multitud que vé ya con indiferencia, por la fuerza de la costumbre, atravesar una y otra rápida aunque pesada y colosal diligencia por las calles de su pueblo; ó hacer alto un convoy de cuarenta galeras en el parador de la plaza de su lugar.

El tipo pues de que nos ocupamos es conocidisimo de todos mis lectores que hayan viajado. ya hace cuarenta años; ya ahora en diligencia, en galera ó á caballo, agregados al arriero ¿Por que cual de ellos en uno ú otro pueblo del tránsito, no habrá encontrado uno de estos ta-

les, que andan en acecho de viajeros, y en espera de caminantes para obsequiarlos? ¿cual de ellos, no habrá sido portador de una de esas cartas de recomendacion, que como á nadie se niegan, se le dan á todo el mundo? ¿Cual de ellos, en fin, ó por su particular importancia, ó por sus relaciones en el pais que haya atravesado, no habrá tenido un obsequiador? Si; el *Hospedador de provincia* es conocido por todos los españoles, y por cuantos estranjeros han viajado en españa.

Vá uno en diligencia á Sevilla, á despedir á un tio que se embarca para Filipinas, ó á Granada á comprar una accion de minas, ó á Valladolid, ó á Zaragoza á lo que le dá la gana, y tiene que hacer los forzosos altos y paradas para comer y reposar. Y hé aquí que apenas sale entumido de la góndola, y maldiciendo el calor ó el frio, el polvo ó el barro, y deseando llenar la panza de cualquier cosa, y tender la raspa en cualquier parte las tres ó cuatro horas que solo se conceden al preciso descanso; se presenta en la posada el *Hospedador*, solícito que al cruzar el coche conoció al viajero; ó que tuvo previo aviso de su llegada; ó por que el viajero mismo cometio la imprudencia de pronunciar su nombre al llegar al parador; ó por que hizo la sandez de hacer uso de la carta de recomendacion que le dieron para aquel pueblo.—Advertido en fin de un modo ó de otro llega pues el *Hospedador*, hombre de mas de cuarenta años, padre de familia y parsona bien acomodada en la provincia, preguntando al posadero por el señor D. F. que viene de tal parte y vá á tal otra. El posadero pregunta al mayoral y este da las señas que se le piden, y corre á avisar al viajero que un caballero amigo suyo desea verlo. Sale al corredor ó al pátio, el cuitado viajero, despeluznado, súcio, hambriento, fatigado, con la barba enmarañada, si es jóven y la deja crecida, ó con ella blanquecina y de una línea de larga si es maduro y se la afeita; con la melena aborrascada, si és que la tiene, ó con la calva al aire, si es que se le oculta y esconde artisticamente, ó con la peluca torcida si acaso con ella abriga su completa desnudez, y lleno de polvo si es verano y de lodo si es invierno y siempre mustio, lagañoso é impresentable. Y se halla al frente con el *Hospédador* vestido de toda etiqueta con el frac que lo hicieron en Madrid diez años atras, cuando fué la jura, pero que se conserva con el mismo lustre con que lo sacó de la tienda, y con un chaleco de piqué, que le hizo Chassereau cuando vino el duque de Angulema, y con un cordon de abalorio al cuello y al-

filer de diamantes al pecho y guantes de nuditos, en fin lo mas elegante y atildado que ha podido ponerse, formando un notable antitesis con el desaliñado y negligente trage del viajero.

No se conocen, pero se abrazan y en seguida *el Hospedador* agarra del brazo al viajero y le dice con imperioso tono : *venga V Sr D fulano á honrarme y á tomar posesion de su casa.* El viajero le da gracias cortesmente y le manifiesta que está rendido, que está impresentable, que no se detiene la diligencia mas que cuatro horas; pero el *Hospedador* no suelta presa, y despues de apurar todas las frases mas obligatorias, y de prohibir al posadero que dé á su huesped el mas minimo auxilio, se lo lleva trompicando por las mal empedradas calles del lugar á su casa, donde ya reina la mayor agitacion preparando el recibimiento del obsequiado.

Salen á recibirlo al portal la señora y las señoritas, con los vestidos de seda que se hicieron tres años atrás cuando fueron á la capital de provincia á ver la procesion del Corpus y la mamá con una linda cofia que de allí la trajo la última semana el cosario, y las niñas adornadas sus cabezas con las flores de mano que sirvieron en el ramillete de la última comida patriótica que dió la milicia del pueblo al señor jefe político. Y madre é hijas con su cadena de oro al cuello formando pabellones y arabescos en las gargantas, y turgentes pecheras, llevando ademas las manos empedradas de sortijones de grueso calibre. Queda el pobre viajero corrido de verse tan desgalichado y sucio entre damas tan atildadas, por mas que le retoza la risa en el cuerpo notando lo etereoclito de su atavío; y haciendo cortesías y respondiendo con ellas á largos y pesados cumplimientos, lo conducen al estrado, y lo sientan en el sofá, cuando él desea hacerlo á la mesa. Al verse mi hombre en tal sitio vuelve á pensar en su desaliño y desaseo, y trasuda, y pide que le dejen un momento para lavarse, y..... pero en vano: el obsequiador y su familia le dicen que está muy bien, que aquella es su casa, que los trate con franqueza, y otras frases de ene, que ni quitan el polvo, ni atusan el cabello, ni desahogan el cuerpo; pero que manifiestan que está mal, que aquella no es su casa, y que no hay ni asomo de franqueza.

Entran varios amigos y parientes del obsequiador el señor cura y otros allegados; nuevos cumplimientos, nuevas ofertas, nuevas angustias para el viajero. Llena la sala de gente, el hospedador y su es-

posa desaparecen para activar las disposiciones del obsequio. Y mientras retumba el abrir y cerrar de antiguas arcas y alhacenas, de donde se está sacando la vajilla, la plata tomada y la mantelería amarillenta, resuenan los pasos de mozos y criadas que cruzan desvanes y galerías, y se oyen disputas y coutroversias, y el fragor de un plato que se estrella, y de un vaso que se rompe, y el cacareo de las gallinas á quienes se retuerce á deshora el pescuezo; y se percibe el chirreo del aceite frito, perfumándose la casa toda con su penetrante aroma. Una de las niñas de casa se pone á tocar un piano. ¡ Pero qué piano, ánimas benditas!.. ¡qué piano! La fortuna es que mientras cencerrean sus cuerdas sin copás ni concierto una pieza de Rosini, que no la conociera la misma Colbran, que sin duda no se le debe despintar ninguna de las de su marido, el señor cura está discurriendo sobre la política del mes anterior con el pobre caminante, que daria por haber ya engullido un par de huevos frescos, y por estar roncando sobre un colchon toda la política del universo.

Concluye la sonata, y un mozalvete, que es siempre el chistoso del pueblo, toma la guitarra y canta las caleseras, y luego hace la vieja con general aplauso, y luego para que se vea que tambien canta cosas serias y de mas miga, entona tras de un grave y mesurado arpegio, la Atala, el Lindoro y otra pieza de su composicion. Y gracias á que saltaron la prima y la tercera, y á que no hay ni en la casa, ni en la del juez, ni en la del barbero, ni en la botica, ni en todo el pueblo cuerdas de guitarra aunque se le han encargado ya al arriero; que cesa la música súbitamente con gran sentimiento de todos, y pidiendo repetidos perdones al viajero, que está en sns glorias, creyendo que este incidente dará fin al sarao, y apresurará la llegada de la cena. Pero está en el salon el hijo del maestro de escuela, que acaba de llegar de Madrid y que representa maravillosamente imitando á Latorre, á Romea y á Guzman, y todos á una voz le piden un pasillo. El se escusa con que está ronco, con que se le han olvidado las relaciones, porqne hace dias que no representa sus comedias, y con que no está allí su hermana que es la que sale con él para figurar. Pero insisten los circunstantes. Y ya el cómico titubea anheloso de gloria. Y al verle poner una silla en medio del estrado, para que le sirva de dama, una de las señoritas de la casa, por mera complacencia, se presta á hacer el papel de la silla, y se pone de pié entre el general palmo-

teo. ¡Silencio! ¡silencio gritan todos, los criados y criadas de la casa, y hasta los gañanes y mozos de la labor se agolpan solícitos á la puerta de la sala; las personas machuchas que rodean al obsequiado le dicen, sotto voce, ¡verá Vd. que mozo! ¡verá Vd. que portento!! Y el hijo del maestro de escuela con tono nasal y recalcado sale con una relacion del Zapatero y el Rey, estropeando versos y desligurando palabras, y con tal manoteo y tan descompasados gritos que el auditorio, *nemine discrepante*, le proclama el Roscio, el Talma, el Maiquez de la provincia. Piden en altas voces otro paso, y el actor se descuelga con un trocito del Guzman, que tiene igual éxito. Y porque está ya ronco y sudando como un pollo, se contentan los concurrentes con que les dé por fin algo de la Marcela. Concluida la representacion cree el obsequiado que cesará el obsequio, y en verdad que fuera razon. Pero como aun no está lista la cena, el obsequiador y su esposa, que ya han concluido el tomar disposiciones, y que ya han dejado sus últimas órdenes á la cocinera y al ama de llaves, vuelven al salon. Y empiezan á enredar en laberinto de palabras al huésped, contándole lo bueno que estaba el pueblo el año pasado, y lo mucho que se hubiera divertido entonces, porque habia un regimiento de guarnicion, con una oficialidad brillante. El soñoliento, hambriento y fatigado viajero, bosteza y responde con monosílabos, y pregunta de cuando en cuando... ¿cenaremos pronto? y el patron le dice, al instante, y sigue contándole cómo se hicieron las últimas elecciones, los proyectos que tiene el actual alcalde de hermosear la villa, y otras cosas del mismo interés para el viajero; cuando ve entrar al sobrino del señor cura, y en él un ángel que le ayude á divertir al obsequiado mientras llega la cena, que se ha atrasado porque el gato ha hecho no se que fechoría allá en la cocina. Efectivamente, el sobrino del señor cura es poeta, improvisa, y en dándole pié se está diciendo décimas toda una noche. Entra en corro, las señoritas de la casa hacen el oficio de la fama patentizando al huésped su clase de habilidad. Todos le rodean, le empiezan á dar pié, y él arroja versos como llovidos. Ya no puede mas el cuitado viajero, ¡qué desfallecimiento! ¡qué fatigas! ¡qué vahidos!.... Cuando afortunadamente vuelve á la sala la señora, que salió un momento antes á dar la última mano al obsequio, y dice: *vamos á cenar, si Vd. gusta, caballero.* ¡Santa palabra! grita la concurrencia, y todos se dirigen al comedor.

—

¡Espléndida, magnífica cena! veinte personas van á devorarla y hay racion para ciento. ¡Qué botellas tan cucas! de vidrio cuajado con guinaldas de florecitas y letreros dorados que dicen *viva mi dueño, viva la amistad*. Una gran fuente redonda ostenta entre cabezas de ajos y abultadas cebollas veinte perdices despatarradas y aliabiertas, cual boca abajo, cual panza arriba, cual acostadista de lado, dando envidia al aburrido viajero. En otra gran fuente ovalada campean seis conejos descuartizados prolijamente, allá perfuman el ambiente con su vaho, veinte y cuatro chorizos fritos, acullá exhalan el aroma del clavo y de la canela ochenta albondiguillas como bolas de villar; ¡qué de menestras! ¡Qué de ensaladas! Servicio estupendo, aunque muchas cosas están ahumadas, otras achicharradas, casi todo crudo por la prisa, y todo frio por el tiempo que se ha tardado en colocarlo en simetría grotesca.

Náuseas le dan al pobre viajero de ver ante sí tanta abundancia, y mas cuando todos le hostigan á que coma *sin cortedad porque no hay mas*, y cuando la señora y las niñas de casa le dan cada una con la punta del tenedor su correspondiente finecita. Y cuando el Hospedador le insta á repetir y comer con toda confianza, y se aflige de lo poco que se sirve, olvidando que

Comer hasta matar el hambre es bueno
Y hasta matar al comedor es malo.

¿Mas quién encaja este axioma en la mollera de un *Hospedador de provincia* por mas que lo recomiende Quevedo?.....

Los platos se suceden unos á otros como las olas al mar embravecido, al de las perdices arrebatado por una robusta aldeana alta de pechos y ademan brioso, le sustituye otro con pavo á medio asar. Al de los conejos, levantado por los trémulos brazos arremangados de una viejezuela, otro con un jamon mas salado que una sevillana. Y ocupa el puesto de los chorizos, la fruta de sarten, y el de las menestras, mostillo, arrope, tortas, pasas, almendrucos, orejones, y fruta, y calabazate, y leche cuajada y natillas, y.... ¿qué se yo? aquello es una inundacion de golosinas, un alubion de manjares, que parece va añadir una capa mas á nuestro globo. Y ya circula un frasco cuadrado y capaz de media azumbre de mano en mano derramando vigorosísimo anisete. Y el cantor de la tertulia entona patrióticas, y el poeta impro-

visa cada bomba que canta el misterio, y el declamador declama trozos del Pelayo, y la señora de la casa se asusta porque su marido el Hospedador trinca demasiado y luego padece de irritaciones, y las señoritas fingen alarmarse porque hay un chistoso que dice cada desvergüenza como el puño, y todo es gresca, broma, cordialidad y obsequio; cuando por la misericordia de Dios, la voz ronca del mayoral, gritando en el patio *al coche, al coche, hemos perdido mas de una hora, no puedo esperar mas*, viene á sacar al viajero de aquel pandemonium, donde á fuerza de obsequios lo tienen padeciendo penas tales, que en su cotejo parecerian dulces las de los precitos.

El amo de la casa aun defiende su presa en los últimos atrincheramientos, empieza por decirle con voz de cocodrilo que deje ir el coche, que en la góndola venidera proseguirá el viaje. Pero como halla una vigorosa repulsa, tienta al mayoral de todos los modos imaginables con halagos, con vino, con aguardiente, con dinero en fin, y nada, el mayoral se mantiene firme contra tantas seducciones; y salva á su viajero, y lo saca de las manos del Hospedador como el ángel de la Guarda salva y saca de las manos del encarnizado Luzbel á un alma contrita.

Cuanto dejamos dicho que acaece con el viajero de diligencia ocurre con el de galera ó caballeria, sin mas diferencia que dilatarse algo mas el obsequio con una cama que compite con el cielo, y cuya colcha de damasco, que ruje y se escapa por todos lados como si estuviera viva, no deja dormir en toda la noche al paciente obsequiado.

Tambien tiene el obsequio de los *Hospedadores de provincia* sus gerarquías y si es intolerable y una desgracia para un particular; es para un magistrado, intendente ó jefe político, una verdadera desdicha: para un capitan general, diputado influyente, ó senador parlante una calamidad: y para un ministro electo, que vuela á sentarse en la poltrona, un martirio espantoso, un azote del cielo, una terrible muestra de las iras del Señor, un ensayo pasajero de las penas eternas del infierno.

Aconsejamos pues al viajero de bien, esto es, al que solo anhela llegar al término de su viaje con la menor incomodidad posible que evite las asechanzas de los *Hospedadores*, de sus espías y de sus auxiliadores; y para lograrlo no fuera malo se proveyese de parches con que taparse un ojo, de narices de carton con que desfigurarse, ó

de alguna peluca de distinto color del de su cabello que variase su fisonomía, ya que no está en uso caminar con antifaz ó antiparra, como en otro tiempo; y con tales apósitos deberia disfrazarse y encubrirse á la entrada de los pueblos donde tuviese algun conocido. Usando de estas prudentes precauciones, amen do las ya sabidas y usadas por los prudentes viandantes de no decir su nombre en los mesones y posadas, y de no hacer uso, sino en casos fortuitos, de las cartas de recomendacion.

Pero si los *Hospedadores de provincia* son vitandos para los viajeros de bien, pueden ser una cucaña, una abundante cosecha para los aventureros y caballeros de industria, que viajan castigando parientes y conocidos como medio de comer á costa ajena de remediarse unos dias, y de curarse de la terrible enfermedad conocida con la temible calificacion de hambre crónica.

A unos y á otros creemos haber hecho un importante servicio llamándoles la atencion sobre esta planta indígena de nuestro suelo: á aquellos para que procuren evitar su contacto, á estos para que lo soliciten á toda costa.

Madrid, 1839.



EL VENTERO.

VENTA. — *La casa establecida en los caminos y despoblados, para hospedaje de los pasajeros.—El sitio desamparado y expuesto á las injurias del tiempo como lo suelen estar las ventas.*
VENTERO.—*El que tiene á su cuidado y cargo la venta, y el hospedaje de los pasajeros.*—(Diccionario de la Academia.)

LA venta y el Ventero son tal vez la cosa y la persona, que no han sufrido la mas mínima alteracion, la modificacion mas imperceptible desde el tiempo de Cervantes hasta nuestros dias. Pues las *ventas* de ahora son tales cuales las describió su pluma inmortal, aunque hayan servido alguna vez de casa fuerte, ya de la guerra de la independencia, ya en la guerra civil, ya en los benditos pronunciamientos. Y los venteros que hoy viven, aunque hayan sido alcaldes constitucionales, y sean milicianos y electores y elegibles. Son idénticos á los que alojaron al célebre don Quijote de la Mancha.

Y lo mas raro es que se parecen como se parecerian dos gotas de agua, á los que en los desiertos de Siria y de la Arabia, tienen á su cuidado los caravanserails; esto es, las ventas donde se alojan las caravanas, en aquellos remotos países; si es que son exactas las descripciones de Chateabriand, Las Casas, Belconi y Lamartine.

Lugar era este en que uno de esos prolijos investigadores del orígen de todas las cosas podia lucir su erudicion y la argucia de su ingenio manifestándonos que las ventas de ahora son los *Caravanseralis* de tiempo de moros; y acaso el nombre de *Carabanchel* le ofreceria un argumento inexpugnable. Pero quédese esto para los que signen la inclinacion y buen ejemplo del estudiante, que acompañó á don Quijote á

la cueva de Montesinos y que se ocupaba en escribir la continuacion de Virgilio Polidoro: y ocupémonos nosotros del Ventero, pues es tipo de tal valía que el curso de dos siglos no lo ha variado en lo mas mínimo.

Antes de escribir el contenido, describiremos el continente antes del actor la escena, como parece natural, y como lo verifican los naturalistas que hablando, v. g., de la nuez, nos pintan primero el erizo, luego la cáscara, y en último lugar la parte clara y comible. Hablemos pues de la venta antes que del Ventero.

La difinicion que de la palabra venta dá el Diccionario de la Lengua, y que sirve de epígrafe á nuestro artículo no deja que desear: y seria insistir en esplanarla, hacer agravio al consejo de mis lectores. Porque, ¿cuál de ellos no habrá pasado una mala noche, y comido detestablemente en alguna venta, cuando haya hecho un viajecillo de media docena de leguas? La venta pues es conocida de todos los españoles, y de todos los estranjeros que hayan viajado en España. Pero es preciso no confundir la venta con el *parador* que es un progreso, ni el *ventorrillo* que es un retroceso; pues por lo comun, el ventorrillo sube á venta si le sopla la fortuna, y la venta pasa á ventorrillo cuando esta ciega, caprichosa y antojadiza le niega sus favores. Y en cuanto al parador advertiremos, que aunque pudiera ser venta en su primitivo orígen, hay muchos que nacieron paradores hechos y derechos. Y que su casa no es de veredas ni encrucijadas, sino de caminos reales y carreteros; como si dijéramos la alta aristocracia de la especie.

Conservan el nombre de ventas múchas que lo fueron y ya no lo son porque se han convertido en otra cosa, sobre todo en los grandes caminos. Asi se llaman venta de la Portuguesa, venta de Santa Cecilia, dos casas de Posta que fueron ventas cuando no habia carreteras establecidas en los parajes en que se fundaron. Y cuando el sitio en que hubo una se ha convertido en pequeña poblacion arrimándosele otras, se designa con el nombre en plural: v. g., *ventas* de la Pajanosa, ventas del Puerto Lapiche, etc., etc., etc. La venta pues verdadera, genuina, *proprement dite*, es la que está aislada, lejos de toda poblacion, y principalmente en caminos de travesía.

Suelen ser ya grandes y espaciosas, ya pequeñas y redondas; pero siempre de aspecto siniestro, colocadas por lo general en hondas cañadas, revueltas y bosques; en sitios en fin sospechosos, y de modo que sorprendan, como quien dice al viajero poco esperto que con ella

tropieza. Las mas comunes se componen de zaguan-cocina, despensa, un cuartucho para el ventero y su familia, si es que la tiene, un corralillo, una mala cuadra y un pajar. Y hasta los nombres apelativos con que suele designárselas indican á veces todo lo que son; como por ejemplo *la venta del Puñal*, *la del Judío*, *la del Moro*, *la de la Mala Mujer*, *id. de los Ladrones* y otros tales de que no me acuerdo, ni importa para nuestro propósito.

Pasemos pues al ventero y cumplamos con el título de este artículo.

El Ventero, aunque habitador del campo, no ha pasado generalmente sus primeros años en él, ni ha sido gañan, ú hortelano, ni ayudado de un modo ó de otro al cultivo de la tierra. Por lo regular fue en su juventud soldado ó contrabandista, esto es, hombre de armas, y si no nació con temperamento belicoso y bajo la influencia del planeta Marte, fue sin duda en sus años mozo, calesero, arriero, ó corredor de bestias, que el vulgo suele llamar *chalan*. No quita esto el que el Ventero haya podido ejercer antes alguna otra profesion. El que escribe estas líneas encontró años atras en lo mas recóndito de Sierra-Morena un ventero, que habia sido piloto, y que hablaba en términos marineros y náuticos, que sonaban estravagantísimos en aquel parage tan lejano del mar. Y topó con otro en los montes de Leon, que habia sido ermitaño. Pero estas son escepciones. Y al cabo sea cual sea la anterior profesion del Ventero, en llegando á Ventero ya toma una fisonomía particular.

Mas de cuarenta años de edad. Trage segun el del pais en que está la venta pero un poco exagerado, y siempre con algun folilí ó ribete del de otra provincia. Aspecto grave, pocas palabras, ojos observadores, aire desconfiado, ó de superioridad, segun son los huéspedes que llegan á su casa: son condiciones que deberia tener presentes un pintor que quisiese hacer el retrato de un Ventero.

Su vida que parece debia ser monótona y sedentaria es por lo contrario, variada y activa, en los ratos de ócio se ocupa en aguar el vino, en poner algunos granos de pimienta en los frascos del fementido aguardiente, en picar carne de alguna muerta caballería, ó en adobar una albarda. Cuando tiene huéspedes no sosiega del fogon á la cuadra, de esta al pajar, de allí al mostrador, luego al corralillo por leña, luego á la despensa por aceite, anda hecho un azacan. Si tiene huéspedes parece que de noche no duerme, los vigila, si está solo

tiene el oido alerta al menor ruido, muchos dias pasa en el monte, otros en la ciudad vecina. Conoce á todos los arrieros que transitan aquella tierra y sabe sus gustos y sus condiciones, y á do van y de do vienen, y bebe con ellos y come tambien con ellos, y á unos les habla mucho y á otros poco, pero á todos les pregunta algo al oido, conoce tambien á todos los labradores y propietarios de la redonda. Y como si fueran suyas todas las reses que pastan en aquellos contornos y todas las caballerias de la provincia.

Si á media noche se oye un tiro, sabe si es de uno que está á espera de conejos, ó de javalíes ó si es otra cosa. Si oye el estallar de una honda á deshora, dice el nombre del baquero que la estalla, y el de la res á quien se dirige la piedra. Adivina por el tin tin de las esquilas, ó por el tomb tomb de las zumbas, de quienes son las recuas que pasan por otra encrucijada vecina; pero á quien conoce por instinto particular propio del oficio de Ventero, es á los contrabandistas y los individuos del resguardo. A veces entra en la venta á hora inusitada con las manos ensangrentadas, porque viene de una alqueria inmediata de ayudar á ahrir un cerdo ó degollar una ternera: y si estando sentado al fuego oye un silbido, ó hecha tarancas secas para que se levante llamarada y salgan chispas por la chimenea, ó abre un ventanuco por donde se vea la lumbre ó la luz del candil, ó sale con su escopeta á rondar la venta, ó se queda serio y alerta ó atranca la puerta súbitamente, ó va á avisar á la cuadra ó al pajar á algun arriero, ó acaso á algun huésped que se esconde en el desvan, y que no gusta de gente y de conversacion.

En una de tantas trifulcas en que los hombres de bien han tenido en esta última época que tomar las de villadiego para no ser victima de la turba desharrapada, que en nombre de la patria y de la libertad, y capitaneada ó instigada por unos cuantos voceadores, instrumento de tres ó cuatro solapados é hipócritas ambiciosos, esgrimia fanática el puñal contra el verdadero patriotismo y acrisolada virtud; un amigo mio tuvo que escapar disfrazado á media noche de una de las primeras capitales de España, para dirigirse á una frontera, poniendo su suerte en manos y bajo la direccion de un contrabandista.

Este tal iba pues por sendas y voricuetos con su diestro conductor para evitar algun mal encuentro, y al terminar una encapotada tarde de otoño y despues de atravesar espesos matorrales y quebradas lo-

mas, llegó á una venta, que en medio de un despoblado y en la encrucijada de dos malos caminos, como de ruedas y otro de herradura, sobre una hondonada habia. Soplaba recio el viento agitando la maleza y las copas de algunas encinas que de trecho en trecho se erguian en el raso que la venta ocupaba, el cielo parecia de plomo atravesado de siniestras ráfagas de color de leche, últimos esfuerzos de un sol moribundo: por una cañada ó rambla se descubria á nn lado y á lo lejos en el remoto horizonte, una gran poblacion cuyas gigantes torres se dibujaban distintamente sobre una lista roja que marcaba el acaso. La hora, el sitio, y lo destemplado de la atmósfera, y el aspecto de la venta hicieron una impresion indefinible en el ánimo ya harto combatido del viajero, que involuntariamente tiró de las riendas al caballo y lo paró. ¿Vamos á pasar ahí la noche? preguntó con un acento particular al contrabandista. Y este le contestó, advirtiendo el tono de la pregunta. Dificil era pasarla en mejor paraje, ¿quién ha de dar aquí con nosotros? Y el viajero sin replicarle clavó los ojos en la gran poblacion que ya se descubria apenas en el borrado horizonte, lanzó un suspiro, y avanzó hácia la venta. Un enorme perro mastin salióle al encuentro ladrando y meneando la cola, y nna vieja de fisonomía estúpida y de traje sucio y miserable, y un hombre de cincuenta años, alto, recio, con nna cara cetrina á cuya tez oscura y áspera deban realce dos enormes patillas grises, y un pañuelo de colores brillantes rebujado á la cabeza, asomaron á la puerta de la venta. Llegó á ella nuestro prófugo al tiempo en que empezaban á caer gruesas gotas, cerrando casi la noche. Y aquellas dos fignras de mal agüero, que se dibnjaban y sobresalian por oscuro sobre el fondo rojizo del interior de la venta, iluminada con la llama del hogar, y qne aun de frente recibian la última incierta claridad del crepúsculo, le inspiraron profundo terror. Pero viendo que el contrabandista se habia quedado un tanto atras como oteando desde una alturilla toda la comarca, preguntó resuelto, hay posada?—Miráronse el Ventero y la Ventera, que eran los personages que estaban á la puerta, y aquel con tono desabrido, pero no muy resuelto, contestó: Lo que es esta noche no la hay... porque... continuó la viejezuela... Porque es imposible... no hay nada en la venta... y... en esto llegó el contrabandista, dijo dos ó tres palabras que no entendió su compañero de viaje, porque no eran castellanas. Y como por encanto hubo al instante posada, y el Ventero vino á tener el estribo,

al encubierto huesped, y la Ventera ayudó al contrabandista á descolgar las escopetas, y á recoger manta y alforjas, y tomando un candil llevó á los huéspedes á la caballeriza donde ambos acomodaron sus cabalgaduras, para las que trajo inmediatamente recado el Ventero.

Volvieron al zaguan-cocina, que estaba lleno de humo, los cuatro actores de esta escena. La ventera echó retamas secas en el hogar, cuya llamarada lo iluminó todo, y se vieron al otro estremo del zaguan-cocina reunidas en un rincon seis ú ocho escopetas, lo que llamó la atencion del contrabandista. Mi amigo se sentó en un poyo junto á la lumbre, y el Ventero salió á la puerta y llamó al perro que aun ladraba fuera.

La noche empezó oscurísima, la lluvia arreciaba, el viento aumentaba su fuerza, y el humo de la cocina era intolerable. El contrabandista preguntó á la vieja: qué se podrá aviar para la cena? Nada hay en la casa, respondió aquella, sino vino y aguardiente, pan y pimientos. — No hay huevo. — Tampoco. — Bacalao, arroz?...... — No hay nada. Medrados estamos, dijo el encubierto, y tengo un hambre como nunca......

Volvió en esto el Ventero con el perro, dejando atrancada la puerta. Y le dijo el contrabandista, dando otra ojeada á las escopetas, y mirándolo con aire socarron. Y la chica?...... que salga, no la escondas, que es lo único bueno que hay en tu casa. Y saltó la ventera y dijo: no está aquí: se fue esta mañana con la burra á la villa, vino por ella el Rojo...... Y continuó el Ventero, el criado del señor administrador. — ¿Y el Chupen preguntó el contrabandista. — Se fué esta tarde al huerto, y allí dormirá. — Con que estais solos. — Solos estamos, dijeron aun tiempo el ventero y la ventera, pero el contrabandista volvió los ojos, con una espresion tan ladina hácia el monton de escopetas, que la vieja se fué al corral por leña, y el ventero despues de un momento de turbacion muy marcada le dió una palmada en el hombro al contrabandista y le dijo..... ¿Qué pollo?..... y tomando un frasco cuadrado de un vasal, y un vasillo de vidrio, llenó este de aguardiente y se le presentó á su interlocutor diciéndole: «Vaya por la gente dura.»

Ageno de cuanto pasaba en derredor de sí estaba mi amigo, cansado, hambriento, y embebido en dolorosos recuerdos, y en poco lisongeras esperanzas, humeaba maquinalmente un cigarro y halagaba

el carnudo cuello del enorme mastin con quien estaba en perfecta amistad y armonía.

Bebió el contrabandista, bebió el Ventero, y empezó entre ambos un diálogo muy animado, en una especie de gerga ó algaravía, en que los nombres y los verbos eran de otro idioma muy estraño, pero los artículos, conjunciones y partículas, enteramente de nuestra lengua. Nada entendió el viajero encubierto, ni se curó de ello. Y concluida la conversacion de los otros, que no fue larga, el contrabandista dió la mano muy apretada al Ventero, y volviéndose á mi amigo, con gran impaciencia le dijo:—Vamos, vamos á cenar cualquier cosa, y á dormir, que mañana tenemos una jornada mayor que la de hoy, que no ha sido floja. Ya he dispuesto que en un cuartito arriba se le ponga á Vd. una cama, que con el colchon del tio Trabuco, que es nuestro hostalero, y con las jalmas de mi jaca, y con la manta y ese capote podria servir para un intendente... pero pronto, pronto. Y viendo entrar á la ventera con un haz de leña.—Vamos, tia Veneno, ponga Vd. la sarten y fria unos ajos, que yo le daré pan, y chorizos para que nos haga unas sopas... no es verdad, nostramo.—Si, me conformo con cualquier cosa, dispóngalo Vd. á su gusto.—Vivan los hombres duros, cuidado, que no lo es poco su merced. Dijo el contrabandista y comenzó á sacar de sus alforjas el repuesto.

La tia Veneno puso una sarten enorme al fuego, mi amigo le preguntó ¿para qué tan grande? y respondió la bruja: mientras mas gracia de Dios, mejor. El contrabandista la miró con malignidad, dijo otra palabra en su gerga al Ventero que estaba desmenuzando el pan y cortando los chorizos con una navaja de á vara, y tomando sus escopetas, les quitó el cebo, acomodó la piedra, las volvió á cebar; y las puso á su lado en un rincon, diciéndole al Ventero con una sonrisa de inteligencia: ya estamos listos.

En un santi amen se hizo la cena, y en un santi amen se engulló por mi amigo, su conductor, el tio Trabuco y la tia Veneno; echando sin embargo sopas para una comunidad. El vino de la venta que era una verdadera supia, y el aguardiente de pita de la misma, que era una verdadera ponzoña, se espendieron en abundancia; y sin dejar á mi amigo mas tiempo que el de enceder su cigarro, y el de tirar un zoquete al mastin, con quien habia simpatizado, le dijeron los otros tres en coro: ea, á dormir, á descansar y Dios dé á su mercéd buena no-

che. Y mientras la Veneno subia á rastra al sobrado un colchon miserable, y el contrabandista la alumbraba con el candil llevándose tambien las jalmas y manta de su caballeria, el Ventero picando un cigarro, y valbuciendo un poco porque el aguardiente le trababa la lengua, y queriendo dar á su fisonomía de suela una espresion de bondad y de sencillez, que la daban un aire muy grotesco, dijo á mi amigo; Aquí su merce con toa confianza. No estará como merece, pero yo y mi probeza estamos pa lo que guste maudá, á dormir, á dormir, no tenga su mercé cudiao. En esto volvió el contrabandista, diciendo: al avío, al avío, tiene su merce una cama como la de un obispo; á dormir, á dormir!

Subió mi amigo una escalerilla como el cañon de una chimenea, y entró en un estrecho camaranchon tan rodeado de grietas y mechinales, que corria en él el mismo viento que en mitad del campo; siendo tantas las goteras, que de la mal segura techumbre caian, que se hubiera debido entrar allí, con paraguas: sin ventanas, sin puertas ni vidrieras daba franco paso á una corriente de aire con que hubiera podido moler un molino de viento. Notado lo cual por el contrabandista, tapó, ayudado del tio Trabuco aquel importuno respiradero con una antigua y jubilada albarda que en el desvan yacia.

Acurrucose mi amigo lo mejor que pudo en aquel fementido y apocado lecho, y dándole las buenas noches con encargo de que se durmiese pronto, el Ventero, la bruja, y el sagaz conductor se retiraron con el candil; cerrando por fuera con cerrojo la puerta, esto es, dejando encerrado al huésped. Notólo este, y aun quiso oponerse con buenas razones, que cortó el contrabandista diciéndole: que por dentro no habia pestillo, y que si se dejaba la puerta sin sujecion estaria golpeando toda la noche. Ademas, que él vendria á despertarlo á la hora de la partida. Con lo que quedó mi amigo convencido. Por los resquicios entró la luz del candil dibujando en las toscas paredes rayas irregulares que fueron disipándose hácia el techo, sonaron las pisadas por los escalones abajo, y todo quedó á obscuras y en silencio.

El viajero disfrazado llevaba ya seis dias de penosa marcha y habia andado aquel dia catorce leguas en un caballo troton, por recuestos y vericuetos; circunstancias que bastan para que se crea que pronto quedó dormido. Y aun que en el breve tránsito de la vigilia al sueño y estando ya como se dice vulgarmente traspuesto, oyó abrir

una puerta y luego otra que le pareció la del campo y ruido de gente y de herraduras y de relinchos, sin dársele de ello un ardite se abandonó en los brazos de Morfeo.

Cuatro horas largas de sueño llevaria, cuando los tenaces ladridos del perro le despertaron. Como estaba vestido se incorporó pronto en el lecho; y como notára que el reparo puesto al ventaneo habia venido al suelo, cosa que advirtió porque la luna habia salido, y aunque velada de opacas nubes difundia alguna claridad; se levantó resuelto á volver á tapar aquel boquete. Al acercarse á él, creyó ver á lo lejos cuatro ó seis fogonazos, de que oyó inmediatamente las detonaciones, fijó los ojos á aquel lado pero nada vió, ni oyó mas que el confuso rumor del galope de algunos caballos. Hubiera permanecido curioso en su atalaya, si el frio, y el no haber vuelto á oir rumor alguno no le obligáran á volver á tapar el ventanillo, y á regresar tiritando á su lecho, no sin formar mil conjeturas, precisamente las propias de su estraña posicion.

No volvió en todo el resto de la noche á hacer sueño de provecho, aunque despues de cavilar un rato recobró el cansacio su imperio y lo dejó traspuesto, en cuyo estado, y sin saber si era ensueño ó realidad oyó nuevo tropel de caballos, voces roncas y confusas, ladridos quejidos y carcajadas y como los golpes de un azadon que abrian algun hoyo en el corral, pero todo tan vago, tan inconexo, tan confuso, que en el casi sueño en que se mantuvo hasta el amanecer no le dejó formar ninguna idea distinta y clara.

Ya empezaba el crepúsculo de la mañana, cuando el contrabandista entró á despertarle, y á decirle que era la hora de ponerse en marcha, preguntándole qué tal habia pasado la noche. Muy mal, contestóle mi amigo, amen de las pulgas que me han devorado, y de las ratas que se han paseado á su sabor sobre mí, y del viento y de las goteras, el ruido ha sido infernal..... ¿Qué diablos ha habido esta noche en esta venta?..... ¿han llegado mas pasageros? ¿se ha dado en ella una batalla? ¿qué demonios há ocurrido? replicó el contrabandista: ¿pues qué ha oido Vd?..... y repuso el otro, no es cosa de cuidado, tiros, carreras, ladridos, voces, lamentos..... ¿qué se yo? A lo que el contrabandista con afectada serenidad dijo: vaya, Vd. bebió anoche un traguito mas; nada ha habido, ni nadie á entrado en la venta, sinduda Vd. ha soñado esas cosazas. —¿Cómo sueño? saltó

el viajero. No señor; estaba muy despierto cuando empezó la algazara, he visto y oido los tiros, he conocido la voz del Ventero..... y aun la de Vd.....—Pues si es así (le interrumpió el contrabandista) crea, por que le conviene, que ha soñado..... Y no se dé por entendido, y diga aquí abajo, y en todo el mundo que se ha pasado la noche de un tiron, durmiendo á pierna tendida como un bienaventurado.—Pero hombre, es terrible, dijo mi amigo.... y atajóle su conductor mas bajo. Os importa la vida.... no conoceis lo que son ventas y venteros.... y continuó en voz alta, vamos, vamos, basta de sueño: caramba y qué pesadez!.... al avío, al avío, que ya es tarde.

Bajaron ambos del camaranchon y se dirigieron á la caballeriza, donde tenian ya sus cabalgaduras listas. Pero notó mi amigo que habia otros dos caballos atados á la pesebrera, fatigados, mustios y enlodados. Sacaron los suyos al zaguan-cocina nuestros viajeros; y el disfrazado advirtió temblando que en el suelo habia sangre reciente, que en vano se habia querido hacer desaparecer á fuerza de agua. El monton de escopetas no estaba en el rincon, la bruja encendia el hogar. El tio Trabuco andaba como desatentado. Pagóle el contrabandista, y cambiaron varias palabras fuertemente acentuadas en aquella jerga con que se comunicaban. Cabalgaron al fin los húespedes, y al alargar el Ventero un vaso de aguardiente á mi amigo, advirtió este en la belluda y tosca mano manchas de sangre, y manchas de sangre en la camisa...

Partieron de la venta los viajeros al momento en que el sol asomaba por el oriente, anduvieron como media legua sin decirse una sola palabra. Cuando al atravesar una estrechura se encontraron con un reguero de sangre que iba á perderse en un espeso matorral. Llamóle la atencion á mi amigo, y quiso seguir el rastro: pero su compañero le detuvo apresurado.—¡Señor! ¿Qué ha sido esto? ¡Yo me horrorizo! esclamó aquel, y este le dijo ¡cachaza! ¡cachaza! estas son cosas de mundo, y no me pregunte su merced nada porqué mi oficio es callar... ¿Pero hombre, callar una cosa así? dijo mi amigo. Si señor, contestóle su conductor: del mismo modo que no diré aunque me hagan pedazos ni el nombre de V. ni las desgracias que le obligan á andar por estos vericuetos, porque se ha fiado V. de mi, y esto basta, tampoco diré á nadie aunque me hagan pedazos lo que ha pasado esta noche en la venta, porque se ha fiado de mí el Ventero y esto basta; por lo tanto no me pregunte mas su merced que será en valde.

Tres dias mas duró el viaje, al cabo de ellos llegaron á la frontera, en ella se despidió el prófugo ya en salvo de su fiel conductor, y al ir á gratificarle con unas monedas de oro, las rechazó el contrabandista y le dijo: no qniero mas recompensa de lo qne he hecho por su merced sino que me jure y me de su palabra de caballero de que jamas nombrará la venta de marras, ni contará lo que en ella soñó. Prometióselo mi amigo, se separaron, y volviendo ambos al perderse de vista para despedirse, el contrabandista con una espresion singnlar, puso el índice de la mano derecha en los labios, y gritó á su compañero de viaje: *apanda la mui.*

Madrid, 1839.

DISCURSO

LEIDO EN LA JUNTA PUBLICA QUE CELEBRÓ LA REAL SOCIEDAD PATRIÓTICA DE CÓRDOBA EL DIA 30 DE MAYO DE 1819.

Señores:

Si la ocnpacion mas digna del hombre es la de procurar el bien de sus semejantes, promoviendo la pública felicidad; y si la virtud mas ilustre del corazon humano es la caridad, cnyo influjo benigno y consolador enjuga las lágrimas de la infelicidad desvalida; ¡ cnánto debe, amigos y compañeros, engreirnos y entusiasmarnos el noble objeto, qne nos reune en este lugar, en corporacion numerosa y respetable; y protegida por las paternales miras de un gobierno ilustrado! Promover el bien público de la provincia de Córdoba es nuestro encargo: Encargo grande y sublime, pero que no debe arredrar á los que lo hemos tomado voluntariamente, sin mas estímulo que el amor á la patria y á los hombres; y encargo, que si no podemos llenar del todo, por la misma magnitud de él, no debemos abandonar jamas, oponiendo incesantemente el celo al egoismo, la constancia al desaliento, la ilustracion al error, y alzando la voz magestuosamente para publicar la verdad, sobre los tnmultuosos gritos de la ignorancia y de la supersticion. Si, amigos y conciudadanos: de este modo llegaremos al fin á conseguir el alto objeto á que dedicamos nuestras tareas; pues felizmente vivimos en el siglo en que la filantropía y la ilustracion derraman sn refulgente brillo por toda la Europa, en la nacion á cuya cabeza vemos á Fernando el deseado, y en la provincia que se mira sa-

biamente regida por magistrados celosos y justos, que solo anhelan la pública prosperidad.

A la compasion, á aquel dulce y tierno afecto propio de las almas dotadas de sensibilidad y de virtud, debió su primer origen esta utilísima corporacion: antes que las sabias disposiciones del gobierno determinasen su establecimiento prefijándole constituciones convenientes, y dispensándole generoso patrocinio. La compasion que esperimentaron en sus corazones algunos varones virtuosos al ver que la indigencia, con su mano de hierro, oprimia á varios inocentes párvulos de ambos sexos, que mendigaban por calles y plazas su subsistencia; les inspiró la hermosa idea de reunirse para remediar aquel daño, y formaron la sociedad patriótica de Córdoba, que en seguida fundó este colegio, que tenemos á nuestro cuidado, y llamó la atencion del Monarca sobre los males, que abrumaban á esta provincia la mas feraz de sus vastos dominios. ¡Ah!... ¿Quién puede recordar tan tierno y virtuoso orígen, sin lágrimas de gratitud?... ¿Quién podrá contemplar el desprendimiento y caridad de aquellos primeros fundadores, sin llenar el pecho del dulce respeto, que inspiran la virtud y la generosidad? Sus nombres, sus gratos nombres pasarán de generacion en generacion, no grabados en láminas de bronce, ni esculpidos en mármoles soberbios, que el tiempo hunde, que no resisten al cetro destructor de los siglos, y que en oprobio de la especie humana no han servido generalmente hasta ahora mas que para eternizar tiranias y latrocinios; sino en los corazones buenos y sensibles, mientras haya hombres que amen á su patria y á sus semejantes. ¿Y los que tenemos la dicha de haberlos sucedido, perteneciendo á esta ilustre corporacion, que tan heróicamente fundaron, deberemos descuidar sus santas intenciones, deberemos abandonar la empresa, que se propusieron? No, amigos y compatriotas: trabajemos asiduamente por completarlas, luchemos con todo esfuerzo hasta conseguirla.

La educacion pública fue su primer cuidado, (y quiero llamar particularmente vuestra atencion sobre este punto). No estuvo á su alcance el generalizarla, pero la promovieron en cuanto permitian sus conocimientos y sus facultades, y nosotros siguiendo el rumbo que tan sábiamente emprendieron, debemos consagrar nuestros desvelos á estenderla por la provincia cuyo bien anhelamos, persuadiéndonos á que ha de ser la basa fundamental de nuestras tareas.

Sin educacion pública no hay patria, dice el filósofo de Ginebra, y este es un axioma político que no necesita demostracion. Ella forma, suaviza y modera las costumbres y sin costumbres no hay prosperidad. Hace á los hombres amantes del trabajo y de la industria, y sin trabajo y sin industria no hay riquezas ni poblacion. Las primeras ideas que se inspiran á la juventud son las que rigen sus acciones toda la vida, y de ellas dependen sus inclinaciones buenas ó malas, el respeto á la religion de sus padres, la obediencia á las leyes de su pais, y el amor á su patria, que es el perenne manantial de heroismo, de gloria y de virtudes, manantial que solo puede abrir la educacion pública. Ella sola formó los trescientos jóvenes espartanos, que capitaneados por Leonidas corrieron con frente serena al desfiladero de las Termópilas á contener el torrente impetuoso del formidable ejército de Xéxes. Ella elevó la filosofia y las artes en la gloriosa Atenas al alto grado de perfeccion á que no llegáran jamás. Ella salvó á Roma de la venganza de los sabinos, de las asechanzas de los etruscos, del furor del orgulloso Breno, de la emulacion y colosal poder de la opulenta y belicosa Cartago, y estendió las fasces consulares y las glorias del capitolio por todo el orbe entonces descubierto. Si, solo á la educacion pública debieron aquellas famosas naciones sus glorias su prosperidad su engrandecimiento, pues en la hora misma en que la descuidaron enervados los ánimos de sus habitantes fueron presa del lujo, de la corrupcion, del desaliento y ofuscóse su esplendor, borróse su sabiduría y desplomóse para siempre su grandeza. Harto lo publican la misma ilustrada Grecia, la misma triunfadora Italia, una gimiendo bajo el poderoso y horrible yugo de los bárbaros musulmanes, y otra hollada y destrozada ferozmente por las innumerables huestes de los godos rudos y belicosos. ¿Pero á qué busco en tan remotos siglos las pruebas de mi asercion, si en nuestros dias y á nuestros propios ojos las encontramos? A la educacion pública debe Holanda el haberse afianzado entre sus pantanos y marismas una fuente de riquezas, inagotable, la Moscovia haber salido de las tinieblas en que yacia, para deslumbrar al orbe con su esplendor é imponerle con su poder. Y la feliz Inglaterra el llenar los mares de sus escuadras, las naciones todas de su industria, y el orbe entero de sus gloriosas empresas; al mismo tiempo que ¡oh dolor! el descuido, el abandono total de la pública educacion nos presenta por otro lado convertidos en campos val-

dios los mas preciosos vergoles, en áridos desiertos las campiñas mas risueñas, en yermas soledades las ciudades mas populosas, en mendicidad la riqueza, en peligrosos escollos los puertos mas seguros, y por todas partes lagunas insalubres, campos abandonados, bosques inútiles, telares deshechos, bajeles desmantelados, y vicios, y corrupcion, y miseria y ociosidad... ¿Mas adónde llevo mi discurso, tan olvidado de que hablo á las personas mas ilustradas del territorio cordobés, que conocen mejor que yo el soberano influjo de la educacion? Si, amigos y compañeros, bien alcanza vuestra penetracion que sin ella son casi insuperables los obstáculos que se oponen á la prosperidad de la nacion entera en general, y en particular de la provincia cuyo adelanto es nuestro único anhelo. De esta provincia en que la agricultura debe ostentar todas sus encantadoras riquezas, y que lloramos en el último abandono; pues ciertamente no son hoy por fatalidad nuestra las encantadas márgenes del Bétis, lo qne ya fueron en tiempo de los árabes, por no remontar nuestra imaginacion á mas remota antigüedad. El espíritu de rutina, y la repugnancia general á toda útil innovacion, hijas legítimas de la ignorancia y de la pereza, no son los menores enemigos que se oponen directamente á los adelantos de la cultura de este territorio, y son los únicos que está á nuestro alcance el combatir de frente. Procuremos vencerlos pues y destruirlos de raiz, ya que por desgracia no nos es dado deshacer otros tal vez mayores.

De los progresos de la agricultura nace inmediatamente como observa el ilustrado Smith, y corrobora la esperiencia, el aumento considerable de la poblacion sin la que no hay ni puede haber prosperidad. Los muchos brazos hacen rico y floreciente cualquiera pais, pues con ellos se aumentan sin fatiga las operaciones rurales y se disminuye su costo, progresa la industria, cobrando vida las fábricas, y por do quiera el tráfico y la aplicacion, y la laboriosidad derraman á manos llenas tesoros inagotables. Pero para sacar del aumento de habitantes tan ventajosos resultados es indispensable que la pública educacion les inspire amor al trabajo, pues de lo contrario crece solo el número de consumidores y tienen que apelar á la emigracion para buscar en otros paises el sustento. Y aunque en el dia es ciertamente cortísima la poblacion de esta provincia, no lo es tanto que no haya muchos brazos ociosos, que es el mayor mal que puede sobrevenir á un

pais, y que nace del abandono público y del descuido de la primera enseñanza.

Los varios artefactos indispensables á la necesidad y á la comodidad de la vida humana, deben ocupar los brazos sobrantes de las labores campestres, proporcionándoles honrada subsistencia: y estos artefactos han sido en otro tiempo el esplendor de esta ciudad. Hace dos siglos que mantenia Córdoba 1774 telares de todo género de tejidos de sedas, lanas y linos... ¿Qué se han hecho pues?... ¿dónde estan en el dia?.. ¿Qué fatal conjuro los ha arrebatado de este recinto, los ha confundido en la honda sima de la inexistencia?... ¡Cuántos habitantes se emplearian con fruto del pais y de la nacion entera en sus tareas! ¡Cuánta salida proporcionaria á los cosecheros de las primeras materias! ¡Qué campo tan dilatado á la especulacion de los hábiles traficantes! ¡Cuánta comodidad y arreglo á los naturales, que no tendrian que sacrificar inmensas sumas á la avaricia estranjera para obtener las telas precisas para su decencia, para su comodidad, y para su lujo! No se verian entonces, como ahora, las plazas y calles llenas de niños, que con mengua de las costumbres, con peligro de la religion santa que profesamos, y con escándalo de cuantos aman á su patria, mendigan el sustento; acostumbrándose á la holgazanería, al abandono, al latrocinio y á los vicios todos. No se verian calles y plazas llenas de jóvenes inertes y corrompidos, que embozados en sus capas ofrecen el símbolo mas perfecto de la mas perjudicial y corrompida ociosidad. No se verian, vuelvo á decir, calles y plazas inundadas de ancianos desvalidos y miserables, que porque no les conceden ya sus años y achaques las fuerzas indispensables para empuñar el hazadon ó manejar el fusil atormentan con sus lamentos los pechos compasivos, y espantan á todos con su importunidad. ¿Pero qué han de hacer si nacen en el abandono, y ni ven ejemplos, ni se les inspiran ideas: crecen en la miseria y ni se les proporciona entretenimiento ni se les ofrecen utilidades; y envejecen en la corrupcion y no hallan mas recursos, que los que arrancan sus clamores?.. ¡Oh época desdichada! ¡Oh suelo infortunado que abriga en sí tan inútiles y perjudiciales habitantes! Ilustrados amigos, compatricios generosos, unamos nuestros esfuerzos para educarlos, para inspirarles ideas convenientes, para proporcionarles talleres; y haremos de ellos vivientes útiles y buenos, que sepan hacer la felicidad y grandeza de esta provincia, que puede llegar al mas

alto grado de esplendor y riqueza, cuando el amor al trabajo, la aplicacion, y las buenas costumbres se empeñen de consuno en su favor. ¡Qué campo tan espacioso ofrecen á nuestros planes este cielo benigno, la buena índole de estos naturales, la feracidad de estas campiñas, las delicias de estas sierras, y este caudaloso rio; este rio, que debe ser el tesoro, el raudal de riqnezas incalculables del privilegiado pais por donde dilata su curso magestuoso y apacible. Ya afortnnadamente ha llamado la atencion de nnestro celoso gobierno, que promueve con todo ahinco las importantes operaciones por medio de làs que se ha de sacar todo el frnto que encierra su risueña corriente. Ayudemos nosotros á la sabia compañía qne las ejecnta con ardor; allanemos los estorbos qne la ignorancia le ha opuesto ya en este distrito, y hagamos nuestras las comunes ventajas qne va á derramar pródigamente el dnlce y fecundo Guadalquivir. Corran sus agnas por los llanos inmensos que señorea, fertilizando con sn riego vivificador los terrenos. Aumente el arte sus caudales, que la desidia y el abandono disminuyen de dia cn dia; cúbranse sns márgenes de bajeles que esporten nuestros granos, nuestros caldos, nuestras prodncciones de todo género, nuestros artefactos de plateria y de curtidos; cobre vida el comercio, casi casi moribnndo en esta ciudad, y desaparezca la miseria y la desolacion y el monopolio que nos esterminan por momentos, tornando á la hermosa Córdoba, á la opnlenta córte del soberbio Almanzor en una triste y silenciosa aldea, donde solo se ven vestigios y ruinas que llenan de lágrimas los ojos y de luto el corazon.

¡Oh, Córdoba, Córdoba! amada patria mia: permite á mi labio, que lamente tus desgracias presentes, permite á mi pechó, que se desahogue en copiosas lágrimas al ver tu actual estado, y al recordar tus antignas glorias, que desaparecieron sin dejar rastro de ellas, como desaparece el relámpago entre las nubes... Mas no, ¡oh! ciudad insigne, patria de los Sénecas y de los Gonzalos: no será eterno tu abatimiento. Tus nobles y generosos hijos, los celosos individuos de tu sociedad patriótica lloran conmigo tus desastres, y dedican sus tareas y desvelos á tornarte á tn antiguo esplendor y á tn debida grandeza y magestad. Ellos tuvieron aliento para oponerse varonilmente á la depredaccion y barbarie del tiránico gobierno francés, que tenia decretado el último golpe á tu espirante agricultura. Ellos luchando cuerpo á cuerpo con la escasez de recursos de aquella época fatal alimentaron,

animados de la mas pura humanidad, á tus infelices habitantes, que iban ya á ser víctimas del hambre asoladora bajo aquel sistema invasor y brutal. Ellos protegen y fomentan la educacion de las niñas desvalidas de tu recinto, que serian sin sus desvelos presa tal vez del desenfreno y de la desmoralizacion. Ellos han traido á tu territorio máquinas útiles al cultivo de tus campos. Ellos, en fin, penetrados de que sin ilustracion no hay ni puede haber prosperidad, han fundado y patrocinan con esmero una academia general, que sea centro de las luces, y de donde se difundan á derramar su benéfica influencia por tu seno con gloria y ventaja tuyas, y lustre de la nacion entera. Pues ciertamente en tí que fuiste emporio de la sabiduría bajo el imperio Sarraceno, y en tí cuna de los mayores ingenios del mundo; deben ser cultivados todos los ramos del saber humano como en su propio trono. Si; los miembros de tu sociedad patriótica, tus amorosos hijos, tus celosos gobernantes se sacrificarán gustosos por tu bien, y no contentos con los pasos hasta ahora dados por engrandecerte, redoblarán sus esfuerzos, y promoviendo tu educacion pública, fomentando tu agricultura, resucitando tu industria, animando tu comercio, cooperando á facilitar tu navegacion interior, y protegiendo las ciencias y las artes, brotarán de nuevo en tu seno las virtudes, las riquezas y la felicidad.

¡Oh individuos de esta respetable corporacion! ¡oh ilustres y generosos conciudadanos! No os asombre lo colosal do mis ofertas: ni os aterre tampoco el lastimoso cuadro de infortunios que os ha presentado mi discurso, pues aunque son harto ciertos por desgracia, no son enteramente irremediables. Mucho pueden alcanzar nuestros esfuerzos, y si no nos concede el destino ver en nuestros dias el feliz resultado que anhelamos; preparemos á lo menos el camino por donde lo consigan, los que nos suscedan en tan digno empeño, y siempre la gloria será nuestra. Los grandes males públicos no se remedian instantáneamente. Es necesario el tiempo, es indispensable la constancia. Luchemos con las dificultades, despreciemos el frio ceño del egoismo, los sarcasmos de la ignorancia, las maquinaciones de la maldad, las asechanzas de la supersticion; y sigamos magestuosamente nuestra marcha hácia el bien, como el sol venciendo las negras nubes y las espesas nieblas camina sin que nada le interrumpa por la vasta inmensidad de los cielos derramando torrentes de luz y vivificando cuanto exis-

te en la natnraleza. Nnestro celo podrá escogitar recursos, nuestro ejemplo animar á los que por falta de temple de alma no se deciden á lo bneno, aunque lo conozcan; nuestros clamores para despertar la generosidad de los poderosos propietarios y capitalistas á que abran sus inútiles tesoros para dar cima á nuestros proyectos de utilidad pública, y nuestras súplicas, y nuestras reverentes reflecsiones romperán las trabas que la entorpezcan. Si; no serán infructnosos nnestros afanes, consegniremos nuestro sublime objeto. Animo, ilustrados y generosos compatricios: las luces del siglo, que se esparcen por todas partes con radiante esplendor, el celo de nnestros celosos magistrados, y la proteccion de nuestro católico Monarca, que honra con decidida proteccion las sociedades patrióticas de España; nos convidan á redoblar nuestros esfuerzos, en bien de la deliciosa provincia cordovesa. Animo, y no desmayemos jamas.

¿Qué ocupacion mas grata que la de desvelarse noche y dia por la felicidad de nuestra patria y de nuestros semejantes? ¿Y quién puede llenarla mas santamente, mas á cubierto de los tiros de la envidia, que nosotros, que en esta ocupacion nos constituimos sin mas interés personal, sin mas esperanza de premio que la satisfaccion que resulta á los pechos sensibles y virtuosos de haber hecho algo en favor de la menesterosa humauidad?... Este es el único galardon que apetecemos, galardon el mas rico y esplendente. Las riquezas, los honores, y aun la fama misma, suele repartirlas injustamente el capricho, la parcialidad y la ignorancia á los seres mas inútiles y tal vez mas perjudiciales de la tierra; pero la interior complacencia de haber obrado el bien, es siempre la corona de la virtud, corona mas apreciable, mas esplendente, mas encautadora que la que ciñe las sienes de los soberanos, y que las murales y triunfadoras que dieron á sus héroes las antiguas naciones.

DISCURSO DE RECEPCION

LEIDO EN LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

LA TARDE DEL 29 DE OCTUBRE DE 1834.

Señores :

Al tener la honra de tomar asiento en esta sala, como individuo de la Academia Española, veo cumplido uno de mis mas ardientes deseos, que me ha acompañado como una ilusion, como un imposible en mis peregrinaciones y desventuras. Y ahora que la instabilidad de la suerte y la bondad de los ilustrados académicos, que componen esta corporacion respetable han realizado, sin merecerlo yo, mi anhelo de tantos años ; no desahogaria mi corazon sino les manifestara mi cordial agradecimiento.

Idólatra por instinto de mi lengua nativa desde mi infancia, la he cultivado con teson, ya que no con buen éxito, toda mi vida... ¿Y cómo podia dejar de apasionarme de tan hermoso idioma, habiendo sido educado en el Real Seminario de Nobles de esta corte, cuando la expedicion de Catalanes y Aragoneses, escrita por Moncada, era el primer libro que despues de la cartilla, ponian en nuestras manos : y cuando en el curso de nuestros metódicos estudios, Garcilaso, Cervantes, Herrera, Los tres Luises, Mendoza, Mariana, Solis, Melendez y Jovellanos eran los autores con quienes nos familiarizaban? Acostumbrado pues á estudiarlos de dia y de noche, y á retener sus mejores trozos en mi memoria ; imitarlos y aun copiarlos fué mi único anhelo,

desde que en mi primera juventud empecé á cultivar las letras, y á dedicarme casi exclusivamente á la poesia: pugnando siempre por dar á mis frases y periodos el sabor peculiar de nuestra lengua, y el giro establecido por nuestros buenos escritores. No soy tan jactancioso que crea haberlo conseguido; pero lo alego como mérito, porque lo es siempre el trabajo constante empleado para llegar á un fin glorioso, aun cuando este no se consiga, por debilidad de las propias fuerzas, en que no tiene dominio alguno la voluntad. De lo que sí me jacto, señores, es de haber mirado siempre con horror la plaga bárbara de modismos peregrinos, de frases advenedizas, y de palabras exóticas, con que afearon y corrompieron nuestra hermosa lengua Castellana la turba de traductores famélicos, que apareció en nuestro suelo, desde que el trastorno político y la mudanza de dinastía, ocurridos el siglo último, nos hicieron de mal grado ver, oir, pensar y hablar á la francesa. Por lo mismo pues que siempre miré con horror el daño incalculable hecho así al habla hermosa de mis abuelos; no aparté nunca los ojos de esta corporacion ilustre, creada por providencia divina al mismo tiempo que nació el mal, como para combatirle y deshacer su maléfica influencia. Y este objeto lo ha tan completamente llenado la Academia que pudiera decirse que el crisol que le sirve de emblema, apareció desde luego, y ha ardido siempre como un faro que enseña la entrada del puerto seguro, entre las tinieblas de la noche, y la confusa ceguedad de los hinchados mares. Conocidos son los esfuerzos de la Academia española, por conservar puro y con mejoras el depósito que se confió á su celo: su gramática, y su diccionario, y las obras premiadas por esta ilustre corporacion en los certámenes públicos, han sido sin duda los puntales que han impedido el desplome total del edificio.

Cuando llegó el memorable año de 1808 en que nuestra patria recobró su grandeza, y volvió á ser España; á pesar del estruendo de las guerras y de las fatigas de aquella época gloriosa y trabajada; las ideas nacionales dieron nuevo impulso á la lengua nacional; y basta en los partes de oficio y en las comunicaciones militares se empezaron á saborear las ventajas de un estilo castizo y español. Y muy luego en la tribuna pública se oyó hablar la lengua de la patria con gala y con pureza, y vimos en todas partes hacerse alarde, de palabra y por escrito, de frases que yacian en el olvido, y que volvieron á aparecer como triunfando de las introducidas del idioma de los invasores... El

término de aquella guerra gloriosa no está olvidado, ni se olvidará en muchos siglos, como tampoco los seis años que por desgracia le siguieron, ni otra época de corta duracion y harto borrascosa que vino despues; tiempos todos poco favorables al cultivo de las letras, y al adelanto del idioma. ¿Y en los últimos diez años habrán podido por ventura, hacer aquellas muchos progresos, y encontrar este grandes ventajas?.. No me toca á mí, señores, deslindar este punto... A fines del infausto año de 1823 salí prófugo y proscrito de esta patria, por cuya independencia derramé mi sangre, á cuya libertad he sacrificado de todos modos mi existencia: y el no oir la dulce habla de mis mayores, fue acaso la privacion mas grande y una de las mas dolorosas que he padecido durante mi prolongado destierro. Aunque para suplir la falta de la voz viva de mi idioma patrio, un Quijote, y la coleccion de poesias castellanas desde tiempo de Juan de Mena hasta nuestros dias, maestramente escogidas y diestramente coordinadas por un literato insigne, que me escucha y con cuya amistad me honro; me acompañaron como amigos inseparables en mis peregrinaciones... ¡Cuántas veces bajo los gigantescos árboles de los bosques de Kensingtom, en medio del borrascoso mar Cantabrio, en las verdes aguas del mediterráneo, entre los risueños riscos de Piombino y de Montenovo, sobre los dorados escollos de Malta, al través de las deliciosas islas del mar Egéo, en las apacibles márgenes del Loira, y en los simétricos jardines de Versalles, he hecho resonar al ambiente, (el ambiente que no habia nutrido mi infancia y que estaba lleno de susurro, de idiomas para mí desapacibles, porque al cabo no eran el que mamé en la cuna), con una estancia de Garcilaso, con un soneto de Lope, con una quintilla de Gil Polo, con un sabroso párrafo de Cervantes!.. Sí, muchas veces: y la estancia, el soneto, la quintilla y el párrafo, pronunciados por mí con voz doliente y pecho palpitante, y repetidos con sorpresa por los ecos estranjeros ó me exaltaban deliciosamente con engañosas ilusiones de lo pasado y del porvenir; ó me sumergian en aquel recogimiento profundo, que inspiran la desgracia y la persecucion no merecidas, y de que nacen la resignacion á los decretos del cielo, y el desprecio amargo de la injusticia de los hombres. Sí, señores; asi como Mr. de Chateanbriand se vanagloría de haber bebido siempre en los rios célebres, que atravesó durante sus peregrinaciones y varias fortunas; yo me glorío, y creo que con mas razon, de haber

hecho siempre resonar en alta voz mi idioma patrio, por cuantos mares y por cuantas tierras me ba arrastrado mi adversa suerte.

Llegó por fin el venturoso dia en que apiadado el omnipotente de las lágrimas de los buenos, y de los desastres del pueblo español; dispuso remediar sus males y poner término á sus desventuras. Apareció la inmortal *Cristina*, asi como aurora de nn nuevo dia de gloria y de prosperidad. Su mano benéfica abrió las puertas de la patria, con honra, á los injnstamente proscritos. Y yo, uno de ellos, volví á sn seno y á los brazos de mi familia, causándome al atravesar el Pirineo, el oir nuevamente el idioma español una sensacion de placer inesplicable, que sumergió mi alma en un delicioso delirio, donde se borraron de mi memoria mis largos padecimientos... Abusando estoy sin duda de la benignidad con qne soy escuchado, bablando inconsideradamente de mí mismo... Disculpeseme este estravío... Es tan dulce para los qne desgraciados fueron, el recordar sns infortunios cuando es pasado el mal influjo de las estrellas, que siempre se mezclan sus recuerdos con cnanto piensan hablan y escriben.

He recordado la decadencia de nuestro idioma, que si bien empezó, como era forzoso, con la decadencia de la monarquía, y con el menosprecio de nnestras instituciones saludables; cayó en decrepitnd en el deplorable reinado del imbecil Cárlos II; y murió por decirlo asi, poco despues con la desnaturalizacion de estudios y de preceptos, que siguió como era regular á la violenta desnaturalizacion de ideas y de intereses nacionales. Y be dicho tambien que esta ilustrada Academia fue la guardadora única de la pureza del lengnage patrio; y lo fue y lo ha sido ayndada por algunos pocos escritores, que *aparent rari nantes* en el largo periodo transcnrrido desde la extincion de la dinastía austriaca; y por los esfuerzos del Sr. D. Cárlos III, príncipe á quien entre otros mayores beneficios debe mucho España por sus esfuerzos para restaurar las letras y el babla de nuestros antepasados. Pero la Academia no podia ser mas que su conservadora, ó por mejor decir el santuario en que se guardaba su última llama trémula y moribunda; aquellos raros escritores, estrellas fugitivas; y los deseos de un monarca, infructuosos; cuando la fuerza de las circnnstancias tenian aprisionado al ingenio, y viciadas las fuentes del saber. La censura, la inqnisicion, el fanatismo, y una política equivocada y opresora, no son elementos que producen escritores, y no habiendo escri-

tores no hay idioma. Los idiomas crecen con el siglo, adelantan con la sociedad, se nutren con los nuevos descubrimientos de que nacen nuevas ideas se perfeccionan con el uso libre é ilustrado. Pero cuando no tienen estos caminos por donde ensancharse y medrar, se estancan cuando se estanca la civilizacion, retroceden, se pierden y se confunden con los idiomas estranjeros, que siguen como un torrente el curso de los progresos humanos. Asi ha sucedido con el español un dia dominante en ambos mundos; hoy circunscrito con grandes mermas y desmejoras á los límites de nuestra Península.

Afortunadamente comienza otra época mas venturosa, que así como será de regeneracion para nuestra patria, lo será para nuestra lengua. La juiciosa libertad que empieza á restablecerse en España, con la oportuna restauracion de nuestras antiguas leyes fundamentales que pronto se desarrollarán magestuosamente, cual lo exige el interés público; no tardará en ponernos al nivel de las naciones civilizadas; y dará por consecuencia un nuevo impulso á nuestro idioma, al dar nueva fuerza y nacionalidad á nuestros pensamientos. Quitadas las trabas al ingenio, prenda española, como produccion de este suelo feraz y delicioso, ó como influencia de ese cielo trasparente y magnífico, que nos cubre, volará de nuevo y sacará de los espacios inmensurables de la imaginacion tesoros abundantísimos, en que hacer alarde, de la pompa y gala del Castellano, en que resucitar sus gallardas frases olvidadas, en que enriquecerlo con nuevos giros, que no dejan de ser castizos por ser originales. Familiarizados los españoles con las ciencias modernas, amoldarán su lengnage á la precision y claridad con que deben tratarse tales materias. Abierta la comunicacion franca con las naciones ilustradas, que tantos pasos nos han aventajado, durante el último siglo, en la carrera del saber y del buen gusto; nos aprovecharemos de sus adelantos, y para levantar nuestra literatura, y por consiguiente nuestro idioma, veremos que hay muchos caminos por donde cultivar con feliz suceso las letras; que los impulsos internos, las inspiraciones espontáneas y la índole propia del gusto nacional, no deben de ser repelidos y desechados; y que aun los preceptos menos controvertidos, no pueden hacer mas que indicar los escollos que se han de evitar, pero no reducir á uno solo los infinitos y apartados rumbos, que pueden seguirse con buen éxito. Cultivadas con entera libertad las ciencias políticas y morales, producirán escritores que fijen y pulan y perfeccionen nuestra

lengua, haciéndola mas lógica y un tanto menos vaga y redundante, mejoras imposibles de conseguir en otra época no tan ilustrada como la presente, y en la cual los que escribieron de estas materias forzosamente hubieron de perderse en las argucias y sofismas del escolasticismo.

Pero los elementos que mas levantarán el habla española, en esta nueva y feliz época de libertad, serán indudablemente el *teatro, la sociedad y la tribuna pública*. En el *teatro*, cayendo á par de las preocupaciones políticas las literarias, y animados nuestros poetas con el ejemplo de los mas insignes de que hoy blasona la Europa culta, veremos revivir los ingenios de Lope, de Calderon, de Moreto, de Alarcon y de Solis. Y con el cultivo de la comedia española, cual ellos la concibieron y fundaron; renacerán aquellas frases discretas y corteses, aqnella conversacion amena y picante, aquella espresion feliz de los humanos afectos, y un buen gusto y cultura universales. Quedando en el olvido (que ya es tiempo) los frios y compasados diálogos franceses, las ya caducadas frases de la córte de Versalles, y el giro de conversacion cortado, violento, y opuesto totalmente á nuestro modo de ver y de sentir. *La sociedad*, que empezará á gustar las delicias de la cultura, y que verá con pasmo que el pensar y el escribir no son orígen seguro de persecucion; aficionada ya á los admirables romances de Walter Scott, y á la sublime originalidad de Lord Byron y de Victor Hugo, animará á algunos ingenios privilegiados, para que resuciten nuestras viejas crónicas y olvidados romances en novelas históricas, donde la variedad de situaciones ofrezcan márgen ora á imitar los largos períodos narrativos de Mariana, ora las escogidas y simétricas frases de Solis, ora las festivas y sonoras cláusulas de Cervantes, ora los apasionados capítulos de Fr. Luis de Granada. *La tribuna pública* abre el mas ancho y hermoso campo á la elocuencia, para en él trabajar y perfeccionar el lenguage, ya desplegando toda su pompa y magestad en los discursos de aparato, ya toda su abundancia y elasticidad en presentar los argumentos y raciocinios, ya amoldándole á la precision indispensable en los cálculos, y á la pura y sencilla claridad con que deben controvertirse los negocios de interés general.

Nuestra lengua, la mas magnífica y sonora de las modernas de Europa (aunque perdone la italiana) necesita cultivo, no nos alucinemos, necesita cultivo para ponerse al nivel de las otras que valen esencial-

mente mucho menos que ella. Necesita el cultivo del saber, bajo la sombra de la libertad. Necesita cultivo, para unir á su pompa y gallardía la precision y economía, abundancia del idioma inglés, y la ligereza, pulimento y claridad del idioma francés. Aquel ha adquirido sus dotes inapreciables en los debates parlamentarios, en el espíritu de asociacion, en la abundancia de escritores especulativos, en la cantidad crecida de sus poetas filósofos. Este ha adquirido sus ventajas en los salones y teatros, en la ilimitada libertad de pensar y escribir, en los adelantos de la civilizacion.

En tanto nuestra lengua formada mucho antes que estas de que acabo de hablar, y perfecta y adulta, cuando aquellas estaban en la infancia mas ruda, paralizada de pronto cuando se hallaba solo rednciда á crónicas, á A. A. ascéticos, á varios libros de pasatiempo, y á poetas que tenian que perder las fuerzas de un ingenio colosal en descoloridas copias, en fruslerias, y en varias amplificaciones, se acogió al teatro, que era el campo de sus triunfos: pero muy luego, un perverso gusto, hijo de una época fatal, la arrojó tambien de aquel último atrincheramiento. Paralizada pues, vuelvo á decir, por no decir retrógrada cuando comenzó el rápido progreso en que tan corta parte ha tomado nuestra desgraciada nacion, se ha conservado afortunadamente en este santuario, pura, ya que anduviese desfigurada en el uso comun; para que pueda ahora aprovechar de las felices circunstancias de regeneracion nniversal, que nos ofrece el cielo propicio. Aprovéchese pues de ellas nuestra lengua patria, brille cual le compete, no solo como la mas sonora y magestuosa, sino como la mas culta, preciosa y pulimentada de cuantas suenan en el mundo; y sea la gloria de esta corporacion ilustre, que nos la guardó y conservó durante su adversa fortuna.

DISCURSO DE RECEPCION

LEIDO

EN LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EL DIA 24 DE ABRIL DE 1853.

Señores :

Es tan grande la emocion que agita mi alma al encontrarme en este lugar, en medio de un auditorio tan respetable, y en el momento de conseguir, sin yo merecerlo, entrada en la ilustre Academia de la Historia; que dudo si mis lábios podrán expresar con la palabra las ideas que se agolpan en mi mente, los efectos que arden en mi corazon. Pues si es alta la honra que me ha dispensado esta Corporacion insigne dignándose de abrirme sus puertas, y de concederme asiento entre sus claros varones; ha llevado aun mas allá el exceso de sus bondades, señalando este dia solemne en los fastos de la Academia, para recibirme en su seno, y para que mi débil voz resuene por primera vez en el Santuario de la Historia.

Porque hoy es, Señores, el dia señalado para coronar el acierto de los escritores, que han sobresalido en el exámen de los dos puntos históricos interesantísimos, que propuso esta Real Academia á las investigaciones de los que cultivan estos estudios con asiduidad y aprovechamiento; y el primero en que, en virtud del ensanche que los nuevos estatutos le conceden, manifiesta pública y solemnemente el estímulo y el empuje que dá á la ciencia, premiando del modo mas lisonjero y mas honroso á los que en su cultivo sobresalen.

¡Digno empleo ciertamente de esta sábia é ilustre Corporacion, el de estimular y recompensar el estudio de la Historia! De la Historia, que nos conserva vivas las edades pasadas; que dá lecciones severas y graves á la presente; y que lega avisos importantísimos á las venideras. De la historia, de esa ciencia sublime en que se sigue paso á paso el progreso de la humanidad y el desarrollo de sus facnltades intelectnales. De la Historia, en que se vé y se estudia el curso, lento sí, pero seguro, con que atravesando los obstáculos de sus propias pasiones, y de las vicisitudes de los tiempos, ha llegado el hombre desde el grito inarticulado, desde la rústica cabaña primitiva y desde el rudo ejercicio de la caza, para arrastrar nna miserable existencia, hasta crear los idiomas; hasta fijar con sábias leyes sus deberes y sus derechos; hasta dar vida al pensamiento y cuerpo á la palabra; hasta levantar el Coliseo y la Cúpula de San Pedro y el Monasterio del Escorial; hasta medir y pesar los astros y predecir sus movimientos; hasta humillar los borrascosos mares, sin mas impulso que el del vapor; hasta hablar instantáneamente de un extremo al otro del globo por medio de la electricidad; hasta la civilizacion moderna en fin, con la que ha llegado á ser el hombre verdadero dueño y dominador del Universo.

No, no hay estudio mas interesante, mas alto, mas sublime, que el de la Historia; porque el estudio de la Historia es el estudio de la humanidad, y al mismo tiempo el estudio de la providencia. Si bien se mira y se contempla en las páginas de la Historia, cuanto el hombre puede y alcanza, mas que por su organizacion física, la mas perfecta de todos los seres, por la fuerza ocnlta del soplo de vida, del alma inmaterial é imperecedera, que le infundió el Omnipotente; y se estndia y se comprende la lucha eterna, en qne sn frágil barro y su alma inmortal están con sus pasiones brutales y con los estravíos de su inteligencia; tambien en las páginas de la Historia se contempla, se estudia, se comprende, cómo la mano invisible de la Providencia encamina al género humano, en sus distintas razas y en todas las regiones del globo, por la misma senda; y dejándolo caminar, por ella libremente y segun los impulsos del libre albedrío, lo empnja benéfica ó lo detiene justiciera, segun marcha hácia el fin ó retrocede del fin á que lo tiene destinado, para sus miras santas é inescrntables.

Si del estudio de la Historia general pasamos á la de la particular de

cada raza y de cada país, aumenta en interés y en utilidad, y este interés y esta utilidad suben á su mas alto punto cuando se trata de la Historia de la propia nacion. El interés, porque los hechos que se refieren y admiran ó vituperan son los de nuestros mayores; y la utilidad, porque las lecciones del tiempo pasado son mas aplicables al tiempo presente. Pues la vida de los distintos pueblos es como una cadena, cuyos eslabones van enlazados los unos en los otros desde el primero hasta el último: y en la vida de las naciones hay una lógica inflexible, porque todos los sucesos son siempre consecuencia indeclinable de los que les han precedido.

El estudio pues de la Historia patria es el mas útil, el mas interesante, el de mayor importancia: y al estudio, á la rectificacion y al engrandecimiento de la Historia patria, dedica especialmente sus trabajos, sus investigaciones y sus afanes la Real Academia á quien tengo la honra de dirijir la palabra. Y me es forzoso decir, aunque ofenda su modestia, que cumpliendo tan honroso empeño ha prestado y está prestando los mas útiles y brillantes servicios á la ciencia y á la nacion.

La Academia ha sacado del oscuro polvo de los archivos á la luz pública los documentos mas preciosos, que refieren y atestiguan hechos gloriosísimos de nuestros mayores y que patentizan los progresos de la civilizacion en nuestro suelo, y los pasos que ha ido dando desde los mas remotos siglos. La Academia ha evocado de la tumba del olvido esclarecidos nombres y notables hechos, sin cuya noticia era imposible dar el verdadero valor á posteriores hazañas, ni comprender y explicar posteriores acontecimientos. Y no solo ha hecho un gran servicio á la ciencia con la publicacion de interesantes documentos casi desconocidos, y que dan gran luz á la historia de nuestro pais; sino tambien restableciendo el texto íntegro y correcto de antiguas crónicas, y aclarando completamente la verdad de hechos, que andaban desfigurados por la tradicion ó en las obras de ligeros, apasionados y extraños escritores. Y no es menor servicio el que ha prestado esta ilustre Academia, salvando de su total ruina ó desaparicion documentos del mayor interés, que estaban diseminados en manos ignorantes que no conocian su valor; ó que en las mismas antiguas Bibliotecas hubieran emigrado ó perecido en los modernos trastornos y en tiempos fatales, en que se miraban estas preciosas joyas, ora con extremada codicia, ora con extremada indiferencia.

Y no solo los documentos escritos han sido el objeto de las investigaciones científicas de este ilustre cuerpo y el fundamento de sus trabajos. No, con igual afan y no menor acierto, me complazco en decirlo, se ha desvelado por investigar, por estudiar, por adquirir otros aun mas importantes, aun mas auténticos, aun mas elocuentes que los escritos. Los que lo están con caractéres de piedra y de metal en los antiguos monnmentos injuriados por los siglos, en las murallas derruidas y castillos desmantelados, que pregonan nna lucha encarnizada de ocho siglos entre dos razas, entre dos religiones distintas: en las Basílicas, testimonio de la piedad de nuestros héroes, en los quebrantados sepulcros, en las rotas lápidas, en las casi borradas inscripciones, y en los incompletos utensilios de hierro y en las armas enmohecidas, y en las medallas y en las corroidas monedas, qne se encuentran sepultadas en la tierra y sobre las que en vano se estampó la huella asoladora de los siglos. Documentos todos de altísima importancia, porque son irrefragables y aseguran la existencia y la autenticidad de grandes nombres, de grandes hechos; porque atestiguan de un modo positivo el estado de las creencias, de la civilizacion, de las artes en el tiempo en que se construyeron; y porque sus fechas y las épocas, que por su forma, por su esencia, por su nso, por su carácter particular designan de una manera positiva é incontestable, dan seguros datos á la cronolojia, sin la que nada vale, nada dice, nada enseña la historia.

Pero no eran bastantes para satisfacer el celo ardiente de esta sábia corporacion los servicios que acabo de recordar á tan respetable auditorio, y que ha prestado sin desmayar ni un punto en sus sábias tareas, desde que debió su fundacion á la munificencia del señor rey Don Felipe V de feliz memoria. Pues animada hoy con la altísima proteccion que le dispensa bondadosa la augusta descendiente de aquel monarca, la ínclita Isabel II, que para bien de las Españas ocupa felizmente el trono de San Fernando, ha querido llevar aun mas allá sus esfuerzos y promover y estimular á los escritores españoles á que trabajen para ilustrar la Historia patria, ofreciéndoles los honrosos premios, que hoy van á adjudicarse, y proponiendo los asuntos que le parecieron mas convenientes para que se ejercitasen los entendimientos y las plumas de los que quisieran disputar la corona en tan honrosa y lucida palestra.

¿Y qué asunto mas grande, mas filosófico, mas trascendental, que el *exámen histórico crítico del influjo que haya tenido en la poblacion, industria y comercio de España, su dominacion en América?* Este fue uno de los asuntos propuestos por la Academia. Y fue el otro la *Historia del combate naval de Lepanto*, y *juicio de la importancia y consecuencias de aquel suceso.* ¿Quién podrá desconocer, señores, el acierto de la eleccion y el ancho campo que ofrecen tan oportunos argumentos al estudio, á la reflexion y á la crítica.

Cuando España, despues de la reunion de los dos grandes reinos en que estaba dividida, formó un verdadero cuerpo de nacion; y cuando acababa de lanzar de su suelo los últimos restos de las razas de Oriente, que por espacio de ocho siglos fueron sus opresoras; y cuando se constituia en una sola y grande monarquía, cuyo dominio no se encerraba solo en el ámbito de la Península, sino que se estendia por la rica y esclarecida Italia; llamó á sus puertas un hombre oscuro, un soñador estranjero, un pobre piloto genovés, á quien Dios habia marcado con el sello de su omnipotencia, dándole una fé ardiente, una perseverancia heróica, y una idea sola y fija, tan nueva como lo desconocido, tan elevada como los astros, tan grande como el universo. Los monarcas y los poderosos de la tierra le habian negado su acceso, como á un absurdo arbitrista; los sábios de la tierra lo habian desdeñado, como á un iluso estravagante; los pueblos de la tierra lo habian escarnecido, como á un desdichado demente. Pero la grande Isabel, gloria de su siglo y predilecta del Señor, vió á aquel hombre y lo oyó, y conoció que era un instrumento de la Providencia, instrumento para llevar á cima un altísimo designio. Y comprendió al ente estraordinario y lo admiró y le ayudó á la obra desconocida con su convencimiento, con sus tesoros, con su firme y soberana voluntad. Y España que ya tenia un cardenal Mendoza, un Cisneros y un Gran Capitan, tuvo como donativo de su Reina, un Cristóbal Colon, y con él un nuevo y desconocido mundo.

Sí, conducido por la mano de Dios aquel instrumento de su omnipotencia, atravesó en frágiles naves españolas desconocidos mares, siguiendo el curso del sol, y descubrió las inmensas y ricas regiones de Occidente, que el heroismo y la noble espada de Hernan-Cortés y el arrojo y la dura lanza de Francisco Pizarro añadieron, con eterna gloria del nombre español y exaltacion de la religion cristiana, á la mo-

narquía española, haciéndola la mas grande, la mas opulenta, la mas poderosa de la tierra.

Este acontecimiento de tanta influencia en el mundo, ¿cómo no habia de tenerla en la nacion, que lo habia llevado á cabo? Aquellas regiones inmensas, despobladas, vírgenes, las mas feraces del globo, ¿cómo no habian de llamar á su seno á sus señores de Europa, del pais trabajado y empobrecido con tantas y tan pertinaces guerras, y poco despues despedazado con tantas disensiones y ensangrentadas controversias? Aquellas montañas preñadas de preciosos metales, ¿cómo no habian de despertar la codicia de sus nuevos poseedores? Aquellos estensos páramos, y aquellos enmarañados bosques, ¿cómo no habian de necesitar de los esfuerzos de la industria para ser fructíferos y debidamente beneficiados? La necesidad de estar en continuo contacto con aquellas remotas playas, ¿cómo no habian de influir en la navegacion? Y los ricos productos de aquellos climas, y las necesidades de sus nuevos señores, ¿cómo no habian de dar un nuevo impulso al cambio, un nuevo ensanche al comercio? ¿Y qué influencia no debieron ejercer en las costumbres y en el carácter de nuestros padres el orgullo de tan prodigiosas conquistas; las inesperadas riquezas que se derramaron por la Península; las nuevas necesidades que el uso de las producciones peculiares de América introdugeron; y por el ancho campo que aquellos vastos y remotos paises ofrecian á peregrinas aventuras, al rápido engrandecimiento, al hallazgo de tesoros incalculables, y hasta al refugio é impunidad de los díscolos y malhechores?

Si la influencia de aquel portentoso descubrimiento y de la conquista y posesion de aquellas vastísimas regiones, fue perjudicial ó provechosa para España, es cuestion muy debatida por filósofos y economistas, y en que se han exagerado, como siempre acontece, las razones de unos y otros, ya con graves y fundados argumentos, ya con sutiles y brillantes sofismas. No es de mi propósito entrar en ella, pero diré de paso: que ciertamente el descubrimiento de aquellos vastos paises, y las riquezas que ofrecian, ocasionaron una emigracion de que pudo resentirse nuestro suelo: que el raudal de oro y de plata que envió América á nuestros puertos, hizo innecesario el trabajo con perjuicio notable de la industria y de la agricultura, que creció entre nosotros el amor á las aventuras y á buscar fortuna sin mas medios que la osadía. Pero creo firmemente que si nuestros reyes empeñados, por

desgracia nuestra, en las guerras de Flandes, y en contrariar la dominacion francesa en Italia, hubieran conocido la importancia del nuevo Continente; y si se hubieran aplicado principios económicos mas acertados á la administracion de aquellos paises; y si la eleccion de los funcionarios públicos enviados á regirlos y administrarlos hubiese sido mas severa y acertada; y si se hubiera en fin dado mejor empleo á los inmensos caudales que de allí venian, acaso aun se llamáran Españolas aquellas extensas regiones y fuera hoy mi adorada Patria la primera Nacion del Mundo.

El combate de Lepanto, si no es asunto de tanta magnitud como el que acabo de mencionar, fué suceso de tal importancia para la Cristiandad y para Europa, y tuvieron en él tan señalada participacion las fuerzas navales españolas, que su recuerdo, su descripcion, y el exámen de sus consecuencias, son empleo digno del ingenio descriptivo, del estudio observador y del vuelo de una elegante pluma. En Lepanto se hundió para siempre el formidable poder Otomano, azote de la Cristiandad y de la civilacion, propagador de la esclavitud y del despotismo, y último representante de las irrupciones de bárbaros que tantas veces trastornaron el Mediodia y el Occidente de Europa. En Lepanto las naves españolas figuraron en primer término; un excelso Principe Español mandó en gefe la escuadra Católica; allí se distinguió como siempre, acrecentando su gloria, el famoso don Alvaro de Bazan, primer marqués de Santa Cruz; y allí en una de las galeras vencedoras, de las que mas levantaron el nombre Español, perdió la mano izquierda un obscuro soldado de ninguna importancia; pero este obscuro soldado de ninguna importancia era Miguel de Cervantes, á quien el cielo conservó la mano derecha, para que manejando con ella, en vez de la espada la pluma, eternizara la lengua española, escribiendo un libro gigante, que es nuestra primera gloria literaria, y que vivirá cuanto viva el mundo.

¿Pero cómo los trabajos de la Real Academia de la Historia no habian de ser de tanta utilidad para la ciencia, de tanto alcance para la instruccion pública, de tanto lustre para la Nacion, y no habia de merecer el mayor aprecio de otras sábias corporaciones extranjeras, si han cooperado siempre á ello los mas claros y estudiosos varones, y los primeros sábios de nuestro pais, que han dejado al público, al archivo de esta Corporacion y á la memoria de sus discípulos

é imitadores, luminosos rastros de su saber y de sus fructíferas tareas?

Prolijo seria hacer un catálogo de hombres eminentes que han pertenecido á esta Real Academia desde su fundacion. Pero me es imposible no hacer mencion en este dia solemne de esclarecidos Académicos, cuya reciente pérdida lamentamos, y que han dejado al bajar al descanso del sepulcro un nombre eterno coronado con la gratitud, que siempre tributan las Naciones á los que han contribuido eficazmente á su ilustracion.

¿Quién no pronuncia con profundo respeto el esclarecido nombre de don Martin Fernandez Navarrete, que trabajó por espacio de sesenta años en averiguar, referir é ilustrar las hazañas de nuestros célebres marinos desde los mas remotos tiempos? ¿ Quién olvidará al modesto don Diego Clemencin, cuyos trabajos históricos son de los que mas lustre han dado á esta Academia? ¿Quien no admira la alta capacidad del noble conde de Toreno, que en una obra monumental ha eternizado el período mas glorioso de nuestra Historia? ¿Quién, en fin, no elogia al egregio duque de Frias, que tan profundos conocimientos poseia en historia patria, que tan importantes servicios hizo militares y diplomáticos, y á quien los inspirados acentos de su lira, siempre grandes, siempre aristocrática, siempre española, aseguran un lugar distinguido en el templo de la inmortalidad.

No porque recuerde solo estos personajes, se crea que desestimo y dejo en olvido otros no menos célebres de beneméritos Académicos, cuyos nombres y cuyos trabajos merecen eterna gloria y gratitud imperecedera. Pero siéndome imposible recordarlos á todos en este discurso, aunque á todos admire y aprecie; la amistad con que me honraron y favorecieron estos de que he hecho mencion; las lecciones sábias que me dieron en su trato familiar, íntimo y frecuente; el haber corrido con ellos casi las mismas vicisitudes en estos azarosos tiempos; y el estar aun calientes sus cenizas, me han arrancado esta demostracion sentida de una verdadera amistad. Sean, pues, mis palabras como las flores que se esparcen sobre las tumbas, que encierran restos queridos y venerados.

Si tan altas, tan importantes, tan fructíferas han sido siempre las tareas de la Real Academia de la Historia; si tan sábios y esclarecidos varones se han honrado llamándose sus individuos; ¿cuál será mi confusion y mi gratitud al verme, tan sin merecerlo, llamado á formar

parte de esta sábia Corporacion? ¡Ojalá me hubiese dotado el cielo con la mas alta inteligencia, y concedido una vida mas sosegada y menos angustiosa, para haber podido dedicarme con mas aprovechamiento á los elevados estudios de la ciencia de la Historia, por la que siempre he tenido particular predileccion! Tal vez me seria ahora posible traer el tributo de mis vigilias y desvelos á este ilustre Cuerpo. Mas ya que no me sea concedido tanto, le ruego humildemente que se digne de recibir benévolo el pobre homenaje de mi profundo reconocimiento.

BREVE RESEÑA

DE LA HISTORIA DEL REINO DE LAS DOS SICILIAS. (1)

I.

Al escribir nna breve reseña histórica del reino de las Dos Sicilias, deberiamos ceñir nuestro trabajo al período de tiempo trascurrido, desde que emancipados los antiguos reinos de Nápoles y de Sicilia de toda dependencia y dominacion estranjera, formaron nn solo y estable cuerpo de nacion, nn estado independiente, una monarquía compacta, que existiendo con vida propia, empezó á figurar y á tener importancia entre las potencias europeas. Pero como los acontecimientos humanos son una cadena no interrnmpida, cuyos eslabones enlazados con el curso de los tiempos, forman un todo en que hay grande armonía, por ser unos y despues otros siempre el resultado de los que los preceden; y habiendo sin duda preparado la emancipacion del reino de las Dos Sicilias, bajo el cetro de un príncipe español, la larga dominacion de España por mas de dos siglos en aquellos paises; daremos una rápida ojeada á su historia general, para entrar tal vez con mas acierto en el trabajo que nos proponemos.

La Grecia, aquella nacion privilegiada á quien confió la Providencia la civilizacion del género humano, se estendió desde sn infancia, grande y emprendedora, en colonias y establecimientos por el mediodia de la Italia; ilustrando y civilizando aquel pais predilecto de la natnraleza, qne tomó desde luego el nombre de Magna Grecia. Fundaron, pues, los griegos en el continente á Sibaris, Locros, Regio, Posidonia y Cumas; y en la isla á Messana, Catána, Siracusa, Agrigento, Panor-

(1) Escrita para la importante y lujosa obra titulada: «Reyes Contemporaneos.»

mo, y otras, que produjeron guerreros ilustres y filósofos esclarecidos; y de las cuales muchas son hoy ciudades florecientes é importantísimas.

Pronto Roma, destinada á ser la señora del universo, tomó posesion de las tierras situadas al sur de Italia; al mismo tiempo que Cartago dueña de los mares ocupó á Sicilia. Pero los romanos estendiendo sus conquistas por los ásperos montes de la Calabria, pasaron el estrecho, y arrojaron de aquella isla á los cartagineses; haciendo de aquellos paises sus mas importantes provincias, que les produjeron soldados valerosísimos, capitanes y escritores de primera marca, inmensas riquezas y todo género de delicias, con su clima benigno y apacible y con su feracísimo terreno. En él levantaron los romanos grandes y poderosas ciudades, cuyas magníficas ruinas y la estension de sus circos y anfiteatros manifiestan lo crecido y rico de sus poblaciones: como los restos de sus quintas, termas y jardines recuerdan que los patricios, y cónsules, y emperadores buscaban en aquellas privilegiadas tierras el descanso de sus fatigas, y la salud, y el reposo, que les negaban la bulliciosa Roma, y sus estériles campiñas.

Provincias romanas Nápoles y Sicilia corrieron, como era natural, las varias vicisitudes de su dominadora: y dividido el poder de esta en dos imperios, y debilitados ambos con el peso de la tiranía y con la depravacion de costumbres, presentaron á los bárbaros ancho campo para sus devastadoras irrupciones.

Los Érulos, capitaneados por Odoácro, dieron la primer arremetida al imperio de Occidente; y luego los Godos se apoderaron de toda Italia, desde los Alpes hasta Reggio; y fueron señores absolutos de ella, hasta que el emperador de Oriente, Justiniano, envió á Belisario y á Narcés con poderoso ejército á quitarles la presa. Consiguiéronlo despues de una guerra encarnizada, que duró diez y ocho años, ganando en las faldas del Vesubio una reñida batalla, en que murieron los príncipes godos Totila y Teia. La dominacion bárbara no habia alterado la organizacion de la parte meridional de Italia; pero al caer en el dominio del imperio de Oriente padeció un completo trastorno, dividiéndola en distintas provincias, cuyos supremos gobernadores tomaron el título de duques, dependientes del Exarcado de Rávena, representante del Emperador.

La Sicilia entretanto fue invadida por los Vándalos mandados por el

feroz Gensérico; pero las victoriaa de Belisario la libertaron de su durísima tiranía.

Narcés, potentísimo en Italia, como su restaurador, se indispúso con la corte de Constantinopla; y por venganza de sus ofensas, excitó á los Longobardos, habitantes de Panónia, á invadir la Italia. Verificáronlo luego mandados por su rey Alboino, y se apoderaron de casi toda, dejando á los Griegos algunas poseaiones (568). Y fueron los establecedores del sistema feudal en aquellos paises.

Antes que los Longobardos se enseñorearan de el territorio de Nápoles, la isla de Sicilia fué presa de los Sarracenos despues de vigorosísima defensa; y ganó mucho bajo su dominacion aquella isla, desarrollando de un modo notable su agricultura, su navegacion y su comercio.

Entrado el siglo VIII ocupó el trono de Francia Cárlo-Magno, y lo llamó en su ayuda el Pontífice, que en lucha con los iconoclastas, se veia muy apretado por los bárbaros poseedores de casi toda Italia. Acudió á su amparo y defensa el famosísimo monarca francés, que logró pronto la completa destruccion de los Longobardos, arrojándolos á los Alpes. En premio de lo cual y en agradecimiento á las grandes donaciones que hizo á la iglesia Cárlo-Magno, le dió el Padre Santo la investidura de emperador de Occidente: desapareciendo con esto del todo la dependencia de Constantinopla, aun representada por el impotente y caduco Exarcado de Ravéna.

Repuestos los Longobardos al pie de los Alpes, atormentaron pronto á Italia con sus continuas correrias, mientras que los griegos hacian en sus costas continuos desembarcos, y que el ducado de Benevento era teatro de encarnizadisima guerra. Desórden general de que aprovechándose los sarracenos, señores de Sicilia, pasaron el estrecho, y se hicieron dueños de algunas ciudades de Puglia y de Calabria, esparciendo el terror en aquellas costas.

II.

A finea del siglo IX los Normandos, habitadores de las riberas del Báltico, despues de ejercer la piratería en los mares y playas del Norte, entraron tierra adentro con tan buena fortuna, que llegaron á inva-

dir á Francia, lograron afirmarse en su territorio. Pues Cárlos *el Simple*, que no supo combatirlos y escarmentarlos, les concedió las tierras que forman la provincia llamada Normandía. Allí se establecieron y consolidaron, se afirmaron en el cristianismo, y adquirieron mayor consistencia y mas estable poderío.

Establecidos así los Normandos no renunciaron á sus instintos guerreros, á su necesidad de movimiento; y mientras guerreaban con sus vecinos, se estendian tambien por Italia, ya como mercaderes, ya como peregrinos, que iban á los Santos lugares. Acaeció que unos cuarenta de ellos, el año 1016, llegaron reunidos á Salerno, de vuelta de Oriente, en el punto mismo en que los Sarracenos embestian la ciudad. Desanimados los habitantes iban á entregarse á los invasores; pero animados y capitaneados por los peregrinos, se defendieron valerosamente y rechazaron á sus enemigos con espantosa carniceria. Prosiguieron en seguida su viaje los huespedes, ricamente recompensados, y ofreciendo volver en mayor número, siempre que necesitasen de su ayuda aquellas ciudades italianas.

Veinte y dos años despues tres hijos de Tancredo de Altavilla, señor de Normandía, excitados por los elogios que del clima y fertilidad de Italia hacian los peregrinos, marcharon á ella, llegaron al territorio napolitano con buen golpe de aventureros, y entraron al servicio de los príncipes de Capua y Salerno. Llamábanse estos tres hermanos Guillermo, Dragon y Umfredo. Y reconocida su valentia y pericia militar, fueron solicitados, para servir á sus discordias, por varios Duques y Príncipes de la tierra; y últimamente por los Griegos, que aun conservaban con gran trabajo algunos establecimientos en Puglia, para que los ayudasen á reconquistar á Sicilia. Concertáronse y pasaron en aquella isla, consigniendo importantísimas victorias. Pero como los griegos no les cumpliesen luego lo pactado, y hasta los afrentasen, desconociendo sus servicios; retiráronse muy desabridos de aquella empresa. Y no queriendo ya someterse á la condicion dura de mercenarios, resolvieron guerrear por cuenta propia. Y cayendo sobre la Puglía, para vengarse de los Griegos, los arrojaron de ella y se tituló Conde de aquel territorio el primogénito de los Altavillas, Guillermo apellidado *Brazo de hierro*, (1046).—Muerto este, y asesinado Dragon por los alevosos Griegos, tomó el supremo mando Umfredo, vengó completamente á su hermano, y estendió notablemente sus conquistas.

El poder y engrandecimiento de aqnellos advenedizos, empezó á despertar recelos en el Pontífice, cuya importancia política, y cuyo dominio territorial eran ya muy grandes en Italia; y trató de sujetarlos, valiéndose de las armas espirituales y temporales. Mas habiendo logrado los Normandos apoderarse, ó por fuerza ó por astucia, de la persona del Papa, lo trataron con tal sumision y tanta reverencia, que se lo hicieron suyo; y consiguió Umfredo que le concediera la investidura de Señor no solo de Puglía, sino tambien de Calabria, de Sicilia y de cnantas tierras conquistára. Acontecimiento notable, que al mismo tiempo que legitimó, segnn las doctrinas de entonces, la dominacion normanda, dió al pontífice romano derecho de alta soberanía sobre los príncipes que gobernaran aquellos paises.

Roberto Guiscardo y Rugerio, otros dos hijos de Tancredo Altavilla, llegaron con nuevas tropas de aventureros á acalorar la empresa del hermano y de sus compatriotas. Y estos fueron los verdaderos fundadores de los reinos de Nápoles y Sicilia, que luego unas veces se reunieron, y otras se separaron.

Muerto Umfredo, quedó Guiscardo con el señorío de Nápoles, y Rugerio conquistó en poco tiempo la isla de Sicilia, y se estableció en ella, tomando ambos la investidura, dada con mucho gusto por el Papa, que miraba con aficion á los normandos, tanto por su amor á la religion, cnanto por sus largnezas con la iglesia romana. Añadió Roberto á sus señoríos los principados de Salerno y de Amalfi; y queriendo hacer lo mismo con el de Benevento, desistió de ello por no ofender al Papa, á ruegos del abad de Montecasino. Y á poco defendió el trono pontifical de los ataques del Emperador, que llegaron hasta al punto de poner cerco á Roma.

Rugerio en tanto era con título de conde, soberano de Sicilia, y á su muerte acaecida el año de 1101, dejó el poder supremo á su hijo del mismo nombre. Roberto Gniscardo falleció á poco y disputaron la herencia sus dos hijos Boemundo y Rugerio; la obtuvo este por pocos dias y la dejó á su hijo Guillermo, quien murió sin sucesion. Entonces Rngerio el de Sicilia, como heredero, se presentó á reclamar el dominio de Nápoles. Se le opuso el Papa ayudado por muchos de los Barones, y ambos partidos apelaron á las armas. Pero Rugerio, tan entendido guerrero como sagaz político, evitó todo encuentro y se manejó tan diestramente, que al cabo consiguió la investidura y la pose-

sion de aquellos estados. Pero toda su ambicion era el título de rey. Y cuando poco despues se dividió la Iglesia entre Inocencio y Anacleto declarado luego antipapa, este por tener á Rugerio de su parte, le dió lo que apetecia; y lo coronó, por mano de un legado, en la catedral de Palermo, como rey de Sicilia, y de todos los dominios de Roberto Guiscardo.

Asegurado luego Inocencio en el trono pontificio, llamó al emperador Lotario, para combatir al que osaba llamarse rey de Sicilia. Este corrió á la defensa de su derecho y lo hizo tan bien, que logró apoderarse del Papa, y obligarlo á que lo reconociese é invistiese, no solo como rey de Sicilia, sino como rey tambien de Puglia y de Calabria, el año 1159. Fue un escelente soberano: como guerrero estendió notablemente sus dominios, y llevó sus armas y sus bajeles á las costas africanas y las de Grecia, para vengar en aquellas las invasiones sarracenas, en estas los ultrages hechos á un embajador suyo por el emperador de Oriente. Como legislador aun se admiran las leyes, que promulgó arreglando la Hacienda pública y la administracion de justicia, é inhibiendo de su ejercicio á los Barones. Como protector de las artes útiles y de la ilustracion, aprovechó diestramente los prisioneros que trajo de la espedicion de Oriente, para introducir en sus estados el cultivo y las manufacturas de la seda, luego tan célebres y productivas en aquellos paises. Dió gran empuje al monasterio de Montecasino, y fundó la célebre escuela de medicina de Salerno; y Palermo y Nápoles se vieron engrandecidas y adornadas con públicos y magníficos monumentos, que aun recuerdan su reinado. Murió éste rey el año 1154 dejando un hijo y una hija. Aquel, llamado Guillermo, heredó los reinos de Nápoles y de Sicilia, esta llamada Constanza, casó con Enrique príncipe de Suavia, y en ella recayó muy pronto la corona de aquella isla, con la extincion de la línea masculina de los Normandos.

Gobernó doce años Guillermo desacertadamente, y adquiriéndose con justicia el renombre del *Malo*. A su muerte le sucedió su hijo del mismo nombre, dejando con razon muy diferente fama. Como valeroso guerrero socorrió al Papa atacado por el emperador Barbaroja en 1168, volvió á sujetar á los sarracenos de Sicilia, auxilió oportunamente al emperador de Oriente Alejos Comneno, y defendió á los cristianos de Palestina oprimidos por el Saladino. Y como ilustrado soberano, arregló la administracion, fomentó la agricultura y el comer-

cio, premió á los sábios, y construyó grandes edificios, entre otros el magnífico templo de Monreale en Palermo, destinándolo para panteon de los reyes de Sicilia. No tuvo sucesion de una hermana del rey de Inglaterra con quien estuvo casado, y dejó al morir en 1189, la corona á su hermana Constanza, casada, como dejamos dicho, con Enrique de Suavia hijo del emperador Barbaroja.

No contentó á los Barones este cambio de dinastía, declararon nula la disposicion del difunto y proclamaron rey á Tancredo, conde de Lecca, hijo natural de Rugerio; el cual recibiendo la investidura del Pontífice romano, defendió por tres años consecutivos su corona de los ataques de Enrico de Suavia, que aunque promovido al trono imperial, no desistió de los derechos que le trasmitia su mujer. Murió Tancredo durante aun la lucha. Sucedióle su hijo Guillermo, que menos feliz que el padre cayó en manos del feroz Enrico, y tuvo un desastrado fin. Con lo que completamente y sin estorbo, vinieron á la casa de Suavia los reinos de Nápoles y de Sicilia el año 1194.

III.

Dueño absoluto de ellos Enrico emperador, ejerció el poder con crueldad tan inaudita, y ejecutó tan atroces venganzas con los partidarios de Tancredo, que creyéndose mal seguro en Sicilia, determinó una espedicion á Palestina y murió en San Juan de Acre; dejando tutora de su hijo Federico, sucesor suyo en Nápoles y Sicilia, á su viuda Constanza. Un año solo sobrevivió esta princesa á su esposo, y dejó encomendado el Rey niño al arzobispo de Palermo, al obispo de Cápua, y al abad de Monreale. Tambien el Padre Santo se declaró defensor y protector de Federico, hasta que, harto de luchar con tanto pretendiente á aquellas coronas, lo declaró mayor de edad á la de trece años, en 1208.

Filipo, hermano de Enrico, ocupó el trono imperial jurando que no incomodaria á su subrino en la posesion de sus reinos. Pero como faltase al juramento, fue excomulgado por el Papa; y perdiendo á poco la diadema, recayó el imperio por unánime eleccion, en el mismo Federico, rey de Nápoles y de Sicilia.

Al coronarlo el Papa le exigió que fuese á bacer la guerra á Palestina, y lo casó con una hija de Juan de Brena, que tenia derecho á la corona de Jerusalem, usurpada por el Saladino; matrimonio por el cual conservan aun los reyes de Nápoles y de Sicilia el título pomposo de *Reyes de Jerusalem*. Retardó Federico su espedicion á la Tierra-Santa, por lo que fue excomulgado, y con este apremio la verificó. Pero tuvo muy pronto que abandonarla, y que volver en defensa de sus estados, á qnicnes el Papa movió cruda guerra. Hízolo con tenacidad y buena fortuna, y dejó al morir las dos coronas á su primogénito Conrado, que estaba en Alemania, y á Manfredo, príncipe de Taranto, el gobierno con título de Vicario, hasta la llegada del nuevo Rey. Fné Federico de gran ánimo, aunque vengativo y cruel, protegió las ciencias y las artes, sobre todo la poesia, y fundó en Nápoles una universidad, la segunda que tuvo Italia, habiendo sido la primera la antiquísima de Bolonia.

Grande oposicion hizo el Papa á que Nápoles y Sicilia reconociesen y jurasen al nuevo soberano, decidiendo que aquellos estados pertenecian á la Iglesia, por haber muerto excomulgado Federico. Mas Conrado al frente de un poderoso ejército terminó la contienda y tomó posesion de la corona. Pero no la gozó largo tiempo, pnes murió en 1254 dejando sucesor á su bijo Conradino de edad de dos años y ausente; volviendo por lo tanto Manfredo á ejercer el Gobierno con título de vicario y á poco con el del Rey, suponiendo muerto al rey niño.

Renovó el papa Alejandro IV las pretensiones de su antecesor á la corona de Nápoles, y hallando vigórosa resistencia en el tenaz Manfredo, llamó á Cárlos de Anjou, conde de Provenza, hermano de San Luis, Rey de Francia, para conquistar el reino de Nápoles, ofreciéndole la investidura. Muerto Alejandro, su sucesor Urbano IV insistió en la pretension; y al cabo Cárlos, excitado por la ambicion de su esposa Beatriz, aunque con desaprobacion de su santo hermano, cedió á los deseos de Roma; y se arrojó á la empresa, concediendo de antemano al Papa, por la investidura y por el apoyo que debia darle, cierto tributo anual y un caballo blanco en señal de vasallage: este caballo es el orígen de la famosa acanéa, tan célebre en la historia, y que aun no ha mucho enviaban cada año á Roma los reyes de Nápoles. Y ademas le bizo concesiones muy importantes al poder de la Santa Sede. Empezó pues la conquista con incierta fortuna, y acaso no la hubiera tenido

buena, si el valeroso Manfredo no hubiese sido vendido por los suyos en la batalla de Benevento, donde viéndose perdido, buscó y encontró la muerte en lo recio de la pelea. Su viuda y sus hijos se encerraron en el castillo de Nocera, donde perecieron lastimosamente á manos de los franceses.

Dueño Cárlos del trono, se mostró tan injusto y tan cruel, que los Barones del reino tramaron una secreta conjura, y averiguando que Conradino vivia escondido en una aldea de Alemania, y que habia cumplido diez y ocho años, le enviaron mensajeros rogándole viniese á ceñir la corona, que tan legítimamente le pertenecia. Animado el jóven, y acalorado por varios príncipes germanos, y particularmente por el Duque de Austria, marchó con buenas tropas y no escaso de dinero, á Italia. Y en las llanuras de Tagliacozzo en Abruzo dió una batalla, que empezó felizmente, pero que tuvo éxito desgraciado. Bárbaramente usó el feroz Cárlos de la victoria: pasó á cuchillo sin piedad á cuantas personas de cuenta seguian al jóven y desgraciado Conradino: y dueño de él y del duque de Austria, los mandó decapitar, como se ejecutó á los pocos dias en la plaza del Mercado de la ciudad de Nápoles, en presencia de un numeroso pueblo consternado, que lloraba con verdadero dolor aquel desastre. El gallardo príncipe, en quien concluyó la dinastía suava en Italia, protestó solemnemente, y declaró sucesor suyo á don Pedro, rey de Aragon, como marido de la hija de Manfredo y de Constanza: y cuentan que antes de presentar el cuello al verdugo, arrojó en medio de la muchedumbre un guante, otros dicen una sortija, para que fuera presentado al monarca aragones como prenda de su herencia.

Tales trastornos no bastaron á detener el curso de la civilizacion, promovida y empujada en Nápoles y en Sicilia por Federico y Manfredo. Pues se tradujeron entonces los manuscritos preciosos que aquel trajo de Oriente. Se vulgarizaron las obras de Aristóteles, de Galeno y de Ptolomeo, y brillaron el gran Santo Tomas de Aquino, lumbrera de la filosofía, y el amalfitano Flavio Gioja inventor de la brújula.

Cárlos de Anjou, asegurado en el trono y sin competidores á quien temer, continuó en sus crueldades y desaciertos, mereciendo durísimas amonestaciones del Padre Santo y haciéndose blanco del ódio general. Y las rapacidades y violencias de los franceses de su ejército y de su córte fueron tales, que prepararon y justificaron el famoso y sangrien-

to suceso, consignado en la historia con el nombre de *Vísperas sicilianas*. Habia trasferido su residencia de Palermo á la ciudad de Nápoles, dejando de lugar teniente en Sicilia á un francés, su favorito, el que gobernó con tal desenfreno y permitió tanta indisciplina y tan irritantes excesos á sus compatriotas, que dieron ocasion al famoso Juan de Prócida de llevar á cabo una vasta y atrevida conjura que tenia combinada, para la destruccion y total acabamiento de los estranjeros opresores. Y el dia segundo de Pascua del año 1282, al toque de vísperas, fueron asesinados, en toda la isla y en dos horas, mas de ocho mil franceses.

Don Pedro, rey de Aragon, ó prevenido de lo que iba á suceder, ó por mera casualidad, cruzaba aquellos mares para limpiarlos de piratas sarracenos. Y acudió al rumor de tan grave acontecimiento con tal oportunidad, que los sicilianos se echaron en sus brazos, lo aclamaron rey, y lo coronaron inmediatamente en la catedral de Palermo, como descendiente y legítimo heredero del desventurado Conradino. Volviendo á dividirse así ambas coronas, reunidas desde el tiempo de Rugerio.

Cárlos, furioso con la pérdida de Sicilia, desafió al Aragones, señalando campo en Gascuña, y nombrando juez y padrino al Rey de Inglaterra; pero aun que concurrieron ambos monarcas, no llegaron á combatir. Entretanto el famoso Almirante aragones Roger de Lauria, aprovechando la ausencia de el de Nápoles, atacó varios puntos de sus estados y hasta la capital misma; haciendo en ella prisionero al príncipe de Salerno, hijo y heredero del rey Cárlos, y de su mismo nombre, que gobernaba el reino durante el viaje y empresa caballeresca de su padre. Noticioso éste de tal contratiempo volvia furioso á vengarlo; pero fue detenido por la muerte en la ciudad de Foggia año 1282.

Sucedióle el hijo prisionero de Roger de Lauria, que á los cuatro años de prision logró rescate por empeño del rey de Inglaterra: y obtuvo del Papa la investidura de Nápoles y de Sicilia. Alteró grandemente tal concesion á don Jaime sucesor de don Pedro, que apeló á las armas. Y llamado luego al trono de Aragon, dejó en Sicilia de lugarteniente á su hermano menor don Fadrique, quien no tardó en rebelársele, y llamarse Rey. Nuevas guerras nacieron de este cambio, hasta que don Fadrique aseguró la paz aviniéndose con su hermano, y casándose con una hija del nuevo rey Cárlos de Nápoles, pactando que á su

muerte volviera la isla á ser dominio de la casa de Anjou. Lo que disgustó tanto á los catalanes y aragoneses, que lo habian ayudado en todas sus empresas, que se retiraron de Sicilia muy desabridos; y emprendieron la famosa expedicion contra turcos y griegos, en que ejecutaron tales hazañas, que á no estar tan comprobadas en autores contemporáneos se reputarian fabulosas.

Murió á poco el rey Cárlos de Nápoles dejando la corona y sus pretensiones á la de Sicilia, en su hijo segundo Roberto, por haber sido llamado el primogénito al trono de Hungria. Se empeñó el nuevo Rey en costosa guerra por socorrer al Papa, logrando triunfar completamente del emperador Ludovico, que habia invadido el estado romano. Tambien tentó la conquista de Sicilia, pero infelizmente; pues perdió en Trápani su armada y su ejército, deborados por la peste.

A la muerte de don Fadrique no se cumplió el pacto de que volviera su corona á la dominacion Anjouina; pues el odio de los Sicilianos á los franceses, y el temor de que vengaran la pasada matanza, los decidió á alzar por Rey á don Pedro, hijo del difunto. Reinó dos años, y á su muerte fue proclamado su hermano don Luis, aunque no tenia mas que cinco de edad. Los disturbios é inconvenientes de la larga minoria aconsejaron á los Barones, y á los hombres de cuenta buscar remedio en lo pactado por don Fadrique, echándose en brazos de Roberto; y muy adelantadas las negociaciones, murió (1343) este Rey, que fue gran protector de las ciencias y de las artes, y que honró y regaló largamente en su corte al célebre Bocaccio, y al inmortal Petrarca. Al morir Roberto dejó ambas coronas á su hija Juana, casada desde niña con Andrés, hijo del Rey de Hungria: concluyendo así la primera dinastía de Anjou.

Recibió la nueva Reina la investidura pontificia á los diez y seis años de edad. Era de carácter débil, y se dejó dominar por una mujer plebeya natural de Catanea; mientras el marido, no mas fuerte, se entregó completamente á los Húngaros de su séquito. Lo cual y la aversion ingénita, que ambos esposos se profesaban, ocasionaron el asesinato del desgraciado Andrés, á quien un dogal quitó la vida secretamente el año 1345. Siendo grandes las sospechas que recayeron sobre la Reina, corroboradas cuando á pocos meses y sin dispensa, contrajo segundas nupcias con su primo Luis, príncipe de Taranto.

Gran polvareda levantó en Hungría la noticia de la muerte de An-

drés. Y el Rey su hermano, con numerosa hueste cayó sobre Nápoles; sin dar mas tiempo á la reina Juana, que el escasamente necesario para ponerse en salvo, y refugiarse en Aviñon.

Fueron empero tantas y tales las atrocidades y crueles venganzas del Húngaro, que los mismos napolitanos solicitaron con grande empeño la vuelta de su reina. Bendijo el Padre Santo su segundo matrimonio, la declaró absuelta de las sospechas pasadas, y rehabilitada completamente; encargándose el marido de despejar el reino de los invasores, como lo logró, ajustando al cabo ventajosas paces. Con lo que Juana y Luis fueron muy luego coronados solemnemente en la catedral de Nápoles el año 1351.

Entonces los Barones de Sicilia, que entablaron negociaciones con el difunto Rey, las concluyeron con la hija; que pasó inmediatamente á tomar posesion de la Isla. Pero no lo consiguió, porque encontró resistencia en el pueblo, que sostuvo en el trono á don Fadrique, nieto del antecesor del mismo nombre. Y no teniendo sucesion, lo dejó á su hija María, quien lo traspasó á su hijo don Martin, muerto el cual pasó al rey de Aragon del mismo nombre, á quien sucedieron don Fernando, y luego don Alfonso, al que, como diremos, llamó mas tarde al trono de Nápoles la reina Juana II.

Todos estos Reyes de Sicilia de la casa de Aragon, aunque se vieron empeñados en prólijas y contínuas guerras, corriendo varias fortunas, no olvidaron el fomento y la prosperidad de sus vasallos, protegiendo la agricultura, el tráfico y la navegacion; con lo que adquirió un poder notable aquel reino temido no solo del vecino de Nápoles, sino tambien de las costas africanas y de los mismos emperadores de Oriente.

Vuelta la reina Juana á sus estados, desistiendo de la posesion de Sicilia, murió el rey don Luis su esposo, y contrajo tercer matrimonio con un Príncipe aragones, por cuya inmediata muerte celebró el cuarto, en seguida, con otro de la casa de Brunswik. Grandes amarguras probó aquella infeliz mujer en el trono de Nápoles, pero la mayor de todas se la hizo devorar un ingrato. Viéndose sin sucesion Juana, y en una enfermedad de peligro, nombró heredero de la corona á Cárlos Durazzo, como marido de una sobrina suya á quien mucho amaba. Ocurrió á poco el cisma entre Aviñon y Roma. La reina siguió el partido de Clemente, declarado despues antipapa. Y Durazzo, previendo el triunfo de Urbano, se declaró su mas ardiente partidario; y le pidió

la investidura del reino de Nápoles, que le concedió inmediatamente, para vengarse de la auxiliadora de su competidor. Con lo que Durazzo sin mas esperar, atacó á mano armada los derechos de su reina y de su bienhechora. Defendiólos el marido con valor, pero con escasa ventura, teniéndose que refugiar la vendida Juana en la fortaleza de Castelnovo. Allí despechada revocó su decision á favor del traidor; y nombró por heredero á Luis de Anjou, hermano del rey de Francia, pidiendole pronto socorro. Tardó este en llegar, y cayó la infeliz en manos del implacable Durazzo, que trasladandola al castillo de Muro, en Basilicata, le quitó la vida con un dogal, (1381): semejante muerte á la que tuvo su primer marido Andrés de Hungría.

El segundo llamamiento de la casa de Anjou trajo grandísimas desventuras al infortunado reino de Nápoles. Invadiólo Luis con poderoso ejército, y cuando casi tenia asegurada su conquista, murió repentinamente á la vista de la capital; con lo que aterradas sus tropas, y faltas de caudillo, se retiraron primero, y luego desorganizadas se dispersaron y desaparecieron. Libre Durazzo de aquel enemigo, encontró otro aun mas temible en el Padre Santo, indignado contra su villana conducta. Pero el afortunado y atrevido advenedizo se lanzó de repente con buen golpe de soldados sobre Nocéra, feudo del pontífice, y donde de solaz y con sus cardenales eventualmente estaba; lo hizo prisionero, y lo envió con buen recaudo á Génova. Desembarazado de unos y de otros y confiado en su feliz estrella, puso los ojos en el trono de Hungría, que estaba vacante, y marchó á la lijera á solicitarlo. Pero le volvió el rostro la fortuna, y en cuanto penetró en aquel reino fue asaltado por una tropa de asesinos, que lo hirieron de muerte y lo llevaron á morir á un estrecho calabozo, (1386): justa paga de sus traiciones é ingratitud.

Dejó Durazzo dos hijos. El mayor de ellos Ladislao, ocupó el trono bajo la tutela de su madre, quien viéndose muy apretada por Luis de Anjou, hijo del anterior, que vino con nuevo ejército, se encerró con su pupilo en los muros de Gaeta. Varia fue la suerte de las armas, gran parte del reino cayó en manos del pretendiente; pero por las vicisitudes de la guerra, pronto tuvo que abandonarla. Llegó Ladislao á la mayor edad, descubriendo aun mas ambicion que su padre. Buscando recursos con que reparar los apuros pasados y llevar adelante sus pensamientos, casó con una doncella Siciliana riquísima, á quien

luego abandonó, dejándola en la miseria. Y, siguiendo las huellas de su antecesor, puso tambien las miras en el trono de Hungría. Atajado en su empresa por fuerzas superiores, pensó en no salir de Italia, y se apoderó de la Toscana, y luego de Roma so pretesto de ampararla en sus discordias con Aviñon, llegando á titularse Rey de Romanos. Concibió el pensamiento su ambicion insaciable de hacerse soberano de toda Italia, lo que motivó liga entre el Papa, los florentinos y los franceses. Y cuando el audaz Ladislao se preparaba á hacer frente á tantos enemigos, su querida lo envenenó en Peruggia, y murió en Nápoles á los pocos dias el año 1410, á los treinta y siete de edad.

Dispersáronse con su muerte las numerosas tropas mercenarias, que tenia reunidas, y heredó el trono su hermana Juana, viuda de Leopoldo Duque de Austria, jóven hermosa, pero de costumbres livianas y corrompidas. Empezó su reinado teniendo por amante á Pandolfello Alopo, y luego á un tal Sforza. Se casó con un Príncipe francés de la casa de Borbon, el cual conociendo pronto lo que era su esposa, redujo á prision á ambos favoritos, y á ella á estrechísima vida. No podia soportar Juana II tal reclusion y tan pesado yugo, y con lágrimas, quejas y tratos secretos, logró interesar á sus vasallos; los que en un tumulto popular la restablecieron triunfante en su poder, y arrojaron de Nápoles á su marido. Este se refugió en Sicilia, y renunciando al mundo, tomó la capucha en un convento de San Francisco.

Dueña la reina de su voluntad, sacó de prision á Sforza reverdeciéndose en sus amores. Pero pronto indignado este favorito de tener por rival á Sergio Caracciolo, y deseoso de vengarse, se concertó secretamente con Luis de Anjou para que invadiese el reino, y se le ofreció de *Condottiere* de la espedicion. Apretada la Reina por los franceses, llamó en su ayuda, nombrándolo su heredero, á Don Alonso de Aragon, que guerreaba en Sicilia. Y combinó las cosas de modo, que mientras el de Anjou y Sforza estrechaban el asedio de Nápoles, otro bravo *Condottiere* Braccio Montone, con buen golpe de tropas allegadizas, los atacó por la espalda, abriendo paso al Rey de Aragon, que entró triunfante en la capital (1421).

Recibiólo la liviana Reina con grandes festejos y muestras de la mas cordial gratitud. Pero muy luego los obsequios se tornaron desaires, y sospecha la confianza, al ver lo que cundia la prepotencia del aragonés. Hasta que en abierto rompimiento Juana se retiró á Capua,

mientras Alfonso desde Castelnovo ejercia poder soberano en todo el reino.

Acomodóse la Reina con el traidor Sforza, y retirándole la herencia al Rey de Aragon, se la confirió á Luis de Anjou; con lo que nació una nueva y encarnizada guerra, y ocurrieron sangrientos encuentros entre franceses y aragoneses. Continuaba en el favor, á pesar del Sforza, el osado Caracciolo, elevado á la dignidad de príncipe de Capua; pero no contenta su ambicion, pidió los de Salerno y Aversa, y habiéndole sido negados se atrevió, en un esceso de ira, á poner las manos en el rostro de su Soberana, que lo mandó asesinar, por el atentado; aunque, mujer apasionada, lloró luego su muerte. Tres años despues murió Juana, y dejó el reino definitivamente á Renato de Anjou, hermano de Luis.

Hallábase este Príncipe prisionero del duque de Borgoña, y no pudiendo concertar su rescate, envió á su esposa Isabel á gobernar el reino. Lo hizo esta con mucha prudencia y acierto, hasta que rescatado Roberto vino á coronarse á Nápoles. Fue Roberto rey de apacible condicion, pero desafortunado en sus empresas. Y despues de desastrosa guerra le arrebató la corona Don Alonso de Aragon, que sorprendió la ciudad entrando en ella á media noche por un subterráneo. Perdido asi el reino, no pensó Renato en reconquistarlo. Se retiró á Provenza y á la vida privada, donde se dió á las letras, dejando escritas varias obras. Con su muerte concluyó la segunda dominacion de la casa de Anjou en aquellos paises.

Dueño absoluto de la corona Don Alonso fijó definitivamente su córte en la ya hermosa ciudad de Nápoles, dividió el reino en doce provincias, regularizando y uniformando su gobierno, reformó las leyes, arregló la administracion del Estado y promovió con empeño la pública prosperidad; sin que por esto descuidase la gloria militar y el engrandecimiento político de la nacion, ora ayudando valerosamente al Pontífice á recobrar el dominio de las marcas, ora libertando al ducado de Milan de las contínuas invasiones y correrías de Genoveses y Florentinos; con lo que ganó altísima reputacion y el respeto universal. A su muerte dejó el reino de Nápoles á su hijo natural don Fernando, y el de Sicilia á su hermano don Juan: volviendo así á separarse estas coronas.

El reinado de Don Fernando I fue agitado y turbulento, y no con-

tribuyó poco á que así fuese el carácter duro y cruel de su hijo heredero Don Alfonso, duque de Calabria, pues los Barones viendo hollados por él sus derechos y prerogativas, y atropellados los fueros y franquicias de los pueblos, se rebelaron. La mediacion del Sumo Pontífice arregló las cosas y se sometieron. Mas el rey Don Fernando instigado por su hijo los convidó despues á un festin en Castelnovo, donde bárbara y traidoramente los pasó á cuchillo. Este rasgo de crueldad y de perfidia, que ennegrece su historia, quita todo su valor á la proteccion que dispensó á las letras, y á Sannazaro, Panormita y Pontano, fundador de la academia *Pantoniana*, que todavia existe y adorna á la ilustre ciudad de Nápoles.

El año 1494, el rey Cárlos VIII de Francia invadió á Italia con poderoso ejército, para conquistar, como representante de la antigua casa de Anjou, el reino de Nápoles. Y esta acometida afectó tanto el ánimo del rey Don Fernando I, ya en la avanzada edad de setenta y un años, que murió repentinamente al saberla. Sucedióle su hijo Cárlos, duque de Calabria, ya célebre por sus maldades. Defendió el reino tenazmente; hasta que poco seguro de la lealtad de los suyos, y sabedor de que el Papa no solo habia dado la investidura al monarca francés, sino que tambien lo habia coronado solemnemente en Roma; se sobrecogió de manera, que con asombro de cuantos conocian su carácter feroz é indomable, huyó á Sicilia y se metió fraile, dejando la corona á su hijo Don Fernando.

Don Fernando II aunque muy jóven era esforzadísimo, y se arrojó con valor á la defensa de sus derechos. Pero poco satisfecho de la fé de sus vasallos, y conociendo con gran prudencia y sagacidad que era inútil toda resistencia, quiso guardarse para mejor ocasion. Reunió en Castelnovo á los Barones del reino, les levantó el homenage y juramento de fidelidad, y para concluir la guerra y evitar el derramamiento de sangre se retiró en Sicilia.

Esperó allí como advertido una ocasion oportuna, y se ocupó con gran secreto y actividad en buscar recursos para recobrar la corona. Pronto le facilitaron uno y otro el desconcierto é insolencia del rey de Francia, y la rapacidad y desenfreno de los franceses. Pues aborrecidos de toda Italia, en toda ella encontró armas y dinero para combatirlos el refugiado en Sicilia. Y al volver al continente á restaurar su causa, se encontró con la ayuda y socorro importantísimo de un po-

deroso ejército español, que le enviaba Don Fernando el Católico, al mando de Gonzalo Fernandez de Córdova, á quien sus hazañas y pericia militar le grangearon luego el nombre de *el Gran Capitan*, con el que lo reconoce la historia. Otro ejército de varios príncipes italianos, mandado por el marqués de Mantua, llegó tambien en socorro de Fernando II. Y asustado el francés con tanto estrépito, se retiró precipitadamente á su tierra, con notable pérdida de gente y de reputacion.

Poco disfrutó de su restaurado trono Fernando, pues se lo arrebató la muerte, y lo ocupó su tio Federico, cuyo reinado hubiera sido feliz, considerando sus buenas partes; si nuevos acontecimientos no hubieran amargado sus dias, y derribádolo del poder. El rey de Francia Luis XII deseoso de vengar la derrota de su antecesor, atacó de nuevo el reino de Nápoles; y el rey Católico envió de nuevo al Gran Capitan, que se apoderó de los castillos de la capital con pretesto de guardarlos y defenderlos. El desgraciado Federico viendo en este paso un despojo, quiso echarse en brazos del rey de Francia; pero viendo en esto un nuevo peligro, desengañado de que no podia resistir á tan poderosos enemigos, y que lo mismo podia fiarse de los unos que de los otros, se retiró á la vida privada, para ser paciente y resignado espectador de cómo dos naciones poderosas y rivales disputaban su corona.

Dejó un hijo en Taranto encomendado á la lealtad de algunos Barones, que se habian conservado fieles. Pero el general español se apoderó bien pronto de su persona; y aunque (lo referimos con dolor) juró ante los Barones que lo defendian, y sobre una Hostia consagrada, dejarlo en completa libertad, lo envió prisionero y con buena escolta á España.

Quedó, pues, el reino de Nápoles en manos de españoles y franceses desvastando el país, y haciéndose crudísima guerra. Pero ganada por el Gran Capitan la sangrienta batalla de Cerinola, y muerto en ella el Duque de Nemours, caudillo del ejército francés, quedó el reino á merced de los españoles; y ejerciendo el supremo poder en nombre del rey de Aragon Fernando V el Católico, el Gran Capitan con el título de virey. Igual título tomó luego el gobernador de Sicilia, y quedaron ambos paises, antes verdaderos reinos, separados y convertidos en provincias españolas (1503), como por espacio de dos siglos se mantuvieron, formando parte de aquella colosal monarquía, que esten-

dió á poco sn poder, atravesando audaz y afortunada mares desconocidos, á las ignoradas regiones de un nuevo mundo.

IV.

Reducidos pues á provincias españolas los dos importantos reinos de Nápoles y de Sicilia, fueron constantemente gobernados por Vireyes que introdujeron en aquellos paises, en cuanto les fué posible, las costumbres, leyes y administracion de la metrópoli, aunque conservaron los estados generales de ambos antiguos reinos, y las formas del gobierno municipal de sus ciudades; bien que rara vez fueron consultados aquellos, y poco á poco se modificaron estas del modo mas conveniente al poder reinante.

El mismo gran capitan, conquistador de Nápoles, fué su primer Virey, y mostróse entendido y hábil gobernador; pero despertando su gran popularidad recelos en el ánimo del auspicaz Fernando V, vino este soberano con pretexto de visitar su nuevo reino, á retirar de el á Gonzalo de Córdoba, y á crear estorbos en el absoluto poder de los Vireyes, alterando al mismo tiempo las leyes fundamentales y la administracion antigua de aquel estado, y hasta intentó introducir en él la inquisicion.

Tanto Nápoles, como Sicilia, son deudoras sin duda, de grandes elementos de seguridad, salubridad y cultura á la dominacion española, pues la magnificencia de sus capitales, la facilidad de sns comunicaciones, las obras de utilidad pública, como disecacion de pantános, acueductos, fuentes, calzadas, y fortificacion de los puntos accesibles de las costas, obras son de los Vireyes en ambos paises de aquende y allende el Faro.

A la muerte de los Reyes Católicos, heredó las coronas de Aragon y de Castilla con todos sus dominios en ambos mundos, su bija doña Juana, y la enfermedad mental de esta señora por la pérdida de an marido don Felipe el *hermoso*, las colocó muy luego en las sienes de su hijo don Cárlos, *primero* en el trono español, y despnes *quinto* en el del imperio de Alemania. Las encarnizadas y contínuas gnerras de este soberano con el rey de Francia Francisco I, conmovieron y transtornaron la Europa; y los estados españoles de Italia, no solo pade-

cieron invasiones y arremetidas inesperadas; sino que particularmente Nápoles y Sicilia empezaron á verse muy trabajadas con levas de gente y con onerosas contribuciones y penosos recargos para sostener aquellas guerras.

En el año 1524 siendo Virey el flamenco don Cárlos de Lanois tuvo el reino de Nápoles una parte muy activa y principal en la guerra de Lombardía, pues concurrió con valerosas tropas á la célebre batalla de Pavía, cuya victoria se debió al insigne marques de Pescára, napolitano, aunque de antigua familia española, refugiada en Italia cuando los disturbios del tiempo de Enrique IV. El Rey de Francia, recobrada su libertad, se negó á cumplir lo que habia pactado en Madrid estando prisionero; y en liga con el Papa renovó la guerra. Fabricio y Próspero Colomna envistieron á Roma con un ejército español, cuya mayor fuerza era de tropas napolitanas. Indignado y despechado el Pontífice dió la investidura del reino de Nápoles á Mr. de Valdemot de la familia de Anjon. El cual, creyendo que iba de veras, tomó el título de Rey, y con un poderoso ejército que le dió el de Francia, atacó al vireinato de Lanois, y llegó hasta las puertas de la capital. Pero el valeroso flamenco con diez y seis mil españoles se arrojó sobre el advenedizo, y lo escarmentó de manera que huyó vencido y deshecho fuera del reino, que imaginó suyo.

Con esta rota, entabló reservadamente el Virey hablas con el Papa, por órden secreta del Emperador, y tomaban mejor aspecto los negocios. Pero el ejército imperial de Lombardía, que mandaba el duque de Borbon, acosado por la falta de pagas y escasez de mantenimientos, resolvió tumultuariamente, y sin que autoridad ninguna pudiera contenerlo, remediar su necesidad atacando á Roma, suponiendo que continuaba la guerra. En vano el Virey Lanois trató de detener aquella inundacion. Pues atacada la capital del mundo cristiano, aunque opuso vigorósisima defensa, fué tomada por asalto, en el que murió el duque de Borbon, y bárbaramente saqueada y profanada por aquella desenfrenada soldadesca.

Indignado y con razon el Rey de Francia de atentado tan horrible, quiso vengarlo, y dispuso una expedicion dirigida expresamente contra Nápoles, mandada por Mr. de Lantrec, á la que no pudo oponerse el virey Lanois, porque murió el año 1527 de disgusto por los sucesos de Roma.

Gobernaba la Sicilia don Hugo de Moncada, y pasó á Nápoles á reemplazar al difunto, encontrando el reino todo inundado de franceses. Y escaso de fuerzas y mal seguro de la fidelidad de los napolitanos, no se atrevió á combatirlos en tierra y lo verificó en el mar aunque con poco éxito, muriendo de un tiro de cañon en el Golfo de Salerno.—Sucedióle el príncipe de Orange, cuando los franceses y venecianos tenian casi ocupado el país y estrechamente sitiada la capital. Pero socorrida esta oportunamente por la audacia de un bandido, y acometidos de la peste los sitiadores, fueron rechazados, y con nuevos esfuerzos exterminada completamente la expedicion francesa, y muerto Lantrec su capitan. No fué sóbrio el de Orange en castigar á los que favorecieron los intentos de los enemigos, decapitando á varias personas de cuenta; ni descuidado en arrojar de las costas á los venecianos; dedicándose en seguida en atajar los estragos de la peste, que ya por todo el reino se estendia, siendo aquella una de las épocas mas calamitosas que atravesó aquel desventurado pais.

En el año de 1532, cuando apenas empezaban á tener remedio tantos desastres, tuvo el reino la ventura de que viniese á gobernarlo el célebre don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, gran político, hábil y recto gobernador, y valerosísimo capitan: halló el país pobre, dividido, asolado por la peste y la guerra, é infestado de bandidos; y con sus sábias disposiciones mudó de aspecto en pocos años. Fue amigo y protector de los pueblos, y enemigo mortal de cuantos los esquilmaban y oprimian. Dió vigor á las leyes, fuerza á los magistrados, poder al gobierno. Restableció la salubridad del pais disecando lagunas y pantanos, y dando desagüe á los torrentes y avenidas. Dió seguridad á los campos, limpiándolos de bandidos. Cuidó de la abundancia de mantenimientos. Estableció el mayor órden en la administracion, y fue inflexible con los dilapidadores de los caudales públicos. Se dedicó al mismo tiempo á abrir comunicaciones, á hermosear la ciudad con anchas calles y magníficos edificios, dando asi trabajo y sustento á innumerables familias. Y no descuidó la seguridad del reino, reparando las fortalezas, y levantando castillos y atalayas en las costas, para ponerlas á cubierto de las invasiones de los berberiscos; encontrando recursos para todo en un pais tan apurado, á fuerza de inteligencia y de actividad. Hízole una visita el Emperador al volver de la expedicion de Tunez, y despues de haber pasado algunos dias en Sicilia.

No faltaron descontentos y envidiosos que tentaron de indisponer al gran Virey en el ánimo del Monarca; pero este dió mas crédito á la opinion general del pais y al conocimiento que tenia de las altas prendas que lo adornaban.

En tantos años como gobernó el reino de Nápoles Don Pedro de Toledo, no recogió mas que aplausos y bendiciones de los agradecidos pueblos. Solo una pasajera borrasca anubló momentáneamente los dias de bonanza y de paz, de que le era deudor aquel pais á tan escelente Virey. Instigado por el César, que temió y no sin causa, que podia propagarse en aquel estado la doctrina de Lutero; trató de establecer el tribunal de la inquisicion en 1547. Y ni su popularidad, ni su energia lo consiguieron. Levantóse en masa todo el reino de Nápoles, y despues de un doloroso conflicto, en que corrió mucha sangre, tuvo el Virey que desistir de su forzado empeño, renunciando completamente al establecimiento del odiosísimo tribunal.

Seis meses duró aquella tormenta, que dejó en pos de sí consecuencias dolorosas, por mas que se restableciese la calma. Y el Virey no tuvo tampoco tiempo para remediarlas; porque de órden del Emperador marchó con tropas sobre Viena, y en el camino, al llegar á Florencia, murió en brazos de su hija, mujer de Cosme de Médicis.

La isla de Sicilia no pasó los reinados de Fernando el Católico, y de Cárlos V mas tranquila que el reino de Nápoles. Sus costas fueron constantemente acometidas por los turcos, y los berberiscos; lo interior del pais infestado de bandidos, y trabajado de discordias, varias veces asolado por la peste, y las principales ciudades en perpétua rivalidad. El virey Lanuza llevó su severidad hasta el estremo y fue odiado por sus crueldades, sin conseguir establecer sólidamente el gobierno. Don Hugo de Moncada, el que como dejamos dicho pasó de Virey á Nápoles y murió en el mar combatiendo contra franceses, dejó en Sicilia fama de carácter débil y de livianas costumbres. Y se descubrieron en la isla no solo conatos sino planes muy adelantados de entregarse al rey de Francia Francisco I.

Antes de ir á Nápoles el Emperador, como hemos referido, visitó la isla, y tambien concedió grandes privilegios á sus habitantes y á las ciudades mas populosas; sobre todo á la de Palermo, que á despecho de Mesina, era la capital. Convocó en ella los estados generales, establecidos por Rogerio, y aun despues durante algun tiempo volvieron

á ser reunidos, pero sirviendo mas que de provecho de daño á los intereses del pais, porque los diversos tiempos y las costumbres diversas los habian desvirtuado y corrompido, como acontece con las instituciones antiguas mas saludables.

Renunciando á las grandezas mundanas Cárlos V, se retiró á un monasterio, dejando el imperio á su hermano Don Fernando, y la corona de España á su hijo Felipe II, con todos los estados de Flandes, Italia, y el Nuevo mundo.

Fue jurado el nuevo rey en Nápoles y Sicilia con grandes festejos, interrumpidos por la inesperada acometida del corsario Dragot, que con sesenta galeras embistió y saqueó las costas de la isla y las de Calabria; y tambien por nueva guerra con Francia, á cuyo Rey dió la investidura de aquellos paises, quitándosela al heredero del César, el Papa Pablo IV enemigo acérrimo de la casa de Austria. Vino entonces á Nápoles de Virey el famoso duque de Alba, que reuniendo un poderoso ejército, y sacando grandes recursos de su vireinato y del de Sicilia, puso en aprieto á Roma, derrotó al duque de Guisa en Abruzzo, y continuó felizmente la guerra, hasta que por mediacion de la república de Venecia, procuró una paz ventajosa.

No podia ser grande el desarrollo de la prosperidad pública en los reinos de Nápoles y de Sicilia, como sucedió en la misma España su metrópoli, con estas interminables luchas de intereses agenos. El descontento era general en aquellos paises italianos, y no pequeña la postracion con tan estraordinarios esfuerzos. En este estado no era difícil dar oidos á novedades, que tenian apariencia de remedio; y las doctrinas protestantes empezaron á encontrar acogida, obligando al Virey, duque de Alcalá, á tomar medidas rigorosas para atajar su propagacion. La naturaleza misma parece que se conjuró contra tan desventurado pais, pues violentos y contínuos terremotos destruyeron y soterraron poblaciones enteras, y enfermedades epidémicas y tenaces diezmaron el reino y casi despoblaron la capital.

Tambien los turcos despues de poner en grande apuro á la isla de Malta, acometieron á Sicilia, y las costas de Nápoles en ambos mares, y hasta amagaron á la ciudad. Y finalmente en medio de tantos desastres y miserias, aun sacó de aquellos paises desventurados el gobierno español seis millones de contribucion (*donativo*) para los apuros de la corona.

Mucho contribuyeron tambien los reinos de Nápoles y de Sicilia á la gloriosa espedicion de Lepanto, y ayudaron grandemente á la victoria de Don Juan de Austria con sus galeras, con sus socorros en dinero y vituallas, y con sus valerosos soldados. Precisamente en una galera napolitana se halló y fue herido en la pelea el inmortal Cervantes.

Escasez de víveres, precios exorbitantes de las mercaderias, y alteraciones hechas, con poco acuerdo, en el peso y valor de la moneda, ocasionaron motines, asesinatos y desórdenes lamentables en Nápoles. Y estas mismas causas acrecentadas con la rivalidad constante entro Mesina y Palermo y por el carácter indomable y feroz de los Sicilianos, trajeron á la isla dias de luto y de amargura. Pero en medio de tantas desdichas no dejaron los Vireyes de ambos estados, de regularizar mas y mas la administracion de justicia, siendo sus pragmáticas en este punto tan sábias y acertadas, como descabelladas eran, generalmente hablando, las que publicaron sobre puntos de administracion. Ni descuidaron el ornato público, el fomento de la industria sobre todo la de la seda, y la proteccion á las letras, como lo demnestran los edificios, fuentes, caminos y fortalezas, la fama que aun conservan las sederías de Catanea y de Nápoles, y los muchos escritores y artistas que allí en aquellos dias florecieron.

V.

A la muerte del rey Felipe II, sucedióle su hijo Felipe III, y fné como su padre jurado en ambos estados; y á poco siendo Virey el conde de Lemns, tuvo que deshacer con mano fuerte y con gran dificultad las tramas del famoso Campanella, que habia llamado para sostener sus nuevas doctrinas, á los turcos, ofreciéndoles entregarles las fortalezas de la costa del Adriatico. Tambien luchó con un estraño personage, que apareció en Nápoles fingiéndose el rey don Sebastian, que luego paró en galeras y murió en la horca.

Crecian los bandidos en Calabria, poniendo en contribucion no solo los míseros pueblos de aqnellas serranías, sino hasta las popnlosas ciudades de la llanura. Y al mismo tiempo los corsarios berberiscos infestaban las costas de la Puglía; por lo que tuvo el virey conde de

Benavente quo acudir con tropas á contener á aquellos, y para escarmentar á estos, que enviar al marqués de Santacruz con cuatro galeras á destruir en la costa de Albania á Durazzo, que era su madriguera.

Gobernaba en tanto la Sicilia el Virey Duque de Osuna, conocido por sus hazañas en Flándes; y dejando un nombre esclarecido y una gran popularidad en aquella isla, pasó en 1616 á ejercer el vireinato de Nápoles. Lo sonoro de su nombre, y la fama de su bizarría y de lo bien que se habia portado en Palermo, le preparó los ánimos de los Napolitanos, que lo recibieron con el mayor entusiasmo. Trajo por secretario á don Francisco de Quevedo y Villergas, aquel colosal ingenio, cuyas obras inmortales son una de las mayores glorias literarias y filosóficas de España; pero pronto tuvo que enviarlo á la corte, para combatir con los enemigos y rivales, que allí de desacreditarlo trataban. El carácter aventurero del Duque, el modo estravagante con que hacia pronta justicia, su generosidad, su magnificencia, y hasta sus devaneos le dieron extraordinaria popularidad. Y esto, y el haber engalanado con su pabellon particular algunas galeras, que armó á su costa para hostilizar á los venecianos; y el creérsele de acuerdo en la famosa conspiracion de Bedmár contra aquella república; y el haber retardado entregar el vireinato al cardenal Borja su sucesor, promoviendo para ello asonadas en Nápoles; lo hicieron tan sospechoso en la corte de Madrid, y al consejo de Italia, que si bien mientras vivió Felipe III, no fué incomodado, á la muerte de aquel rey fué encerrado en un castillo en donde murió, ó víctima de atrevidos pensamientos de una ambicion desenfrenada, ó de la envidia y encono de mezquinos rivales.

VI.

Ocupando Felipe IV el trono español se apresuró visiblemente la ruina de aquella inmensa y poderosa monarquía, y todas sus partes se estremecieron en las convulsiones que preceden á la muerte. Embraveciose la guerra en Lombardía y dispuso el Conde Duque de Olivares, árbitro de la voluntad de su Rey, que los estados de Italia la sostuvieran, y que Nápoles y Sicilia aprontasen un ejército de veinte y cua-

tro mil hombres y cinco mil caballos. Este esfuerzo era superior á lo posible. Y en ambos reinos crecieron las contribuciones y los apuros, hasta tener los vireyes que vender á particulares, las ciudades y villas de realengo. No bastaron estos dolorosos sacrificios; y poco despues fué preciso aumentar los derechos de consumos y de aduanas, de lo que no tardaron en resentirse la agricultura, la industria y el comercio: llegando ambos vireinatos á la mas espantosa miseria. Lo que no impidió que al estallar la guerra de Cataluña, acalorada por los franceses, y luego la de Portugal, se aumentasen las exigencias y las exacciones. Para colmo de desdichas se vió Nápoles aflijido por una espantosa erupcion del volcan, que arrasó los campos, oscureció muchos dias el cielo, y arrojó sus cenizas hasta las costas de Albania. Y luego con tenaces lluvias que destruyeron las cosechas é inundaron las vegas mas feraces. Y en medio de tantas desdichas, aun el conde de Monterey enviaba millones y soldados para acudir á los empeños y desdichadas empresas de la metrópoli.

No presentaba Sicilia mas favorable aspecto: siempre víctimas sus costas de la audacia berberisca, siempre campo su territorio de rivalidades, enconos y venganzas; con las últimas levas y contribuciones cayó en la miseria mas espantosa. Y en 1647 estalló en Palermo una grave rebelion que duró viva muchos meses, y que puso en grande apuro al Virey marques de los Velez, teniendo al fin que avenirse con la voluntad de los amotinados.

Este pernicioso ejemplo contagió al reino de Nápoles, del que era Virey el duque de Arcos; y en el verano del mismo año 1647 apareció la famosa sublevacion capitaneada por Masanielo, que costó tanta sangre, tanta riqueza, y que puso el reino, aunque pasageramente en poder de la Francia. Para corresponder el Duque á las exigencias de Madrid, y atender á la defensa del reino amagado por los franceses, tuvo que reunir caudales y que exigir un grueso anticipo; y para reintegrarlo se le ocurrió, en mal hora, imponer una gabela sobre el consumo de la fruta, arbitrio ya puesto en práctica otras veces con infelicísimo resultado, y que desde luego hizo tan mal efecto que empezaron á notarse síntomas nada equívocos de un descontento general. Aconsejaron personas prudentes y entendidas al Virey, que lo sustituyese con otro recurso menos oneroso; pero dilató el verificarlo, y dió lugar á que estallase una espantosa sublevacion. Púsose á su frente un jóven,

que vendia pescado por las calles, llamado Masanielo, y el Virey se vió obligado á refugiarse en Castelnovo. Gran matanza hubo de las tropas españolas y tudescas, y aun de las napolitanas que guarnecian la ciudad. Fueron incendiados muchos palacios y edificios públicos, y creció imponderable el general desórden, que se propagó á las provincias. Al cabo de once dias Masanielo, que ejerció en ellos el poder mas absoluto que ha tenido jamás ningun monarca, y que obtuvo la obediencia mas pronta y sumisa que so ha visto jamás entre los mas abyectos esclavos, empezó á perder el juicio, desvanecido sin duda con tan inaudito poderío; y fue asesinado en los claustros de un convento, y arrastrado su cadáver por el mismo populacho, que horas antes lo idolatraba. No supo aprovechar el Virey el momento de recobrar el poder; y el mismo pueblo, que habia escarnecido los restos de su supremo jefe, volvió á entusiasmarse por él, recogió el cadáver, lo restauró y ordenó con magníficas galas, y le tributó exequias de monarca, y culto de bienaventurado. Siguió la sublevacion acéfala, pero feroz, y eligió luego por caudillo al príncipe de la Massa, don Francisco Toraldo. Este ilustre caballero tomó el mando para ver si podia conciliar los ánimos, y volver la paz al reino. Pronto desconfió de él el pueblo, cuya fuerza armada pasaba ya de cien mil hombres, y fue miserablemente asesinado. Sucedióle un plebeyo llamado Annése, maestro arcabucero, continuando los desórdenes en todo el reino; y la mas abierta guerra entre el pueblo y la nobleza. Llegó al socorro del duque de Arcos, siempre encerrado en Castelnovo, una armada española mandada por el príncipe don Juan de Austria, hijo natural de Felipe IV; con esta ayuda el Virey cañoneó la ciudad en vano; pues el motin tomó carácter de rebelion, y nació el pensamiento de independencia. Se hallaba casualmente en Roma el duque de Guisa, Enrique de Lorena, y concibió la idea de aprovechar las circunstancias para alzarse con el reino, como descendiente de la casa de Aujou, no aun del todo olvidada en aquella tierra. Consiguió ser llamado por los rebeldes que trataron de constituirse en república, para ponerlo á su cabeza. Logró entrar en Nápoles, pero fueron tales sus lijerezas y desaciertos, tan grande el disgusto que se apoderó del reino, y tan marcado el retraimiento del gobierno francés, con quien neciamente contaba, que no pudo realizar su atrevidísimo pensamiento.

Reemplazó al duque de Arcos el conde de Oñate, y de acuerdo con

el príncipe don Juan, hizo una salida de Castelnovo con las tropas españolas, en tan oportuna ocasion, qne en veinte y cuatro horas restableció el poder real en la ciudad, y en pocos dias en el reino todo; no tardando mucho en restablecer la tranquilidad mas completa en el pais, y en borrar los rastros de tan seria revolucion, que duró once meses largos, y que causó pérdidas de mucha monta al gobierno y á los particulares. Algunos años despues se descubrió otra conjura, que costó la cabeza al turbulento Annése; y dejóse ver de nuevo, sin efecto alguno, el aventurero duque de Guisa en las playas de Nápoles.

Murió el año 1665 el rey Felipe IV, y heredó sus estados Cárlos II, destinado por la Providencia para que en sus débiles manos se deshiciese la inmensa monarquía española. Estremecido el imperio de ambos mundos con las agonias de la muerte, no podia ninguna de sus partes dejar de sentir la comun dolencia; y sin embargo no fue la época mas calamitosa para Nápoles, ni lo hubiera sido para Sicilia, si no hubieran turbado su reposo interior los habitantes de Messina, en guerra perpetua con los de Palermo, por envidia y celos de preponderancia y sobre á cual le correspondia ser capital. Grandes disgustos fatigaron á los vireyes de Sicilia, conde de Ayala, dnque de Sermonetto, duque de Alburquerque, príncipe de Ligne y marques de Bayona. Pues divididos en bandos los mesineses, y triunfando el mas bullicioso, enemigo encarnizado de la dominacion española, la ciudad entera se declaró rebelde, y se echó en brazos del rey de Francia Luis XIV, que envió incontinenti en su ayuda una poderosa escuadra. Afortunadamente no se propagó el incendio, y los Vireyes de Sicilia y de Nápoles acudieron con todas sus fuerzas y recursos á sitiar la ciudad, mientras una armada española acudió á pelear con la francesa fondeada en el puerto.

Fne tenaz y vigorosa la defensa de los mesineses, como sin resultado los combates de ambas armadas; y despues de muchos meses de ataques continnos mas ó menos felices, y de venir en socorro del gobierno español una escuadra holandesa que venció, aunque á costa de la vida de su Almirante, á la del rey de Francia, retiróse esta rota y escarmentada, llevándose gran número de sicilianos comprometidos, y rindióse Messina á discrecion el año 1678.

En el de 1681, reemplazó en el vireinato de Nápoles al marqués de los Velez, el del Carpio, y ocupó el de Sicilia el conde de Santisteban; ambos se dedicaron con fruto á borrar las huellas de los pasados con-

flictos, y trataron, no sin el éxito posible, de restablecer la industria, sobre todo la de la seda, tan próspera antes en aquellos paises, y la navegacion y el comercio, florecientes en otras épocas.

Siendo en Nápoles Virey el Duque de Medinaceli, el mas espléndido de cuantos tuvo aquel Estado, y gran protector de artes y ciencias, ocurrió el año 1700 la muerte do Cárlos II, último rey de la dinastía austriaca en España: acontecimiento que trastornó completamente la Europa.

El infeliz Monarca, tímido, enfermo, supersticioso, viéndose sin sucesion y cercana la muerte, vacilaba, empujado por encontradas influencias, en nombrar heredero de una corona riquísima, aunque deslustrada, y de un trono, decadente sí, pero que estendia su dominacion en ambos mundos. El Emperador, el Duque de Saboya, el Elector de Baviera y el Rey de Francia, codiciaban la herencia, á la que se creian con derecho, y trabajaban por obtenerla.

La primer mujer de Cárlos fue francesa, la segunda bávara, y prevaleciendo su influencia, apareció con sorpresa general una declaracion del Rey nombrando su heredero universal á Fernando de Baviera. Ni á la córte de España, cuya opinion estaba dividida, ni á los otros pretendientes agradó esta eleccion, y todos se preparaban á combatirla; cuando la muerte del elejido calmó la borrasca, y volvieron los otros tres pretendientes á sus esperanzas y á sus negociaciones. Pero entre los que verdaderamente se debatia el negocio era entre el Emperador, protegido por la Reina, y el Rey de Francia, que tenia en su favor la opinion general.

En tanto el desdichado Cárlos II se sentia morir, y urgiendo la decision de punto tan importante, consultó al Padre Santo, que lo era Inocencio XII. Este opinó por el mejor derecho á la herencia de los hijos del Delfin de Francia, como nietos de la hermana del moribundo Rey. Nótese, porque es importantísimo en las circunstancias en que escribimos, que la casa de Borbon heredó el trono de la monarquía española, por derechos trasmitido por hembra, segun las leyes fundamentales de España nunca quebrantadas en este punto tan esencial. Prevaleció pues la respetable opinion del Pontífice, y un mes antes de pasar á mejor vida firmó Cárlos II su testamento, nombrando su heredero á Don Felipe de Borbon duque de Anjou, hijo del Delfin y nieto del Rey de Francia Luis XIV,

No tardó el nuevo Rey Felipe V en trasladarse á Madrid para tomar posesion de su herencia, á los diez y ocho años de edad. Su juventud, su gallarda presencia, y sus modales corteses y delicados le grangearon desde luego el entusiasmo general. Pero sus rivales dándose por ofendidos, y creyéndose con mejor derecho á la corona de España, se propusieron apelar á las armas. Leopoldo de Austria, Fernando de Baviera y Victor Amadeo de Saboya, se coligaron para declarar la guerra á la casa de Borbon, y se les unieron muy luego por temor fundado de la reunion de España y Francia, Inglaterra, Holanda, el Elector de Brandemburgo y Portugal, dando principio á la famosa guerra de sucesion.

Empezó en Lombardía, mandando las fuerzas alemanas el príncipe Eugenio de Saboya, aunque muy jóven, acreditado de valiente y de experto por victorias importantes ganadas en Turquía. Y los ingleses y holandeses se encargaron de guerrear en los mares y en el Nuevo mundo.

VII.

En Nápoles y en Sicilia fue jurado el nuevo Rey, pero no agradó el cambio de dinastía, porque nunca en aquellos paises fueron simpáticos los franceses; y la córte de Viena cuidó de acalorar este disgusto. Servian en el ejército imperial algunos nobles napolitanos, y entre ellos un Caraffa y un Sangro, sugetos de altísima familia; y de ellos echó mano el Emperador para tentar un levantamiento general en favor de la casa de Austria.

Pusiéronse en Roma de acuerdo con el cardenal Grimani, y pasando á Nápoles no fueron desgraciados en sus primeras negociaciones; pues llegaron las cosas al punto de que los conjurados enviasen á Viena á don José Capece, para tratar con el Archiduque Cárlos, y exigirle, para cuando lograse la corona, que habia de establecer su córte en Nápoles, que solo á napolitanos se habian de conceder los cargos de aquel reino, que habia de establecer un senado aristocrático, que interviniese en la gobernacion del Estado, y ademas ciertas recompensas para los directores de la conjuracion.

Habiendo esta tomado ya tales proporciones, imposible era que per-

maneciese oculta largo tiempo; y descubierta por el duque Uzeda, embajador de España en Roma , dió oportuno aviso al de Medinaceli. Estaba dispuesto, y señalado dia para verificarlo, asesinar al Virey, proclamar al Archiduque, sorprender los cuarteles y apoderarse de los castillos; pero nada pudo realizarse por las disposiciones acertadas que se tomaron oportunamente para impedirlo. Desconcertados los conjurados reuniéronse secretamente, y como los principales de ellos opinasen, por esperar otra ocasion favorable; Jaime Gambacorta, príncipe de Macchia, jóven ilustre, pero pobrísimo, y deseoso de remediarse á favor de revueltas y de desconciertos, secundado por otros de su laya, propuso continuar la empresa sin reparar en inconvenientes. Y asi se resolvió, poniéndose á la cabeza de todo el osado mancebo, por lo que tomó su nombre la conjuracion. Dióse el grito, abriéronse las cárceles, incendiáronse edificios, saqueáronse almacenes y tiendas, corrió sangre y trastornóse completamente el pais. Grandes esfuerzos hizo el duque de Medinaceli para atajar el incendio, y se mostró valeroso capitan y prudente gobernador, pero disponia de muy cortas fuerzas y tuvo que repararse al abrigo de Castelnovo. En aquella revuelta estaban comprometidos nobles y plebeyos, pero empezaron á desconfiar estos de aquellos, recordando anteriores compromisos; y empezó á decaer la autoridad del jóven príncipe de Macchia, á no ser obedecidas sus órdenes, y á nacer entre los sublevados el desórden y la confusion. Aprovechando lo cual el sagaz Virey, publicó un perdon general, que deshizo la conjura, acogiéndose á él muchos de los comprometidos, y poniéndose en salvo los restantes.

Asegurada así la tranquilidad del pais, y afirmado el poder de Felipe V, regresó á España el duque de Medinaceli, viniendo á relevarlo el duque de Escalona que era virey de Sicilia; y que venia destinado á devorar la amargura de tener que entregar el precioso dominio español á poder extranjero y enemigo. Fué demasiado severo en el castigo de los pasados desórdenes, pero recto en la administracion de justicia, y cuidadoso de no aumentar las cargas públicas, y de mantener la abundancia y la seguridad en todo el reino. Creyó sabiamente Felipe V, que para asegurar aquel estado, de fidelidad tan dudosa, seria conveniente su presencia. Y embarcándose en Barcelona llegó felizmente á Napoles con próspera navegacion. Fué recibido con general entusiasmo, justificándolo el generoso olvido que manifestó de las re-

cientes ofensas, siendo gracioso para todos, disminuyendo las contribuciones, y perdonando generosamente los cuantiosos atrasos de ellas. Dos meses permaneció en aquel reino, y marchó apresurado á Lonbardía, á contener los progresos del ejército austriaco, mandado por el principe Eugenio. Y despues de mostrarse allí valeroso y entendido guerrero, regresó á España, á medirse con el archiduque Cárlos, quo obtenia grandes ventajas en la corona de Aragon, ayndado poderosamente por Inglaterra. En grande aprieto se vió la causa de don Felipe, quien tuvo al fin que abandonar á Madrid; y entonces le fué arrebatada la corona de Nápoles. El ejército frances tenia harto que hacer en el norte de Italia, para poder dar socorro á aquel reino, contra el cual envió el príncipe Eugenio al general Daun con buen golpe de tropas austriacas. Y entendiéndose con los descontentos y revoltosos, y ganando con oro muchas volnntades, llegó fácilmente á sitiar la importante plaza de Gaéta. Estaba en ella el desventurado Virey, y la defendió bizarra y tenazmente, pero teniendo por enemigo el país todo, y sin esperar socorro alguno, tuvo que rendirse casi á discrecion. Con lo que el reino todo se sometió al poder austriaco y al gobierno del General vencedor: así perdió Felipe V, el dominio de Nápoles, conservando el de Sicilia hasta la paz de Utrechc.

No qneremos pasar de aquí sin hacernos cargo de las acusaciones mas ó menos graves y violentas, qne los autores italianos, y sobre todo los modernos, lanzan contra la dominacion española en Nápoles y Sicilia. Si se ciñeran á lamentar la pérdida de su independencia por mas de dos siglos, tuvieran tanta razon como les falta para demostrar esa saña contra los españoles, atribnyéndoles ciegamente todas las desventuras de aquellos paises. Mucho padecieron en verdad; pero no mas ciertamente, que lo que las provincias mismas de la península padecieron, víctimas todos de el descabellado sistema político y administrativo de los reyes austriacos. Pero al mismo tiempo debian reconocer tales detractores, que la dominacion española no dejó de producir grandes bienes á aquellos paises Italianos. A ella debieron en gran parte los adelantos de su civilizacion, de sn industria, de su comercio y de su importancia. Bajo ella florecieron las letras y las artes. Las comunicaciones interiores, con magníficos puentes y calzadas, los hospicios y hospitales, las calles y palacios de Nápoles y de Palermo obras son de vireyes españoles. La industria y el cnltivo de la seda

llegaron bajo su proteccion á la perfeccion suma, y á ser fuente de considerable riqueza. La disecacion de pantanos y de lagunas, que hacian mortiferos ambos paises, y la conduccion de aguas á las cindades y poblaciones, á los españoles lo deben, como la defensa de sus costas y fronteras, con fortalezas, torres y atalayas.

No escaseó el Gobierno español el reparto de sus dignidades, mandos, y puestos de confianza entre los súbditos napolitanos, igualados completamente con los españoles. Grandezas de España, toisones, generalatos, embajadas, magistraturas se les concedian con mano franca; y ejercian el poder en la misma metrópoli, y hasta en los estados de América.

Es verdad que la administracion fué siempre deplorable, ¿pero era mas acertada y equitativa en España?... Mas diremos, ¿lo era en alguna parte de Europa? Y en contrapeso de esta desgracia, comun en aquella época, citaremos los grandes beneficios que hicieron á la administracion de justicia las pracmáticas de los vireyes, arreglando los tribunalas, y los procedimientos civiles y criminales, con muy sabias disposiciones: y que acabaron con los restos del feudalismo, y que contuvieron con mano firme los abusos del poder eclesiástico.

Y en aquellos siglos, ¿no fué una ventaja real para Nápoles y Sicilia el formar parte de una grande y pederosisima monarquía, dominadora de Europa? Si no hubieran sido dominios españoles, lo hubieran sido franceses para correr peor suerte y mas insegura, y para contribuir á las mismas guerras y descabellados gastos; ó se hubieran visto presa infeliz de los papas, débiles y sin vigor para defender su costa y territorio de los turcos y de los berberiscos. Y si hubiesen sido en aquellos siglos estados independientes, no hubieran podido dejar de ser campo constante de batalla de agenos intereses, de ambiciones privadas y de continuas guerras civiles. Esta hubiera sido la suerte de Nápoles y de Sicilia, sin el poderosisimo amparo de la dominacion española. Y prueba de que no era tan grande el odio á los españoles, por mas que digan los autores antiguos y modernos, es que admitieron gustosisimos los sicilianos y napolitanos por rey, como vamos á referir, á un principe español, con séquito español y con tropas españolas, desdeñando á príncipes de otras naciones, que tambien les ofrecian y aseguraban su nacionalidad y su independencia. Y hasta nuestros dias, cuando quisieron aquellos paises una constitucion, abrazaron sin titu-

bear la española; y gritaban en los momentos de fervor y de patriótico entusiasmo: *la constitucion de España, ó la muerte*. Y últimamente el ejército español, que desembarcó en Gaéta, para socorrer al Papa, fue recibido por los napolitanos con los brazos abiertos, y asistido y obsequiado con la mas sincera cordialidad.

VIII.

No faltó que hacer al general Daun en el gobierno de Nápoles, pero tuvo que abandonarlo al cardenal Grimani, para acudir primero á Lombardía, y luego á Roma á poner coto á las pretensiones del Papa sobre Parma. Al Cardenal le sucedió el conde Cárlos Borroméo, y dos años despues en el de 1713 la paz de Utrechc terminó la guerra de sucesion, afirmando la corona de España y de las indias en las sienes de Felipe V, pero privándole de los estados de Italia. No se convino con aquel arreglo el archiduque Cárlos, que habia subido al trono imperial, con el nombre de Cárlos VI, y continuó un año mas la guerra, hasta que en un nuevo convenio celebrado en Rastadt, se le adjudicó la corona de Nápoles con la isla de Cerdeña, el milanesado y los presidios de Toscana. Y á Victor Amadeo de Saboya la isla de Sicilla, con título de Rey; con que no tardó en coronarse en Palermo, entregándole, con harto dolor aquel estado el último virey español marques de los Balbases. Mucho debia prometerse aquella isla de un soberano tan aventajado, y que gobernando acertadísimamente el Piamonte habia dado claras muestras de capacidad política, militar y administrativa; pero regresó á Turin dejando de Virey al conde Maffei. Este á los tres años de gobierno se vió sorprendido por una poderosa escuadra española, que al mando del almirante Leede, flamenco de nacion, se apoderó casi sin resistencia, por lo imprevisto y osado de la acometida, de Palermo, Catánea, Trápani, Messina y Siracusa. Esta infraccion de los tratados indignó á todas las potencias, que habian guerreado tantos años. Y volando como pudieron al socorro de Sicilia, lograron casi destruir la escuadra española, recuperar las ciudades perdidas, y restablecer el dominio del Piamonte en toda la isla. Mas el Emperador, que no estaba muy satisfecho del último arreglo, con el pretexto de poner coto á la ambicion española, formó la liga llamada cuadruple

alianza con Jorge I de Inglaterra, Luis XV de Francia, y los estados de Holanda, para imponer al rey de España nn nuevo arreglo hecho en Lóndres, que fue sin dificultad aceptado por Felipe V; en el cnal pasaba la Sicilia reunida con Nápoles, bajo la soberanía del emperador Cárlos VI: á Victor Amadeo se le daba el reino de Cerdeña: y al infante Cárlos de Borbon, hijo segundo del Rey de España, babido en su segunda mujer Isabel Farnesio, se declaraba heredero de los estados de Parma y Plasencia, á la muerte cercana de su poseedor, que no tenia sucesion directa. Verificóse este arreglo, con gran disgusto del Piamontes, y con gusto del español, y sobre todo de la reina, que preveia en el nuevo órden de cosas gran porvenir para su hijo; quien no tardó en tomar posesion de sus nuevos estados, no con gran contentamiento del Emperador, que vió con sospecha el qne los españoles volvieran á poner el pie en Italia, y á entrar en ella con demasiado número de tropas, y sin disgnsto del país.

Armóse á poco nueva guerra sobre la sucesion al trono de Polonia el año 1733, púsose de nuevo en armas Europa, rompiéndose la anterior alianza. Luis XV, de Francia envió á conquistar el milanesado al mariscal de Villars, y Felipe V, de España un grueso ejército al mando del duque de Montemar so pretexto de cubrir los estados de sn hijo don Cárlos; pero con órdenes secretas de conquistarle el reino de Nápoles. Era entonces virey, en nombre del Emperador, Julio Visconti, y general de las armas el conde Traun, los que viéndose de improviso y vigorosamente acometidos por tan poderoso ejército español, pidieron asustados socorro á Viena, pues contaban con escasísimas tropas, y con ellas en el último apuro salieron á probar fortuna. Mas tuviéronla tan contraria, que rotos y deshechos se refugiaron en la plaza de Gaéta. El reino todo recibia con los brazos abiertos á sus antiguos huéspedes; mientras que arreglada la sucesion de Polonia, se convenia en Lóndres en dar al pretendiente vencido el ducado de Lorena, y al que se queria despojar de él, los estados de Parma y de Plasencia; indemnizando al infante don Cárlos de Borbon con la corona de Sicilia: pero esta y la de Nápoles se las tenia ya destinadas la providencia, y debia adquirirlas con nuevos trinnfos de las armas españolas.

Rendidas y entregadas las fortalezas y castillos de la capital, qne esperaban con ansia al nuevo rey, al jóven y generoso, y valiente príncipe español, que les llevaba nacionalidad é independencia, entró en ella

á caballo el dia 10 de mayo de 1734, entre los mas fervientes aplausos de todos sus habitantes, cuyo entusiasmo se estendia como una chispa eléctrica por todo el reino. Però aun no estaba terminada la guerra. Los alemanes recibieron algun refuerzo, y aun se defendian en Gaéta, en Capua, en Pescára y en otros puntos, y se reunian en Puglia. Marchó á su encuentro el bizarro y entendido duque de Montemar, y ganando la célebre victoria de Bitonto, y atacándolos luego, sin darles respiro, en todos los puntos fuertes que ocupaban, los arrojó completamente del reino, coronando tan gloriosa conquista.

De Nápoles pasó rápidamente el ejército vencedor á Sicilia, y su alta reputacion, y la gloria que lo circundaba, y el claro nombre del Príncipe que defendia y el odio á los tudescos le abrieron las puertas de la isla y las voluntades de los sicilianos. Huyó aterrada la guarnicion alemana, y el duque de Montemar fue acogido como libertador en Palermo. Y revolviendo sobre Messina, mal defendida por los imperiales, la ganó en pocas horas y se hizo dueño de todo el reino. No tardó el jóven rey en ir á visitarlo, y alli tuvo el mismo éxito que en Nápoles, y fué coronado y jurado solemnemente. Gran felicidad soñaban ambos reinos, grandes proyectos de hacerlos felices rodaban en la mente del jóven monarca; cuando una nueva guerra vino á retardar las esperanzas de los súbditos y los planes del soberano.

Muerto el emperador Cárlos, se opusieron algunas potencias á que heredase la corona imperial, con todos sus estados, su hija única la célebre y varonil Maria Teresa de Austria; y se coligaron en contra de ella Francia, España, Prusia y Baviera; y en favor Austria, Inglaterra, Holanda, Rusía y Saboya. Y mientras se guerreaba en Alemania, en Hungría, y en Lombardia, el almirante inglés Martins se presentó en la bahía de Nápoles con catorce navíos, y con inusitada insolencia amenazó bombardear y destruir la ciudad, si en el término de dos horas no prometia solemnemente el Rey Cárlos guardar en la empeñada lucha estricta neutralidad. Bramó de ira el generoso príncipe español con tal insulto; pero desprovisto de bajeles, y mal guardado el puerto con débiles fortificaciones y escasa artilleria, por evitar la destruccion de su hermosisima córte, tuvo que ceder despechado, y que llamar las tropas, que iban marchando á reforzar las armas españolas en Lombardía.

Esta humillacion no evitó el golpe meditado por los alemanes, pues

habiendo conseguido grandes ventajas sobre el ejército español, que tuvo que retirarse á los Abruzzos, creyó el general tudesco Lobkovitz llegado el momento de reconquistar el reino de Nápoles; y hollando la validez de los tratados, lo acometió impetuoso. Enterado Cárlos de tan injustificable agresion, que violaba una neutralidad, impuesta con tanto desacato; reunió sus fuerzas y marchó al encuentro de los invasores; publicando un solemne manifiesto para que supiese el mundo, que apelaba á las armas para defender sus estados y rechazar la fuerza con la fuerza. Y sabiendo que el ejército invasor se hallaba embarazado por las nieves en el paso de las montañas hácia Valmontone, sentó sus reales en Veletri, ciudad de la frontera romana. Treinta y nueve mil hombres componian el campo napolitano, treinta y cinco mil el tudesco; y aquel llevaba además la ventaja de estar protegido por todo el pais, y muy provisto de municiones y de vituallas. Pero acaso estas circunstancias le dieron confianza desmedida y el descuido que inspira la seguridad. Lobkovitz se aprovechó de esta confianza y de este descuido, y obligado á aventurarlo todo logró á media noche sorprender el campo napolitano, quemar las tiendas é introducir la confusion y el esterminio, del que se salvó con la fuga el mismo Rey. Mas no consiguieron nada con este triunfo pasajero los alemanes. Repuesto Cárlos reuniendo con actividad suma sus dispersas banderas, organizando con inteligencia notable sus tropas sorprendidas, y poniéndose con valor heróico á su cabeza, revolvió sobre los alemanes, tambien descuidados con los halagos de la victoria, y atacándolos con toda la resolucion de una justa venganza, los deshizo, los diezmó, y los arrojó de Veletri, asegurándose la corona de las Dos Sicilias, independiente y respetada.

IX.

Llegado habemos al punto en que comienza verdaderamente el trabajo que nos propusimos de escribir una reseña histórica del reino de las Dos Sicilias; pues hemos llegado al tiempo en que quedó asegurado este nuevo estado europeo, fundado por las armas españolas, y gobernado por un monarca español independiente, y reconocido Rey legítimo de aquel nuevo reino, en todas las potencias de Europa. Por

lo tanto será mas prolija nuestra narracion, porque como de sucesos mas próximos á nuestros dias, en íntima relacion con la época presente, y últimamente contemporáneos, ofrecen mayor interés á nuestros lectores, y pueden ser de mas útil enseñanza.

Era el Rey Don Cárlos, á quien ya conocemos como valentísimo soldado, y esperto capitan, príncipe de claro entendimiento, de noble y elevado carácter, de bondad suma, de purísimas costumbres, celoso de su autoridad, pero amigo de la justicia, y ansioso de la prosperidad de los pueblos, sin que su religiosidad estremada y nimia, que casi con la supersticion se confundia, tan altas dotes de soberano invalidara.

Tenia á su lado desde que empezó la conquista, al florentino Bernardo Tanucci, jurisconsulto de poca instruccion, pero de buenas ideas gubernativas, de prudencia, y de actividad; y lo nombró su primer ministro en el momento que tomó posesion de aquel reino. Y ya antes de la espedicion de Veletri habia empezado á introducir grandes é importantes mejoras en la administracion pública y en la gobernacion de la monarquía.

Dió al consejo colateral el carácter y organizacion de Consejo de Estado. Arregló los tribunales, estableciendo una suprema cámara de casacion, y último recurso, aboliendo completamente los jueces delegados. Reformó las leyes de distintas épocas, y nombró una comision de jurisconsultos, que las reuniera en un solo cuerpo coherente, y arreglado á los adelantos de la ciencia y al estado de la sociedad. Creó un tribunal supremo de comercio, y entabló tratados mercantiles con Dinamarca, Holanda, Suecia, y con las Regencias berberiscas. Y habiendo aparecido la peste levantina en Messina, demostró el Rey su actividad é inteligencia para impedir el contagio, publicando acertadísimas leyes sanitarias.

Dió nueva y uniforme organizacion á los ayuntamientos, que si perdieron su importancia política, ganaron mucho en la administrativa, con gran ventaja de los intereses públicos. Tambien dió el último golpe á los restos del caduco feudalismo, aboliendo la jurisdiccion particular de los Barones, y llamándolos á la córte con gracias, mercedes y lisonjeras distinciones. Y á pesar de su piedad suma, y de las prácticas piadosas, á que acaso se entregaba con esceso, disminuyó el número de conventos, redujo notablemente el derecho de inmunidad, obligó al pago de contribuciones á los bienes eclesiásticos; ajustando con la

Santa Sede un ventajosísimo Concordato. Y hasta para dar mas vida al comercio, permitió la entrada de los judios, medida que disgnstó al pueblo, y que mas tarde tnvo que revocar por complacer á la opinion pública.

Habia el Rey contraido matrimonio el año 1738 con Amalia Walburga, hija del Rey de Polonia Federico Angusto. Y creó el dia de la ceremonia la órden esclarecida de San Genaro, dándole instituciones mas de congregacion devota, que de órden caballeresca. Ya la Reina habia dado á luz una princesa, y estaba de nuevo en cinta, cuando ocurrió la espedicion de Veletri; durante la cual quedó en Gaeta, no sin disgusto de la ciudad de Nápoles, que reclamaba como suyo aquel depósito.

A la vuelta de la expedicion, perfeccionó el Rey y llevó á cabo con actividad suma todas las reformas ya emprendidas. Puso órden en la administracion y recaudacion, aseguró mas y mas la tranquilidad interior, y cogiendo ópimos frutos de sus sábios planes y de la capacidad gubernativa de su ministro Tanucci, vió en tan floreciente estado la Hacienda pública, que pudo pensar en el engrandecimiento, y en el ornato de su reino.

Reformó y regularizó los estndios públicos, y las academias; mejoró el arsenal, creándose una escuadra; estableció colegios de náutica y de construccion, fundicion de artillería, fábricas de lonas y cordelería; fundó el arrabal de Chiaja y el de la Mergelina; construyó el muelle y la aduana, mejoró el palacio, y contiguo á él levantó el magnífico teatro de San Cárlos, el mas célebre de Europa. Y no podemos resistir al deseo de consignar nn hecho curioso que ocurrió en su inauguracion. Para ir desde sus regias estancias al teatro, tnvo que atravesar la real familia varios patios y que salir á la calle. Y cuando sorprendido el Rey como el público todo, con lo suntuoso y sólido del edificio y del magnífico salon, y con el mágico espectáculo, elogiaba y aplaudia al arquitecto Carasala, que habia construido aquel teatro en ocho meses, le dijo: lástima es que no se pueda venir desde palacio aqui sin tomar frio. Nada contestó el arquitecto; pero al acabarse la representacion se encontró el Rey con una oportuna galería sólidamente construida, y adornada de tapices, alfombras, espejos y arañas, que desde su palco le dió paso hasta la real cámara.

Tambien edificó Cárlos la bellisima poblacion y palacio de Porticci,

el de Capodimonti, el magnífico de Caserta, el soberbio acueducto de Maddalone, el hospicio general, los graneros, los cuarteles y las atarazanas. Y pasma todo esto cuando se considera que se hizo sin gravar á los pueblos, ni aumentar las contribuciones, ni acudir á empréstitos, y en un pais esquilmado por malos gobiernos, y trabajado de contínuas guerras y calamidades: pues aunque so crea que la Reina de España enviaba á su hijo gran parte de los tesoros de América; no pudo hacerlo despues de la muerte del Rey Felipe V, y del advenimiento de su entenado Fernando VI al trono; en cuya época se construyeron precisamente aquellas colosales obras, orgullo de Nápoles y admiracion de los viajeros.

Tambien al Rey Cárlos de Borbon debió la Europa el descubrimiento de Herculano y de Pompeya, ciudades romanas, que habian desaparecido el año 79 de nuestra era bajo las lavas y cenizas del Vesubio, y cuya posicion se habia completamente borrado de la memoria de los hombres. En ellas, particularmente en la última, se han encontrado riquezas artísticas inapreciables, y se ha podido estudiar la vida doméstica de los romanos. Desde los utensilios del tocador de las damas, hasta los bronces, mármoles, pinturas y mosáicos que adornaban al foro, los templos y los palacios de aquellas olvidadas ciudades han sido digno asunto de científicas disertaciones, han dado ya importante ocupacion al buril, y en el real museo Borbónico de Nápoles sirven de útil enseñanza y estudio, y son la admiracion de los arqueólogos y de los artistas.

Ademas en Pompeya se han hallado papiros, que aunque carbonizados por la accion del fuego, se desarrollan y leen sin dificultad, por un procedimiento fácil é ingenioso. Desgraciadamente hasta ahora no se han encontrado entre ellos las obras perdidas de los grandes escritores de la antigüedad.

Alcanzaron á la isla de Sicilia en gran parte todas las ventajas y adelantos, que tan floreciente hacian el Estado napolitano. Pero el estar mas lejos de la fuente de las reformas, y de la vigilancia del monarca; el tener que sujetarse á la mas ó menos actividad, celo é inteligencia de los delegados del poder soberano; y lo mas atrasado del pais, las mayores raices que en él tenia el poder feudal, y la influencia eclesiástica; las antiguas rivalidades aun no del todo allanadas, lo áspero del terreno y el carácter indomable de los habitadores, dificultaban el pro-

greso de la civilizacion, y el planteamiento completo de las saludables innovaciones.

Duraba en tanto, con cortos intervalos, la guerra de Lombardía, y en ella un cuerpo de tropas napolitanas reforzando el ejército español y adquiriendo gloria y merecido renombre; hasta que muerto Felipe V, le sucedió en el trono de España y de las Indias su hijo del primer matrimonio Fernando VI, que no tardó en firmar la paz, ajustada en Aqnisgram, por lo que se concedió la soberanía de Parma, Plasencia y Guastalla al infante Don Felipe. Y para evitar un rompimiento inmediato sobre el dominio de Toscana se concertó un doble matrimonio. Tambien se arregló poco despues la alta soberanía del rey de Nápoles sobre la isla de Malta, contradicha y negada por los Grandes Maestres del órden de San Juan de Jerusalen.

Mostró Cárlos su firmeza de carácter, á pesar de su devocion estremada, resistiendo á las instancias del Papa Benedicto XIV para establecer en Nápoles la inquisicion. El arzobispo Spinelli, instigado por Roma, empezó con notable imprudencia á preparar palacio y cárceles para el odioso tribunal; mas en cuanto se divulgó por el pueblo, dió este muestras, estrañas en el fanatismo de que era presa, de resistir con la fuerza, como lo hicieron sus mayores, el establecimiento del Santo Oficio. Y el Rey de acuerdo con la opinion pública, revocó las disposiciones del Arzobispo, lo alejó de Nápoles, y alejó tambien al cardenal Landi, por decretos, que esculpidos en tablas de mármol aun se ven en el muro de San Lorenzo.

Asegurada la paz, redoblaron sus esfuerzos el rey Cárlos y su ministro Tanucci, para afianzar las reformas, acabar del todo con los restos feudales, y con los abusos del poder eclesiástico, enaltecer el ejercicio de la agricultura y del comercio, protegèr las letras y las artes; empezando á crear así en aquel país la clase media, que rica é ilustrada, forma el nervio y el verdadero poder de la sociedad moderna.

Dias de guerras, de trabajos, de reformas, de engrandecimiento, de abundancia y de paz, formaron los 25 años del reinado en Nápoles de don Cárlos de Borbon, y aun esperaban sus súbditos muchos mas de prosperidad y de reposo; cuando la muerte, sin sucesion, del rey de España don Fernando VI, lo llamó á ocupar el trono de ambos mundos. Recibió el mismo dia la noticia de la muerte de su hermano, y la

de haber sido reconocido como rey y proclamado en toda España ; y pensó en marchar inmediatamente á ceñirse la espléndida corona, con que galardonaba sus altas dotes de soberano, y sus privadas virtudes la providencia. Nombró regente de España, á su madre, y pensó en la sucesion del reino de las dos Sicilias.

Tenia el Rey Cárlos seis hijos y dos hijas. El primero llamado Felipe era de cuerpo enfermizo y de alma imbécil ; reconocido lo cnal solamente, en nn consejo público de facultativos, barones, magistrados, obispos y embajadores extranjeros, fue declarado por el padre, con las lágrimas en los ojos y el corazon hecho pedazos, inhábil para la corona. Su hijo segundo don Cárlos Antonio, era ya de derecho Príncipe de Asturias y heredero del trono español. Por lo tanto el reino de Nápoles, no pudiendo reunirse ambas coronas, pertenecia legítimamente al hijo tercero don Fernando, robusto y despierto niño de ocho años de edad. Así lo declaró solemnemente don Cárlos III, ya rey de España, confiriéndole la corona de Nápoles y de Sicilia el dia 6 de octubre del año 1759, é inmediatamente fue reconocido y jurado como Rey sin la menor contradiccion.

En el mismo dia, despues de haber registrado las cnentas del tiempo de sn reinado ; de dar saludables consejos al hijo, recomendándole sn hermano imbécil, que quedaba en Nápoles; de haber nombrado preceptor para el nuevo Rey, y un consejo de regencia ; y de repartir con justicia y sin profusion grados, títulos, condecoraciones y mercedes á sus fieles servidores ; se embarcó en la escuadra española, sin llevar consigo de la corona de Nápoles ni una sola alhaja, y hasta dejando una sortija de ningun valor, que encontró en Pompeya, y que tenia la costumbre de no qnitarse nunca : exceso de delicadeza, que pinta el alto carácter del gran Cárlos III.

Llorando su partida los napolitanos todos, agolpándose en los muelles y marinas, y en las torres y azoteas de la ciudad, y siguiendo con los ojos arrasados la escuadra, que les robaba su ídolo, sų rey, su padre, su bienhechor.—Quedaban sus leyes, sus magistrados favoritos, sus soberbios edificios ; pero ¡ ay ! se ausentaba el que las habia dictado, el que los habia con tanto acierto elegido, el que los habia imaginado : faltaba el rey Cárlos de Borbon, faltaba el restaurador magnánimo de aquellos trabajados países.

X.

Tomó el nuevo soberano el título de Fernando IV, Rey de las dos Sicilias y de Jerusalen, Infante de España, Duque de Parma y de Plasencia y Gran príncipe hereditario de Toscana; y fueron regentes durante su minoría Domingo Cattaneo, Principe de San Nicandro ayo del Rey: José Pappacoda, Príncipe de Céntola: Pedro Bologna, principe de Campo-reale: Miguel Reggio, bailio do Malta: Domingo Sangro, capitan general: Jacobo Milano, príncipe de Ardore. Lelio Caraffa, capitan de guardias, y el caballero Tanucci, el laborioso y sesudo ministro de quien ya hemos hecho mencion; y que fue como se puede conocer, el alma de aquella regencia, ó por mejor decir, el regente único del Estado. Y como era natural, prosiguió constante y celoso la obra de regeneracion, que con tanto acierto habia planteado á la sombra del anterior Monarca.

Entretanto crecia el nuevo Rey educado por San Nicandro, mas en los ejercicios que dan vigor al cuerpo, que en los estudios que nutren el espiritu, en los que ni el ayo ni los corregentes eran desgraciadamente muy versados. La inmoderada pasion por la caza de que era víctima el padre, se enseñoreó tambien del hijo; y el Rey ya mancebo, mirándola como su primera ocupacion, repelia con tédio los libros, evitaba el trato con los doctos, evadia las conversaciones sobre materias de Estado y negocios públicos. Sabiendo apenas escribir, cifraba su vanidad en ser el mas certero en la escopeta, el mejor cabalgador, y el mas diestro en los juegos de fuerza ó de gallardia de todo su reino; ejercicios que lo ponian en contacto con el populacho, al paso que lo alejaban del trato noble y decoroso de la corte. Pues tímido, cortado, taciturno en las regias ceremonias y en la alta sociedad, se mostraba desenfadado, suelto y locuaz, cuando en las fiestas populares se complacia en disfrazarse de pescadero, divirtiéndose en vender á los lazarones pescado, con todo el chiste, procacidad y mímicas contorsiones de tan humilde ejercicio. No se comprende como el entendido y en aquel tiempo omnipotente Tanucci, no cuidó mas de la educacion del Rey menor; pues no podemos creer de su capacidad y rectitud, y del

agradecimiento que debia á Cárlos III, que de intento descuidára las buenas disposiciones del hijo, para poderlo dominar á salvo, y no perder nunca la gobernacion verdadera del reino.

Gobernaba la regencia pues, ó por mejor decir, el primer ministro, continuando constantemente en las reformas del anterior Monarca, y obedeciendo sus nuevas inspiraciones, pues seguia el Rey de España correspondencia no interrumpida con su favorito: aunque este, decidido enciclopedista, traspasó muchas veces las instrucciones del piadoso Cárlos III, en materias eclesiásticas.

Declaráronse del Estado los expolios y vacantes, se abolió el diezmo, se suprimieron varios conventos, se restringió aun mas la jurisdicion episcopal, se puso coto á la publicacion de las bulas pontificias, se prohibió el dejar legados á manos muertas, y la fundacion de nuevas iglesias, conventos y capellanías; se dió intervencion al gobierno en los estudios de los seminarios, y se decretaron otras disposiciones de esta clase, que si al pronto alarmaron las conciencias timoratas, no tardaron en ser populares cuando se advirtieron sus benéficos resultados.

No fué tan feliz Tanucci en las medidas económicas, como se vió el año 1763, en que la mala cosecha de cereales puso el reino en grande apuro; y se aumentó este por las erradas disposiciones de la regencia, basadas todas en las equivocadas ideas de aquella época sobre monopolio y usura, importacion y exportacion, prohibiciones y franquicias.

Fué declarado mayor de edad el rey Fernando IV el dia 12 de enero de 1767, Francia y España estaban con Nápoles en buena armonía, pero no en alianza; porque aun no habia aceptado, por sugestion reservadísima de Cárlos III, el pacto de familia. La casa de Austria pretendia un matrimonio con el rey de Nápoles. El papa Clemente XIII combatia con las armas espirituales las reformas hechas.

El primer acto del Rey al tomar posesion del gobierno del reino como mayor de edad, fué la expulsion de los Jesuitas, hecha por exigencia de su Padre, y con las mismas insólitas precauciones, sigilo, presteza y aparato imponente con que se habia verificado en España. Gran sensacion causó en el reino de las dos Sicilias, afligiendo á muchos, alegrando á otros, y excitando la curiosidad de todos sobre el motivo de tan otrevido golpe. Pocos dias despues apareció un real

decreto destinando los cuantiosos bienes de los expulsados, á escuelas públicas y gratnitas, á conservatorios de artes y oficios, á casas de reclnsion, y á otros establecimientos piadosos seculares, todos de pública utilidad; con lo que poco á poco se sosegaron los ánimos, conmovidos con la expulsion de aquella preponderante órden religiosa, ya arrojada de Portugal, España y Austria, y luego abolida completamente por Clemente XIV.

En el pontificado de su sucesor Pio VI hubo serios altercados entre este Papa y el Rey sobre conceder el capelo al arzobispo de Nápoles, y sobre la consagracion de los obispos. Y el disgusto de estas controversias dió ocasion de que qnedase abolida la antigua costumbre de la presentacion de la famosa *acanéa* y consiguiente tributo al Papa, en señal de vasallage. Hízose siempre esta anual ceremonia el dia de San Pedro, 29 de jnnio, con gran pompa y pública solemnidad; y en el año 1776 marchando á caballo con brillante cortejo, el príncipe Colonna embajador de Nápoles, á llevar á la Basilica vaticana el presente, trabó una disputa de precedencia con el séquito del embajador de España, que causó desórden y tumulto en la multitud, pero todo cosa de poquísima importancia. Sabido el caso por el rey de Nápoles, fingió darle mucha: y sin pérdida de tiempo escribió por medio de su embajador al Papa: que para evitar tales escándalos y disgustos, que podian turbar la paz, nacidos de un acto de *mera devocion*, habia resuelto que no se celebrase mas aquella ceremonia. Exigió el Papa la revocacion de este acto, que calificó de atentatorio á su alta soberanía; y no obteniéndola protextó en vano, y aun reclama, *pro forma*, el dia de aquella festividad el perdido derecho. Así concluyó completamente toda sombra de dependencia ajena del reino de las dos Sicilias.

Trató el rey de tomar estado, y ajustó sn matrimonio con María Josefa de Austria, hija del emperador Francisco I. Pero habiendo muerto esta señora cuando se hacian los preparativos de la boda, la reemplazó su hermana María Carolina; y en Nápoles el 22 de mayo de 1768 se verificó el régio enlace, solemnizado con grandes fiestas y regocijos, que duraron algunos meses.

Hermosa, altanera, instruida, y austriaca, debia suponerse la parte que iba á tener la Reina en la gobernacion del Estado, y la tenaz oposicion que haria á la influencia española; mucho mas cuando fué

articulo expreso de las capitulaciones matrimoniales, que asistiria á los consejos de estado. Desde luego se notó qne no simpatizaba con el ministro Tanucci; y no era dificil de conocer el arrepentimiento de este por no haber cuidado mas de la educacion de su soberano, haciéndolo capaz de gobernar por si mismo, y no por agenas inspiraciones. Continuó empero algun tiempo en la direccion de los negocios públicos, y en íntima aunque mas reservada correspondencia con Cárlos. III.

Prosiguieron, pues, las reformas, y los arreglos, ocupándose de todas las academias y reuniones de sabios y de filósofos; y entonces brillaron los ilustres escritores, Galiani, Palmieri, Pagano, descollando entre ellos el célebre Cayetano Filangierí, autor de la gran obra titulada *Scienza della Legislacione.*

Tambien entonces nació la rica industria del coral, y se perdió en breve por el furor, que reinaba en aquella época, de reglamentarlo todo: á pesar de tanta actividad y movimiento, no prosperaba la hacienda, y el reino decaia visiblemente.

En 1777 dió á luz la Reina un Principe, y exigió en seguida la asistencia á los consejos y cosultas de Estado; y aunque Tanucci opuso cuantas dificultades le sugirió su astucia y su práctica cortesana, no lo pudo impedir; y dejando el gobierno á la altiva austriaca, salió del ministerio, se retiró de la córte, y se estableció lejos de ella en una casa de campo, donde á poco pasó á mejor vida. Hombre notabilísimo enciclopedista sí, y de escasa instruccion; pero de grandes instintos de gobierno, de fecundas ideas, laborioso, perseverante, bien quisto y de suma pureza. Gobernó con poder absoluto cuarenta y tres años, se retiró del mando sin enemigos, y murió en la miseria.

Dueña de las riendas del Estado la reina Maria Carolina, y mas alejado que nunca el rey Fernando de los negocios públicos, cambiaron completamente las relaciones estranjeras, rompiéndose los vínculos que unian el reino de las Dos Sicilias con España, y estrechándolos con Inglaterra. Sucedió á Tanucci en el ministerio el marqués de Sambucca, que estaba de embajador en Viena. Y se trató de aumentar las reformas, siguiendo las ideas filosóficas, que estaban de moda en la capital del imperio. Pero el mal estado de la Hacienda agravado con los nuevos despilfarros de la córte, que se puso en un pié de ostentacion y de lujo, no al nivel de los recursos del reino; y el encontrarse

sin ejército y sin marina; aquel indispensable siquiera para mantener el órden interior, como lo exijian los adelantos admirables de la industria, y esta necesaria para protejer la navegacion y el comercio acrecentados de una manera increible; alarmó á la Reina y al nuevo ministro, y convinieron en que eran necesarias tropas y naves de guerra. Mas no sabiendo de quien echar mano para crear ejército y marina, se pensó para lo primero en un general austriaco, y para lo segundo, (por no llamar ni á un español, ni á un francés) resolvieron por consejo del príncipe de Caramanico, que gozaba de gran influencia en palacio, nombrar Almirante al caballero inglés Juan Acton, que se hallaba al servicio de Toscana, y habia adquirido renombre de experto y de valeroso, en una espedicion contra Argel. No tardó en aceptar el aventurero esta primera muestra de los favores de la fortuna; y con permiso del Gran Duque pasó á Nápoles en 1779, donde fue muy bien acogido por los Reyes, y por toda la aristocracia, encargándose de la direccion general de marina. Al mismo tiempo Sambucca dejó el ministerio de Estado al marqués Caracciolo, hombre de juicio y reputado buen economista.

No desaprovechó la córte romana estos cambios para arrancar un nuevo Concordato, sin el estorbo de Tanucci. Pero negoció en vano, pues Caracciolo, que siendo Virey de Sicilia dió muestras de su entereza en estas materias, se mantuvo firme, y rechazó con energía las exageradas pretensiones de Roma.

Obtuvo muy luego el caballero Acton el ministerio de Marina, y empezó, ambicionando algo mas, á minar el favor secreto de Caramanico, hasta lograr que saliese este rival poderoso á la embajada de Lóndres. Trató de ganarse popularidad, y lo consiguió mostrándose poco amigo de la nobleza, estableciendo escuelas gratuitas, publicando proyectos de caminos y obras públicas, mejorando para el comercio los puertos de Miseno, Brindis y Baya, y hasta intentado establecer la libertad de cultos en Mesina y en Brindis. Abolió tambien el ministerio de Hacienda, creando para regirla y administrarla un consejo, y empezó á dedicarse con calor al aumento del ejército y de la escuadra, alzándose en fin con el supremo mando, con el efecto y completo favor de la reina, con la confianza, el respeto y hasta el miedo del Rey y con la opinion del pais. Mariscal de campo, teniente general, capitan general, todo lo fue el afortunado Acton en pocos dias; y se vió

condecorado con las primeras grandes cruces de Europa, y hasta por servicios hechos á su patria en el ministerio de Nápoles, obtuvo el nobilísimo título de Lord de Inglaterra; creciendo en riquezas al paso que en honores y en importancia política.

Apareció falaz y momentáneamente tan engrandecido el poder del reino de las Dos Sicilias, por el número de soldados y de buques que se le suponian, que los Borbones de Francia y de España quisieron buscar su alianza, ¿pero qué podian conseguir sino desaire y repulsa de una reina austriaca y de un favorito inglés? Ofendido Cárlos III escribió con autoridad de padre á su hijo Fernando IV importantes y discretas reflexiones, aconsejándole que alejase de su consejo de su córte y de su reino á aquel temible y audaz advenedizo. Nada consiguió y murió á poco muy aflijido de cuanto ocurria en su predilecto palacio de Caserta.

El año de 1783 fue funestísimo para el reino de las Dos Sicilias. Continuos y espantosos terremotos arruinaron doscientas treinta y tres ciudades y pueblos, y hasta cambiaron completamente el terreno en las feraces provincias de Calabria y del norte de Sicilia. Innumerables fueron las víctimas, pues pasaron de sesenta mil, grande la pérdida de cuantiosas riquezas; generales el espanto y la afliccion, y notable el empobrecimiento. Al mismo tiempo las borrascas, las tormentas, las inundaciones, los huracanes conturvaron el pais, y las bandas de facinerosos, nacidos en el general desórden y aturdimiento, aumentaron aquel cúmulo de desastres. Al cabo se apiadó el cielo del reino infeliz, volvió el órden á su naturaleza, se ocupó el gobierno en reparar tanto daño, y en remediar la miseria pública.

El año 1784 cuando la tierra se reponia de tantas angustias y dolorosas pérdidas vinieron á visitar á la Reina sus hermanos José II y el Gran Duque Leopoldo. Hiciéronlo de incógnito, esto es, sin admitir honores ni obsequios, y como convenia á dos filósofos empapados en las doctrinas enciclopedistas. Convirtieron la córte de Nápoles en una verdadera academia; y despues de entusiasmar á la Reina y á los sábios con la ostentacion pomposa de sus proyectos liberales, filantrópicos, y humanitarios, regresaron á sus respectivas capitales.

Con el ejemplo de sus buéspedes nació en la Reina el deseo, y lo comunicó á su esposo, de viajar tambien, á lo menos por Italia; pero no encubierta la majestad bajo el incógnito, sino rodeada de esplen-

dor y con toda su pompa. Y el año 1785 (no queriendo hacer el viaje por tierra, para evitar la visita al Papa, con quien aun duraban los desabrimientos) en un magnífico navío ricamente preparado, y seguido de otras doce naves de guerra, llegaron los Reyes á Liorna. Fueron allí visitados y altamente recibidos por los Príncipes toscanos, y con ellos y pomposo séquito pasaron á Pisa y á Florencia. Allí ufano el Gran Duque hacia alarde de sus reformas y nuevas instituciones, y de las efectivas mejoras que habia hecho en el país. Y es fama que preguntó al Napolitano cuántas y cuáles habia él hecho en el suyo, á lo que este contestó: *ninguna*, añadiendo tras el general silencio que produjo esta seca respuesta: *Gran número de toscanos vienen á mi reino á pedirme empleos: ¿cuántos napolitanos vienen aquí á pedirselos á V. A?*.... Quedó cortado el Gran-Duque, y la Reina discretamente llamó la atencion á otro discurso.

De Florencia marcharon los soberanos de Nápoles á Milan, Turin y Génova, con tanto fausto y ostentacion, y generoso desprendimiento, que por muchos años le quedó al rey Fernando IV en aquellos países el apodo de *el rey de oro*. En Génova se embarcaron de nuevo, y regresaron á Nápoles escoltados por buques ingleses, holandeses y de la órden de San Juan. Cuatro meses duró el viaje, que costó un millon de ducados, (16.000,000 de rs.) suma que hubiera podido emplearse mejor en remediar los desastres de Calabria y de Sicilia en los recientes terremotos.

Si una educacion esmerada hubiese desarrollado las buenas disposiciones de Fernando IV, y marcándole la verdadera senda por donde debian encaminar sus buenos instintos, su bondad suma, su patriotismo ardiente y su amor á sus súbditos, hubiera sido sin duda un gran Rey; como lo demuestra la fundacion de la colonia de San Leucio, pensamiento exclusivamente suyo, y suyo el espíritu de las leyes que lo rigieron. Envidioso de ver el nombre del padre inmortalizado en tantos edificios, harto de oir hablar de las mejoras de Toscana, de las reformas del Emperador su cuñado, y de asistir á discusiones académicas que no entendia; discurrió, para hacer algo, establecer cerca de Caserta una colonia de tejedores de seda; pensamiento que llevó á cabo con gran ventaja de la industria, y dándole unas leyes tan justas, tan razonables, tan sencillas, que llegó á ser aquel establecimiento un modelo digno de ser copiado. Resultado feliz de las buenas ideas practicables de gobierno, escogidas con tacto y discernimiento entre el cúmulo de sofis-

mas, brillantes errores y utopias fascinadoras, en que las envolvia é invalidaba la charlatanería filosófica del siglo.

Ya habia muerto el rey de España Cárlos III y sucedídole el señor don Cárlos IV, cuando tratando el rey de Nápoles, que ya tenia heredero en el príncipe Francisco, de casar á sus hijas: lo verificó con los archiduques Francisco y Fernando, hijos del gran duque Leopoldo. La muerte del Emperador José II, ocurrida en 1790, llamó al imperio al Gran-duque Leopoldo, que dejando en Florencia á su hijo Fernando, se llevó consigo, como heredero, al primogénito Francisco. Los reyes de Nápoles fueron á Viena á celebrar las bodas, y la coronacion del nuevo Emperador; y luego lo acompañaron á Hungría, siendo en todas partes magníficamente obsequiados. Pero aun no vueltos á Nápoles, supieron con disgusto nuevas inesperadas y terribles que los obligaron á volver con presteza á su reino.

XI.

Las semillas esparcidas con mano pródiga por los escritores y filósofos, los adelantamientos materiales de la sociedad, y sus necesidades nuevas, las equivocadas interpretaciones y errada inteligencia de las inglesas instituciones, y las maravillas que se contaban de los Estados-Unidos, de América, por los aventureros que habian contribuido á su emancipacion, dieron el fruto que debian de dar, asombrando al orbe con la revolucion francesa; uno de los acontecimientos mayores y uno de los mas grandes trastornos, que han conmovido á la humanidad. No hay quien ignore su historia: hablaremos pues de ella solo en cuanto tenga relacion con la que vamos compendiando en este breve escrito.

Las noticias de los acontecimientos de Paris estremecieron todos los tronos de la tierra. Y caminando en busca del suyo los reyes de las Dos Sicilias, quisieron hacer algunas alianzas, que no tuvieron efecto, y visitaron al Papa arregladas ya las pasadas discordias. Fueron recibidos en Nápoles con grandes fiestas y regocijos, que no disiparon las oscuras nubes que se aglomeraban en el horizonte político. Tratóse inmediatamente de guerra. Encargóse el ministro Acton de ella, con activi-

dad extraordinaria. Trabajaban sin cesar de dia y de noche, los arsenales, las fundiciones, las fábricas de armas y de municiones; se aumentaron los regimientos con levas, quintas, voluntarios y criminales, y se preparaban ejércitos y escuadras, creyendo que con tales medios se podria conjurar la violenta borrasca.

Todo cambió de aspecto. Cesaron las reformas, cerráronse las academias, persiguióse á los sábios, recogiéronse los libros, cerró su corte de filósofos la Reina, y hasta maldijo su facilidad en haberlos antes acojido y consultado. Se prohibieron y quemaron las obras de Filangieri y de otros escritores liberales; y el clero y la policía secreta todo lo minaban, todo lo perseguian. Y mudado completamente el aspecto público del reino y de la capital, no presentaba mas que descontento, tristeza, desaliento y humillacion.

Cada dia eran mas alarmadoras las noticias de Francia. La fuga de la familia real causó imprudente y prematuro contento en el palacio de Caserta, pero los acontecimientos posteriores lo llenaron de luto y amargura. Quiso el caballero Acton formar una liga italiana, á que no se avino la república de Venecia; y estaba en estas negociaciones dilatando el recibir como embajador de Francia á Makau, cuando el almirante frances Latouche, con catorce navios, fondeó en el puerto á medio tiro de cañon del castillo del Ovo, y envió un mensajero á pedir satisfaccion del retardo en recibir al diplomático frances, y á exigir neutralidad. Reunió el Rey su consejo, y aunque habia medios de resistencia y para destruir completamente la escuadra enemiga, faltaba ánimo; y la Reina temerosa de los jacobinos y republicanos, de que decia estar plagado el reino, fue de opinion de ceder y de avenirse á todo. Hízose asi, fue Makau recibido con el ceremonial de costumbre, firmóse un convenio de neutralidad, y Latouche dió la vela y desapareció: pero asaltado de un borrascoso temporal volvió á fondear y vino á tierra con su oficialidad. Con el amparo de esta fuerza respiraron los perseguidos, se alentaron y salieron los que estaban ocultos; y los jóvenes empapados en las nuevas ideas, admiradores entusiastas de la revolucion francesa, rodearon á los huéspedes, que no dejaron de propagar noticias é ideas contagiosas hasta en el populacho, porque las difundian con generosidad y desprendimiento en su gasto, regalos y propinas. Al cabo se ausentaron, y como la Reina no desistió de sus intentos, siguieron los preparativos de guerra, y el proyectar nuevos tratados secretos y

alianzas para reunir medios con que escarmentar á los franceses. Tantos esfuerzos debilitaban cada vez mas el decadente reino, y la miseria y el desaliento eran generales. Empezaron con encono las persecuciones. Los discursos y controversias, que un año antes merecian el aplauso y el favor de la corte, eran ya delitos atroces, que se perseguian y castigaban sin piedad. Y el fanatismo renació furibundo contra las reformas de Cárlos III y de Tanucci; dando un poder colosal al clero, que predicaba el odio á toda innovacion, cuyo resultado, decia, eran los espantosos horrores de la república francesa.

La desgraciada muerte, ó por mejor decir el glorioso martirio, del inocente Luis XVI, aterró á todos los Reyes de Europa; y en defensa propia resolvieron caer sobre la rebelde Francia, para apagar en ella el hogar espantoso de las revoluciones. Pero recelosos de sus propios pueblos, mal avenidos entre sí, pobres de recursos, y sin grandes capitanes que dirigieran las operaciones, no lograron mas que dar nuevas fuerzas en la cuna á aquel Titan, que iba á trastornar el universo. La Inglaterra sola con su gran preponderancia marítima, y usando oportunamente de sus riquezas, sostenia la guerra con éxito y reputacion. Coligóse secretamente con ella, con España y con Cerdeña el Rey de las Dos Sicilias, y envió una escuadra, rompiendo la neutralidad que le impuso el almirante Latouche, á Tolon; y que despues de perdido y entregado á las llamas aquel famoso arsenal, volvió á Nápoles; tornando á poco á ayudar á los ingleses para su espedicion contra Córcega. Al mismo tiempo que contribuia el reino de las Dos Sicilias á la guerra marítima, lo hacia tambien á la terrestre en Lombardía, con mas de cuarenta mil hombres. Todo lo cual puso en tal angustia el Erario, que la Reina y el caballero Acton discurrieron apelar á empréstitos, y adelantos llamados ya entonces *patrióticos*; y á echar mano de los bancos y fondos públicos. En aquel tiempo ocurrió el asesinato de Gustavo III, Rey de Suecia; y resultando cómplice el ministro napolitano, pasaron graves reconvenciones, y desdeñosas controversias, que hubieran terminado en un pesado conflicto en otras circunstancias, y que no dejaron de bacer ruido en Europa.

A la inquietud de la guerra, á los disgustos políticos, al mal estado del pais, vinieron á unirse el terror y los desastres de una horrible y espantosa erupcion del Vesubio; cuyos torrentes de lava destruyeron gran parte de la torre del Grecco, y los campos y caseríos de Ressi-

na; y cuyas espesas cenizas, levantadas por el humo cubriendo la bóveda celeste, tuvieron tres dias en profunda noche la ciudad de Nápoles y su contorno en treinta millas á la redonda.

En la córte siguieron las sospechas y los temores de conjuraciones continuas, unas verdaderas, otras falsas, para buscar pretextos de imprudentísimas persecuciones. Y no estaban vacíos los calabozos, ni ociosos los verdugos. Pero era á lo menos consuelo de tal degradacion, el que el ejército napolitano combatia con gloria al lado del aleman en Lombardía, y que la escuadra ganaba, en los mares de Savona, reiterados elogios del almirante inglés Hotham.

Pronto los ejércitos de la república francesa, mandados por el general Bonaparte, inundaron el norte de Italia, ganando victoria sobre victoria, destruyendo los gobiernos antiguos, y fundando nuevas repúblicas. Ya habian hecho la paz Cerdeña, Prusia, y España; y el Rey de las Dos Sicilias la negoció en París, con la condicion de verdadera neutralidad, de desarme de sus fuerzas terrestres y marítimas, y del pago de treinta y dos millones de reales. Seguia la guerra contra el Papa; y cuando se creyó concluida con la paz de Tolentino, volvió á encenderse por el asesinato del general Duphot, embajador de la República cerca de la Santa Sede.

Despues de ajustada y firmada la paz de Campo-formio, habia dejado el general Bonaparte el mando de los ejércitos de Italia al general Berthier, el cual embistió el estado romano, publicando, como era moda entonces, pedantescas proclamas recordando á Breno y á Camilo, etc. Al llegar á la vista de Roma, se sublevó el pueblo á su favor, y plantando un árbol de libertad en Campo vaccino, lo recibió con serviles aplausos.

Encerróse el Papa en el Vaticano, mientras el vencedor proclamaba el 15 de febrero de 1798 y establecia la República romana, con groseros insultos al vicario de Cristo, al sucesor de San Pedro, al jefe de la religion católica dominadora de ambos mundos; yendo en seguida, para mayor escarnio, á pedirle su aprobacion y que reconociese como válida aquella usurpacion inmotivada. Resistióse, con la dignidad propia de su alto carácter y de su mision divina, el respetable anciano Pio VI; y con violencia arrancado de su palacio, viajó prisionero de un punto á otro, hasta morir en el castillo de Valenza del Pó.

Estos acontecimientos coincidiendo con noticias de que se acercaba

á las costas de Sicilia la escuadra, antes veneciana y ya francesa, con tropas de desembarco; y de que Bonaparte, con otra poderosa escuadra, republicana, se habia apoderado de Malta, lanzando de allí la religion Gerosolimitana, obligaron al gobierno napolitano á enviar refuerzos de tropas á Sicilia, aumentando las baterias y defensas de sus costas, y á establecer un cuerpo de observacion en el Garellano y en la frontera de Abruzzo.

Los emigrados y fugitivos de Roma, se habian acogido en Nápoles, fueron el pretexto para un mensaje del general frances, pidiendo la pronto expulsion de aquellos infelices, la despedida del embajador de Inglaterra, el destierro del ministro Acton, paso franco para las guarniciones de Pontecorvo y de Benavento; y finalmente el restablecimiento del antiguo vasallage en Nápoles al Papa, trasmitido á la república romana, y exigiendo en tal concepto el tributo anual, y 140,000 ducados por los caidos desde que el Rey, sin consentimiento del Pontífice, abolió aquella obligacion.

Sometióse el Rey de Nápoles á unas exigencias, negó otras, y evadió las restantes, conjurando por el pronto la tempestad. Y con gran sigilo y con los medios discurridos por la sagaz María Carolina, y por el audaz Acton, se celebró un tratado secreto con Austria, Rusia, Inglaterra y Turquia, para empezar la guerra á la primera ocasion. Y la Rusia encargándose en tanto de la defensa de Sicilia, envió allí una escuadra con tropas de desembarco. Mas las noticias de la expedicion de Egipto, del combate de Aboukir, y á poco la entrada triunfal en el puerto de Nápoles del vencedor Nelson, reanimaron los espíritus y alejaron todo temor de inminente peligro. Magnífico fué el recibimiento hecho al Almirante ingles. Salieron á su encuentro en una falúa pomposamente engalanada, el Rey, la Reina, los Ministros y el embajador de Inglaterra Hamilton con su hermosisima mujer. Subieron á bordo del navio entre salvas estrepitosas, y vivas de las tripulaciones. El Rey regaló una magnífica espada á Nelson, la Reina le dió una riquísima joya, el Embajador las gracias en nombre de Inglaterra y Lady Hamilton su amor vehemente y entusiasta. Fondearon los triunfadores bajeles británicos, llevando á remolque los vencidos franceses. Saltaron en tierra el Almirante, los Reyes, el Embajador, la hermosa y su séquito. Recibiéronlos ardientes vivas, concertadas músicas, sonoras campanas y un inmenso gentio jubiloso y entusiasmado. Hubo un festin

en palacio, y por la noche se iluminó el teatro de San Cárlos donde resonaron himnos al vencedor de Aboukir; y á donde concurrieron las damas de la córte con cintas y pañuelos en que se leia en primorosos estampados: *Viva Nelson*. El Embajador de la república francesa Garat, viendo hollado el tratado de paz y de neutralidad, reclamó contra todo lo ocurrido aquel dia, pidiendo explicaciones y satisfaccion. Solo se le contestó: que habia sido recibida la escuadra inglesa en el puerto, por haber amenazado bonbardear la ciudad si no se le daba entrada; y se eludieron los demás cargos.

Obraba asi el gobierno porque se tenia casi segura nueva liga, para aprovechar el momento en que los ejércitos franceses estaban muy diseminados, y en que el invencible general se hallaba ocupado en Oriente. Y no ocultando ya el Rey de las dos Sicilias sus intentos, reorganizó sus tropas, dió el mando de un cuerpo de ellas al general austriaco Mack, y decidieron la Reina y su favorito Acton hacer la guerra á toda costa, auxiliada con sus subsidios considerables de Inglaterra.

El Embajador frances, pidió cuenta de tales preparativos, y se le respondió: que no eran para hostilizar á la república; sino para guardar el reino. A los pocos dias el Rey declaró inprudentemente la guerra, se puso á la cabeza de su ejército y entró en Roma, arrollando á los franceses, que dejaron guarnicion en Castel-Santangelo. El populacho romano se entregó á excesos horribles, la reaccion fué completa. Fernando IV creyó ya conquistado todo; y escribió á su córte para que se solemnizára el triunfo de sus armas, al Papa para que volviese á su silla asegurada por las tropas napolitanas, y al Rey de Cerdeña para animarlo á la guerra.

En tanto Macdonald, Mounier y otros generales franceses, aunque escasos de fuerzas, apretaban las fronteras de Abruzzo, y otro cuerpo de napolitanos desembarcado en Liorna, en combinacion con los ingleses, tuvo que reembarcarse, con pérdida de fuerza y de reputacion; dejándose en tierra una brigada mandada por el general Naselli, que al cabo de algunos dias cayó prisionero.

Quiso en Roma el Rey rendir el castillo, pero no lo consiguió. Y noticioso de que el general Championnet reunido con Macdonald venia á marchas dobles, se retiró á Albano, y de allí á su palacio de Caserta; con tal temor, que hizo el viaje disfrazado con las ropas del duque de

Ascolí, quien vistió las del Rey, pasando por tal en todo el camino.

Tan luego como el general Chiamponnet restableció la república Romana, reunió sus tropas, y dió descanso á sus soldados, resolvió, (á pesar de su escasa fuerza, de la revolucion del Piamonte, y de las conferencias guerreras que se celebraban en Rastadt) atacar el reino de Nápoles.

Empezó el general Duhesme la operacion, ganando en los Abruzzos el importante puesto de Civitella, y avanzando hasta Pescára. Al mismo tiempo, adelantaban, por los Apeninos el general Mounier, el general Rey por las Lagunas, y Macdonald por Frosinone y Ceperado. Apurado el rey Fernando al ver los enemigos invadir su territorio, publicó una proclama declarando aquella guerra, guerra nacional, y llamando á combatir á los pueblos y á los napolitanos todos. Este llamamiento al pais, ayudado de las exortaciones y ejemplo de los eclesiásticos y de los nobles y pudientes, tuvo cumplido efecto; y puso en gravísimo apuro á los franceses, que encontraban enemigos en todas partes, que en ninguna hallaban ni víveres, ni acogida, y en cada desfiladero un campo de batalla, y en cada noche una sorpresa, sin que ni la vigilancia, ni la disciplina, ni el número, los pusiese á cubierto de inesperadas acometidas y de considerables pérdidas. Habian rendido las plazas de Gaeta y de Pescára, desbecho á Mack, arrollado las tropas de las fronteras todas; pero la guerra del paisanaje los tenia embarazados y detenidos, y en tal posicion que solo un desacierto de la córte, que calmara aquel entusiasmo, les podia dar la victoria. Y ocurrió el desacierto. El Rey, la Reina, Acton, el Embajador inglés, su esposa (abiertamente dama de Nelson), y acaso este mismo, trataron de que la real familia huyese de Nápoles, y se salvase en Sicilia; cuando en el último caso, si hubiera sido necesario abandonar la capital, tenia en Calabria y en Abruzzo donde retirarse con dignidad, y continuar la guerra nacional, que con tanta bizarría y buen éxito se babia comenzado.

Al amanecer del dia 21 de diciembre 1798 se vieron salir de el Golfo varios buques de guerra, que habian dado la vela á media noche y con gran silencio; y en el navio Almirante inglés, que iba con ellos, arbolado el estandarte real. El Rey y su familia, y sus ministros, y su córte navegaban la vuelta de Sicilia. Viólo pasmado el pueblo, y no lo creyó; hasta que los edictos fijados en las esquinas de

dijeron: que el Rey iba á buscar refuerzos, qne volveria muy pronto, y que entretanto nombraba Vicario general al príncipe Pignatelli, y general del ejército á Mack. Vientos contrarios detnvieron á la vista tres dias la escuadra combinada. Repetidos mensajes de la ciudad, fueron abordo, para rogar al Rey que volviese, ofreciendole tesoros, soldados y armas, conque defenderlo de los franceses. Todo en vano, el Rey continnó su viaje. Una horrorosa borrasca vino á hacer luego peligrosísima la travesía. El Rey á vista del peligro, arrepentido de su resolucion, reconvino á sus consejeros. Arreciando el tiempo, dispersáronse los buques, unos buscaron el abrigo de la costa de Calabría, otros se refugiaron en Cerdeña. El navío de Nelson, y qne él mismo mandaba, donde iba el Rey, rindió un palo, y estuvo á punto de perecer; al mismo tiempo que pasó cerca, dominando las olas y navegando segnro, un navio napolitano mandado por el almirante Caracciolo. Desconsolado el Rey, bizo notar la diferencia al inglés, despertando en su ánimo la mas enconada y negra envidia. A pesar de la tempestad logró al cabo el navio británico fondear en Palermo, mny destrozado; y á poco ancló allí cerca el de Caracciolo, sano y salvo, en perfecta disciplina y sin la menor avería.

La ausencia del Rey y del Gobierno, desanimó y afligió al pueblo, indignó á los nobles, y á las autoridades, dió aliento á los ocultos jacobinos y á cuantos deseaban el triunfo de los franceses, tan generosos en establecer repúblicas. Sin embargo, Mack reunió fuerzas y se preparó á la guerra, y se presentó delante de Macdonald, y consiguió un armisticio de dos meses. Ocurrieron en tanto graves desórdenes en Nápoles, completamente desgnarnecida, y se empezó á dndar de la buena fe del vicario general, suponiéndole trato con los franceses. En una sublevacion se apoderó el pueblo de los castillos, y arrojó á Pignatelli de la ciudad; y pidiendo marchar contra los franceses, nombró generales á los coroneles, Moliterno y Roccaromana, y envió una turba á prender al general Mack, que tnvo que acogerse en Caserta al amparo del general enemigo Championnet.

Tantos desórdenes y los saqueos y los asesinatos, alejaron de la defensa á las gentes sensatas, y facilitaron á los franceses la conqnista, parte por inteligencias secretas, parte por errupcion y parte por la fuerza. Es cierto que el pueblo napolitano, hizo una resistencia que hubiera sido heróica, á no haber sido feroz; pero atacaban la ciudad

Championnet, Duhesme, Kellermann y Duffesse, con tropas halagadas siempre por la victoria, y que tenian en la ciudad muchos y poderosos partidarios y valedores. Y tomando á Santelmo por traicion, y venciendo grandes obstáculos, y dudando muchas horas del éxito, y con pérdida notable, combatiendo en las calles y en las plazas, quedó dueño el ejército frances de la ciudad, el dia 22 de enero de 1799, y estableció la República Partenopéa.

XII.

Declaró Championnet por solemne decreto, que la república francesa usaba del derecho de conquista en bien de los pueblos, y que por lo tanto declaraba el estado de Nápoles república independiente. Nombró una comision de veinticinco que gobernasen provisoriamente y que redactasen la constitucion; dividió el antiguo reiuo en *cantones*, trastornando y confundiendo los limites de las provincias; abolió los mayorazgos, y los títulos; declaró deuda nacional los atrasos de los bancos y del tesoro; y proclamó *libertad*, *igualdad*, *fraternidad*. Tambien abrió los cotos reales, repartiendo los bosques y propiedades de la corona, y mandó destruir los escudos de armas y las estátuas de los reyes. Pero en tanto no se descuidaba el institutor de repúblicas en cobrar vigorosamente las contribuciones corrientes y atrasadas, y en resarcir los gastos de la guerra. En vano reclamaron los nuevos gobernantes. El vencedor les repondió *ve victis*. Los jacobinos y los clubistas aplaudian, los pueblos eran presa de la miseria mas espantosa. No tardó en aparecer el hambre, y se hechó la culpa al Rey y á los ingléses, que detenian los buques que arribaban con víveres, y que impedian la exportacion de cereales de Sicilia. Si la fuga del rey, y la espugnacion de la cindad por los franceses, ó habia entibiado el feroz patriotismo de los guerrilleros, y acobardado á los guerreadores; la nueva miserable situacion los reanimó, y tornaron á las armas en los montes de Calabria y de Abruzzo, y en los bosques que circundan la capital.

Vino un comisario de París llamado el ciudadano Taypoult con decreto de la república francesa, á tomar posesion de los bienes del real

patrimonio, de las encomiendas de Malta, de los bienes de los monasterios suprimidos, de las fábricas de porcelana, y hasta de las escavaciones de Pompella, como bienes de conquista pertenecientes á la Francia. Se opuso con teson el general Champlonnet al atrevido comisario, que volvió á París, donde reclamó y consiguió el que fuese llamado, depuesto y encausado el General. Sucedióle Macdonald, y volvió ufano Taypoult, á llevar á cabo sus rapiñas.

No se descuidaban en tanto en Palermo la Reina y su favorito, de acuerdo en todo con los ingleses; y acaloraban la guerra nacional, y corrian los mares de uno á otro lado de Italia, y mantenian secretas inteligencias con todos los gobiernos; preparando un nuevo rompimiento general contra franceses. Y para recobrar el reino de Nápoles y acabar con la ridícula república, echaron mano del Cardenal Ruffo, audaz, fanático, y ambicioso. Enviáronlo á Calabria, donde tenia antiguos feudos su ilustre familia, si bien seguido de pocos aventureros y desprovisto de caudales, revestido de ilimitada autoridad. Desembarcó con sus insignias cardenalicias en Bagnara el año 1799 por febrero, con corto séquito; pero encontró no solo buena acogida, sino universal veneracion. Reuniéronsele antiguos militares, nobles y clérigos perseguidos, propietarios arruinados, contrabandistas, malhechores, y todo en tanto número, que trocando la púrpura por el arnés, se declaró general en jefe *del ejército de la fé*. Empezó lentamente sus operaciones militares, espugnó ciudades, saqueó las que se le resistian, y restableció en el pais que iba ocupando el gobierno real. En tanto Nelson con buques ingleses y napolitanos corria las costas, y hacia momentáneos desembarcos; mientras que en el Norte de Italia renacia la guerra con poca ventaja de los franceses.

Acudian los generales Macdonald, Coutard, y Vatrin á todas partes, y en todas se encontraban con guerra; y aunque el último logró deshacer en Castellamare una espedicion de tropas inglesas y sicilianas, que se habian apoderado de toda la comarca, viéndose sin fuerzas para resistir, se retiraron los franceses en buen órden abandonándolo todo, pero dejando fuertes guarniciones á Santelmo, Gaeta y Cápua. Avanzó el Cardenal, sostenido por Fra Diabolo, Mammone, Sciarpa y otros famosos guerrilleros. Y en Nápoles los republicanos creyéndose populares, y abrigando la ilusion de que los ayudaba la opinion pública, decretaban leyes impracticables, soplaban un entusiasmo que no

ardia, pronunciaban pedantescos discursos, y confiaban la salud de la república en las mas absurdas y descabelladas disposiciones. Rebeláronsele las islas de Ischia y de Procida, y con un buque republicano fue á sosegarlas el almirante Caracciolo, de quien hemos hecho mencion, que habia vuelto á Sicilia con permiso del Rey, y servia desgraciadamente á la república. El desconcierto era general, no venian los socorros ofrecidos por Francia, una division rusa habia desembarcado en Taranto, con otro cuerpo de tropas turcas, y marcharon á reunirse con el purpurado General. En Nápoles mismo trabajaban los realistas á cara descubierta, y se amotinaban diariamente los lazarones, gritando: viva el Rey, viva la fé; con lo que despechados los republicanos propusieron medidas atroces, que afortunadamente no tuvieron tiempo de cumplir.

Ya el Cardenal Ruffo estaba á la vista de la ciudad, con las turbas armadas de su primitivo ejército de la fé, reforzadas con batallones y escuadrones rusos, y sicilianos, que se apoderaron del fuerte del Granatello, aunque lo defendió desde el mar el obcecado Caracciolo. Y ya con bastantes elementos de triunfo se dispuso el ataque de la ciudad el dia de San Antonio. Los republicanos Bassetti, Wirtz y otros valientes la defendian vigorosamente, tambien los ayudaba Caracciolo; la victoria estuvo dudosa, derramóse mucha sangre, combatióse por una y otra parte con estremado ardimiento, y hasta con ferocidad horrenda. Al declinar la tarde fue muerto Wirtz, se replegó Bassetti, huyeron los directores de la república moribunda á Castelnovo, todo fue confusion y ruina. Los indiferentes, los escondidos, y los que querian rehabilitarse salieron de sus guaridas, se pusieron al frente de los lazarones y gritaron viva el Rey, la ciudad era ya suya. Pero no entraron en ella las tropas de Ruffo; y las de la república, con todos los comprometidos, se refugiaron en los castillos y en el importante puesto de Pizzo-falcone. Pero escasos de víveres, desunidos entre sí, como acontece en tan angustiosas ocasiones, y perdida toda esperanza de socorro propusieron capitulacion, exigiendo asistiesen á ella los generales Ruso y Otomano, y el Comodoro inglés, amenazando si no habia acomodo destruir la ciudad con la artillería de los fuertes. Accedió el Cardenal por evitar mas estragos á que asistiesen los dichos estranjeros á la conferencia; y en su casa se discutieron y firmaron los artículos, reducidos: á que Castelnovo y el castillo del Ovo, y demas

puestos fortificados se entregarian á las armas del rey, permitiendo á los republicanos que los guarnecian, y á los refugiados en ellos, salir libres y con toda seguridad, á embarcarse en el muelle y en las marinas, para ir fuera del reino: que se publicaria y sostendria una amnistía general para los partidarios inactivos de la república, y que el castillo de Santelmo, y varios personajes realistas quedarian en rehenes del fiel cumplimiento de aquella condicion, permaneciendo guarnecido como lo estaba, hasta que sabido el arribo á Francia de las otras guarniciones y de los demas comprometidos, se entregarian con iguales condiciones al Cardenal. Firmóse el convenio, ó por mejor decir el engaño. Rindiéronse Castelnovo y Castillo del Ovo, y el Torreon del Cármen y el puesto de Pizzo-falcone. Salieron las guarniciones republicanas y los que iban á espatriarse; y aunque insultados y escarnecidos por el populacho y por los soldados de la fe, no dejando de ocurrir parciales desgracias, se embarcaron en varios buques mercantes dispuestos de antemano; pero no dieron la vela. Llegó en esto Nelson con el resto de la escuadra. Antes de fondear abordó á su navío un buque lijerísimo, que venia á toda vela de Sicilia, y en el Lady Hamiltom, con mensaje acaloradísimo de la reina, ya sabedora de la capitulacion. Recibió el amante marino á la encantadora sirena con el mayor fervor, y aunque oyó con disgusto sus excitaciones á la crueldad y á la perfidia, se dejó al cabo seducir; y fondeó resuelto ¡oh ceguedad! á manchar su glorioso nombre. Declaró que no era válida la capitulacion, y exigió que se le entregaran los prisioneros. No osó resistir el cardenal Ruffo; nada hicieron por cubrir la honra de sus firmas los generales estranjeros. Los desgraciados, que ya se creian seguros, fueron arrancados de abordo, y trasportados, unos á los navíos ingleses, otros á los castillos, de que eran dueños algunos dias antes, y á las cárceles públicas de la ciudad. Enardecidos los lazarones y los soldados de la fe, victoreando á Nelson y á los ingleses, á Dios y al Rey, se creyeron autorizados para todo; y fue la infeliz ciudad teatro de los mas horribles asesinatos, y de los mas abominables saqueos. Un tribunal criminal en tierra, y una comision militar abordo, se encargaron de la suerte de los míseros capitulados. Pasaron de cincuenta las ejecuciones, y entre ellas vió con dolor toda Nápoles morir pendiente de un penol del navío inglés al desdichado Caracciolo, cuyo cuerpo tuvo sepultura en el mar.

Rindióse Santelmo por perfidia de su gobernador, y la guarnicion y los refugiados en él fueron perseguidos, heridos, y muchos asesinados por las turbas sin freno, que no reconocian autoridad alguna. Al cabo restableciéronse en la ciudad la calma y el reposo, pero la calma y el reposo de los sepulcros. Fue Nelson á Sicilia, y trajo al Rey á la bahía de Nápoles: donde permaneció abordo, dictó varios decretos, nombró autoridades, y regularizó la persecucion olvidado completamente de la clemencia.

A los dos dias de su llegada estando el Rey en el alcázar del navío vió venir hácia él un bulto, lo miró con curiosidad y cuando se acercó reconoció el cadáver hinchado y deshecho de Caracciolo. Quedó petrificado, quedólo Nelson, quedáronlo los cortesanos, y preguntó aterrado: *¿qué quiere ese muerto?* y el Arzobispo le contestó: *señor, sepultura cristiana*: *Que se la den* dijo el Rey y trémulo y desmayado se encerró en la cámara.

Restablecida con el terror la tranquilidad, dejó el Rey el mando supremo de Nápoles al Cardenal, y regresó á Palermo, donde fue recibido con grandes festejos, y donde fundó la insigne órden de San Fernando y el mérito.

Los soldados de la fé necesitaban movimiento, y convenia ya alejarlos de la ciudad, para evitar nuevos disgustos, desórdenes y conflictos; y se discurrió una expedicion contra Roma. Verificóse y con buen éxito; pues tuvieron los franceses que evacuarla. Repitiéronse allí los mismos desastrosos excesos que en Nápoles y no se alzó la bandera papal, sino la napolitana.

El cardenal Ruffo dejó la Vicaria de Nápoles al Príncipe del Cássero y fue á Venecia para asistir al Conclave que eligió al papa Pio VII. La Reina de Nápoles fué á Liorna camino de Viena. En aquel tiempo se introdujo en Italia la vacuna.

En todas partes empezaron á padecer serios descalabros los franceses, y la fortuna de la guerra á inclinarse en favor de los enemigos de las repúblicas; cuando Napoleon Bonaparte volviendo de Egipto, derribó el débil gobierno del imbécil directorio, disolvió el Consejo de los quinientos, y voló á los campos de batalla donde encontró de nuevo la victoria. Con la de Marengo restableció el poder de la Francia, y firmó el armisticio de Alejandría el 15 de junio de 1800.

No cedió el Rey de Nápoles, y reforzó sus tropas de Roma, por lo

que quedó escluido de la paz de Luneville; hasta que, marchando Murat con fuerzas respetables á arrojarlo de la ciudad eterna, tuvo su general Damas que avenirse á la convencion de Fuligno, preliminar de la paz, que concertó despues y que se reprodujó en los tratados de Amiens, con que pareció terminada la guerra.

Instaló el general Murat al papa Pio VII en su silla; y partidos ya los soldados rusos é ingleses de Nápoles fué á visitar aquel estado, donde lo obsequió y le regaló una magnífica espada, el Príncipe heredero Francisco, que gobernaba el estado como Vicario general.

Regresó la Reina de Viena, y volvió tambien á Nápoles Fernando IV con su familia y el general Acton, siempre ministro omnipotente, siempre favorito predilecto; y se concertaron el matrimonio del príncipe heredero don Francisco, viudo de la archiduquesa Clementina, y con solo una hija (hoy la viuda del duque de Berry) con la infanta de España doña Isabel; y el de la princesa napolitana doña Antonia, con el príncipe de Asturias don Fernando. Una escuadra española fue por los novios, y celebráronse las bodas en Barcelona el año 1802.

La paz de Amiens, no habia aquietado los ánimos, ni satisfecho las ambiciones, ni desarmado los ejércitos. Toda Europa estaba alerta y mal segura. En Nápoles duraba la inquietud, se agriaron las persecuciones, creció la miseria, y hasta erupciones del volcan y nuevos y continuos terremotos vinieron á aumentar las desdichas del pais, arruinando campos y poblaciones, y poniendo en peligro á la ciudad de Nápoles.

Declarándose Napoleon Bonaparte emperador de los franceses y Rey de Italia, fué á coronarse á Milan, y en la recepcion de los embajadores, que de todos los paises, menos la Inglaterra, fueron á reconocerlo y á felicitarlo, trató al de Nápoles con la mayor dureza, le manifestó que no ignoraba las secretas relaciones que mantenia la reina Carolina con los ingleses, y prorrumpió en las mas duras amenazas, que dejaron aterrado al embajador.

Efectivamente la implacable Reina de Nápoles y su favorito, acaso sin noticia del Rey, tramaban nuevos planes de guerra; y estaban de acuerdo con los ingleses, que se veian amenazados por el campo francés de Boulogne, y que á toda costa procuraban promover una guerra general.

Coligábanse secretamente Austria, Rusia y Suecia, negociaba la Pru-

sia, y no era ageno á los tratados el reino de las dos Sicilias. Todo lo sabia el emperador Napoleon, y se preparaba á la guerra general, cuando ocurrió la desgracia de Trafalgar, tumba de la gloriosa marina española. Esta victoria naval de los ingleses fue celebradísima en la córte de Nápoles, y animó grandemente á todos los enemigos de la Francia; lo que obligó á Napoleon á mandar á Saint-Cyr, que mandaba el ejército de Lombardia, para que invadiera el reino de Nápoles antes que desembarcaran en él rusos é ingleses como estaba concertado. La corte de Nápoles con esta noticia trató de sincerarse, y negoció en Paris el tratado de 21 de setiembre de 1805; comprometiéndose á la mas estricta neutralidad. En vista de él recibió Saint-Cyr órdenes de alejarse de la frontera de las dos Sicilias, replegándose sobre el Adige. Pero el 26 de octubre, esto es, un mes despues, ratificó el rey Fernando otro tratado de alianza con Austria, Rusia é Inglaterra contra la Francia; de modo que puede decirse que al mismo tiempo estipulaba paz en Paris y guerra en Viena.

A los pocos dias fondeando en la bahia de Nápoles gran número de bajeles desembarcaron en Nápoles y en Castellamare, once mil rusos, dos mil montenegrinos, y seis mil ingleses: estas fuerzas reforzadas con diez mil hombres y dos mil caballos que á las órdenes del general moscovita Lascy se pusieron en marcha con varias direcciones hácia la alta Italia, á distraer á Massena. Pero las armas francesas habian recobrado su brio, y los favores de la fortuna. Tuvo que replegarse el archiduque Cárlos, y Lascy y el general inglés Greig hicieron lo mismo, retrocediendo hasta Sese é Itrí con espanto de la capital.

Ganada muy luego la batalla de Uluma por los franceses, dueños luego de Viena, y triunfadores en Austerlitz, firmó el emperador Napoleon la paz de Presburgo el 26 de diciembre de 1805, y aunque en ella no se hizo mencion del reino de las Dos Sicilias, en un boletin del ejército francés de aquel tiempo, se anunciaba la ruina de aquel trono en pago de su perfidia y doble trato, destinando á Saint-Cyr para conquistarlo.

Marcharon pues las tropas de este general á ejecutarlo con treinta mil combatientes, y en el camino se le reunió Massena con otros tantos, y tomó el mando de todos el príncipe imperial José Bonaparte, hermano del emperador Napoleon. Reunidos en Teano los generales rusos é igleses, trataron largamente si habian de defender el reino de

las Dos Sicilias, ó si debian abandonarlo; y prevaleciendo este dictámen se embarcaron los rusos para Corfú y los ingleses para Malta.

En el palacio de Nápoles fué grande el desconcierto. El Rey y los Príncipes y los cortesanos propendian á la idea de abandonarlo todo, y de refugiarse en Sicilia. La Reina inexorable, y su favorito Acton querian renovar la guerra nacional y resistir y tentar nuevas fortunas, y enviaron al príncipe Francisco y al príncipe Leopoldo, aquel á la provincia de Abruzzo y este á las de Calabria, y convocaron á los antiguos guerrilleros Fra Diavolo, Sciarpa, Nunciante y otros, que fueron á levantar los pueblos, mientras la reina se encargaba de la capital. Nada lograron estos esfuerzos, los pueblos no se entusiasmaron, no quisieron moverse; ora desengañados con tantos y tan encontrados acontecimientos; ora porque rara vez se ven en un mismo siglo repetidos los movimientos nacionales, producto de la unanimidad de opiniones y de deseos. Partió el Rey para Sicilia, dejando de Vicario al Príncipe heredero Francisco. Massena desde Spoleto declaró su propósito de conquistar el reino de Nápoles. Y José Bonaparte publicó un manifiesto en que decia: que su venida era contra la familia real, no contra el pueblo. Y estos impresos circulaban profusamente en la capital á pesar de la policia.

Marchó el Cardenal Ruffo al cuartel general de los franceses, y no habiendo sido recibido continuó su viaje á Paris. Viendo acercarse al enemigo, se embarcó despechada la reina con sus hijos y con Acton para Palermo. El príncipe Francisco quiso hacer el último esfuerzo en Calabria, dejando en la capital una regencia compuesta del general Naselli, el príncipe de Canosa, y el magistrado Cianciulli. Era lastimoso el estado de la ciudad, sin guarnicion, mas que la necesaria para cubrir escasamente los castillos, dividida en opiniones y en deseos, amenazada de saqueo por los lazarones. En tal conflicto el instinto de la propia defensa reunió á varios habitantes de todos colores y de opuestos intereses políticos, y formaron con la aprobacion de la regencia, un cuerpo de vigilancia, que mantuvo á toda costa la tranquilidad, no sin trabajo; por que los ladrones que anhelaban confusion y saqueo, eran muchos, y no pocos los que ya saboreaban el placer de sus proyectadas venganzas, que creian seguras en el momento del desórden.

Envió la regencia á los franceses, que estaban ya sobre Cápua, un mensaje pidiendo un armisticio de dos meses, que fué negado; y en-

tonces se convino en entregarles los castillos y la cindad, respetando la religion, la propiedad y la libertad individual de los habitantes; y el dia 14 de febrero de 1806 entraron triunfantes en Nápoles los conquistadores, y los príncipes que aun permanecian en Calabria, se embarcaron para Sicilia. Así quedó completamente el reino en poder de los franceses, que ya no fundaban repúblicas, sino dinastías.

XIII.

Tomó el mando supremo el príncipe José Bonaparte con título de lugarteniente del Emperador y Rey, enviando sns tropas con varios generales á tomar á Cápua y á Pescára, y á sitiar á Gaeta, que, gobernada por el valeroso príncipe Philipstad, tardó algunos meses en rendirse, y á pacificar las Calabrias. Organizó un ministerio compnesto del comendador Pignatelli, del príncipe de Bisignano, del duqne de Cassano y del magistrado Cianciulli, napolitanos; y del francés Miot y del corso Saliceti; aquel para el departamento de la guerra, y este para el de policia. Publicó varios decretos de buen gobierno, y convenientes arreglos de la hacienda pública; y creia tranquila su dominacion, cnando se hicieron dueños los ingleses mandados por el despues célebre Sir Hudson Law de la isla de Caprí, pérdida de consideracion siendo la que cierra, por decirlo así el Golfo de Nápoles, y que iba á ser un foco continuo de conspiraciones y de intentonas.

Concluida la guerra en Calabria, que no dejó de ser sangrienta y tenaz tomando alguna parte en ella los ingleses, fue José á reconocer aqnellas provincias; y durante su viaje estando en Reggio, recibió el nombramiento de Rey de Nápoles, que le confirió su hermano el omnipotente Emperador, por decreto dado en Paris el 30 de marzo de 1806; con cuya nueva regresó ufano á la capital, que volvió á tomar el aspecto de córte.

Estableció su casa real fijando los gastos de ella no muy estrechamente, creó prefecturas, un consejo de estado, y planteó casi todas las leyes y prácticas francesas; no descnidando la gnerra que en los riscos de Calabria, por el valor de los bandidos y de los borbonistas en ellos refugiados, ó en las costas, con imprevistos desembarcos de Sicilianos

y de ingleses de tiempo en tiempo se encendia, ó por mejor decir nunca se apagaba. Organizó la instruccion pública, disminuyó los conventos, abolió de nuevo los mayorazgos, dió á censo las tierras comunales y baldías, y estableció una vigorosa centralizacion.

A los dos años escasos de reinado, partió para Francia el Rey José, y desde luego se barruntó en Nápoles que no volveria. A poco se supo que su hermauo lo llamaba para conferirle en Bayona la corona de España y de las Indias; y el dia 2 de julio de 1808, se publicó un edicto suyo en que lo participaba al reino, y en que le otorgaba, como regalo de despedida, una carta muy semejante á la que habia de servirle para gobernar á España, y que se llamó *Constitucion de Bayona*.

Un decreto del Emperador del 15 de julio dado en aquella ciudad, concedió á su cuñado Joaquin Murat la corona de Nápoles vacante por el ascenso á la de España de su hermano; y un edicto del nuevo rey, de la misma fecha, ofreció á los napolitanos, venturas y maravillas. Era nacido en condicion humilde y empezando la carrera de simple soldado, como la mayor parte de los mariscales del imperio, habia llegado á tan alto puesto por su valor fabuloso, y su pericia en el manejo de la caballería, y tambien por haber casado con una hermana del Emperador. Su gallarda presencia, su porte marcial, lo pomposo y teatral de su habitual atavío, sus modales francos y desenfadados, su despilfarrada generosidad, y el renombre de sus hazañas, lo hicieron grato al pueblo de Nápoles, que no estaba muy contento con José, y lo recibió con grandes festejos. El nuevo Rey por su parte publicó indultos, perdonó multas, dió pensiones á las viudas de los militares, y reformó la policía, con lo que no dejó de ganar partido. Y asentado ya en el trono, trató con empeño de desalojar á los ingleses de la isla de Caprí. Dió el encargo al despues tan célebre general Lamarque, quien lo logró pronto; aunque no sin vencer grandes dificultades, y sin adquirir mucha gloria.

Mostróse el rey Joaquin activísimo en que no fueran inútiles las reformas ya hechas, y en plantear otras nuevas. Dió forma mas clara y conveniente á los registros públicos, arregló las casas de beneficencia, estableció las milicias cívicas, levantó el estado de sitio de las Calabrias, y publicó una solemne y ámplia amnistía, abriendo la puerta de sus domicilios habituales, á muchos padres de familia, que andaban prófugos y escondidos, y asegnró la pública tranquilidad.

Se enardeció en esto la guerra de Lombardia, y con ventaja de los enemigos de Francia ; hasta que el Emperador, favorito siempre de la fortuna entró triunfante en Viena, y desde allí fulminó decretos que acreditaban su poder ; entre otros uno privando al Papa del dominio temporal, y declarando el estado romano parte del imperio frances. El Rey de Nápoles tuvo el encargo de cumplir esta determinacion, y envió á Roma seis mil hombres, y al ministro Saliceti. Encerróse el Sumo Pontífice en Santangelo, protestó contra aquel despojo, y excomulgó á los perpetradores.

Entretanto apareció de improviso una expedicion anglo-sicula salida de Palermo y de Melazzo, á las órdenes del príncipe Leopoldo y del general Stewart. La numerosa é imponente escuadra que la conducia, dejó tropas y bandidos desembarcados en varios puntos de Calabria, y despues de amenazar ya unas ya otras costas, apareció en el Golfo de Nápoles llenándolo todo. El Rey armó milicias, levantó baterías, hizo venir un buque de guerra de Gaeta, y hubo lijeros combates, desembarcos parciales y continuas escaramuzas, con poca ó ninguna alarma de la cindad ; hasta que llegando la noticia de la victoria de Wagram, lo abandonaron todo los expedicionarios, se reembarcaron, dejando hasta los heridos y enfermos, y navegaron la vuelta de Sicilia, con toda la apariencia de vergonzosa fuga.

Partió sí la expedicion anglo-sicula, pero dejó el país infestado con bandidos y guerrilleros, que en gran número, y en una y otra costa habian profusamente desembarcado.

Cuando volvió el Emperador á Paris, marchó el rey Joaquin con toda su familia á felicitarlo por sus nuevos triunfos ; y desaprobó la resolucion de su cuñado de divorciarse de Josefina, y tampoco le agradó la eleccion de su nueva esposa.

Quedó en Francia la reina y volvió el Rey á Nápoles, pero por pocos dias ; pues tuvo que regresar á Paris para las bodas del Emperador, aunque tornó muy luego con el proyecto de conquistar á Sicilia. Y no falta historiador muy bien instruido en aquellos sucesos, que apunte la idea de que la sagaz y altanera reina Carolina, se puso entonces secretamente de acuerdo con Napoleon, para deshacerse de la tutoría en que la tenian los ingleses. Aprestaba el rey Joaquin la expedicion, cuando un navío ingles apareció en el Golfo. Salió á combatirlo la escuadrilla napolitana, que fué completamente destruida, birando y

desaparéciendo á toda vela el buque agresor. Este incidente irritó á Joaquin, que marchó inmediatamente sobre el Faro, estableció allí un campo numeroso, y gran número de lanchas cañoneras y de buques menores armados y bien tripulados y abastecidos.

No tuvieron resultados estos preparativos, que duraron tres meses; y deshecho el campo, y retirados los bnques, volvió el rey á Nápoles, á poner órden en Calabria presa infeliz de los bandidos, que crecian por momentos, en número y en audacia. Dió la comision de exterminarlos al general francés Manches, que lo consiguió con una fiereza satánica y con una crueldad inaudita, quemando villas y lugares, y pasando á cuchillo familias enteras sin respeto al sexo ni á la edad; curando en fin aquel mal tan radicalmente, que no ha vuelto hasta ahora á aparecer en todo el reino.

Volvió Joaquin á Paris para festejar el nacimiento del hijo del Emperador, y de la archiduquesa, creado rey de Roma; y regresó por poquísimo tiempo á Nápoles, pues empezó la funesta guerra de Rusia, y fue llamado por Napoleon para tomar en ella una parte importantísima. No estaban ya los cuñados muy acordes, tanto porque el Emperador se burlaba del Rey llamándole *rey de teatro;* cuanto porque Murat no aprobó aquella guerra, donde se oscureció para los franceses el astro de la victoria. Mandó y triunfó en los hielos del norte dando nuevas muestras de su singular pericia en manejar caballería, y de sn valor extraordinario y famoso. Pero acaso no agradó al Emperador, cuando se vió relevado del mando por el príncipe Beauharnaís, con lo que desabrido el Rey de Nápoles regresó á su reino.

Entanto era deplorable la suerte de Sicilia. El lujo de la corte, y los continuos armamentos para hostilizar al rey intruso la tenian completamente arruinada. La preponderancia de los señores napolitanos en la ocupacion de empleos, y en autoridad, con mengna de los del país, mantenia entre unos y otros una rivalidad peligrosa; y el ningun caso qne hacia el gobierno de los antiguos fneros, y el olvido en diez años de reunir los parlamentos tenia á todas las clases disgustadas, y completamente enagenado el país. Y cuando se le ocnrrió reunirlos al rey Fernando, como fué solo para demandar recnrsos á toda costa, y al ver que por haberle sido negados, fueron presos y atropellados mnchos nobles y personas de cuenta; se colmó la medida del descontento general. Lord Bentink comandante en jefe de las tropas inglesas, que

guarnecian á Sicilia, se alarmó á tal punto, que dió cuenta á su gobierno de todo lo que pasaba. Y autorizado por él reunió tambien el mando de las fuerzas sicilianas, impuso una conducta mas moderada y conveniente al Rey, puso en libertad á los presos, y rehizo el ministerio con sicilianos de importancia, arrojando de él á Médicis, que habia suplantado en importancia y en favor secreto al caballero Acton. Aburrido el Rey abandonó el gobierno activo del Estado á su primogénito Francisco con el título de su vicario, y la reina María Carolina despechada é inexorable se retiró á Castelvetrano, de donde, incomodando aun su influencia á los ingleses, fué á Mazzara, donde se embarcó para ir á Viena. Llegó despues de un viaje tardo y penosísimo, y allí murió en 1814. En el anterior y antes de la ausencia de la reina, determinó la Inglaterra constitucionalizar la Sicilia; y en nombre del Rey le dió nna constitucion calcada sobre la suya, con dos cámaras, etc., la qne fne publicada, y jurada por el Vicario general. Mas nunca llegó á regir, y á poco cuando volvió la corte á Nápoles quedó abolida del todo, dejando solo su memoria para servir de pretexto á odios permanentes, á grandes desavenencias y disturbios, y aun despues de tantos años en nuestros dias, á lamentables sucesos. Pero no trastornemos el órden de los tiempos y volvamos á Murat.

Ingrato con el hombre poderoso á quien debia cuanto era, le volvió la espalda en cuanto le torció el rostro la fortuna. Y para no perder la corona al desplomarse, como preveia, la imperial de su cuñado, entró en hablas con Austria y Rusia; formando liga para dar el último golpe al Emperador. Pero como este se repusiese algun tanto en Sajonia, volvió á su ayuda, aunque por pocos dias; pues sabido el descalabro de Leipsik lo abandonó segunda vez, tornando á entrar en relaciones estrechas con Inglaterra y Austria, que pactaron conservarle el trono, y agrandarlo con tierras de la Iglesia. Villana é infame conducta, indigna de un valiente guerrero con humos de rey. Aun volvió á entrar en tratos secretos con Napoleon, relegado en la isla de Elba, vendiendo á sus nuevos amigos; y cuando aquel apareció de nuevo en Francia, para terminar su carrera, se declaró abiertamente en su favor. Marchó al frente de tropas napolitanas, valientes, disciplinadas y aguerridas, hácia Toscana, queriendo con proclamas, peroratas, agasajos y concesiones levantar y entusiasmar los pueblos; pero nada consiguió, recibiéndolo en todas partes con disgusto y desden. Cayeron sobre él los

austriacos; y aunque probó fortuna con estremado arrojo en Occiotello, Tolentino y Macerata, no recogió mas que desastres, siendo constantemente arrollado por alemanes é ingleses, á quienes tantas veces habia engañado.

La Constitucion siciliana hacia ya gran ruido en el reino de Nápoles, donde renacian los recuerdos de Cárlos III, y se comparaba la conducta de Fernando IV, dando una Constitucion; con la de Murat no habiendo establecido la que le impuso el Rey José en Bayona al dejar vacante el trono. Prometíanse mucho los descontentos de la separacion de Acton, del viage de la Reina, de la influencia inglesa, de la bondad de carácter del Vicario y heredero de la corona. Y finalmente, la estrella de Napoleon se habia eclipsado. El mismo rey Joaquin se habia hundido en la opinion pública. La secta de carbonarios empezaba sus ocultos trabajos, vigorosa y audaz en ocasion oportuna, y con buenos materiales para adelantar sus atrevidos planes.

Vencido el rey Murat en todas partes, abandonada la defensa de los Abruzzos por el general Montigny, y siendo inútiles los esfuerzos y crueldades de Manhes en la frontera de la Romanía, quiso hacerse firme en Cápua, temiendo el estado de inquietud de la capital; y hecha allí la capitulacion de *Casalanza* para la vuelta de los Borbones, fue breves momentos á Nápoles, y marchó á buscar asilo en Francia, y á sostener su vacilante imperio, pero sin renunciar en su interior á la corona, y combinando acaso ya locos planes, que lo habian de conducir á su perdimiento y muerte.

XIV.

El que podemos llamar gobierno frances de Nápoles acabó el año 1815, al desaparecer el rey creado por Napoleon, pero quedó la civilizacion y los adelantos que aquellos diez años introdujeron con gran beneficio del país. El Código civil que en 1805 se componia de cien volúmenes indigestos y contradictorios, era en 1815 el Código Napoleon, modelo de sabiduria: la hacienda pública, antes tan embrollada y mal segura, estaba bien administrada y dirigida: el sistema tributario uniforme y expeditivo, igualaba á los contribuyentes, designaba

la materia imponible, y aseguraba la recaudacion sin vejámenes ni privilegios: la division del territorio daba expedicion al gobierno, y facilidad de reconocer el verdadero estado de la riqueza nacional, y las necesidades del país: la disciplina militar quedaba establecida, asentado el crédito, mejores máximas de gobierno establecidas, mas práctica de obediencia, mas respeto á las leyes, menos distancia entre las diferentes clases del estado, mejor educacion pública, destruidos completamente los bandoleros, disminuidos notablemente los lazarones.

Al momento de ausentarse Murat, entraron en Nápoles las tropas austriacas oportunamente, para evitar los desórdenes que en ciudad tan populosa y ocasionada pudieran sobrevenir; y á poco llegaron tropas sicilianas, y gran número de napolitanos despues de diez años de ausencia. No tardaron en publicarse varias proclamas del Rey, con las frases y promesas de costumbre proclamando amnistía y nombrando un ministerio, que no fue ciertamente del agrado general; y el 4 de Junio de 1815 llegó el Rey á la bahía de Baya, habiendo encontrado en el mar el buque que conducia á la mujer é hijos del intruso fugitivo. El dia 6 pasó á Portici, y el 9 entró en Nápoles, alegre, afable, comunicativo, sin etiqueta, vestido sencillamente lo que encantó al populacho; y estableciose en su palacio sino con universal aplauso, con el suficiente para lisonjearlo.

Todavia sin embargo daba inquietud Napoleon, que con su actividad y prestigio hacia colosales esfuerzos. Pero Waterloó fue la tumba de su poder. Y la noticia de su total hundimiento y ruina dió nueva vida á los antiguos tronos. Al eco de la noticia rindiéronse todas las fortalezas del reino de Nápoles aun mantenidas por los franceses, ó á nombre de Murat.

Pero este no llevaba con paciencia la pérdida de un trono, y de un estado tan importante; y alucinado con el recuerdo de los obsequios, adulaciones y entusiasmo de que por diez años habia sido objeto, creyó, ¡insensato! que lo debia todo á sí mismo, y no al poder que en aquella decada representaba. Y reuniendo en Córcega algunos antiguos amigos, y á los napolitanos que no habian querido abandonarlo, se embarcó; y corriendo un desecho temporal arribó al Pizzo en tierra de Calabria; y cuando creia ser acogido, sino con entusiasmo con respeto, y encontrar numerosos partidarios que lo recibiesen como á su Rey; halló en cuanto fue reconocido, ódio y desprecio, y por acogida un es-

trecho calabozo, y á pocos dias una sentencia y en seguida la muerte.

Al restablecerse el legítimo soberano en su trono, ratificándole el congreso de Viena el título de Rey de las dos Sicilias, se intituló, en vez de Fernando IV, Fernando I, sin que se hablase mas de la Constitucion de Sicilia, ni allende ni aquende el Faro. Pero conservó el código frances, el sistema de gobierno, el tributario y el administrativo, aunque desfigurados, pues restableció muchos de los antiguos abusos, sobre todo en la jurisdiccion eclesiástica, en la organizacion de la nueva policía, y en el poder arbitrario de los ministros. Abolió el Consejo de Estado, y creó otro llamado Supremo presidido por el príncipe Leopoldo.

En 1816 apareció la peste levantina en las costas del Adriático, y despobló, con general espanto, la ciudad de Noja; pero afortunadamente pudo cortarse el contagio. El mismo año desapareció en un voraz incendio el famoso teatro de San Cárlos, que fué inmediatamente reedificado, sin dejar nada que desear. Tambien el hambre y la miseria afligieron el reino y desacreditaron la restauracion.

Ajustó el Rey tratados de comercio ventajosos con España, Francia y Holanda, y un nuevo concordato, en que quedó mal parada la regalía de la corona. Fue á Roma á celebrarlo, y á recibir la bendicion del Papa; y allí encontró á su hermano el destronado Rey de España Cárlos IV, á quien no habia visto desde que se separaron en la infancia y se lo trajo consigo á Nápoles donde murió. Poco antes se habia enlazado la hija del primer matrimonio del príncipe heredero con el duque de Berry, y la del segundo doña Maria Carlota con el infante de España don Francisco de Paula.

No estaba la Italia muy satisfecha con sus antiguos príncipes, los tiempos eran otros, la ilustracion mayor, las nuevas necesidades sociales muchas. En el reino de las Dos Sicilias no se disfrutó tampoco de bastante tranquilidad, á pesar de la amnistía; quedaron en pié los partidos, y la policía no se descuidaba en marcar cual era el blanco de las sospechas, de las pesquisas, de las persecuciones. En la isla el gobierno del príncipe Francisco no satisfacia los deseos públicos, y el olvido de la fresca constitucion tenia disgustados á todos. En el Continente la reaccion hácia la arbitrariedad y el fanatismo, no agradaba á nadie, y despertaba sérios temores para lo venidero. Y, como era natural, la secta de los Carbonarios cundia, sus trabajos se ramificaban

por todas partes, y era grande la agitacion moral del pais, que preparaba sin duda graves trastornos. En circunstancias tan oportunas, aconteció la revolucion de España del año 20 para restablecer la Constitucion del año 12 abolida por Fernando VII en 1814, y restablecida por una insurreccion militar. Siguió el ejemplo un cuerpo de tropas napolitanas acantonado en Nola, preparado de antemano por las sociedades secretas, y por los que querian sacudir el yugo de la influencia austriaca, que pesaba duramente sobre el país, y dió el grito de *Constitucion*, que tuvo eco en todas partes y muy principalmente en la capital. Sorprendido el Rey, quiso establecer la de Sicilia; pero ya se pedia mas y se exigia que jurara la Constitucion de España, de la que se tenia en Nápoles apenas conocimiento; pues no se halló en todo el reino un ejemplar ó cópia de ella, y fue preciso pedir una á la legacion de España para el acto del juramento. Prestólo el Rey muy disgustado, nombró otra vez á su hijo Vicario general para el gobierno del Estado y convocó las *Córtes*.

Grandes trastornos ocasionó en Sicilia la nueva de estos sucesos; sublevóse Palermo, y se dividió en dos bandos; uno queria la constitucion á la inglesa, que no habia llegado á plantearse, el otro la creia poco liberal y deseaba la española, pero ambos proclamaban la independencia de Sicilia, aunque conservando el mismo Rey que el estado de Nápoles. El movimiento de Palermo se estendió por toda la isla, y hubo en toda ella dolorosos conflictos y derramamiento de sangre. Y el lugar teniente Naselli, hombre de escasos medios, no pudo contener aquellos desórdenes, y dejó el mando en manos subalternas, abandonando la isla.

Marchó de Nápoles á sujetarla un cuerpo de tropas de diez mil hombres al mando del general Florestan Pepe, que conociendo el estado de las cosas, creyó oportuno transigir, y firmó el 5 de octubre de 1820 un juicioso convenio abordo de un navío ingles surto en la bahía de Palermo, despues de largas conferencias. Pero cuando llegó á Nápoles la noticia de este ajuste se agitó la cuestion en las *Cortes* con tal calor, y los diputados hicieron tan furibundos discursos, y propusieron tales absurdos en nombre de la libertad, que todo fue confusion y desacuerdo, quedando los negocios de Sicilia en peor estado que antes estaban. Entre tanto reunidos en Troppau los soberanos de Austria, Rusia y Prusia, que formaban la *Santa alianza*, declararon: que no podian conformar-

se con el nuevo sistema establecido en el reino de las dos Sicilias, y escribieron al rey Fernando I para que fuése sin demora á Laybach, á tratar con ellos el modo de satisfacer las exigencias públicas, sin mengua de la dignidad real, y sin infraccion de los tratados vigentes. Indeciso el Rey, despues de ocultar este mensage algunos dias, dió parte de él á las *Córtes*, donde produjo las sesiones mas borrascosas y enconadas; y una formidable asonada en que resonaba por todas partes con horrendos alaridos: *La Constitucion española, ó la muerte*. Calmóse al cabo la inquietud, y decidióse la ida del Rey al Congreso con seguridades dadas de que en él miraria por el sostenimiento de las juradas instituciones. Marchó pues Fernando I en el navío ingles *Venganza*.

Pasaron algunos dias sin noticias del Rey. Las primeras que se recibieron solo hablaban del viaje y de la llegada; hasta que, cuando ya la ansiedad pública tocaba á su término, recibió el Príncipe regente una larga carta de su padre, en que le decia: que los soberanos del congreso de Laybach, no reconocian el sistema constitucional del reino de las dos Sicilias, y que si no se adoptaba otro mas conveniente para mantener intacto el tratado de Viena, y la paz de Italia, lo desharian por la fuerza de las armas. Al mismo tiempo que esta carta se recibieron noticias de que un poderoso ejército austriaco venia marchando con precipitacion. El efecto en Nápoles de la carta y de tales nuevas fue cual era el de esperar. Reunióse el Parlamento, se desahogó en discursos elocuentísimos, pero violentos y proponiendo medidas impracticables; hasta que el diputado Poério, propuso la guerra al Austria y á la Santa alianza, y declaró prisionero al Rey.

Formáronse dos ejércitos con actividad suma al mando de los generales Carrascosa y Pepe, aquel militar de no vulgares conocimientos, y este soldado franco y fanfarron, uno marchó sobre el Garellano, otro á la frontera de Abruzzo, mientras numerosos batallones de Milicia nacional los seguian como reserva. El Príncipe heredero Francisco, regente del reino, y su esposa la infanta Isabel despedian los diferentes regimientos animándolos, exortándolos á defender la libertad, y poniendo por sus manos en las banderas corbatas tricolores. El entusiasmo parecia general.

Avanzaron los austriacos mandados por el general Frimont y en número de sesenta mil hombres hasta las fronteras del reino, quedándose el rey detrás de ellos en Florencia. La vecindad de los enemigos

aterró á Nápoles desconfiando todos del éxito de la guerra, empezaron á manifestar desaliento y deseos de algnn razonable acomodo. El general Carrascosa se mantuvo con prudencia evitando un conflicto. El general Pepe acalorado por los sectarios, sus amigos, creyó que iba á escarmentar á los austriacos, y á ganarse una corona inmarcesible; y despues de annnciarlo imprudentemente en los periódicos de la capital, atacó el 6 de julio de 1821 con escaso órden y relajada disciplina á Rieti. Salieron los austriacos, y en pocos minutos lo deshicieron completamente, poniéndolo en vergonzosa fuga y dispersion, tambien hnyeron y se dispersaron las reservas. El general Carrascosa se replegó prudentemente detras del Volturno, y receloso de que sus tropas hicieran lo que las de Pepe, se mantuvo en espectativa. Los enemigos pasaron el Garellano, y se detuvieron; pero con tanta fuerza, que se conoció que su intento era el de dar lugar á un desenlace que no costara sangre á ambos ejércitos.

Aterrada la capital con los desastres de Abruzzo y con los peligros del Volturno, y llena de fugitivos de todas partes, presentaba el mas lastimoso espectácnlo. Reunióse el Parlamento, y como dice un autor contemporáneo, y por cierto ardiente liberal (1): *buen consejero de gobiernos tranquilos, siempre dañoso para regir el estado en tiempos borrascosos, pueblo en la prosperidad, plebe en los desastres; cambió su decision y energía, en abatimiento y humillacion, y se echó en brazos del Rey para que los salvara y salvase el reino.*

Entraron como amigos los austriacos en la capital, se disolvió el parlamento, emigraron los diputados mas importantes, quedó abolida la constitucion, y el rey Fernando I declarado soberano absoluto del reino de las dos Sicilias. Pero no se apresnró en venir á ocupar su trono, y desde Florencia con su ministro Canosa gobernó el reino, y reorganizó la monarquía.

Hnbo persecuciones encarnizadas, decretos inconsiderados, venganzas privadas, y ejecuciones violentas é ilegales, anuláronse leyes sabias, quemáronse libros y escritos inocentes y fué completa la reaccion. Al cabo vino el Rey á Nápoles, donde fué recibido con gran festejo, pero con poco entusiasmo y alegría. Repartió bienes cnantiosos á iglesias y monasterios, enriqueció á los Jesuitas, premió con bandas y honores

(1) Colletta.

á sus cortesanos, y se entregó completamente á prácticas devotas, y á firmar decretos de proscripcion y sentencias de muerte.

Estaba vacio el erario público, y fué preciso acudir á un empréstito para cubrir las atenciones del Estado. Hízolo la casa Rothschild, con la condicion de la despedida de Canosa y de que el caballero Médicis fuese ministro de Hacienda.

Llamado el Rey á un nuevo congreso á Verona, se reanimaron esperanzas y temores, unos creian que los consejos de soberanos mas ilustrados mejorarian la suerte del reino, otros que el odio de los déspotas del norte á las ideas liberales, aumentarian las persecuciones y el terror. Pronto las noticias venidas de allá manifestaron que la resolucion era acabar con las constituciones en todo el continente europeo.

Disuelto aquel congreso, fué el Rey á Viena y mas tarde volvió á Nápoles, donde murió el dia 4 de Enero de 1825, á los setenta y seis años de edad y sesenta y cinco de reinado.

XV.

Fué reconocido y jurado inmediatamente Rey de las dos Sicilias el príncipe Francisco, duque de Calabria con el título de Francisco I. Acostumbrado al mando, pues como dejamos dicho lo habia ejercido como Vicario de su padre ya en Nápoles ya en Sicilia, y como regente en todo el reino, no debian cogerle de nuevo los graves negocios del Estado, ni el peso de la corona. Hubo un tiempo en que fue muy popular, pero en los últimos se le miró con desconfianza, con razon ó sin ella, y no le era favorable el concepto público. Se dió tal vez con exceso á la devocion, reforzó la policía, y no cesaron las persecuciones. Promulgó una buena ley de montes y plantíos, que preservó de inminente ruina á los bosques del Estado, objeto de la codicia destructora de los pueblos y de los particulares. Y en su tiempo se construyó el magnífico palacio donde reunió, y aun existen, las secretarías de los ministerios, el gran libro y las altas dependencias del Estado. Tambien activó las escavaciones de Pompeya, como inteligente arqueólogo, y enriqueció el museo con objetos preciosísimos.

Por ofensas hechas al pabellon napolitano, declaró la guerra á Trí-

poli, y envió á combatirla nna escuadrilla compuesta de un navío, tres buenas fragatas y otros buques menores, que tornó á poco á Castellamare, sin haber tentado ninguna hostilidad.

En 1829 trató el matrimonio de su hija doña María Cristina con el rey de España Fernando VII, viudo sin hijos de tres mujeres. Y dejando de regente del reino á su hijo primogénito y heredero, fue con la reina á la córte de España á llevar á la nóvia y á festejar las bodas. Efectuadas estas, pasaron á París para permanecer allí nna temporada. Pero habiendo enfermado, regresó con su augusta esposa y su séquito á Nápoles, donde agravándose la enfermedad falleció el 7 de noviembre de 1830, á los cinco años de reinado.

Era el rey Francisco de mediana estatnra propendiendo á la obecidad, de semblante apacible, de cabello rúbio. Vestia siempre de paisano sin decoracion alguna, rara vez en su juventud montó á caballo, pasaba las revistas militares en coche, era de fácil acceso, de modales dulces y de agradable conversacion.

XVI.

Sncedióle Fernando II, que actnalmente reina, á la edad de veinte años; fue recibido con entusiasmo su advenimiento al trono, pues su gallarda persona, su aficion á las armas y la bondad de su carácter presagiaban un venturoso reinado.

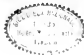
Casó en primeras nupcias con una princesa Sarda, en quien tuvo al príncipe don Francisco María Leopoldo, duque de Calabria, heredero de la corona. Y en segundas con María Teresa, hija del archiduque Cárlos, que le ha dado numerosa prole. Es inteligentisimo en la organizacion y disciplina militares, y capaz y activo en todo género de negocios, de los que se ocupa constantemente con asiduidad é inteligencia; mejora su ejército constantemente, atiende con eficacia al aumento de la marina, cuida de la buena administracion, proteje las artes, sostiene el crédito nacional, y viaja por el reino sin aparato, y visita muy amenudo la Sicilia, de donde es natnral.

Tuvo serios disgustos con los ingleses, por unos contratistas de aznfre, y amenazado con una poderosa escuadra en el golfo de Nápoles, se

portó con entereza y acierto, y logró una honrosa transaccion mediando la Francia. Los demas acontecimientos de su reinado, son de tan reciente data que no nos es dado referirlos ni calificarlos, pues acaso ofenderiamos con nuestros juicios á personas respetables, que viven y que han tenido parte principal en los contemporáneos sucesos de aquel reino. Basta saber que su trono se mantiene firme, aunque ha sido combatido por violentísimos huracanes; y que su territorio se mantiene íntegro, aunque colosales esfuerzos han intentado despedazarlo. Concluiremos pues nuestro trabajo diciendo: que á Fernando II, rey de las Dos Sicilias, tan calumniado por los revolucionarios, y aun por escritores extranjeros y hombres de estado, de quienes eran de esperar, mas circunspeccion é imparcialidad, le harán completa justicia, pasado el tiempo de pasiones y de resentimientos, las severas páginas de la historia.

Madrid, julio de 1855.





INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO.

PAG.

